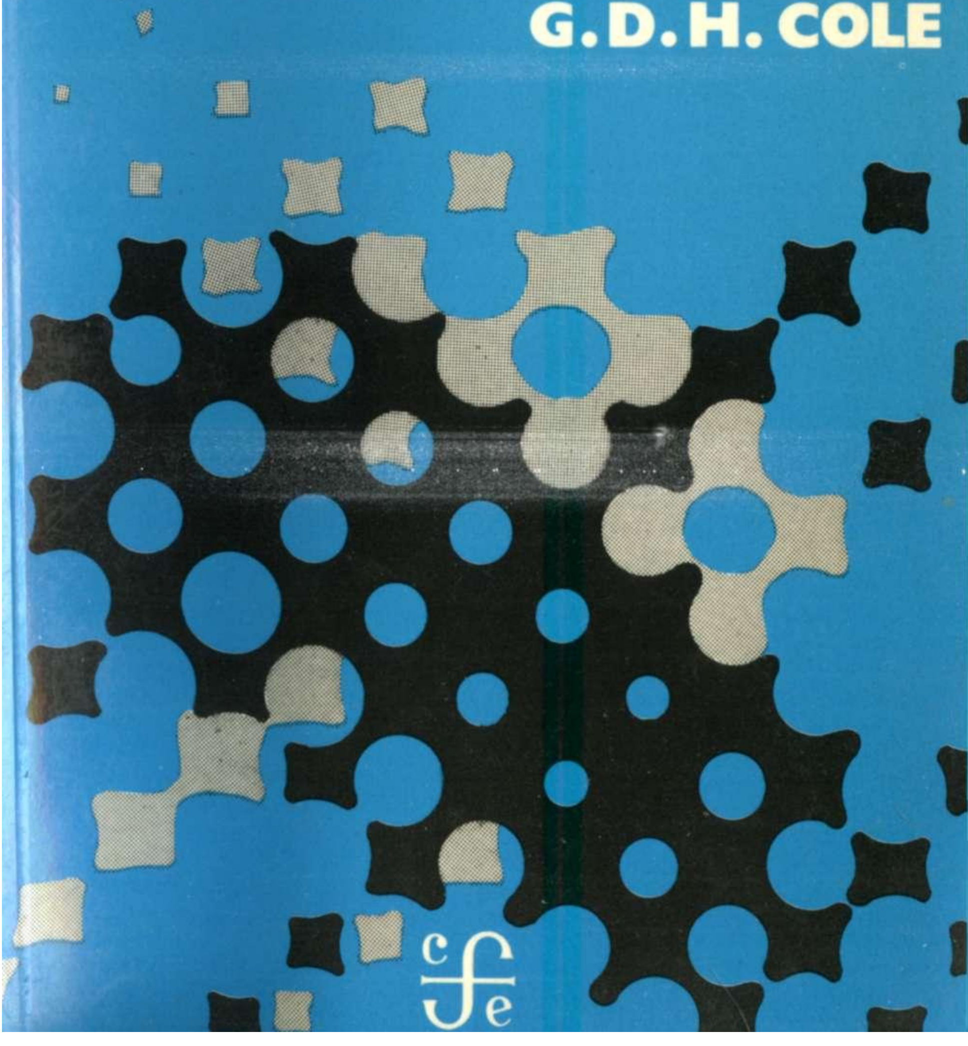
HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

V

Comunismo y Socialdemocracia 1914-1931

G. D. H. COLE



cfe

G.D.H. COLE

HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

V

Comunismo y Socialdemocracia 1914-1931

PRIMERA PARTE

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1958
Primera edición en español, 1961
Primera reimpresión, 1964
Segunda reimpresión, 1974

Traducción

Enrique González Pedrero

Titulo original
Communism and Social Democracy (1914-1931)

Av. de la Universidad 975, **México** 12, **D. F.**

Impreso en México

FIGURAS PRINCIPALES

[1] Estudiado también en el volumen II.
[2] Estudiado también en los volúmenes III y IV.

PREFACIO

Debo reconocer, una vez más, la espontánea ayuda que me han prestado numerosos amigos para la redacción de este volumen. Tres personas cuyo juicio respeto altamente —H. N. Brailsford, el profesor Sir Isaiah Berlín y Julius Braunthal— leyeron el manuscrito y me hicieron observaciones que me movieron a corregir y modificar algunas de las opiniones expresadas. Estoy muy agradecido a todos ellos. También debo expresar mi agradecimiento a otras personas por su ayuda en relación con determinados capítulos, especialmente suministrándome fechas que no conocía de nacimientos y defunciones —porque me parece muy importante saber la edad de mis personajes en el momento en que hicieron algo que valga la pena consignar—. Entre los que me ayudaron en este aspecto se encuentran M. J. Maitron del Institut Francais d'Histoire Sociale y Maurice Dommanget, de Francia; el doctor Gerhard Gleissberg y la señora Ruth Gleissberg, de Alemania; Lloyd Ross, de Australia; el doctor J. P. L. Wiessing, de Holanda; Rene Renard, de Bélgica; Branko Pribicevic, de Yugoslavia; S. K. Evangelides, de Grecia; el profesor Iwao Ayusawa, del Japón; Luis Henríquez, de Chile; Mark Starr, de los Estados Unidos; Carlos Echagüe, de la Argentina; Artero Vartia, de Finlandia; J. W. Ames, de Suecia; H. K. Lehmkuhl, de Noruega; doctor Felipe de Bustamante, del Perú; G. Luders de Negri, de México; Charles Barbier, de Suiza; el doctor Cario Doglio, de Italia; John Gollan, en lo relativo a los comunistas de diversos países; V. Richards, de la Freedom Press, en lo relativo a numerosos anarquistas y Arthur Lehning, respecto a los socialistas españoles y de otros países. Debo agradecer también a Z. Najder la lectura del capítulo sobre Polonia y las sugestiones que me llevaron a modificarlo en numerosos aspectos.

Habrá, si la vida me alcanza para escribirlo, otro volumen de esta historia, que se extenderá hasta 1945 y quizás hasta un poco después. Revisando esta obra, encuentro mucho del primer volumen que aparecería de otra manera si lo escribiera ahora; pero no hay ningún punto capital que requiera correcciones sustanciales. No quiero decir que todo, ni siquiera casi todo, esté bien, sino que no creo poder mejorar fundamentalmente lo que he escrito. A pesar de la gran ayuda que me han prestado tan numerosos amigos, las opiniones expresadas son mías, por supuesto, y no deben atribuirse a los que me han ayudado tan valiosamente.

G. D. H. COLÉ

All Souls College, Oxford
Diciembre de 1957

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

Este volumen de la *Historia del pensamiento socialista* se refiere a una etapa más corta que las estudiadas por los anteriores: comprende solamente dieciocho años, mientras que el primer volumen cubría un periodo de sesenta, el segundo volumen cuarenta años y el tercero [tercero y cuarto] veinticinco. Mi primera intención fue hacer, en un solo volumen, la historia de los años comprendidos entre 1914 y 1939; pero, después de reflexionar, decidí que era mejor detenerse en los comienzos de la época esencialmente nueva que empezó con la depresión económica mundial de 1931 y tomó forma política con la conquista del poder por los nazis en Alemania dos años después. Tomé esta decisión porque, mientras que en la década inmediatamente posterior a la primera Guerra Mundial, el centro de interés desde el punto de vista socialista era la lucha entre la socialdemocracia y el comunismo por el apoyo de los trabajadores de todo el mundo, en la década siguiente, aunque esta lucha se prolongó y aun se extendió con mayor amplitud, quedó disminuida por la amenaza fascista al socialismo y a la democracia en todas sus formas y fue también muy afectada por la extensión del desempleo, el desplome de los precios de los productos agrícolas, y los cambios en la política y la teoría económica capitalistas que encontraron expresión en el *New Deal* [Nuevo Trato] de Roosevelt y en el replanteamiento de la teoría económica de John Maynard Keynes. Llegué a la conclusión de que estos dos periodos no podían estudiarse satisfactoriamepte en un solo volumen, no sólo porque significaba comprimir demasiado en tan poco espacio, sino porque los puntos focales de interés y atención eran demasiado diferentes para permitir la unidad que yo quería lograr.

En efecto, los disturbios y dislocaciones mundiales que surgieron de la guerra, con la Revolución Rusa como acontecimiento central, y la derrota de los intentos de convertir los sucesos de Rusia en una revolución mundial constituyen material para un estudio por separado de los años que van de 1914 a la *débâcle* económica de 1931. No ha sido posible, por supuesto, limitar esta historia exclusivamente a los acontecimientos de estos años. En algunos casos me he extendido un poco más, cuando el año de 1931 no parecía ser el límite conveniente en el proceso de un país determinado. En un caso por lo menos —el de la Unión Soviética— me detuve antes, para evitar interrumpir la historia de los planes quinquenales y la colectivización agrícola en un momento inconveniente. No obstante, en general, he llegado hasta los primeros plan-

bianismo, la filosofía de la socialdemocracia en una de sus modalidades más gradualistas y evolucionistas.

Había, en efecto, entre los socialistas de los países capitalistas adelantados, cierto sentido de culpa porque los rusos, a los que se consideraba tan atrasados *habían* derrocado al zarismo y al capitalismo, estableciendo en su lugar una clase de socialismo, mientras que en Occidente los movimientos socialistas, aunque mucho más fuertes numéricamente que antes de la guerra, parecían estar aún lejos, en casi todos los países, de obtener el poder político. Casi parecía traición a la causa socialista lanzar piedras contra los hombres que, ante prodigiosos obstáculos, estaban intentado al menos establecer una forma de vida socialista. En ese momento —en los años veinte— había pocos que dudaran de que era eso precisamente lo que estaban haciendo los bolcheviques. Se creía, en general, que la dictadura y el gobierno unipartidista que existían en la Unión Soviética eran sistemas temporales que cederían el paso, cuando la nueva sociedad estuviera más firmemente establecida, y que podía anticiparse con confianza una liberalización cada vez mayor de las instituciones soviéticas al disminuir los peligros de la contrarrevolución. La introducción de la "nueva política económica", con su reconocimiento de la empresa privada controlada y su abandono de la política de requisiciones agrícolas, alentaban vigorosamente estas esperanzas; y las advertencias de Trotsky sobre la creciente burocratización del Partido Comunista bajo la influencia de Stalin no fueron tomadas muy en serio por la mayoría de los observadores del exterior, tanto más cuanto que Trotsky estaba ligado a una política de rígido trato a los campesinos, industrialización intensificada y hasta utilización del Ejército Rojo como fuerza de trabajo al servicio del Estado. No fue hasta que los líderes rusos dirigieron su atención a la rápida colectivización de la agricultura y a la eliminación de los llamados *kulaks* como clase que surgieron temores de que hubiera una tendencia contra la liberalización y no hacia ella; y, aun ante esos acontecimientos, las opiniones occidentales se dividieron agudamente, porque muchos socialistas de Occidente abrigaban grandes esperanzas en la colectivización y el mejoramiento del equipo para la agricultura como medio de promover una mayor producción y la modernización de los métodos agrícolas. Las crueldades que acompañaron a la liquidación de los *kulaks* no se com prendieron ampliamente hasta más tarde.

Debe tenerse en cuenta que, a través de la etapa estudiada en este volumen, el rasgo más notable de la economía soviética parecía ser su sorprendente éxito en la restauración y desarrollo de la producción industrial y en la superación de muchas de las desesperantes escaseces de la etapa de la guerra civil y que el carácter monolítico del sistema

político soviético era mucho menos evidente que después, cuando el desarrollo de los planes quinquenales y la colectivización de la agricultura invirtieron las tendencias del periodo de la "nueva política económica" y, sobre todo, cuando se inicio la serie de juicios de supuestos "traidores" y "saboteadores". Aun cuando cambió la situación en esos aspectos, muchos observadores cometieron el error de confundir la nueva Constitución soviética de 1936 como un avance en dirección de la democracia liberal, por sus disposiciones acerca del sufragio universal y las elecciones aparentemente libres. Además, las condiciones internas se ocultaron a la vista, hasta cierto punto, por los cambios reales en la política exterior soviética que se produjeron después de la victoria del nazismo. A mediados de la década de los treintas, la Unión Soviética se abría auténticamente paso hacia un frente internacional antifascista; y los partidos comunistas de Occidente trataban de crear diversas formas de "frente unido" que suponía una inversión de las tácticas previas respecto a sus relaciones con otros elementos de la clase obrera. Estos movimientos, aunque rechazados por los partidos socialdemócratas y laboristas en casi todos los países occidentales —con excepción de Francia y, durante algún tiempo, España—, indujeron a muchos socialistas occidentales a cerrar los ojos a los rasgos del sistema político y económico soviético que desaprobaban más vigorosamente.

En los años veinte, no obstante, aunque las Internacionales rivales dieron la batalla de "la dictadura contra la democracia" una y otra vez, muchos que se oponían fuertemente **a** las tácticas divisionistas del Comintern y resentían agudamente sus continuos ataques al centro lo mismo que a la derecha, trazaron en sus mentes una clara distinción entre el Comintern y el gobierno soviético, a pesar del control que este último estaba claramente en posición de ejercer sobre la política y procedimientos del Comintern y lo ejercía, de hecho, cuando lo consideraba conveniente. Zinoviev y sus compañeros del Comintern eran considerados en general como "incendiarios" que debían distinguirse de los controladores, relativamente prudentes, de la política oficial soviética, quienes parecieron concentrarse más y más en la tarea de construir el "socialismo en un solo país", tan pronto como se esfumaron las perspectivas de una rápida revolución mundial. La divergencia era, en efecto, real; pero implicaba, en los años veinte, mucho menos un conflicto entre Stalin y el Comintem que una demarcación implícita de esferas I de acción. Después de la denota de la Revolución Húngara de 1919 y el desastre de los comunistas en Alemania —y más aún después que el rompimiento del Kuomintang con los comunistas chinos había hecho estragos en los proyectos del Comintem de revolución en Asia— el Comintern dejó, por el momento, de promover la revolución mundial y se

convirtió en instrumento para promover el desarrollo de movimientos comunistas con el propósito principal de salvaguardar los intereses de. la Unión Soviética, en espera del advenimiento de la deseada crisis económica mundial que hiciera de la revolución internacional, una vez más, un objetivo inmediatamente practicable. Este cambio de línea fue forzado, en efecto, al Comintern por la presión de los acontecimientos; y uno de sus resultados fue someter aún más a ese cuerpo y a los partidos asociados al mismo al control ruso, convirtiéndolos cada vez más en instrumentos de las intenciones rusas de proveer de más defensas a la Unión Soviética. Aun esto, sin embargo, era menos aparente en ese momento que en una etapa posterior.

Reconozco que yo mismo no apreciaba claramente, en los años veinte, la fuerza de las tendencias totalitarias en la Unión Soviética, y compartía la creencia de que se tendería a una mayor liberalización a medida que la economía soviética se consolidara y pudiera lograr verdaderos adelantos en los niveles de vida y en el desarrollo educativo y cultural de los pueblos rusos. A diferencia de algunos de mis amigos y colegas en el movimiento gremial socialista, nunca sentí la tentación de hacerme comunista, porque mi actitud era básicamente pluralista y libertaria y me repugnaba la concepción bolchevique de una filosofía social basada en principios rígidamente deterministas que suponían la indudable justeza clasista de un cuerpo único y unificado de doctrina, independientemente de las consideraciones de tiempo y espacio. Creía —y sigo creyendo— que el fundamento esencial de la libertad es la libertad de *escoger,* y que toda sociedad "buena" debe ser de tal naturaleza que permita y aliente esa libertad e incluya dentro de sí una amplia diversidad de instituciones autónomas, cada una de ellas en libertad de conformar su propia política dentro del marco general de una estructura flexible de instituciones entre las cuales puedan expresarse desacuerdos reales que se resuelvan mediante la discusión abierta. Esta actitud, más próxima a las de William Morris, P. J. Proudhon o Kropotkin que al comunismo o a la socialdemocracia ortodoxa, me mantuvieron necesariamente alejado de los comunistas y así habría sido aunque éstos se hubieran conducido de una manera mucho más razonable de la que, en realidad, seguían. No obstante, aun si yo hubiera estado más consciente de la medida de su compromiso con la herejía monolítica, no creo que hubiera afectado grandemente mi opinión de la actitud justa que debían adoptar, respecto a la Unión Soviética, los socialistas no comunistas. Aun así me habría parecido deber de todos los socialistas unirse en ayuda de la Unión Soviética, no sólo contra los enemigos que seguían esperando su destrucción por contrarrevolucionarios de dentro o de fuera, sino también contra los que trataban, por todos los medios,

de levantar un cordón sanitario para aislar su influencia. Pensaba —y pienso todavía hoy— que la Revolución Rusa de 1917 —incluyendo su etapa bolchevique— fue no sólo un importante acontecimiento en la historia mundial sino también, en general, un acontecimiento beneficioso porque señaló el camino de la emancipación del dominio feudal y la opresión imperialista a un vasto sector de los pueblos del mundo y, en especial, para los más angustiosamente oprimidos y más profundamente pobres e ignorantes. El comunismo no tenía, quizá, un mensaje válido para los países más adelantados, en los que el pueblo había ya obtenido libertades democráticas sustanciales y considerables ventajas económicas, sociales y educativas. No obstante tenía, a mi modo de ver, un mensaje claro para gran parte del mundo; un mensaje que los socialdemócratas de Occidente no parecían querer trasmitir o apreciar efectivamente.

Me repugnaba, aun entonces, la crueldad con que los bolcheviques perseguían a los que estaban en desacuerdo con ellos o se negaban a aceptar su voluntad como ley. Desde un principio, los líderes bolcheviques parecían dar por supuesto que los "enemigos de clase" no tenían derechos humanos en absoluto y podían ser asesinados o maltratados sin ningún escrúpulo, y que la noción de "enemigos de clase" podía extenderse con propiedad a cualquiera —incluyendo a los socialistas— que se opusiera al dominio absoluto del Partido Comunista. No quiero decir con esto que yo tuviera plena conciencia de esta actitud en las primeras etapas del dominio bolchevique, en 1917 o 1918, aunque después comprendí que siempre había estado presente y que formaba una parte definitiva de la filosofía de la conducta comunista. Cobré conciencia de ello, creo recordar, sólo durante la guerra civil de 1919-20 y entonces me incliné a considerarla como el acompañante casi inevitable de la lucha, esperando que terminara rápidamente cuando la guerra civil llegara a su fin. Me sentí mucho más hondamente preocupado en plena revuelta de Kronstadt, a principios de 1921, cuando la matanza de socialistas por socialistas surgió por primera vez como un elemento abierto en la lucha de los bolcheviques por consolidar el poder político. En esa etapa, sin embargo, el despliegue de crueldad contra los amotinados de Kronstadt coincidió en el tiempo con la "nueva política económica", que parecía indicar una tendencia muy diferente; y, como otros muchos socialistas, al entender oscuramente los sucesos de Kronstadt, estaba al menos medio dispuesto a conceder a los bolcheviques el beneficio de la duda y a explicar la creciente persecución de los socialrevolucionarios y mencheviques como el resultado de las condiciones de la guerra civil, más que como expresión de una política deliberada tendiente a exterminar todas las fuentes posibles de disidencia. Simplemente no enten-

día que todas las implicaciones del leninismo negaran la validez de un código moral aplicable a todos los hombres, independientemente de sus relaciones o actitudes de clase y, con error, suponía que los excesos, que no podía dejar de desaprobar profundamente, eran una herencia de las inhumanidades del zarismo agravadas por las condiciones críticas de hambre y guerra civil y que serían repudiados por los mismos líderes bolcheviques tan pronto como la Revolución superara la fase de más agudo peligro. Ahora comprendo que me equivoqué y que la crueldad y rechazo de las llamadas ideas "burguesas" sobre la moral constituían parte integrante de la actitud bolchevique. Pero no era tan fácil comprender esto en los años que siguieron inmediatamente a 1917 como lo es hoy y sí era fácil atribuir lo que se vislumbraba a medias como un presupuesto casi inevitable de la Revolución y la guerra civil en un país como Rusia, desprovisto de una tradición de conducta política y social civilizada y tolerante.

Así, aunque no era comunista y difería profundamente de la versión comunista del evangelio marxista, interpretaba, al mismo tiempo, muy críticamente la biblia socialdemócrata tal como la predicaba la Internacional de Berna y su sucesora la Internacional Laborista y Socialista establecida en 1923, en Hamburgo. El evangelio del gradualismo parlamentario predicado por esos organismos me parecía llevar implícita una desastrosa limitación del credo socialista, como si ese credo pudiera aplicarse sólo a los países que ya habían atravesado todas las etapas del desarrollo capitalista y adquirido el hábito de ser gobernados por métodos parlamentarios occidentales. En contra de esta idea sostenía —y sostengo— una concepción del socialismo lo bastante amplia como para abarcar a todos los pueblos del mundo, sin el requisito de que deban experimentar primero por sí mismos todo el proceso del dominio capitalista o llegar a la aceptación de las instituciones parlamentarias calcadas de las de Europa Occidental o los Estados Unidos. Tampoco creía en la existencia de un solo camino hacia el socialismo, que debieran recorrer todos los pueblos a su tiempo, o que el socialismo hacia el cual debieran marchar fuera uniforme en todos los países, ya al estilo soviético o de la democracia parlamentaria Occidental. En el fondo, me interesaban menos en verdad las instituciones políticas que las económicas y sociales, y sostenía que el medio en que los seres humanos *vivían* cotidianamente y trabajaban era más importante para su bienestar y libertad que las estructuras políticas en gran escala que ejercían sobre ellos los poderes soberanos de la autoridad gubernativa. En resumen, era —y lo sigo siendo— un socialista gremial —ni comunista ni socialdemócrata en el sentido corriente, algo no intermedio entre ambos, sino esencialmente diferente.

El socialismo gremial no fue nunca, lo sé, ni siquiera en su momento de mayor influencia, una versión muy ampliamente extendida de la doctrina socialista. Era, en principio, un movimiento inglés, aunque con movimientos análogos en otros países —por ejemplo en el movimiento francés en pro de la *nationalisation industrialisée*—, en las actividades del Histadruth en Palestina, en el "Plan Plumb" norteamericano para los ferrocarriles, en la versión catalana del anarcosindicalismo y en muchos proyectos de participación de los trabajadores en el control de la industria en otras partes del mundo, incluyendo la misma Rusia. No fue, sin embargo, lo suficientemente fuerte como para resistir las derrotas sindicales que acompañaron la depresión de la posguerra ni como para intervenir efectivamente como tercero en la gran disputa entre las Internacionales rivales. En esta disputa podía aparecer sólo como aliado bastante incómodo de la tendencia centralista representada por un tiempo por la Internacional "Dos y media" —la Unión de Viena—, aplastada pronto por el peso más organizado de los dos extremos.

La creación de la Unión de Viena se basó, en efecto, en el reconocimiento de que no podía haber un solo camino de avance hacia el socialismo, que se ajustara a las circunstancias ampliamente diferentes de todos los pueblos del mundo. Era un intento de persuadir a los socialistas de todo el mundo para que reconocieran la necesidad de distintos métodos de lucha y, en vez de disputar por sus diferencias, que reconstruyeran una Internacional común dentro de la cual todos pudieran coexistir en virtud de los objetivos comunes, a pesar de las amplias diferencias de métodos para el logro de esos objetivos. Este proyecto de reconstrucción de la antigua Segunda Internacional sobre una nueva base correspondiente a las condiciones de la etapa de posguerra nunca tuvo posibilidades reales de éxito. Las diferencias eran demasiado amplias, no sólo en sí mismas, sino más aún por la fuerza de las pasiones que levantaban. Era imposible para los comunistas, que denunciaban a sus opositores socialistas como "social-traidores" o para los socialdemócratas, quienes insistían en que la democracia parlamentaria era un presupuesto necesario del socialismo y cualquier forma de "dictadura" un imperdonable crimen en cualquier circunstancia, trabajar juntos en una organización, por flexible que ésta fuera. Tampoco era posible que se produjera la cooperación entre los que abogaban en forma intransigente por una Internacional controlada centralmente, dentro de la cual los partidos nacionales no serían más que grupos locales subordinados y los que reclamaban el derecho de los socialistas de cada país a trazar su propia política de acuerdo con las condiciones locales —en la mayoría de los casos primordialmente electorales—. La unidad de organización que promovió la Unión de Viena era una quimera; pero esto

no altera el hecho de que muchos socialistas en otros países tuvieran un agudo sentido de la importancia vital de la unidad socialista y obrera y no simpatizaban ni con el comunismo ni con el amplio parlamentarismo de los líderes socialdemócratas. El centro fracasó menos, como lo demostrará este volumen, porque hubiera escasez de centristas que porque, a pesar de su número y cualidades individuales, no podían establecerse como tercero efectivo entre el Comintern, que tenía tras de sí el poder y prestigio de la Unión Soviética, y Ja renovada Segunda Internacional, que podía contar con el apoyo de la mayoría de los parlamentaristas del socialismo en los países adelantados del mundo occidental.

Será evidente para los lectores de este volumen que, en las luchas de la posguerra dentro del movimiento socialista mundial, mis simpatías estuvieron con el centro, aunque nunca compartí su fe en la posibilidad práctica de restablecer una sola Internacional aceptable para las facciones contendientes. Cuando se esfumó la visión de unidad, no discutí la justeza de la decisión de la Unión de Viena de unirse a la 'nueva Internacional Laborista y Socialista, aunque ese cuerpo estaba destinado obviamente a asegurar el predominio del ala derecha parlamentaria. No había, en verdad, otro camino abierto. La unión con el Comintern quedaba totalmente descartada por la actitud intransigente de ese organismo, expresada en los "Veintiún Puntos"; mientras que la afiliación a la Internacional Laborista y Socialista dejaba abierta la posibilidad de laborar en favor de una política reformista menos intransigente dentro de los partidos afiliados. La Internacional Laborista y Socialista era, en verdad, menos dogmáticamente derechista que la Internacional de Berna, a la que sustituyó, aunque no lo era de modo singular en los aspectos vitales. Reducidos los italianos a pequeños grupos de exilados por la.victoria del fascismo y habiéndose convertido el Partido Socialista francés en una sombra de sí mismo ante el surgimiento del Partido Comunista, la Internacional Laborista y Socialista estaba necesariamente dominada por los alemanes y los ingleses, desempeñando los países menos importantes de Occidente —austríacos, suecos, daneses, holandeses belgas y suizos- papeles importantes, pero secundarios en sus asuntos. Los noruegos permanecieron alejados por algún tiempo después de su rompimiento definitivo con el Comintern y se unieron a la Internacional Laborista y Socialista sólo en 1938. En los Estados Unidos, el Partido Socialista norteamericano casi se desintegró y, en el resto del Continente americano sólo existían pequeños y en su mayoría ineficaces movimientos socialistas. Los partidos laboristas de Australia y Nueva Zelandia permanecieron apartados y, en Asia y África, los partidos socialistas, a diferencia de los pequeños y evanescentes grupos de intelectuales, apenas habían em-

pezado a surgir excepto en Suráfrica, donde ya existían agudas luchas entre facciones rivales partidarias, respectivamente, de la segregación y de una política proafricana. La Internacional Laborista y Socialista era, para todos los fines, una federación flexible de partidos del Occidente de Europa, principalmente de países donde las instituciones parlamentarias estaban fuertemente arraigadas y el comunismo tenía poco atractivo, como en los Países Escandinavos y en la Gran Bretaña, o donde los parlamentaristas luchaban en la retaguardia contra fuerzas reaccionarias cada vez más poderosas, como en Alemania y Austria. En el trazado de la política de sus partidos afiliados, la Internacional Laborista y Socialista no podía hacer mucho: en verdad, no intentaba hacerlo. Sus representantes se reunían cada cierto tiempo en congresos generales y reuniones de su dirección, pero, excepto cuando protestaban contra la violencia reaccionaria de la Europa Oriental y Meridional o trazaban abortivos proyectos para el desarme y el fortalecimiento de la ineficaz Sociedad de Naciones, no trataban de hacer otra cosa que intercambiar experiencias y conocer algunos datos de la suerte del movimiento en los países afiliados.

Frente a esto, el Comintern desplegaba una incesante actividad en los asuntos de los países en los que lograba penetrar —aun en aquellos donde sus miembros eran pocos y tenía que actuar principalmente mediante numerosas organizaciones o "frentes" subsidiarios, que carecían de verdadera influencia representativa—. Esta actividad era a veces mal dirigida y hasta perjudicial y con frecuencia provocaba represiones que se extendían mucho más allá de las filas comunistas. Daba, sin embargo, muestras de un celo que, en muchos lugares, los movimientos y partidos no comunistas eran incapaces de igualar. Una de sus debilidades era que solía demandar de sus afiliados más de lo que humanamente podían dar; otra, que reclutaba demasiada gente simplemente desajustada y que acababa por pasarse a otros movimientos por completo opuestos, como ocurrió en Alemania cuando antiguos comunistas se convirtieron al nazismo en gran número en los años de la subida de Hitler al poder; o, como hizo Chiang Kai-Shek en China, que después de utilizar para sus fines a los comunistas, se volvió contra ellos y casi destruyó, de momento, totalmente su influencia en las ciudades, lo que obligó a Mao a construir un nuevo movimiento comunista chino principalmente en las regiones rurales.

Otra debilidad del Comintern, hasta los años veinte, fue que su política estuvo dominada constantemente por los rusos, quienes consideraban y trataban a los partidos comunistas de otros países como simples auxiliares subordinados en su conflicto con el mundo capitalista. Al principio, esta subordinación no se refería, al menos ostensiblemente, a los

rusos como tales, sino a la causa de la revolución mundial en la que Rusia desempeñaba el papel principal. Pero, desde un principio, el primer deber impuesto a los comunistas en todo el mundo era el de defender la Revolución Rusa como base de la revolución mundial: de modo que el interés de Rusia como *la* potencia revolucionaria debía estar en primer lugar. Después, cuando se hizo evidente que las esperanzas de una revolución mundial tenían que posponerse, lo$ comunistas de otros países se vieron obligados a actuar casi exclusivamente como partidarios de la política nacional rusa, sin referencia directa a la continuación de la revolución en sus propios países o en el mundo en general. Los intereses de Rusia como potencia mundial se identificaban simplemente con la causa revolucionaria; y los partidos comunistas debían actuar en formas que no convenían **a** sus propias condiciones nacionales, sólo porque así les parecía **a** los rusos que actuaran. Semejante política era posible solamente con líderes dispuestos a aceptar las decisiones rusas por una lealtad absoluta **a** los rusos como protagonistas de la revolución; y, por esto, los líderes comunistas que discutían esta actitud eran expulsados u obligados a renunciar y denunciados luego como traidores y apóstatas. El Comintern denunciaba continuamente a sus propios hijos y destruía la influencia local de sus partidos obligándolos a actuar como agentes de Rusia más que como partidos revolucionarios independientes; y las dificultades de estos partidos se agravaban continuamente porque los rusos alteraban una y otra vez la línea del partido para acomodarla a sus fines cuando la situación mundial variaba.

Los años veinte fueron, pues, tiempos difíciles para los comunistas y socialdemócratas. Aun donde, como en la Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca y Bélgica, los partidos socialistas parlamentarios subieron al poder con intermitencias, generalmente en gobiernos de coalición, pero careciendo del apoyo de mayorías independientes, sus realizaciones eran, necesariamente, muy limitadas y, en algunos casos, sus hechos de gobierno no eran muy gloriosos. Los gobiernos británicos laboristas de minoría, de 1924 y 1929-31, terminaron ambos en un desplome ignominioso. Los escandinavos, con situaciones menos difíciles, salieron adelante mejor; pero sus principales realizaciones pertenecen más a los años treinta y se desarrollaron principalmente en el terreno del mejoramiento del bienestar más que de la construcción socialista positiva. Tal como estaban las cosas en 1931, cuando la crisis económica mundial llegó a una fase crítica, la Europa Occidental parecía, en general, tan lejana del socialismo como diez años antes; y el comunismo, aunque había consolidado su autoridad en la Unión Soviética, parecía mucho más lejos de realizar la revolución mundial que inmediatamente después de la primera Guerra Mundial.

La historia del socialismo en los años veinte fue muy poco inspiradora en el campo del pensamiento socialista, excepto para aquellos que están dispuestos a regocijarse con los éxitos del comunismo, tanto en la consolidación de la nueva Unión Soviética como en la elaboración de las consecuencias prácticas de las concepciones leninistas de la dictadura del proletariado y el gobierno unipartidista. La teoría general que los bolcheviques se dispusieron a aplicar después de la victoria ya había sido elaborada por Lenin a través de un largo periodo de años y existía, en sus lincamientos principales, mucho antes de 1917. Sufrió considerables transformaciones en manos de los sucesores de Lenin, especialmente de Stalin; pero, de cualquier manera, me parece imposible considerar estos desarrollos como avances en el pensamiento socialista. Es verdad que se hizo mucho por desarrollar las técnicas de planeación y contabilidad pública en una economía predominantemente socializada, excepto en el sector agrícola todavía dominante, y que los bolcheviques mostraron, en general, una inesperada competencia en las tareas de restaurar y extender la producción industrial, cuando menos en las industrias pesadas y en el desarrollo de la energía eléctrica. Estos éxitos se lograron, no obstante, al precio de una destrucción progresiva de la democracia interna de que había gozado el Partido Comunista en un principio, y de un inmenso crecimiento de la fuerza de la burocracia, acompañada del repudio deliberado de las ideas igualitarias como producto de la mentalidad idealista pequeñoburguesa y del recurso ilimitado a los incentivos monetarios, de los cuales el estajanovismo se convirtió en símbolo principal. El nuevo orden en la Unión Soviética suponía el progresivo debilitamiento del poder de los soviets y el crecimiento paralelo del Partido Comunista, cada vez más centralizado y monolítico. También llevó consigo la completa subordinación de los sindicatos al Partido, la liquidación de las cooperativas urbanas, que fueron entregadas al Estado, y la eliminación sistemática de todos los grupos que pudieran llegar a convertirse en vehículo de crítica franca de la política de la *élite* dominante. Estas cosas, además, se produjeron no tanto mientras Rusia se vio envuelta en una lucha desesperada por la supervivencia durante la guerra civil, sino cuando la guerra terminó, en la etapa de aparente liberación inaugurada por la "nueva política económica" de 1921. La nueva política stalinista alcanzó el climax de centralización opresiva después; pero sus semillas se sembraron desde el momento en que Stalin empezó a consolidar su poder sobre la maquinaria del Partido y se dispuso a asegurar paso a paso, la liquidación de aquellos de sus antiguos camaradas que no estaban dispuestos a ceder su voluntad y juicio, sin discusión, a los suyos. La eliminación de Trotsky fue la primera señal claramente evidente de

este infortunado proceso; y a Trotsky le fue mejor que a las víctimas posteriores, al permitírsele salir vivo de la Unión Soviética.

Aquí se plantea un problema: ¿hasta qué punto Lenin, en sus escritos hasta 1917, elaboró las esencias de la política que siguieron los bolcheviques al tomar el poder? Claramente, Lenin ya había formulado su concepción de la "dictadura del proletariado", fundada en la elaboración de las ideas nada precisas contenidas en los escritos de Marx, y había combinado esta concepción con la de un partido integrado o, al menos, dominado por un cuerpo de revolucionarios profesionales unidos por una fuerte disciplina corporativa. Estas concepciones, combinadas, contenían en sí el germen de la doctrina del "centralismo democrático", en el sentido de la realización disciplinada por todo el partido de la política decidida por los miembros y la plena aceptación por la minorías de las decisiones alcanzadas por la mayoría. La pregunta clave es hasta qué punto llevaban "implícita también la facultad del Comité Central para actuar como intérprete autorizado de la voluntad del Partido, de tal modo que se produjera la imposición de la política por el Comité Central, más que su formulación como resultado de una discusión libre en los demás organismos, actuando el Comité como intérprete de las opiniones de los miembros. Era imposible, sin duda, en la práctica que se tomaran decisiones efectivas en política, en las condiciones de 1917 y los años siguientes de guerra civil mediante procesos de plena consulta democrática y construcción desde abajo. Pero en 1917 hubo, cuando menos, una consulta de Moscú y otros centros locales accesibles al Comité Central en Petrogrado, hasta el momento de la toma revolucionaria del poder. Tan pronto, no obstante, como los bolcheviques se convirtieron en gobierno, los líderes de Petrogrado tuvieron que actuar y trazar su política por su cuenta; y parece que la idea del "centralismo democrático" bajo la suposición del dominio autoritario del Comité Central, aunque no basado totalmente en esta necesidad, estuvo muy influido en la práctica por ella y condujo a una transformación radical en el concepto de la democracia de partido que preparó el camino a la posterior burocratización de Stalin de la maquinaria del Partido Comunista y sirvió para excluir a los miembros de filas del ampliado Partido de toda participación efectiva en el trazado de su política. Este desarrollo del centralismo menos que "democrático" precedió en la práctica, en gran medida, a su formulación como parte de la teoría bolchevique: había avanzado mucho en la práctica antes de ser invocado como razón de la prohibición oficial de las "fracciones" dentro del Partido y como razón para ahogar y suprimir la "oposición de los trabajadores". En efecto, la democracia interna del Partido Bolchevique, aun en las primeras etapas de su toma

del poder, no se extendió más allá de los miembros del Comité Central; pero esto era todavía, en estas etapas, una cuestión de necesidad práctica más que un dogma reconocido del Partido. Stalin sólo agravó y consolidó una práctica que ya se había extendido mucho durante la vida de Lenin, pero que apenas había sido proclamada como cuestión de principio antes de que este elemento de "democracia del comité central" se hubiera corroído notablemente en la práctica.

En este desarrollo del stalinismo, que descansaba en fundamentos preparados por Lenin antes de hacer la Revolución, no veo nada que pueda llamarse claramente un desarrollo del pensamiento socialista, si no queremos considerar así la aceptación y desarrollo de la idea de la posibilidad de establecer el socialismo en un solo país, Rusia, sin esperar que la Revolución se realizara en los países capitalistas adelantados y sin acudir a los trabajadores de estos países en busca de una ayuda sustancial positiva. Como veremos, los bolcheviques de 1917 coincidieron en dar por supuesto la imposibilidad de mantenerse en el poder si no venía en su ayuda la revolución mundial o, cuando menos, la revolución en Alemania. De ahí sus esfuerzos casi frenéticos por fomentar la revolución comunista en Alemania si podían encontrar suficiente apoyo allí siquiera para un -*putsch* de importancia. Contra esta actitud significaba un verdadero cambio abrigar la idea de establecer una sociedad, si no comunista, al menos socialista, capaz de mantenerse y desarrollar en un solo país, por extenso que éste fuera y bien dotado de recursos naturales explotables. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que esta nueva idea era el producto de la necesidad, más que de la invención. Porque, frente al innegable retroceso de las perspectivas de la revolución mundial, ¿qué otra cosa podían hacer los rusos salvo utilizar al máximo sus propias fuerzas de recuperación y creación? Se dispusieron a construir el socialismo en un solo país, no por elección, sino porque la única alternativa posible era admitir el fracaso total. Semejante alternativa era impensable para hombres seguros de que las fuerzas inexorables de la historia estaban con ellos y que el desplome del capitalismo mundial, aunque podía tardar más de lo que habían esperado, debía ocurrir de todos modos en un momento no muy distante. Su misión, tal como la entendían, era sostenerse hasta que se produjera la "crisis final" del capitalismo y, entretanto, hacerse lo más fuerte posible, al precio que fuere, para resistir cualquier ataque o cerco capitalista lo que significaba que debían reunir todas sus energías para aumentar su capacidad productiva, sobre todo en las industrias que constituían la base esencial de fuerza en la guerra y de la autodependencia en la indispensable tarea de la creación de capital. En estas circunstancias, la intensa concentración en las industrias pesadas parecía una necesidad inaplazable; y, con el rápido au-

mentó de la población, no parecía menos indispensable tomar medidas drásticas para sacar a la agricultura rusa de su atraso, asimilándola lo más posible a la pauta de industrialización en gran escala. La colectivización de la agricultura siguió como el primer paso hacia un orden industrializado y mecanizado en el cultivo que, al mismo tiempo, aumentara la producción agrícola y asimilara la mentalidad del campesino a la del asalariado urbano.

Había grandeza o, al menos, grandiosidad en esta concepción de un país en gran medida primitivo elevándose por sus propias fuerzas al nivel de las más altas realizaciones productivas del capitalismo —y más allá de ellas— que podían considerarse como una justificación de cualquier medio, por despiadado que fuera, necesario para su realización. Si a los líderes bolcheviques les hubieran importado mucho los "derechos del hombre" en el sentido en que se había entendido siempre esta frase en Occidente, habrían retrocedido ante el costo inmediato de sufrimiento humano que suponía lo que iban a hacer. Pero eso no les importaba, en parte porque su teoría básica suponía una negación de todos los "derechos", excepto los relacionados con los intereses de una clase determinada —el proletariado— y en parte porque la sociedad donde habían crecido había dado tan poca importancia a los valores humanos. Su idea de los "derechos" no se relacionaba con los individuos ni con los seres humanos como tales, sino con las clases en general o con una sola clase a la que se consideraba integrada no sólo por sus miembros actuales sino por los que debían asimilarse a ella por el desarrollo de la industrialización en la mayor escala posible; y no se conmovían, al menos en su mayoría, por la idea de los sufrimientos que debía infligir a los "enemigos de clase" o a las personas que no podían identificarse con el proletariado como clase. Con esta actitud, les fue fácil estirar la noción de "enemigos de clase" para hacer que incluyera cualquier grupo que quisieran liquidar en interés de su gran plan de amplia socialización. Esto no impedía que hicieran grandes esfuerzos por desarrollar servicios sociales y extender las oportunidades educativas; porque ambas cosas podían contribuir de manera importante al establecimiento de la clase de sociedad a la que tendían. Significaba, sin embargo, que el individuo contaba para ellos sólo como contribuyente potencial al éxito de su plan inmensamente ambicioso y que reclamaban el perfecto derecho a disponer, por el medio que fuera, de quien pudiera interponerse en el camino de este plan, y a tratar a cualquier individuo —incluyendo a cada miembro del proletariado— como un instrumento al servicio del interés colectivo de la clase que decían representar.

Esta concepción clasista de los "derechos", con su énfasis en el ser humano "colectivo" más que en el individuo, repugna fuertemente a

los que aceptan la concepción más individualista de los occidentales que creen en los "derechos del hombre". En Occidente, la noción de los "derechos" básicos ha llegado a relacionarse íntimamente con la de derechos inherentes a todos los seres humanos, por el simple hecho de serlo, y con la idea de la fraternidad universal, que une a los hombres, independientemente de la clase o el credo religioso o de cualquier característica especial que diferencie a una persona de otra. No quiere decir, por supuesto, que las sociedades occidentales hayan cumplido, en la práctica, esta concepción humanista universal; pero, al menos, se ha sostenido ampliamente y ha tenido consecuencias positivas: el repudio de la esclavitud, la aceptación del sufragio universal, el desarrollo gradual de algunos servicios sociales básicos y otros varios aspectos. Así, parece inmoral para muchos occidentales, incluyendo a los socialistas, relacionar la noción de los derechos a una clase social particular o pensar que los derechos se aplican colectivamente a la clase más que a los individuos. Esta actitud, no obstante, parece ajustarse a la negación marxista de la "solidaridad" social —es decir, de cualquier lazo que junte a los miembros de una sociedad feudal o capitalista a pesar de las diferencias de clase— especialmente si esta negación se une al rechazo de la idea de una moral común que acoja a todos los hombres bajo la ley de Dios o de la "naturaleza". Si la moral no es "natural" sino convencional y si no hay un convencionalismo común que reúna a todos los miembros de una sociedad hecha de clases sociales en lucha, no parece caber la noción de que los derechos básicos pertenezcan a los seres humanos como tales, bien dentro de una sociedad o en una escala mundial. La aceptación de esta idea, no obstante, va en contra de los hábitos morales y de las tradiciones de las sociedades occidentales modernas y de la moderna doctrina cristiana. En gran medida, el conflicto de códigos morales entre los partidarios de las concepciones humanistas o cristianas de los derechos del hombre y la concepción marxista-comunista de la moral de clase está en la base de la lucha de las Internacionales rivales por la alianza de las clases trabajadoras del mundo, y suscitaron sus manifiestos en conflicto. La afirmación de la Internacional de Berna de la "democracia" como presupuesto del socialismo se derivó de la noción de una solidaridad básica de todos, independientemente de clase o religión, mientras que la desafiante proclamación del Comintern de los derechos puramente proletarios surgió de la idea de que la lucha de clases era lo principal y la moral misma significativa sólo dentro del marco de una clase. Estas actitudes opuestas no podían reconciliarse y, en consecuencia, los intentos de los miembros de la Internacional "Dos y media" de trascenderlas estaban destinados al fracaso.

Esta proclamación de los comunistas de que la supremacía de la moral proletaria descansa en la concepción de la lucha de clases como hecho histórico dominante no fue una nueva doctrina nacida de la Revolución Rusa. Había sido expuesta mucho antes de 1917 por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* de 1848, y ni siquiera entonces era del todo nueva. Era, en efecto, parte integral del primitivo evangelio marxista, pero había sido casi olvidada por el Partido Socialdemócrata alemán y por otros en el curso de su incremento de influencia dentro del parlamento. Continuaba siendo un credo viviente mucho más entre los sindicalistas y anarcosindicalistas de Francia, España e Italia que entre los socialdemócratas occidentales de la Segunda Internacional. Había persistido, con mayor agudeza, en Rusia y otras regiones de la Europa Oriental, donde la lucha era excepcionalmente amarga y donde la idea de una solidaridad social básica no tenía casi fundamento en los hechos; pero aun en Rusia, no había sido aceptable para los líderes mencheviques, quienes estaban hondamente influidos por las ideas occidentales, ni para algunos firmes puntales de la socialdemocracia revolucionaria como Plekhanov. Sin embargo, había atraído mucho a Lenin, cuyo profundo odio por la autocracia rusa y cuyo punto de vista esencialmente ruso le habían hecho considerarla una muy correcta interpretación de los hechos. Lenin, influido por Auguste Blanqui, y quizá todavía más por Tkachov,[1] el exponente más extremado de la idea de una *élite* revolucionaria internacional, replanteó este aspecto del marxismo de una manera muy intransigente y lo convirtió en la base de su determinación, posterior a 1914, de hacer una guerra sin tregua a los "social-patriotas" y, en vez de tratar de reconstruir la vieja Internacional, crear una nueva sobre los principios que planteó sin éxito en Zimmerwald en 1915, pero con los que persuadió a los delegados en Kienthal para que los aceptaran un año después. Los fundamentos de la Tercera Internacional se trazaron, pues, en la Conferencia de Kienthal; y tanto el título como el contenido del manifiesto inaugural del Comintern en 1919, fueron una resurrección deliberada del *Manifiesto comunista* de 1848.

No había, pues, nada nuevo en las ideas básicas del comunismo internacional, tal como fueron expuestas en el *Manifiesto comunista* de 1919. Lo nuevo en la política del Comintern fue la decisión, a la luz de estas ideas, de hacer una guerra sin tregua no sólo a los "social-patriotas" de la reviviente Segunda Internacional, sino también, y hasta de manera más vehemente, a los centristas que trataban de unificar las facciones contendientes. Esto suponía la división del movimiento socialista y obrero, no para atraer el mayor número posible de miembros a la nueva

[1] **Sobre Tkachov, véase el vol. II, p. 59.**

Internacional Comunista, sino para asegurar la pureza de su doctrina al precio de alejar a grandes sectores de sus partidarios potenciales. En este espíritu, el Comintern trazó sus "Veintiún Puntos", perdió gran parte de su apoyo en Italia, Noruega y otros países y forzó a los centristas remisos a asociarse nuevamente con la Internacional Laborista y Socialista, predominantemente derechista y, antirrevolucionaria. Hay que tener en cuenta que, en un principio, esta estrategia fue adoptada en la creencia de que la revolución mundial era inminente e indispensable para la supervivencia de la Revolución Soviética; pero se persistió en ella después de que esas predicciones probaron ser falsas, porque se desprendía lógicamente de los principios del marxismo como los entendía Lenin y no podía prescindirse de ella simplemente porque cambiara la situación. En verdad, esta actitud básica fue tanto de Stalin como de Lenin y no se alteró fundamentalmente, en ningún aspecto, por el cambio de líder. Si en los años treinta, los comunistas parecieron modificar temporalmente su línea bajo la presión de la necesidad de reunir al mayor número posible de partidarios para la cruzada antifascista, el Pacto nazi-soviético de 1939 mostraría que no había habido cambios fundamentales en la actitud comunista, actitud que seguía descansando en la negativa de que el "derecho" pudiera tener un sentido político, excepto en relación con la clase, y en la afirmación de que la Unión Soviética, como objetivación de la victoria proletaria, tenía pleno derecho a moldear su camino sin tener en cuenta las concepciones burguesas del bien y del mal.

Quiero decir, en efecto, que por mucho que Lenin hubiera podido disgustarse, si hubiera vivido para contemplarlos, por los desarrollos del stalinismo en años posteriores —y creo que le habrían molestado mucho— la filosofía fundamental de la moral clasista y del "derecho de clase" era tanto de Lenin como de Stalin. En verdad era realmente más de Lenin, porque éste creía en ella y hacía lo posible por actuar en consecuencia, mientras que es difícil considerar a Stalin como liberal, excepto en su "derecho" personal de destruir a sus enemigos y rivales por todos los medios. Lenin, cuando decía "dominio de una clase", quería decir precisamente eso, y pensaba realmente en el Partido Comunista como el verdadero representante de la clase obrera. Valoraba la discusión dentro del Partido —en todo caso, dentro de la dirección central— como medio para trazar la política de partido; y entendía la necesidad de conservar al Partido en estrecho y constante contacto con el núcleo principal del proletariado que trataba de representar. Insistía, sí, con frecuencia, en salirse con la suya y se impacientaba con los críticos a los que consideraba tímidamente vacilantes o poco prácticos; pero se dedicó a persuadir más que a imponerse a sus colegas directos y dio a los

soviets un papel real en el proceso de gobierno —aunque, como vimos, combatió a Trotsky en 1917 en lo referente a los papeles respectivos del Partido y el Soviet en el momento de la Revolución—.[2] En general, es válido decir que Lenin creía en la dictadura de "clase" más que en la dictadura de "partido"; pero, al mismo tiempo, abrigaba una firme creencia en el Partido como el verdadero representante de la clase y en una disciplina de partido que, en realidad, suponía la dictadura del Partido más que la de la clase. Ciertamente no creía que ningún proletario, en virtud de su clase, tuviera derecho a desviarse de la doctrina de clase correcta expresada en las decisiones del Partido; y, dentro del Partido mismo, destacaba principalmente la justeza ideológica contra el juicio individual o la opinión basada en la experiencia individual y la necesidad de que la dirección del partido, en todo momento de crisis o de decisión política importante, tomara en sus manos la plena autoridad y responsabilidad. Después del retiro de Lenin, la dirección del partido sustituyó cada vez más al Partido en general como representante designado por el proletariado como clase. En la época de Lenin, bajo el llamado "centralismo democrático", esta sustitución se había llevado a cabo considerablemente en la práctica. Stalin la llevó más adelante, la elevó a la categoría de dogma y procedió después a ir más allá, sustituyendo la dirección colegiada por la autoridad suprema de una sola personalidad dominante. Es, sin embargo, un error considerar a Stalin como el único destructor de la democracia dentro del Partido Comunista. De hecho, había dejado de existir —si es que existió alguna vez— mucho antes de que él asumiera una posición de poder exclusivo.

Si, en los años veinte, se produjo un renacimiento mayor de las viejas doctrinas socialistas derivadas del marxismo de 1848 que no del nuevo pensamiento socialista del lado comunista, ¿cuál, podemos preguntarnos, era la situación del lado de la socialdemocracia? ¿Qué teorías nuevas importantes produjeron los teóricos de la socialdemocracia y del laborismo socialista? La respuesta, si se piensa en nuevos y grandes avances, debe ser, me temo, que se produjo muy poco. No conozco ningún "clásico" socialdemócrata en los años de la guerra o la posguerra. La *Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain,* de Sidney y Beatrice Webb, con su proyecto de dos parlamentos, uno político y otro social, se considera como uno de sus trabajos peores; tampoco es *Intelligent Woman's Guide to Socialism and Capitalism,* de Bernard Shaw, una obra capital. Ni *Work, Wealth and Happiness of Mankind,* de H. G. Wells, fue tan importante como sus escritos de preguerra. Los escritos últimos de Karl Kautsky, incluyen su largo estudio de las acti-

2 Véase p. 87.

tudes socialistas ante la guerra, *Sozialisten und Krieg, y* su ataque directo a la teoría comunista de la dictadura (en *La dictadura del proletariado,* publicado en 1919); pero ninguno constituye una contribución importante y constructiva a la teoría socialista. En Francia, no apareció nada de importancia fundamental excepto en el terreno de los estudios históricos (por ejemplo, el primer volumen de la *Histoire du mouvement ouvrier,* de Édouard Dolléans). Italia, desunida por la lucha fascista, produjo sólo algunas obras ocasionales y controvertibles; España, casi nada hasta los años treinta. Los escandinavos se mostraron activos en la elaboración de planes de reforma social, pero apenas hicieron contribuciones generales a la teoría socialista. Los norteamericanos no publicaron nada sustancial; los latinoamericanos muy poco hasta el surgimiento del movimiento aprista de Haya de la Torre en los últimos años de la década de los veintes. En Bélgica, Vandervelde y De Brouckére siguieron escribiendo, pero en lo sustancial sólo en la exposición de ideas ya desarrolladas antes de la guerra, aunque *Le Controle ouvrier* (1924), de De Brouckére, puede considerarse como una contribución real al pensamiento de la posguerra. En Holanda, *Europe's Alternative: the United States of Europe or Europe Ltd.* (1924), de Edo Fimmen, merece una mención. Lo mismo puede decirse, en relación con Austria, de *Der Weg zum Sozialismus* (1919), de Otto Bauer. El recuento total no es, sin embargo, muy satisfactorio. Muchos autores socialdemócratas se preocupaban ya mucho más en la denuncia del comunismo que en la elaboración de sus propias actitudes; y gran parte de los mejores trabajos se interesaban en particular con proyectos de reforma o, en algunos casos, de nacionalización, más que con los problemas generales de la teoría y la política socialista.

Los principales innovadores, en realidad, principalmente en la Gran Bretaña, fueron los socialistas gremiales, que no pueden clasificarse ni entre los comunistas ni entre sus opuestos socialdemócratas. Porque los socialistas gremiales tenían, como vimos, un punto de vista propio muy distinto, especialmente en la concepción pluralista de las relaciones sociales y en la insistencia en la precedencia del poder económico sobre el político. Compartiendo con los sindicalistas y los sindicalistas industriales una ardiente creencia en la "democracia industrial" y en el "control directo de los trabajadores" sobre la industria aceptaban, sin embargo, al Estado como una institución necesaria para la expresión de los intereses generales y trataban de buscar una reconciliación entre las exigencias de la autonomía política y la económica. Yo estuve demasiado estrechamente relacionado con el movimiento socialista gremial para estar en posición de calcular objetivamente la importancia de su contribución al pensamiento socialista; pero, en mi opinión, los socialistas gremiales

hicieron la más notable contribución a las nuevas teorías no comunistas del socialismo durante e inmediatamente después de la primera Guerra Mundial. El socialismo gremial había empezado antes de 1914;[3] pero su influencia se hizo considerable sólo durante los años de la guerra y, como veremos, desapareció en la década de posguerra, cuando sus partidarios se dividieron en grupos rivales, en parte por problemas surgidos de la Revolución Rusa y en parte porque un sector se sintió atraído por las teorías del "crédito social" del ahora casi olvidado comandante C. H. Douglas. El desplome de los años veinte también minó seriamente su influencia sobre los sindicatos y produjo el colapso de los gremios de la construcción que se habían establecido bajo la inspiración de algunos de sus principales expositores. El socialismo gremial se extinguió como movimiento; pero sobrevivió como idea seminal destacando la necesidad de autonomía laboral y política y de la descentralización de las estructuras sociales para contrarrestar las tendencias burocráticas y difundir la responsabilidad social en el mayor número posible de personas, o fundamentar el control democrático en grupos de trabajo que actuaran coordinadamente.

En relación con la escala mundial en que se concibe este estudio del socialismo, el socialismo gremial puede parecer una cuestión pequeña —casi local—. Yo no puedo considerarlo así, porque concibo su insistencia en la necesidad de aplicar métodos democráticos de autonomía a todos los aspectos de la organización social y en todos los niveles, con los grupos coordinados como su fundamento esencial, como vitalmente importante para la reconciliación de la planificación socialista con la libertad personal y para hacer real la democracia frente a la necesidad de organización y control en gran escala. En estas cuestiones me parece que, tanto el comunismo como la socialdemocracia, han errado el camino subrayando indebidamente la noción de que la centralización del poder es un elemento necesario en el control socialista y hasta que las tendencias del capitalismo hacia los *trusts* y el monopolio son, en su aspecto de organización, pasos en el camino hacia el socialismo. Esta actitud, como vimos en el volumen III de este estudio,[4] fue muy característica de la socialdemocracia alemana en particular y fue vigorosamente expresada en las obras de Kautsky, que eran ampliamente consideradas, antes de 1914, como la formulación clásica de la doctrina marxista. Hubo siempre por supuesto, corrientes de pensamiento contrarias, especialmente entre los anarquistas y sindicalistas —en Bakunin y en Proudhon y después en Kropotkin, William Morris y Pelloutier—. Pero entre los socialistas parlamentarios había una tendencia permanente a favorecer la centraliza-

3 Véase el vol. III, pp. 207 s., 216 *ss.,* 228. 234 *ss.*
* Véase el vol. IV, pp. 402-3.

ción y la concentración de la autoridad; y el comunismo, con la inmensa importancia que da a la cuestión del "poder" y al prescindir de las valoraciones éticas, tendía con mayor fuerza a la disciplina y el control centralizados. El socialismo gremial y las doctrinas emparentadas con él que se desarrollaron en otros países, eran importantes porque reafirmaban, en la forma adecuada al siglo xx, el aspecto libertario, en una época en que había que destacarlo más que nunca ante el enorme desarrollo de la escala de la economía moderna y la formidable concentración del poder, primero en la Rusia revolucionaria y después dondequiera que cualquier forma de doctrina totalitaria podía imponerse a los hombres.

Con este preámbulo, lo que contienen los siguientes capítulos puede hablar por sí solo.

CAPÍTULO II

TRES CONFERENCIAS: ZIMMERWALD, KIENTHAL, ESTOCOLMO

En agosto de 1914, como vimos en el volumen anterior de esta obra, la Segunda Internacional desapareció, para no resurgir jamás con efectividad. Mientras duró, a pesar de muchas disputas acerca de la política dentro de los grupos nacionales que la constituían y entre ellos, hubo al menos una sola Internacional a la que se sentían pertenecer todos los socialistas del mundo y a la que consideraban deber cierta lealtad. Además, el número de movimientos nacionales afiliados a ella tendió a crecer, al tomar forma la organización socialista en más países y al centrarse la ansiedad y la atención en la Internacional como instrumento potencial, no tanto para el establecimiento del socialismo como para la evitación de la guerra. Dentro de la Segunda Internacional había amplias diferencias de opiniones relativas a los métodos de acción de que disponían los trabajadores para evitar la tragedia de la guerra entre las grandes potencias; y la célebre resolución tomada en el Congreso de Stuttgart en 1907 dio vueltas en torno a estas diferencias sin resolverlas, de tal modo que no ofreció una guía clara de acción cuando llegó el momento de actuar. Había diferencias ciertamente no menos amplias acerca del método de avanzar hacia la sociedad socialista; pero, paradójicamente, éstas contaban menos en las cuestiones internacionales que las relacionadas con la evitación de la guerra. La razón de ello es clara: hablando en términos generales, cada grupo nacional, e incluso cada facción dentro de él, estaba en libertad de seguir su propia línea respecto a los métodos de acción en los asuntos internos —aunque, por supuesto, algunos métodos fueron prácticamente excluidos en algunos países por represión gubernamental o por otras condiciones internas—. Por el contrario, una acción positiva contra la guerra debía ser, necesariamente, una acción concertada, cuando menos por los movimientos socialistas en los países directamente afectados. Los socialistas de un país podían esperar evitar la guerra sólo si su país había de ser claramente el agresor y si podían ejercer suficiente presión como para impedir a sus gobernantes que llevaran a cabo sus proyectos agresivos. Pero aun si el agresor era evidente, no quería esto decir, de ninguna manera, que los socialistas pudieran detenerlo; y en el estado de la política europea antes de 1914 era seguro que, aunque el principal agresor inmediato fuera identificable, habría que imputar al menos alguna culpa a la otra parte. En tal caso, era inevitable que la acción capaz de evitar la guerra tendría que ser in-

temacional, suponiendo la participación de los trabajadores de los países potencialmente beligerantes por ambas partes; y los dirigentes de la Segunda Internacional, a pesar de mucha argumentación, nunca pensaron en las consecuencias prácticas de esa acción. Habían discutido, sin suscribirlo, el proyecto de declarar una huelga general simultánea; pero nunca habían llegado a considerar como posibilidad aconsejar a sus miembros reservistas que desobedecieran las órdenes de reclutamiento, aunque ésta era, evidentemente, la forma en que primero se haría el llamado a participar, o a negarse a participar, en una guerra a gran número de los miembros de los movimientos nacionales socialista y sindicalista.

No digo que la Internacional debía haber ordenado a sus miembros que se resistieran a la movilización en todos los países que se preparaban activamente a recurrir a la guerra. Pero afirmo que si no estaban en situación de hacerlo, sus posibilidades de detener la guerra tenían que ser pequeñas en el momento en que un gobierno se resolviera seriamente a recurrir a las armas. Porque en cualquier país con servicio militar el reclutamiento, si era acatado, restaría fuerza por el momento al movimiento obrero, restándole a muchos de sus militantes más activos y dándoles a muchos que no fueran llamados un agudo sentido de la necesidad de apoyar lealmente a los que sí hubieran sido llamados al servicio, para no "abandonarlos" ante el "enemigo". La movilización debía reforzar fuertemente los sentimientos de antagonismo nacional a los que no eran inmunes, en manera alguna, los principales países. A los alemanes se les hablaría de la necesidad de resistir a la barbarie rusa y la amenaza oriental; a los franceses, se les llamaría a vengar la derrota de 1871 y a reconquistar Alsacia-Lorena; a los austríacos se les haría ver la amenaza rusa en el sureste de Europa; y a los ingleses, la amenaza alemana al Imperio y a la 'libertad de los mares", garantizada por la armada inglesa. Sólo a los rusos era improbable que se les hicieran semejantes llamados —y sólo porque los gobernantes de Rusia considerarían innecesario explicar a los campesinos conscriptos por qué se suponía que estaban peleando—.

Sin duda, la situación habría sido diferente si el año de 1914 hubiera sorprendido a las clases trabajadoras de los países europeos preparándose activamente para la revolución y conmovidas por un celo inmediato de socialismo revolucionario. Pero en ningún país con excepción de Rusia —y aun allí en medida limitada— se llevaban a cabo esos preparativos. En los otros países importantes, aunque en algunos casos los partidos socialistas pensaban que alguna revolución debería producirse algún día, los partidos y los sindicatos se ocupaban igualmente de los movimientos parlamentario y laboral, dirigidos a la obtención de reformas y mejoras parciales dentro del orden existente y al logro de mayor apoyo en el

pueblo. Los verdaderos grupos revolucionarios eran en todas partes, excepto en Rusia y en algunos países atrasados de la Europa oriental, pequeñas minorías de la clase obrera organizada e incapaces de tomar la iniciativa en una lucha de masas efectiva de resistencia armada a la movilización y sabotaje del esfuerzo bélico. Además, los gobiernos lo sabían y no ponían en tela de juicio que los reservistas obedecerían el llamado a las armas ni que el núcleo principal de trabajadores permanecería en sus tareas y apoyaría así el esfuerzo bélico.

En efecto, la resistencia socialista a la guerra habría tenido éxito sólo si ninguno de los gobiernos principales hubiera estado decidido a ir a la guerra antes de renunciar a su posición o siquiera transigir. En 1914 se había llegado a una situación en que ya no se daba esta condición. En verdad, ninguna de las grandes potencias estaba dispuesta a declararse agresora; todas querían encontrar aunque fuera un motivo aparente para echar la culpa a las demás. Los austríacos acusaban a los servios; los rusos a los austríacos; los alemanes a los rusos y, después, a los franceses; los ingleses a los alemanes y los italianos, que permanecían fuera por el momento, a todos los demás —y en un país tras otro, la mayoría de los líderes socialistas y sindicales y de sus seguidores suscribían el punto de vista nacionalista—. Aun entre los rusos, Plekhanov, el decano del marxismo, exiliado en Suiza hasta 1917, se unió a la causa de los aliados, sosteniendo que una victoria alemana sería desastrosa para la causa socialista. Todo pareció inevitable cuando una tras otra, las grandes potencias ocuparon las posiciones que estaban determinadas por las rivalidades imperialistas de la década de preguerra.

Así, a pocos días del estallido de la guerra en agosto de 1914, la Segunda Internacional estaba virtualmente extinta, aunque formalmente seguía existiendo. La invasión alemana de Bélgica sacó su sede de territorio neutral; y aunque su secretario, Camille Huysmans, la trasladó a Holanda, su capacidad de acción —y hasta de discusión— se había perdido totalmente. Sus líderes estaban dispersos y no podían ni querían reunirse ni tratar de trazar una política para el futuro. Algunos fueron llamados rápidamente a integrar gabinetes de coalición para la defensa nacional —por ejemplo, Vaillant en Francia y Vandervelde, en el exilio, para Bélgica lo mismo que Henderson después en la Gran Bretaña—. A otros —Victor Adler en Austria, Ebert y Scheidemann en Alemania, Plekhanov en Rusia— no se les dio la oportunidad de un cargo semejante, pero apoyaron desde fuera a sus respectivos gobiernos. Para considerar el futuro de la Internacional quedaban sólo los neutrales —italianos, suizos, escandinavos, holandeses y norteamericanos— ninguno de los cuales, **con** excepción de los italianos, habían desempeñado un papel dominante en

ella hasta 1914 ni estaban en posición después de hacer mucho más que esperar y retorcerse las manos.

De estos espectadores en la gran pelea partió necesariamente la iniciativa destinada a mantener viva a la vieja Internacional. Por el momento, sin embargo, poco podían hacer. Los italianos, en unión de los suizos, fueron según creo los primeros en tratar de actuar aunque al mismo tiempo el Partido Socialista norteamericano lanzó una abortada convocatoria a una conferencia socialista internacional que debía realizarse en Washington. La conferencia italo-suiza realizada en Lugano en septiembre de 1914, denunció la guerra como "imperialista" y negó que alguno de los gobiernos comprometidos en ella pudiera ser considerado inocente o libre de culpa. Estuvo de acuerdo con las minorías socialistas en los países beligerantes que se negaron a considerar aisladamente la serie de acontecimientos que habían seguido al asesinato de Sarajevo e insistían en considerar la guerra como el resultado de una etapa prolongada de rivalidades y maniobras colonialistas e imperialistas, en el curso de las cuales cada una de las grandes potencias había presionado sin escrúpulos en favor de sus propios intereses, sin tener en cuenta ningún principio de justicia o moral internacional. Ésta era, esencialmente, la opinión de Kautsky y Haase en Alemania, de MacDonald y los líderes de la Unión de Control Democrático en Inglaterra y de Jean Longuet y los minoritarios en el Partido Socialista francés.

El principal llamado presentado por la Conferencia de Lugano fue que se reuniera de inmediato la Oficina Socialista Internacional, como representante de la Internacional. Esta solicitud fue rechazada por Vandervelde como Presidente de la Oficina. Émile Vandervelde, líder de los socialistas belgas, no estaba dispuesto a reunirse en términos fraternales con un socialista alemán que apoyara, o se abstuviera de denunciar, la violación de la neutralidad belga; y, en esta actitud lo apoyaba la gran mayoría de los líderes franceses e ingleses de la Internacional. En vez de convocar a una reunión en pleno de la Oficina, Camille Huysmans (n. 1871), como vimos, tomó la iniciativa de establecer nueva sede temporal de la misma en la neutral Holanda; y de los holandeses, en unión de los socialistas escandinavos surgió el nuevo intento de restaurar la Internacional.

En enero de 1915, los partidos socialistas de Holanda, Suecia, Noruega y Dinamarca sostuvieron una reunión en Copenhague, en donde trataron, no tanto de restablecer la Internacional como de considerar posibles condiciones de paz acerca de las cuales pudieran estar de acuerdo los socialistas de todos los países. Troelstra de Holanda y Branting de Suecia fueron las dos principales figuras en este intento, del cual surgió

el comité escandinavo-holandés que luego habría de asociarse con la proyectada Conferencia de Estocolmo de 1917.

Entretanto, los acontecimientos se sucedían rápidamente en Italia. Aunque el Partido Socialista italiano adoptó una actitud neutralista y antibelicista, denunciando el "imperialismo" de ambos grupos beligerantes, un sector dentro de él ya había empezado a agitar en favor de la intervención italiana del lado de los aliados. El líder de este grupo era Benito Mussolini, expulsado del Partido, por ello, en noviembre de 1914. A principios de mayo de 1915, poco antes de que entrara en la guerra el gobierno italiano el Partido Socialista italiano, actuando de nuevo en conjunción con el suizo, convocó a una conferencia socialista internacional dirigida a "todos los partidos, organizaciones de trabajadores y grupos obreros" que habían "permanecido fieles a los viejos principios de la Internacional", y "estaban dispuesto a luchar contra la política de paz cívica y en favor de la lucha de clases y la acción unida del socialismo en' todos los países contra la guerra". Fue un llamado, no a los partidos socialistas que habían estado junto a sus respectivos gobiernos en apoyo de la guerra, sino a los partidos que no se habían comprometido de esa manera y a las minorías antibelicistas que ya empezaban a adquirir forma organizada en algunos países beligerantes. El socialista suizo, Robert Grimm (1881-1958), se convirtió en la figura principal en este intento de unir a las fuerzas socialistas antibelicistas. •

El resultado de este llamado a la acción fue la Conferencia sostenida en Zimmerwald, Suiza, en septiembre de 1915 —considerada ahora como el germen del que surgió la Tercera Internacional—. No fue una reunión grande —no hubo, en total, más de cuarenta y dos delegados—, pero incluyó a delegados oficiales de los partidos socialistas, no sólo de Italia y Suiza, sino también de Holanda, Suecia y Noruega en Occidente, y de Rusia, Polonia, Rumania y Bulgaria en el Este, así como del Bund judío. En efecto acudieron tres de los cuatro principales partidos rusos —los bolcheviques, los mencheviques y la izquierda social-revolucionaria estuvieron representados—. De Francia y Alemania sólo acudieron delegados extraoficiales —de Francia el conocido sindicalista Alfred Merrheim (1871-1925), secretario de la Federación de Metalúrgicos, y Albert Bourderon (1858-1930), minoritario del Partido Socialista, y de Alemania Georg Ledebour (1850-1947), de la minoría del Reichstag y Adolf Hoffmann (1858-?), del Landtag prusiano—. La principal oposición en estos países no había alcanzado todavía una organización formal y no estuvo representada. En Inglaterra, el Partido Laborista Independiente y el Partido Socialista británico, los cuales habían adoptado desde un principio, por mayoría, una actitud antibelicista,

designaron delegados, pero, por negárseles los pasaportes, no pudieron acudir a la Conferencia.

La Conferencia de Zimmerwald fue definitivamente antibelicista y se mostró dispuesta a culpar por la guerra a todos los gobiernos beligerantes; pero estaba constituida por elementos ampliamente diferentes. En la extrema izquierda había un pequeño grupo encabezado por Lenin, que consideraba muerta y condenada a la Segunda Internacional, por su fracaso, y querían utilizar la ocasión para establecer una nueva internacional revolucionaria y lanzar una gran ofensiva contra los "patriotas" que, en opinión de Lenin, traicionaban al movimiento obrero internacional. Pero la mayoría de los delegados no eran de su opinión. Querían detener la guerra, más que convertirla en pretexto para la revolución mundial. Su deseo era más bien modificar la actitud de los líderes de la Segunda Internacional, o designar nuevos dirigentes antibelicistas, que prescindir de ella y empezar de nuevo. En consecuencia, después de que los delegados franceses y alemanes firmaron una declaración conjunta que se iniciaba con la frase: "Ésta no es nuestra guerra", y se comprometían a "agitar sin descanso por la paz y forzar a los gobiernos a poner fin a la matanza", la Conferencia de Zimmerwald redactó una resolución que atribuía la culpa de la guerra a los gobiernos capitalistas reaccionarios y a los que los apoyaban, denunciando la apostasía de los socialistas probelicistas en los países beligerantes, y terminando con la demanda de una paz sin anexiones ni indemnizaciones y con un llamado a los trabajadores de todo el mundo a unirse "por encima de las fronteras, los campos de batalla, las ciudades y los países devastados". Finalmente, la Conferencia estableció una Comisión Socialista Internacional, llamada en lo sucesivo la "Comisión de Zimmerwald" para estimular y cooperar con la Oficina Socialista Internacional, con vistas a lograr una paz inmediata. La Comisión se integró con dos suizos —Robert Grimm y Charles Naine (1874-1926)— y dos representantes italianos —Oddino Morgari y Angélica Balabanova, una rusa que residía en Italia. No había franceses ni alemanes, holandeses ni escandinavos, ni representantes directos de los partidos socialistas rusos. En efecto, fue poco más que una continuación de la iniciativa conjunta italo-suiza que había posibilitado la Conferencia de Zimmerwald.

Como vimos, cuando se reunió la Conferencia de Zimmerwald, las fuerzas antibelicistas en Francia y Alemania no tenían todavía una organización sustancial propia. Los grupos antibelicistas más moderados permanecían aún dentro de los principales partidos socialistas. No fue hasta diciembre de 1915 que la minoría alemana desafió la disciplina del Partido, negándose a votar los créditos bélicos en el Reichstag —con una votación de veinte en contra y veinticuatro abstenciones—. El desafío

condujo a la deposición de Hugo Haase (1863-1919) como dirigente del Partido alemán y a la formación de un grupo independiente bajo su dirección en el Reichstag. En Francia, Merrheim y Bourderon formaron, en enero de 1916, un Comité para la Renovación de las Relaciones Internacionales que prosiguió con la propaganda antibelicista, pero no logró apoyo de las masas. Los grupos antibelicistas más moderados se unieron con Jean Longuet (1876-1938), quien empezó a ganar apoyo sustancial dentro del Partido Socialista Unificado. En Inglaterra, el Partido Laborista Independiente aprobó las decisiones de Zimmerwald, y siguió con su política antibelicista sin romper sus relaciones formales con el Partido Laborista —aunque en el Parlamento el pequeño grupo del Partido Laborista Independiente siguió cada vez más su propia línea.

En Zimmerwald, Lenin había pedido que los socialistas no sólo retiraran sus representantes de los gabinetes de coalición y votaran contra los créditos de guerra en todos los países, sino que también prosiguieran con la agitación contra la guerra por medios legales e ilegales, organizaran demostraciones callejeras contra sus gobiernos, realizaran propaganda contra las fuerzas armadas, convirtieran las disputas económicas en obstrucción política e hicieran lo posible por alentar la guerra civil en cada país para hacer la revolución socialista. Tal política, no obstante, estaba lejos de lo que la mayoría de los delegados deseaban o consideraban practicable. Los escandinavos, los holandeses y los suizos, como no-beligerantes que representaban a movimientos esencialmente no-revolucionarios, podían desear inducir a los socialistas de los países beligerantes a dejar de apoyar las políticas belicistas de sus respectivos países y a unirse en una cruzada común por la paz; pero no tenían la menor intención de tomar una acción revolucionaria en sus propios países, ni de llamar a los socialistas de todo el mundo a unirse en una gran cruzada revolucionaria. Los italianos, a punto de ver a su país envuelto en la guerra, se ocupaban más de las actividades antibelicistas, pero no en la medida de intentar una insurrección. Los franceses y alemanes, por su parte, tenían plena conciencia de representar tendencias minoritarias dentro de sus movimientos nacionales y de ser demasiado débiles para realizar la política que Lenin proponía. Los franceses, dirigidos por Merrheim, eran verdaderos revolucionarios y estaban dispuestos a recurrir a la agitación antibelicista ilegal; pero sabían que no representaban ni a la mayoría ni al sentimiento minoritario predominante dentro del Partido Socialista francés. Los minoritarios en Francia dispuestos a luchar por la paz, pero no por la revolución, eran dirigidos no por el sindicalista Merrheim, sino por el nieto de Marx, el parlamentario Jean Longuet, quien ganaba con regularidad el apoyo dentro del Partido para

una paz negociada, pero no era, de ninguna manera, un líder insurreccional. Los dos alemanes Ledebour y Hoffmann pertenecían, como Longuet a una minoría parlamentaria antibelicista que tomaba forma gradualmente, pero no pensaba en realizar una revolución alemana por medios insurreccionales, al menos mientras carecieran del apoyo de una mayoría entre los trabajadores alemanes. El revolucionarismo, como política práctica, encontró apoyo sólo en la Europa oriental, entre los rusos, los búlgaros, los rumanos y los polacos; y los delegados de esos países que fueron a Zimmerwald, no representaban, de ninguna manera, movimientos unidos que apoyaran una misma política de revolución socialista. El programa de Lenin no tenía, pues, posibilidades de ser aceptado por la Conferencia de Zimmerwald, que no fue más allá de pedir una paz inmediata y de protestar contra la conducta chauvinista de la mayoría de los líderes del socialismo en los países beligerantes.

No obstante, la Conferencia de Zimmerwald fue de importancia real como inicio de un intento de organizar al socialismo mundial en los países beligerantes y neutrales como un grupo de presión que desafiaba, no tanto a los gobiernos beligerantes, como a los socialistas que se habían agrupado en torno a ellos, en nombre de la unidad nacional y de la defensa de sus respectivos países contra sus "enemigos nacionales". Sus efectos inmediatos fueron pequeños porque las minorías antibelicistas más moderadas estaban todavía, en su mayoría, desorganizadas y no dispuestas a romper con las mayorías a las que estaban aún formalmente unidas en partidos y sindicatos comunes. Además, era improbable que estas minorías de los países occidentales, incluso donde se habían organizado, estuvieran dispuestas a seguir la política revo'ucionaria de Lenin. La mayoría de sus líderes buscaban, no convertir a la guerra en una revolución mundial, sino al poner fin a la lucha, recuperar su oportunidad de regresar a sus políticas anteriores de agitación y lucha electoral, en la esperanza de llevar a una mayoría, no simplemente de trabajadores, sino de todo el electorado, al lado socialista. Había, por supuesto, en todos los países beligerantes, algunos revolucionarios extremistas, que esperaban el "día" en que se levantaran los trabajadores para derrumbar la estructura capitalista por la fuerza. Pero, excepto en algunas partes de la Europa oriental, los revolucionarios eran minoría dentro de las minorías antibelicistas y no tenían una esperanza real de poder asumir el mando.

Después de Zimmerwald, la Comisión Socialista Internacional allí creada hizo lo posible por actuar de acuerdo con las resoluciones de la Conferencia, tratando de impulsar a la Oficina Socialista Internacional y de obtener apoyo para la política de una negociación rápida de la paz. Pero tuvo poco éxito, especialmente cuando entró Italia en la guerra, que

aunque no evitó que los socialistas italianos continuaran con su agitación • antibelicista, dejó sus asuntos, principalmente, f-n manos suizas. Cuando, en los primeros meses de 1916, se decidió convocar otra Conferencia en Kienthal, Suiza, los grupos representados fueron, en general, los mismos que en Zimmerwald, pero había habido un cambio decisivo de actitud entre ellos hacia la izquierda. Lenin no se encontró ya entre una pequeña minoría que urgía la necesidad de un rompimiento decisivo con los socialistas probelicistas de ambos campos; y la primitiva insistencia en Zimmerwald sobre la paz, como objetivo principal, había sido sustituida, en gran medida, por una nueva convicción de que no podría lograrse una paz tolerable sin una revolución social internacional que pusiera fin al capitalismo y al imperialismo y colocara en el poder a la clase trabajadora como constructora de un nuevo orden social. En Kienthal los "pacifistas burgueses" y los "socialistas traficantes de la guerra'" fueron denunciados claramente y el socialismo, más que una paz firmada entre los gobiernos beligerantes, fue proclamado como el fin a perseguir por todos los socialistas verdaderos. Las resoluciones de Zimmerwald habían pedido una paz "sin anexiones ni indemnizaciones" y eí reconocimiento de los derechos nacionales de autodeterminación, pero no se habían referido mucho al socialismo, salvo en los términos más generales y como objetivo final; mientras en Kienthal se declaró que no habría solución real del conflicto sin "la conquista del poder político- y la propiedad del capital por los pueblos mismos" y que "la verdadera- paz duradera será el fruto del socialismo triunfante".

Así, Kienthal, más que Zimmerwald, fue el verdadero antecedente de la nueva Internacional revolucionaria que debían establecer los bolcheviques victoriosos; pero, en 1916, pocos apreciaron su importancia- En la Europa occidental, los crecientes grupos "minoritarios" de los países beligerantes se agruparon en torno a una política que no iba, cuando» mucho, más allá de la actitud de Zimmerwald. Exigían "la paz por negociación", "la paz sin anexiones ni indemnizaciones" y el reconocimiento de los derechos nacionales, pero no la revolución ni un rompimiento con las mayorías probelicistas que debiera considerarse irrevocable o absoluto. No deseaban fundar una nueva Internacional basada en principios leninistas: por el contrario, mientras censuraban a la Oficina Socialista Internacional por su incapacidad para actuar, esperaba» impulsarla a la acción y, rápidamente, lograr que una mayoría de Ios- trabajadores en los diversos países apoyaran su demanda de una paz negociada. Aun negándose a aceptar la disciplina de las mayorías probelicistas en los diversos partidos y estableciendo sus propias organizaciones- independientes, seguían siendo parlamentarios y no revolucionarios y

buscaban el restablecimiento de la unidad socialista, tanto nacional como internacional, a medida que ganaba terreno el deseo de paz.

Los principales organismos de los socialistas antibelicistas en la Europa occidental no se decidían a actuar de manera que sus partidos se dividieran realmente por la cuestión de la guerra, estableciendo partidos minoritarios independientes. En Alemania, aunque los "independientes" formaron otro grupo en el Reichstag en marzo de 1916, no se constituyó formalmente un Partido Socialdemócrata Independiente hasta abril de 1917, cuando la posición de la minoría dentro del viejo Partido Socialdemócrata se había hecho realmente intolerable. En Inglaterra el Partido Laborista Independiente, aunque adoptó una posición consistentemente antibelicista y su pequeño grupo de miembros del Parlamento actuó siempre virtualmente como un partido, mantuvo su afiliación al Partido Laborista durante la guerra y no intentó una separación formal. El Partido Socialista británico, sucesor de la Federación Socialdemócrata, adoptó también una actitud antibelicista, derrotando a su antiguo líder Hyndman, quien acabó por separarse para formar un pequeño Partido Nacionalsocialista, pero sin muchos seguidores. El Partido Laboralsocialista, activo principalmente en Escocia, nunca había estado unido al Partido Laborista; adoptó una vigorosa política antibelicista, pero tuvo poca influencia, excepto en Clydeside, donde anudó estrechos lazos con el ala izquierda del movimiento de los delegados sindicales locales. En Francia, el principal grupo de minoritarios, encabezado por Jean Longuet, permaneció dentro del Partido Socialista Unificado y dirigió sus energías a obtener apoyo de las federaciones regionales en que se basaba la estructura del partido. En 1917, fueron reforzados por un grupo de centro, encabezado por Marcel Cachin (n. 1869), que se dio a la tarea de mantener la unidad al mismo tiempo que la política del partido se movía por etapas hacia la izquierda. Antes, en 1916, Jules Guesde (1845-1922) y Marcel Sembat (1862-1922), quienes habían sido los primeros socialistas que formaron parte del gobierno, en 1914, habían renunciado a sus cargos, dejando a Albert Thomas (1878-1932) como el principal socialista en el gobierno. No fue sino en julio de 1918, después de una lucha que se prolongó por tres años, que la minoría francesa se convirtió en mayoría, ganando ésta en el Consejo Nacional del Partido —una victoria confirmada en octubre de 1918 en la conferencia del partido, por una votación de 1 528 contra 1 212—. Aun entonces, la victoria no fue de los revolucionarios, sino de la izquierda parlamentaria de Longuet, que se parecía mucho a la de los alemanes independientes y al Partido Laborista Independiente británico. Había, no obstante, entre los que apoyaban a Longuet, una minoría revolucionaria mucho mayor que en Alemania o Inglaterra; y la victoria de

los minoritarios ayudó a preparar el camino a la subsecuente decisión de los socialistas franceses de jugar su suerte con la Tercera Internacional.

En Austria, la mayoría del Partido Socialdemócrata había seguido la dirección de Víctor Adler en 1914 y había apoyado la guerra. Pero una minoría dirigida por su hijo, Friedrich Adler (nacido en 1879), siguió una línea antibelicista e internacionalista y este grupo ganó gradualmente influencia al continuar la guerra. En 1916, Friedrich Adler asesinó al Canciller, conde Sturgkh, en protesta contra su negativa a participar en una conferencia de los partidos, convocada con el propósito de restablecer el gobierno constitucional. Adler aprovechó la oportunidad de su juicio para hacer un célebre discurso, donde denunció la política belicista del gobierno y afirmó su fe en el socialismo internacional; desde este momento, la fuerza de la fracción antibelicista aumentó regular y rápidamente, culminando en la huelga general de enero de 1918 y en una serie de agitaciones que incluyeron motines dentro de las fuerzas armadas. Por entonces, el Imperio austro-húngaro estaba ya en una avanzada etapa de desintegración, que preparó el camino para la abdicación del emperador, en noviembre de 1918, y el establecimiento de los estados de sucesión.

Finalmente, me referiré a los belgas, cuyo territorio había sido invadido por Alemania en 1914, de modo que muchos de sus principales líderes políticos salieron después al exilio. Émile Vandervelde, presidente de la Oficina Socialista Internacional y líder del Partido Laborista belga, había llegado a ser ministro en el gobierno de coalición designado durante la guerra; y el núcleo principal del Partido, tanto como podían conocerse sus opiniones, lo apoyaba en su política probélica. Los belgas expatriados se convirtieron, en verdad, en el elemento más intransigente de la Internacional, oponiéndose enérgicamente a reunirse con los socialistas alemanes mientras continuara la guerra. Al estallar la guerra, la Dirección de la Internacional, que actuaba en su nombre cuando no se reunía la Oficina Socialista Internacional, estaba totalmente en manos belgas; y éste era un factor importante para paralizar su acción, aunque su sede fue trasladada por su secretario, Camille Huysmans, a territorio neutral —en Holanda— y pronto los socialistas holandeses actuaron provisionalmente como comité ejecutivo en lugar de los belgas. En la misma Bélgica, bajo la ocupación alemana, había poca oportunidad de discutir la política socialista; pero es indudable que la mayoría de los socialistas belgas estuvieron de acuerdo con la actitud belicista de Vandervelde. Esto se demostró cuando, en diciembre de 1918, el primer Congreso de posguerra del Partido Laborista belga dio pleno apoyo a la política de Vandervelde y a su posición en el gobierno.

Así, en todos los países occidentales beligerantes, excepto Italia, hubo, hasta 1917, partidos socialistas y laboristas oficiales apoyando a sus respectivos gobiernos y resueltamente opuestos a cualquier paz negociada que no concediera la victoria a su parte. Contra estas mayorías existieron en todos los países, excepto Bélgica, grupos minoritarios organizados, que permanecían, al menos formalmente, dentro de los partidos probelicistas, pero luchaban en su interior por ganar partidarios para su punto de vista. Estas minorías estaban integradas principalmente, en cada país, por partidarios de la paz por negociación, incluyendo a los pacifistas extremistas (no muy numerosos) y a los críticos de las políticas imperialistas de las potencias rivales que no deseaban que ganara ninguna de las dos partes y creían que una paz basada en un empate ofrecía la mejor esperanza de la reanudación del avance constitucional del socialismo. Más a la izquierda que estas minorías parlamentarias había grupos más revolucionarios, todavía pequeños en gran parte, actuando en algunos casos con las minorías que buscaban la paz y en otros independientemente de ellas, en particular después de la Conferencia de Kienthal. En Occidente, entre los beligerantes, sólo el Partido Socialista italiano obtuvo una clara mayoría antibelicista.

En la Europa oriental, la situación era totalmente diferente. De los rusos, tanto los bolcheviques como los mencheviques y el grupo principal del Partido Socialrevolucionario, estuvieron representados oficialmente en Zimmerwald. Sólo una pequeña fracción, encabezada por el veterano socialdemócrata, George Plekhanov (1857-1918), y por Boris Savinkov (1879-1925) del sector militante y terrorista del Partido Socialrevolucionario, apoyaron la guerra mientras existió el zarismo. Los partidos socialistas húngaro, rumano y servio eran antibelicistas. Los búlgaros y los polacos estaban divididos: en Bulgaria, los "socialistas amplios" eran belicistas y los "socialistas estrechos" antibelicistas y, en Polonia, el partido de Pilsudski, el P.P.S., laboró con los austríacos, pero un ala izquierda se separó de él. El Partido Socialdemócrata polaco, rival de Rosa Luxemburgo, fue desde un principio antibelicista, en un sentido revolucionario, y estuvo plenamente dispuesto a cooperar con el proletariado ruso en el derrocamiento del régimen zarista.

Quedan por analizar las actitudes de los partidos y grupos socialistas de los países que no participaron en la guerra europea. Ya hemos visto cómo algunos de ellos empezaron a presionar por una acción internacional prácticamente tan pronto como empezó la lucha. Después de la convocatoria abortada del Partido Socialista norteamericano, en septiembre de 1914, a una conferencia socialista internacional que debería realizarse en los Estados Unidos, se produjeron demandas similares de acción por parte de los italianos, que todavía no entraban en la guerra,

y de **los** daneses, noruegos y suecos. La primera Conferencia Internacional posterior a 1914 tuvo lugar en Copenhague, en enero de 1915, y se limitó a los socialistas de los países neutrales —en realidad, a los de Holanda y de los tres estados escandinavos—. Esta Conferencia de Neutrales, actuando con precaución, simplemente pidió a la Oficina Socialista Internacional que convocara a una reunión "tan pronto como lo permitieran las circunstancias" y, en todo caso, "tan pronto como se iniciaran las negociaciones de paz". Fue la primera de varias propuestas para una reunión de representantes socialistas de todos los países, a realizarse simultáneamente con una conferencia de los gobiernos destinada a restablecer la paz, y con el propósito de que la clase obrera presionara sobre esa conferencia. Al mes siguiente, se reunió en Londres una Conferencia de los partidos socialistas de los países Aliados —Francia, Bélgica y la Gran Bretaña, con un sector de los socialrevolucionarios rusos, pero no de los bolcheviques ni de los mencheviques, quienes se negaron por igual a asistir— y declaró que los trabajadores de todos los países debían unir sus fuerzas en la Internacional, al terminar la guerra, pero no propusieron una acción que pusiera fin a aquélla. Dos meses después, los partidos socialistas de las potencias del Eje —Alemania, Austria y Hungría— se reunieron en Viena para pronunciarse en favor de la continuación de las relaciones socialistas internacionales y de las actividades de los diversos partidos durante la guerra, pero no hicieron movimiento alguno hacia una reconciliación de los puntos de vista divergentes de los grupos opuestos, limitándose en general a una discusión del futuro de las relaciones socialistas internacionales cuando terminara la guerra. Antes, en febrero de 1915, Clara Zetkin (1857-1933), secretaria del Consejo Internacional de Organizaciones Socialistas y Laboristas Femeninas de la Segunda Internacional, logró reunir en Berna, Suiza, una Conferencia Socialista Femenina Internacional, a la que acudieron delegadas de ambos bloques de países beligerantes, así como de los países neutrales. Estas conferencias femeninas habían sido parte de la maquinaria regular de la Internacional antes de la guerra; pero no era pequeño triunfo promover una reunión en 1915, especialmente viniendo la iniciativa de una figura notable de la minoría alemana.

Después de esta serie de reuniones, de los neutrales, los Aliados y los del Eje, hubo un receso. En cada país, la lucha continuaba entre las facciones opuestas y, en general, la actitud de los grupos belicistas se endureció a medida que se organizaron y articularon más la minorías en los primeros meses de guerra. Grimm, de Suiza, y los italianos continuaron en sus esfuerzos por movilizar la opinión antibelicista; y, en Holanda, Huysmans y el nuevo Ejecutivo holandés de la Oficina Socialista Internacional siguieron, con el apoyo de los escandinavos, inci-

tando a los partidos de los países beligerantes, en la esperanza de inducirlos a reanudar las relaciones. Al fin, en julio de 1916, se realizó una segunda Conferencia de Neutrales en La Haya, con Troelstra de Holanda, Branting de Suecia y Algernon Lee del Partido Socialista norteamericano entre los principales participantes. Esta reunión convocó a otra de la Oficina Socialista Internacional y puso a trabajar a Huysmans y al comité holandés en la esperanza de persuadir a los partidos de los países beligerantes a consentir en asistir a una reunión en la que se intentaría llegar a un acuerdo entre ellos respecto a las condiciones de paz aceptables. Los partidos socialistas-de los países aliados, no obstante, no estaban todavía preparados para semejante reunión. Preferían, por el momento, tratar de elaborar una declaración conjunta de objetivos de los socialistas aliados acerca de la guerra, con la que tratarían de presionar a sus respectivos gobiernos y la que, a su debido tiempo, llevarían a la Conferencia de Paz como política común de los partidos socialistas de los países aliados o, al menos, de los de la Europa occidental.

A principios de 1917, con el nuevo gobierno de coalición de Lloyd George en el poder en Inglaterra, con una participación mayor del Partido Laborista, el socialismo internacional parecía todavía incapaz de una acción efectiva para poner fin a la guerra y más aún para llevar adelante la política internacional revolucionaria propuesta por la Conferencia de Kienthal. Pero, en los meses siguientes, la situación se transformó totalmente con el estallido de la revolución en Rusia. El desplome del régimen zarista bajo la tensión de la guerra no significó ni que los socialistas asumieran de inmediato el poder en Rusia ni que Rusia se separara de las filas de los aliados. No obstante, la caída del zarismo y la institución de una República no podía dejar de ser acogida con entusiasmo por los socialistas de todos los países, lo mismo que por muchos no socialistas, que consideraban a la nueva Rusia como un elemento potencial en las filas de la democracia liberal. Entre los socialistas belicistas, en los demás países aliados, sin embargo, había sentimientos mezclados, que surgían del temor de que los rusos pudieran ser orillados a hacer la paz por separado con Alemania y dejar, así, a los ejércitos alemanes en libertad para dirigir todo su peso contra los aliados en Occidente. Se produjeron, en consecuencia, esfuerzos casi frenéticos por inducir a la nueva República rusa a proseguir la guerra y hasta a lanzar, a pesar de que los ejércitos rusos estaban exhaustos, una ofensiva en masa destinada a aminorar la enorme presión del frente occidental. Los nuevos gobiernos que se sucedieron entre las dos revoluciones rusas de 1917 no deseaban, de ninguna manera, abandonar a sus aliados ni hacer una paz por separado en términos que tendrían que ser muy duros en

vista de la debilidad militar de Rusia. Habrían proseguido gustosamente la guerra, si hubieran tenido los medios para hacerlo. Era, sin embargo, obvio que" el gran deseo de los soldados era volver a sus hogares, sobre todo cuando la Revolución alentó sus esperanzas de distribución de la tierra, y podían perder la oportunidad de compartirla si no regresaban a sus aldeas a tiempo. Además, la mayoría de los líderes militares no sólo no sentían lealtad hacia los nuevos gobiernos que habían tomado el lugar del zar y sus ministros, sino que eran fuertemente hostiles a ellos y, en algunos casos, estaban mucho más dispuestos a hacer la guerra a la Revolución que contra los alemanes.

En medida cada vez mayor, Rusia, entre la abdicación del zar y la toma del poder por los bolcheviques, no tuvo un gobierno efectivo y la gran estructura centralizada se quebraba. En la capital, Moscú, y en otras ciudades los nuevos consejos de trabajadores y las delegaciones de soldados —los Soviets— constituyeron gradualmente una estructura paralela de autoridad no coordinada con la estructura formal del gobierno y la administración, y lo bastante fuerte como para vetar casi todos los actos de ésta que desaprobaran. Hasta **la** elección y convocatoria de una Asamblea Constituyente, el gobierno formal quedó en el aire, sin un fundamento real de autoridad y sin poder para poner en vigor sus decretos. Los soviets, sin embargo, aunque a partir de junio reunieron mucho poder en sus manos, permanecieron sin el equipo ni la coordinación central necesarios para convertirlos en la base de otro gobierno y estaban lejos de poseer una política común o claramente concebida para el futuro del pueblo ruso. Al principio, los bolcheviques constituyeron sólo una pequeña minoría de los diputados; los socialrevolucionarios y los mencheviques tenían todavía núcleos mucho mayores de apoyo popular. Los bolcheviques no se habían planteado con claridad ni estaban del todo unificados acerca del curso futuro de su acción, ni siquiera claramente diferenciados de los mencheviques hasta la llegada de Lenin a Rusia, en abril de 1917. Había, no obstante, una cuestión en torno a la cual la gran mayoría de los socialdemócratas y los socialrevolucionarios estaban de acuerdo: la necesidad urgente de la paz; y fue alrededor de esta cuestión que los socialistas rusos hicieron su primer impacto sobre el mundo exterior.

Cuando se produjo la Revolución rusa, Camille Huysmans y los miembros holandeses del ejecutivo de la Oficina Socialista Internacional proseguían aún en sus discusiones con los partidos socialistas de los países beligerantes con el objeto de inducirlos a consentir en tomar parte, bien en una reunión representativa de la Oficina o en una Conferencia Socialista Internacional abierta a todos los países; pero hacían escasos progresos frente a las objeciones de los partidos socialistas aliados a cualquier

reunión con los socialistas de las potencias del Eje. El éxito de la Revolución en Rusia pareció a Huysmans y a los holandeses una razón inmensamente fuerte para unir a todos los partidos y grupos socialistas para presionar por el fin inmediato de la guerra y formular, en caso posible, condiciones de paz de acuerdo con los principios socialistas. Los holandeses, como vimos, habían trabajado en estrecha unión con los socialistas escandinavos; y ahora parecía deseable dar a esta colaboración un aspecto más formal. Existía, sin embargo, la seria dificultad de que el ejecutivo de la Oficina Socialista Internacional incluyera formalmente a los belgas que la habían integrado antes de la guerra, así como a los holandeses, quienes se habían sumado a ella cuando la Secretaría se trasladó a Holanda. Los holandeses, en consecuencia, se consideraron incapaces de actuar en nombre de la Oficina Socialista Internacional, sin el consentimiento y colaboración de sus colegas belgas. Esto no podía lograrse: Vandervelde estaba en El Havre y era ministro, Louis Bertrand y Edouard Anseele estaban en Bélgica y no podían abandonar el país para asistir a una conferencia internacional. Además, de los tres, sólo Anseele estaba en favor de una conferencia internacional donde pudieran estar representados los alemanes, en igualdad de condiciones.

La solución escogida por los socialistas holandeses fue que sus representantes en el ejecutivo de la Oficina Socialista Internacional actuaran, no como representantes de la Oficina Socialista Internacional, sino en nombre del Partido Socialista Holandés, que debería tomar la iniciativa para establecer, con los partidos escandinavos, un comité especial, escandinavo-holandés, que debía solicitar la ayuda de la secretaría de la Oficina Socialista Internacional para la convocatoria de una Conferencia Socialista Internacional. Para lograrlo, los delegados holandeses, en abril de 1917, fueron de Holanda a Estocolmo para reunirse con sus nuevos colegas, y se decidió que Estocolmo fuera la sede de la Conferencia, en parte para que estuviera cerca de los rusos, cuya participación no se había definido aún. La secretaría de la Oficina Socialista Internacional trasladó simultáneamente su sede temporal a Estocolmo' y, el 22 de abril, envió a todos los partidos y grupos afiliados una invitación definitiva de la sección holandesa de la Internacional para que mandaran delegados a una Conferencia Socialista Internacional que debía celebrarse en Estocolmo a partir del 15 de mayo de 1917.

El comité escandinavo-holandés, que no se hallaba plenamente constituido a principios de mayo, estaba integrado por Pieter Troelstra, J. W. Albarda y H. van Kol de Holanda (con W. H. Vligen y F. M. Wibaut como suplentes); Hjalmar Branting, Gustav Moller y Ernst Sóderberg de Suecia; Thorvald Stauning de Dinamarca (con Nina Bang como suplente); y J. L. Vidnes de Noruega. Designó a Camille Huysmans de

Bélgica como secretario, con un sueco, Arthur Engberg, como auxiliar. El comité comprendió pronto que todavía quedaban muchas dificultades por superar antes de que pudiera reunirse una Conferencia Internacional y decidió, no sólo posponer la reunión, sino iniciar una serie de reuniones bilaterales en Estocolmo, con representantes de cada país y de cada grupo, y pedir a cada partido o grupo que presentara sus proposiciones con respecto a las condiciones en que debía realizarse la Conferencia y a las condiciones de paz por las que abogaba. El comité aclaró que consideraba estas reuniones bilaterales como simples preliminares de la Conferencia, que en principio ya consideraba un hecho, mientras que los belgas y algunas otras secciones, aunque estaban de acuerdo en enviar delegados a estas reuniones preliminares, se reservaban el derecho de negarse a asistir a una Conferencia general, con socialistas "que apoyaran la política imperialista de las potencias del Eje".

Mientras se desarrollaban estas negociaciones de reuniones bilaterales, los rusos intervinieron dramáticamente, lanzando desde Petrogrado un llamado a los socialistas de todos los países para que acudieran a una Conferencia Socialista Internacional que debería verificarse en un país neutral, en una fecha no especificada. El comité escandinavo-holandés, que ya había sostenido correspondencia con los rusos, en la esperanza de asociarlos a sus planes, tuvo que hacer frente entonces a una actuación independiente, que arruinaría obviamente el proyecto de Estocolmo, si no se lograba incluir en éste a los rusos. Se evitó el peligro cuando, el 18 de mayo, el Comité Organizador del Partido Socialdemócrata ruso telegrafió su disposición a participar en el proyecto de Estocolmo, con un breve manifiesto que debía trasmitirse a todos los partidos socialistas, instándolos a asistir y a enviar representaciones de los grupos mayoritarios y minoritarios a la Conferencia. No había aún, sin embargo, una plena coordinación de ambos proyectos ni participación de los rusos en el comité escandinavo-holandés ni en sus reuniones preliminares con los delegados de los distintos países. Estos delegados llegaron a Estocolmo en diversas fechas, en mayo y junio, y las consultas se prolongaron, de hecho, de mayo a julio para reanudarse a fines de agosto, y continuar hasta noviembre. No fueron, en absoluto, plenamente representativas, aunque se recibieron memoranda de numerosos partidos que no enviaron delegaciones. La consulta más completa tuvo lugar entre el comité y los delegados alemanes, quienes incluían a Ebert, Scheidemann, Molkenbuhr, Sassenbach, Legien y Richard Fischer, por la mayoría, y Kautsky, Bernstein, Haase y Ledebour en nombre del recién formado Partido Socialdemócrata Independiente alemán. Los austríacos también mandaron una fuerte delegación, que encabezaba Víctor Adler e incluía a Renner, Ellenbogen y Hueber, el líder sindical. Los rusos, encabeza-

dos por Paul Axelrod, sostuvieron también una larga serie de sesiones con el comité. Hungría fue otro de los países que enviaron una nutrida delegación, y tanto Vandervelde como Louis de Brouckére representaron a la mayoría belga, mientras que acudieron otras dos delegaciones de grupos minoritarios belgas. Entre los demás países representados se encontraban Armenia, Bohemia, Bosnia, Bulgaria (los socialistas "amplios"), Croacia, Finlandia, Italia (grupo Irredentista), Polonia, Servia (Duchan Popovic), Turquía y la Ukrania austríaca, así como, de fuera de Europa, Egipto, la India, Palestina, Persia, los Estados Unidos y numerosos grupos y partidos musulmanes del Cáucaso, Argelia y Túnez, Marruecos, Trípoli y Turkestán. Sólo un delegado, no muy conocido, acudió por Inglaterra (J. West) y ninguno por Francia.

Esto no significaba, no obstante, que a los franceses e ingleses no les interesara lo que estaba pasando. Significaba, más bien, que preferían otros métodos para resolver el problema. Los franceses, que habían adoptado una actitud fría en relación con el comité escandinavo-holandés, sospechando que actuaba bajo influencia alemana directa, tenían gran interés por cualquier iniciativa que viniera de Rusia. Marcel Cachin y Marius Moutet (1876?) habían sido enviados antes a Rusia con una misión del partido francés, de donde volvieron convertidos en entusiastas partidarios de una Conferencia Internacional. El 27 de mayo, después de escuchar este informe, el comité nacional del Partido Socialista francés decidió por unanimidad tomar nota de lo realizado por el comité escandinavo-holandés y acoger la iniciativa rusa de una Conferencia Internacional. La decisión tomada se declaraba en favor del envío de una delegación a Estocolmo, para aportar la ayuda francesa "a la acción común, destinada a preparar una paz de acuerdo con los principios proclamados por el gobierno ruso y los socialistas de Rusia". Al mismo tiempo, el comité nacional francés estableció una comisión especial para redactar la respuesta francesa al cuestionario enviado por el comité escandinavo-holandés y formular las condiciones para la realización de la propuesta Conferencia Internacional. Esto demoró las cosas; pero los ingleses actuaron con mayor calma todavía. En mayo, el ejecutivo del Partido Laborista británico, muy dividido en torno a la cuestión de Estocolmo, decidió diferir su respuesta al comité escandinavo-holandés, en espera del informe de una delegación que iría a Rusia, para consultar a los socialistas rusos. Los delegados serían G. H. Roberts (1869-1928), belicista extremista con un cargo menor en el gobierno, William Carter (1862-1922), de la Federación de Mineros, y Ramsay MacDonald, del grupo del Partido Laborista Independiente, como representante de la minoría. El gobierno inglés se negó en un principio a extender pasaportes a la delegación y decidió enviar a Arthur Henderson,

quien representaba al Partido Laborista en el gabinete, en una misión oficial a Rusia. Henderson, después de llegar a Petrogrado, donde el gobierno semisocialista de Kerensky acababa de tomar el poder, cablegrafió a Inglaterra instando al gobierno a que extendiera pasaportes a los delegados. El gobierno actuó de acuerdo con su consejo, pero MacDonald y sus compañeros fueron detenidos en Aberdeen por la negativa del Sindicato de Marineros y Fogoneros a permitir que MacDonald embarcara.

En junio, mientras Henderson estaba en Rusia, el gobierno de Kerensky lanzó su infortunada ofensiva contra los alemanes, que sufrió un inmediato desastre. Cuando se produjo el desastre, Henderson se encontraba ya en camino de regreso, convencido de que la ofensiva estaba destinada al fracaso y que los rusos se verían obligados a hacer una paz por separado, si los socialistas de Occidente no acudían en su auxilio, mostrando su disposición a una paz general. Favoreció, pues, vigorosamente la Conferencia de Estocolmo y la participación de Inglaterra; pero cuando planteó su punto de vista ante el ejecutivo del Partido Laborista encontró aún mucha oposición y se decidió posponer cualquier decisión hasta que Henderson y MacDonald fueran a París a conferenciar con los socialistas franceses. También hubo muchas disputas en torno a la cuestión de si, en caso de celebrarse la Conferencia de Estocolmo, debería otorgarse a sus decisiones un carácter obligatorio o si debía ser simplemente consultiva. Henderson adoptó esta última posición y persuadió a los franceses a apoyarlo. Regresó de París decidido a presionar en favor de la Conferencia incluso frente a la oposición de sus compañeros de gabinete, a los que ya había presentado su renuncia cuando objetaron su actitud y su conducta. Bajo su influencia, una conferencia especial del Partido Laborista, celebrada el 10 de agosto de 1917, votó en favor de la Conferencia por una mayoría de más de tres contra uno, pero añadió que la delegación inglesa debía constar exclusivamente de delegados del Partido Laborista y del Congreso de Sindicatos, negando así toda representación al Partido Laborista Independiente, como exponente de las opiniones de la minoría, a pesar de que el Partido Laborista Independiente pertenecía a la sección inglesa de la antigua Internacional. Esta exclusión iba directamente contra las condiciones de la invitación de Estocolmo, que había considerado expresamente la representación de las minorías. Produjo una fuerte protesta de la delegación rusa, que había llegado a Inglaterra. Esta cuestión, sin embargo, fue hecha a un lado días después por la noticia de la renuncia de Henderson al gabinete —o su exclusión— como resultado de su posición respecto a la Conferencia de Estocolmo. Se pensaba que el trato dado a su líder provocaría la retirada del Partido Laborista del gobierno de coalición, pero no

fue así. El mecánico belicista, G. N. Barnes, sustituyó a Henderson en el gabinete y, en apariencia, la coalición prosiguió como hasta entonces.

La decisión del 10 de agosto puso en dificultades a los partidarios de Estocolmo; porque el Partido Laborista no tenía facultades para impedir que el Partido Laborista Independiente o cualquier otra sociedad socialista enviara delegados a Estocolmo, si ése era su deseo —y si el gobierno les permitía ir—. En consecuencia, la conferencia especial fue retrasada para dar tiempo al ejecutivo del Partido a considerar la situación y encontrar una salida. Cuando se reunió de nuevo, el 21 de agosto, se había producido una tremenda campaña de prensa contra su decisión de enviar representación a la Conferencia de Estocolmo, denunciada como maniobra alemana, y la oposición insistió en replantear toda la cuestión. Esta vez, la proposición de enviar una delegación a Estocolmo se aprobó por un estrecho margen de 3 000 votos —1 234 000 contra 1 231 000— y se reafirmó la cláusula que excluía al Partido Laborista Independiente y a los demás grupos socialistas. Esto destruía, de hecho, la posibilidad de una representación inglesa. Cuando el Partido Laborista británico se reunió con los partidos de los demás países aliados el 28 de agosto con el fin de decidir la actitud común a seguir en Estocolmo, los demás partidos insistieron en que estuvieran representadas las minorías y también difirieron una Declaración de los Objetivos Bélicos, que había redactado el Partido Laborista británico para ser suscrita por los aliados, para ser considerada después, en otra Conferencia Socialista Aliada, que debería reunirse en una fecha futura que no se determinó. Esto impedía el envío de una delegación inmediata a Estocolmo y, de hecho, dejó en dudosa situación a todo el proyecto de Estocolmo.

Me he visto obligado, al dar cuenta de la suerte del proyecto de Estocolmo en los países aliados, a adelantarme a los acontecimientos que se sucedían en otros lugares, especialmente en Rusia. En la situación confusa de Rusia y el dualismo de la autoridad efectiva entre el gobierno oficial y los soviets, no era fácil que el comité escandinavo-holandés ni los partidos socialistas occidentales supieran a qué organismos dirigirse como representante efectivo de los trabajadores y de la Revolución rusa. Como vimos, el mensaje del 18 de mayo expresando la disposición a cooperar con el grupo escandinavo-holandés procedió del Comité Organizador del Partido Socialdemócrata ruso —lo que significaba que venía de los mencheviques, que eran todavía el grupo predominante—. Pero, desde principios de junio, la iniciativa pasó al Consejo de trabajadores y Soldados de Petrogrado que, el 1º de junio, lanzó un llamado a los partidos socialistas y centrales sindicales de todos los países, con el fin de luchar por "una paz sin anexiones ni indemnizaciones, basada en el derecho de las naciones a la autodeterminación".

El Soviet de Petrogrado recordó sus anteriores llamados a la acción obrera internacional y los pasos que había dado para obligar a los sucesivos gobiernos provisionales a suscribir su política. El nuevo gobierno de coalición, señalaba, se había visto obligado, por la presión de los soviets, a buscar la paz en los términos propuestos como primer punto en su declaración política. El soviet de Petrogrado expresó la opinión de que la paz necesaria no podía lograrse "sino por los esfuerzos internacionales combinados de los partidos de la clase obrera y los sindicatos de los países beligerantes y neutrales, unidos en una lucha enérgica y apasionada *(acharnée)* contra la matanza universal". Convocó, en consecuencia, a una conferencia para organizar el movimiento internacional y estableció como primera tarea de la conferencia la realización de "un acuerdo entre los representantes del proletariado socialista para liquidar completamente la política de unidad nacional con los gobiernos y las clases imperialistas". Esta liquidación, decía, era el prólogo indispensable para la organización de la lucha en gran escala y sobre una base internacional; y sostenía que ese camino no podría ser otro que la realización de la política establecida por los anteriores congresos socialistas —como la Segunda Internacional—. La resolución seguía expresando la "firme convicción" de que todas las organizaciones que respondieran a este llamado "entrarían en el compromiso de llevar a cabo, inflexiblemente, las decisiones alcanzadas en la Conferencia Internacional propuesta". En conclusión, sin mencionar al comité escandinavo-holandés, convocaba a la reunión de la Conferencia de Estocolmo, el 8 de julio, en respuesta a la invitación contenida en su llamado.

De esta manera, el Soviet de Petrogrado actuaba bajo su propia responsabilidad y no había una coordinación efectiva entre la iniciativa rusa y la del comité escandinavo-holandés. El mismo día que el Soviet de Petrogrado envió su convocatoria, el comité escandinavo-holandés telegrafió, no al soviet, sino a Axelrod y a los ministros socialistas del gobierno ruso, afirmando algo prematuramente que todos los partidos y organismos sindicales afiliados a la Internacional se habían adherido a sus planes de la Conferencia, que la "prudencia elemental" hacía necesario convocar en un país neutral y que, si se enviaba una delegación rusa a Estocolmo, podría resolver rápidamente los problemas restantes y "poner en marcha la tarea común". Tras alguna demora, llegó a Estocolmo una delegación rusa a principios de julio y, el 11 del mismo mes, se llegó a un acuerdo de transformar el comité escandinavo-holandés en un comité ruso-escandinavo-holandés y combinar las iniciativas opuestas bajo los auspicios del nuevo organismo.

El comité incluyó desde entonces, además de los miembros anteriores (con excepción de Stauning de Dinamarca, quien fue sustituido por

Bqrgbjerg, cuando entró en el gabinete danés), a cinco rusos: H. Ehrlich, G. Goldenberg, W. Rosanov, N. Roussanov y E. Smimov. Después, cuando la delegación rusa volvió a su país, los rusos fueron representados en la Conferencia de Estocolmo por Goldenberg y Axelrod. Entretanto, los rusos salieron de Estocolmo en diversas misiones a los países aliados, destinadas a preparar el camino para la reunión de la Conferencia general. El centro de actividad se trasladó entonces de Londres a París, donde los socialistas ingleses y franceses, como vimos, estaban empeñados en una apasionada disputa en torno a sus actitudes respecto al proyecto de Estocolmo. El 29 de julio, Henderson telegrafió, después de reunirse con los rusos, una recomendación, suscrita por ellos, de posponer la Conferencia hasta el 22 de agosto, para dar tiempo a los socialistas aliados para reunirse y llegar a un acuerdo acerca de su política y las conclusiones que debía suscribir una futura conferencia del Partido Laborista británico. Este telegrama fue seguido por otro, el 1º de agosto, después de la reunión de los ingleses y rusos con los franceses, suscribiendo conjuntamente el proyecto de Estocolmo, recomendando que las minorías y las mayorías participaran y que las centrales sindicales de los diversos países enviaran delegados, y proponiendo que la reunión de Estocolmo se pospusiera hasta el 9 de septiembre. Pero, pocos días después, se anunció que los gobiernos de los países aliados habían decidido negarse a extender pasaportes a las respectivas delegaciones. Esta negativa precedió a la renuncia de Henderson en el gabinete inglés, el 13 de agosto. En el debate sobre su renuncia y en muchos periódicos de los países aliados, se. negó categóricamente que el gobierno ruso favoreciera más el proyecto de Estocolmo —lo que produjo pocos día:, después una respuesta de Kerensky, afirmando que el gobierno ruso otorgaba todavía su apoyo—. Era, sin embargo, totalmente inútil sostener la Conferencia si los socialistas de los países aliados no estaban en posición de asistir; y había, además, otras dificultades que surgieron de la negativa británica, reafirmada el 21 de agosto, a permitir que estuviera representada la minoría británica.

La delegación rusa volvió a Estocolmo, después de sus viajes, el 10 de septiembre y quince días después, el 25 de septiembre, el comité ruso-escandinavo-holandés publicó un nuevo manifiesto, donde anunciaba que la Conferencia no iba a suspenderse, aunque no podía fijarse la fecha de su reunión. Estocolmo —se declaraba en el Manifiesto— no era simlemente una Conferencia, sino una "organización permanente" y el comité continuaría sus discusiones con los diversos partidos y redactaría, basándose en sus diversas declaraciones de política y objetivos de guerra, un "proyecto preliminar", que sería sometido a los partidos para su apró^ bación y para ser presentado al pleno de la Conferencia, cuando ésta

pudiera reunirse. Este anuncio provocó algunas críticas consistentes en que el comité estaba usurpando las funciones del pleno de la Conferencia; pero el comité prosiguió con su trabajo y presentó su "proyecto preliminar" el 10 de octubre. El "proyecto" tenía dos partes: un resumen de los puntos de vista expresados, oralmente o por escrito, por los representantes de los diversos partidos y grupos, y un esquema de un acuerdo general de paz, en términos que pudieran ser aceptables para la opinión socialista mundial. Este proyecto, después de declarar que la imposibilidad de resolver los conflictos internacionales mediante la guerra había quedado plenamente demostrada, señalaba al arbitraje como el único recurso que quedaba. Pedía el desarme general y el cese de la violencia, así como el establecimiento de una Sociedad de Naciones. Llamaba también a los trabajadores de todo el mundo a lanzar una campaña inmediata contra el imperialismo y el anexionismo en todos los países.

Así estaban las cosas cuando el proyecto de Estocolmo, que había dependido del apoyo ruso, fue hecho a un lado con el estallido de la segunda Revolución rusa. La toma del poder por los bolcheviques retiró toda apariencia de autoridad a los delegados que hasta entonces habían hablado en nombre de la Revolución rusa y dejó en pobre situación al comité escandinavo-holandés. El comité, privado de la facultad de hacer más por la Conferencia, se dedicó a reunir la historia completa de sus actividades, con un prefacio en el que Camille Huysmans daba cuenta de lo que había intentado hacer. Este documento, publicado en enero de 1918, contenía la relación de las discusiones sostenidas en Estocolmo con las diversas delegaciones nacionales a las que el comité había entrevistado, así como las declaraciones de los diversos partidos y grupos y el análisis del "proyecto preliminar" que había preparado el comité. Por algún tiempo, el comité siguió considerando que la Conferencia de Estocolmo sólo se había pospuesto; pero, en la práctica, el proyecto había muerto.

Me he referido al proyecto de Estocolmo con cierta extensión —aunque omitiendo muchos detalles— porque, aunque la Conferencia no llegó a reunirse, la proposición de convocarla ocupó el centro de la escena socialista en Occidente en los meses críticos que siguieron a la primera Revolución rusa. En estos meses y en los países aliados, muchos consideraron la Conferencia de Estocolmo como una maniobra en esencia alemana, a pesar de que Branting favorecía claramente a la causa aliada y a pesar del hecho de que era imposible, por mueha imaginación que se pusiera en juego, pensar que los delegados rusos estaban de parte de Alemania. La cuestión era que los socialistas alemanes y austríacos favorecían el proyecto de Estocolmo, puesto que el sentimiento en favor de la paz ganaba terreno rápidamente entre los trabajadores de las potencias

del Eje, y esto bastaba para despertar graves sentimientos contra la Conferencia entre aquellos que estaban empeñados en una pelea destinada a acabar con el poderío militar de Alemania. Se produjo, además, después del gran entusiasmo que acogió la caída del zarismo, un retroceso de esos sentimientos en los países aliados, ante el temor de que los rusos hicieran la paz por separado. Este temor podía haber producido —y lo hizo en algunos sectores— un mayor apoyo al proyecto de Estocolmo, como el medio posible de lograr una paz general; pero eran más los líderes de las mayorías en los países aliados que apoyaban todavía la lucha hasta el fin y rechazaban la idea de conferenciar con los alemanes a no ser que éstos estuvieran dispuestos a admitir la "culpa de la guerra" y a presentarse como suplicantes más que como iguales. Aun aquellos que comprendían la total incapacidad de Rusia para llevar adelante la guerra con efectividad estaban dispuestos, sin embargo, a considerar la paz por separado como una traición a la causa aliada y a presionar a los rusos a declarar categóricamente que no podía hacerse la paz. Los socialistas rusos que participaron o apoyaron al gobierno de Kerensky estuvieron, en general, de acuerdo con esta opinión; y el comité escandinavo-holandés, que deseaba la paz general, era también hostil a una paz por separado entre Rusia y Alemania y llegó a presionar a los rusos para lograr la seguridad de que no se haría una paz así. De este modo, la Conferencia de Estocolmo se convirtió, por encima de todo, en una disputa entre los partidarios de la lucha hasta el final y 'os partidarios de la paz por negociación; y, a pesar de los esfuerzos de Henderson en la Gran Bretaña y de la fuerza creciente de la minoría en Francia, se demostró la imposibilidad de unir a la opinión socialista en estos países, sólidamente, en torno al proyecto de Estocolmo. La presión de la minoría era lo bastante fuerte en ambos países para evitar que se rechazara totalmente el plan de Estocolmo, pero no lo suficiente como para agrupar sólidamente en torno al proyecto a los movimientos inglés y francés.

Así, aunque Arthur Henderson estaba fuera del gobierno y libre para dedicar sus energías a la reconstrucción de la organización del Partido Laborista respecto a su posición ante la guerra, el Partido Laborista siguió estando representado en la Coalición Lloyd George hasta el fin de la guerra y, en Francia y Bélgica, Albert Thomas, Émile Vandervelde y otros socialistas estaban en una situación semejante. Los minoritarios franceses no fueron mayoría hasta julio de 1918. El Partido Socialista italiano, antibelicista, tenía otra posición y no era afectado por la responsabilidad ministerial; pero de su actitud se desprendía que lo tomaban poco en cuenta los socialistas mayoritarios de los demás países aliados.

Con la victoria de los bolcheviques en Rusia, la situación del socialismo internacional cambió profundamente. La discusión en torno *ú*

Estocolmo había sido, en lo esencial, una lucha entre opositores que estaban del mismo lado en la cuestión general sobre la reforma y revolución y se dividían sólo, o al menos principalmente, en cuanto a la lucha hasta el fin o la paz negociada. Esto no es del todo válido para» los rusos, quienes habían sido, casi por necesidad, revolucionarios hasta la primera Revolución de 1917. Pero los rusos que acudieron a Estocolmo no eran bolcheviques, sino mencheviques o socialrevolucionarios- para quienes ya se había realizado la Revolución. No pensaban en otra revolución; su deseo principal era poner fin a la guerra para concentrarse en la consolidación de lo ganado y en la derrota de las fuerzas contrarrevolucionarias en Rusia. No compartían, en absoluto, la opinión de Lenin de que el deber de los socialistas en todas partes era utilizar la situación creada por la guerra para consumar la revolución mundial basada en la dictadura del proletariado. Les resultaba difícil comprender por qué los socialistas occidentales se mostraban tan poco inclinados a derrocar a sus gobiernos o a participar en una cruzada general antiimperialista. No obstante, su tarea principal, tal como la concebían, era poner fin a la lucha para asegurar una oportunidad de resolver la terrible trama de dificultades con que debían enfrentarse en su país. Estaban, en consecuencia, dispuestos a aprobar los objetivos esencialmente no revolucionarios del comité escandinavo-holandés y a trabajar por una paz sin anexiones ni indemnizaciones en cooperación con aquellos a quienes había denunciado la Conferencia de Kienthal como "pacifistas burgueses" y. "socialpatriotas", aunque no pudieran ver las cosas como ellos ni sentirse cómodos en la atmósfera parlamentaria occidental. Conscientes del colapso del poderío militar ruso y de la necesidad de la paz para rescatar a la Revolución rusa de sus enemigos internos y externos, retrocedían ante una paz por separado con Alemania porque preveían cuan duros serían para Rusia sus condiciones. Esto los hacía ansiar una paz general, bajo cualquier condición que hiciera de la primera Revolución rusa un hecho establecido. El punto de vista bolchevique era muy diferente, porque los bolcheviques estaban prácticamente todos de acuerdo en que la Revolución no tendría éxito en Rusia si no se complementaba con revoluciones en los países capitalistas más avanzados de Occidente —sobre todo, en Alemania—. Para los bolcheviques, en esta etapa, la Revolución rusa era sólo la fase inicial de un estallido revolucionario mundial. Si no se producía una revolución en Alemania, no veían la manera de evitar que los alemanes invadieran su territorio, se anexaran las provincias del Báltico y probablemente Ucrania o, al menos, establecieran allí y en otros lugares regímenes títeres que hicieran insostenible la situación de la nueva República rusa y dieran lugar a contrarevoluciones que serían incapaces de resistir. Además, aparte de la

amenaza inmediata de Alemania, estaban convencidos de que las potencias capitalistas harían una liga contra ellos y desmembrarían los territorios rusos o restaurarían el régimen zarista. Consideraban, por ello,, como necesidad imperativa, hacer lo posible por fomentar la revolución en Occidente y sobre todo en Alemania, como el único medio de salvar a la Revolución en Rusia.

Los bolcheviques, no obstante, temían igualmente una paz por separado que, dejando en libertad a los ejércitos alemanes del frente oriental,, amenazara con reforzar al régimen alemán existente en vez de ayudar a la revolución en Alemania. Era Lenin, más que el Partido Bolchevique, quien estaba dispuesto a aceptar las condiciones de paz con Alemania más desfavorables, porque veía la absoluta imposibilidad de continuar la guerra sin asegurar la victoria de la contrarrevolución en Rusia. Consciente de las desventajas de la paz con Alemania en los términos que pudiera imponer el imperialismo alemán creía, sin embargo, que la única esperanza residía en hacer esa paz y apelar a las masas alemanas para que la denunciaran y se rebelaran contra sus gobernantes. Fue Lenin quien insistió, contra Trotsky, en la firma del Tratado de Brest-Litovsk, porque permitiría el sostenimiento temporal de la Revolución dentro de un territorio limitado, aunque no creía que se mantuviese, siquiera allí, si no venía pronto en su ayuda la revolución en la Europa occidental o, al menos, en la Europa central.

Así, Lenin y el Partido Bolchevique bajo su poderosa influencia, hicieron lo posible por actuar de acuerdo con los principios establecidos en Kienthal y por hacer de la Revolución bolchevique el preludio de la revolución mundial, con el apoyo de sólo pequeños grupos revolucionarios en los países occidentales. Porque las rápidamente crecientes minorías antibelicistas, tanto en Alemania como en los países aliados, estaban todavía principalmente bajo la dirección de hombres que no simpatizaban con la doctrina revolucionaria de Lenin, que consideraban la victoria del bolchevismo con muchas reservas y pensaban y proyectaban la conquista del poder por medios parlamentarios en sus propios países o, cuando más, en una "revolución" cuyo resultado sería el establecimiento de un gobierno parlamentario responsable y no de una dictadura de clase o de partido.

Sin duda había grupos minoritarios, casi siempre pequeños, de perspectivas mucho más revolucionarias y, entre las filas de las minorías, muchos que no estaban muy seguros de su posición. Pero estos grupos revolucionarios no dominaban en ninguna parte ni siquiera a los partidos o fracciones minoritarios que pedían una paz negociada. Se necesitaba tiempo para que los socialistas minoritarios de los diversos países —y por supuesto los socialistas mayoritarios— comprendieran claramente lo

que había tenido lugar en Rusia o valoraran la lección de la segunda Revolución rusa en su influencia sobre la política socialista en Occidente.

En consecuencia, desde el momento de la victoria bolchevique en Rusia, el intento de revivir la Internacional de preguerra como instrumento para la paz o como factor de una negociación de paz quedó fuera del campo de la política práctica, aunque la demanda de una paz negociada se hacía más ruidosa y extendida. El intento de realizar una Conferencia Socialista Internacional al mismo tiempo que la Conferencia de Paz no se abrió paso. Los partidos socialistas de los países aliados seguían sosteniendo conferencias, sin los rusos, para la formulación de los "objetivos de la guerra" y, en las potencias del Eje, la amenaza a los gobiernos establecidos se hizo más intensa. Pero el intento de restaurar la Internacional se pospuso hasta después del fin de la lucha y entonces se expresó en la disputa entre los que querían reconstruir la Segunda Internacional sobre sus antiguas bases, los que apoyaban a la nueva Tercera Internacional bajo la dirección rusa y los que, al principio numerosos, se encontraron entre dos fuegos y buscaron una unidad entre los principales contendientes.

El intento de los socialistas de los países aliados por formular una definición de sus objetivos bélicos se basaba en distintas consideraciones y motivos. En parte, era un resultado directo del cansancio de la guerra o de la conciencia entre los líderes del desarrollo de un sentimiento crítico respecto a la política que seguían los gobiernos de ambas partes y que amenazaban con implicar la continuación indefinida de la guerra hasta que una u otra lograra una victoria completa y estuviera, así, en situación de imponer **sus** condiciones a los vencidos. Hasta los socialistas que apoyaban la guerra no estaban dispuestos, en su mayoría, a confiar en que sus gobiernos se comportarían justamente en tales circunstancias y estaban dispuestos a presionar a sus gobiernos para que declararan sus objetivos bélicos y así confortar a los críticos con la idea de que no se abusaría de la victoria. A esto se añadió, desde el momento de la primera Revolución rusa, la presión de los rusos hacia una paz inmediata como medio de salvar la Revolución y de derrotar a los nacionalistas extremistas en ambos campos hostiles. El proyecto de Estocolmo, además, llevaba consigo un llamado definitivo del comité escandinavo-holandés a los socialistas de los países beligerantes para que declararan inequívocamente las condiciones en que estaban dispuestos a dar pasos que pusieran fin a la lucha; y cada partido nacional, al redactar su respuesta a la invitación de Estocolmo, se vio en la necesidad de definir su propia actitud en esta cuestión con mucha más precisión que hasta entonces. Bajo estos incentivos, el Partido Laborista británico

tomó la iniciativa de redactar una declaración de objetivos de la guerra, trazados por Henderson, MacDonald y Sidney Webb, en consulta con Camille Huysmans de la Oficina Socialista Internacional, esta declaración fue sometida a una Conferencia especial que representaba a los sindicatos y al Partido Laborista, y aprobada por ella, en diciembre de 1917 —es decir, poco después de la Revolución bolchevique en Rusia—. Un primer proyecto de esta declaración, como vimos, había sido sometido por el Partido Laborista británico, en agosto de 1917, a una reunión de los socialistas aliados, convocada para considerar la respuesta que debía darse a la solicitud enviada por el comité de Estocolmo. Los delegados aliados difirieron entonces agudamente, objetando los partidarios de una lucha hasta el final cualquier declaración de objetivos bélicos que supusiera una disposición a la paz negociada con las potencias del Eje. En diciembre, sin embargo, la situación había variado radicalmente, no sólo por la victoria bolchevique en Rusia, sino también por la publicación en *Izvestia* de los tratados secretos por los cuales los gobiernos aliados se habían comprometido a medidas de anexión totalmente injustificables. En estas circunstancias, la Conferencia Laborista británica suscribió la declaración de objetivos bélicos redactada por Henderson, MacDonald y Webb y se decidió que esta declaración debía someterse a los partidos socialistas aliados como base para un manifiesto donde se declararan sus objetivos comunes. Con pequeñas modificaciones fue suscrito después por los socialistas franceses y belgas y se convirtió, así, en el manifiesto común de la política de los socialistas aliados, que debería presionar sobre los gobiernos Aliados, de inmediato, y en las negociaciones de paz, en el momento en que éstas se iniciaran.

La declaración de objetivos bélicos británicos, publicada como folleto antes de ser sometida a los partidos socialistas aliados, recibió amplia publicidad, en los Estados Unidos y en Europa. Su publicación precedió inmediatamente a la proclamación de los "Catorce Puntos" del presidente Wilson, con la que tenía mucho en común, aunque era más detallada y explícita y cubría un campo más amplio. Era, en efecto, un documento notable, que contenía una concepción de las condiciones de paz que podía satisfacer tanto a los críticos, molestos por las revelaciones de los tratados secretos, como a los partidarios de un arreglo mundial, destinado a poner fin al imperialismo y a la guerra; y establecer una autoridad supranacional, armada de poder real para implantar el reino de la justicia en los asuntos mundiales y promover el bienestar general, sobre bases de autodeterminación, así como iniciar la acción internacional para el desarrollo económico de todos los pueblos. Satisfacía también a la mayoría de los socialistas belicistas, porque incluía disposiciones para la plena restauración de la independencia belga, la solución del

problema de Alsacia-Lorena de acuerdo con los deseos de sus habitantes y la autodeterminación de los pueblos de los imperios austro-húngaro y turco. Rechazaba, así, la idea de una paz "sin anexiones ni indemnizaciones", como habían estado exigiendo los pacifistas, y concebía claramente que la guerra debía proseguir hasta alcanzar la realización de esos objetivos.

En contra de esto, sin embargo, trataba de limitar las "anexiones" a lo que pudiera justificarse sobre una base de autodeterminación nacional y, aunque permitía el cobro de reparaciones limitadas por daños de guerra, eliminaba todas las formas de "indemnización" punitiva. Además, en relación con el imperialismo, llegaba a trazar el plan para la administración y desarrollo unificados de toda la región tropical de África, bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones, cuyo establecimiento demandaba vigorosamente sobre una base que permitiera el evitar guerras futuras y el desempeño de un papel activo en el desarrollo mundial, económico y político. La Sociedad, pedía, debía colocarse contra la guerra económica que se llevaba a cabo por medio de los aranceles proteccionistas y los monopolios capitalistas. Pedía la acción cooperativa internacional para asegurar la distribución de las existencias mundiales de alimentos y materias primas siguiendo el principio de que "nadie tiene derecho a lo superfluo, mientras alguien carezca de lo estricto"; y abogaba porque todas las reclamaciones de reparaciones por daños de guerra fueran aprobadas por una comisión internacional, ante la cual deberían presentar los gobiernos las demandas de sus nacionales respectivos.

La declaración de objetivos bélicos realizó, así, en gran medida, la difícil meta de satisfacer a la mayoría de los grupos socialistas belicistas e intermedios en los países aliados occidentales aunque no, por supuesto, a los extremistas de uno y otro lado. Conjuntamente con los "Catorce Puntos" del presidente Wilson ejerció una gran influencia sobre la opinión en Alemania y Austria-Hungría, así como en los países aliados y los Estados Unidos, fortaleciendo los movimientos tendientes a una paz justa y obligando a los partidarios de la guerra hasta el fin a moderar sus insostenibles exigencias. Al mismo tiempo, dio un golpe especial a los que clamaban por la paz a cualquier precio y separó agudamente a sus patrocinadores de los bolcheviques, quienes insistían en que la paz se produciría sólo como producto de la revolución universal y consideraba que el "derrotismo revolucionario" debía ser la respuesta socialista correcta a los "socialpatriotas" que apoyaban las causas de sus respectivos gobiernos. Si podía hablarse en favor de los "socialpatriotas" entre los socialistas aliados, la declaración de objetivos bélicos lo hacía bien y claramente, con bastante idealismo socialista como para constituir amplias pruebas, para todos excepto para los extremistas revolucionarios.

Pero esto, por supuesto, la hacía aún menos aceptable para los bolcheviques y sus partidarios revolucionarios en el resto del mundo.

La declaración de objetivos bélicos no tendría efecto, de inmediato, en el curso de los acontecimientos. Dos meses después de su aceptación, Rusia estaba fuera de la guerra, de acuerdo con el Tratado de Brest-Litovsk y no había posibilidad de que el gobierno alemán aceptara las condiciones propuestas hasta que se viera obligado a abandonar toda esperanza de una victoria militar. Tampoco había perspectivas de que las aceptaran los gobiernos aliados, a pesar de los "Catorce Puntos", a no ser que ellos también tuvieran que abandonar las esperanzas de llevar a Alemania a una derrota completa. En consecuencia, lo que ocurrió fue que los alemanes, reforzados por los ejércitos disponibles por la terminación de la guerra en el frente oriental, lanzaron su gran ofensiva occidental, con la esperanza de romper la resistencia aliada antes de que los norteamericanos pudieran acudir efectivamente en auxilio de las potencias occidentales; y sólo cuando este ataque final fue rechazado y se controló la intensa campaña submarina surgieron las perspectivas del final de las hostilidades. Cuando se llegó a esta etapa, en el verano de 1918, el desplome en Austria-Hungría fue ayudado mucho, indudablemente, por el impacto combinado de los "Catorce Puntos" y la declaración de objetivos bélicos; y el colapso alemán que siguió fue también apresurado por la esperanza popular de que estas declaraciones ayudarían a asegurar condiciones de paz tolerables: esperanza pronto frustrada por la actitud intransigente de los gobiernos aliados hacia la recién instaurada República alemana.

La declaración aliada de objetivos bélicos había sido redactada sin la participación de la American Federation of Labor que, bajo la dirección de Samuel Gompers, se opuso a toda paz negociada y se negó a participar en las discusiones de los movimientos socialistas y sindicales aliados. Había sido la intención de los socialistas aliados que sus representantes participaran en las negociaciones de paz y presentaran la declaración para que la aceptara la Conferencia de Paz, a través de una conferencia socialista internacional que debía reunirse simultáneamente a la conferencia oficial de los gobiernos. Pero cuando llegó la hora, los gobiernos aliados no estaban de ningún modo dispuestos a aceptar la pretensión de los movimientos obreros de participar en la instauración de la paz; y la Conferencia Laboral que se reunió en Berna, en febrero de 1919, no pudo hacer más que presentar su demanda ante los representantes de los gobiernos, quienes la rechazaron de plano en sus aspectos más importantes y sólo permitieron la participación laboral en las discusiones especiales que llevaron al establecimiento de la Organización Internacional del Trabajo. Como veremos, las condiciones de

paz y la constitución de la Sociedad de Naciones establecidas en Versalles no se parecían en nada a lo que habían demandado los socialistas aliados. La declaración de objetivos bélicos influyó para hacer que los socialistas aliados brindaran un continuo, aunque crítico, apoyo al esfuerzo bélico aliado en el año final de la contienda, pero tuvo poco o ningún efecto sobre las condiciones impuestas a Alemania después de su derrota militar.

CAPÍTULO III

LAS DOS REVOLUCIONES RUSAS DE 1917

Rusia entró en la guerra, en agosto de 1914, como aliada de Francia y el Reino Unido contra las potencias del Eje, pero como un aliado del que podían avergonzarse muchos en Occidente, aunque los liberales rusos estaban, en su mayoría, complacidos con la alianza y esperaban utilizarla como instrumento para liberalizar y occidentalizar la conducta del Estado ruso. Los demócratas constitucionales (o "cadetes" *), partido de Milyukov, eran muy partidarios de la guerra y apoyaban objetivos bélicos altamente chauvinistas, incluyendo la anexión de Constantinopla al Estado ruso; y no sólo los líderes socialrevolucionarios más moderados, sino también un sector considerable de los mencheviques apoyaba la guerra, aunque oponiéndose a los proyectos chauvinistas de anexión y demandando que el gobierno cesara en sus persecuciones y se le diera un carácter más representativo de las principales corrientes de la opinión política. Sólo los bolcheviques, bajo la influencia de Lenin, adoptaron una actitud antibelicista inequívoca, de "derrotismo revolucionario" y presionaron para que la situación bélica se aprovechara para intensificar la actividad revolucionaria, para convertirla en la base de una revolución efectiva que, esperaban, se produciría en todos los países beligerantes y haría amos de la sociedad europea a los proletarios. Aun entre los bolcheviques, en 1914, la opinión general era que Rusia no estaba lo bastante avanzada económicamente para que fuera practicable la revolución socialista y proletaria; pero cualquiera que fuera la naturaleza de la Revolución rusa, no tenían duda de que el proletariado debería desempeñar un papel importante en ella, ni de que debía considerarse la guerra como una oportunidad de provocarla.

Los mencheviques, más numerosos que los bolcheviques, estaban también de acuerdo en desconfiar de la posibilidad de proceder directamente a la revolución socialista, y en sostener que, en Rusia, la esperada Revolución debería tomar, por el momento, una forma burguesa. Coincidían en considerar al capitalismo como una etapa que debía atravesar todo país en el camino hacia el socialismo, aunque diferían considerablemente acerca del papel que debía desempeñar el proletariado, tanto para hacer la Revolución burguesa como para colaborar con la burguesía en su sostenimiento hasta que Rusia se hubiera des-

* **De K. D., iniciales de** *KonstHutsionalnyie Demokrati.* **[E.]**

arrollado lo bastante económicamente como para que fuera practicable la transición al socialismo. Diferían también agudamente respecto a la actitud que los socialistas debían adoptar ante la guerra. Un grupo, encabezado por G. V. Plekhanov (1857-1918), decano de la socialdemocracia en Rusia, se puso ardientemente del lado de los aliados y afirmó la necesidad de derrocar al imperialismo militarista de las potencias del Eje, liberar a los pueblos sometidos de Austria-Hungría y unir a los pueblos rusos en la causa de la democracia-y del "progreso" occidental; otro, dirigido por Yuly Martov (1873-1923), adoptó una posición "intemacionalista", consideró a todos los estados beligerantes como partícipes de una misma culpa imperialista y sostuvo que el deber primario de los socialistas de todos los países era laborar por una paz rápida, en lo posible basada en la justicia social y en el reconocimiento de los derechos de autodeterminación de los pueblos. Muchos mencheviques vacilaron entre las dos posiciones o se vieron orillados hacia la segunda, a medida que los ejércitos rusos iban de desastre en desastre y la estructura social empezaba a desintegrarse visiblemente bajo la intensa presión de la guerra.

La adhesión de Plekhanov a la causa aliada fue una fuerte conmoción para muchos socialistas rusos; porque era el "gran viejo" del marxismo ruso y se le respetaba como a uno de los principales teóricos del socialismo. Era, además, el socialdemócrata ruso que obtuvo el máximo respeto en la Segunda Internacional, además de sostener las relaciones más estrechas con la socialdemocracia alemana, y que había tenido en alta estimación al Partido Socialdemócrata alemán. Como maestro de Lenin, y prominente colaborador en los primeros años del *Iskra,* tenía gran prestigio en los círculos bolcheviques v mencheviques, especialmente entre los que todavía esperaban que pudiera curarse la herida del Partido Socialdemócrata.

Los socialrevolucionarios eran un grupo mucho más heterogéneo que los socialdemócratas y tenían, en conjunto, un número de partidarios mucho mayor que el de bolcheviques y mencheviques reunidos. Eran, especialmente, un partido campesino, que dependía sobre todo del apoyo del campo, aunque tenían también muchos partidarios en las ciudades. Identificados hasta hace poco con una política de terrorismo individualista[1] tenían, sin embargo, bastantes partidarios moderados, en términos de aspiraciones sociales y económicas, y lazos de unión con los progresistas no socialistas, quienes participaban activamente en los *zemstvos y*

[1] Desde 1906, los socialrevolucionarios habían restringido oficialmente el terrorismo a casos particulares aprobados por la autoridad central del Partido y habían rechazado el terrorismo indiscriminado y los actos de terrorismo instigados por grupos locales.

en la promoción de actividades cooperativas; pero, en el otro extremo, agrupaban a cantidad de cuasi-anarquistas. Muy descentralizado en su estructura, el Partido Socialrevolucionario tenía un núcleo de partidarios mucho más disperso que las facciones socialdemócratas y se extendió a todas las regiones del vasto imperio ruso. Sus seguidores, en su mayoría, tenían mucha más conciencia de los problemas locales que de los nacionales e internacionales: constituían una masa excitable más que un núcleo coherente, capaz de formular una política común. Eran afectados, principalmente, por la guerra a través del gran número de campesinos que eran llamados continuamente, y que debían ir al servicio militar, y por la creciente presión que pesaba sobre el campo con el fin de suministrar alimentos a las ciudades y al ejército. Sus líderes eran, en verdad, hombres cultivados, quienes tenían opiniones propias sobre los asuntos nacionales e internacionales; pero había poca o ninguna presión de los miembros de base sobre los líderes para que adoptaran determinada actitud en esas cuestiones y, en la práctica, las más amplias divergencias eran consecuentes con la permanencia dentro del Partido. No estuvieron representados como partidos en la Cuarta Duma, aunque el pequeño grupo de los "trudovicos" (Partido Laborista), encabezado por Kerensky, estaba bastante asociado a ellos, así como otros diputados que no se consideraban afiliados a ningún partido. En su mayoría trabajaban clandestinamente, tratando de enfocar el descontento de los campesinos como medio para la revolución social, que esperaban basar en las masas campesinas, desempeñando el proletariado industrial un papel importante, pero secundario.

A partir de 1914, algunos de los socialrevolucionarios y de grupos asociados con ellos abrazaron la causa aliada con mucho mayor entusiasmo y dedicación que la mayoría de los mencheviques. Esto es válido, especialmente, para los grupos populistas reunidos en torno a los veteranos N. V. Chaikowsky (1850-1926) y Félix Volkhovsky (1846-1914) y a muchos otros exiliados que habían encontrado refugio en París o en Londres. Pero, en el extremo opuesto, había socialrevolucionarios que se oponían a la guerrra tan agudamente como cualquier bolchevique y no estaban menos dispuestos que ellos a considerarla como una oportunidad para la acción revolucionaria a partir de la derrota nacional. El Partido Socialrevolucionario, como vimos,[2] ya se había dividido en facciones maximalistas y minimalistas, durante la Revolución de 1905; y su ala izquierda había seguido favoreciendo el terrorismo cuando la mayoría del partido suspendió la actividad terrorista. No ocurrió otra división formal en 1914, pero los socialrevolucionarios de izquierda compár-

[2] **Véase vol. III, pp. 434-5.**

tíeron, aunque con bases diferentes, la actitud revolucionaria antibelicista de los bolcheviques, con quienes se unirían por un tiempo después de la Revolución de Octubre. Entre los dos extremos había muchos grupos intermedios, desde los partidarios campesinos de Víctor Chernov (1873-1952) hasta los trudovicos de Kerensky y, en cuanto a la actitud hacia la guerra, desde el apoyo a los aliados hasta una posición cercana al "internacionalismo" de Martov.

En el periodo que siguió al asesinato de Stolypin, en septiembre de 1911, el gobierno zarista había seguido un camino persistentemente reaccionario. El sucesor de Stolypin, conde V. N. Kokovtsev, era un funcionario totalmente conservador quien buscaba el favor de la corte y no hacía intento alguno de cooperar siquiera con la mayoría conservadora de la Duma, a la que se oponía completamente. Con él, la zarina pudo imponer sus opiniones reaccionarias y lograr la designación de antidemócratas intransigentes en posiciones claves; y la siniestra influencia del abominable Rasputín pudo crecer. A la larga, las reformas agrarias de Stolypin pudieron haber creado la minoría de campesinos relativamente acomodados, técnicamente progresistas y antirrevolucionarios en la que depositaba sus esperanzas y, con ello, se habían establecido, en una parte del país, los métodos de cultivo que deseaba de carácter más capitalista. Pero, por el momento, la situación de la mayoría de los campesinos empeoraba cada vez más, a medida que la presión sobre las limitadas tierras que poseían crecía con el aumento de la población. Stolypin tuvo bastante éxito en la destrucción de los viejos sistemas colectivos de propiedad y cultivo y en la transferencia de la gran parte de la tierra a la propiedad individual. Pero, por el momento, esto sólo empeoraba las cosas, ya que la mayoría de los campesinos no tenían ni el conocimiento ni los recursos necesarios para la aplicación de mejores métodos y las pequeñas y con frecuencia dispersas extensiones de tierra eran muy improductivas. En consecuencia, después de un periodo de calma que siguió al despiadado sofocamiento de la Revolución de 1905, el malestar campesino empezó pronto a aumentar y a ser reprimido con la misma ferocidad de antes. El malestar también se desarrolló rápidamente en las ciudades entre los trabajadores industriales; y también en este caso las huelgas y disturbios, cada vez más numerosos, fueron sofocados con violentas medidas represivas en contra de los sindicatos y de los agitadores socialistas, a quienes se echó la culpa. De 1912 a 1914 hubo una serie de grandes huelgas en San Petersburgo, Moscú y otros centros industriales, y ya las cosas ardían para una nueva revolución antes de estallar la guerra.

Hubo también, en estos años, serios escándalos por la corrupción de los altos círculos oficiales, especialmente en relación con la administra-

ción militar. En el exterior, Rusia trataba de seguir una política imperialista, lo que llevó al gobierno del zar a un agudo conflicto con Austria-Hungría y Alemania, especialmente acerca de las cuestiones de los Balcanes. Los rusos ayudaron a fomentar la primera guerra de los Balcanes, de la que esperaban aprovecharse aumentando su influencia en el Cercano Oriente; pero, en las grandes negociaciones de las potencias que siguieron a la segunda guerra de los Balcanes, sufrieron un serio revés diplomático cuando no lograron salvar a sus protegidos búlgaros de la derrota. El gobierno zarista no se sentía entonces lo bastante fuerte para ir a la guerra sin la seguridad del apoyo de sus aliados occidentales. Quedó adolorido, resintiendo la derrota y de ninguna manera en disposición de aguantar otra agresión traicionera de Austria o Alemania. En consecuencia, en 1914, Rusia, acudiendo en apoyo de los servios después del ultimátum austro-húngaro, se lanzó y complicó a Alemania en el conflicto, arrastrando a Francia y a la Gran Bretaña como aliados. En esta situación, Rusia entró en una guerra mundial para la cual no estaba equipada en absoluto, tanto porque las fuerzas armadas estaban en muy mal estado como porque, además, sus recursos productivos y sus medios de transporte eran totalmente incapaces de afrontar el esfuerzo. Los rusos carecían no sólo de las fuerzas necesarias sino de los medios para maniobrar rápidamente. Lo más que podían hacer era lanzar grandes masas de soldados mal entrenados, carentes de equipo y mal vestidos y alimentados a los campos de batalla, sin medios para enviarles suministros adecuados. Estas masas, con la ayuda de suministros aliados, podían ser utilizadas para obtener éxitos militares inmediatos, por el impacto de su número; pero, a pesar del valor individual de los soldados en batalla y la presencia de no pocos líderes militares capaces, no podían resistir cuando encontraban una oposición sostenida de fuerzas mucho mejor organizadas y con buenos suministros.

El gobierno ruso, en vez de tratar, en su situación, de compartir su responsabilidad con los partidos y grupos dispuestos a cooperar en el esfuerzo bélico, utilizaron la guerra como una oportunidad para intensificar la represión. Después de las severas derrotas que ocurrieron en la primavera de 1915, la situación militar y la interna empeoraron rápidamente. Hubo un intento de unir a las clases ricas en apoyo del esfuerzo nacional y de improvisar servicios de voluntarios para ayudar a la nación en su situación de emergencia; y los *zemstvos,* bajo la dirección del príncipe Lvov y con el apoyo de los cadetes burgueses, incluyendo a muchos profesionistas, hicieron algo por organizar servicios hospitalarios y los suministros necesarios. Pero estos esfuerzos fueron paralizados, en gran medida, por la insensata conducta del gobierno y la corte, donde Rasputín gozaba de mayor favor que nunca. El zar partió

hacia el. frente para asumir el mando personalmente —y más aún para escapar a la sofocante atmósfera de la capital—; pero esto no controló de ninguna manera la conducta del gobierno ni enmendó el desplome administrativo. En 1916 hubo deserciones constantes del frente y soldados hambrientos empezaron a rondar los campos en busca de alimentos. Una huelga en las obras de Putilov fue sometida con la mayor violencia. La Duma, que había sido suspendida desde el comienzo de la guerra, fue convocada nuevamente en 1916, para tratar la creciente crisis financiera; pero su demanda de un gobierno más responsable "no fue atendida. El ejército y la población hambreada de las ciudades estaban llegando al límite de la resistencia. La revolución se acercaba; pero no parecía haber un líder. La mayoría de los principales líderes socialistas, de todos los partidos, estaban en prisión o en el exilio, en Siberia o en el extranjero; y los partidos burgueses de la oposición —con excepción de Milyukov y sus seguidores del grupo de cadetes— no estaban dispuestos, en su mayoría, a dirigir una revolución que se consideraban impotentes de controlar —tanto más cuanto que la revolución en tiempo de guerra les parecía constituir una traición a la causa nacional, que apoyaban y además, si llegaran a perder el control, el peligro de un rompimiento con los aliados, de los que Rusia dependía para los suministros de guerra—. En consecuencia, un mes tras otro, nada sucedió excepto nuevos desastres militares y un deterioro cada vez más rápido de las condiciones interiores.

Al final, la Revolución no se planeó ni se dirigió. Simplemente se produjo. Surgió a través de los motines de gente que exigía pan, por lo que se llamó al ejército con el fin de sofocarlos, y la hicieron, en verdad, los soldados, no en el frente, sino en Petrogrado —el nuevo nombre de San Petersburgo desde que estalló la guerra—. Se produjeron motines antes de marzo de 1917, aunque esporádicos que habían sido sofocados, y los cosacos, el sector más confiable del ejército zarista, permanecieron fieles a sus oficiales. Entonces, súbitamente —y sin una razón especial: porque el sufrimiento, la frustración y la sensación de ser víctimas de un gobierno incompetente y opresor no eran razones *especiales* — regimiento tras regimiento de la guarnición de Petrogrado se negaron a obedecer las órdenes y marcharon por la ciudad, sin saber a ciencia cierta qué debían hacer. Los trabajadores de las fábricas se lanzaron a la calle y empezaron a celebrar grandes manifestaciones. Surgieron líderes que pronunciaron fervientes discursos, de acuerdo con sus respectivas tendencias. Los soldados, llamados para dispersar las manifestaciones de civiles, se negaron y se amotinaron, entregando muchos sus armas a los trabajadores desarmados. Soldados rebeldes ocuparon edificios claves; pero todavía no había un plan, una dirección central, ni idea de lo que

debía hacerse después. La Duma, sorprendida por el estallido, no tenía tampoco idea de cómo reaccionar. La mayoría de sus miembros eran monárquicos y reaccionarios; los octobristas —el partido que representaba a los terratenientes constitucionalistas y a la alta finanza y los cadetes; el partido de los terratenientes, industriales y comerciantes más progresistas y también de los intelectuales burgueses y las clases profesionales— tenían en total menos asientos que los partidos de derecha. Los socialistas y trudovicos sobrevivientes eran sólo unos cuantos. Pero había que hacer algo; y, aun en una Duma como ésta, la exasperación contra el gobierno del zar era intensa. Los octubristas y los cadetes se unieron y, al llegar noticias del desplome absoluto de la autoridad en todas partes, decidieron que no había otra alternativa que la abdicación del zar, para lo cual enviaron emisarios a los cuarteles generales del ejército. Esperaban, no obstante, salvar a la monarquía eliminando al monarca. El zar, ante la insistencia de los emisarios, consintió en abdicar y designó a su hijo como sucesor, para variar luego de opinión y nombrar, en su lugar, al gran duque Miguel. Los partidos de la Duma formaron un gobierno provisional, con el príncipe Lvov, dirigente de la organización *zemstvo y* aristócrata moderado, como primer ministro; el líder octubrista, A. I. Guchkov, como ministro de la guerra; el cadete Paul Milyukov como ministro de relaciones exteriores, y Alexander Kerensky (nació en 1881), como representante de la izquierda, como ministro de justicia. Este ministerio, en un principio sin Kerensky, fue formado con gran apuro, el día anterior a la abdicación, porque ese mismo día había surgido un organismo rival que, se temía, podría desafiar la autoridad de la Duma y tratar de llevar la Revolución más adelante en vez de detenerla en la fase a la que ya había llegado. Este nuevo organismo era el Soviet de Trabajadores y Soldados de Petrogrado, integrado por miembros electos directamente por los soldados y obreros en los regimientos y grupos de las fábricas y susceptibles de ser depuestos y sustituidos en cualquier momento por los grupos que los habían elegido.

El soviet que surgió, así, súbitamente en los críticos días de marzo era, por supuesto, una vuelta a los grandes días de 1905, cuando un organismo semejante de delegados de los obreros —sin la misma base de apoyo de los regimientos— había desempeñado, bajo la dirección de Trotsky, un papel vital en la primera Revolución.[3] Era natural que este precedente fuera recordado y utilizado por los líderes obreros que trataban de ordenar y dirigir la incoherencia del estallido. Era también natural que la aparición en escena de ese organismo produjera hondas preocupaciones en los dirigentes de los partidos en la Duma, ya porque

[3] **Véase vol. III, pp. 428-9.**

desearan aplastar la Revolución o sólo impedir que se saliera de su control y utilizarla como medio para el establecimiento de un gobierno constitucional bajo un sistema zarista modificado. A los ojos de los partidos centristas de la Duma —octubristas, cadetes y burgueses progresistas— la necesidad inmediata era establecer una autoridad constitucional capaz de gozar de la lealtad de la gran maquinaria del servicio civil y de los jefes militares, de administrar el país y proseguir la guerra. El nuevo gobierno habría preferido hacerlo con un nuevo zar, dispuesto a servir como monarca constitucional y de dar a la Revolución la sanción de la legalidad. Pero el gran duque Miguel, comprendiendo el estado de ánimo del pueblo mejor que los políticos, renunció a suceder al zar y dejó que el gobierno del príncipe Lvov hiciera frente al futuro sin su ayuda.

El nuevo gobierno se convirtió así en republicano contra su voluntad y dependiente en su autoridad de las fuerzas liberadas por la Revolución. Por el momento, logró conservar la lealtad del servicio civil y asegurar la adhesión de los jefes militares; y fue, después de una semana de inseguridad, reconocido por los gobiernos aliados, que observaban ansiosamente el curso de los acontecimientos y tenían miedo de que los nuevos amos de Rusia pudieran negarse a seguir luchando contra los alemanes y hacer una paz por separado. En tal caso, los ejércitos alemanes que estaban en el frente oriental quedarían libres para ser trasladados a Occidente, donde la presión militar era ya bastante severa; y, si no entraban en la guerra los norteamericanos, las potencias del Eje ganarían la guerra. En verdad, aunque intervinieran los norteamericanos, era dudoso que pudieran llegar a tiempo para evitar el desastre. Los gobiernos aliados occidentales consideraron necesario, por tanto, subordinar cualquier otra consideración para mantener a Rusia en la guerra y aceptar cualquier gobierno ruso que mantuviera el compromiso zarista con la Triple *Entente*. Habían observado con desaliento la creciente desintegración de Rusia bajo el impacto de la lucha prolongada y la malísima administración y no sentían, desde luego, simpatía por el sistema zarista, corrompido, incompetente y brutalmente reaccionario. No obstante, la Revolución los preocupaba y su única idea era detenerla en un punto en que los rusos estuvieran todavía comprometidos a proseguir la guerra contra las potencias del Eje.

En Francia y la Gran Bretaña, la alianza con Rusia había sido considerada desde siempre con muchas reservas, no sólo por las clases trabajadoras, sino por los grupos liberales y progresistas, y la conducta del gobierno zarista durante la guerra había aumentado mucho su impopularidad, no sólo entre los elementos progresistas, sino entre los más conservadores de la política occidental. En todos los países, la victoria

de la Revolución en Rusia fue saludada con entusiasmo por las clases trabajadoras y fue bien acogida también por muchos burgueses progresistas que esperaban significaría la unión de otro gran país a la causa de la democracia parlamentaria. Sólo los reaccionarios más extremos estaban dispuestos a pronunciarse en su contra; pero había otros, incluyendo a la mayoría de los líderes de los gobiernos de los países aliados, cuya actitud era ambivalente, porque temían sus efectos sobre la causa aliada. Éstos, sin embargo, se veían obligados, a pesar de sus sentimientos, a dar la bienvenida, públicamente, al nuevo gobierno ruso, en la esperanza de inducirlo a permanecer en la guerra y hasta a lanzar una nueva ofensiva destinada a disminuir la severa presión sobre el frente occidental.

Singularmente mal informados por sus propias embajadas en Petrogrado, cuyos miembros se codeaban sobre todo con reaccionarios y conocían mal el sentimiento del pueblo ruso, los gobiernos occidentales tenían poca idea de lo que estaba pasando realmente en ese país y de la medida en que se había producido el desplome, aun antes de la dramática desaparición del zarismo. Creían que el nuevo gobierno, habiendo asegurado la lealtad de las autoridades militares y del servicio civil, estaría en posición de asumir el control del país y de conducirse en una forma, al menos, no peor que su incompetente predecesor. Al principio dieron poca importancia a la presencia en Rusia de una autoridad rival —el Soviet de Petrogrado —que todavía no pretendía ser el gobierno ni tomar el poder contra el príncipe Lvov y sus colegas. No comprendían que, en Petrogrado, los regimientos no obedecerían órdenes si no eran suscritas por los delegados electos por los soldados para representarlos, ni que soviets semejantes al de Petrogrado surgían por todas partes, no sólo entre los grupos de obreros y campesinos, sino en los ejércitos de los distintos frentes. Tampoco estos soviets pretendían asumir la autoridad gubernamental ni sabían claramente lo que iban a hacer. Pero constituían, colectivamente, el poder real puesto en marcha por la Revolución, mientras que el gobierno provisional, aunque los soviets no amenazaran formalmente su derecho a gobernar, tenía sólo una sombra de autoridad y no podía hacer nada positivo sin su apoyo.

El soviet era, en efecto, en la situación de Rusia en 1917, un magnífico instrumento revolucionario. Emanaba directamente, en cada región, de los grupos de trabajadores que habían sido sometidos de un modo represivo por la autocracia y aprendían ahora, ansiosamente, a actuar por sí mismos. Era, además, un instrumento totalmente flexible, que variaba día a día en respuesta a cada cambio de actitud o de opinión de las masas trabajadoras y que era objeto de confianza porque ninguno de sus miembros tenía su puesto asegurado si dejaba de reflejar los senti-

mientos y deseos de sus representados. No se parecía a un parlamento ni a un organismo electo constitucionalmente para un término formal y capaz, por tanto, de actuar por el momento como considerara conveniente, aun contra la opinión de sus representados. Esto significaba, sin duda, que era inherentemente inestable, mientras conservara su carácter inicial. Pero, en la situación existente, su misma inestabilidad era la raíz de su poder.

Al principio, los nuevos soviets, en Petrogrado y en los demás lugares, estaban constituidos principalmente por desconocidos surgidos de la misma Revolución. En un principio se contaban entre los miembros casi todos los socialistas activos, de todas las tendencias, que había en el lugar y estos militantes eran continuamente reforzados por exilados que volvían de Siberia o del extranjero y, en especial, en las áreas rurales, por soldados que volvían, generalmente como desertores, a sus pueblos. Al principio no había coordinación central. Cada soviet local actuaba por sí mismo, sobre todo por ignorancia de lo que pasaba en otros lugares. Pero pronto empezaron a establecerse las comunicaciones y surgió un patrón de organización central. Hubo congresos regionales que cubrían regiones más o menos extensas y luego congresos nacionales, de soviets de trabajadores, de campesinos y de soldados de todas partes del imperio ruso.

En las primeras fases de la Revolución de marzo, los soviets, incluyendo al Soviet de Petrogrado, estuvieron dominados por los partidos socialistas más moderados —en las grandes ciudades, especialmente, por los mencheviques—. N. S. Chkheidze (1864-1926), notable menchevique de Georgia, fue presidente del Soviet de Petrogrado; los bolcheviques no pasaban de ser, en todas partes, una pequeña minoría. Ésta era la situación que Lenin encontró cuando volvió a Rusia, procedente de Suiza, **a** principios de abril y apenas había cambiado cuando Trotsky llegó de los Estados Unidos un mes después. Había, además, entre los socialdemócratas, numerosos grupos que se habían negado a identificarse con la facción bolchevique o la menchevique. Se encontraba entre ellos el grupo en torno a Máximo Gorki (1868-1936) y su periódico *N.ovaya Zhizn* (Nueva *Vida),* vigorosamente antibolchevique y —de mayor importancia— la Mezhrayonka, u Organización Intermunicipal, fundada en 1913 con la ayuda de Trotsky desde el extranjero. La Mezhrayonka incluía a muchos líderes bien conocidos antes de la Revolución —A. V. Lunacharsky (1875-1933), D. B. Ryazonov (1870-?1940), M. N. Pokrovsky (1868-1932), A. Yoffe (m. 1923), D. Manuilsky (n. 1883), M. Uritsky (1873-1918) y V. Volodarsky (1881-1915)- y otros que serían después prominentes servidores del nuevo Estado soviético, como L. Karakhan (Í889-1937). Era, principalmente, un grupo de oradores

y líderes, sin grande y definido apoyo popular, pero con apreciable influencia. Hacia este grupo gravitó Trotsky, todavía no bolchevique, a su vuelta a Rusia; y, a través de su unión con los bolcheviques se convirtió en tal y apareció, apoyado por Lenin, como una de las principales figuras del Partido Bolchevique y de la Revolución de noviembre. Por algún tiempo después de su llegada, sin embargo, la Mezhrayonka permaneció como grupo independiente, de pleno acuerdo con la nueva política para la cual Lenin había ganado al vacilante Partido Bolchevique, pero distinguiéndose de éste por estar menos dispuesta a suprimir a la mayoría menchevique como traidores a la causa socialista.

El gran problema de los bolcheviques, en el momento de la llegada de Lenin a Rusia, había sido qué clase de revolución debían promover. Tradicionalmente, Lenin y los bolcheviques, lo mismo que los mencheviques, habían apoyado la opinión de que Rusia estaba demasiado subdesarrollada económicamente para que fuera factible una revolución socialista y que la Revolución tendría que detenerse temporalmente en su fase burguesa, sin que los socialistas trataran de formar gobierno, pero ejerciendo una presión independiente sobre el gobierno en interés de los trabajadores. Había sido obvio, no obstante, desde la formación misma del primer gobierno del príncipe Lvov, fundado en los octubristas y los cadetes, que estos partidos carecían del apoyo popular necesario para el ejercicio del poder real; y, desde un principio, el Soviet de Petrogrado había sido, necesariamente, mucho más que un simple grupo de presión influyendo desde el exterior. El soviet se vio obligado pronto, virtualmente, a actuar en muchos cas^s como un poder independiente, por ejemplo, al suscribir las órdenes del gobierno que ni los regimientos ni los trabajadores de las fábricas habrían obedecido sin su sanción y al obligar al gobierno a publicar declaraciones que iban en contra de sus verdaderas opiniones. El dualismo de autoridad entre el gobierno provisional y el soviet se había hecho importante, cuando menos en junio, no porque el soviet lo planeara deliberadamente, sino porque las realidades del poder lo hacían indispensable para la existencia del gobierno. Algunos miembros importantes del primer gobierno provisional no estaban dispuestos en absoluto a aceptar compartir indefinidamente el poder con los soviets. Los octubristas en particular se rebelaron contra la aceptación de que el soviet tuviera una autoridad independiente y querían restaurar la antigua Duma para dar cierta legalidad a su posición en el gobierno. Su líder, Guchkov, como ministro de la guerra, se dedicaba a restablecer la disciplina en el ejército y a eliminar a los soviets de los regimientos, sin cuya anuencia los soldados se negaban a obedecer órdenes de los oficiales. Cuando

fracasó en su intento renunció y, al hacerlo, contribuyó grandemente a hacer insostenible la posición del gobierno.

El golpe definitivo al primer gobierno provisional, no obstante, se debió al líder de los cadetes, Milyukov, ministro de relaciones exteriores, quien declaró, en respuesta a la presión de los gobiernos aliados, que la nueva Rusia asumiría los objetivos bélicos de la vieja Rusia y sostendría los tratados en los que se habían expresado estos fines. Esta declaración, que habría comprometido a Rusia a una lucha hasta el final en apoyo de la política imperialista del zarismo, provocó una reacción tan grande que Milyukov tuvo que renunciar, a su vez, y el gobierno se desintegró. ¿Quién tomaría su lugar? Los partidos burgueses no podían salir adelante, obviamente, sin el apoyo socialista; ¿debían entonces los socialistas consentir en una coalición con ellos, o con lo que quedaba de ellos después de la renuncia de Guchkov y de Milyukov? La única alternativa parecía ser la formación de un gobierno totalmente socialista, o no formar gobierno —lo que habría significado que los soviets habrían tenido que tomar el poder en sus manos—. Pero los soviets no estaban organizados para tomar el poder. El primer Congreso Nacional de los Soviets no se había reunido aún y los partidos socialistas no estaban dispuestos a formar un gobierno que los jefes militares y los miembros del servicio civil se negarían probablemente a reconocer o a obedecer. Los bolcheviques lanzaban, por esta época, el grito de "¡Todo el poder para los soviets!" y rechazaban la idea de una coalición con la burguesía. Pero su influencia era todavía pequeña: eran los mencheviques y los socialrevolucionarios los que tenían que decidir cómo resolver la situación.

La mayoría se puso de parte de la coalición, no porque les satisfaciera sino porque no sabían qué otra cosa podían hacer. Decidieron, de hecho, apoyar a un nuevo gobierno provisional todavía encabezado por un no socialista —el príncipe Lvov— y en el cual los ministros socialistas estaban en minoría. En verdad, muchos socialistas aceptaron más fácilmente esa coalición que si hubieran tenido en ella los socialistas una posición dominante. Y esto se debía a varias razones. Una —muy importante a sus ojos— era que un gobierno principalmente socialista no habría podido dejar de adoptar una política ampliamente socialista, cuando los mencheviques estaban convencidos, en su mayoría, de que Rusia no estaba madura para semejante política y necesitaba un gobierno que favoreciera el rápido desarrollo capitalista. Una segunda razón era que el gobierno necesitaba asegurar la obediencia, si no la lealtad, de las fuerzas armadas, lo que habría sido muy difícil, si no imposible, para un gobierno socialista. Una tercera razón, me parece, era que muchos socialistas tenían miedo de asumir

el poder en las difíciles condiciones que prevalecían y muchos deseaban un gobierno que los soviets pudieran criticar y, en caso necesario, frenar, más que un gobierno que tuvieran que reconocer como representativo de ellos mismos.

En todo caso, el segundo gobierno Lvov estaba formado con ocho ministros no socialistas y seis socialistas; y entre éstos se encontraban Kerensky como ministro de la guerra, Victor Chernov (1873-1952) como ministro de agricultura, M. I. Skobelev (1885-1930) como ministro del trabajo e l. G. Tseretelli (1882-?) como ministro de correos y telégrafos. De ellos, Kerensky y Chernov eran socialrevolucionarios, Tseretelli un conocido menchevique, y Skobelev un antiguo colaborador de Trotsky que había participado activamente como menchevique en la cuarta Duma.

El primer Congreso Nacional de Soviets, fuertemente dominado por mencheviques y socialrevolucionarios, tenía que ser convocado todavía cuando asumió el poder el nuevo gobierno provisional y fue el Soviet de Petrogrado el llamado a pronunciarse en la cuestión de la participación socialista. Lo hizo, en favor de la participación, por una gran mayoría, después de un debate en el curso del cual Trotsky, el día después de su llegada a Rusia, expresó su opinión del peligro de la coalición y su convicción de que el siguiente paso debía ser **la** toma de todo el poder en manos de los soviets, como representantes de las masas trabajadoras. La coalición, decía, no pondría fin al dualismo de control: sólo transferiría el dualismo al mismo gobierno. Trotsky hizo así su primera aparición pública como aliado de los bolcheviques, aunque aún no tenía plena conciencia de ello, porque no descubrió cuan drásticamente había logrado ya Lenin cambiar **la** política bolchevique en **la** dirección que antes había sido la suya. Con anterioridad Lenin fue quien había insistido en que la Revolución rusa podía ser sólo, por el momento, una revolución burguesa; mientras que Trotsky, como vimos,[4] había sostenido que la simple presión de los acontecimientos forzaría a los trabajadores a tomar la dirección y hacer su propia Revolución. Lenin adoptó esta opinión y persuadió a su partido, frente a la oposición de Kamenev, a que suscribiera el lema de "¡Todo el poder para los soviets!", que suponía una declaración de guerra al gobierno provisional. Esto no significaba que Lenin se hubiera convertido sencillamente a las ideas de Trotsky: en el problema de la correcta organización del partido y la actitud hacia los demás partidos socialistas estaban aún a considerable distancia. Pero Lenin había cambiado su opinión acerca de la naturaleza de la Revolución que se estaba desarrollando

4 Véase vol. IV, p. 390.

en Rusia, principalmente porque veía que la situación había variarlo completamente con la guerra. La inmadurez de Rusia para el socialismo no era ya una razón válida para abstenerse, porque la Revolución en Rusia no podía ya considerarse como sosteniéndose por sí sola. Tenía que ser considerada como parte de una revolución mundial para la que la guerra había creado una oportunidad. Lenin sostenía que, aunque Rusia, por sí sola, no estuviera madura para el socialismo, la Europa capitalista sí lo estaba; y, en su opinión, los rusos estaban llamados por las circunstancias en que se encontraban a actuar como iniciadores de la revolución mundial y a apelar a los proletarios de los países más avanzados para que siguieran su ejemplo, derrocando a sus gobernantes y tomando el poder. Era la política de Kienthal de 1916 aplicada a la Rusia de 1917 y, dadas las circunstancias, sería una traición a la Revolución mundial que el proletariado ruso, a pesar de su atraso, se abstuviera de hacer suya la Revolución rusa. La necesidad de atravesar las fases sucesivas del desarrollo capitalista no podía evadirse, de ninguna manera; pero ahora habría que hacerlo, no bajo el control de la burguesía, sino bajo la dirección proletaria. Sería necesario un periodo de capitalismo estatal, tomando los proletarios el lugar de los capitalistas como la fuerza de control y dirección.

Por el momento, tanto Lenin como Trotsky eran voces que clamaban en el desierto. Cuando se reunió el primer Congreso Nacional de los Soviets, a principios de junio de 1917, las cinco sextas partes de los diputados eran mencheviques o socialrevolucionarios de derecha y de centro; y los bolcheviques, los socialrevolucionarios de izquierda y otros grupos de izquierda constituían sólo una pequeña fracción del todo. Lenin y Trotsky declararon en vano al Congreso que había llegado el momento de que los socialistas formaran su propio gobierno como expresión directa del poder de los trabajadores manifestado en los soviets. Los cadetes y demás grupos burgueses, afirmó Trotsky en el Congreso, no tenían ya un núcleo importante de seguidores y ya era hora de eliminarlos. Esto habría significado, por supuesto, si el Congreso hubiera aceptado sus ponencias, que el poder habría pasado a manos, no de los bolcheviques y sus aliados, sino de los mismos grupos socialistas moderados ya representados en el gobierno. Pero también habría significado que los ministros habrían dependido claramente de los soviets, cuya composición estaba sujeta a una variación continua; y, en esas condiciones, se habrían visto irresistiblemente empujados a la izquierda por la creciente urgencia de la demanda de paz y la negativa de soldados y campesinos a posponer la resolución del problema de la tierra hasta la reunión de una Asamblea Constituyente, todavía no elegida. Cualquier ministro que se negara a suscribir cualquiera de estas demandas se ha-

bría visto rápidamente desplazado en favor de alguien más capaz de representar los sentimientos de trabajadores y campesinos y de realizar sus deseos.

No sólo los ministros socialistas, sino también los partidos que los apoyaban, tenían plena conciencia de esto y, en consecuencia, los partidarios de dar todo el poder a los soviets no fueron apoyados y el gobierno provisional recibió el voto de confianza del Congreso. Los izquierdistas estaban, en efecto, en una posición difícil. Lenin, en el Congreso, apeló a los ministros socialistas para que rompieran con los cadetes y formaran un gobierno totalmente socialista, responsable ante los soviets. Esto habría significado un gobierno de mencheviques y socialrevolucionarios responsable ante organismos en los que esos dos partidos tenían una aplastante mayoría. Los bolcheviques y sus partidarios habrían quedado en oposición al gobierno, pero con dificultades para oponérsele supuesto que tenía una base de apoyo firme en los soviets. Los bolcheviques, sin embargo, no podían proponer otra cosa en esa etapa; porque Lenin y sus compañeros eran absolutamente contrarios a tomar el poder antes de tener una mayoría tras de sí en los soviets, al menos en las grandes ciudades. Había otros, incluyendo algunos socialrevolucionarios de izquierda y anarquistas, que querían una maniobra inmediata para derrocar al gobierno por la fuerza, aunque tuviera el apoyo de los soviets. Estos elementos sostenían que, aunque los soviets votaran en favor del gobierno, la mayoría de sus miembros eran en realidad hostiles a su política —sobre todo, a la continuación de la guerra del lado de los aliados— y se agruparían alrededor de cualquiera que les prometiera paz y tierra. Lenin, por otra parte, sabía que, aunque la opinión de los trabajadores en Petrogrado se desplazaba rápidamente hacia la izquierda y podría ser posible el derrocamiento del gobierno mediante un golpe, en las provincias la situación no era la misma, y un golpe con éxito en Petrogrado podría sólo aislar a la capital y dejar en libertad de acción a la contrarrevolución en el resto del país. Por tanto, opinaba enérgicamente que era necesario abstenerse y, cuando una proyectada manifestación de masas de la izquierda para pedir un gobierno socialista fue prohibida por el Congreso de los Soviets, persuadió al partido que aceptara la prohibición. La mayoría del soviet procedió entonces a organizar otra demostración de masas, que debería marchar frente al Congreso reunido. Tuvo lugar el 18 de junio y, para desaliento de los organizadores, los manifestantes, o gran parte de ellos, pidieron la renuncia de los ministros no socialistas y la toma del poder por los soviets. La manifestación, sin embargo, fue ordenada y no se intentó convertirla en un golpe revolucionario. Sirvió sólo para mostrar hasta qué punto la opinión en Petrogrado había ido más allá de la

actitud de los delegados electos un poco antes para asistir al Congreso de los Soviets y para indicar la precariedad del sostenimiento del gobierno de coalición.

El gobierno de Lvov, con su minoría socialista, duró hasta julio. Kerensky, ministro de la guerra, lanzó la mal vista ofensiva que demostró qué poco deseo de lucha heredada del zarismo quedaba en el ejército y, tras las líneas, la desintegración aumentó y los ministros socialistas siguieron demostrando su impotencia. Vinieron entonces, a principios del mes, "los días de julio", acerca de los cuales se ha discutido tanto desde entonces. Sin actuar aparentemente por órdenes concertadas, los soldados y trabajadores se lanzaron de nuevo a la calle, exigiendo algo que no estaba claro: pan, paz, renuncia del gobierno o todo el poder para los soviets.

Entonces muchos, incluyendo no pocos socialistas moderados, afirmaron —y lo creían probablemente— que los "días de julio" fueron el resultado de un complot de los bolcheviques y sus aliados para tomar el poder. Pero todas las pruebas que conozco están en contra de esta opinión. Por el contrario, parece bastante evidente que los líderes bolcheviques, incapaces de evitar las manifestaciones y sin muchos deseos de hacerlo, trataron de evitar que condujeran a un golpe revolucionario, para el que Lenin y los miembros más cautelosos del Comité Ejecutivo Central consideraban que la situación no estaba todavía madura. Las causas que provocaron el gran y espontáneo movimiento de soldados y trabajadores parece haber sido la escasez cada vez más aguda de alimentos y otros suministros y el gran malestar en la población de Petrogrado, agravado por las demandas adicionales de las fuerzas armadas en relación con la infortunada ofensiva militar. Con el malestar surgía una demanda cada vez más urgente de paz y una protesta mayor contra la continuación de la guerra en apoyo de los fines bélicos de los ingleses y los franceses, así como del imperialismo ruso y, en consecuencia, un sentimiento de la inutilidad de la participación socialista en un gobierno donde los cadetes eran todavía el partido predominante. Actuaban en común factores políticos y económicos; pero estos últimos parecen haber sido los más importantes en la precipitación del movimiento de masas. La conducta sin objetivos y no coordinada de los diversos grupos de manifestantes parece demostrar la ausencia de una dirección central; y, por no haberla, el movimiento desapareció gradualmente, a medida que los soldados volvieron a sus barracas y los trabajadores a las fábricas, sin saber qué hacer. Pero los "días de julio" aunque terminaron sin un climax, transformaron en muchos aspectos la situación —tanto más cuanto que, casi simultáneamente con su terminación, se recibieron las noticias de que la ofensiva militar había fracasado—. Siguió una in-

tensa campaña contra los bolcheviques, a quienes se acusaba no sólo de haber preparado un levantamiento fracasado, sino también de ser agentes de Alemania y responsables del desastre militar. Lenin, Trotsky y otros muchos, fueron abiertamente acusados de ser espías alemanes. El episodio del viaje de Lenin, a través de Alemania, en un vagón blindado y los alegatos de que recibía fondos de Alemania para utilizarlos en sabotear el esfuerzo bélico fueron ampliamente publicados como prueba del cargo que, de hecho, era parcialmente verídico, puesto que Lenin sí recibió dinero alemán y su ayuda para llegar a Rusia y hacía lo posible por obstruir la continuación de la guerra y alentar la rebelión en las fuerzas armadas aunque, por supuesto, actuaba así, no por el interés de Alemania, sino de sus propios fines revolucionarios. Los cargos, sin embargo, hicieron mucho por el momento en descrédito del partido bolchevique y disminuyeron la base de su apoyo. Importantes bolcheviques fueron arrestados y encarcelados y pronto los arrestos se extendieron a otros que eran sospechosos de simpatizar con ellos, incluyendo a Trotsky y Lunacharsky. Hasta Chernov, el ministro socialrevolucionario de agricultura, se vio forzado a renunciar porque había participado en la Conferencia de Zimmerwald de 1915, aunque de hecho había apoyado vigorosamente el esfuerzo bélico. Se produjo un clamor general contra la izquierda, pero, contra esto, el desastre de la ofensiva hizo por fin insostenible la posición del gobierno de Lvov. Los cadetes no fueron eliminados, pero Kerensky fue designado primer ministro en un nuevo gobierno de coalición donde los socialistas moderados tenían, por primera vez, cargos importantes. Lenin y Zinoviev, después de algunas vacilaciones y bajo la presión de sus colegas de partido, se escondieron. Los mencheviques y los socialrevolucionarios de derecha quedaron solos para intentar capear la tormenta; pero si tuvieron alguna oportunidad, fue fatalmente perjudicada por su persistente alianza en el gobierno con los cadetes y su insistencia en proseguir la guerra.

Los cadetes, por su parte, estaban seriamente preocupados por su reducido papel en el gobierno y, muchos de ellos, en el frenesí antiizquierdista que siguió a los "días de julio" empezaron a coquetear con ideas contrarrevolucionarias. Fuertemente hostiles al socialismo, comprometidos a continuar la guerra del lado aliado y confiando en el parlamentarismo occidental como la única base adecuada para el gobierno de Rusia, veían que el país se inclinaba hacia soluciones socialistas de sus problemas económicos, hacia una paz por separado y desastrosa con Alemania, en las condiciones que ésta impusiera, y hacia el dominio soviético. Se habían comprometido, con los partidos socialistas, a convocar una Asamblea Constituyente que determinara la futura Consti-

tución de Rusia; pero no se decidían a hacer las elecciones para esa Asamblea, porque conocían su propia debilidad electoral y temían que su composición resultara principalmente socialista. Muchos empezaron a pensar que el único camino hacia la cordura —es decir, al gobierno parlamentario liberal— podría estar en una contrarrevolución que esperaban poder controlar antes de que fuera demasiado lejos y que tendería a deshacer la Revolución.

La contrarrevolución, no obstante, podía producirse sólo por la acción de los generales y oficiales del ejército; y la cuestión era si los soldados los seguirían, una vez abierta la brecha. Aun si así fuera, no era fácil para los generales en el frente ordenar que se retiraran de sus posiciones para atacar a su propio pueblo. Lo que habría preferido el gobierno habría sido, no la contrarrevolución abierta, sino el apoyo de unidades leales del ejército contra los regimientos desafectos que constituían la mayor parte de la guarnición de Petrogrado y, en caso posible, la eliminación de esos elementos de la capital. Los regimientos de la guarnición, sin embargo, se negaron a moverse y los intentos de Kerensky de llevar allí más unidades "leales" del frente sólo preparó el camino para la rebelión del general Kornilov y, después de su fracaso, para la toma del poder por los bolcheviques.

Por supuesto, no todos los cadetes pensaban en la contrarrevolución. No pocos simpatizaban con la reforma social y no deseaban ver el regreso al viejo orden zarista. Algunos se hicieron socialistas, uniéndose a los mencheviques o a los socialrevolucionarios, mientras que se oponían ardientemente a los bolcheviques y a la amenaza de dominio soviético. Pero la mayoría de los que tendían hacia la izquierda, al darse cuenta de la bancarrota de los partidos burgueses, siguieron apoyando la participación rusa en la guerra y dando gran importancia a la alianza bélica porque unía a Rusia a las democracias occidentales parlamentarias, a cuya imagen deseaban reconstruir el Estado zarista. Estas personas apoyaban a los gobiernos provisionales en turno y sacudían la cabeza ante la creciente desintegración de las fuerzas armadas bajo la influencia de la propaganda subversiva de los bolcheviques en favor de una paz inmediata.

Entretanto, los soldados que formaban la guarnición de Petrogrado y habían hecho la Revolución de febrero al negarse a reprimir a los manifestantes, eran el blanco de una propaganda incesante de los bolcheviques y sus aliados. Por haber destronado, con su actuación, al zar y haber establecido soviets a los cuales no se atrevían a desobedecer sus oficiales, estaban en situación de decidir por sí mismos qué órdenes debían aceptar o rechazar y, en especial, si debían permitir que se les alejara de Petrogrado para participar en !a renovada ofensiva o insistir

en que su tarea estaba en permanecer en la capital para defenderla contra los alemanes, si éstos marcharan sobre ella, para rechazar la contrarrevolución y hasta contra el gobierno provisional, si éste tratara de sofocar a los trabajadores con las fuerzas armadas. Los bolcheviques, en sus intentos de ganarse a los soldados de la guarnición, tenían la gran ventaja de que pocos de ellos sentían la urgencia de participar activamente en la guerra y que la mayoría prefería quedarse en Petrogrado, con las flexibles condiciones de disciplina y prestigio popular que su participación en la Revolución les había ganado. Estaban dispuestos a luchar, si era necesario defender a Petrogrado contra un ataque alemán, pero no a ser enviados lejos, para sufrir las incomodidades del frente, por una causa en la que no creían, o a ser utilizados como conspiradores contrarrevolucionarios o por un gobierno indigno de confianza, para reprimir a los trabajadores. Esta actitud los disponía **más** y más a escuchar con simpatía, no tanto a los bolcheviques como tales sino a los emisarios del Soviet de Petrogrado, independientemente de sus relaciones de partido. A medida que el soviet se volvió, gradualmente, bolchevique, los regimientos de la guarnición cambiaron en consecuencia hasta que, en las etapas finales de la preparación de la Revolución de noviembre, la mayoría de ellos pudieron responder al llamado del Comité Militar Revolucionario del Soviet y desempeñar su papel contra Kerensky en el golpe que llevó al Partido Bolchevique y a sus aliados al poder. Pero, en el momento de la rebelión de Kornilov, todavía no se había alcanzado esta etapa. En verdad, los dos intentos de Kerensky, anteriores a la rebelión, de llevar a la capital más unidades militares del frente y después la rebelión misma, desempeñaron papeles importantes en la conversión de los regimientos de la guarnición en auxiliares y fomentadores de la segunda Revolución.

Hasta donde yo sé, las circunstancias que condujeron al intento de *putsch* de Kornilov nunca quedaron claramente demostradas. Kerensky fue acusado, por entonces, por los bolcheviques de haberlo apoyado; pero es un hecho indudable que, cuando Kornilov levantó realmente el estandarte de la revuelta contra él, Kerensky invocó toda la ayuda que pudo obtener para derrotar a la contrarrevolución. Kercnsky, desde los "días de julio", había perseguido a los bolcheviques y tratado de desarmar a las Guardias Rojas que actuaban en nombre de los obreros de las fábricas; pero tan pronto como Kornilov anunció su intención de marchar sobre Petrogrado y liquidar la Revolución los ministros se vieron obligados a acudir a los soviets y a la guarnición v los marinos de Kronstadt para detenerlo, todos ellos en la extrema izquierda, v acudir en defensa del gobierno. Los bolcheviques y sus aliados tuvieron entonces alguna dificultad para decidir lo que debían hacer. No que-

rían defender a Kerensky ni a su gobierno; pero mucho menos podían contribuir al derrocamiento de la Revolución por la fuerza militar. Cuando una diputación de los marinos de Kronstadt visitó a Trotsky en la prisión y le pidió consejo, Trotsky les dijo sin vacilar que su deber era defender a la Revolución contra sus enemigos, aunque esto significara, en el caso inmediato, ir en ayuda de Kerensky. Los marinos respondieron y lo mismo hicieron los comités de los regimientos y los líderes bolcheviques. La derrota de Komilov se realizó, no mediante la lucha abierta, sino a través de la propaganda efectuada por los bolcheviques y sus aliados. En vez de atacar la capital, los soldados de Kornilov, después de avanzar casi hasta sus límites, se retiraron, dejando a Kerensky formalmente victorioso aunque, de hecho, casi indefenso ante las fuerzas rápidamente crecientes de la izquierda. Los ministros restantes del grupo de los cadetes renunciaron en protesta contra la invocación de Kerensky a los "traidores" izquierdistas contra el *putsch* de Kornilov; y los ministros socialistas también renunciaron porque desaprobaban las supuestas intrigas de Kerensky con Kornilov, anteriores al *putsch.* Kerensky, incapaz de reunir un gabinete popular, gobernó lo mejor que pudo durante el mes siguiente, con ayuda de un pequeño Directorio nada representativo, que apenas suscitaba algún apoyo popular.

¿Cuáles fueron la verdadera naturaleza e importancia del *putsch* de Kornilov? Su propósito fue, indudablemente, acabar con los elementos antibelicistas dominantes en Petrogrado y llevar a Rusia nuevamente a la guerra, bajo una dirección autoritaria, pero no necesariamente restaurar el régimen zarista. Kornilov parece haber creído más en el gobierno autoritario que en el zarismo y es significativo que tuviera el apoyo de Savinkov, antiguo líder del sector terrorista de los social-revolucionarios y que no era, desde luego, zarista, mientras que Kerensky se le opuso llegado el momento. La verdad parece ser que la rebelión de Kornilov, con su fracaso, fortaleció grandemente a los bolcheviques y desacreditó a todos los grupos derechistas, hubieran o no estado implicados en ella y aunque no la hubieran favorecido. Kerensky comprendió, aunque ya en la hora crítica, que si Kornilov capturaba Petrogrado el único resultado posible sería la guerra civil, en la cual su gobierno y la política de transición que trataba de sostener serían eliminados. Apeló, pues, a la izquierda para que lo ayudara contra el *putsch,* pero el efecto fue que la izquierda, después de derrotar a Kornilov, obtuvo un inmenso apoyo popular, mientras que Kerensky perdió, casi de golpe, el gran prestigio que aparentemente se había construido con el ejército como inspirador de la ofensiva militar. Hasta el *putsch,* Kerensky había navegado en una corriente de sentimiento patriótico: el

colapso casi simultáneo de la ofensiva y del *putsch* de Kornilov le quitó el apoyo de la derecha sin darle el apoyo permanente de la izquierda, una vez terminado el *putsch*. Realmente, éstas fueron las causas directas del gran apoyo que logró la izquierda a partir de agosto: el fracaso de Kornilov y de la guerra abrió el camino a la victoria bolchevique.

La derrota de Kornilov fue seguida por un agudo cambio de actitud en el Soviet de Petrogrado, hasta entonces bajo el control menchevique. Trotsky, quien había salido bajo fianza el 4 de septiembre, presentó cinco días después ante el soviet una resolución que retiraba la confianza a la presidencia menchevique del soviet y, para sorpresa de muchos, su moción fue aprobada. Por fin el Soviet de Petrogrado estaba en manos de los bolcheviques: una nueva presidencia, dominada por ellos, sustituyó a la antigua y, el 23 de septiembre, el soviet eligió a Trotsky como presidente, elevándolo al cargo que había ocupado tan notablemente doce años antes. Poco después, Moscú y otras grandes ciudades siguieron la iniciativa de Petrogrado. Estaba cercano el día en que "todo el poder para los soviets" significaría "todo el poder para los bolcheviques y sus aliados inmediatos" y no ya "todo el poder para los mencheviques y socialrevolucionarios".

Trotsky, sin embargo, a diferencia de Lenin, no estaba aún dispuesto a reclamar todo el poder para los bolcheviques, a los que acababa de unirse al asociarse la Mezhrayonka con el partido y convirtiéndose al mismo tiempo en miembros del Comité Central Ejecutivo bolchevique. Insistió, en contra de Lenin, en que, en el nuevo *presidium* del soviet cada partido debería obtener una representación de acuerdo con su fuerza numérica. No estaba dispuesto, como Lenin, a prescindir, como traidores contrarrevolucionarios, de todos aquellos socialistas que se oponían a los bolcheviques y eran partidarios de un gobierno socialista moderado o hasta de otro intento de coalición. Estaba de acuerdo con Lenin —quien, desde el lugar en que se ocultaba, empezaba ya a bombardear al ejecutivo bolchevique con demandas de una toma insurreccional del poder— en que había llegado el momento para ese acto; pero quería todavía organizar la nueva Revolución bajo los auspicios del soviet más que del partido bolchevique y llevar consigo el mayor apoyo posible en los soviets, fundando el nuevo orden directamente en el poder del soviet. Con esto en mente se dedicó a organizar el Soviet de Petrogrado, como fuerza militar y civil. El 9 de octubre, el Soviet de Petrogrado, bajo su influencia, estableció un Comité Militar Revolucionario, que llegó a ser el principal organizador de la Revolución de noviembre, aunque su propósito principal, en un principio, era preparar la defensa de la capital contra un posible ataque alemán.

Entretanto, Kerensky y sus partidarios habían estado buscando una

alternativa a los soviets, como fachada para sostener el gobierno. El 14 de septiembre, los socialistas moderados reunieron una Conferencia Democrática que representaba a una variada serie de organismos, principalmente no políticos, incluyendo *zemstvos* y sociedades cooperativas y consultó su opinión sobre lo que debía hacerse. De esta reunión, de la que se retiraron los representantes de la izquierda después de un discurso desafiante de Trotsky, surgió el llamado "Pre-Parlamento", que fue anunciado como el precursor de la Asamblea Constituyente que todavía no se elegía y que debía resolver el futuro de Rusia. Después de la separación de la izquierda, la Conferencia Democrática votó por pequeña mayoría en favor de un nuevo gobierno de coalición, pero también rechazó la cooperación con los cadetes, muchos de los cuales habían estado comprometidos en el asunto Kornilov. Kerensky, ignorando la anterior votación, procedió a constituir un nuevo gabinete, en donde se incluían los cadetes, pero su autoridad era casi nula. Estaba a merced de los soviets tan pronto como éstos estuvieran listos para derrocarlo.

El 21 de septiembre, cuando asumió el poder el nuevo gobierno, ni el Soviet de Petrogrado ni los bolcheviques, a pesar de la insistencia de Lenin, estaban en posición de hacerlo. Trotsky no fue presidente del soviet sino dos días después y el Ejecutivo bolchevique estaba todavía escindido por agudas divisiones internas. Entre sus miembros, Zinoviev, oculto con Lenin, y Kamenev, que estaba en libertad, se oponían vigorosamente a la insurrección inmediata. Zinoviev solicitaba al Ejecutivo que le permitiera salir de su ocultamiento para oponerse a la política de Lenin y Kamenev persistía en su hostilidad a la acción revolucionaria inmediata. Había, en verdad, razones para esperar un poco. En un futuro próximo debía reunirse un segundo Congreso Nacional de los Soviets; y los bolcheviques esperaban confiados que expresaría una mayoría en favor de su política. ¿No debían esperar, al menos, a que se reuniera el Congreso o a que estuviera a punto de reunirse' Lenin opinó que no, tanto porque creía que los socialistas moderados iban a posponer el Congreso, antes de permitir que se declarara en contra de ellos, como porque tenía bastante temor de otro movimiento contrarrevolucionario, mejor planeado y mucho más peligroso que el de Kornilov. Trotsky prefería una corta demora, para facilitar una preparación adecuada, ya que en uno y otro punto tenía menos temor que Lenin. Llegado el momento, prevaleció su deseo, no porque se aceptaran sus razones —ya que se encontraba entre dos fuegos—, sino porque el Ejecutivo bolchevique no podía decidirse.

Entre Lenin y Trotsky, la diferencia de opiniones no era considerada, por ellos mismos, como fundamental. Contra Kamenev y Zinoviev, estaban de acuerdo en llamar a la insurrección y era cuestión

secundaria que uno prefiriera al soviet y el otro 'al partido, como instrumento principal. Trotsky no compartía la creencia fundamental en el partido que era un artículo de fe cardinal de Lenin y los "viejos bolcheviques" como Stalin. Para Trotsky, lleno de recuerdos de 1905, el soviet era el verdadero instrumento revolucionario de las masas trabajadoras, capaz de arrastrar tras de sí a muchos trabajadores con los que no contaría una revolución puramente bolchevique. En todo caso, era un lazo más fuerte de unión entre Lenin y Trotsky el que ambos estuvieran dispuestos a la insurrección que un terreno de división el que difirieran acerca del mecanismo del levantamiento. Eran aliados, no opositores; y la presencia abierta de Trotsky y su posición en el soviet de Petrogrado le daban una inmensa ventaja sobre Lenin para salirse con la suya, a pesar de las sospechas que abrigaban en su contra algunos de los "viejos bolcheviques", que resentían su rápido ascenso a una posición directiva. Lenin, en efecto, imposibilitado de aparecer personalmente para defender su política y de persuadir al Ejecutivo bolchevique con sus exhortaciones escritas, estaba en severa desventaja en esta etapa crítica que siguió a la formación del último simulacro de gobierno de Kerensky.

Sólo retrospectivamente, años después, esta cuestión —de si la Revolución debía realizarse bajo los auspicios del Soviet de Petrogrado o del Partido Bolchevique— se erigió en cuestión vital de disciplina de partido y se utilizó contra Trotsky por los que deseaban poner en tela de juicio su lealtad al comunismo. El hecho de que no consideraba indudable que el Partido debía dirigir totalmente la operación no debería sorprender, porque acababa de unirse a los bolcheviques y había diferido agudamente de ellos durante muchos años. Además, se asoció a ellos más porque consideraba que tenían razón respecto a la situación de 1917 que porque se considerara a sí mismo equivocado en relación con sus antiguas diferencias. De hecho, probablemente, se planteó a sí mismo que los bolcheviques estaban haciendo a un lado parte de su viejo sectarismo bajo la presión de los acontecimientos, más que un cambio en su propia actitud. Semejante estado de ánimo y la conducta que resultaba del mismo, eran intolerables para algunos miembros de la vieja guardia bolchevique, quienes consideraban a Trotsky como un arribista y un intruso y resentían su popularidad tanto como necesitaban su ayuda. Esto era especialmente cierto de Stalin quien, después de ser la principal figura bolchevique en Petrogrado en las primeras fases de la Revolución, se vio disminuido en estatura por la vuelta de los exilados y la "dilución" del Partido con los que consideraba miembros "indignos de confianza", procedentes de la Mezhrayonka y de otros sitios.

No había duda, por supuesto, ni para Lenin ni para Trotsky, de que el Partido Bolchevique debería desempeñar un papel clave en la organización de la Revolución, así como en el gobierno de Rusia después de su triunfo. No era esa la cuestión, que se refería principalmente a los auspicios formales de acuerdo con los cuales debería hacerse la Revolución. Sin embargo, el problema no era *simplemente* formal. Trotsky quería que el soviet apareciera en primer lugar, no sólo porque creía que aseguraría un mayor apoyo popular, sino también porque estaba ansioso de arrastrar así al mayor número posible de los indecisos en las filas socialistas activas. Estaba dispuesto a denunciar como apóstatas a los que no se mostraran partidarios de la nueva Revolución en la fase crítica; pero estaba mucho menos dispuesto que los "viejos bolcheviques" a excluir a los que pudieran ser inducidos todavía a pasarse al lado izquierdo de la cerca. Su pasado como "conciliador" expresaba una actitud que le era tan natural como el exclusivismo lleno de sospechas lo era para algunos de sus colaboradores instintivamente críticos. A este respecto, difería profundamente de Lenin, lo mismo que de Stalin.

Hay que tener también en cuenta que la "vieja guardia" bolchevique, lejos de estar unida en torno a Lenin para exigir una inmediata acción revolucionaria, estaba hondamente dividida acerca de esta cuestión. No sólo Kamenev y Zinoviev, sino también por algún tiempo Stalin, eran partidarios de rechazar el consejo de Lenin de que el Partido decidiera inequívocamente un levantamiento armado. No fue sino hasta el 10 de octubre que el Comité Ejecutivo bolchevique, en una sesión a la que asistió Lenin disfrazado, se declaró en favor de la acción revolucionaria por una votación de 10 contra 2 —constituyendo Kamenev y Zinoviev la minoría—. Tampoco esto resolvió definitivamente el problema, porque los dos disidentes se negaron a ceder y apelaron a las organizaciones más amplias del Partido contra la decisión del Ejecutivo y, por el momento, el Ejecutivo no hizo nada por llevarla a efecto, más allá de designar su primer "buró político", entre cuyos miembros se encontraban Kamenev y Zinoviev, lo mismo que Lenin, Trotsky, Stalin, S. N. Sokolnikov (1888-1937) y A. S. Bubnov (n. 1883); un grupo no muy capaz, ciertamente, de trabajar unido para planear una Revolución a la que se oponían fundamentalmente dos de ellos.

En estas circunstancias, el centro de la escena revolucionaria seguía representándose en el Soviet de Petrogrado y su Comité Militar Revolucionario, del que también Trotsky era presidente. El Comité Militar había sido establecido, ostensiblemente, no para planear un levantamiento contra el gobierno, sino para asegurar la defensa militar de la capital contra un intento de contrarrevolución o la amenaza de un avance alemán, después de los sucesivos desastres en el frente. Corrían nume-

rosos rumores de que el gobierno intentaba abandonar Petrogrado y despachar a los regimientos revolucionarios de su guarnición hacia el frente; y se consideraba vital evitar la caída de la capital en manos de los alemanes y su captura por fuerzas contrarrevolucionarias más duras que las de Kornilov para resistir la propaganda revolucionaria. En la primera mitad de octubre Trotsky, principal vocero y organizador del Soviet de Petrogrado, hacía lo posible por preparar el camino al golpe próximo, sin declarar demasiado evidentemente sus intenciones. De inmediato, sus principales objetivos eran, primero, hacer que el Ejecutivo controlado por los mencheviques, puesto en funciones por el primer Congreso Nacional de Soviets, convocara de inmediato al siguiente Congreso que se había prometido y, en segundo lugar, asegurar que los regimientos de la guarnición obedecieran las órdenes del Soviet de Petrogrado de permanecer allí si Kerensky trataba de ordenarles salir de la capital. Confiaba que, en un nuevo congreso de soviets, los bolcheviques y sus aliados obtendrían una clara mayoría que se pronunciaría en favor de una nueva Revolución o la aprobaría si ya se hubiera producido; y esperaba lograr que la guarnición no sólo se negara a abandonar la capital, sino que respondiera a las órdenes del soviet de levantarse contra el gobierno y ocupar los puntos claves cuando el soviet estuviera dispuesto a actuar. En la primera de ambas cuestiones, cuando no pudo lograr que actuara el Ejecutivo del Congreso de los Soviets, decidió actuar por su cuenta, remitiendo desde el Soviet de Petrogrado un mensaje telegráfico convocando a todos los soviets a enviar sus delegados al Congreso. En la segunda obtuvo, el 16 de octubre, una decisión de los regimientos de la guarnición en el sentido de que se negarían a obedecer cualquier orden del gobierno de abandonar la capital y permanecerían en ella para defender a la Revolución contra cualquier enemigo externo o interno. Esta decisión fue de una importancia crucial; porque, aunque no se decía nada de la próxima insurrección, significaba que, en efecto, la guarnición estaba dispuesta a ponerse de parte de los soviets contra el gobierno, llegado el momento. El mismo día, Trotsky actuó sobre este supuesto, ordenando la entrega de 5 mil rifles de los almacenes militares a la Guardia Roja de los trabajadores.

Estos acontecimientos llevaron a Lenin, de nuevo disfrazado, a otra reunión con el Ejecutivo Bolchevique, a la que asistieron también los delegados del partido en Moscú y otras ciudades. En esa reunión, Lenin pidió insistentemente que se fijara la fecha del levantamiento; y se fijó, provisionalmente, para el 20 de octubre, el día anterior a la fecha en que debía reunirse el Congreso de Soviets. Kamenev y Zinoviev fueron derrotados nuevamente en la votación, aunque otros también expresaron dudas acerca de la disposición de los trabajadores y soldados para

responder al llamado. Pero, aun entonces, los dos líderes disidentes se negaron a aceptar la decisión de la mayoría y llegaron a comunicar sus opiniones al periódico de Gorki, *Novaya Zhizn,* y destruyeron así, en gran medida, el efecto de la inteligente maniobra de Trotsky para preparar el camino al golpe, sin enseñar la mano. Naturalmente, este acto de Kamenev y Zinoviev enfureció a Lenin y de inmediato exigió que los ofensores, a los que acusaba de un delito equivalente al de romper una huelga, fueran expulsados del Partido. Lo notable fue que no encontró apoyo para su proposición y que, cuando Kamenev ofreció su renuncia al Ejecutivo, fue aceptada sólo por cinco votos contra tres. Zinoviev, quien permanecía todavía oculto, ni siquiera fue retirado de su posición ejecutiva. Los líderes bolcheviques temían mucho los efectos de una división en sus propias filas; y hasta Trotsky era contrario a expulsar a los disidentes del Partido, aunque votó en favor de la aceptación de la renuncia de Kamenev al Ejecutivo.

Las deliberaciones del Partido, en esta etapa, todavía dejaron indecisa la cuestión de si el golpe debía realizarse en su nombre o en nombre del Soviet de Petrogrado, como la mayoría de los mismos líderes bolcheviques, en oposición a Lenin, pensaban. En efecto, la cuestión se resolvió en favor del soviet por la vacilación e indecisión del Partido. El levantamiento no tuvo lugar, sin embargo, el día que se había fijado provisionalmente para ello. Como la fecha para la apertura del Congreso de Soviets había sido pospuesta por unos días, el día de la revolución fue retrasado también; y, hasta el momento final, el gobierno y los líderes socialistas antibolcheviques permanecieron milagrosamente ajenos a su inminencia. En medio de la inseguridad, el 23 de octubre, Kerensky trató de responder al golpe cerrando las oficinas editoriales de *Rabochyi Put* (El *camino de los trabajadores),* nombre con el que había reaparecido el periódico bolchevique *Pravda,* después de su supresión en julio. Trotsky reaccionó enviando tropas revolucionarias a romper los sellos de las puertas y defender el órgano bolchevique. Este desafío armado al gobierno precipitó el levantamiento. Kerensky anunció su intención de arrestar al Comité Militar del Soviet, incluyendo a Trotsky y de enviar fuerzas para enfrentarse a los marinos revolucionarios de Kronstadt. Pero antes de que pudiera actuar, en la noche del 24 al 25 de octubre, Guardias Rojas y soldados ocuparon las posiciones claves de la capital y realizaron una revolución sin derramamiento de sangre. Antes de la mañana, Kerensky había huido de Petrogrado, mientras sus ministros lo esperaban inútilmente en el Palacio de Invierno, donde pronto fueron sitiados.

Al día siguiente, el segundo Congreso Nacional de Soviets se inauguró en el Instituto Smolny, que ya era la sede de la Revolución victo-

riosa. Más de las dos terceras partes de los delegados eran bolcheviques; con sus partidarios, los socialrevolucionarios de izquierda, los bolcheviques tenían tres delegados de cada cuatro de su parte. El Congreso se inició con violentas recriminaciones mutuas. Los mencheviques y socialrevolucionarios de derecha, después de denunciar el golpe, se retiraron. La izquierda y el centro anti-bolcheviques permanecieron para exigir un gobierno de coalición de todos los partidos socialistas y, cuando esto fue rechazado, también se retiraron, dejando a la mayoría revolucionaria en posesión del terreno. Durante el debate, se escuchaba al crucero *Aurora* bombardeando el Palacio de Invierno con cartuchos sin bala. Lenin ya había salido de su escondite, para asumir la jefatura del nuevo orden; Kamenev, casi en el último momento, había renunciado a su oposición y había participado en los preparativos finales del levantamiento. El Soviet de Petrogrado, que había organizado todo, entregó de inmediato la autoridad ai nuevo Congreso de Soviets. Pero sólo el Partido Bolchevique constituía el nuevo gobierno: el primer Consejo de Comisarios del Pueblo. Los socialrevolucionarios de izquierda, invitados por Lenin a participar en el gobierno, prefirieron por el momento permanecer fuera y tratar de atraer a los indecisos del núcleo más nutrido de socialrevolucionarios al lado de la nueva Revolución.

En la capital misma, la victoria de los insurgentes fue completa; pero aún había que establecerla en el resto del país. Además, Kerensky estaba en las cercanías, en Gatchina, donde preparaba, con los cosacos del general Krasnov, un ataque a Petrogrado. Siguió un extraño episodio. Los cosacos avanzaron hacia la capital y Trotsky ordenó a los regimientos de la guarnición que marcharan hacia ellos. Pero ninguno de los ejércitos tenía deseos de pelear y, después de un bombardeo de artillería por las fuerzas revolucionarias y alguna escaramuza, el ejército de Krasnov se retiró. No se hicieron, sin embargo, muchos esfuerzos. Los cosacos no cedieron, como lo habían hecho las tropas del general Kornilov, sin dar pelea y las fuerzas de la Revolución se dejaron convencer difícilmente de que debían pelear lo poco que resultaba necesario para dispersarlos. Kerensky estuvo casi a punto de recuperar Petrogrado, aunque no habría podido sostenerse ni hubiera podido constituir un gobierno si lo hubiera logrado. Cuando cambió la marea, Trotsky trató de capturarlo, pero escapó de nuevo. Krasnov, quien fue capturado, quedó en libertad bajo palabra y pronto la rompió para organizar una nueva rebelión.

Mientras proseguía la lucha fuera de Petrogrado, los funcionarios del grupo de los cadetes intentaron un golpe contrarrevolucionario en la ciudad y capturaron, entre otros, a V. Antonov-Ovseenko (1884-1938), nuevo comisario de guerra, quien había sido uno de los prin-

cipales organizadores del golpe soviético. Los cadetes fueron prontamente derrotados, sin embargo, y tomados prisioneros; y, por fin, hubo un breve respiro en la capital. No así fuera, donde la suerte de la Revolución estaba todavía en la balanza. En Moscú, por ejemplo, hizo falta una semana de lucha para establecer a los bolcheviques en el control. Después, no obstante, el éxito fue rápido y se extendió al campo y las ciudades. Mucho antes de la segunda Revolución, los campesinos en varias regiones habían seguido los consejos bolcheviques, apoderándose de la tierra y distribuyéndola, sin esperar a que una Asamblea Constituyente, todavía inexistente, estableciera una base legal para esta acción. Los soldados, que desertaban del ejército y retornaban a sus pueblos, habían desempeñado un papel notable en este movimiento. Muchos castillos habían sido quemados y destruidos los títulos de propiedad y los campesinos que habían tomado posesión de la tierra no estaban dispuestos a permitir que se les desposeyera. Los vencedores de Petrogrado sólo tenían que legitimar sus actos, proclamando que la tierra era suya, para asegurar un amplio núcleo de apoyo popular entre los campesinos pobres y sin tierras.

La tierra no bastaba, sin embargo, para asegurar la consolidación de la victoria. La demanda de paz era todavía más poderosa, viniendo como venía de la ciudad y del campo y de los soldados lo mismo que de los civiles. Es cuestión relativamente sencilla para el nuevo gobierno declarar que la tierra era de los campesinos, aunque sancionar así su parcelación en propiedades individuales iba contra la esencia de la política bolchevique. Cosa mucho más difícil era hacer la paz por separado con los alemanes, o induciendo a los gobiernos Aliados, profundamente hostiles a la nueva Revolución, a participar en negociaciones inmediatas para una paz general, o a llegar a un acuerdo para el cese del fuego. No obstante, de una u otra manera, había que hacer la paz; y la tarea de hacerla era el más duro de todos los problemas que presionaban la Revolución.

Cuando los bolcheviques se dispusieron a formar su gobierno, Lenin propuso que Trotsky, como principal organizador de la insurrección, lo presidiera; pero todos, incluyendo a Trotsky, consideraban a Lenin como el único líder posible y Lenin aceptó el hecho a disgusto. Propuso entonces que Trotsky fuera comisario del interior, con la tarea de llevar adelante la Revolución en el país y suprimir la contrarrevolución; pero Trotsky se negó, temiendo que su origen judío perjudicara seriamente sus posibilidades de éxito, especialmente en las regiones rurales. Se convirtió, en vez de ello, en comisario de relaciones exteriores, asumiendo así la tarea más difícil de todas: la de hacer la paz.

Si examinamos retrospectivamente la etapa de pocos meses entre la

primera y la segunda Revolución rusas de 1917, lo que más se destaca es la inmensidad del abismo entre ellas. En la primera Revolución, el zar se vio obligado a abdicar, pero de ningún modo se supuso que no había de tener sucesor. No sólo los octobristas, sino también muchos de los cadetes, eran monárquicos y habrían preferido una monarquía constitucional del tipo occidental a una república. Lo que los derrotó por el momento fue la falta de un candidato aceptable dispuesto a subir al trono bajo las condiciones que consideraban necesarias. La subida al trono del zarevich, que era un niño, habría supuesto un regente o un consejo regente y el depuesto zar rechazaba las condiciones planteadas por el príncipe Lvov para su aceptación. El gran duque Miguel, al que se ofreció entonces la sucesión, rechazó un mandato tan difícil; y el primer gobierno provisional se vio obligado a actuar sin un monarca por el momento. Sus líderes no se hicieron, sin embargo, republicanos. Siguieron sosteniendo que la futura forma de gobierno en Rusia debía establecerse por una Asamblea Constituyente —que, no obstante, no tenían prisa por hacer elegir, porque temían que, en la trastornada situación del país, se hiciera demasiado revolucionaria para su gusto—. Los principales cadetes, incluyendo a Milyukov y Nabokov, siguieron manifestando sus esperanzas de que se adoptara, a su debido tiempo, una constitución monárquica, al estilo parlamentario occidental, que estableciera un monarca constitucional, el cual debería actuar con un Parlamento democráticamente electo y un gobierno ejecutivo responsable; pero, por el momento, porque no había tal monarca y por presión de los soviets y los partidos socialistas, tuvieron que adoptar métodos que, en efecto, eran republicanos, aunque hicieron lo posible por evitar cualquier acción que los comprometiera oficialmente a sancionar un régimen republicano.

Contra esta actitud de los partidos que apoyaban al gobierno del príncipe Lvov, los socialistas de todos los partidos y facciones eran, por supuesto, republicanos, pero esto no significaba que todos quisieran que se proclamara inmediata y definitivamente una república. Muchos estaban demasiado comprometidos a apoyar el esfuerzo bélico de los aliados y temían que la proclamación abierta de una república pudiera perjudicar la posición de Rusia como aliado y privar al país del apoyo de Occidente. Además, sostenían algunos, como "demócratas" conscientes, en un sentido parlamentario, que el problema en general debía dejarse a una Asamblea Constituyente propiamente elegida, esperando que ese organismo se declarara en favor de una república.

Hay que tener en cuenta que, al principio de la Revolución, los dos partidos socialdemócratas —bolchevique y menchevique— y la mayoría de los grupos no afiliados totalmente a ninguno de esos partidos, soste-

nían todavía como doctrina oficial que la Revolución rusa, por la inmadurez social y económica de Rusia, tendría que ser una revolución burguesa y no una revolución socialista. Lo que esto significaba precisamente podía ser objeto de discusión; pero, en todo caso, era la opinión común que significaba que el gobierno revolucionario tendría que ser un gobierno burgués y que gobernaría en unión de una especie de Parlamento o Duma en donde, por el momento, la mayoría sería de partidarios de los partidos y la política burguesa. Había diferencias en torno a la cuestión de si los socialistas debían o no entrar en coaliciones con los partidos burgueses; pero la mayoría de los mencheviques estaban en contra de esto, con mucha mayor fuerza que la mayoría de los bolcheviques, y sostenían que los socialistas debían apoyar a los partidos burgueses desde fuera, en defensa de la Revolución burguesa, pero debían permanecer independientes para presionar las reclamaciones de las clases trabajadoras y asegurar que la burguesía no traicionara a la Revolución por temor de que ésta fuera demasiado lejos.

Trotsky, más que cualquier otro socialdemócrata importante, era —y lo había sido desde 1905— herético en relación con esta concepción de los límites necesariamente burgueses de la Revolución en Rusia. Fue Trotsky quien, sosteniendo que el proletariado desempeñaría necesariamente el papel principal en cualquier revolución real, llegó a la conclusión de que una revolución, una vez iniciada con el proletariado como fuerza impulsora, no podría ser detenida en la práctica en la etapa burguesa, sino que debería conducir directamente a la revolución socialista. Ésta era, sin duda, la base de la teoría de la "revolución permanente", discutida ya en el volumen anterior de esta obra." Esta teoría no había encontrado aceptación ni en los círculos bolcheviques ni en los mencheviques. Entre la mayoría de los socialdemócratas de ambas facciones, todavía dominaba la creencia en la naturaleza necesariamente burguesa de la Revolución, en los primeros meses de 1917. La principal controversia en este periodo no versaba sobre esto, sino acerca de la naturaleza y medida de la presión que los soviets y los partidos socialistas debían aplicar al gobierno provisional burgués.

La situación en el Partido Socialrevolucionario era, por supuesto, muy diferente; porque los socialrevolucionarios, o bien no destacaban la distinción entre una revolución burguesa y una socialista o, si lo hacían, era de otra manera muy distinta. Los socialdemócratas —bolcheviques y mencheviques— deseaban que Rusia desarrollara, lo más rápidamente posible, una economía más altamente capitalista, como paso necesario en el camino hacia el socialismo, porque sostenían que era

6 Véase vol. III, pp. 417-8, y vol. IV, pp. 390-1.

imposible prescindir de la etapa capitalista de la evolución económica. Los socialrevolucionarios, lejos de aceptar esta necesidad, negaban que Rusia tuviera que industrializarse o volverse capitalista antes de poder llegar a ser socialista y querían fundar el socialismo en Rusia sobre las bases de los elementos comunales en la vida aldeana y la tenencia de la tierra. Eran, principalmente, socialistas agrarios y oponentes de la occidentalización y, por tanto, hostiles a la teoría socialdemócrata de que la centralización capitalista era el medio necesario para preparar el camino a la toma del poder por los socialistas. Había, en efecto, muchos matices de opinión entre ellos, desde los terroristas y cuasi-anarquistas, en un extremo de la escala, hasta los reformistas agrarios moderados en el otro; pero todos eran partidarios de la descentralización y de fundar la Revolución, en alto grado, en la acción espontánea de las masas. En la teoría, casi todos estaban dispuestos a seguir la revolución de masas dondequiera que su espontaneidad pudiera conducir, sin inhibiciones respecto al paso inmediato de una etapa burguesa a una socialista. En la práctica, diferían ampliamente en su disposición a cooperar con los partidos burgueses —o con los socialdemócratas— en la solución de las cuestiones inmediatas que debían contemplarse y también en el grado de importancia que atribuían al uso de métodos formalmente democráticos —por ejemplo, a la elección de una Asamblea Constituyente por sufragio universal contra la demanda de que todo el poder fuera asumido por los soviets, representativos sólo de los trabajadores, los soldados y las masas campesinas—. En el Partido Socialrevolucionario de izquierda, que se separó del principal, en gran medida, por diferencias de esta clase, el anarcosindicalismo y el cuasi-anarquismo eran tendencias fuertemente marcadas. Por entonces, bolcheviques y anarquistas parecían aliados, porque estaban unificados en el desprecio a la democracia burguesa y el apoyo a las pretensiones de los soviets de controlar el gobierno; pero, tras esta aparente unidad, yacía la profunda diferencia entre la creencia en la disciplina centralizada de partido y la libre y espontánea acción de minorías militantes que infectaba a las conmovidas masas del pueblo.

Al principio, pues, los socialrevolucionarios de izquierda, que no tenían reservas en cuanto a empujar a la Revolución hacia el más lejano límite posible, constituían el principal elemento de la extrema izquierda, adoptando los bolcheviques una línea más cuidadosa y, en verdad, indefinida. No fue hasta la llegada de Lenin a Petrogrado, en abril de 1917, que los bolcheviques empezaron a plantearse el problema de una posible segunda Revolución, aunque siempre habían favorecido, por supuesto, la fuerte presión soviética y proletaria sobre el gobierno provisional burgués. Fue Lenin quien, en aparente contradicción con su

anterior opinión de que la Revolución debía detenerse en su etapa burguesa, empezó a favorecer, a su vuelta, no una nueva revolución de inmediato, sino un intento determinado —al pedir "todo el poder para los soviets" y ganarse a los soviets para los bolcheviques— de establecer las condiciones que hicieran practicable el desarrollo de la Revolución hasta la etapa de la dictadura del proletariado —con el Partido Bolchevique, como verdadero representante del proletariado industrial, en las posiciones claves de control—. Para comprender lo que sucedió entre la llegada de Lenin y la Revolución de noviembre, es de la mayor importancia entender qué fue lo que hizo a Lenin cambiar de opinión.

No hay duda acerca de esto. Lenin, cuando opinaba que sólo una revolución burguesa era factible en Rusia, pensaba en términos de una revolución sólo en Rusia o, al menos, dependiente de condiciones puramente rusas. Pero, después de agosto de 1914, no pensaba ni discutía ya en estos términos, como lo hizo evidente en Zimmerwald, donde fue derrotado por votación, y en Kienthal, donde triunfó. Desde que estalló la guerra y desapareció la Segunda Internacional, la atención de Lenin se concentró en una revolución mundial o, al menos, europea como resultado de la lucha y como base necesaria de una paz aceptable. De ahí su desdén por los "pacifistas burgueses", como los llamaba, que dominaban las actuaciones de Zimmerwald; de ahí su furia contra los "chauvinistas" y "socialtraidores", que apoyaban la actitud belicista de sus respectivos gobiernos; de ahí su repudio de toda sugestión en el sentido de que la vieja Internacional debía ser reconstruida o de que se llegara a un acuerdo con los viejos líderes de los partidos socialistas que apoyaban la guerra. Lenin no *esperaba* simplemente que la guerra terminara en una revolución general: estaba firmemente convencido de que así sucedería y, sobre todo, de que Alemania sería, si no la primera en levantarse, al menos el principal medio de trasmitir a Occidente una revolución que empezara en Rusia, como el eslabón más débil de la cadena capitalista-imperialista.

Trotsky no estaba menos convencido de esto que Lenin; y era también opinión común entre ellos que la Revolución socialista, si empezaba en Rusia, no podía mantenerse si no se extendía a los países occidentales más avanzados. En tal situación, aclarando la guerra el camino a la revolución general, el atraso económico y político de Rusia perdía importancia porque la Revolución en Rusia sería sólo parte de un movimiento europeo más amplio y el proletariado de los países más desarrollados podría ir en ayuda de los rusos y capacitarlos para iniciar de inmediato la tarea de construir una sociedad socialista: no como estructura separada de "socialismo en un solo país", sino como elemento constitutivo de una nueva sociedad, esencialmente internacional. El

criterio de "madurez" para la revolución socialista, por tanto, no era el grado de madurez alcanzada en Rusia, ni en un solo país, sino el de la economía europea, considerada como un todo. El estallido de la guerra, en opinión de Lenin y de Trotsky, había llevado las "contradicciones del capitalismo" a un punto que descartaba la reconstrucción del orden capitalista en Europa y requería absolutamente un remedio socialista. Cualquier doctrina que descansara puramente en consideraciones del grado de madurez en Rusia sola era, por tanto, obsoleta. La guerra había cambiado toda la situación; y el momento estaba maduro, en Rusia y en cualquier lugar de Europa, para la Revolución socialista.

Que estas anticipaciones confiadas de la revolución europea demostraran ser falsas no altera el hecho de que influyeran enormemente en el curso de los acontecimientos. Si Lenin y Trotsky no hubieran creído en la inminencia de la revolución en toda Europa, habrían encontrado mucho más difícil persuadir, inclusive a los bolcheviques, a tomar la iniciativa de una segunda Revolución en Rusia; y es muy posible que Lenin, cuando menos, no hubiera deseado hacerlo. Al introducir la esperanza de la próxima revolución en toda Europa —y sobre todo en Alemania— en las mentes de sus colegas, Lenin y Trostky pudieron, por fin, ganarse el apoyo de la mayoría del Partido Bolchevique y del nuevo *presidium* del Soviet de Petrogrado, una vez que éste se inclinó hacia la izquierda. Ni siquiera los bolcheviques estaban persuadidos en su totalidad; como hemos visto, Kamenev y Zinoviev se contaban entre los escépticos hasta el fin y lo que los detenía no era el miedo a la imposibilidad de tomar el poder en Rusia, sino la falta de fe en que la revolución estallara rápidamente en Alemania y en otras partes. La creencia en el estallido seguro de la revolución *internacional* fue el gran mito que hizo posible la segunda Revolución rusa de 1917.

Puede sostenerse en contra de esto que, aun sin tal creencia, los bolcheviques se habrían visto obligados, en el curso de su lucha contra los sucesivos gobiernos de coalición, a tomar el poder en sus manos. Pero, aunque éste hubiera sido el caso, seguramente habrían tardado más en hacerse a la idea y es muy posible que, cuando esto hubiera sucedido, ya fuera demasiado tarde. Petrogrado habría podido caer fácilmente en poder de los alemanes o ante un ataque contrarrevolucionario y Rusia habría podido disolverse fácilmente en un caos sin que los bolcheviques —ni nadie— encontraran los medios de unificarla otra vez. Lenin sabía esto: de ahí su insistencia enormemente vehemente en que era una locura demorarse un momento más, cuando consideró maduras las condiciones para la toma del poder por los bolcheviques. Puede argüirse que ésta es la prueba de que, en el fondo, estaba menos convencido de lo que él mismo creía de la inevitabilidad de la Revolución

socialista; pero, en realidad, sólo demuestra que temía que Rusia no aprovechara la oportunidad de marchar a la cabeza de la Revolución —lo que deseaba intensamente—. Lo que Lenin consideraba inevitable era una revolución socialista inmediata, no en Rusia, sino en el mundo capitalista en general; y esta idea coincidía con una profunda inseguridad del papel que desempeñaría Rusia en su realización.

Lenin y Trotsky, pues, desempeñaron sus papeles en el impulso de la Revolución bolchevique, no como una revolución *rusa,* sino como el primer movimiento en un levantamiento internacional del proletariado contra el imperialismo capitalista y todas sus manifestaciones. Sólo cuando fue obvio que esta gran Revolución no se produciría, tuvieron que reflexionar nuevamente y decidir lo que podría hacerse para salvar a la Revolución en Rusia, cuando ésta se vio rodeada por el mundo capitalista. En 1917 no se presentaban consideraciones de este orden; entonces se trataba sólo de hallar la mejor manera de sostenerse hasta que llegara la ayuda y, para hacerlo, debía evitarse la contrarrevolución, dando al pueblo ruso lo que exigía más imperativamente: la tierra y la paz y, en lo posible, pan para las ciudades que casi se morían de hambre.

CAPÍTULO IV

ALEMANIA DURANTE LA GUERRA, 1914-1918

Cuando estalló la guerra europea, en agosto de 1914, el Partido Socialdemócrata alemán apoyó inmediatamente al gobierno del Reich. En el Reichstag, los socialistas decidieron votar los créditos de guerra. En la reunión del partido, una minoría de 14 de un total de 110 favoreció la abstención, pero acordó aceptar el veredicto de la mayoría. En consecuencia, el líder del partido, Hugo Haase (1863-1919), aunque personalmente miembro de la minoría, pronunció el discurso oficial en apoyo de la opinión mayoritaria y, por el momento, conservó su posición como líder y presidente del partido. La misma actitud existía en el partido, fuera del Reichstag, incluyendo a los grupos de los diversos estados del Reich; y los disidentes eran pocos entre los líderes sindicales, cuya influencia en el partido había crecido rápidamente desde la Revolución rusa de 1905. Aun aquellos que estaban en desacuerdo con la línea del partido fueron testigos de la inmensa fuerza del sentimiento popular en favor de la guerra y, en su mayoría, aceptaron la imposibilidad de hacer, ya en esa fase, una protesta efectiva. No varió mucho la actitud, excepto para apoyar con mayor vehemencia aún la guerra, mientras le fue bien a la *Wehrmacht* alemana y la mayoría de los alemanes siguieron creyendo en la seguridad de la victoria de Alemania.

Quizás no resulte difícil explicar esta actitud, a la luz de los antecedentes del partido antes de 1914; pero es necesario hacerlo. Los disidentes incluían, no sólo a Haase, quien había sustituido recientemente a August Bebel como líder, y a las personalidades más notables del ala izquierda anterior a 1914, como Rosa Luxemburgo (1870-1919), Franz Mehring (1846-1919) y Karl Liebknecht (1871-1919), sino también a los protagonistas teóricos de la lucha interna acerca del revisionismo, que había estado a punto de dividir al partido en los primeros años del siglo xx. En la nueva emergencia, Karl Kaustky (1854-1938), apóstol de la ortodoxia marxista y Eduard Bernstein (1850-1932), apóstol del revisionismo, se encontraron, como internacionalistas, del mismo lado; pero, lo mismo que habían retrocedido ante la posibilidad de escindir al partido anteriormente, lo hicieron ahora. El Partido Socialdemócrata alemán había sido, desde los días de persecución de Bismarck, una maquinaria altamente disciplinada, donde la idea de lealtad predominaba. El partido se había marcado el propósito de ganarse a una mayoría del pueblo sobre la base de una política donde su gran objetivo —el socia-

lismo y la destrucción del sistema social existente— y su programa a corto plazo de reformas políticas y económicas quedaron claramente establecidos; y sus líderes habían postulado la unidad en la persecución de estos objetivos como la condición indispensable de éxito. Como hemos visto,[1] esto significó en la práctica que el partido, cualesquiera que fueran las diferencias que pudieran surgir dentro del mismo, no podía permitirse la expulsión de un grupo de disidentes lo bastante fuertes como para constituir una amenaza de establecimiento de un partido rival. Lo más que podía hacer era dificultar que los disidentes obtuvieran posiciones claves de influencia en la organización del partido o en la prensa. Podía retirar a Karl Liebknecht, por sus actividades antimilitaristas, de la dirección de su organización juvenil y podía colocar en su lugar a Friedrich Ebert. Podía poner obstáculos a Rosa Luxemburgo como periodista del partido, aunque no podía silenciarla, y podía llenar la dirección del partido y sus organismos oficiales con hombres "de confianza". Pero no podía suprimir la expresión de la opinión minoritaria dentro del partido sin perder sus perspectivas de avanzar en el terreno electoral y tenía que dar bastante margen a los grupos del partido en los distintos estados que constituían el Reich alemán.

Las minorías dentro del partido, por su parte, compartían en gran medida la creencia en la necesidad de unidad y no pensaban en separarse, a no ser que su posición se hiciera totalmente insoportable. También ellos, en su mayoría, creían que el partido, que había obtenido grandes victorias electorales en 1912, estaba destinado a obtener cada vez mayor fuerza, hasta convertirse en representante de una clara mayoría del pueblo y, en consecuencia, capacitado democráticamente para constituir el gobierno y poner fin al poder irresponsable de la monarquía y las clases dominantes. Los revisionistas y sus opositores, salvo una pequeña minoría semianarquista, encabezada por el poeta Gustav Landauer (1870-1919), compartían esta creencia y esperaban el "día" del triunfo democrático. Diferían, sin duda, acerca de lo que pasaría o debería pasar después. La opinión oficial era que la obtención de una mayoría electoral, seguida por la toma del poder, *serta* "la revolución" o, al menos, pondría en pie, inmediatamente, a la revolución; mientras que los revisionistas preferían no hablar ni pensar en "la revolución", sino contemplar una sucesión de reformas graduales, que podrían ser grandemente apresuradas con la adquisición del poder político, pero que podían iniciarse antes de que los socialistas llegaran a ser mayoría popular. Ninguno de los grupos principales, hablando en general, consideraban las futuras victorias en términos que no fueran electorales

[1] **Véase vol. III, p, 287.**

y parlamentarios, salvo en muy pequeña medida. Ambos suponían que, dada una mayoría socialista entre los electores, sería imposible que el gobierno irresponsable del Kaiser y de las clases dominantes se mantuviera, y que tendría que reemplazarlo un régimen democrático responsable, sin oponérsele seria resistencia o, en todo caso, sin la necesidad de una guerra civil realmente dura. Los que no aceptaban esta opinión —Rosa Luxemburgo, por ejemplo— estaban menos en desacuerdo con Kautsky y Bebel que con Bernstein o Georg Vollmar: constituían un tercer grupo en la extrema izquierda del partido y tenían conciencia de la pequeñez de su influencia en sus decisiones y de la disminución de su influencia a medida que los grupos de derecha y de centro se unían más, después de las conmociones de 1905.

En efecto, mucho antes de 1914, la concroversia sobre el revisionismo había casi dejado de contar y las cuestiones de política internacional habían asumido un papel cada vez más importante en los asuntos del partido. Como vimos,[2] la Revolución rusa de 1905 había llevado a la Comisión Central Sindical, bajo la dirección de Karl Legien (1861-1920), a declararse decisivamente en contra de la política de huelga general, de la que era partidaria muy vehemente Rosa Luxemburgo; y, a través de las siguientes discusiones en la Internacional, los alemanes se habían opuesto vigorosamente a esa política, aunque finalmente aceptaron, bajo cierta presión, la resolución ambigua aprobada en Stuttgart y reafirmada en Copenhague referente a la actitud que debían adoptar los socialistas ante la amenaza de guerra o ante una efectiva guerra europea. Estas discusiones, como vimos,[3] versaron parcialmente sobre el problema de la participación en la "defensa nacional"; y la delegación alemana hizo evidente su apoyo a la opinión de que, si Alemania era *atacada,* el Partido Socialdemócrata aceptaría la obligación de participar en su defensa. Jaurés había adoptado la misma posición en relación con Francia, con el apoyo de una parte de la delegación francesa; pero nada se había establecido acerca de ello en la resolución de Stuttgart —o de lo contrario no habría sido suscrita por todos—. Los alemanes, para defender su actitud, siempre habían escogido como ejemplo la amenaza de ataque o el ataque efectivo a Alemania desde el Este y se habían hecho frecuentes referencias a la defensa de la civilización alemana contra la invasión bárbara de las "hordas asiáticas de la Rusia zarista". Especialmente en Prusia, el sentimiento antirruso había sido muy fuerte entre los socialistas y los partidarios del régimen alemán existente; y el triunfo de la reacción en Rusia, después de 1905, había

2 Véase vol. III, p. 295.
3 *Ibid.,* p. 71.

fortalecido este sentimiento y había facilitado su conciliación con los sentimientos socialistas. Fue, en gran medida, el odio a Rusia lo que impulsó a muchos de los líderes del socialismo alemán en los años anteriores a 1914 a adoptar una actitud de creciente hostilidad hacia Francia y la Gran Bretaña, como aliadas de Rusia y los dispuso favorablemente a ponerse de parte de Alemania, en cuestiones como la política colonial y la "marcha hacia el Este", a través de la Europa suroriental.

Sin duda, a pesar de esta creciente tendencia a apoyar al gobierno alemán en las recurrentes crisis internacionales de los años de preguerra, la mayoría de los líderes de la socialdemocracia alemana deseaban honestamente evitar el estallido de la guerra entre las grandes potencias y hacer lo posible, por medios constitucionales, para controlar la agresividad alemana. En efecto, cuando se produjo la crisis, en julio de 1914, trataron de ejercer una influencia restrictiva sobre el gobierno alemán y evitar que otorgara su pleno apoyo a Austria-Hungría, mientras vieron cierta posibilidad de localizar el conflicto. Les hubiera satisfecho que Austria-Hungría hubiera quedado en libertad de resolver el problema con los servios sin interferencia de ninguna de las grandes potencias; y el partido hizo un intento de inducir al gobierno austríaco a adoptar una posición menos intransigente, intento que los socialistas austríacos se consideraban incapaces de hacer por la fuerza del sentimiento belicista en la propia Austria. Tan pronto, sin embargo, como el gobierno ruso hizo evidente su intención de intervenir en favor de los servios, el sentimiento socialista en Alemania cambió rápidamente. Era obvio que al gobierno alemán le convenía, cualesquiera que fueran las promesas hechas a Austria-Hungría, hacer aparecer que Alemania se veía obligada a entrar en el conflicto por la política agresiva del gobierno ruso, que amanezaba con minar la posición de Alemania en la Europa oriental y hasta lanzar un ataque directo a Alemania misma. Así se presentó ante el pueblo alemán la serie de acontecimientos que siguieron al asesinato de Sarajevo, pueblo que fue orillado al frenesí del sentimiento antirruso por todas las artes a disposición de las clases dominantes de Alemania. Los socialistas alemanes, cuando tuvieron que decidir, definitivamente, la actitud a seguir respecto a la demanda de créditos de guerra por el gobierno, se enfrentaban ya a una situación interna en la que cualquier intento de oponerse a la guerra les habría implicado la pérdida de gran parte del apoyo del pueblo alemán y habría escindido, probablemente, al partido.

Señalo esto, no para exculpar al Partido Socialdemócrata alemán, sino más bien para explicar su cambio, aparentemente súbito, de actitud, inmediatamente antes del comienzo efectivo de las hostilidades en Occidente. Hugo Haase, cuando se reunió con los socialistas franceses

y belgas en Bruselas, el 28 y 29 de julio de 1914, parece haber pensado honestamente que era improbable que el partido rompiera con sus tradiciones, votando los créditos de guerra en el Reichstag, y haber esperado todavía que sus miembros decidieran, cuando menos, abstenerse. Eso era lo que Haase, como internacionalista sincero y crítico enérgico de la política imperialista alemana, deseaba que el partido hiciera; y entonces creía todavía que su política bien establecida de negar el apoyo al presupuesto imperialista se mantendría, aun si muchos de sus miembros esperaran que, en una lucha contra la "barbarie rusa", su propio país saliera victorioso. Haase tomó muy poco en cuenta la extendida creencia, aun entre los socialistas, en la superioridad de la cultura alemana y la misión alemana de dominar a Europa como gran influencia civilizadora, y el efecto de la idea, todavía más ampliamente difundida, de que Alemania debía defenderse contra la agresión rusa. Esta idea habría sido aceptada menos fácilmente si el "mito" del predominio cultural de Alemania y del atraso ruso no hubieran infectado ya tan profundamente la visión internacional de un amplio sector del partido. Haase, tan pronto como volvió a Alemania, encontró la plena eclosión del sentimiento patriótico y se dio cuenta de que representaba a una pequeña minoría que seguía sosteniendo que el gobierno alemán, con su apoyo a la intransigencia austríaca, había influido para que la guerra europea se hiciera inevitable. Haase y los que opinaban como él, tenían que llegar a la difícil decisión de aceptar el veredicto de la mayoría de sus colegas de partido —y de la gran masa de la opinión pública en Alemania— o de persistir en la línea de conducta que consideraban objetivamente justa y en armonía con la práctica tradicional del partido y con la lealtad al espíritu de la Internacional. Este segundo camino habría significado prescindir de la disciplina de partido e ir en contra de la tradición fuertemente establecida de la unidad del partido, así como hacer frente no sólo a una gran impopularidad entre las masas de compatriotas, sino también a la seguridad práctica de que serían perseguidos y suprimidos por sus enemigos políticos. No sería justo afirmar, generalizando, que, en esta crisis, les faltó valor: fue más bien que se sintieron impelidos irresistiblemente a poner la lealtad al partido por encima de las convicciones personales y esto fue así, sobre todo, por la fuerza enorme de la tradición del partido en favor de la unidad. En efecto, hicieron lo que había hecho Bernstein cuando su doctrina revisionista fue decisivamente rechazada por el partido: aceptaron la posición de la mayoría de forzarlos a la conformidad de acción, pero se negaron a renunciar a sus convicciones o a abandonar su intento de convencer a la mayoría de su punto de vista. El mismo Haase conservó por el momento su posición de líder del partido y, temporalmente, la

mayoría victoriosa se abstuvo de forzar su victoria hasta el punto de expulsar a la minoría **o** de evitar que siguiera expresando sus opiniones disidentes. Hasta Karl Liebknecht, mucho más izquierdista que Haase, aceptó entonces la necesidad de someterse a la disciplina del partido como diputado del Reichstag.

En este momento, agosto de 1914, sólo 14 miembros socialistas del Reichstag, de un total de 110, votaron con la minoría en la asamblea del partido; y todos ellos, salvo quizá uno que estaba ausente cuando se votó en el Reichstag, votaron después en favor de los créditos de guerra, salvando así la solidaridad del partido a expensas de sus convicciones como miembros de la Internacional. Y ni siquiera esos 14 opinaban que debía votarse contra los créditos: sólo pedían la abstención, como lo más que podía aceptar, unificadamente, el partido. Sin duda otros, aparte de los 14, tenían reservas y votaron a disgusto, bien porque comprendieran el papel que había desempeñado Alemania en el estallido de la guerra o porque eran lo bastante socialistas como para que les disgustara romper la larga tradición de oposición socialista al gobierno del Kaiser y a las clases dominantes de Alemania. Pero, en las semanas que siguieron a la violación de la neutralidad belga, con los ejércitos alemanes avanzando rápidamente hacia Occidente y un pronto y victorioso fin a la lucha aparentemente a la vista, la minoría, lejos de ganar nuevos partidarios, perdió terreno mientras el entusiasmo por una victoria alemana se hizo más extremo y la mayoría se volvió aún más intolerante a la oposición dentro del partido. Empezó una lucha con el fin de expulsar a los partidarios de la minoría de posiciones importantes en la prensa del partido y sus organizaciones locales y de purgar a los sindicatos de agitadores. Sólo cuando los avances alemanes fueron detenidos cerca de París y la posibilidad de una guerra prolongada en ambos frentes empezó a mostrarse seriamente, la minoría ganó cierto terreno y obtuvo algunos partidarios, indecisos antes, para la causa de una paz negociada. Cuando, después del contratiempo militar, se planteó de nuevo la cuestión de los créditos de guerra, en diciembre de 1914, el número de disensiones en la asamblea del partido había aumentado a 17 y Karl Liebknecht, cuya intervención no se transcribió en las actas oficiales, no sólo votó contra los créditos sino que publicó su opinión en un folleto que circuló ampliamente y desencadenó una importante campaña de folletos dentro del partido. Su opinión, en líneas generales, fue que la guerra era un resultado del imperialismo capitalista y beneficiaría sólo a las fuerzas imperialistas, que sería utilizada para aplastar los movimientos obreros de los países beligerantes, incluyendo a Alemania, y que Alemania había entrado en la guerra, no en defensa propia, sino con fines anexionistas. El folleto de Leibknecht incluía

una fuerte protesta contra la violación alemana de la neutralidad belga y contra el estado de sitio y la dictadura militar que se estaba imponiendo al pueblo alemán. Era un pronunciamiento duro y extremista que trajo contra Liebknecht la violenta denuncia de los voceros de la mayoría, quienes lo acusaron de actuar como traidor a su país y a su partido. Iba más allá de lo que el gran núcleo de la minoría estaba dispuesto a afirmar y fue el comienzo de una división en la minoría, que habría de tener un efecto importante en una etapa posterior.

No era que Liebknecht estuviera de parte de los aliados. Si sentía sobre todo la necesidad de luchar contra los belicistas en su propio país y estaba dispuesto a denunciar la guerra como producto de una conspiración imperialista austrogermana, atacaba también el imperialismo de Rusia y Francia e Inglaterra y apelaba a los trabajadores de todos los países para que se disociaran de sus gobiernos imperialistas y afirmaran los derechos del pueblo. No era un "pacifista burgués", en busca de una paz negociada entre los capitalistas beligerantes, sino un proletario internacionalista, cuyo antimilitarismo descansaba en el fundamento de la doctrina de la lucha de clases. Desde el momento en que se manifestó, un pequeño grupo de izquierdistas de la preguerra, entre los cuales Rosa Luxemburgo y Franz Mehring eran las figuras más notables, se reunieron en torno a él y empezaron a sentar las bases de lo que se convirtió después en el movimiento espartaquista y, más tarde, en el núcleo del Partido Comunista alemán. Esta actitud era muy distinta de la del principal grupo de oposición, del que Haase, Kautsky y Bernstein eran los líderes más conocidos; porque sus miembros —aunque estaban de acuerdo en condenar a Alemania, por su parte en la precipitación de la guerra, y tenían también conciencia de la presencia de tendencias capitalistas e imperialistas del lado de los Aliados— eran principalmente parlamentarios y querían apelar al pueblo en general, más que a los trabajadores en especial. Sus fines, en la medida en que eran claros aun para ellos mismos, no eran impulsar al proletariado a las huelgas de masas o a la insurrección armada, sino hacer volver en sí a los partidos socialistas de los países beligerantes y constituir así un poderoso movimiento en favor de una paz negociada, que. hiciera posible para el socialismo reanudar su interrumpido avance hacia la conquista del poder por medios políticos. Ésta es, quizá, una simplificación exagerada; porque había, en la minoría, algunos que sostenían una posición intermedia entre los parlamentarios y los revolucionarios extremistas, que esperaban que la guerra terminaría con el derrocamiento de las fuerzas económicas, militaristas y gubernamentales que la habían provocado y que estaban dispuestos a contemplar el uso de métodos revolucionarios, si éstos fueran necesarios para la transformación. Georg Le-

debour (1850-1947) era la figura principal de este grupo intermedio; pero, en esta etapa relativamente temprana, la situación de la oposición no estaba aún muy definida y la minoría se mantenía unida por las denuncias generalizantes con que la mayoría trataba de superarlas.

En esta mayoría, las figuras principales eran el talabartero Friedrich Ebert (1870-1925), figura prominente en la burocracia del partido, el voluble político Philipp Schleidemann (1865-1939), y el formidable Karl Legien (1861-1920), quien dominó por muchos años a los sindicatos "libres" con una disciplina de hierro. Había, sin embargo, figuras menores que hacían más ruido en la extrema derecha del socialismo y los superaban en el apoyo de los objetivos bélicos más incontrolados de Alemania. Una figura importante entre ellos era Eduard David (1863-1930), quien había destacado por largo tiempo en el ala reformista del partido y un vigoroso paladín del deber de la "defensa nacional" en los congresos de la Internacional. Wolfang Heine (1861-?) también había pertenecido al ala derecha de preguerra y Konrad Haenisch (1876-1926) había sostenido también el derecho de Alemania a la expansión en los conflictos de preguerra sobre cuestiones de política colonial e imperialista. Paul Lensch (1873-?), quien se convirtió pronto en el partidario más extremista del expansionismo alemán, había sido protagonista activo del ala izquierda hasta 1914 y cambió abruptamente de posición después del estallido de la guerra. Todos ellos —especialmente Haenisch y Lensch— hicieron una vigorosa campaña sosteniendo que el expansionismo alemán, y no el "liberalismo" británico, representaba la causa del progreso y señalaba el camino hacia el socialismo europeo, bajo la dirección alemana. Compartían enérgicamente la creencia de que la guerra abría el camino para la completa unidad del pueblo alemán mediante la absorción de Austria, que aseguraría el predominio en Europa de la cultura alemana y la integración de Europa bajo la hegemonía económica e ideológica de Alemania.

Estos y otros protagonistas del sector belicista del Partido Socialdemócrata mostraron, en general, gran arrogancia al sostener la tesis de la superioridad alemana en una Europa decadente. En 1914 se dedicaron sobre todo a establecer un contraste entre la civilización alemana y la barbarie rusa y a sostener la tesis de que la guerra era para Alemania una defensa propia contra la agresión, no provocada, de Rusia. Ésta era, en efecto, en agosto de 1914, la quintaesencia de la posición del Partido Socialdemócrata; y es un hecho notable que la invasión alemana a Bélgica no sirviera para alterarla. El grupo del Reichstag, cuando se decidió por primera vez a votar los créditos de guerra, no sabía que la invasión se había producido —aunque muchos debieron saber que se planeaba—. La marcha alemana sobre Bélgica fue pública-

mente anunciada en Alemania sólo en el discurso del Canciller del Reichstag demandando los créditos, es decir, después de que el partido había tomado su decisión crítica; pero el anuncio no hizo que el partido, tras apresuradas consultas, cambiara de actitud. En verdad, muchos socialistas alemanes defendían el derecho del ejército alemán a marchar sobre Bélgica, sosteniendo que los belgas habían perdido el derecho a que se respetara su neutralidad al entrar en consultas militares con los franceses; y no pocos estaban dispuestos, sin tener en cuenta esto, a sostener el derecho de Alemania a hacer a un lado las reclamaciones de Bélgica, arguyendo que el hacerlo acortaría la guerra, aumentando las oportunidades de un rápido golpe definitivo. Para gran parte de los líderes de la mayoría alemana, la cuestión belga parecía trivial para afectar su actitud general.

No había, sin embargo, en esta primera etapa, los coros de "himnos de odio" contra Francia y la Gran Bretaña que se escucharon tan pronto como los ejércitos alemanes sufrieron su primer desastre serio. En verdad, el Partido Socialdemócrata se aferró ansiosamente a la afirmación del gobierno alemán de que no estaba haciendo una guerra de anexión y que sus fines eran estrictamente defensivos; y fue siguiendo esta interpretación de la política alemana que el partido decidió votar en favor de los créditos de guerra. Los franceses e ingleses fueron denunciados por no mantenerse al margen de la guerra y por no dejar a Alemania mano libre para tratar con Rusia. Pero se expresaron esperanzas de que, cuando los franceses hubieran aprendido su lección, pudieran establecerse relaciones amistosas entre la Alemania victoriosa y la Francia derrotada, en términos no demasiado humillantes para el pueblo francés. Había más ira contra Inglaterra por intervenir. La acción inglesa se atribuía a motivos imperialistas; sobre todo, al deseo de Inglaterra de conservar el monopolio mundial del comercio y las colonias y destruir las posibilidades de su mayor competidor como potencia económica mundial. No se explotó mucho esto, sin embargo, en las primeras fases de la guerra: las grandes diatribas antibritánicas de escritores como Paul Lensch aparecieron principalmente en 1915 o después.

La ansiedad de los socialistas alemanes por rechazar la acusación de que habían sido infieles al socialismo internacional y a sus propios compromisos en los congresos de la Internacional se reveló en su celo por enviar delegaciones a los países neutrales para explicar su conducta. Estos enviados alemanes sostenían que las condiciones de la resolución de Stuttgart eran claramente inaplicables cuando un país era víctima de una agresión extranjera —en este caso, se decía, la de Rusia—. Los delegados podían señalar el hecho de que los representantes alemanes, a

partir de Bebel, habían expresado claramente en sucesivos congresos de la Internacional que el Partido Socialdemócrata aceptaba las obligaciones de la defensa nacional contra un agresor y se había opuesto consistentemente a la sugerida huelga general internacional contra la guerra, con el argumento, entre otros, de que ningún país podía declarar esa huelga sin la firme seguridad de que los demás harían lo mismo, so pena de exponerse a la denota si éstos no lo hacían, por buena que pudiera ser la causa. Estas delegaciones, enviadas en los primeros meses de guerra, lejos de sostener la tesis del dominio mundial de Alemania, asumieron la posición de afirmar que Alemania había ido a la guerra a su pesar y sólo en defensa propia y solamente con esta seguridad del Canciller alemán le habían dado su apoyo. Les resultó difícil, sin embargo, convencer a los socialistas extranjeros de que los objetivos bélicos alemanes eran tan impecables como ellos pretendían o de que no se había abandonado lo que el Partido Socialdemócrata acordara en Stuttgart y en ulteriores reuniones de la Internacional.

Es innegable, me parece, hasta el momento en que pareció inminente la entrada de Rusia en la guerra, que el Partido Socialdemócrata fue sincero en su deseo de evitar el conflicto. Protestó vigorosamente contra las condiciones del ultimátum austríaco a Servia e hizo lo posible —que no era mucho— por fortalecer los débiles esfuerzos de los socialistas austríacos por moderar la actitud del gobierno austríaco. En lo sucesivo, trató de evitar que Rusia y Alemania se vieran envueltas en el conflicto y que, así, el propio conflicto no tuviera lugar. Sólo cuando sus líderes llegaron al convencimiento de que el gobierno ruso estaba decidido a intervenir empezaron a vacilar y sólo cuando se convencieron de que los rusos estaban dispuestos a atacar a Alemania apoyaron en masa, con excepción de algunos internacionalistas convencidos, la guerra. Es un hecho que los líderes del Partido Socialdemócrata no querían la guerra: hasta ese momento habían hecho lo posible por evitarla, dentro de los límites de la acción constitucional y de las manifestaciones públicas en toda Alemania. Pero tan pronto como el sentimiento popular contra Rusia se hizo violento tuvieron que hacer frente a la posible pérdida de su apoyo popular, incluyendo a la mayoría de los trabajadores, y a la probable supresión y destrucción de su partido si mantenían la oposición. Sencillamente no podían afrontar este peligro. Considerándose esencialmente los intérpretes del sentimiento de masas de la clase trabajadora alemana y de sus aliados, no podían ir en contra de una tendencia evidente del sentimiento popular. Los dirigentes socialistas no eran inmunes, por supuesto, a la influencia de la violenta fobia antirusa que invadía a Alemania en los primeros días de agosto. ¿Cómo podían serlo, cuando el sentimiento casi universal de los socialistas de

todos los países había sido, por tanto tiempo, detestar al régimen zarista como el más reaccionario y cuando siempre había parecido una misión sagrada mantener a las hordas zaristas lejos de la Europa occidental? Pero, en Alemania, este sentimiento, que no era patrimonio exclusivo de los socialistas, había adoptado una forma peculiar, porque se combinaba con un fuerte sentido de la superioridad alemana, no sólo sobre Rusia, sino en relación con los países de la Europa occidental. Los socialistas alemanes estaban acostumbrados a ser considerados, y a considerarse a sí mismos, como la cabeza y la vanguardia del movimiento socialista y a que su partido, bien organizado y rápidamente creciente, fuera tenido como guía y filósofo de la Internacional, imitado y emulado por otros partidos socialistas, sólo desde una respetable distancia. La amenaza al poderío militar y diplomático de su país les parecía una amenaza a su propio predominio en el socialismo internacional y no podían concebir que les correspondiera, en servicio del socialismo, permitir que los "bárbaros" rusos invadieran su país y destruyeran, no sólo el régimen político alemán al que se habían opuesto, sino también la fuerza del socialismo alemán, que habían construido en contra de aquél.

En este análisis de las causas que produjeron la actitud de la mayoría socialista alemana en 1914, no he dicho nada hasta ahora de la influencia de Marx y Engels, en cuyas doctrinas se había basado ampliamente el Partido Socialdemócrata. Las obras de Marx habían alentado, por no decir más, la idea de Alemania como líder cultural de Europa y campeón de la cultura alemana contra los "bárbaros" eslavos. Marx, aunque se había opuesto a Lassalle en la cuestión de la cooperación con el Reich alemán dominado por les prusianos, había suscrito la noción del predominio alemán sobre los eslavos en Bohemia y Moravia y de la inclusión de los checos, como un privilegio, en una Gran Alemania. También, en 1870-71, favoreció una victoria alemana sobre Francia, mientras se oponía a la anexión de Alsacia-Lorena por el Reich alemán. La gran tradición marxista en el socialismo alemán incluía, pues, un importante elemento de antieslavismo y de afirmación de los derechos de Alemania a la superioridad cultural; y esta actitud tradicional influyó, indudablemente, en la decisión de la política de la mayoría socialista en 1914. En una etapa posterior, se hicieron intentos de atribuir los elementos "jingoístas" * de la actitud del socialismo alemán en 1914 a la influencia de Lassalle más que a la de Marx; pero la verdad parece ser que, en esta cuestión, no había gran diferencia entre ellos, excepto en que los lassallianos estaban más dispuestos que los

*** El jingoísta es aquel que se jacta de que su país se prepara para la guerra o que favorece o apoya una política agresiva o belicosa en asuntos exteriores. [E.]**

marxistas a aceptar las consecuencias que apoyar la guerra comportaría en las relaciones del movimiento socialista con las fuerzas dominantes del régimen imperial alemán.

La consecuencia fue un cambio súbito y dramático en la actitud del Partido Socialdemócrata respecto a la estructura del Estado alemán. Los socialdemócratas, quienes hasta entonces habían sido casi proscritos, excluidos de toda participación en el gobierno de la sociedad alemana, se vieron de pronto invitados a compartir la tarea de organizar a la nación alemana para las necesidades de la movilización y la defensa nacionales y se les dijo que, si aceptaban el llamado, no serían tratados ya como ilotas, sino como cooperadores reconocidos en la causa común. Estaban seguros de que la masa de sus partidarios esperaba que aceptaran y, en general, no veían otra alternativa. No podían aceptar, sin embargo, sin un gran cambio en la actitud que habían adoptado decididamente en la lucha con los revisionistas y los reformistas dentro de sus propias filas. Había sido un axioma de los marxistas alemanes que el Partido Socialista debía permanecer alejado de todo compromiso con el régimen existente y que la labor constructiva del socialismo sólo podía empezar después de que hubieran obtenido el poder político apoyados en una mayoría del pueblo. Toda coalición con los partidos burgueses —aun con los de la izquierda burguesa— había sido proscrita como contraria a los preceptos del marxismo; y cultural y políticamente habían construido sus propias instituciones socialistas en activa hostilidad con las del orden establecido. Si debían convertirse en cooperadores del esfuerzo nacional, trascendiendo las diferencias de clases y las diferencias políticas, esa política tenía que invertirse drásticamente. La lucha de clases tenía que olvidarse y los socialistas tenían que aceptar servir, al lado de sus tradicionales enemigos, en organismos nacionales improvisados para hacer frente a las emergencias bélicas en el "frente interior".

Tan agudo cambio de actitud y conducta no podía lograrse con facilidad y difícilmente hubiera podido producirse si el Partido, en 1914, hubiera sido tan monolítico como pretendía. Pero, en la práctica, la no participación de la mayoría de los dirigentes había sido minada especialmente en el sur de Alemania, por sectores del partido a los que se había censurado, pero no disciplinado, cuando colaboraron con los partidos burgueses y campesinos en numerosos estados y aún más por los sindicatos que, al crecer el número de sus integrantes, habían tomado el pacífico contrato colectivo con los patronos. A los líderes sindicales y a los alemanes del sur, en general, les costó mucho menos trabajo adoptar su nuevo papel que a los prusianos o a los sajones, quienes habían luchado mucho mas amarga y duramente con la reacción. En la

Constitución del Reich había, al menos, un elemento de democracia, estableciéndose que el Reichstag debía elegirse por sufragio masculino universal y que el Canciller del Reich no podía gobernar sin su apoyo, "unque esta facultad estaba seriamente limitada por el atrincheramiento de la reacción en la segunda Cámara, dominada por Prusia, y por su falta de control sobre la autoridad ejecutiva del gobierno. En Prusia, por otra parte, no había siquiera un conato de gobierno democrático. La Dieta prusiana era elegida por un sistema de tres clases de votación lo que imposibilitaba a los socialistas ganar un solo asiento, excepto con ayuda de los partidos burgueses progresistas; y los socialdemócratas sólo recientemente habían abandonado su política de boicotear las elecciones prusianas. En 1914 estaban empeñados en una dura lucha por la reforma de la Constitución prusiana; y, a través de la guerra, siguieron presionando por esta reforma, sólo para recibir vagas promesas de que algo se haría al terminar la guerra, junto con declaraciones de que una cuestión tan sujeta a controversias no podía tratarse mientras el país estaba envuelto en una lucha nacional por la supervivencia. Esto hacía especialmente difícil para los prusianos —y para los sajones, ya que las condiciones en Sajonia eran muy parecidas— apoyar al gobierno alemán en el esfuerzo bélico; pero, por otra parte, la amenaza de Rusia se sentía sobre todo en las fronteras prusianas y Prusia parecía a los alemanes el gran baluarte de Alemania contra el peligro del Este. En consecuencia, aun en Prusia y Sajonia, la mayoría de los socialistas suscribieron la política de los dirigentes del Partido Socialdemócrata.

Este cambio de frente, una vez realizado, ejerció una poderosa influencia en las ideas del partido y en su conducta inmediata. Habiendo ido ya bastante lejos, los socialistas mayoritarios no encontraron mayor dificultad en ir todavía más lejos y convencerse de que los verdaderos intereses del socialismo serían mejor servidos por una victoria alemana, que supondría la destrucción de los imperialismos rivales de las potencias de la *Entente* y el establecimiento de la hegemonía alemana en Europa —bajo la cual, el Partido Socialdemócrata conduciría a todo el proletariado europeo en su marcha hacia el socialismo.

Este cambio hacia un socialismo alemán imperialista fue rápidamente fortalecido en el curso de la lucha de la mayoría contra las minorías que se negaron a aceptar el nuevo evangelio. Estas minorías, como vimos, incluían a una minoría revolucionaria que aspiraba, de acuerdo con el párrafo final de la resolución de Stuttgart, a utilizar la guerra como oportunidad de poner fin al dominio de la clase capitalista, alentando a las masas a la rebeldía, sin tener en cuenta el efecto de esto sobre la guerra. Este grupo, no obstante, era pequeño, y sirvió primero simplemente como medio para desacreditar a la oposición en general,

acusando a todos los demás de ser cómplices de la extrema izquierda. De hecho, el núcleo principal de la minoría se agrupaba, no alrededor de Liebknecht y Rosa Luxemburgo, sino en torno a Haase y Kautsky, quienes abogaban, no por la insurrección proletaria, sino más bien por una rápida paz, sin victoria de ninguna de las partes: es decir, una paz que demostrara la inutilidad de la guerra y que, sin anexiones ni indemnizaciones, condujera a la aceptación general del arbitraje en los conflictos internacionales, al desarme y, con ello, al triunfo de la democracia a expensas de las desacreditadas clases dominantes, militaristas e imperialistas. El establecimiento de este nuevo orden podría requerir revoluciones en algunos países, donde los reaccionarios se negaran a aceptar la derrota; pero, en esencia, no se pensaba en la revolución, sino en la pacificación y la victoria de la razón sobre la violencia. En el siguiente conflicto dentro del Partido Socialdemócrata, este grupo fue empujado más hacia la izquierda, del mismo modo que la mayoría fue empujada hacia la derecha por sus compromisos con las fuerzas dominantes. Pero, antes y después de la Revolución rusa de 1917, la mayoría de sus miembros se abstuvieron de aceptar el evangelio de la insurrección; y, después de la Revolución bolchevique, una parte de ellos, encabezados por Kautsky, reaccionó violentamente hacia la derecha por odio a la política de dictadura sostenida por Lenin como antítesis de la "democracia" burguesa.

No quiero sugerir que, en el punto culminante de la lucha, los socialistas alemanes mayoritarios olvidaran su socialismo o apoyaran de todo corazón las anexiones. Algunos lo hicieron; pero fueron la minoría: el partido nunca suscribió oficialmente su actitud. Mientras denunciaba en términos extremos la política imperialista de Francia e Inglaterra, así como la de Rusia, y aceptaba la necesidad de una victoria alemana en el campo de batalla, seguía protestando contra las pretensiones más extravagantes de los militaristas y afirmando su deseo de una paz "justa"; sirviendo, cuando menos verbalmente, a los principios de la democracia y la autodeterminación nacional —aunque su interpretación de estos principios reflejara generalmente su insistencia primordial en los intereses alemanes, por ejemplo, en Alsacia-Lorena, y en relación con los problemas polaco y belga—. Hay que reconocer que la mayoría de los dirigentes socialistas alemanes estaban convencidos de que Alemania se encontraba haciendo una guerra en esencia defensiva y trataron de evitar que se convirtiera en una guerra de agresión imperialista desvergonzada. Esto se hizo más evidente en las últimas etapas de la lucha, cuando las perspectivas de victoria disminuyeron y hubo que afrontar seriamente la posibilidad de derrota. La política de paz negociada sin anexiones ni indemnizaciones ganó en atractivo entonces[1], no sólo entre

los socialistas mayoritarios, sino también en muchos partidos burgueses; y la resolución de paz, aprobada por el Reichstag en julio de 1917, reflejó este cambio de actitud. Los socialistas alemanes, además, se opusieron a la campaña submarina, que se inició sin restricciones en enero de 1917, lo que llevó a los Estados Unidos a entrar en la guerra y, desde ese momento, asumieron una actitud cada vez más crítica de la política imperialista y belicista. Es posible sostener, desde luego, que este cambio de actitud no fue más que una reacción al deterioro de la situación militar y a las crecientes y severas privaciones que empezó a sufrir el pueblo alemán, por la intensa escasez de alimentos y la extrema militarización del frente interior bajo la tensión de la guerra total. Sin embargo, no sería justo considerarlo sólo como debido a estos factores. Hubo, durante la guerra, socialistas de la mayoría con la conciencia inquieta por el hecho de verse envueltos en una política belicista e imperialista que no podían más que desaprobar y que consideraban que actuaban honestamente como buenos socialistas en la causa de la defensa nacional. Creo que puede incluirse en este grupo a Philipp Scheidemann.

No me propongo discutir en este libro en qué medida puede acusarse a los alemanes de responsabilidad por la guerra de 1914, o qué cantidad de culpa puede atribuirse justamente a la diplomacia de preguerra de los países de la *Entente*. Ésto puede discutirse y se ha discutido tanto que no puedo añadir nada nuevo. Sólo puedo recordar mis propios sentimientos y opiniones en aquel momento. Yo tenía menos de 25 años en agosto de 1914 y, aunque ya había actuado y se me conocía como escritor socialista, me ocupaba principalmente de cuestiones laborales y sabía muy poco de política internacional, sobre lo cual no había escrito absolutamente nada. Era, sin embargo, instintivamente pacifista y consideraba la guerra como un horror que nada podía justificar, pensando que era deber imperativo de la clase trabajadora de todos los países utilizar todos los medios posibles para evitarla. Seguí, pues, con mucha simpatía las manifestaciones de los socialistas contra la guerra y las apelaciones a la solidaridad internacional de los trabajadores que siguió ai asesinato de Sarajevo y al ultimátum austríaco a Servia. Yo era tan ingenuo que pensaba que no habría en verdad guerra, y tan desacorde con la política imperialista liberal de Asquith y Grey que creía que, si la guerra sobrevenía, gran parte de la culpa era del gobierno británico. Aun cuando fue evidente que habría guerra y que no sólo Rusia y Alemania, sino también Francia se vería envuelta en ella, todavía esperé que Inglaterra se mantuviera fuera del conflicto. Me sentí hondamente conmovido cuando los alemanes invadieron Bélgica, y lo declaré públicamente; pero, aun entonces, seguí oponiéndome a la intervención de Ingla-

térra, aunque sabía que Alemania había actuado obviamente mal. Mi pacifismo estaba demasiado profundamente asentado para ser conmovido por la violación de la neutralidad de Bélgica, aunque comprendiera yo que era un crimen. Desde que empezó la guerra, deseé que terminara sin victoria de una o de otra parte, en una paz negociada lo más pronto posible. Era, de hecho, lo que Lenin llamaba despreciativamente un "pacifista burgués" y permanecí fiel a esa actitud. Espiritualmente simpaticé con los acuerdos de Zimmerwald, no con los de Kienthal, y, por supuesto, fui un vigoroso partidario del proyecto de Conferencia de Estocolmo. En 1917 recibí con entusiasmo a las dos revoluciones rusas; pero no me hice bolchevique ni añoré una revolución inglesa al estilo ruso. Para Rusia no veía otra alternativa socialista viable, que pudiera sustituir al bolchevismo; pero seguí esperando que, cuando menos en la Gran Bretaña, el socialismo pudiera lograrse sin guerra civil ni dictadura. Era pues, en resumen, un socialista "liberal" de izquierda, contenido por el pacifismo personal y por una creencia en ej valor de la tolerancia y la libertad de elección en cuanto a formar parte de la extrema izquierda revolucionaria, con la cual simpatizaba, sin embargo, mucho más que con el ala derecha estrictamente constitucionalista del movimiento socialista. Por entonces alguien se refirió ingeniosamente a mí, como "un alma bolchevique con un bozal fabiano"; pero no creo que esto fuera del todo correcto. Mi alma no era "bolchevique" sino gremial-socialista y mi bozal no era el "fabianismo", sino en parte el pacifismo y en parte mi creencia en la tradición liberal democrática.

He tratado de hacer un recuento sincero de mi propia actitud en 1914 y en los años siguientes, no porque mis sentimientos fueran de gran importancia, sino sólo porque mis sentimientos personales tienen que afectar mi interpretación de los acontecimientos que debo describir y valorar, en su relación con el pensamiento socialista. Estaba de acuerdo con los socialistas mayoritarios de los países aliados en censurar enérgicamente la actitud de la mayoría alemana, pero difería ligeramente de ellos en su determinación de proseguir la guerra contra Alemania hasta el fin y de negarse a discutir con los socialistas alemanes acerca de las condiciones posibles de una paz negociada. En común con muchos socialistas en todos los países beligerantes, me volví más vehementemente antibelicista a medida que prosiguió la lucha, sin un fin a la vista. Si tenía que ganar uno de los bandos, prefería una victoria aliada a una alemana; pero cada vez más deseaba la paz sin victoria y la reconstrucción del socialismo como fuerza internacional, aunque no veía claramente, lo reconozco, cómo podría hacerse esa reconstrucción, dada la traición de los principios socialistas por tantos socialistas importantes de muchos países, sobre todo de Alemania.

Dicho esto, puedo hacer a un lado mi actitud personal y volver a la consideración de lo que sucedió al socialismo alemán bajo la tensión de la guerra. Cuando las perspectivas de una victoria alemana rápida y definitiva empezaron a desvanecerse, la oposición dentro de Alemania empezó a cobrar fuerza, no sólo entre los socialistas sino también, en menor medida, entre la burguesía, que se opuso cada vez más a los militaristas que dominaban la estructura social e imponían una disciplina progresivamente aguda a la población civil. No fue, sin embargo, entre los socialistas mayoritarios ni entre la burguesía donde se inició la oposición activa: fue en la extrema izquierda, entre los que seguían a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Después de votar en contra de los créditos de guerra, en diciembre de 1914, Liebknecht publicó al mes siguiente un panfleto donde atacaba directamente al Partido Socialdemócrata, afirmando que "no merecía confianza ni respeto", e iniciando así una gran controversia dentro del partido. En marzo de 1915, otro diputado, Otto Rühle (1874-?), se unió a Liebknecht en la votación contra los créditos de guerra, que se planteó entonces como parte del presupuesto general, y no menos de otros 31 diputados se abstuvieron de votar. Así, cerca de una tercera parte de los diputados al Reichstag se negaron a seguir la línea oficial del partido, aunque algunos se oponían, no tanto a los créditos de guerra como a la infidelidad a la política tradicional del partido de votar contra el presupuesto del gobierno.

En los últimos meses de 1915 hubo una batalla cada vez más acerba entre las facciones socialistas. En agosto, los socialistas mayoritarios publicaron una declaración de los objetivos bélicos que provocó una respuesta violenta del grupo de la Internacional encabezado por Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Él folleto firmado por "Junius",* que suscribió el grupo, *La guerra y el proletariado,* atacaba con vehemencia el intento de suspender la lucha de clases durante la guerra e insistía en la necesidad de una lucha proletaria internacional contra los belicistas imperialistas en todos los estados beligerantes. Sostenía, en contra de la mayoría, que Alemania no tenía derecho a mantener su dominio sobre Alsacia-Lorena, que la monarquía dual austro-húngara debía ser destruida y que sólo la acción internacional de la clase obrera podía dar a la guerra un fin tolerable. Este grupo extremista tenía, sin embargo, pocos partidarios. Un mejor signo del desarrollo de la oposición a la mayoría fue el manifiesto firmado en junio de 1915 por mil funcionarios del Partido Socialdemócrata y sus organizaciones subsidiarias. Era, primordialmente, un ataque a la mayoría por consentir la suspen-

Seudónimo que usó Rosa Luxemburgo [E.].

sión de la lucha de clases y, por tanto, la "militarización" de la nación, negando los fines esenciales del partido. No se refirió a la cuestión de los objetivos bélicos; pero poco después Haase, Kautsky y Bernstein, publicaron un llamado en el que denunciaban la perversión de la supuesta guerra defensiva en una guerra agresiva y declaraban que esto hacía imposible para la minoría seguir obedeciendo la disciplina del partido, votando por los créditos de guerra. En diciembre de 1915, 31 delegados votaron contra los créditos de guerra en la asamblea del partido y 20 llevaron su oposición al punto de votar en contra en el Reichstag.

El desafío hizo culminar la crisis del Partido Socialdemócrata. En marzo de 1916, la mayoría decidió excluir a la minoría de la participación en el grupo del partido en el Reichstag, pero no tenía facultades para expulsarlos del partido, que no podía celebrar un congreso plenamente representativo. La minoría, por su parte, no estaba dispuesta a separarse del Partido Socialdemócrata, en donde sentía que ganaba fuerza. No fue sino en enero de 1917 que establecieron una organización formal propia. Entonces fundaron una Unión de Trabajadores, todavía sin separarse realmente. Esto provocó, no obstante, que la mayoría actuara y, en los meses que siguieron, hubo muchas expulsiones. Por fin, en la Pascua de 1917, los grupos minoritarios se lanzaron a fundar un nuevo partido —el Partido Socialdemócrata Independiente (U.S.P.D.)—. Casi al mismo tiempo, en abril de 1917, la extrema izquierda dirigida por Liebknecht formó el *Spartakusbund,* que estableció relaciones con el U.S.P.D., pero mantuvo su organización separada y el derecho a una acción independiente.

Por entonces, la revolución había estallado en Rusia. El zar había abdicado y el gobierno del príncipe Lvov estaba constituido, aunque difícilmente pueda decirse que tuviera el poder. Naturalmente, la Revolución rusa tuvo un inmenso impacto sobre la opinión en Alemania. El nuevo gobierno ruso trataba de proseguir la guerra con sus aliados occidentales; pero los ejércitos rusos amenazaban ya con desintegrarse y su situación militar era muy mala. El pueblo ruso, campesinos y obreros por igual, dejaba oír un clamor cada vez más insistente en pro de la paz. Pero ¿qué clase de paz se produciría? En ese momento, el gobierno ruso estaba en manos de los partidos burgueses, profundamente comprometidos en la alianza con los países occidentales y que no habían abandonado sus objetivos bélicos agresivos. Los soviets recién establecidos en Petrogrado y en otras ciudades estaban dominados por los socialrevolucionarios y mencheviques, constituyendo los bolcheviques y sus aliados sólo pequeñas minorías. Ni Lenin ni Trotsky habían vuelto a Rusia. Los socialrevolucionarios y los mencheviques estaban divididos

en cuanto a sus actitudes respecto a la guerra. Muchos eran partidarios, hasta cierto punto, de la guerra y casi todos contemplaban con reservas una paz por separado con Alemania, que se haría, según todo hacía ver, en condiciones muy desfavorables. No había duda, sin embargo, del ardiente deseo de sus partidarios —sobre todo de los soldados en filas— de una pronta paz; de modo que la cuestión real era si había esperanza de una paz general por negociación, que incluyera a todos los beligerantes, o si las potencias occidentales se negarían a negociar, lo cual los forzaría entonces a escoger entre una paz por separado o un intento de proseguir la lucha. Los gobiernos occidentales, por su parte, tenían mucho miedo a que los rusos hicieran una paz por separado, pero también estaban dispuestos a seguir la lucha con esperanzas de victoria. Presionaban, pues, al gobierno ruso, no sólo para que continuara la resistencia sino para que, en caso posible, lanzara una ofensiva para mejorar la situación militar en el frente oriental.

Claramente, en ésta situación, mucho dependía todo del estado de cosas dentro de Alemania. Era bien sabido que las privaciones del pueblo alemán eran severas, y que había mucho descontento. En abril de 1917 se produjeron grandes huelgas y el recién fundado Partido Socialdemócrata Independiente ganaba terreno con rapidez. El grupo espartaquista y otros elementos de izquierda habían desarrollado una vigorosa campaña de propaganda en las *Cartas políticas* de 1916 y en las *Cartas espartaquistas,* que empezaron a aparecer en septiembre de ese año. No pocos, en Rusia y en Occidente, abrigaban esperanzas de que Alemania estuviera a punto de quebrarse por conflictos internos y que una revolución alemana siguiera rápidamente a la Revolución rusa. Si alguna base tenían estas esperanzas, parecían coexistir junto con fuertes razones para que Rusia permaneciera en la guerra, por lo menos por cierto tiempo, a partir de la probabilidad de hacer la paz en condiciones más favorables. Como oponiéndose a ello, la campaña submarina sin restricciones acababa de iniciarse —en febrero de 1917— y los Estados Unidos entraban definitivamente en la guerra a principios de abril. Había aún la posibilidad de que Inglaterra fuera obligada a rendirse por hambre, antes de que la ayuda norteamericana pudiera movilizarse en gran escala. El resultado de la guerra parecía, pues, aún muy inseguro: era cuestión de qué país llegaría primero a una crisis.

Al correr el año, se hizo evidente que, a pesar de la intensa campaña submarina, la promesa de los alemanes de hacer que los ingleses se rindieran por hambre, antes de la cosecha, no se llevaría a vías de hecho y que la oportunidad de una victoria alemana dependía de que se abriera una brecha militar en el frente occidental antes de que los norteamericanos pudieran llegar a Europa. Pero también se hizo más

evidente que nunca que la capacidad de resistencia de Rusia llegaba casi a su fin. En mayo, el Soviet de Petrogrado, reforzando los esfuerzos del comité escandinavo-holandés, hizo el llamado a una Conferencia Socialista de Paz que prepararía el camino a una paz general; y, en junio, el gobierno ruso se vio forzado a hacer un llamado a la paz general, sin anexiones ni indemnizaciones. En julio, los alemanes, que habían estado midiendo el tiempo, lanzaron su gran ofensiva sobre el frente oriental, empujando a los rusos a una retirada en desorden. En agosto invadieron Rumania y, a principios de septiembre, capturaron Riga y llegaron casi a distancia de tiro de la propia Petrogrado. El gobierno provisional, desesperado, lanzó en julio su impracticable contraofensiva, que fue inmediatamente derrotada; y, a fines de agosto, el abortado movimiento contrarrevolucionario del general Kornilov preparó el camino a la toma del poder por los bolcheviques.

En estos meses críticos, el movimiento de paz en Alemania seguía ganando fuerza. El 19 de julio, el Reichstag aprobó su célebre resolución en favor de una paz negociada y, el 1º de agosto, el Papa hizo públicas sus proposiciones de paz a las potencias beligerantes. En Estocolmo, la mayoría y la minoría de los socialistas alemanes presentaron su contradeclaración de objetivos bélicos al comité ruso-escandinavo-holandés. Ambas se declaraban en favor de una paz sin anexiones ni indemnizaciones y del derecho general de autodeterminación de los pueblos; pero interpretaban de manera muy diversa estos principios. La línea general de la mayoría era que se volviera al *statu quo ante bellum,* salvo que el derecho de independencia nacional se aceptara en cuanto a Finlandia y la Polonia rusa —aunque no en cuanto a la prusiana ni a la austríaca—, que debían recibir cierto grado de autonomía dentro de los imperios alemán y austríaco. La mayoría declaró, además, que Alsacia-Lorena debía ser parte permanente del imperio alemán, con instituciones internas autónomas; aceptaba la restauración de la soberanía belga, pero sujeta a salvaguardias que evitaran que el país se convirtiera en satélite de cualquier potencia. Finalmente, pedía la devolución de las colonias despojadas a Alemania durante la guerra. Esencialmente, lo que pedía era una paz que dejara intacto el poder de Alemania y reparara el daño hecho a Bélgica o a cualquier otro país por sus ejércitos durante'la guerra. La mayoría, en efecto, aunque se oponía a la política de los militaristas alemanes extremistas, no estaba dispuesta a reconocer que Alemania fuera más culpable que las potencias aliadas.

La minoría adoptó una actitud muy distinta. Se declaró, inequívocamente, en favor de poner fin a la guerra de inmediato y de aplicar el principio de autodeterminación nacional lo más ampliamente posible,

suponiendo que esto no significara continuar la lucha con ese fin. Apeló **a** los socialistas de todos los países a desprenderse de los compromisos con los gobiernos imperialistas, y a hacer una paz popular. En el caso de Bélgica, abogó por la plena restauración de la independencia política y económica y, además, por un pago que reparara los daños de la guerra; y solicitó que el futuro de Alsacia-Lorena se resolviera por un plebiscito de sus habitantes, que todos los países se comprometerían a aceptar como decisión final de la cuestión. Se declaró, en términos vigorosos, contra el colonialismo en todas sus formas y expresó su apoyo a los pueblos coloniales en su lucha por la autodeterminación, pero no era partidaria de hacer de este apoyo —ni de ninguna otra cosa— una razón para continuar la guerra. Su actitud general fue que la paz debía hacerse de inmediato y que la guerra debía ser proscrita en el futuro, así como que los términos de la paz debían ser establecidos por los trabajadores y puestos en vigor por los gobiernos. Sobre el problema de la "culpa de la guerra", no dijo nada de un modo directo, pero aceptó implícitamente que el gobierno alemán había sido culpable de daños que debería reparar, aunque no exoneraba de ninguna manera a los gobiernos aliados de su parte de culpa. Sólo Ledebour llegó a llamar a los trabajares de todos los países beligerantes a la huelga para poner fin a la guerra. La delegación del Partido Socialdemócrata Independiente en Estocolmo, en líneas generales, no se pronunció en favor de la revolución mundial, sino de una paz negociada.

Sin embargo, no existían las condiciones, para ello. En Francia e Inglaterra, los grupos mayoritarios del movimiento socialista y laborista apoyaban todavía a sus respectivos gobiernos en la esperanza de una victoria y rechazaban cualquier arreglo que dejara intacto el poder de Alemania. En ambos países, lo mismo que en Bélgica, había grandes reservas respecto a una reunión con la mayoría alemana en términos igualitarios, aun en una Conferencia Socialista; y la mayoría alemana, aunque dispuesta a reunirse con los aliados, no lo estaba a aceptar una base de discusión que supusiera atribuir a Alemania la "culpa de la guerra" o una denota militar alemana. Las perspectivas de que la Conferencia de Estocolmo pudiera reunirse en pleno se desvanecieron; y, en todos los países con excepción de Rusia, se implantó una movilización más intensiva con vistas a una batalla decisiva al año siguiente. Cuando, a fines de 1917, Alemania recurrió al plan Hindenburg de movilización industrial general bajo control militar, la Comisión Sindical Alemana, dominada por los socialistas de la mayoría, se comprometió a cooperar; y la división entre la mayoría y la minoría se ahondó aún más. Antes de esto, en octubre de 1917, los espartaquistas y sus aliados se dedicaron a establecer consejos revolucionarios de trabajadores en las fábricas de

guerra; y el envío de muchos militantes a las fuerzas armadas, en vez de debilitar el frente laboral, sirvió principalmente para difundir la inquietud en esas fuerzas.

Entretanto, en Rusia, la victoria bolchevique había resuelto la cuestión en favor de una paz por separado. Las negociaciones para un armisticio se iniciaron el 3 de diciembre y las condiciones del armisticio se firmaron el 15 del mismo mes. Ese mismo día, los bolcheviques dispersaron la Asamblea Constituyente rusa. Una semana después, se iniciaron las negociaciones de paz en Brest-Litovsk y los rusos comprendieron dolorosamente que las autoridades alemanas estaban dispuestas a tratarlos duramente.

En Alemania, la Revolución bolchevique afectó hondamente la situación interna. Recibida con entusiasmo por la extrema izquierda, era vista con honda hostilidad por los socialistas mayoritarios y por un sector de los independientes, quienes denunciaron vigorosamente la disolución de la Asamblea Constituyente electa y rechazaron la dictadura del proletariado —que, según decían, era la dictadura de la pequeña minoría bolchevique— como traición a los principios socialdemócratas. Kautsky, viejo camarada de muchos líderes mencheviques desplazados y gran simpatizador de la facción internacionalista de Martov en el Partido menchevique, se convirtió pronto en el principal antagonista teórico del bolchevismo; y, bajo su influencia, el elemento parlamentario del Partido Socialdemócrata Independiente empezó a tender agudamente hacia la derecha. Otros, como Ledebour, adoptaron la posición opuesta y entraron en relaciones más estrechas con la izquierda laboral. En enero y febrero de 1918, el movimiento de huelga en Alemania tomó grandes dimensiones y se extendió rápidamente de una ciudad a otra bajo la dirección de los Consejos de Trabajadores, en rápido desarrollo. Richard Müller, presidente del Consejo de Berlín y miembro del Partido Socialdemócrata Independíente, fue el líder más prominente. El 3 de marzo, los rusos, que habían roto las negociaciones de paz temporalmente, pero habían cedido ante la insistencia de Lenin de que había que'hacer la paz a toda costa, firmaron el Tratado de Brest-Litovsk, en condiciones que suponían una inmensa pérdida de territorio y de recursos, incluyendo el reconocimiento de una Ucrania independiente, ocupada por los alemanes, y la separación de Finlandia, los estados bálticos, y la Polonia rusa del nuevo Estado ruso. En marzo, los alemanes, eliminada la presión en el Este y mejorada la situación alimenticia por las perspectivas de recibir suministros de Ucrania, lanzaron su gran ofensiva hacia el Oeste y llevaron a los ejércitos aliados al borde del desastre. Su avance no se detuvo hasta junio y fue reanudado por unos días en julio, antes de que comenzara la contraofensiva aliada. La guerra entraba, por fin,

en su fase final y decisiva. El intento de ofensiva austro-húngara de junio se había quebrado. En Viena hubo disturbios provocados por el hambre en ese mes; y el imperio austro-húngaro se desintegraba bajo la presión de los movimientos nacionalistas en Bohemia y otras regiones eslavas. Ya en mayo, Lloyd George pudo anunciar que los aliados estaban hundiendo los submarinos con mayor rapidez de la que podían desarrollar los alemanes para construirlos y, al mismo tiempo, construían nuevos barcos más rápidamente de lo que los alemanes podían hundirlos. Antes de terminar julio los ejércitos alemanes en Francia estaban ya en retirada y, en agosto y septiembre, sufrieron una serie de desastres. El 24 de septiembre, el Estado Mayor informó al gobierno alemán que era necesario pedir un armisticio: la línea Hindenburg cedió tres días después. Reforzados por contingentes norteamericanos, los aliados atravesaron Francia y Bélgica y la invasión de la misma Alemania se convirtió en una inminente amenaza. El 3 de octubre, el gobierno alemán cayó y el príncipe Max de Badén fue designado Canciller. Al día siguiente, Alemania y Austria-Hungría enviaron notas al presidente Wilson, pidiendo un armisticio sobre la base de sus "Catorce Puntos" proclamados el 8 de enero.

Había llegado el fin, no con un empate negociado, sino con una victoria aliada, a pesar del colapso militar de Rusia. El pueblo alemán, no obstante, no tenía todavía idea de qué le esperaba. No sabía que sus ejércitos habían sido derrotados definitivamente en el campo de batalla; y la mayoría esperaba todavía una paz, inspirada en los "Catorce Puntos", que otorgara a Alemania todavía más poder, al mismo tiempo que un régimen constitucional más democrático que les permitiera reanudar la agitación de preguerra, en pro de mejores condiciones. El presidente Wilson, sin embargo, no tenía más interés que los aliados europeos en transigir con una Alemania intacta, todavía bajo el control *junker* y militarista. Su respuesta al príncipe Max hizo evidente que insistía en la capitulación de Alemania. El príncipe Max, muy preocupado, preguntó al Alto Mando alemán cuáles eran las posibilidades de continuar la guerra, en espera de mejores condiciones, y recibió la respuesta de que tal cosa era imposible y que en cualquier momento podía producirse un colapso definitivo. Cuando se difundieron las noticias de la desesperada situación militar, se empezó a hablar de aplacar al presidente Wilson, persuadiendo al Kaiser de que debía abdicar; y los socialistas mayoritarios, que habían aceptado estar representados en el gobierno del príncipe Max, empezaron a presionar por esta solución. El Kaiser, ya el 3 de octubre, había abandonado Potsdam y se había refugiado en el cuartel general del ejército, donde permaneció en las siguientes semanas. El príncipe Max —consciente de que crecía en Ale-

mania el sentimiento en contra de Guillermo II a medida que se extendía la noticia del desastre— deseaba una abdicación voluntaria, pero se negaba a presionar a "Su Majestad" a renunciar su autoridad y esperaba aún que se salvaría la monarquía. El Kaiser, no obstante, se negó a abdicar y la situación empeoró mientras el gobierno vacilaba aún acerca de si debía o no aceptar las condiciones norteamericanas. El 24 de octubre, la marina alemana, que había sido encerrada —sobre todo en Kiel— durante casi toda la guerra, recibió órdenes de las autoridades navales de disponerse a hacerse a la mar para un último encuentro desesperado con el enemigo. Los marineros, entre los que ya cundía el descontento, se negaron y el arresto de sus líderes sólo sirvió para que culminara la rebelión. Él 3 de noviembre, los marineros de Kiel se amotinaron y eligieron Consejos de Marineros para encargarse de la situación y los motines se extendieron rápidamente a otros puertos. En los días siguientes, la rebelión estalló en toda Alemania. En una ciudad tras otra se proclamó la revolución y gobiernos provisionales, basados principalmente en los Consejos de Trabajadores y Soldados asumieron la autoridad temporalmente. El 7 de noviembre, la revolución se extendió a Baviera, donde asumió el poder un gobierno socialista encabezado por el socialista independiente Kurt Eisner (1867-1919). Dos días después, el mismo Berlín se declaró en favor de la revolución y un manifiesto del Consejo de Trabajadores y Soldados, firmado, entre otros, por Haase, Ledebour y Leibknecht, exigió una República alemana. Ese mismo día, el príncipe Max renunció y entregó la Cancillería a Friedrich Ebert (1871-1925), el más derechista de todos los líderes socialistas de la mayoría. Ebert aceptó el cargo, aunque su situación constitucional no estaba en absoluto claramente definida. El Kaiser, hasta el final, se negaba todavía a abdicar, a pesar del consejo de una serie de emisarios enviados al cuartel general desde Berlín. Además, casi hasta el fin, los socialistas mayoritarios, aunque consideraban necesaria su abdicación, se negaban a solicitarla públicamente por miedo a incrementar el fermento revolucionario: en efecto, parece que abrigaban esperanzas de que se aceptara todavía una monarquía constitucional si el Kaiser y el impopular Príncipe de la Corona dejaban libre el camino. Sólo en el último momento, temiendo que sus partidarios se pasaran en masa al Partido Socialdemócrata Independiente, los líderes del Partido Socialdemócrata presentaron al príncipe Max un ultimátum haciendo constar que, si no se recibía la abdicación al día siguiente, se verían forzados, en defensa propia, a tomar las cosas en sus manos. Pero ni siquiera este ultimátum, presentado el 8 de noviembre, indujo al Kaiser a rendirse. El "hecho" de su abdicación tenía que ser anunciado sin su consentimiento; y, aun entonces, Ebert parece haber esperado que sería

posible todavía mantener la monarquía en una forma constitucional. Finalmente, se proclamó la República, no a través de Ebert sino de Scheidemann, y lo hizo para anticiparse a Karl Liebknecht, de quien se decía que estaba a punto de proclamar, no simplemente "la República", sino el soviet o Consejo de Trabajadores de la República, a semejanza de lo que se había hecho en Rusia un año antes. Scheidemann dice, en sus *Memorias,* que Ebert se enojó furiosamente con él por haber proclamado la República; pero la cosa estaba hecha y quedó sellada por el vuelo de Guillermo a Holanda tan pronto como le llegaron las noticias. Las abdicaciones se convirtieron en seguida en la orden del día: en toda Alemania, reyes, grandes duques y pequeños gobernantes rodaron de sus tronos sin apenas un intento de resistencia.

En esta primera etapa, la Revolución alemana fue casi sin derramamiento de sangre. Los soldados que estaban lejos de las líneas de fuego participaron muy poco en ella, aparte del papel pasivo de negarse a todo intento de reprimirla y, en algunos casos, fraternizando abiertamente con los manifestantes que llenaban las calles. En muchos casos, los regimientos eligieron Consejos de Soldados; y, lejos del frente, la disciplina se perdió en gran medida. Pero, en el frente, se conservaron el orden y la disciplina, mientras se desarrollaban las discusiones del armisticio y después, cuando los ejércitos alemanes evacuaron los terri, torios que todavía ocupaban y ejecutaron una retirada ordenada según los lineamientos establecidos el 11 de noviembre. Sólo al aproximarse a la patria, su disciplina se resquebrajó, a medida que los fatigados conscriptos se dirigían a sus hogares. La mayoría mostraba mucho menos deseo de hacer una revolución que de reintegrarse a la vida civil, lo más pronto posible. La guerra había terminado; y Alemania quedó casi sin fuerzas armadas, ni del lado de la revolución ni en su contra. Hasta los marineros de Kiel, cuya rebelión había iniciado la revolución, aceptaron a Gustav Noske (1868-1947), el socialista mayoritario que había ido a Kiel al día siguiente del estallido, con esperanzas de controlarlos con "bellas palabras". Mostraron, en efecto, mucho más celo por el arreglo de sus propios motivos de queja —mala comida, malas condiciones y una disciplina intolerablemente dura— que por una causa revolucionaria más amplia. El poder no pasó del viejo gobierno del Reich a un ejército revolucionario ni, inmediatamente, a una nueva autoridad central. Por el momento, quedó dividido en las manos de los gobiernos locales y regionales improvisados, de constitución muy variada, apareciendo los Consejos de Trabajadores y Soldados como la base principal de la autoridad en la mayor parte de la Alemania industrial o, cuando menos, en las principales ciudades.

Los aliados y el presidente Wilson, al exigir la deposición del Kaiser

y el fin del régimen militarista, habían invitado, en efecto, a Alemania a la rebeldía. Temían, sin embargo, que la Revolución alemana fuera demasiado lejos y copiara a la Revolución bolchevique en Rusia. Algunos querían que los ejércitos aliados marcharan sobre Alemania y dictaran las condiciones de paz en la misma Berlín, poniendo fin al imperialismo de Alemania y a la revolución proletaria de un solo golpe. Esto, sin embargo, era más fácil de decir que de hacer; porque, si destruían al antiguo régimen y a su antagonista ¿qué nuevo gobierno habrían de establecer y qué apoyo recibiría? Para la mayoría de ellos, parecía preferible dejar que los ejércitos alemanes hicieran su propia desmovilización y permanecer por el momento a la expectativa, manteniendo un bloqueo que podría utilizarse, en caso necesario, para obligar a la revolución a rendirse por hambre. Todavía no estaban dispuestos a declarar las condiciones de paz. Por el momento había que apoyar verbalmente los "Catorces Puntos" de Wilson, en base a los cuales los alemanes habían aceptado el armisticio. Pasaron meses de discusión antes de que pudieran llegar a un acuerdo entre sí sobre la mejor manera de eludir las inhibiciones del presidente norteamericano y confrontar al gobierno alemán, cualquiera que fuera por entonces, con un tratado que se vería obligado a aceptar sin mayor discusión. En noviembre de 1918, la mayoría de los alemanes no concebían todavía una paz impuesta de tal manera. Estaban demasiado ocupados con sus propios problemas y demasiado aplastados para pensar mucho en las condiciones de la paz.

Así, la Revolución alemana de noviembre de 1918 ocurrió, no porque fuera planeada por un grupo de hombres capaces de tomar el poder en sus manos en las condiciones desastrosas a las que tenía que hacer frente el país, sino porque el poder militar de Alemania había cedido por fin bajo la terrible tensión de la guerra y porque la obstinación del Kaiser había obstruido demasiado tiempo el camino a todo intento de evitar la revolución, estableciendo el régimen constitucional que habría satisfecho plenamente a los socialistas mayoritarios y a los partidos burgueses de la izquierda y centro. Se produjo a pesar de los socialistas mayoritarios, que la temían e hicieron lo posible por detenerla. Sucedió porque el pueblo exasperado, cansado de los señores "guerreros" que habían traído el desastre, no pudo evitar hacer una revolución cuando las viejas autoridades se desplomaron al salir el pueblo por primera vez a la calle, cuando los ejércitos desmoralizados no ofrecieron resistencia y el poder pareció listo para caer en las manos del primero que se pusiera a la cabeza de las masas. Pronto sería evidente que la gran masa del pueblo alemán —y aun de los trabajadores alemanes— había hecho la revolución sin pretender más que derrocar a la desacreditada dinastía y a sus patrocinadores reaccionarios, sin tener una idea clara

de lo que debía hacerse después. Había, por supuesto, grupos de revolucionarios que sabían bien lo que querían hacer; pero eran pocos y las filas disciplinadas del Partido Socialdemócrata estaban contra ellos no menos que la burguesía y los reaccionarios *junkers* y militaristas. Una revolución hecha en semejantes condiciones no podía tener éxito: en el próximo capítulo relataremos la historia de su fracaso.

CAPÍTULO V

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA, 1918-1921

A principios de noviembre de 1918, el gran imperio de los Hohenzollern se disolvió súbitamente en la ruina y los socialistas se encontraron participando en un gobierno que debía mantener unidas las piezas, porque literalmente no había nadie que pudiera hacerse cargo del mismo. En esta situación extrema, los dos partidos socialistas agudamente opuestos se unieron, aunque no de corazón, en un gobierno común, con Friedrich Ebert, antiguo talabartero y político socialista mayoritario, como Canciller. El nuevo gobierno estuvo integrado, en un principio, por tres socialistas mayoritarios —Ebert, Scheidemann y Otto Landsberg— y tres socialistas independientes —Hugo Haase, Wilhelm Dittmann (1874-1954) y Paul Barth. El primer problema de los seis era poner fin a la guerra logrando que el armisticio, que ya se había acordado, fuera firmado. Esto se hizo de inmediato. Él siguiente problema, de no menor urgencia, era decidir qué clase de gobierno había de ser. ¿Era Alemania todavía un estado monárquico, o se había convertido en República? Como vimos, Scheidemann, contrariando a Ebert, declaró públicamente que se había establecido la República; y el Kaiser selló esta declaración huyendo a Holanda. Pero quedaba el problema: ¿Era la República alemana un Estado totalmente nuevo que debiera darse nuevas instituciones, sobre fundamentos muy distintos de los antiguos o heredaba la maquinaria administrativa del antiguo Reich? Esto era muy importante: implicaba muchas cuestiones vitales —entre ellas la de la estructura federal del Estado—. Como los gobiernos principescos cayeron uno tras otro en toda Alemania, hubo que decidir inmediatamente si la nueva República debía constituirse desde un principio como un solo Estado centralizado. En segundo lugar, existía el problema inmediato de las fuerzas armadas, que tenían que volver al país y desmovilizarse, de una u otra forma. ¿Debían permanecer sujetas, para este fin, al Estado Mayor y a las órdenes de la vieja casta de oficiales, o bien debía entregarse el poder a las filas, para que actuaran a través de consejos elegidos de soldados y marinos, tales como los que ya existían en algunos cuerpos, aunque no en todos? En tercer lugar ¿qué debía hacerse con el servicio civil y los departamentos de gobierno? ¿Debían seguir como antes, con las jerarquías oficiales existentes, sujetos sólo a las órdenes de un nuevo gobierno, o era necesario cesar a los

viejos burócratas para sustituirlos por un equipo improvisado de socialistas, que tendrían que aprender el oficio lo mejor que pudieran? En cuarto lugar, ¿qué pasaría con los jueces y los tribunales? ¿Debían seguir administrando las leyes existentes, a pesar de su composición notoriamente reaccionaria, hasta que hubiera tiempo y oportunidad para cambiarlas, o debían ser eliminados, para improvisar un nuevo poder judicial que administraría nuevas leyes todavía no promulgadas?

Eran estos problemas difíciles; en conjunto equivalían a preguntarse si la Revolución significaba un cambio completo de sistema o sólo el destronamiento del monarca y una reforma, más que la destrucción, de la vieja maquinaria del Estado. No había duda, por supuesto, en el espíritu de los socialistas —mayoritarios y minoritarios— de que tan grandes anomalías como el sufragio de tres clases prusiano tenían que ser suprimidas y que había que introducir muchas otras reformas democráticas. No obstante, existía una división muy real de la opinión entre los que querían cambios estructurales drásticos e inmediatos, en nombre de la Revolución, y los que sostenían que, en lo posible, esas cuestiones debían posponerse para ser resueltas por una Asamblea Constituyente, que debería ser electa tan pronto como fuera posible, con un sufragio amplio. Los dirigentes de los socialistas mayoritarios sostenían esta posición, como la única compatible con la democracia; y, algunos de los independientes estaban de acuerdo con ellos. La mayoría de los independientes, no obstante, no coincidían: querían dar el golpe mientras la situación era favorable y establecer los fundamentos de un nuevo orden lo más firmemente posible *antes* de convocar al pueblo para elegir su Asamblea, que debería confirmar el cambio y darle forma constitucional. Algunos independientes y grupos de la extrema izquierda, incluyendo por supuesto a los espartaquistas y a algunos delegados sindicales locales revolucionarios, fueron más allá, al postular que el proletariado victorioso de trabajadores, soldados y marinos se declarara, a través de sus consejos elegidos, como verdadero representante de la democracia alemana y tomara el poder en sus manos; y algunos querían que una *élite* revolucionaria tomara el poder, aunque no la apoyaran los consejos, esperando que la mayoría seguiría los pasos audaces de la minoría. No existían, sin embargo, en el momento del triunfo de la Revolución, ni un congreso general de consejos al que pudiera entregarse el poder ni una *élite* revolucionaria organizada, capaz de actuar en escala nacional. No había nada parecido al Congreso de Soviets que había apoyado el golpe de noviembre de 1917 en Rusia ni al partido revolucionario disciplinado que había hecho posible ese golpe.

Había, pues, tres corrientes principales de opinión socialista; pero ninguna coincidía con un partido determinado. Los socialistas mayori-

tarios, o cuando menos sus dirigentes, eran partidarios de utilizar en lo posible la maquinaria estatal existente, con un presidente socialista en lugar del Kaiser, hasta que pudiera reunirse una Asamblea Constituyente para redactar una nueva Constitución y ajustar las leyes a las necesidades del nuevo orden. La mayoría de los independientes coincidían con ellos en la necesidad de una Asamblea Constituyente, pero vacilaban acerca de si debía continuarse, por el momento, con la maquinaria del viejo Estado. La mayoría de los independientes querían entregar el poder, transitoriamente, a los Consejos de Trabajadores y Soldados, reunidos en un Congreso Nacional, ante el cual sería responsable el gobierno, e introducir cambios sociales, económicos y políticos fundamentales *antes* de la elección de la Asamblea Constituyente. Éstas eran las dos grandes tendencias. La tercera, representada por grupos que estaban en parte dentro del Partido Socialdemócrata Independiente y en parte fuera de él, no pensaban en una Asamblea Constituyente en ninguna etapa, rechazándola como instrumento de la gastada "democracia burguesa", pero se dividía, aunque no claramente, entre los partidarios de la "dictadura de masas" de los trabajadores y los partidarios de la toma del poder por una pequeña *élite* revolucionaria. Ambos grupos pretendían, naturalmente, seguir el ejemplo ruso y postular una Revolución "soviética"; frente a ellos se tendía la sombra de anteriores diferencias entre Lenin y Rosa Luxemburgo, referentes a las formas propias e impropias de la dictadura y de diferencias aún más antiguas entre los seguidores de Blanqui y los de Marx.

El primer problema que tenía que decidir el nuevo gobierno era qué hacer respecto a los departamentos gubernamentales y el servicio civil. Si había que alimentar al pueblo y mantener unido al país, parecía imperativo mantener funcionando al servicio civil y la maquinaria burocrática. Pero no podía confiarse, obviamente, en que no sabotearían la Revolución, a no ser que se les controlara firmemente; y la nueva junta de seis no estaba en condiciones de sustituir, con un equipo suyo, a los antiguos jefes de departamentos. Se decidió dejar a los viejos jefes a la cabeza de los departamentos de los ministerios, pero designar en cada ministerio un socialista de cada ala para vigilarlos y asegurar el cumplimiento de las órdenes del gobierno. Era una decisión fatal, aunque resultaba difícil evitarla; porque su efecto fue introducir a la vieja burocracia, donde era casi universal un fuerte sentimiento antisocialista, en el nuevo orden. Del mismo modo, aunque muchos, incluso socialistas mayoritarios, habrían querido destrozar la hegemonía prusiana y establecer la República como un Estado alemán unitario, semejante esfuerzo parecía por el momento impracticable y no se hizo nada por alterar la estructura federal, esperando la decisión de la futura Asam-

blea Constituyente. Los jueces y los tribunales continuaron, funcionando lo mismo que antes; y la labor de desmovilización quedó a cargo de la administración militar y del Alto Mando, bajo la jefatura del general Hindenburg.

Algunos de estos arreglos llenaron **a** los independientes de profundas reservas; pero no podían decidir qué hacer. Desde un principio, los viejos burócratas y jefes militares consintieron trabajar con Ebert y la mayoría y no con el Partido Socialdemócrata Independiente. Los independientes estaban, nominalmente, en igualdad de condiciones con los socialdemócratas en el gobierno; pero, en la práctica, tal igualdad no existía. Los independientes sólo podían protestar, como lo hicieron una y otra vez, pero no podían hacer efectivas sus protestas sin plantear otra política definida. Pero no podían trazar esa política, en parte porque estaban en desacuerdo entre sí, pero, más aún, porque no tenían una mayoría en los consejos cuya pretensión al poder apoyaban. Cuando se reunió el Congreso Nacional de Consejos, el 16 de diciembre, estuvo dominado por los socialistas mayoritarios y decidió casi de inmediato entregar el poder lo más pronto posible a la próxima Asamblea Constituyente. Esto dejó a los independientes sin una base sólida para tomar otro camino, a no ser que se decidieran a ir con la extrema izquierda hacia un levantamiento armado, destinado a establecer una dictadura de la minoría —y la mayoría no estaba dispuesta a ello.

Ni siquiera en Berlín tenía el ala izquierda mayoría en el Consejo de Trabajadores y Soldados. Los consejos que surgieron en toda Alemania y en las fuerzas armadas durante la Revolución representaban muchas tendencias diferentes. En general, los independientes y la extrema izquierda eran más fuertes en las grandes ciudades industriales y en los regimientos del ejército estacionados en el país; los socialistas mayoritarios controlaban la mayor parte de las ciudades pequeñas y predominaban también en las fuerzas armadas cercanas a los frentes de batalla. Pero había muchas excepciones. Algunas regiones donde el Partido Socialdemócrata y los sindicatos libres habían sido tradicionalmente débiles, como el Ruhr, predominantemente católico, mostraban ahora una fuerte inclinación hacia la izquierda; y en Baviera, la única región donde se desarrollaron en gran escala los consejos de campesinos, el Partido Socialdemócrata Independiente predominó mientras Kurt Eisner desempeñó el gobierno regional. Baviera era, en efecto, una región de extremos y de gran inestabilidad política, como se demostraría cuando se convirtió en el centro principal de la guerra civil, algunos meses después. Bremen era un centro importante de actividad de la extrema izquierda, inspirada principalmente por el polaco Karl Radek (1885 ?) y Sajonia era también un baluarte de la izquierda. En la pro-

pia Berlín, Richard Müller, presidente de la organización revolucionaria de delegados sindicales y miembro del Partido Socialdemócrata Independiente, era una influencia considerable y trabajó cerca, en un principio, de Karl Liebknecht y su grupo espartaquista; pero apareció pronto una peligrosa división entre los espartaquistas y los delegados sindicales respecto a dos cuestiones vitales: la actitud de la izquierda hacia los sindicatos y la acción política. Estas dos cuestiones, en efecto, hicieron estragos en la unidad de las fuerzas de izquierda."

El movimiento sindical libre de Alemania, fuertemente centralizado y controlado por el veterano conocedor Karl Legien, había contribuido fuertemente al esfuerzo bélico y había trabajado en estrecha unión con los socialistas mayoritarios. Su influencia, no obstante, aunque considerable en muchas ramas de la industria, era limitada. Hasta la Revolución, los ferroviarios, como empleados del Estado, no podían sindicarse y, en las regiones católicas, era débil ante la competencia de los sindicatos católicos, que tenían nexos con el Partido Centrista. Aun donde era fuerte, su actitud respecto a la guerra impidió que pudiera participar activamente en los movimientos de huelga producidos durante el conflicto bélico o en las agitaciones políticas de la izquierda; y estos movimientos se produjeron, en su mayoría, asociados con los independientes, excepto en aquellos lugares donde recibían la influencia de la extrema izquierda. Inclusive los espartaquistas, hasta la Revolución, estaban relacionados en su mayoría con el Partido Socialdemócrata Independiente. Así, cuando estalló la Revolución, no fue raro que la izquierda considerara a los sindicatos oficiales y especialmente a sus líderes, como enemigos y que pensara en la posibilidad de organizar un movimiento independiente de masas, por su cuenta. Los sindicatos, viendo este peligro, se apresuraron a participar en la Revolución cuando ésta fue, de la noche a la mañana, un hecho. Presionaron en favor de concesiones laborales inmediatas —salarios más altos para contrarrestar la subida de los precios, jornada de ocho horas y libertad para organizar a toda clase de trabajadores— y el gobierno provisional se apresuró a otorgar sus demandas sin esperar a la Asamblea Constituyente. En consecuencia, la participación en los sindicatos se elevó considerablemente —de una cifra de preguerra de cerca de 2 millones de miembros de la Comisión Sindical Libre a cerca de 8 millones antes de que la Revolución cumpliera un año—. Los sindicatos siguieron oficialmente alejados de la política y se limitaron a hacer reclamaciones puramente laborales. No hicieron demandas de nacionalización, lo que se consideraba entonces impracticable por el momento, en vista de la situación caótica de la industria al terminar la guerra. Pero, en la práctica, presionaron en favor de los socialistas mayoritarios y en contra, no sólo de la extrema

izquierda, sino del núcleo principal del Partido Socialdemócrata Independiente.

Los trabajadores afluyeron a los sindicatos, independientemente de sus simpatías políticas, porque los sindicatos eran los campeones de sus demandas laborales inmediatas. Esto sembró la duda en la izquierda. Una política, claramente la única razonable dadas las circunstancias, era aceptar este hecho, impulsar a los obreros a participar activamente en los sindicatos y tratar de ganarlos para el Partido Socialdemócrata Independiente. Pero hubo no pocos en la extrema izquierda que, considerando a los sindicatos existentes absolutamente reaccionarios, querían separarse de ellos y establecer un movimiento rival de sindicalismo laboral, sobre una base de clase, utilizando la organización de delegados sindicales de tiempo de guerra como un núcleo y dando al nuevo sindicalismo un carácter socialista definitivamente político y revolucionario. La dificultad de esta política descansaba en que, en la práctica, ese movimiento no tenía probabilidades de lograr separar a la mayoría de los miembros de los antiguos sindicatos, lo que produciría que se separara sólo una minoría incapaz de negociar con efectividad las concesiones inmediatas que interesaban principalmente a la mayor parte de los trabajadores. El sector de la extrema izquierda que buscaba la toma rápida del poder por una pequeña *élite* revolucionaria no fue desalentada por estas perspectivas; pero la mayoría de los fieles al Partido Socialdemócrata Independiente sí lo fueron, salvo en las regiones donde los viejos sindicatos eran excepcionalmente débiles. La mayoría, incluyendo a los delegados sindicales revolucionarios, se negaron a seguir la línea de los intransigentes y permanecieron dentro de los sindicatos existentes. Incluso en la izquierda espartaquista, Rosa Luxemburgo, que odiaba el sectarismo y ponía sus esperanzas en las potencialidades revolucionarias de las masas, se oponía vanamente a los intransigentes y se veía forzada a seguirlos a su pesar en una acción que sabía destinada a una desastrosa derrota.

La segunda cuestión —la de la acción política parlamentaria— también dividió agudamente a la izquierda. Ésta, prácticamente estaba unificada en la idea de que el gobierno provisional debía de dedicarse, sin esperar a una Asamblea Constituyente, a consolidar la Revolución destruyendo los fundamentos del dominio de los *junkers* y el militarismo, dividiendo las grandes propiedades rurales de las regiones orientales, democratizando el servicio civil y el poder judicial, colocando a las fuerzas policiacas bajo el firme control del nuevo orden, creando destacamentos armados de trabajadores revolucionarios y sometiendo a la industria y las finanzas a la reglamentación oficial, con un gran elemento de control de los propios trabajadores. Diferían, no obstante,

acerca de la forma que debían adoptar las nuevas instituciones políticas del Reich. Algunos —por el momento una mayoría de los activistas- pensaban en alguna forma de gobierno por "consejos"; es decir, de someter al gobierno permanentemente a consejos representativos de los trabajadores, con exclusión de las viejas clases dominantes y de la burguesía. Otros, aunque consideraban correcto que el gobierno estuviera sujeto por el momento a los consejos, deseaban también una Asamblea Constituyente electa democráticamente que, a su debido tiempo, determinara la estructura futura del Reich sobre una base de ciudadanía universal. Estos últimos, en su mayoría, deseaban también posponer la elección de la Asamblea hasta que la-Revolución hubiera llegado a una etapa que impidiera la restauración del antiguo orden y asegurara el carácter socialista de su sucesor. Los socialistas mayoritarios, por otra parte, querían que la Asamblea fuera elegida lo más pronto posible y que se-le dejara a ella la decisión acerca del nuevo orden. Cuando se decidió, con el apoyo del Congreso de Consejos, presionar de inmediato con las elecciones, la izquierda tuvo que tomar una determinación acerca de qué actitud adoptar. El núcleo principal del Partido Socialdemócrata Independiente, aunque había querido posponer las elecciones, no tenía duda alguna de que debía participar en ellas; pero la extrema izquierda estaba agudamente dividida. Los espartaquistas y sus aliados tenían conciencia de que no podían obtener más que unos cuantos representantes en una elección basada en el sufragio universal. Deseaban, no sólo posponer la convocatoria de la Asamblea, sino prescindir totalmente de ella, en favor del gobierno de los consejos; y decidieron boicotear las elecciones más que participar en ellas simplemente como una fracción del Partido Socialdemócrata Independiente. Hacia fines de diciembre, los espartaquistas, al reunirse en una conferencia nacional, vencieron a Liebknecht y a Rosa Luxemburgo, se separaron del Partido Socialdemócrata Independiente, formaron el Partido Comunista alemán y decidieron boicotear las elecciones de la Asamblea Constituyente. Al tomar estas decisiones, los espartaquistas creían sin duda que seguían fielmente el ejemplo ruso. Del mismo modo que los bolcheviques habían tomado el poder en Rusia, esperaban tomarlo, en nombre del proletariado, en Alemania. Pero, mientras los bolcheviques habían esperado hasta tener el apoyo de una mayoría en los soviets de Petrogrado y de Moscú y en el Congreso Nacional de Soviets, los espartaquistas no tenían ninguna mayoría, ni siquiera en Berlín. La segunda Revolución que se disponían a hacer no podría ser más que un golpe blanquista.

No obstante, sostenían una posición que a muchos les parecía muy fuerte. Los rusos, que habían hecho su Revolución en un país atrasado,

inmaduro, de acuerdo con las ideas marxistas tradicionales, habían justificado su acción ante el socialismo, sosteniendo que el mundo —o al menos la Europa occidental— estaba maduro para el dominio proletario, aunque Rusia no lo estuviera y que la guerra debería terminar en una gran Revolución europea, donde Alemania desempeñaría el papel principal. Obviamente, la Revolución que había ocurrido en Alemania, en noviembre de 1918, no era lo que querían decir los rusos: en todo caso, sería una primera etapa, el equivalente de la Revolución de febrero, que había destronado al zar. Tenía que ser seguida por otra Revolución, correspondiente al levantamiento bolchevique de octubre de 1917. No sólo estaba Alemania madura, *ex hypothesi,* como el más avanzado de los países industriales, para esa revolución: si no llegaba a producirse sería una traición a la Revolución rusa y esto conduciría inevitablemente a su derrota en manos de los enemigos capitalistas-imperialistas. Los mismos bolcheviques eran de esta opinión y consideraban la revolución proletaria en Alemania como el siguiente paso inevitable hacia la predestinada revolución mundial. Sería una traición si la izquierda alemana se abstenía, simplemente porque no tenía el apoyo de una mayoría de los trabajadores alemanes. Era parte de la misión histórica del proletariado alemán salvar a la Revolución rusa de la derrota: si la masa de trabajadores alemanes no comprendía esto, era necesario hacer que lo comprendieran por la acción decidida de los pocos que sí lo entendían.

Los espartaquistas no eran los únicos inspirados por un sentido de obligación a empujar a la Revolución alemana más allá de su primera etapa inconclusa o a desear salir en ayuda de los acosados rusos. Una intensa desaprobación de las forzadas condiciones impuestas al gobierno ruso en Brest-Litovsk había sido un factor sustancial para ganar apoyo para los independientes en Alemania; y el Partido Socialdemócrata Independiente comprendía que no podía hacerse una verdadera revolución sin un ataque decisivo al orden establecido y una transferencia efectiva de la autoridad en todos los planos a manos socialistas. Muchos de los dirigentes del Partido Socialdemócrata Independiente, sin embargo, comprendieron pronto que tenían muy poco apoyo para poder hacer una segunda revolución frente a la hostilidad de los socialistas mayoritarios y los sindicatos —y, en verdad, de la mayoría de las fuerzas armadas, cuyo gran deseo era despojarse del uniforme y regresar al hogar—. Los ministros independientes del gobierno provisional permanecieron en sus puestos, aunque sintiéndose incómodos, sin poder evitar que sus colegas de la mayoría dieran todos los pasos posibles por controlar la Revolución y mantener la antigua maquinaria del Estado hasta que se redactara y aprobara una nueva Constitución.

Una cuestión crítica en esta etapa era la posesión de suficiente fuerza militar para controlar a la izquierda revolucionaria. De hecho, no obstante, ni el gobierno ni sus opositores podían depender de una fuerza considerable. En los primeros días de la Revolución, pequeños grupos de hombres armados habían sido reclutados para defender a la República; pero la lealtad de estos grupos era, en su mayoría, insegura. En Berlín, el socialista mayoritario Otto Wels (1873-1939) había sido designado comandante de la guarnición; pero la policía estaba bajo la jefatura del independiente Emil Eichhorn y la División de Marina, que ocupaba el castillo, tenía predominio de reclutas de izquierda y estaba dispuesta a crear problemas. Numerosos regimientos que habían regresado de los frentes de batalla estaban estacionados alrededor de Berlín; pero era inseguro si aceptarían órdenes de actuar contra la izquierda. El gobierno, o al menos sus miembros de la mayoría socialista, querían disolver, a la División de Marina o, al menos, reducirla al mínimo; pero la División resistía y exigía pagos atrasados, que las autoridades se negaban a entregar si no se aceptaban sus condiciones. Como resultado de esta disputa, la División de Marina actuó, arrestando a Wels en su propia oficina y ocupando la cancillería, cuando Ebert se negó a recibir a una delegación.

Ebert telefoneó entonces al general Groener, jefe del Departamento de Guerra, y apeló al ejército para que acudiera a liberar la cancillería. Groener llevó soldados a la ciudad y se dispuso a combatir a los recalcitrantes marinos. Los miembros independientes del gobierno trataron de evitarlo e inclusive Ebert retrocedió cuando los militares anunciaron su intención de bombardear el castillo, la sede de la División de Marina. Pero dejó que lo dominara el Departamento de Guerra o, quizá, estuvo de acuerdo con su decisión. En la mañana del 24 de diciembre, empezó el bombardeo —el primer golpe abierto de la contrarrevolución—. Los soldados no estaban, sin embargo, de corazón en la pelea. Cuando los marinos libertaron a Wels y consintieron en negociar con el gobierno, las fuerzas del general Groener empezaron a evaporarse y se terminó el combate con la División de Marina todavía posesionada del lugar. En ese momento, la izquierda tuvo probablemente la mejor oportunidad de tomar el poder; pero no estaba lista para ello. En vez de eso, los ministros del Partido Socialdemócrata Independiente renunciaron a sus cargos en el gobierno y entregaron el poder, totalmente, a los socialistas mayoritarios, quienes quedaron en libertad de proseguir con el apoyo de los reaccionarios, bajo el pretexto de mantener la ley y el orden.

Los socialistas mayoritarios habían sido bastante afectados, sin embargo, por la conducta de las fuerzas armadas cuya ayuda había invocado Ebert. En busca de una fuerza que pudiera ser de confianza para

actuar contra la izquierda, llegaron a un expediente desastroso: la organización de "cuerpos libres", constituidos principalmente por oficiales viejos y no comisionados del antiguo ejército, que estaba siendo desmovilizado rápidamente. Estas unidades 'libres", la primera de las cuales llegó a los alrededores de Berlín una semana después de la lucba en el castillo, debían convertirse, casi de inmediato, en las fuerzas de choque de la contrarrevolución contra la izquierda. Aunque actuaban en nombre del gobierno de socialistas mayoritarios, no les interesaba más que como fuente inmediata de trabajo y salario y como medio de someter a los proletarios rebeldes. Gustav Noske, quien había demostrado su capacidad, al someter a los marineros amotinados en Kiel, en los primeros días de la Revolución, se convirtió en jefe responsable de este movimiento como Ministro de Defensa del nuevo gobierno provisional, integrado totalmente por la mayoría. Se justificó diciendo, en su habitual y dura forma de expresión, que alguien tenía que ser odiado como "sabueso". Entretanto Wels, que no se había cubierto precisamente de gloria, fue sustituido por Antón Fischer, antes fraile franciscano, como comandante de Berlín y la derecha y la izquierda se prepararon en la capital para reanudar ¡a lucha.

Se ha dicho, una y otra vez, que el Partido Socialdemócrata Independiente cometió un desastroso error al abandonar el gobierno y dejar a los mayoritarios con el control exclusivo. Claro que esto ayudó enormemente a los socialistas mayoritarios para dominar a las autoridades regionales y municipales que habían subido al poder durante la Revolución. Pero no es fácil determinar qué otra cosa hubieran podido hacer los independientes. Si hubieran permanecido en el gobierno habrían sido responsables, con la mayoría, de los actos de la autoridad contra la izquierda; porque, por fuertemente que protestaran, no estaban en posición de evitar que Ebert y Scheidemann actuaran en su nombre. Si se hubiera producido un conflicto de órdenes, el Departamento de Guerra y el servicio civil habrían obedecido a los ministros mayoritarios y no a ellos. Se vieron orillados, en efecto, a una situación tal que tenían' que renunciar o rendirse. La simple renuncia no bastaba, sin embargo; si querían lograr algo, tenían que hacer una oposición resuelta y activista. Esto significaba, no obstante, pactar con la extrema izquierda y estar dispuestos a luchar con las armas contra el gobierno, y no simplemente con el debate verbal. Algunos —por ejemplo, Georg Ledebour, que se había opuesto a la coalición con los socialistas mayoritarios desde un principio— estaban dispuestos a ello, pero la mayoría retrocedió, principalmente porque tenían conciencia y compartían el deseo de muchos de sus seguidores de mantener la paz antes que provocar la guerra civil. Porque el Partido Socialdemócrata Independiente, como hemos visto,

era una mezcla de muchos elementos, desde pacifistas y antimilitaristas hasta creyentes fervientes en la revolución proletaria y desde parlamentarios hasta algunos que consideraban las instituciones parlamentarias como un simple manto de la "dictadura de la burguesía".

Los independientes sólo podían, pues, protestar cuando el nuevo gobierno provisional prosiguió con sus preparativos de un combate decisivo con la izquierda. Después las cosas sucedieron con rapidez. Los espartaquistas se convirtieron en Partido Comunista; el gobierno, el 4 de enero de 1919, destituyó a Eichhorn como jefe de la policía de Berlín. Al día siguiente, la capital ardió en manifestaciones de masas contra el gobierno. Los manifestantes, al encontrar escasa resistencia, ocuparon la jefatura de la policía y las oficinas del *Vorwaerts,* principal periódico de los mayoritarios. El Partido Socialdemócrata Independiente, que había dudado al principio si debía aceptar el desafío de la destitución de Eichhom, se lanzó al combate con un llamado a la huelga general y, el 6 de enero, empezó la huelga, con considerable apoyo de masas. Al día siguiente, Noske entró en el gobierno como Ministro de Defensa, con la tarea de suprimir el estallido. La izquierda, comprendiendo que había pasado el tiempo de la transacción, declaró la guerra al gobierno y estableció un Comité Militar Revolucionario, con Ledebour, Liebknecht y Paul Scholze como presidentes, pero sin la participación de Richard Müller, dirigente de la poderosa organización de delegados sindicales revolucionarios. Müller, como otros muchos dirigentes independientes, desaprobaban todo lo que estaba ocurriendo, considerando que había sido provocado deliberadamente por los socialistas mayoritarios. Hubo una pausa breve, mientras Noske movilizaba sus "cuerpos libres" para un ataque a los baluartes de la izquierda. Después estas fuerzas actuaron, bombardeando y destruyendo los edificios ocupados por los insurgentes, inadecuadamente armados. Ahora no había duda de si las nuevas fuerzas armadas del gobierno se negarían a pelear: estaban ansiosas de enfrentarse a los rebeldes y acabarlos. Los edificios ocupados fueron recuperados y el centro de la ciudad despejado; y, entonces, los "cuerpos libres" entraron en acción contra los suburbios proletarios, donde se intentó resistir. El número de luchadores, en uno y otro bando, era pequeño: la mayoría de la población de Berlín sólo observaba. El 13 de enero terminó la lucha; y los derrotados independientes revocaron la huelga general. Los dirigentes de la izquierda se escondieron o escaparon de la ciudad. Dos días después, un destacamento de los "cuerpos libres" apresó a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburgo, quienes habían permanecido en Berlín y los asesinaron en vez de entregarlos para que fueran sujetos a juicio. Poco después Leo

jogiches (1867-1919), el más cercano colaborador de Rosa Luxemburgo por muchos años, fue igualmente asesinado.

Estas muertes fueron un desastre para la extrema izquierda alemana, que perdió de un golpe a sus principales líderes. Karl Liebknecht no había sido nunca, realmente, un teórico del socialismo; pero había sido el más notable orador de la izquierda y había recabado gran respeto por su plena y apasionada sinceridad y su profundo odio a toda clase de militarismo. Mucho antes de 1914, apoyado en el prestigio del nombre de su padre, había peleado apasionadamente contra la tendencia nacionalista patriótica en el Partido Socialista alemán y había sido expulsado de la posición que detentaba como dirigente de su movimiento juvenil. Durante la guerra continuó su campaña antimilitarista. En 1915 fue reclutado por el ejército, donde agitó entre los soldados. Encarcelado por sus actividades, permaneció preso hasta que fue libertado por la amnistía proclamada por el gobierno de Max de Badén, en vísperas de la Revolución. Asumió de inmediato su puesto de dirigente de la Liga Espartaco, de la que había sido el principal inspirador. Después fue desplazado por otros más extremistas dentro de su propia organización, pero consideró su deber estar junto a ellos en el momento de crisis. No era, quizá, un gran líder: era un mal planificador y carecía de talento de organización. Pero era un hombre sincero y de una dedicación total; no había nadie capaz de tomar su lugar.

Jogiches era todo lo contrario de Liebknecht; era quien planeaba detrás de bastidores, sin deseo de reclamar créditos por ello. Polaco, había trabajado por largo tiempo en la clandestinidad con Rosa Luxemburgo, en el Partido Socialdemócrata polaco de izquierda y había sido su amante y su colaborador fiel. Aunque escribió muy poco, fue más un teórico que un hombre de acción; y lo que ella escribió se debió con frecuencia a sus ideas. En los años de la guerra empleó todas sus energías en la izquierda alemana —especialmente en el movimiento espartaquista—. También su muerte fue un duro golpe al socialismo revolucionario.

Pero, por supuesto, la mayor pérdida fue la de Rosa Luxemburgo. Su carrera y sus concepciones del socialismo y la estrategia socialista fueron analizados en el volumen anterior y no es necesario repetir lo ya dicho.[1] De todos los socialistas revolucionarios, sólo Rosa Luxemburgo es comparable con Lenin, con quien discutió y coincidió por muchos años, en cuestiones de estrategia revolucionaria y nacionalismo. En el problema del nacionalismo se opuso a la insistencia de Lenin en el derecho de autodeterminación nacional proclamando, contra los socialistas

[1] **Véase vol. III, capítulo xi.**

nacionalistas polacos, que los socialistas polacos y rusos debían hacer causa común contra el zarismo y que el proletariado debía trascender las fronteras nacionales en una lucha esencialmente internacional por la libertad. Se negó a hacer las concesiones que Lenin consideraba necesarias a las pretensiones de las nacionalidades a separarse y constituir gobiernos propios; porque pensaba en términos de una revolución mundial que, lejos de crear nuevas fronteras, aboliera las ya existentes. Tuvo además, cuando menos en el último año de su vida, serias dudas acerca de la política que Lenin había seguido en la Revolución bolchevique; porque, aunque era partidaria de la dictadura del proletariado, abogaba por una dictadura del proletariado y no una dictadura sobre el proletariado por un partido centralizado y autoritario que se considerara la vanguardia de la clase obrera. Rosa Luxemburgo, a diferencia de Lenin, no tenía fe en una *élite* disciplinada de revolucionarios profesionales. Creía en el aliento revolucionario de las masas y en su capacidad para hacer y moldear la Revolución por sí mismas. Abrigó temores, después de noviembre de 1917, del advenimiento en Rusia de una nueva burocracia profesional que, en nombre de la Revolución, pretendiera someter a las masas. Estos temores no se dieron a conocer hasta 1921, cuando Paul Levi (1883-1930) publicó sus escritos sobre el tema; y aun entonces tardaron en ser destacados y comprendidos.

Rosa Luxemburgo, aunque tuviera sus temores respecto al "centralismo" del partido, fue siempre fiel a la Revolución, para la cual vivió. En Alemania fue la gran fuerza intelectual del lado revolucionario y la gran figura internacional de la joven generación socialista. Además de su gran importancia en el terreno político y económico, fue una mujer de intereses culturales amplios y profundamente arraigados. Había sido muy amiga de Jaurés, a pesar de sus desacuerdos políticos; y,, a pesar de su deformidad —era corcovada— poseía gran atracción personal. Su asesinato fue sentido y comentado como un acto de barbarie en toda Europa.

Las muertes de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht tuvieron lugar sólo cuatro días antes de las elecciones para la Asamblea Nacional, que se efectuaron el 19 de enero. El resultado mostró claramente la debilidad de los independientes, quienes ganaron sólo el 5 % del total de asientos, contra el 39 % de los socialistas mayoritarios. Pero demostró también que los dos partidos socialistas, juntos, formaban una minoría y que los partidos burgueses y de derecha reorganizados, aunque divididos entre sí, eran una fuerza plenamente capaz de reafirmarse en el Estado alemán. Frente a estos resultados, los socialistas no habrían podido pretender ya, aunque hubieran estado unidos, gobernar el país en nombre de la democracia parlamentaria; y, lejos de estar unidos, dispu-

taban entre sí con acritud cada vez mayor. Con cerca de 11 millones y medio de votos de un total de 30 millones, los socialistas mayoritarios eran el mayor partido de la Asamblea; pero el partido católico de centro obtuvo más de 6 millones, los demócratas más de 5 millones y medio y hasta los conservadores extremistas más de 3 millones, mientras que el Partido Socialdemócrata Independiente no llegó a más de 2 millones 250 mil votos. No parecía haber otra solución que una coalición con los partidos burgueses menos reaccionarios; y los socialistas mayoritarios, en consecuencia, consintieron en compartir el poder con los demócratas y el centro católico. Esto les otorgó una considerable mayoría en la Asamblea, pero no para el socialismo, al cual ya no representaban. Lo más que podía esperarse de semejante coalición era que confirmara a la República y le otorgara una Constitución parlamentaria de acuerdo con las ideas liberales tradicionales y que mantuviera a los extremistas de derecha bajo control.

Aun esto último, sin embargo, no era demasiado fácil en vista de la naturaleza de las fuerzas en que descansaba el nuevo gobierno en su lucha contra la izquierda. Ni la derrota de Berlín ni los resultados de las elecciones habían puesto fin a la oposición de la izquierda. El Congreso de Consejos, en efecto, renunció rápidamente a la autoridad que había debido ejercer sobre el gobierno, para entregarla a la Asamblea; pero los consejos locales, más izquierdistas, mantuvieron su oposición, y el Partido Socialdemócrata Independiente, dolido por la derrota y cada vez más amenazado por los "cuerpos libres" de Noske, se inclinó agudamente hacia la izquierda. En marzo de 1919, la Conferencia del Partido Socialdemócrata Independiente se declaró en favor del Consejo contra el gobierno parlamentario, colocándose así, por mayoría, del lado revolucionario.

Antes de esto, se habían producido agudas luchas en muchos lugares de Alemania. En Bremen, gran baluarte de los revolucionarios, el gobierno socialista de izquierda fue derrocado a principios de febrero. En Baviera, Kurt Eisner, a su regreso de la Conferencia Socialista Internacional de Berna, donde denunció a los socialistas mayoritarios, fue asesinado el 21 de febrero por un fanático reaccionario, el conde Arco; y, con él, la izquierda moderada perdió a uno de sus pocos líderes notables. Baviera, por tradición un baluarte del catolicismo y la reacción, se había declarado pronto en favor de la Revolución de noviembre, sobre todo porque su pueblo odiaba a los prusianos y .sentía regocijo por la caída de la autocracia prusiana. Baviera, como vimos, fue la única región de Alemania donde se establecieron consejos de campesinos en gran escala; y, por un tiempo, pareció que Eisner, aunque no sólo era independiente sino también judío, había establecido su gobierno socialista

firmemente en el poder. Los bávaros, sin embargo, no habían variado realmente su posición: sólo estaban más dispuestos que nunca a mantener su independencia regional y a disociarse del desastre prusiano. La muerte de Eisner suprimió a la única personalidad capaz de mantener unido al gobierno. Sus partidarios de la izquierda invadieron la Dieta, donde fue asesinado, mataron a dos diputados burgueses e hirieron gravemente al ministro socialista mayoritario E. Auer (1874-1945). La Dieta fue disuelta y el Consejo de Trabajadores y Soldados asumió la autoridad en la ciudad. Pero la mayor parte de Baviera no estaba de acuerdo con un gobierno de "consejos": un Congreso de Consejos bávaros lo rechazó y los dos partidos socialistas, bajo presión, se unieron para establecer un nuevo gabinete socialista, encabezado por Adolf Hoffmann. Este gobierno presentó entonces un ambicioso programa social, que incluía medidas de socialización contrarias a los campesinos lo mismo que a la burguesía. Bajo presión, consintió en convocar de nuevo a la dispersada Dieta bávara, donde los socialistas eran una minoría. El Consejo de Munich, temeroso de que la Dieta derrocara al gobierno, se declaró en favor del gobierno por consejos; y el gobierno se asustó, se reconcilió con los partidos burgueses y se retiró de Munich, para establecerse primero en Nuremberg y después en Bamberg, Baviera septentrional, donde la izquierda tenía pocos partidarios. Los rebeldes de Munich establecieron entonces un gobierno de "consejo" de extraña composición, ya que estaba integrado por socialistas mayoritarios e independientes, negándose a cooperar los comunistas. Este raro gobierno duró sólo un breve periodo, sin embargo, hasta que su propia guardia republicana intentó derrocarlo y restaurar el gobierno de Hoffmann. Esto puso en juego a los comunistas que, hasta entonces, habían permanecido a un lado. Encabezados por un judío ruso, Eugen Leviné (?-1919), experimentado revolucionario en el movimiento ruso, los comunistas derrotaron a la guardia republicana y expulsaron al gobierno del "consejo", al que sustituyeron por un nuevo gobierno soviético, controlado por ellos. Formaron un "ejército rojo" en miniatura, bajo el mando del joven intelectual del Partido Socialdemócrata Independiente Ernst Toller (1893-1939), que contaba entonces 25 años, y procedieron a organizar la ciudad bajo la dictadura proletaria. Tenían, no obstante, poco apoyo, aun entre los trabajadores de Munich y prácticamente ninguno en el resto de Baviera. El gobierno de Hoffmann, demasiado débil para atacar Munich por sí solo, apeló al auxilio de los gobiernos de Württemberg y del Reich, y ambos enviaron fuerzas en su ayuda. Estas fuerzas avanzaron pronto sobre la ciudad y la capturaron tras escasa resistencia. En la etapa final un tercer gobierno soviético, encabezado por Toller,

había expulsado a Leviné y asumido el poder, pero cayó tan pronto como los invasores llegaron a la ciudad.

Se alegó después que los gobiernos soviéticos de Baviera —sin hacer distinción entre ellos— habían sido culpables de salvajes carnicerías de la burguesía durante su breve estancia en el poder. No hay pruebas, sin embargo, de que mataran a una sola persona hasta los últimos momentos de la resistencia, durante la cual siete u ocho rehenes fueron fusilados, indudablemente, por los restos desorganizados del Ejército Rojo. Las muertes, aparte de éstas, vinieron después, y del bando opuesto. Los contrarrevolucionarios victoriosos celebraron la caída de la "roja" Munich con una matanza, que se extendió a un grupo de veintiún trabajadores católicos que se encontraban en una reunión totalmente apolítica, y a otras víctimas inocentes. Las ejecuciones siguieron —entre otras, la de Leviné—. Gustav Landauer (1870-1919), conocido intelectual de la izquierda anarquista, pereció en la lucha. Toller escapó, para convertirse después en un célebre dramaturgo de izquierda.

Al ser arrancados de raíz los revolucionarios de Munich y después de establecerse un gobierno militar, el socialismo bávaro quedó destruido y la ciudad se convirtió en un baluarte de la contrarrevolución en sus formas más extremas. Munich fue la cuna del nazismo y el escenario, cuatro años después, del primer intento abortado de Hitler de tomar el poder como aliado de Ludendorff y la extrema derecha nacionalista. La historia de sus gobiernos soviéticos sería risible, si no fuera también trágica. Porque, en verdad, el socialismo bávaro jamás echó raíces en el pueblo ni tuvo la menor posibilidad de establecerse mediante un golpe revolucionario. Las aventuras de Landauer v Leviné simplemente sirvieron de juego a la reacción y dieron a los asesinos al mando de Noske una gran oportunidad de satisfacer su sed de sangre.

Mientras se representaba la tragicomedia de Munich, acontecimientos terribles se producían en otros lugares de Alemania. El más terrible de todos fue la reanudación de la lucha en Berlín, en la segunda semana de marzo de 1919. El mes anterior habían estallado grandes huelgas en muchos lugares de Alemania y, especialmente, en el territorio carbonero del Ruhr, donde los mineros organizaron un nuevo sindicato poderoso. Este sindicato pedía el reconocimiento de los consejos de trabajadores, para los cuales reclamaba el derecho de participar en el control de la industria; y, en otras industrias y regiones, se plantearon peticiones similares. En gran parte de la Alemania central se desarrolló una huelga general que, por cierto tiempo, aisló prácticamente a la Asamblea Nacional, que se reunía entonces en Weimar para redactar la nueva Constitución v decidir sobre los cambios necesarios en la estructura económica de Alemania. A principios de marzo, la huelga se extendió a

Berlín, bajo la dirección del Consejo de Trabajadores de Berlín, cír presidente era Richard Müller. Como consecuencia de la huelga, pero no por órdenes de sus líderes, aparecieron grupos en las calles y se produjeron combates esporádicos entre los restos de la División de Marina y otros grupos de izquierda y la policía de Berlín, ahora bajo el mando del socialista mayoritario, Eugen Ernst (1864-1954). Los "cuerpos libres" de Noske fueron llamados para reforzar a la policía y los insurgentes, retirándose del centro de la ciudad, trataron de atrincherarse en el Berlín del este. Se produjo entonces una terrible matanza al avanzar las fuerzas de Noske sobre los barrios obreros. Hubo indudables atrocidades de ambas partes; pero de más de mil muertos, ni siquiera uno de cada diez era soldado y la mayoría de los muertos fueron de trabajadores a los que se encontraron armas, aunque no hubieran hecho ningún intento de usarlas. Treinta hombres de la División de Marina, aunque no habían participado en la pelea, fueron fusilados a sangre fría por órdenes de un oficial, después de hechos prisioneros. Circularon muchas historias y se publicaron otras acerca de las atrocidades cometidas por los insurgentes; pero, en la investigación que se realizó después, se demostró que muchas de estas historias no eran ciertas. Las autoridades militares se habían decidido a acabar de una vez con los agitadores de la "roja" Berlín; y lo hicieron despiadadamente, mientras la mayoría de la población permanecía indefensa.

No se ha aclarado quién fue responsable de los incidentes que provocaron la batalla. Ni el Partido Socialdemócrata Independiente ni el Consejo de Trabajadores que dirigía la huelga tuvieron que ver nada en ello; y el Partido Comunista repudió también toda conexión con el estallido. Por parte de los insurgentes parece haber sido un levantamiento espontáneo, sin verdadera organización detrás, provocado en primer lugar por la conducta de pequeños elementos desordenados y por los métodos utilizados por la policía reorganizada para reprimirlos. Los insurgentes eran pocos y fueron fácil y definitivamente derrotados. Las pérdidas de vidas fueron obra de los "cuerpos libres" de Noske.

Después de la tragedia de Berlín, el movimiento de huelga terminó gradualmente, al hacerse concesiones a las demandas de reconocimiento de los Consejos de Trabajadores, aunque no a la pretensión de que se otorgara legalmente a los obreros cierta participación en el control de la industria, ni a las demandas de socialización presentadas especialmente por los mineros del Ruhr. Como hemos visto, cuando la Revolución de noviembre la mayoría de los dirigentes socialistas, incluyendo a muchos del Partido Socialdemócrata Independiente, rechazaron la inmediata socialización de la industria como impracticable en vista de la situación de la economía alemana y la necesidad imperativa de mantener incó-

lume a la producción. Esta opinión puede haber sido parcialmente correcta, pero no tenía por qué evitar que el gobierno provisional introdujera alguna medida de control general que resolviera temporalmente la cuestión de la estructura de las relaciones laborales y obligara a los patronos a sujetarse a las necesidades públicas. De hecho, no obstante, se hizo poco más que decretar la jornada de ocho horas y la firma de un acuerdo que establecía el reconocimiento de los sindicatos por una Comisión Sindical y un organismo central de patronos. Las cuestiones más amplias fueron archivadas hasta que la Asamblea Nacional tuviera tiempo para tratarlas. Esta demora causó mucha insatisfacción ya que suponía, en efecto, la restauración de la empresa capitalista y la entrega de los poderes que muchos consejos de trabajadores habían asumido en los días de noviembre. La dirección sindical estaba, no obstante, en manos de los socialistas mayoritarios que pronto aceptaron la decisión del gobierno. Las protestas se produjeron, en volumen creciente, por parte de los delegados sindicales y los consejos de trabajadores, reforzados por los nuevos sindicatos que habían surgido durante la Revolución, especialmente en las minas.

El volumen de la protesta fue lo bastante fuerte, aun antes de las huelgas de marzo de 1919, para hacer comprender al gobierno que perdería partidarios entre los trabajadores si no hacía algunas concesiones a la demanda de reconocimiento de los consejos de trabajadores. Los socialistas mayoritarios se oponían totalmente, sin embargo, a la demanda de que se diera a los consejos una participación en el poder político, que pertenecía exclusivamente, en su opinión, a la Asamblea Nacional y a las Dietas elegidas de los diversos estados. Respondieron, pues, a las demandas obreras haciendo concesiones limitadas respecto al poder económico y contestaron a la ola de huelgas prometiendo establecer por ley una estructura de consejos económicos a través de los cuales los trabajadores pudieran participar en la determinación de las condiciones de trabajo y bienestar y en la solución de la política económica. El acuerdo firmado en Weimar, el 15 de marzo de 1919, establecía la creación, de acuerdo con la nueva Constitución, de consejos de trabajadores representativos en las fábricas y otros establecimientos, así como la formación de consejos conjuntos en planos más altos para discutir y regular las cuestiones de la producción y para redactar planes de socialización y reglamentación de la industria, en el interés público. Una cláusula declaratoria basada en el acuerdo fue incluida en la Constitución de la República de Weimar; pero no podía tener efecto si no se aprobaban leyes reglamentarias. Una parte del proyecto —el establecimiento de consejos de trabajadores con facultades limitadas en cuestiones como las condiciones de trabajo, la disciplina en las fábricas y los despidos—

se aprobó como ley; y los consejos existieron mientras existió la República de Weimar. Los propuestos consejos, de nivel más alto, nunca fueron establecidos por ley y jamás fueron creados. En cuanto a la socialización, se aprobaron leyes que establecían el principio de socialización de las minas de carbón y la industria electromotriz; pero las minas de carbón no llegaron, de hecho, a socializarse. Lo que sucedió fue que el sindicato del carbón de Renania y Westfalia de la preguerra fue reorganizado como un organismo coordinador general de la industria alemana del carbón, que permaneció en manos privadas. El problema general de la socialización fue tratado por la Asamblea General, que estableció una Comisión de Socialización para que informara y designó para ella a la mayoría de los principales economistas de los partidos socialistas y burgueses de centro. Esta Comisión redactó un informe recomendando la socialización de un grupo muy limitado de industrias "maduras", con ciertas condiciones requeridas tales como el estar sujetas al control monopólico y su innecesidad de mayor desarrollo técnico o de nuevos mercados o fuentes de materias primas: requisito que eliminaba prácticamente a todos los candidatos importantes. Estas proposiciones no tuvieron, naturalmente, ningún efecto práctico. Sólo la ley sobre consejos del trabajo tuvo cierta efectividad; e inclusive su valor residía, para el gobierno, en acallar la efervescencia laboral más que en hacer coricesiones reales a la demanda de participación de los trabajadores en el control de la industria.

Vale la pena seguir un poco más lejos la actitud de los socialistas alemanes en 1919 ante los problemas de socialización y control de los trabajadores. El ala izquierda, incluyendo a la mayoría de los miembros del Partido Socialdemócrata Independiente, estaba más interesada en obtener el poder político para los consejos de trabajadores que en las cuestiones a que se refería la ley de los consejos del trabajo. Pedía la socialización pero, en general, la concebía, no como propiedad y administración del Estado, sino en el sentido de que los trabajadores podían asumir el manejo de las industrias sobre una base cooperativa, para evitar el control burocrático y parlamentario. Los socialistas mayoritarios, por otra parte, atacaban esta idea que suponía, según ellos, que cada grupo de trabajadores quedaría en libertad de explotar al público, lo que conduciría a la ineficacia y la inflación, ya que los precios serían elevados para aumentar los salarios. Decían que Alemania, que necesitaba imperativamente impulsar sus industrias, quedaría excluida del mercado mundial. Los socialistas mayoritarios no se oponían menos, sin embargo, a la socialización en forma de propiedad y administración estatal. El Estado, sostenían, no era un organismo idóneo para manejar las industrias; y, al desarrollar este argumento, llegaban a los más nota-

bles elogios de las virtudes de la empresa capitalista y del *laissez-faire*. Por supuesto, no llegaron a esta posición de un solo golpe: empezaron sosteniendo que la situación económica era demasiado mala y crítica para que la socialización fuera inmediatamente practicable. Pronto fue obvio, no obstante, que sus objeciones iban más allá. Como vimos antes,[2] los socialdemócratas alemanes ortodoxos, antes de 1914, habían concebido la socialización como algo que se produciría después de obtenida una mayoría política socialista y se habían negado a discutir qué forma tomaría entonces. Habían sido hostiles a la socialización antes de "la Revolución", porque aumentaría el poder del Estado existente, que era su enemigo; y habían prescindido, por "utópicos", de todo intento de prever la estructura de la sociedad futura. Lo que algunos de ellos afirmaban ahora —por ejemplo, el austríaco Adolf Braun, quien escribía regularmente sobre el socialismo en la prensa socialdemócrata alemana— era que Marx no había pensado en la socialización, excepto en el supuesto de que hubiera industrias capitalistas altamente productivas listas para ser intervenidas, mientras que en la Alemania de 1918 la industria capitalista estaba en ruinas y plantearía al Estado problemas insolubles de reconstrucción que sólo desacreditarían al socialismo si era intervenida. El socialismo, proclamó Kautsky, en un trabajo publicado después de la Revolución, pero que había sido escrito con anterioridad, "no puede desterrar la pobreza que se debe a la necesidad general en la sociedad. Sólo puede suprimir la carga de la necesidad en medio de la abundancia". Ésta era la razón para oponerse a cualquier intento temprano de socialización.

Si los socialistas no querían control de los trabajadores ni administración estatal, no había otro camino que la continuación del capitalismo. Rudolf Wissell (n. 1869), el socialista mayoritario que fue ministro de economía a principios de 1919, trató de elaborar un proyecto amplio, para una economía capitalista controlada, basada en la planeación del gobierno. Pero no estuvo mucho tiempo en su cargo y su sucesor —también socialista mayoritario— Robert Schmidt (1864-?), olvidó rápidamente sus proyectos.

Mientras la Asamblea de Weimar creaba la Comisión de Socialización y escuchaba los proyectos de Wissell, la guerra civil entre el gobierno y la izquierda proseguía. Los principales baluartes que le quedaban a la izquierda eran Sajonia y el Ruhr; y el Ruhr había sido temporalmente aplacado por el acuerdo de marzo sobre los consejos de trabajadores. En Sajonia, el Partido Socialdemócrata Independiente era el más importante. Con el pretexto de que el gobierno sajón había

[2] Véase vol. III, pp. 255-6.

desarrollado una política dictatorial y que se habían producido serios disturbios en Dresde y Leipzig, las fuerzas de Noske marcharon sobre Sajonia en mayo de 1919 y ocuparon ambas ciudades. Sajonia, en los primeros días de la Revolución, había sido gobernada por un gobierno surgido totalmente del Partido Socialdemócrata Independiente. En enero, se habían producido serios disturbios y este gobierno había cedido el lugar a otro dominado por los socialistas mayoritarios. Después, la izquierda había organizado protestas de masas en toda Sajonia y se habían dado batallas esporádicas. En abril, se había proclamado un gobierno de "consejos" en Leipzig; y esto dio el pretexto que quería Noske para actuar. Envió al general Marker con instrucciones para suprimir a la izquierda y el *Reichswehr* asumió el control. Hubo más disturbios en Chemnitz y otras regiones en los meses siguientes. En el Reich, en octubre, el Partido Socialdemócrata entró en un gobierno de coalición con los demócratas y esto duró hasta abril de 1920 cuando, como secuela al *putsch* de Kapp, los dos partidos socialistas llegaron a un acuerdo y formaron una administración conjunta. Las fuerzas de Noske, después del verano de 1919, se habían trasladado a otras regiones "desafectas",

Cuando el *Reichswehr* marchó sobre Sajonia, en mayo de 1919, el gobierno alemán acababa de recibir el proyecto de Tratado de Paz redactado en París por los ministros aliados. Se recibió con aspavientos de execración, a los que se unieron públicamente los socialistas mayoritarios. Las condiciones propuestas fueron denunciadas como una violación flagrante de los "Catorce Puntos" del presidente Wilson, en base a los cuales el gobierno alemán había pedido la paz. Y lo eran, en muchos aspectos; pero las protestas excedieron lo justificable sobre estas razones. La mayoría socialista se adhirió a la demanda de conservar Alsacia-Lorena, de devolución de las colonias alemanas y establecimiento de fronteras que reconocieran la completa unidad del pueblo alemán. Hubo clamorosas demandas de que el gobierno se negara a firmar el Tratado o cualquier otro que adjudicara a Alemania la "culpa de la guerra" o la tratara como un enemigo derrotado. Se afirmó que los ejércitos alemanes jamás habían sido derrotados en los campos de batalla, sino que habían sido víctimas de una *Dolchstoss* —puñalada— al quebrarse el frente interior. Se acusó a la izquierda de haber producido esta quiebra y no sólo la acusaron los militaristas, sino también algunos socialistas mayoritarios. Scheidemann mismo anunció que nada lo induciría a firmar una rendición tan deshonrosa como el Tratado de Versalles. El gobierno rechazó las condiciones de paz propuestas y envió otras proposiciones a los aliados. Éstas fueron rápidamente rechazadas, en su mayoría, aunque se hicieron algunas modificaciones; y el gobierno alemán consideró realmente la posibilidad de reanudar la guerra, sólo

para recibir, de Hindenburg y los demás generales, la respuesta de que np había posibilidad de ofrecer una resistencia militar con probabilidades de éxito. Algunos preferían todavía una guerra sin esperanzas a una paz "vergonzosa"; pero, para la mayoría de los líderes, era claro que no había otra alternativa real que aceptar las condiciones aliadas. Scheidemann, sin embargo, persistió en su negativa y, el 20 de junio, renunció **a** la cancillería, siendo sustituido por Gustav Bauer (1870-?), líder sindical, quien no pensaba mejor del Tratado, pero adoptó una postura más realista. Scheidemann se retiró pronto de la política y volvió a su ciudad natal, Cassel, donde fue burgomaestre y continuó activo hasta que tuvo que huir de los nazis, en 1933. El Tratado fue firmado el **28** de junio y ratificado definitivamente el 9 de julio; el bloqueo aliado **a** Alemania, que se había mantenido en los meses anteriores, fue levantado el 12 de julio.

Este bloqueo de Alemania, que prosiguió después de terminada la lucha, actuó como una amenaza constante sobre los alemanes en las sucesivas fases de la Revolución. Ya cuando el desastre militar, la escasez de alimentos y materias primas había sido extremadamente severa y el pueblo alemán había sufrido muy serias privaciones. La evacuación de los territorios ocupados empeoró aún más la situación y hubo también grandes dificultades en el transporte y la distribución debidas a la pérdida de equipo ferroviario y vehículos y a las duras exigencias de la desmovilización. Alemania, al terminar la lucha, necesitaba urgentemente importar productos alimenticios y materias primas indispensables para poner en funcionamiento a la industria para los tiempos de paz. Los aliados victoriosos, sin embargo, no estaban en disposición de ir en ayuda de los alemanes permitiendo la entrada al país de suministros hasta que fueran establecidas y aceptadas las condiciones de paz. Además, la negativa de suministros servía a un fin político, no sólo como medio de obligar a los alemanes a aceptar cualquier condición que decidieran imponer los vencedores, sino también para detener a la Revolución alemana, forzando al gobierno alemán a considerar qué actitud tomarían los aliados si, después de destronar al Kaiser, los alemanes procedían a tomar medidas destinadas a sentar las bases de un sistema socialista. Si, por ejemplo, se lanzaba un ataque a la propiedad capitalista o a la clase de los grandes terratenientes ¿no tomarían los aliados esto como excusa para marchar sobre Alemania, aplastar el bolchevismo y restaurar la autoridad de las viejas clases dominantes o, al menos, establecer un régimen burgués antisocialista? Eran los días, no hay que olvidarlo, del intento de intervención aliada en Rusia contra los bolcheviques y se temía que, si la Revolución alemana parecía adoptar una

forma socialista, los gobiernos aliados no distinguieran entre el bolchevismo y el socialismo democrático.

Los socialistas mayoritarios alemanes tuvieron que enfrentarse, pues, desde el momento en que la Revolución los llevó al poder, a una situación extremadamente difícil. En vista de la condición del país tenían que hacer lo posible porque terminara el bloqueo; y la mejor oportunidad para que esto ocurriera parecía estar en hacer lo menos posible que pudiera ofender a los gobiernos aliados, consistiera en ataques a la industria privada o en entrar en relaciones con la Rusia bolchevique. Este argumento, lo mismo que los demás a los que nos referimos en este capítulo, fue ampliamente utilizado como una razón para no hacer nada, al menos por el momento, con miras a socializar la industria o alentar las pretensiones de los trabajadores de tomarla en sus manos. Es verdad que, actuando en forma tan circunspecta, los socialistas mayoritarios no lograron que se suprimiera el bloqueo sino hasta la aceptación del Tratado de Paz; pero ¿quién puede saber con seguridad a qué medidas habrían podido recurrir los gobiernos aliados si la Revolución hubiera proseguido en Alemania? No sugiero que, de hecho, el pueblo alemán se hubiera vuelto bolchevique, o siquiera socialista, si los socialistas mayoritarios hubieran adoptado una línea diferente en 1918; pero sostengo que una razón muy poderosa de que hubiera tan poco celo por establecer el socialismo en Alemania fue que muchos alemanes temían que cualquier intento de establecerlo por la fuerza pudiera conducir a una drástica intervención aliada, incluyendo la invasión del país, y añadir más dificultades a las muchas que tenían que soportar.

En los países aliados, especialmente en Inglaterra, algunos protestaron enérgicamente contra la continuación del bloqueo después de terminada la lucha y pidieron, por razones humanitarias, que se actuara {para remediar la situación inmediata y ayudar a los alemanes a reanudar la producción lo más rápidamente posible. Pero ésta no era la actitud general, que tendía a una dura venganza contra Alemania, por ser el país más responsable de la guerra, e insistía en hacer que los alemanes pagaran su culpa, por medio de sanciones económicas y del sufrimiento por sus delitos. El mismo proceso de intimidación por bloqueo fue utilizado contra Austria y Hungría y creó grandes dificultades a Károlyi en Hungría y a la recién fundada República austríaca. No es sorprendente, quizá, que ésta haya sido la actitud prevaleciente entre los estadistas que favorecían el Tratado de Versalles, al mismo tiempo que sufrían el terror cotidiano de que la revolución se extendiera de Rusia a otros lugares de Europa. Pero el bloqueo continuado suponía una guerra despiadada a la población de los países derrotados, contra todos los principios de la decencia humana; y hay que acreditarles a los partidos

socialistas occidentales que pronto empezaron a protestar contra ello, aunque no estaban en posición de hacer efectivas sus protestas.

He destacado las grandes dificultades a las que tuvieron que hacer frente los socialistas mayoritarios alemanes, en 1918-19, no para justificar su conducta general, sino sólo porque, para ser justos, hay que tener en cuenta estas dificultades para fijar su culpabilidad. Los socialistas mayoritarios tenían excusas y razones para no realizar una política socialista; pero me parece también claro que, si no hubieran existido estas razones particulares, habrían encontrado otras —como, de hecho, las encontraron—. La Revolución alemana, aunque la habían esperado desde hacía tiempo, los tomó de sorpresa cuando se produjo y sin proyectos realizables para el establecimiento de un nuevo orden social. Aunque siempre habían pretendido constituir un partido revolucionario, Ebert expresaba un sentimiento general cuando afirmó que "odiaba la revolución" —con lo que quería decir cualquier cambio no producido en una forma estrictamente constitucional—. Además, durante la guerra, los socialistas mayoritarios se habían comprometido a apoyar una política agresiva, anexionista, pangermana, lo que los incapacitaba para enfrentarse a las realidades de una situación que suponía la total derrota de Alemania. Su actitud no excusa a los aliados ni justifica la continuación del bloqueo; pero sí demuestra que algo más que el temor de lo que pudieran hacer los aliados, impidió que los socialistas trataran de utilizar la Revolución para sentar las bases de un orden social alemán realmente nuevo.

En todo caso, bajo una irresistible presión aliada, el gobierno alemán aceptó finalmente el Tratado de Versalles; pero sus condiciones fueron amargamente resentidas y, en los años siguientes, una sucesión de gobiernos alemanes hicieron los mayores esfuerzos por no llevarlo a efecto. En Alemania se le conoció como el *diktat* de Versalles; y la firma del Tratado por los socialistas fue esgrimida contra ellos, primero por los militaristas y conservadores y después por los nazis. Sin embargo, no tenían otra alternativa.

Así, Philipp Scheidemann, quien había sido más que Ebert el líder activo de los socialistas mayoritarios durante y después de la Revolución, desapareció del mundo político. De los partidarios más vehementes de la guerra y, durante la Revolución, de los más vigorosos opositores de la izquierda, odió sin embargo al Kaiser y a la pandilla militarista que lo rodeaba y, en la medida de sus posibilidades, fue un partidario convencido de la democracia. Le molestaba Ebert, con quien tuvo que colaborar estrechamente y, hasta en sus momentos más derechistas, actuó más a la izquierda que aquél. Tenía reservas respecto a Noske y sus "cuerpos libres" pero, llegado el momento, se mostró dispuesto a utili-

zar *cualquier* método para derrotar a la izquierda. En común con casi todos los dirigentes mayoritarios tenía horror al bolchevismo y una firme creencia en que, como estadista, debía no tanto conducir sino hacer lo que correspondiera a la decisión de un voto mayoritario. La democracia significaba, para él, el parlamentarismo, basado en el sufragio universal y nada más. Ardiente admirador de Alemania y la cultura alemana, no podía concebir que Alemania mereciera otra cosa que la victoria en la guerra o que, después de la derrota, pudiera haber una justificación para imponer condiciones punitivas. Orador fluido y viva personalidad, no tenía ideas claras más allá de este germanismo democrático; y era totalmente incapaz de hacer cualquier contribución al pensamiento socialista. Como canciller se vio empujado, por la lucha interna después de la guerra, cada vez más a la derecha y, cuando menos, experimentó cierta incomodidad ante la conducta de algunos de sus colegas más derechistas. Pero no tenía intención de resistirles; porque creía sobre todo en que había que salvar a Alemania aplastando al bolchevismo dondequiera que levantara cabeza. Cuando renunció, antes que firmar el "vergonzoso" Tratado, dejó el lugar a otros que compartían plenamente esta actitud y estaban dispuestos a proseguir, en la misma forma implacable, la guerra contra la izquierda alemana.

Mientras continuaba la disputa respecto al Tratado de Paz, la Asamblea de Weimar, bajo la dirección del profesor demócrata Hugo Preuss, se ocupaba de redactar la nueva Constitución, que fue promulgada por fin el 11 de agosto. La Constitución de Weimar establecía la nueva Alemania como República Federal, conservando las viejas fronteras del Estado, con algunas reagrupaciones de los pequeños estados de la preguerra en unidades mayores. Formalmente era muy democrática, en un sentido parlamentario, en tanto que establecía el sufragio universal y la representación proporcional en un sistema multipartidista para lograr un gobierno responsable. Lo que suponía en la práctica era que los socialistas renunciaban definitivamente a su pretensión de gobernar solos si no podían obtener una clara mayoría de electores —improbable, en vista de sus divisiones internas y de la incapacidad para atraer a un sector considerable de campesinos a sus filas—. La representación proporcional, que los socialistas mayoritarios consideraban una cuestión de principios democráticos, significaba que la República tendría que ser gobernada por coaliciones de partidos, con o sin participación socialista. Significaba gobiernos débiles y fluctuantes, cuando lo que se necesitaba era un gobierno fuerte. Significaba que la Revolución alemana, definitivamente, no había logrado establecer el orden socialista.

¿Hubo posibilidades de que llegara a implantarse? Difícilmente; en realidad, ninguna, a no ser que los socialistas hubieran estado dispues-

tos, a cualquier precio, a aprovechar rápidamente la oportunidad en noviembre de 1918. Su única oportunidad estuvo en utilizar la crisis inmediata, no simplemente para destronar al Kaiser y proclamar la República, sino para deponer a los jefes del ejército e instar a los campesinos y agricultores de la Alemania oriental a tomar posesión de la tierra y a los trabajadores de toda Alemania a ocupar y administrar las fábricas y minas como propiedad pública; despedir a los funcionarios públicos de altas jerarquías sustituyéndolos por otros, aunque carecieran de experiencia; crear rápidamente nuevas fuerzas armadas bajo la jefatura socialista, para la defensa de la Revolución contra sus enemigos internos y, ademas, para hacer frente a la posibilidad de que los Aliados, a pesar del armisticio, penetraran en Alemania para destruir totalmente la Revolución, en unión de sus enemigos internos. La simple lista de actos necesarios basta para demostrar que estaba fuera de discusión que los socialistas mayoritarios jamás actuarían en esa forma. Eran alemanes antes que socialistas: experimentaron la derrota de los ejércitos alemanes no como una oportunidad, sino como un desastre. Eran, además, constitucionalistas estrictos y creían apasionadamente que incluso la Revolución había que hacerla ordenadamente y que requería un mandato que sólo podían dar las urnas electorales, por un voto mayoritario. Aun si hubieran tenido un proyecto de sociedad socialista —que no poseían— no habría sido, seguramente, la clase de proyecto que podía realizarse, con posibilidades de éxito en 1918 y 1919. Habían mostrado un hondo desacuerdo con los bolcheviques por la toma del poder, aun cuando tenían una mayoría en los soviets dispuesta a suscribir el golpe. ¿Cómo iban a intentar monopolizar la autoridad cuando carecían de esa mayoría segura, siquiera en los consejos? Su respuesta tenía que ser un no enfático —tanto más cuanto que los civilizados alemanes no podían imitar los métodos de la Rusia bárbara—. Por tanto, paradójicamente, mientras la atrasada Rusia, donde hasta los bolcheviques habían supuesto hasta el último momento que sólo era posible una revolución burguesa, convirtió en hecho a la Revolución proletaria, Alemania, donde existía un capitalismo avanzado y el movimiento socialista con fama de ser el mas fuerte del mundo, se detenía en la revolución burguesa y pronto retrocedía aun de esa posición. La debilidad del capitalismo hacía insostenible la revolución burguesa en Rusia y la fuerza misma del movimiento-socialista constitucional hacía imposible la revolución socialista en el Reich alemán.

Conviene, ahora, considerar si la experiencia del Partido Sociaídemócrata alemán y su organización constituida para la lucha parlamentaria no lo incapacitaban para la tarea de dirigir una revolución triunfante. De todos los partidos socialistas —y, en verdad, de todos los

partidos existentes hasta 1914— el Partido Socialdemócrata era el mejor organizado, tanto para las tareas electorales como para imponerse con influencia poderosa en las vidas y actitudes de sus miembros. En estos aspectos, sólo el partido austríaco podía compararse con él y el partido austríaco no era más que el elemento dominante en una federación flexible de partidos que representaban a las diversas nacionalidades del imperio austríaco. Los alemanes en el Reich alemán habían construido una sólida organización, sobre una base de participación de masas y dirigida al objetivo de obtener una mayoría socialista en el Reichstag y de unir a los partidarios del socialismo en una estrecha fraternidad, en oposición al régimen imperialista alemán. Para lograr estos objetivos, el Partido Socialdemócrata había realizado una serie de transacciones financieras, convirtiéndose en propietario de periódicos importantes, edificios para oficinas, locales de reunión, etc. Tenía, además, una considerable participación en el mantenimiento de condiciones de orden y una tendencia marcada a conducirse de tal manera que no se atemorizaran sus partidarios más moderados. En cierta medida, estas condiciones se aplican necesariamente a cualquier partido en gran escala habituado a realizar su agitación en condiciones legales y constitucionales. Algunos revolucionarios notables, como Bakunin, habían sostenido mucho antes que por esta razón todos los partidos políticos muy bien organizados se verían imposibilitados necesariamente de adoptar una línea realmente revolucionaria y, aunque participaran en una revolución retrocederían en el momento de crisis por miedo a sacrificar su situación establecida y echar abajo las estructuras que tanto trabajo les había costado construir. Claramente, aunque no se acepte del todo esta generalización, tiene cierto sentido; y las inhibiciones ante la acción revolucionaria directa fueron especialmente fuertes en el Partido Socialdemócrata, a pesar de sus reiteradas afirmaciones de su carácter esencialmente revolucionario. Analicé esta cuestión con cierta extensión en un volumen anterior de esta *Historia* y no es necesario ampliarlo aquí.[3] Fue bastante obvio a principios de la Revolución alemana en 1918 que el grupo principal de líderes del Partido Socialdemócrata, lejos de estar deseosos de alentar las fuerzas que querían llevarla adelante hasta realizar una revolución socialista, se mantuvieron, en la mayor medida posible, dentro de los límites de la legalidad y de la reforma estrictamente constitucional y que, al adoptar esta actitud, tenían el pleno apoyo de los líderes sindicales, a quienes les preocupaba mucho más fortalecer su situación respecto a los contratos colectivos con los patronos, establecidos constitucionalmente, que cualquier medida destinada a poner fin al sistema capitalista.

[3] **Véase vol. IV, cap. xxvin.**

Tal fue la actitud de los dirigentes del Partido Socialdemócrata y de los sindicatos en la hora de prueba; y muchos elementos entre los dirigentes del Partido Socialdemócrata Independiente se distinguieron de ellos sólo en cuanto que sostenían que los militaristas alemanes habían sido los principales responsables del desastre. Estos elementos no podían compartir la indignación efectiva con que los socialistas mayoritarios recibieron las condiciones de paz de los aliados; pero estaban de acuerdo en que cualquier intento de avanzar hacia una sociedad socialista debía hacerse a su debido tiempo y en estricto acuerdo con los principios de la democracia parlamentaria. Esta opinión no era probablemente compartida por los miembros de fila del Partido Socialdemócrata Independiente, que habrían estado dispuestos a proseguir, sobre la base de un gobierno integrado por los consejos, sin la Asamblea Constituyente. Pero el Partido Socialdemócrata Independiente no estaba, obviamente, en posición de actuar con efectividad por sí solo; y la única base posible de acción fue eliminada cuando los socialistas mayoritarios obtuvieron fácilmente una mayoría en el Congreso de Consejos de Trabajadores. Quedó sólo la posibilidad de una especie de golpe blanquista, por una pequeña élite revolucionaria; y no era esa una política que los dirigentes del Partido Socialdemócrata Independiente, se inclinaran a considerar, ni siquiera una parte de ellos. Fue la política del nuevo Partido Comunista, integrado por la Liga Espartaco, contra la opinión de sus principales líderes, que comprendían la inutilidad de la aventura y, después, una serie de socialistas de izquierda desalentados, quienes veían la denota de la Revolución y no podían conformarse a aceptarla sin responder con un golpe, por desesperado que éste fuera.

Los comunistas parecieron haber aprendido la lección, temporalmente, después de las huelgas y luchas de los primeros meses de 1919. Paul Levi (1883-1930), que se había convertido en su máximo dirigente después del asesinato de Liebknecht, estaba decidido a cambiar la política. Quería que el Partido Comunista abandonara su negativa a participar en elecciones parlamentarias y tratara de constituirse en partido de masas y deseaba, también, que abandonara su actitud de hostilidad hacia los sindicatos, como baluartes de la reacción, y que se dispusiera, en lugar de ello, a ganárselos. En el segundo Congreso del Partido, efectuado en octubre de 1919, presentó a los delegados una serie de tesis que concretaban la nueva política y obtuvo una mayoría considerable; ante lo cual los disidentes, acusando a la mayoría de oportunismo traidor, se separaron y trataron de establecer un Partido Comunical Laboral rival, que pronto se desvaneció. Entretanto, el Partido Socialdemócrata Independiente se había inclinado hacia la izquierda, perdiendo en el proceso a algunos de sus miembros derechistas, como Eduard Bemstein,

pero obteniendo rápidamente nuevos miembros, a medida que aumentaba el descontento con los socialistas mayoritarios. Antes de terminar el año, el Partido Socialdemócrata Independiente no sólo había reafirmado su apoyo al gobierno de los consejos contra el parlamentarismo, sino que se había negado a participar en la resurrección de la Segunda Internacional y había iniciado negociaciones con Moscú, con vistas a participar en la recién fundada Tercera Internacional. Antes de esto, también el Partido Socialdemócrata Independiente había perdido a su dirigente, mortalmente herido por un asesino, a principios de octubre de 1919, para fallecer un mes después.

Hugo Haase era una persona honesta e inteligente pero, de ninguna manera, un gran hombre. Había participado en el Reichstag por más de veinte años, y en 1912, fue líder y presidente del Partido durante la enfermedad de Bebel. En el transcurso de la guerra compartió la presidencia del partido con Ebert y fue líder del grupo del Reichstag, a pesar de sus opiniones antibelicistas, hasta que fue expulsado del Partido en 1916. Parlamentario por encima de todo, pertenecía por instinto al grupo más moderado del Partido Socialdemócrata Independiente; pero las circunstancias lo inclinaron más hacia la izquierda y apoyó el gobierno por consejos, aunque nunca formó parte del ala izquierda del Partido. Como teórico no tuvo gran importancia, pero fue muy respetado y su muerte dejó al Partido Socialdemócrata Independiente sin un dirigente capaz de mantenerlo unido. Ledebour, el más distinguido de los que quedaban, era viejo —tenía 68 años cuando estallo la Revolución— y demasido izquierdista para ser aceptable. Clara Zetkin (1857-1933), también en su sexta década, ya había echado su suerte con los comunistas. Eisner había muerto. Rudolf Hilferding (1877-1942), experto austríaco en finanzas, y Kautsky eran demasiado de derecha. Quedaban Emst Dáumig (1868-1922) y Wilhelm Dittmann (1874-1954), ninguno de los cuales era una figura notable y Arthur Crispien (1875-1946), cuya selección no sirvió para sacar al Partido de la crisis que surgió de su intento de entrar en relaciones con la Tercera Internacional.

El Tratado de Paz entró en vigencia en enero de 1920 y, en ese mismo mes, el gobierno holandés se negó a entregar al ex Kaiser a los Aliados para ser enjuiciado. En Alemania hubo una pausa antes de la nueva tormenta, que estalló en la derecha, totalmente inesperada para Noske y, en verdad, para todo el gobierno. El 13 de marzo se produjo el *putsch* de Kapp —una rebelión del nuevo ejército de Noske contra el gobierno que lo había organizado para aplastar a la izquierda—. Los ministros salieron precipitadamente de Berlín hacia Stuttgart, mientras el general Lüttwitz proclamaba en la capital la deposició© del gobierno y colocaba en su lugar al notorio doctor Wolfgang Kapp, fundador del

extremista Partido de la Patria. El viejo Karl Legien, dirigente mayoritario de derecha de los sindicatos alemanes, permaneció en Berlín e hizo el llamado a una huelga general. La respuesta fue inmensa y, en pocos días, el *putsch* simplemente fracasó como consecuencia de la huelga. Legien, molesto ante la pusilánime conducta del gobierno, apeló a los dos partidos socialistas para que superaran sus diferencias y formaran un gobierno de coalición y pidieron inclusive su apoyo a los comunistas. En el Ruhr, los trabajadores se levantaron en masa y derrotaron y desarmaron a las unidades militares. En Chemnitz, socialistas mayoritarios y comunistas se unieron en un gobierno de "consejos" encabezado por un comunista, Heinrich Brandler (n. 1881), quien ganó preminencia, así, en su partido. En Leipzig, los socialistas independientes vengaron la ocupación militar del año anterior. En Hamburgo y en otras muchas regiones, los socialistas triunfaron sin disparar un tiro. Parecía que, milagrosamente, la Revolución alemana recibía una segunda oportunidad.

Entre los dirigentes de los partidos socialistas rivales, no obstante, los resentimientos eran demasiado amargos para que fuera posible una acción común sostenida. El Partido Socialdemócrata Independiente rechazó la proposición de Legien y, en vez de un gobierno constituido exclusivamente por socialistas, los socialistas mayoritarios formaron una coalición con el centro católico, sustituyendo Hermann Müller (1876-1931) a Gustav Bauer como canciller. En lugar de castigar a los líderes del *putsch,* el nuevo gobierno los dejó en libertad y a la mayoría de los jefes militares en sus puestos. Una semana después de asumido el poder por Müller, el *Reichswehr* avanzó sobre el Ruhr para castigar a los trabajadores rebeldes que se habían atrevido a desafiarlo durante el *putsch*. El distrito del Ruhr estaba controlado entonces, principalmente, por elementos de izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente que habían integrado el "ejército rojo" cuando el *putsch;* pero algunas regiones, incluyendo a Essen y Duisburgo, estaban en manos de la extrema izquierda. El gobierno de Müller apeló primero a los trabajadores para que desmovilizaran sus fuerzas y entregaran las armas; y, después de algunas negociaciones, los independientes consintieron, ya que no veían posibilidades de hacer resistencia y se les prometió que no habría represalias. La extrema izquierda del Ruhr occidental se negó y el *Reichswehr* marchó sobre ese territorio y se vengó de su derrota anterior. La poca resistencia que encontró fue pronto sofocada y el Ruhr "rojo" quedó aplastado. Noske mismo había sido desplazado por el cambio de gobierno: era demasiado impopular para ser utilizado. Pero el *putsch* de Kapp, a pesar de su fracaso, acabó empujando más a los socialistas mayoritarios por el camino de la reacción y dividiendo aún

más al movimiento obrero alemán, inmediatamente después de su gran demostración de solidaridad. El Partido Socialdemócrata Independiente, en su conferencia de junio de 1920, confirmó su negativa a entrar en coalición con el Partido Socialdemócrata y decidió enviar una delegación —Crispien, Dittmann, Ernst Dáumig y Helene Stócker (1869-1943)— a Moscú para negociar las condiciones de admisión a la Internacional Comunista.

Cuando los delegados del Partido Socialdemócrata Independiente llegaron a Moscú, a tiempo para asistir como observadores al segundo Congreso de la Tercera Internacional, se encontraron con una formidable lista de condiciones necesarias para poder participar en la Internacional. Los "dieciocho puntos" establecidos en febrero de 1920 eran ya veintiuno e incluían la exclusión de los principales miembros de los partidos, considerados como pertenecientes a la derecha o el centro anticomunista y calificados, por tanto, de "social-traidores". Tendremos que referimos en otro capítulo a este funesto Congreso, que dividió irrevocablemente al movimiento socialista internacional. Aquí sólo nos interesan sus efectos sobre el movimiento alemán. Después del regreso de los delegados, el Partido Socialdemócrata Independiente sostuvo un Congreso en Halle, para considerar su informe y Zinoviev asistió a él, en nombre de la Internacional Comunista. Tras fieros debates, el Partido Socialdemócrata Independiente votó por mayoría la aceptación de los "veintiún puntos", en todos sus detalles. Esto significaba, por supuesto, una división: los disidentes se retiraron y reconstituyeron el partido como otro independiente. De cerca de 800 000 miembros del antiguo Partido Socialdemócrata Independiente, alrededor de 300 000 participaron en el nuevo Partido Comunista, mientras que unos 200 000 se afiliaron al nuevo Partido Socialdemócrata Independiente. El resto se retiró o volvió al seno de los socialistas mayoritarios. El Partido Comunista alemán adquirió así, por primera vez, algo del carácter de un partido de masas y empezó a soñar nuevamente con un levantamiento de masas que trajera consigo una verdadera revolución alemana, al estilo ruso.

Mientras el Comintern conferenciaba en Moscú, los ejércitos rusos avanzaban sobre Varsovia y parecía obvio que una victoria militar los pondría en posición de ayudar vigorosamente a un levantamiento comunista en Alemania. Pero, en agosto, los rusos habían sido rechazados por los polacos, ayudados por los franceses, y esta esperanza había desaparecido. Simultáneamente con el Congreso de Halle, los polacos y rusos concertaban un armisticio, que se firmó el 12 de octubre. El Comintern se dedicó a su nueva tarea, la de inducir al Partido Socialista italiano a aceptar los "veintiún puntos"; y los comunistas alemanes se

dieron a la labor de absorber y adoctrinar a sus miembros procedentes del Partido Socialdemócrata Independiente. Mientras tanto, los rusos acababan a las fuerzas del general Wrangel en Crimea, poniendo fin a la guerra civil. El gobierno alemán estaba ya envuelto en una acida disputa con los aliados en torno a las reparaciones. Dentro de Alemania hubo, por algunos meses, una calma decepcionante.

Esta pausa terminó abruptamente al año siguiente. En febrero de 1921, los socialistas italianos se reunieron ordenadamente para decidir si debían aceptar o no los "veintiún puntos" y, en el Congreso de Leghorn, el Comintern estuvo representado por Matthias Rakosi, de Hungría, y Christo Kabakchev, principal teórico del comunismo búlgaro, quien pidió la expulsión de Turati y otros dirigentes, pero no logró su objetivo. El Comintern perdió, así, al Partido italiano. Rakosi, a su regreso, estuvo en Alemania y pidió que los comunistas alemanes suscribieran su acto en Leghorn. Paul Levi, quien había estado en Leghorn y había tratado de mediar entre los contrarios, se opuso a Rakosi y a él se unió Clara Zetkin y la mayoría de los líderes del Partido Socialdemócrata Independiente que había entrado al Partido Comunista. Rakosi obtuvo una pequeña minoría en el Comité Central y los disidentes renunciaron al mismo.

En este momento los franceses, alegando correctamente que Alemania no llevaba a cabo las disposiciones de desarme del Tratado de Versalles, marcharon sobre el Ruhr y ocuparon Dusseldorf; y el Comintern envió a Béla Kun para representarlo ante los comunistas alemanes. A principios de marzo, estallaron serios trastornos en las minas de cobre de Mansfeld en la Sajonia prusiana, un baluarte comunista; y Hórsing (1874-?), gobernador de la provincia y socialista mayoritario, envió a la policía para ocupar la región. Los mineros se levantaron en rebeldía y se apoderaron de las minas; e, inmediatamente después, los trabajadores de la industria química de Leuna, cerca de Halle, se unieron a la rebeldía. Los nuevos dirigentes comunistas, impulsados por Béla Kun, pensaron que era la oportunidad de producir un levantamiento total. Convocaron a una huelga general e instaron al proletariado a tomar el poder en toda Alemania. Hubo algunos levantamientos locales —por ejemplo, en Hamburgo— y muchos actos de violencia y de sabotaje esporádicos: fueron volados edificios, se interrumpió el tránsito ferroviario, etc. Pero no hubo huelga de masas y el gobierno pudo fácilmente sofocar el movimiento. Mansfeld y las fábricas de Leuna fueron ocupadas por el ejército y todo el plan fracasó —y, con él, la constitución del Partido Comunista en partido de masas, ya que en pocos meses perdió más de la mitad de sus 350 000 miembros—. El Comintern apoyó primero plenamente a Béla Kun; pero Clara Zetkin fue a Moscú, donde

logró ver a Lenin y persuadirlo de que el levantamiento había sido un error desastroso. No obstante Levi, quien había sido expulsado deí Partido Comunista alemán, no fue restituido, porque había publicado un folleto, *Nuestro camino,* donde atacaba vigorosamente la estrategia del partido como tendiente a dividir en vez de unificar a las fuerzas proletarias. Un punto importante de su ataque era que el Partido Comunista se había dedicado a agitar a los desempleados contra los trabajadores empleados, utilizando a los desempleados para rodear los centros de trabajo donde no se obedeció la orden de huelga —un método que condujo a la lucha encarnizada entre los trabajadores y enajenó desastrosamente el apoyo de la masa proletaria.

Paul Levi, el más inteligente de los dirigentes comunistas alemanes, salió así del movimiento, donde nunca había sido personalmente popular. Intelectual acomodado y conocedor de las artes, había perdido muchas simpatías por su refinado modo de vida y sus aires de superioridad. Era, no obstante, un sincero socialista de izquierda, con una clara apreciación de la situación real de las fuerzas sociales dentro de Alemania y una aguda desaprobación de la "enfermedad infantil" del izquierdismo, de la que sufría el comunismo alemán. Su lugar en la dirección fue ocupado por Heinrich Brandler (n. 1881), dirigente de la revuelta de Chemnitz el año anterior, con August Thalheimer (1883-1948) y Paul Frólich (1884-1953), ardiente admirador de Rosa Luxemburgo, como sus lugartenientes principales.

Los problemas de los comunistas no terminaron con la supresión del intento de levantamiento. *Vorwaerts,* el órgano socialista mayoritario, se apoderó de gran número de documentos que contenían planes comunistas para actos de violencia y empezó a publicarlos en serie, para desacreditar al partido. Ante estas revelaciones, Ernst Reuter-Friesland (1889-1953), secretario del Partido Comunista alemán, y otros miembros importantes se retiraron del Partido; y los que permanecieron temporalmente en la dirección cambiaron su política y adoptaron una cuidadosa actitud que duró dos años, hasta que fue drásticamente variada durante la crisis del Ruhr de 1923. Rusia, entretanto, también había variado la línea con la inauguración de la "nueva política económica", en abril de 1921, y el consiguiente olvido del intento de forzar el curso de la revolución en la Europa occidental.

Sólo por unos meses, a fines de 1920 y principios de 1921, los comunistas alemanes se acercaron a convertirse en un partido de masas, al unírsele el ala izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente. Esta oportunidad la perdieron tonta e indiferentemente, sobre todo por influencia del Comintern, que estaba entonces en su actitud más intransigente. Zinoviev, Rakosi y Béla Kun habían intervenido para traer el

desastre al partido que, tan inusitadamente, se había nutrido de miembros. Tratando de dividir el movimiento socialista mundial en masas opuestas, revolucionarias y antirrevolucionarias, en Alemania e Italia sólo habían logrado dividir a la izquierda, hasta reducirla a la impotencia, sin dejar impresión alguna en las masas. Hasta este momento, la política del Comintern —y, en verdad, también la política rusa— había estado dominada por la errónea noción de que, a pesar de todas las apariencias en contrario, los proletarios de los países occidentales *debían* estar listos para la Revolución socialista, si se los dirigía convenientemente. En esto, sin duda, los deseos dominaban a la razón; porque los rusos habían sido extraordinariamente acosados por la guerra civil y enormes dificultades económicas internas y la revolución en Occidente había parecido ofrecer las únicas posibilidades de alivio y ayuda. En esta esperanza, Lenin luchó duramente por una victoria sobre los polacos que capacitara a los rusos para ayudar a los revolucionarios alemanes y Zinoviev, como cabeza del Comintern, había tratado de que los socialistas occidentales aceptaran plenamente el evangelio bolchevique. Pero, después de los disturbios de Petrogrado, en los primeros meses de 1921, después del levantamiento de Kronstadt y el ignominioso fracaso del comunismo en Alemania, hubo que reconocer que la primera tarea de los rusos era resolver las dificultades internas y que la esperanza de una revolución socialista inmediata en la Europa occidental debía ser descartada. Los rusos estaban convencidos todavía de que la revolución mundial estaba en marcha; pero ya no podían depender de ella para ayudarles a la solución inmediata de sus propios e ingentes problemas.

CAPÍTULO VI

RUSIA EN LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA CIVIL, 1917-1921

Las dos revoluciones rusas de 1917 fueron, aparentemente, urbanas. Los acontecimientos más espectaculares de ambas se realizaron en Petrogrado. Allí, cuando los soldados se negaron a utilizar las armas contra los manifestantes, se formó el primer Gobierno provisional y se proclamó la República; y fue allí donde, menos de nueve meses después, los bolcheviques y el Comité Militar Revolucionario tomaron el poder, casi sin derramamiento de sangre. Pero, por supuesto, en ninguno de los dos casos lo que sucedió en Petrogrado fue el factor decisivo. La capital dio la señal; pero lo que sucedió en otros lugares, en las ciudades, en el campo y en las fuerzas armadas, definió los resultados. En febrero de 1917 y después, en todo el vasto territorio de Rusia, el viejo orden se resquebrajó rápidamente; y, aunque tardó mucho, después de octubre, para que el nuevo orden se estableciera en lo que quedaba de ese territorio, una parte sustancial de éste pasó inmediatamente al gobierno soviético y, aun donde los decretos de Lenin no circulaban, el poder pasó casi de inmediato poco a poco en todas partes a manos de organismos que no tenían intención de permitir que la tierra recién ganada volviera a posesión de sus antiguos dueños.

En casi toda Rusia la Revolución fue, sobre todo, una Revolución agraria. Tenía que serlo, porque, a pesar del rápido desarrollo de la industria en los veinte años que precedieron a 1914, Rusia seguía siendo principalmente un país agrícola, con los campesinos —con tierra o sin ella— como la clase más nutrida. No habría podido haber Revolución sin los campesinos, no sólo porque eran los principales productores, sino porque el ejército estaba constituido principalmente de campesinos —y no habría podido haber Revolución si el ejército hubiera estado dispuesto a suprimirla—. Sin duda es igualmente cierto que los campesinos no habrían podido hacer ninguna de las dos revoluciones, de la misma forma, sin los hombres de las ciudades. Si la primera revolución hubiera sido exclusivamente campesina habría podido, quizá, destruir al zarismo; pero también habría destruido a Rusia, dividiéndola en fragmentos sobre los cuales no habría podido establecerse, por ningún medio, un gobierno común. Y, por supuesto, si se hubiera dejado la cosa a los campesinos, la segunda revolución jamás se hubiera llevado a cabo. Se habrían producido una *jacquerie* y una redistribución de la tierra en formas diferen-

tes, según los lugares. Habría habido, en cierto sentido, una paz por separado, aunque no se hubiera firmado un tratado de paz; porque los ejércitos se habrían dispersado en desorden y habrían vuelto a los hogares. Pero no se habrían producido los meses tragicómicos de poderes duales divididos entre el gobierno provisional y los soviets ni el establecimiento, cuando finalmente se rompió este dualismo, de una nueva autoridad central, capaz de restaurar la unidad y de crear así una nueva Rusia lo bastante fuerte como para aterrorizar al mundo capitalista.

No obstante, los campesinos aseguraron la victoria de la Revolución sobre todo por una acción: apoderarse de la tierra, en vez de esperar a una Asamblea Constituyente que se las otorgara en debida forma. Sin duda la Asamblea Constituyente, si se le hubiera permitido continuar sus sesiones, habría acordado entregar la tierra a los campesinos, aunque sólo fuera porque ya la habían tomado antes de reunirse la Asamblea. Dominada por los socialrevolucionarios, la Asamblea difícilmente habría podido desear otro camino. Pero ¿habría sido convocada o elegida cuando lo fue si los campesinos, después de meses de vana espera, no hubieran tomado las cosas en sus propias manos? Es un hecho que el gobierno provisional no tenía prisa por convocarla, al menos, hasta que los campesinos les presentaron un hecho realizado. Sin duda también, lo que arruinó después las oportunidades de la contrarrevolución fue la determinación de los campesinos de no dejarse privar de la tierra que habían obtenido. Esto fue lo que hizo que en cada distrito ocupado por un general reaccionario no existiera seguridad alguna fuera de los puntos controlados realmente por sus fuerzas armadas, ya que le cortaban sus líneas de suministros y hacían del mantenimiento del orden una tarea imposible. Los campesinos no eran comunistas, excepto donde los invasores reaccionarios los obligaban a serlo, contra su voluntad e instinto; pero eran revolucionarios contra el antiguo régimen y contra todo intento de hacerlo resurgir. Sin su ayuda, el Ejército Rojo no habría podido ganar la guerra civil.

Es verdad que los campesinos no contribuyeron casi con dirigentes importantes al nuevo orden. Hasta su propio partido, el Partido Socialrevolucionario, estaba dirigido, no por campesinos, sino principalmente por intelectuales, como Chemov, Avksentiev y, en la extrema izquierda, Marie Spiridonova y Steinberg. Los dirigentes campesinos eran locales y no veían mucho más allá de la aldea o del grupo de aldeas. Aun en el ejército, predominantemente campesino, los voceros de los regimientos procedían fundamentalmente de los obreros o eran miembros de la pequeña burguesía. Los labriegos y soldados campesinos sabían lo que querían: la tierra y la paz y, mientras permanecieran en el ejército, pan para mantenerse. Odiaban a la autocracia, a los terratenientes

como clase y a los funcionarios que les cobraban impuestos, los sacaban de sus aldeas como soldados y los trataban como inferiores. Más allá de estos deseos y odios, su política no iba muy lejos. Bastaban, sin embargo, para imposibilitar la restauración del antiguo orden, una vez destruido.

Cualquier gobierno que esperara establecerse en lugar de la desaparecida autocracia zarista tenía que hacer lo posible por atraer a los campesinos, al menos en la medida de obedecer a su autoridad. Pero ninguno de los gobiernos provisionales se atrevió, de hecho, a hacer mucho por responder a los deseos de los campesinos. Todos estaban decididos a proseguir la guerra, bien hasta el fin o, cuando menos, hasta que pudieran inducir a las potencias aliadas a unírseles y hacer la paz; y, como los aliados no podían aceptar una paz negociada, esto significaba, en la práctica, que todos los gobiernos provisionales seguirían la guerra indefinidamente o mientras quedaran soldados dispuestos a pelear. Los gobiernos provisionales no podían otorgar ni prometer la paz. Ni siquiera podían prometer a los campesinos la tierra, en condiciones aceptables para los campesinos, sin destruir los fundamentos de su precaria existencia; porque los elementos burgueses en las sucesivas coaliciones, con Lvov y Kerensky, no habrían podido ser inducidos, seguramente, a aceptar que los campesinos se dividieran simplemente la tierra entre sí. Lo más que los gobiernos provisionales podían prometer era que el problema de la tierra se remitiera, a su debido tiempo, para su resolución, a la Asamblea Constituyente, cuando ésta se reuniera; y aun esto era demasiado para algunos de ellos cuando consideraban de qué elementos estaría la Asamblea probablemente constituida. En cuanto al pan, de alguna manera los ejércitos y las ciudades recibían los suministros necesarios de alimentos para mantenerlos vivos; pero, aun eso, los gobiernos provisionales sólo podían lograrlo con la cooperación de los soviets y los sindicatos, que controlaban el movimiento de los suministros. En efecto, los gobiernos provisionales —cuando menos a partir de junio— no podían gobernar: sólo podían mantener una fachada de autoridad, instando a los soviets a ratificar sus órdenes.

Cuando dirigentes socialrevolucionarios y mencheviques participaron en estos gobiernos, nada cambió realmente. Los hombres escogidos para los cargos eran los decididos a proseguí- la guerra y a mantener un frente común, para este fin, con la burguesía liberal. No podían hacer la paz ni aceptar que los campesinos tomaran posesión de la tierra, sin romper con sus aliados y establecer un gobierno totalmente socialista. Pero no estaban dispuestos a hacer esto, porque la mayoría de ellos no podía pensar en una paz por separado en condiciones que tendrían que ser muy desfavorables y, más aún, porque se oponían

positivamente a convertir la Revolución en una revolución socialista. Sus razones para estar en contra de esto diferían en unos y otros. Los miembros mencheviques del gobierno eran hostiles, en principio, porque creían que Rusia estaba inmadura para el socialismo y sostenían que debía pasarse por un periodo de desarrollo industrial intensivo, bajo el capitalismo, antes de que estuviera madura. Esto no evitó que los mencheviques favorecieran la socialización de la tierra; pero se oponían totalmente, por razones socialistas, a permitir que los campesinos tomaran posesión de ella y, sin más, se la dividieran. No estaban dispuestos, como Lenin, a renunciar a la socialización en favor de la apropiación de la tierra por los campesinos, para ganarse el apoyo de éstos. Los socialrevolucionarios en el gobierno no sufrían de la misma inhibición que los mencheviques respecto a la inmadurez de Rusia para el socialismo; pero, o bien querían hacer el gran cambio dentro del orden democrático, a través de la Asamblea Constituyente, o retrocedían ante una ruptura con la burguesía mientras no terminara la guerra. También retrocedían ante la necesaria condición de un gobierno puramente socialista: la alianza con los socialistas que estaban contra la guerra y dispuestos a ponerle fin, en cualquier condición. En los meses que van de febrero a octubre hubo tiempo para que los antagonismos personales y de facciones entre los socialistas se ahondaran y se hicieran muy enconados —sobre todo, después de los "días de julio", cuando los principales bolcheviques estaban presos o escondidos y la lucha entre "los partidarios de la defensa" y los "intemacionalistas" había trazado una clara línea divisoria— aunque, aun entonces, Martov y su grupo internacionalista menchevique permaneciera infortunadamente colocado entre los contendientes. En ningún momento hubo una posibilidad real de constituir un gobierno provisional representativo de todas las facciones socialistas. Lenin era el architraidor para los "partidarios de la defensa" y los "partidarios de la defensa" eran, para Lenin, traidores a la causa revolucionaria.

Los más infortunados entre los socialistas eran los grupos relativamente pequeños, ni bolcheviques ni "partidarios de la defensa", como Martov, Sukhanov —que ha dejado un relato vivido e inolvidable, de primera mano, de estos funestos meses— y hasta Chernov, quien entró en el gobierno como ministro de agricultura, pero había estado en Zimmerwald y ocupado una posición de centro-izquierda entre los socialrevolucionarios. Martov —o, para referirnos a él por su verdadero nombre, Yuly Osipovich Zederbaum (1873-1923)- el gran teórico del marxismo entre los mencheviques después de Plekhanov, y considerado como dirigente del Partido, estaba en especiales dificultades. A la cabeza de su grupo de mencheviques internacionalistas, se opuso vigorosamente

a la política "defensiva" de la mayoría menchevique; pero no quería dividir el partido y se oponía totalmente a lo que consideraba la política sectaria de los bolcheviques. Quería poner fin a la guerra, pero disentía totalmente de la opinión de Lenin de que la única forma de hacerlo era mediante una revolución socialista internacional, en cuya posibilidad no creía. Su falta de confianza en la cercanía de la revolución mundial confirmaba su opinión de que la Revolución no podía proseguirse en Rusia hasta una etapa socialista; pero también compartía la opinión tradicional menchevique de que los socialistas no debían entrar en coaliciones con los partidos burgueses para hacer una Revolución capitalista. Favorecía, pues, el gobierno burgués, controlado por una oposición socialista fuerte y unida. El efecto de esta actitud fue aislarlo a él y a su grupo de los "partidarios de la defensa" y de los bolcheviques; y, como tal política no era fácil de explicar convincentemente a un auditorio popular, tendieron a convertirse en un grupo notable de teóricos más que en un partido de masas. Contando como fracción del Partido menchevique, todavía unido nominalmente, eran siempre derrotados en las votaciones y podían ejercer poca influencia en el curso de los acontecimientos. Además, Martov mismo, aunque pocos lo superaban en capacidad para analizar una situación, era indeciso en la acción y casi nunca daba a sus partidarios una clara orientación práctica. N. Sukhanov, antiguo socialista revolucionario que se unió al grupo internacionalista de Martov, vio esta debilidad del líder y comprendió la imposibilidad de establecer un frente socialista unido. En opinión de Sukhanov, el abismo entre los que eran "partidarios de la defensa" y los internacionalistas era demasiado grande para poder salvarlo: por eso quería una reagrupación de todos los que aceptaban los postulados de Zimmerwald contra los partidarios de la defensa. Esto era impracticable, sin embargo, a no ser que participaran los bolcheviques; y, desde el momento del regreso de Lenin a Rusia, no existió una oportunidad de que esto pudiera lograrse. Porque aunque, sin Lenin, los bolcheviques habrían podido ser influidos a participar en cualquier intento conjunto de crear una mayoría "zimmerwaldiana" en los soviets, después de su regreso no hubo posibilidades de que llegaran a un acuerdo sobre una acción común, excepto en sus propias condiciones, que supondrían forzosamente el desplazamiento del gobierno provisional por un gobierno soviético directamente responsable de las organizaciones de masas de trabajadores y soldados y de los grupos campesinos que aceptaran la dirección proletaria —y, en la práctica, dominado por su propio partido—. Esto habría significado pasar directamente de la revolución burguesa a la socialista —lo que parecía a Martov un paso imposible de dar—. Sin duda, los bolcheviques, lo mismo que las

demás facciones de la izquierda, pedían insistentemente una Asamblea Constituyente y parecían apoyar así la demanda de que la estructura de la nueva Rusia se estableciera por veredicto de todo el pueblo y no sólo de los trabajadores. Pero, para los bolcheviques, la Asamblea Constituyente era más bien un instrumento para derrotar al gobierno provisional que el precursor de un régimen democrático parlamentario. Lo que querían —y no lo ocultaban— era una dictadura de los trabajadores —del proletariado ayudado por los campesinos pobres— y la exclusión de las demás clases de toda participación en el poder político. Concebían, sin duda, este gobierno de clase como la dictadura de una mayoría sobre una minoría desacreditada; mientras que Martov y Sukhanov temían por igual que significara en la práctica la dictadura de la minoría bolchevique sobre la gran masa de trabajadores.

En consecuencia, no había posibilidad real de una política común para los bolcheviques e intemacionalistas mencheviques u otros grupos que aceptaban las resoluciones de Zimmerwald, pero no estaban dispuestos a pasar directamente de la revolución burguesa a la socialista ni de depositar todas sus esperanzas en el rápido advenimiento de la revolución socialista en los demás países beligerantes. Había, no obstante, Otro grupo, la Mezhrayonka u Organización Intermunicipal, con quienes pudieron aliarse los bolcheviques porque este grupo estaba dispuesto a aceptar sus principios de acción. Los mezhrayonkistas, lo mismo que la facción de Martov, eran un grupo de dirigentes, sin una considerable masa de partidarios. Incluían, como vimos,[1] a figuras tan notables como Lunacharsky, Uritsky y Vorovsky y, sobre todo, Trotsky, quien se le unió inmediatamente después de su llegada a P^trogrado. Este grupo altamente significativo se apartó primero de los bolcheviques, porque consideraba sus métodos demasiado sectarios. Aceptaba los principales objetivos bolcheviques, compartía la creencia bolchevique en la inminencia de la revolución mundial y deseaba pasar inmediatamente de la etapa burguesa a la socialista; e, inclusive antes de los días de julio había llegado a la decisión de unirse al Partido Bolchevique. Su dirigente, Trotsky, como vimos antes,[2] se había mantenido alejado de los bolcheviques mucho antes de 1914, porque desaprobaba la extremada exclusividad de la política partidista de Lenin y trataba, como "conciliador", de salvar las diferencias entre las facciones bolchevique y menchevique de la socialdemocracia. Trotsky fue también, como hemos visto, el principal exponente de la teoría de la "revolución permanente", rechazando la aguda distinción trazada por Lenin entre la

[1] Véase p. 74.
- Véase vol. III, p. 427.

Revolucción "burguesa" y la "socialista" e insistiendo en que, en vista de la debilidad de la burguesía rusa, el proletariado se vería obligado a tomar la dirección y la responsabilidad de cualquier revolución triunfante en Rusia. En ambas cuestiones, las diferencias entre su opinión y la de Lenin había quedado casi borrada en 1917. Lenin se había acercado, virtualmente, a la opinión de Trotsky respecto al curso necesario de la Revolución en Rusia; y la actitud "conciliadora" de Trotsky había sido minada por la división entre partidarios de la defensa e internacionalistas, la que estuvo plenamente de parte de Lenin. Quedaba, como vimos,[3] la diferencia de que, mientras Lenin, al proyectar la segunda revolución destacaba principalmente el papel del Partido, Trotsky resaltaba más bien el papel de los soviets como los instrumentos principales que deberían ejercer después la dictadura del proletariado. Esta diferencia, sin embargo, no parecía suficiente como para mantenerlos separados, aunque en una etapa posterior resultó muy importante. Ambos veían la necesidad imperativa de obtener una mayoría en los soviets para la nueva Revolución, independientemente de que fueran los soviets o el partido sus principales ejecutores. Los mezhrayonkistas, poi consiguiente, se unieron al Partido bolchevique y Trotsky se convirtió, en agosto, en miembro del Comité Central del Partido y su más notable orador popular.

Los bolcheviques podían, pues, absorber; pero de ninguna manera podían cooperar en cualesquiera otros términos. No podían trabajar con Martov, quien se negó a romper definitivamente con los mencbeviques partidarios de la defensa; tampoco podían cooperar con los seguidores de Máximo Gorki (1868-1936), agrupados en torno a su periódico *Novaya Zhizn.* Más difícil aún era llegar a un entendimiento real siquiera con la extrema izquierda del Partido Socialrevolucionario; aunque, por algunos meses, compartieron con ellos el poder, en un gobierno de coalición posterior a la Revolución de Octubre y adoptaron, en efecto, al tratar el problema de la tierra, la política socialrevolucionaria tradicional, excluyendo por el momento la suya propia. Había un abismo insalvable entre los socialrevolucionarios y los socialdemócratas —bolcheviques y mencheviques por igual— porque los socialdemócratas creían necesario que la industrialización precediera y preparara el camino al socialismo, mientras los socialrevolucionarios, o bien estaban en contra de la industrialización o la consideraban innecesaria como medio para llegar a un orden socialista. La vieja controversia entre narodniks y marxistas tenía todavía mucha vigencia en 1917. Mientras todos los socialdemócratas se aferraban a la idea de dos revoluciones distintas,

[3] Véanse pp. 86-7.

burguesa y otra socialista —aunque algunos de ellos habían llegado al convencimiento de que podían ser dos etapas rápidamente sucesivas de un solo movimiento— los socialrevolucionarios no pensaban en una revolución burguesa, sino en una sola revolución popular que haría de los campesinos la fuerza dominante en la nueva sociedad. Sin duda, los grupos diferentes de socialrevolucionarios concebían esta revolución en términos bien distintos. Ya en 1906 se habían dividido en las facciones maximalista y minimalista * y esta última, que constituía la mayoría, había concebido una Revolución por etapas, la primera de las cuales estaría lejos de establecer una sociedad socialista. Pero esta primera etapa que contemplaban los socialrevolucionarios minimalistas era totalmente diferente de la revolución burguesa concebida por los socialdemócratas: era esencialmente agraria y no tenía nada que ver con el desarrollo del capitalismo o el gobierno burgués. Tampoco la concepción de los maximalistas tenía nada en común con la revolución socialista contemplada por los marxistas; porque, aunque una mayoría del Congreso Socialrevolucionario de 1906 contempló la posibilidad de una etapa de transición de dictadura de campesinos y trabajadores con el fin de establecer una sociedad socialista, el carácter transitorio de semejante dictadura fue enérgicamente destacado, y se dio por supuesto que después del establecimiento de la nueva sociedad, habría un sistema de gobierno muy descentralizado, sobre una base de democracia universal.

Los maximalistas y minimalistas no habían sido, en un principio, facciones rivales. En su Congreso de 1906, habían estado de acuerdo en que su meta era una sociedad totalmente socialista, que descansara sobre bases agrarias y la propiedad común de la tierra. La administración de la tierra y el control general del Estado debían confiarse principalmente a las comunas locales, donde debía residir la autoridad básica. El Estado debía ser un instrumento federal, flexiblemente organizado, estructurado sobre esta base comunal y la administración debía ser preservada cuidadosamente contra los peligros de la burocracia y la centralización. Los socialrevolucionarios, en sus objetivos ideales, eran esencialmente herederos de Bakunin y los narodniks y no de Marx; y esto se aplicaba tanto a su ala izquierda como a su ala derecha. Su Programa Mínimo, que se elaboró con mucho más detalle, no era una alternativa al Programa Máximo, sino una parte de éste —una consignación de prioridades más que la expresión de una doctrina rival—. Ambos programas eran esencialmente revolucionarios: ningún sector del Partido Socialrevolucionario creía en la posibilidad de reformas válidas mientras persistiera el régimen zarista. El primer objetivo común era

*** Véase vol. III, pp. 434-5.**

una revolución social que derrocara al zar e hiciera posible la convocación de una Asamblea Constituyente, elegida por sufragio universal, para promulgar una nueva constitución democrática y federal y dar a los campesinos la plena posesión de la tierra. Esta constitución debía contener el reconocimiento de los plenos derechos de autodeterminación de las nacionalidades, incluidas dentro del imperio ruso, y debía establecer la plena separación de la Iglesia y el Estado. Además de estos cambios estructurales, el Programa Minimo establecía la implantación de plena libertad de expresión de la opinión política y de no menor libertad de organización —derechos que debían ser garantizados por la Constitución como inviolables—. En el terreno económico, el Programa establecía que debía alentarse el desarrollo sindical y la participación sindical en la elaboración de planes para el control democrático de la industria. Pedía también la implantación general de la jornada de ocho horas y la promulgación de una legislación laboral y social protectora; pero el Programa Mínimo excluía la nacionalización de la industria, sobre la base de que sería aceptable sólo cuando el poder del Estado se hubiera transformado de una forma de autoridad reaccionaria a una democrática. El capitalismo de Estado y el socialismo de Estado debían oponerse mientras el Estado permaneciera en manos de la reacción.

Las partes más importantes del Programa Mínimo eran las que se referían al problema de la tierra. Todas las tierras de propiedad privada debían ser expropiadas, sin compensación a sus propietarios. La tierra, incluyendo la poseída por el Estado, debía sujetarse a la administración colectiva de autoridades locales electas por el pueblo, que debían distribuirla, bien a individuos o a grupos cooperativos, para asegurar que cada hogar campesino tuviera lo suficiente para vivir. Para ayudar a los nuevos tenedores de la tierra a darle el mejor uso posible, debían desarrollarse organismos de crédito en forma de cooperativas y debían alentarse las demás formas de la actividad cooperativa —en la compra y venta de equipos y en lo referente al cultivo—. Las cooperativas de consumo también debían promoverse. Otro aspecto del Programa era la prohibición de negociar la tierra, para evitar el surgimiento de una clase de campesinos ricos, que emplearan mano de obra asalariada, arrendando la tierra a sus vecinos y minando la igualdad de la vida rural. Además, para proteger esta igualdad, las autoridades locales deberían cobrar impuestos o rentas a los ocupantes de los mejores terrenos, aplicando sus importes a usos comunales, como el mejoramiento de la tierra.

Éste era un Programa Mínimo de gran alcance, imposible de realizar excepto como resultado de una amplia revolución social. No era,

sin embargo, socialista en el sentido ordinario de la palabra, ya que concebía el cultivo individual de la tierra por los campesinos, ayudado por una red de organismos cooperativos que debían sentar las bases de un sistema plenamente socializado. La facción maximalista disentía del Programa Mínimo, no tanto porque sus componentes postularan una más avanzada socialización inmediata sino porque pedían una política más intensa de lucha por métodos terroristas contra el régimen existente e insistían en la necesidad de un sistema tradicional de dictadura de campesinos y trabajadores para la total erradicación de la vieja estructura social. En el Congreso de 1906, una mayoría suscribió la opinión de que semejante dictadura -*podía* ser necesaria; pero una minoría importante votó en contra y la mayoría no fue más allá de esta manifestación condicional.

Poco después del Congreso, que resultó en la adopción de un programa común, que incluía las demandas mínimas y máximas, los grupos más extremistas empezaron a reunirse en la facción maximalista. Esta facción planteó la necesidad de mantener una política terrorista activa ante la reacción que siguió a la derrota de la Revolución de 1905; y rechazó también el supuesto "parlamentarismo" de los principales miembros del Partido, expresado en la demanda de una Asamblea Constituyente democráticamente elegida. La dirección del Partido respondió, en noviembre de 1906, expulsando a los maximalistas que se negaban a aceptar todas las decisiones del Congreso. En lo sucesivo, los maximalistas excluidos constituyeron un pequeño partido extremista y este partido existía aún, aunque sin gran influencia, en 1917. En la segunda revolución de ese año, los maximalistas se pusieron de parte de los bolcheviques, pero inmediatamente después aparecieron como partidarios del control democrático de los obreros sobre las industrias, en oposición al control centralizado que consideraban era el favorecido por el Partido Bolchevique. Tolerados durante los primeros días del gobierno bolchevique, pudieron publicar un periódico, *El Maximalista,* y obtener la elección de algunos de sus miembros para los Soviets de Petrogrado y de otras ciudades. Pero pronto disputaron acremente entre sí y, en abril de 1920, decidieron por mayoría asimilar su organización al Partido Comunista. Los principales disidentes abandonaron Rusia o fueron arrestados y el movimiento se desintegró.

Los maximalistas no fueron nunca más que una pequeña facción del movimiento socialrevolucionario. En el otro extremo había otro grupo, los populistas, cuyos dirigentes más conocidos eran los exilados Nicolai Chaikovsky y Félix Volkhovsky, quien murió en 1914. Los populistas formaron un grupo independiente en la Duma anterior a 1914 y representaron allí al sector más moderado del amplio movimiento social-

revolucionario. A partir de 1914, apoyaron enérgicamente la guerra y, dirigidos por Chaikovsky, encabezarían el gobierno de Arkangelsk, establecido bajo auspicios británicos en 1918. Los populistas estaban fuera, sin embargo, de la corriente principal del movimiento socialrevolucionario y nunca tuvieron muchos partidarios. A la cabeza del núcleo central más importante del movimiento socialrevolucionario quedó, después de la muerte del químico G. A. Gershuni (1870-1908), el intelectual Víctor M. Chernov (1873-1952), hijo de un funcionario zarista y socialista activo en sus días de estudiante. Chernov, a diferencia de la mayoría de los líderes socialrevolucionarios, era un brillante estudioso del marxismo y buen conocedor de los movimientos socialistas occidentales. Antes de la Revolución había vivido por largo tiempo en el exilio, principalmente en Suiza, donde editó el principal órgano socialrevolucionario anterior a la Revolución de 1905. En el exilio aprendió a considerar como obsoleta la vieja doctrina narodnik que contemplaba la construcción de un socialismo campesino sobre la base de las antiguas comunas. Superó también su oposición al desarrollo industrial, conservando una fuerte objeción a la extensión de los métodos capitalistas en gran escala a las regiones rurales. Había llegado inclusive a considerar que el proletariado industrial debía desempeñar un papel a la vanguardia de la futura revolución en la que constituiría, en su opinión, la parte directiva más importante, integrando los campesinos el gran núcleo del ejército del progreso. Había aprendido también a rechazar la idea narodnik de que todo el campesinado constituía una sola clase revolucionaria. En la Revolución, afirmaba, los campesinos pobres lucharían contra la burguesía rural, mientras que el proletariado urbano combatiría a la burguesía de las ciudades. En cuanto a la revolución burguesa, que los socialdemócratas esperaban como acontecimiento futuro, Chernov la situaba en el pasado, como si ya se hubiera realizado cuando los siervos fueron emancipados y la industria recibió suministros de trabajadores procedentes de los distritos rurales. En consecuencia, no habría lugar para otra revolución burguesa. No obstante, Chernov creía que la Revolución tendría dos etapas, la primera para establecer una República democrática y dar la tierra a los campesinos y la segunda para establecer el socialismo, sobre la base de una agricultura socializada de acuerdo con el Programa Máximo de los socialrevolucionarios. Chernov creía que su "socialismo constructivo" combinaba lo bueno del marxismo con lo positivo del socialismo utópico. Su pensamiento era predominantemente "occidental" y debía mucho a sus contactos con los socialistas occidentales; pero estaba convencido de que el camino hacia el socialismo estaba en la victoria de los campesinos

pobres y era contrario a la idea de que la agricultura rusa debía adoptar métodos de producción capitalistas.

La mayoría de los líderes socialrevolucionarios eran sobre todo hombres de acción, con poca teoría. Chernov, por otra parte, era esencialmente un teórico más que un hombre de acción. Era, además, por sus contactos occidentales, mucho más intemacionalista que la mayoría de ellos en sus ideas políticas. Lejos de ponerse de parte de los "partidarios de la defensa" al estallar la guerra, no sólo se aferró a la línea de Stuttgart, sino que participó activamente en la Conferencia de Zimmerwald de 1915 y suscribió su demanda de una paz popular. Se. adhirió, no obstante, a la mayoría pacifista y no al grupo minoritario de Lenin, que quería el fin de la guerra por una revolución proletaria universal. Cuando sobrevino la Revolución de febrero estaba todavía en el extranjero. De vuelta a Petrogrado a principios de abril, encontró al Partido Socialrevolucionario dividido, con su ala derecha tendiendo a apoyar a Kerensky y su ala izquierda en activa oposición al gobierno, mientras que una gran masa de miembros del ejército, sin experiencia política, y la *intelligentsia* vacilaban sin dirigentes, en medio de la confusión de la época. Trató de ponerse a la cabeza de este grupo central y de imbuirlo de algurías de sus ideas internacionalistas. Se produjo cierta sorpresa cuando, después de la caída de Milyukov, aceptó la posición de Ministro de Agricultura en el nuevo gobierno de coalición, sin duda en la esperanza de influirlo para hacer rápidas proposiciones de paz a los aliados y para dar pasos hacia la convocatoria de una Asamblea Constituyente que tomara en sus manos el problema de la tierra. Como ministro, sin embargo, parece no haber hecho una impresión efectiva en sus colegas; y su situación en el gobierno era fatal para la posibilidad de ganar el apoyo popular. Deseando la paz, se vio comprometido con los que querían continuar la guerra; sinceramente interesado en que la tierra fuera entregada a los campesinos, tenía que hacer lo posible, como ministro, para evitar que se la apropiaran por sí mismos, sin esperar a que se las otorgara la Asamblea Constituyente. Se vio atacado desde la derecha por sus antecedentes "zimmerwaldianos" y, desde la izquierda, como apoyo de la burguesía y opositor a la influencia soviética. Estaba, evidentemente, desorientado e incapaz de dar al partido una dirección eficaz. En los disturbios de julio, fue apresado por los manifestantes contra el gobierno y rescatado por Trotsky, quien se aventuró entre la multitud para salvarlo y logró rescatarlo. Cuando, después de los "días de julio", Kerensky constituyó el tercer gobierno de coalición, Chernov participó nuevamente y se vio envuelto en la gran "caza de brujas" antibolchevique de las siguientes semanas. Siguió siendo, sin embargo, el líder reconocido del Partido Socialrevo-

lucionario, donde conservaba su posición central y algo de su antiguo prestigio como principal inspirador de las doctrinas sociales del partido. Durante la Revolución de Octubre, a la que por supuesto se oponía, no tuvo oportunidad de ejercer ninguna acción importante. Cuando terminó, siguió expresando sus opiniones sin ser molestado hasta que la Asamblea Constituyente se reunió el 16 de enero de 1918. La Asamblea lo escogió como su presidente prefiriéndolo a Marie Spiridonova, candidata de los socialrevolucionarios de izquierda y pronunció un discurso inaugural donde recitó su fe socialista. Bujarin, por los bolcheviques, le respondió duramente, preguntando qué clase de socialismo concebía y afirmando que "un socialismo que llegaría en doscientos años" equivalía a nada. El socialismo que querían los trabajadores, dijo Bujarin, era un socialismo que les enseñara a actuar en el presente, no la simple promesa de un futuro ideal. Chernov no tuvo oportunidad de discutir esa cuestión en la Asamblea porque, al día siguiente, los bolcheviques desalojaron el recinto de las sesiones y advirtieron a sus miembros que se retiraran. Chernov, llamado por algunos de sus colegas para que apelara a sus partidarios en su ayuda, se negó, diciendo que no quería participar en el derramamiento de sangre de una guerra a muerte entre los socialistas.

Después de la dispersión de la Asamblea, Chernov permaneció en Rusia. Lo encontramos después en Samara, donde muchos socialrevolucionarios importantes se habían reunido, con algunos mencheviques, y trataban de establecer un nuevo gobierno provisional integrado por miembros de la dispersada Asamblea Constituyente. Apenas fue constituido este gobierno cuando los legionarios checos capturaron Omsk, en Samara, y algunas otras ciudades y cortaron el contacto del gobierno bolchevique con Siberia y gran parte de la Rusia oriental europea. En medio de estas confusiones, otros gobiernos provisionales aparecieron en Siberia y los Urales. El nuevo gobierno siberiano, dominado en un principio por los socialrevolucionarios, fue pronto capturado por elementos contrarrevolucionarios de derecha y el gobierno de los Urales, establecido en julio, fue desde un principio populista, con. algunos miembros cadetes, aunque tenía cie·to apoyo menchevique. En septiembre, en una conferencia efectuada en Ufa, de la región de los Urales, se decidió establecer un gobierno provisional para toda Rusia, con instrucciones de convocar de nuevo a la Asamblea Constituyente a principios del año siguiente. La Conferencia de Ufa fue presidida por el socialrevolucionario de derecha N. Avksenticv (1878-1943), quien encabezó el nuevo gobierno, con otros socialrevolucionarios de derecha, V. M. Zenzinov (1881-1953), como su principal colega. Chernov, con el apoyo del Comité Central Socialrevolucionario se opuso a la formación del gobierno

de Ufa, que incluía a cadetes y socialistas y dependía totalmente de las fuerzas contrarrevolucionarias al mando del almirante Kolchak. Poco después de su formación, el Ejército Rojo se apoderó de Samara. El gobierno de Ufa permaneció en existencia nominal hasta noviembre de 1918, cuando Kolchak lo derrocó y se proclamó Gobernante Supremo de todas las Rusias. Avksentiev, Zenzinov y otros socialrevolucionarios de derecha huyeron al exterior y se radicaron en París, donde siguieron realizando una violenta campaña de propaganda contra el gobierno bolchevique y en favor de la intervención aliada. Los demás líderes socialrevolucionarios permanecieron en la región del Volga, pero en su mayoría renunciaron a la resistencia armada contra los bolcheviques. Chernov manifestó su intención de proseguir una lucha sin armas contra los extremos; pero el Partido Socialrevolucionario siguió desintegrándose rápidamente. A principios de 1919, un grupo encabezado por V. K. Volsky y N. I. Rakitnikov fue a Moscú para hacer la paz con el gobierno; y, en febrero de ese año, los socialrevolucinarios de Petrogrado sostuvieron una conferencia donde renunciaron formalmente a toda resistencia armada. En respuesta a estas insinuaciones, el gobierno soviético legalizó de nuevo al Partido Socialrevolucionario, que había sido proscrito en el mes de junio anterior. Chernov, quien no estaba de acuerdo ni con Avksentiev ni con Volsky, pero coincidía con este último en la renuncia a la fuerza como arma, pudo reanudar entonces sus actividades como propagandista. En junio reunió en Moscú un congreso de los restos del partido, que procedió a condenar a Volsky y Avksentiev. La facción de Volsky abandonó entonces el partido, que tuvo en lo sucesivo poca importancia y sufrió creciente persecución. Chernov permaneció en Rusia algún tiempo y escapó luego al extranjero, donde escribió una historia de sus experiencias. Su última aparición en Rusia parece haber sido en mayo de 1920, cuando se presentó disfrazado para pronunciar un discurso en una reunión organizada por el sindicato de impresores, predominantemente menchevique, para recibir a la delegación laborista británica que visitaba entonces Rusia. F. I. Dan (1871-1947), el líder menchevique, habló también en el mitin. El fin del Partido Socialrevolucionario se produjo en 1922, cuando los líderes que quedaban en Rusia fueron juzgados por traición y condenados a muerte, después de que el líder socialista belga Émile Vandervclde fue enviado a Rusia para actuar como abogado defensor. Vandervelde y Muraviev, abogado ruso que también actuó en la defensa, protestaron contra la forma en que se realizó el juicio y se retiraron del tribunal antes de que se pronunciara el veredicto. Las víctimas, aunque condenadas, no fueron ejecutadas, porque el gobierno había prometido a los líderes socialistas occidentales que se respetarían sus vidas. Su suerte en el cauti-

veno es, en general, desconocida. Algunos de ellos fueron presentados, varias veces, como testigos en los grandes juicios por traición de los años treinta y se les indujo a dar pruebas condenatorias contra las víctimas de esos enjuiciamientos —haciéndolo algunos, mientras otros se negaron a ello—. De las principales figuras, Abram Rafailovich Gots (1882-1937) fue fusilado finalmente en 1937 y V. A. Karelin murió o fue asesinado por la misma época. Otro, el antes prominente crítico Ivanov-Razumnik, sobrevivió hasta ser hecho prisionero en Lituania por los alemanes en 1941, muriendo en Alemania dos años más tarde, después de escribir sus *Memorias,* publicadas posteriormente en Nueva York. Estas *Memorias* contienen un vivido relato de sus experiencias en prisión y de la suerte de numerosos socialrevolucionarios condenados en 1922.

Durante el juicio, el fiscal hizo numerosos intentos de acusar a los principales socialrevolucionarios de complicidad con los "blancos" y los intervencionistas aliados durante la guerra civil; pero no se presentaron pruebas reales contra las personas que eran juzgadas —aunque resultó fácil afirmar, por supuesto, que muchos socialrevolucionarios que no estaban sometidos a juicio, como Avksentiev y Zenzinov, habían sido culpables de ese delito.

Así, el Partido Socialrevolucionario, grande en su tiempo, desapareció finalmente. Siempre consistente en una amalgama de muchos grupos y tendencias, había debido su escasa coherencia teórica a Chernov, quien fue casi el único arquitecto de su Programa en 1906 y mantuvo la dirección, a pesar de su evidente incapacidad práctica, porque nadie más podía asumir su lugar. Hubo, por supuesto, otros líderes, pero ninguno llegó a formular una política coherente. El Partido Socialrevolucionario había sido integrado, en un principio, como campeón de numerosos movimientos campesinos locales, preocupado cada uno con sus propios problemas. Había dado expresión a los elementos comunes de descontento rural —sobre todo, al hambre de tierra y al odio al sistema zarista de latifundismo y represión—. Después de su enorme expansión en 1905-6, empequeñeció pronto y fue agudamente dividido por la cuestión de la política terrorista. El problema había sido resuelto siguiendo la costumbre de establecer una organización terrorista autónoma y secreta, que pudo seguir su propio curso sin complicar demasiado al partido como organismo; pero, después de la revelación de las relaciones de Azev[5] con la policía zarista, el terrorismo cayó en el descrédito y la dirección del partido renunció oficialmente a practicarlo. Ya mucho antes de 1914 el partido comenzó a desintegrarse, a medida que su ala derecha empezaba a comprometerse en patrocinar aventuras coope-

[5] **Véase vol. III, p. 415.**

rativistas, mientras que el núcleo central conservaba su carácter esencialmente revolucionario. Como hemos visto, el problema de la guerra lo dividió aún más, produciendo un hondo abismo entre los "patriotas" y el ala izquierda antibelicista. En 1917, durante y después de la Revolución de febrero, experimentó un enorme crecimiento, sirviendo como foco principal de atracción para los movimientos campesinos locales y de soldados en su mayoría campesinos. Atrajo también a un gran núcleo de intelectuales hasta entonces no afiliados a ningún partido, así como de profesionales, que sabían poco de socialismo, pero lo consideraba como el más ruso de todos los partidos que apoyaban la Revolución. De este modo, agobiado por los recién llegados y escaso de líderes responsables, el Partido Socialrevolucionario fue incapaz de llegar a una actitud coherente. En general, apoyó a los sucesivos gobiernos provisionales y especialmente a Kerensky, quien se afilió al partido después del estallido de la Revolución. Pero este apoyo, que nunca fue sólido, se debilitó rápidamente cuando fue evidente que estos gobiernos no daban al pueblo ni pan ni paz y ni siquiera autorizaban a los campesinos a tomar posesión de la tierra. En efecto, mucho antes de octubre de 1917, los socialrevolucionarios dejaron de constituir un solo partido y gran parte de sus miembros pasaron a integrar un ala izquierda que, aunque todavía apegada formalmente al antiguo partido, actuaba ya en alianza con los bolcheviques para realizar una segunda revolución, definitivamente socialista.

Los socialrevolucionarios de izquierda, quienes se organizaron plenamente como partido después de la Revolución de Octubre, eran totalmente distintos a los maximalistas, que ya estudiamos, quienes se habían separado del Partido Socialrevolucionario once años atrás. Constituían un nuevo grupo, nacido de la Revolución, primero como ala izquierda indefinida del amplio movimiento socialrevolucionario, pero diferían mucho en su actitud, no sólo del ala derecha sino también del grupo centrista de Chernov. La participación de Chernov en el gobierno provisional a su regreso a Rusia fue un factor importante que los impulsó a organizarse como facción independiente, aunque todavía sin separarse formalmente de los socialrevolucionarios como partido.

Entre las personalidades notables de este nuevo movimiento estaba el veterann dirigente narodnik Mark A. Natanson (1850-1919), conocido también como Bobrov, quien tenía viejas relaciones con el Partido Socialrevolucionario y había participado activamente en la Revolución de 1905. Natanson apareció en 1917 en la extrema izquierda de los socialrevolucionarios, como opositor a toda forma de cooperación con la burguesía y a todo apoyo al esfuerzo bélico. Formaba parte de la extrema izquierda de los "zimmerwaldianos" y esperaba el fin de la guerra me-

diante una revolución socialista universal. No era marxista, sin embargo, sino un dirigente campesino de la escuela de Piotr Lavrov —hostil a la industrialización capitalista y creyente de la revuelta de las masas campesinas como el camino para el nuevo orden social—. La segunda figura importante era Marie Spiridonova (1885-?), agitadora inmensamente popular que se hizo un gran nombre en 1906, al asesinar a un gobernador provincial impopular. Otros líderes prominentes eran B. Kamkov (alias Katz), y V. A. Karelin, en la extrema izquierda, así como Isaac Nachman Steinberg (1888-1957), quien fue Comisario de Justicia en el transitorio gobierno de coalición de bolcheviques y socialrevolucinarios de izquierda establecido después de la Revolución de Octubre y dedicó el resto de su vida, después de la destrucción del partido, a buscar acomodo para los refugiados judíos en Occidente. Otro era Alexandrovich, quien representó a los socialrevolucionarios de izquierda en la Chelea de Petrogrado. Fue fusilado en julio de 1918, después de los disturbios que siguieron al asesinato del embajador alemán, Von Mirbach, por otro socialrevolucionario de izquierda, Jacob Blumkin (n. 1898), quien trabajó para el rég'men soviético bajo el mando de Trotsky y fue fusilado, por trotskista, en 1929.

En todo caso, desde mayo de 1917, cuando los socialrevolucionarios sostuvieron su Tercer Congreso, esta ala izquierda exigió un gobierno totalmente socialista, la paz inmediata y la entrega inmediata de la tierra a los campesinos; y en los meses siguientes sus miembros encabezaron a los campesinos que se apoderaron de la tierra sin esperar a qre el gobierno se las diera. Su número aumentó rápidamente, a medida que se debilitaba el control de Chernov sobre el movimiento socialrevolucionario y obtuvieron gran apoyo, no sólo en el campo, sino también entre los marinos de las flotas del Báltico y del Mar Negro y, en cierta medida, entre los trabajadores industriales. Su oposición a todo compromiso con la burguesía y su actitud en la cuestión de la tierra, así como su oposición al defensismo los acercaron cada vez más a los bolcheviques, de los que diferían principalmente en que ellos objetaban un partido centralizado, estrechamente disciplinado y esperaban convencer al mayor número posible de partidos socialistas y de facciones de que apoyaran una cruzada revolucionaria socialista de bases amplias. En agosto, la organización del Partido Socialrevolucionario en la misma Petrogrado se había puesto casi unánimemente de su parte, dejando a la dirección oficial socialrevolucionaria casi aislada en la capital; y poseían también un gran núcleo de apoyo en muchos de los soviets locales v provinciales de otros lugares. En octubre se produjo un rompimiento definitivo con el principal Partido Socialrevolucionario, en la primera reunión del pre-Parlamento de Kercnsky, cuando los socialrcyoluciona-

rios de izquierda se retiraron, negándose a apoyar la política "defensiva" de la mayoría. Estaban fuertemente representados en el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, que organizó Trotsky, pero parece que todavía en octubre se oponían a una insurrección inmediata. En todo caso los bolcheviques no los consultaron al planear el golpe y su participación en él se produjo, si es que llegó a ocurrir, a través del Comité Militar del Soviet. Pero, al día siguiente del golpe, los socialrevolucionarios de izquierda rompieron finalmente con el Partido Socialrevolucionario, negándose a seguirlo cuando se separó del Segundo Congreso de Soviets como protesta contra la toma del poder por los bolcheviques. Quince días después efectuaron su propio Congreso, con numerosos delegados de las provincias, y se constituyeron formalmente en un partido independiente. Al principio, rechazaron la oferta de Lenin de integrar un gobierno de coalición con los bolcheviques e intentaron negociar una más amplia coalición socialista. Pero cuando no se logró esto, se unieron a los bolcheviques, en el Segundo Congreso Nacional de Soviets Campesinos efectuado a principios de diciembre, para excluir a los elementos socialrevolucionarios hostiles y elegir un nuevo ejecutivo campesino pro-bolchevique. Este acto fue seguido, inmediatamente, por su decisión de participar en el Consejo de Comisarios del Pueblo, con A. Kolegaev, su principal experto en agricultura, como Comisario de Agricultura —posición clave—, con Steinberg en el cargo, no menos importante, de Comisario de Justicia y Alexandrovich en un puesto importante en la recién establecida Cheka.

La coalición de bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda fue de corta vida. Lo que le puso fin fue la decisión bolchevique de aceptar el Tratado de Brest-Litovsk. que los socialrevolucionarios denunciaban como una traición a la causa revolucionaria. No eran los únicos pero, a diferencia de la minoría bolchevique, se negaron a aceptar la decisión de la mayoría y votaron unitariamente contra el Tratado en el Cuarto Congreso Soviético Pan-Ruso, en marzo de 1918. Esto llevó implícita su retirada del gobierno y los colocó en aguda oposición con el Partido Bolchevique. Lo que pedían era que el gobierno ruso, en vez de aceptar las condiciones alemanas, organizara una resistencia de masas a los alemanes, en forma de una guerra revolucionaria de guerrillas. Los campesinos y trabajadores, proponían, debían ser llamados a levantarse dondequiera que llegaran los alemanesca interrumpir las comunicaciones y cometer actos de sabotaje y terrorismo que imposibilitaran a los ejércitos alemanes gozar de un momento de seguridad. Cuando se rechazó esta heroica política, no cedieron. En junio de 1918 anunciaron públicamente su intención de organizar actos de terrorismo contra los alemanes e hicieron lo posible por estimular la rebeldía en

los distritos ocupados por los alemanes. El 6 de julio, el joven Jacob Blumkin, uno de sus miembros destacado en la Cheka, logró asesinar a Von Mirbach, nuevo embajador alemán, en la propia embajada. F. E. Dzherzhinsky (1877-1926) y otros líderes de la Cheka fueron retenidos como prisioneros en sus oficinas por un cuerpo de soldados bajo las órdenes de socialrevolucionarios de izquierda y hubo algunas horas de lucha hasta que fueron puestos en libertad y suprimida la rebelión. Como no parece haberse hecho ningún intento de ocupar otros edificios públicos o de producir una huelga general, no se sabe qué trataban de hacer los socialrevolucionarios de izquierda complicados en este asunto. Marie Spiridonova y otros negaron categóricamente que se hubieran hecho planes para un levantamiento y más bien parece que un pequeño grupo actuó por su cuenta, sin el apoyo general del partido. Marie Spiridonova aceptó, no obstante, la responsabilidad por haber autorizado el asesinato de Mirbach; y no hay duda de que el Comité Central Socialrevolucionario de izquierda favorecía la política de terrorismo contra los alemanes.

Lo sorprendente, a la luz de la conducta bolchevique posterior, es que después de estos incidentes los socialrevolucionarios de izquierda fueron tratados, en su mayoría, con singular delicadeza. Alexandrovich, es cierto, fue fusilado por su participación en los disturbios de la Cheka; pero Blumkin, después de escapar, pudo seguir sirviendo bajo la dirección de Trotsky y Marie Spiridonova, quedando en libertad de continuar la agitación. Sin duda esto fue así porque los líderes bolcheviques tenían plena conciencia de la impopularidad extrema de los alemanes y de la gran popularidad de la propia Spiridonova y de la oposición socialrevolucinaria de izquierda al Tratado de Brest-Litovsk y a las exacciones que los alemanes impusieron en los meses siguientes. También influyó, indudablemente, el factor de que los bolcheviques esperaban, con grandes posibilidades de éxito, atraer a la mayoría de la izquierda socialrevolucionaria y no podían, en las precarias condiciones de mediados de 1918, crearse más enemigos. Porque los disturbios de los socialrevolucionarios de izquierda coincidieron en el tiempo con la ocupación de Omsk, Samara y otras ciudades por las fuerzas checas, así como con el establecimiento, por los socialrevolucionarios de derecha y otros grupos, de gobiernos provisionales rivales en Siberia y los Urales, el surgimiento del almirante Kolchak como líder principal de la contrarrevolución en armas, los inicios de una seria intervención armada de los aliados y la grave disminución de la popularidad de los propios bolcheviques. La lealtad de la izquierda socialrevolucionaria a la causa revolucionaria no estaba en duda y el gobierno no podía, en ese momento, empujar a sus filas a una revuelta de masas. Lo que hicieron los bolcheviques fue sólo

iniciar un proceso de eliminación de los representantes más activos de la izquierda socialrevolucionaria de las posiciones de influencia y de los saviets locales, sin proscribir definitivamente al Partido Socialrevolucionario de izquierda. Se creía, en general, que aunque el Comité Central del Partido, o al menos una parte del mismo, había estado muy comprometido en el asesinato de Mirbach y en los disturbios de la Cheka, la gran masa de sus miembros no habían participado en estos hechos y muchos inclusive los habían criticado; y, a pesar de la fuerte presión alemana para que se actuara contra los responsables, los bolcheviques no se decidían, por las razones apuntadas, a recurrir a medidas drásticas. Los líderes de la izquierda socialrevolucionaria sometidos a juicio en noviembre de 1918 recibieron sentencias leves: Marie Spiridonova, aunque sentenciada a un año de prisión, fue libertada de inmediato por una amnistía.

A pesar de la ligereza de la acción tomada contra los socialrevolucionarios de izquierda, su partido empezó pronto a desintegrarse. Pequeños grupos actuaron bajo instrucciones de organizar la guerra de guerrillas contra los alemanes y contribuyeron así a las dificultades de la ocupación cuando las fuerzas armadas alemanas empezaron a quebrarse en el curso del año. Muchos socialrevolucionarios de izquierda se afiliaron al Partido Comunista y participaron en la guerra civil de parte del gobierno soviético. Un residuo del partido desarrolló lo mejor que pudo una campaña de propaganda para el control democrático de la industria y contra la requisición de suministros de los campesinos organizada por el gobierno. En la primavera de 1920 un grupo, encabezado por Steinberg, pudo publicar por un tiempo su periódico, *Znarnya,* que exigía el control de las industrias por los sindicatos, el control de la agricultura por uniones de campesinos, el control de la distribución por cooperativas y una estructura descentralizada del gobierno y examinaba también el problema de los límites permisibles al empleo de la violencía y el terrorismo como armas políticas. Pero *Znarnya* fue clausurado finalmente en mayo de 1921 y, al año siguiente, los líderes socialrevolucionarios de izquierda que quedaban fueron liquidados o lograron, como Steinberg, escapar al extranjero. A Natanson, que contaba cerca de setenta años, se le permitió salir al extranjero después de los trastornos de 1918 y murió al año siguiente. Marie Spiridonova, arrestada nuevamente a principios de 1919, fue enviada a un sanatorio, del que pronto escapó.

Permaneció libre, oculta, hasta octubre de 1920, cuando volvió a ser arrestada. Se desconoce lo que le sucedió después. Kamkov fue enviado a la cárcel, para ser sacado en 1938 con el objeto de que aportara pruebas contra Bujarin, con quien se sostenía que había conspirado

veinte años antes para matar a Lenin, btalin y otros, y formar un gobierno trotskista —acusación absurda, que Kamkov se negó a corroborar—.

De todos los partidos socialistas rusos de 1917, los socialrevolucionarios de izquierda eran los más idealistas y, en algunos aspectos, los más atractivos. Constituían, esencialmente, un partido campesino, descendían de los narodniks y estaban convencidos de que Rusia no necesitaba pasar, en su camino hacia el socialismo, por una etapa intermedia de industrialización capitalista. No eran planificadores y abrigaban gran hostilidad por toda clase de centralización y burocracia: como Rosa Luxemburgo en Alemania, creían, por encima de todo, en la fuerza creadora inherente a las masas y en la capacidad de estas masas para elevar a sus propios líderes y construir una nueva sociedad a su gusto. Su misión, tal como la concebían, era levantar a las masas, por todos los medios en su poder, sin prescindir de los levantamientos campesinos o del asesinato terrorista cuando pudiera ayudar a la causa, pero hostiles a las demás formas de terrorismo que servían con demasiada frecuencia para encubrir actos de simple bandidaje o de inexcusable violencia. Hasta que estalló la guerra no diferían mucho del núcleo principal de socialrevolucionarios, a quienes trataban de estimular a una mayor acción, más que a oponerse. No estaban dispuestos, sin embargo, a transigir; y cuando el ala derecha y el centro del Partido Socialrevolucionario se permitieron participar en coaliciones con los partidos burgueses, en la causa de la defensa nacional, reaccionaron agudamente y se encontraron aliados a los bolcheviques en oposición a los sucesivos gobiernos de coalición y a su política belicista. Veían al Estado como enemigo de la libertad, no menos después de la Revolución de febrero que antes; y se dispusieron a combatirlo por todos los medios a su disposición. Sus faltas, desde el punto de vista del éxito de la acción revolucionaria, eran una incapacidad para distinguir entre lo posible y lo impraticable y una incapacidad para transigir o aparentar, así como para organizar la acción en una escala más que local. No eran, en su mayoría, anarquistas decididos, pero tenían mucho en común con ellos, en los métodos si no en la teoría. Los bolcheviques los consideraron, naturalmente, imposibles como colegas después de la toma del poder, pero no pudieron prescindir de ellos inmediatamente por la extensión de su influencia entre los campesinos, a quienes sólo ellos parecían capaces de atraer, en número considerable, de parte de la segunda Revolución. Su política en relación con la tierra fue la misma que Lenin indujo a adoptar a su Partido en el periodo crítico de 1917, y pasado éste, cuando los bolcheviques se unieron a los socialrevolucionarios para instar a los campesinos a apoderarse de la tierra sin esperar el consentimiento de nadie v estuvieron de acuerdo con el establecimiento de una economía agraria indi-

vidualista, en contra de su propia doctrina, sabiendo que cualquier intento de colectivización inmediata destruiría la Revolución, poniendo en su contra a la gran masa de los campesinos. Los bolcheviques, sin embargo, al seguir la política de los socialrevolucionarios de izquierda para resolver una emergencia inmediata no se convencieron en lo absoluto de ella ni estaban dispuestos a compartir realmente el poder con sus exponentes. Sólo se tomaron tiempo para liquidar al Partido Socialrevolucionario de izquierda, aceptando a los miembros dispuestos a entrar en sus filas y a ayudarlos a destruir la influencia del viejo Partido Socialrevolucionario, cuyos líderes estaban contra ellos en la guerra civil o, en el mejor de los casos, no estaban dispuestos a hacer causa común con ellos contra los "blancos".

Durante su breve permanencia en la coalición bolchevismo-izquierda socialrevolucionaria, como Comisario de Agricultura, Kolegaev fue responsable de la redacción de la ley definitiva sobre la política respecto a la tierra. De acuerdo con esta ley, la redistribución de la tierra fue quitada de las manos de los comités especiales a los que se había confiado antes de formarse la coalición, para entregarla a los sectores campesinos de los soviets locales. Éste fue un cambio importante porque los comités habían estado dominados por el antiguo Partido Socialrevolucionario, mientras que el nuevo sistema daba la autoridad definitiva a los soviets generales controlados por los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda. La misma Ley de Reforma Agraria se basaba en gran medida en el viejo programa socialrevolucionario y disponía la distribución sobre una base destinada a asegurar los medios de vida a todo hogar campesino. Pero también destacaba fundamentalmente la ¡íecesidad de introducir mejores métodos de producción y de alentar el cultivo colectivo como superior económicamente al cultivo individual. El primer decreto bolchevique no contenía referencia al problema del cultivo colectivo, que había sido pospuesto en un momento en que los bolcheviques querían, sobre todo, asegurar el máximo de apoyo campesino a su toma del poder. La inclusión de una declaración en favor del cultivo colectivo, bajo los auspicios de un comisario perteneciente no al Partido Bolchevique, sino al Socialrevolucionario de izquierda, fue un síntoma significativo de que el Partido Bolchevique, aunque estaba dispuesto a hacer grandes concesiones inmediatas a los campesinos, no lo estaba a abandonar su intención de socializar la tierra así como a los campesinos, en la primera oportunidad conveniente. No parece tampoco que los socialrevolucionarios de izquierda estuvieran en principio contra esto, aunque ••sin duda habrían ofrecido una fuerte oposición a la colectivización *forzosa.* Los socialrevolucionarios de izquierda, a diferencia de muchos de los miembros del antiguo Partido Socialrevolucionario, eran decidida-

mente socialistas y no desconocían el peligro de que, bajo un sistema de cultivo individual, los campesinos pudieran convertirse fácilmente en un fuerza muy conservadora. Esperaban evitarlo, en general, mediante el mayor desarrollo posible de los métodos de cooperativas, en contra de la colectivización forzosa. Los bolcheviques objetaron esto, sosteniendo que las cooperativas voluntarias darían ventajas a los campesinos más acomodados; y, con estas razones, acusaron con frecuencia a los socialrevolucionarios de izquierda de ponerse de parte de los campesinos ricos contra los pobres. Pero, de hecho, el principal apoyo de los socialrevolucionarios de izquierda procedía de los campesinos pobres y no querían en absoluto alentar el crecimiento de la desigualdad en la nueva estructura de la vida rural. La discusión con los bolcheviques no era en torno al cultivo colectivo contra el cultivo individual, sino más bien del desarrollo forzoso contra el voluntario de los métodos colectivos.

La verdadera fuerza de los socialrevolucionarios de izquierda, en el climax de su influencia, es difícil de calcular. En la Asamblea Constituyente de enero de 1918 tenían sólo 40 delegados, contra 370 del viejo Partido Socialrevolucionario. Esto no indicaba, sin embargo, su influencia real, ya que las elecciones se efectuaron antes de la división definitiva. Estuvieron mucho más fuertemente representados en el Congreso de Campesinos, del que pudieron expulsar, con la ayuda bolchevique, al viejo Ejecutivo controlado por los socialrevolucionarios y sustituirlo con personas designadas por ellos. A principios de 1918 aventajaban mucho a los antiguos socialrevolucionarios en influencia popular en el campo y en las regiones bajo control soviético; pero esto se debía en parte a que muchos de los antiguos líderes habían sido eliminados ya de sus puestos de autoridad. Tenían también, como vimos, gran influencia entre los marineros; y en las ciudades podían trabajar en buenas relaciones con los sindicatos en rápido desarrollo porque favorecían el control democrático en manos de los trabajadores. Si, después de los acontecimientos de julio de 1918, sus simpatizadores fueron desapareciendo con rapidez, se debió principalmente a que las exigencias de la guerra civil y el comunismo de la etapa bélica influían vigorosamente contra sus principios libertarios y forzaban a muchos que simpatizaban con sus aspiraciones a entrar en las filas bolcheviques.

Después de la Revolución de Octubre, mientras los socialrevolucionarios se separaban en partidos rivales totalmente distintos, los mencheviques mostraban una opuesta tendencia hacia la unión. Los partidarios intemacionalistas de Martov habían constituido virtualmente un partido independiente durante los meses que transcurrieron entre las dos revoluciones, separados de la mayoría por su oposición a la guerra y su rechazo de una coalición con los partidos burgueses. Prácticamente, el se-

gundo de estos problemas desapareció por el momento con la Revolución de Octubre; el primero se desvaneció también con la firma del Tratado de Brest-Litovsk. En lo sucesivo, abogar por la cooperación con los partidos burgueses significaba la rebelión abierta contra el gobierno soviético; y la oposición al Tratado no significaba nada si no llevaba consigo el apoyo de una guerra revolucionaria contra los alemanes o un llamado a la intervención aliada. Pero sólo algunos mencheviques estaban dispuestos a adoptar alguno de estos caminos. En consecuencia, las facciones mencheviques rivales se vieron unidas en una oposición común a los bolcheviques, pero se abstuvieron de llevar al extremo su oposición. En Petrogrado y Moscú los internacionalistas de Martov ya se habían convertido en el grupo dominante; y, en las partes de Rusia controladas por los soviets, los restos de la antigua mayoría de derecha pronto aceptó su dirección.

La política seguida por los mencheviques en estas regiones después del golpe bolchevique fue esencialmente de oposición pacífica, constitucional. No intervendrían, decían Martov y Dan, en ningún intento de derrocar al régimen bolchevique por la fuerza; pero harían uso de las oportunidades a su alcance para pedir la libertad de palabra y organización, libertad e independencia para los sindicatos y cooperativas y mantenimiento del poder efectivo de los soviets libremente elegidos contra las prácticas automáticas del Partido Bolchevique. Algunos pedían la convocación de una nueva Asamblea Constituyente, electa libremente; pero la mayoría no objetaban el gobierno soviético ni la exclusión de los no productores del derecho de voto, siempre que los soviets fueran electos por elecciones realmente libres, con pleno derecho de los partidos de oposición a organizarse y presentar candidatos. Insistían en que la dictadura de los obreros y campesinos era minada y pervertida al tomar el poder el Partido Bolchevique para poner en vigor decretos obligatorios sin el acuerdo ni el consentimiento de los soviets; que los mismos soviets eran designados y no electos libremente y que, aun así, se veían forzados a renunciar a su autoridad real en favor de ejecutivos y comités aun más integrados por designación, los que eran más fáciles de controlar por los bolcheviques. Insistían mucho también en la necesidad de sindicatos autónomos, libres del control del Partido y autorizados a desempeñar un papel importante en el trazo de la política laboral; y pedían libertad limitada para la empresa privada, sujeta a un sistema de control planificado del Estado, que se parecía mucho a la "nueva política económica", introducida por iniciativa de Lenin en 1921.

En efecto, a pocos meses de la Revolución de Octubre, el Partido Menchevique reunificado hada lo posible por desempeñar el papel de una oposición constitucional dentro del sistema soviético. Se le dio ade-

más, por cierto tiempo, gran libertad para actuar en esta forma. Hasta mediados de 1918 gozó de una representación sustancial en los soviets de la mayoría de las grandes ciudades y pudo publicar numerosas revistas y periódicos donde criticaba vigorosamente al gobierno por sus ofensas a la democracia. Entonces, en junio de 1918, los bolcheviques, ante las crecientes dificultades producidas por la nueva agresión alemana, los descontentos en la izquierda socialrevolucionaria y los inicios de la guerra civil contrarrevolucionaria, cambiaron súbitamente su actitud. Los periódicos mencheviques fueron clausurados y se cursaron órdenes de expulsar a sus representantes de los comités ejecutivos de los soviets y de otras posiciones públicas. Al mismo tiempo, los partidos Menchevique y Socialrevolucionario fueron declarados ilegales y empezaron a efectuarse arrestos de mencheviques activos en número considerable, aunque la mayoría de los arrestados fueron puestos en libertad inmediatamente. Al mes siguiente se proscribió también al grupo de Máximo Gorki, clausurándose el periódico *Novaya Zhizn.*

Esta política, no obstante, fue parcialmente variada en noviembre de 1918, cuando se revocó el decreto que proscribía al Partido Menchevique y éste recobró cierta libertad de acción, que duró hasta la primavera siguiente. Hubo entonces, nuevamente, numerosos arrestos de mencheviques, pero no se puso en vigor la proscripción general. En el verano de 1919, los mencheviques lanzaron un manifiesto del partido reafirmando sus principales demandas políticas y económicas y haciendo un llamado a sus partidarios para que entraran en el Ejército Rojo y lo apoyaran en la guerra civil. Su exclusión de los comités ejecutivos de los soviets no los había eliminado de los sindicatos; y, en abril de 1920, todavía contaban con un número importante de delegados (70 de un total de 1 000) en el Tercer Congreso Sindical Pan-Ruso, y un número de partidarios mucho más considerables en varios sindicatos. El cerco empezaba, sin embargo, a apretarse en torno a ellos y más aún cuando, en el curso de 1920, Martov hizo una serie de ataques a la política del Comintem de dividir los movimientos socialistas de los países occidentales. Martov, a pesar de estos ataques, pudo ir a Alemania, en el otoño de 1920, para asistir al Congreso de Halle, donde el Partido Socialdemócrata Independiente debatía la cuestión de si debía o no participar en la Tercera Internacional. Pronunció allí un discurso atacando los "veintiún puntos" pero, ya fuera de Rusia y sufriendo de delicada salud, decidió no regresar. Fundó en Berlín un periódico menchevique, del que se introdujeron muchos ejemplares en Rusia durante el año siguiente. Dan lo sustituyó como dirigente de los mencheviques en Rusia y pudo hacer alguna propaganda en los meses siguientes. Entonces, a principios de 1921, comenzó una nueva serie de arrestos; y, en febrero

de ese año, Dan decidió emigrar también y se le permitió salir del país, sin ser molestado, con algunos de sus colegas. Contra los mencheviques que permanecieron en Rusia se desató una creciente persecución cuando el levantamiento de Kronstadt —en el que no participaron— y cuando la introducción de la "nueva política económica" que, como hemos visto, se parecía mucho a lo que ellos habían abogado durante algunos años. La "nueva política económica", más aún que el levantamiento de Kronstadt o los trastornos laborales que lo precedieron y acompañaron, fue probablemente la razón principal de la liquidación definitiva del Partido Menchevique en la primera mitad de 1921. Cuanto mayores eran las concesiones que los bolcheviques tenían que hacer para salvar la situación de la economía rusa, menos podían permitir la crítica abierta de sus actos.

El Partido Menchevique murió, pues, cerca de cuatro años después de los inicios de la Revolución. Había prestado, no obstante, muchos de sus afiliados al Partido Bolchevique, en el periodo entre 1917 y 1921, incluyendo a no pocos que llegaron a ocupar altas posiciones oficiales. En 1917 se produjo una afluencia regular de mencheviques de izquierda a las filas bolcheviques; y esta afluencia continuó después de la segunda revolución. Sin duda, en purgas sucesivas del Partido Comunista, estos miembros corrían el riesgo de ser expulsados: una gran proporción de ellos fueron liquidados en el curso de las grandes purgas de Stalin durante los años treinta; pero muchos siguieron sirviendo por largo tiempo al gobierno soviético en posiciones oficiales, especialmente en la diplomacia. Muchos se pasaron a los bolcheviques y pocos a la contrarrevolución, durante la guerra civil; y otros más, sin hacerse comunistas, renunciaron a la oposición y fueron empleados en puestos menores administrativos, no políticos, especialmente en trabajos de tipo económico. Todo esto significaba una continua erosión a la oposición menchevique organizada, que mantuvo no obstante considerable control en algunos sindicatos —principalmente en el de impresores— hasta el final. En los sindicatos los mencheviques se unían con frecuencia a elementos descontentos del Partido Bolchevique para exigir mayor autonomía y mayor control por los obreros. Cuando no era posible eliminarlos por otros medios, los bolcheviques —en la etapa del comunismo de guerra— descubrieron la forma de cerrar los sindicatos recalcitrantes o sus ramas, estableciendo en su lugar otros nuevos. Pero esto tomó su tiempo; y los mencheviques pudieron conservar sus posiciones en los sindicatos después de haber sido eliminados de sus posiciones de influencia en los soviets.

La actitud bolchevique hacia los mencheviques difirió de su actitud hacia los socialrevolucionarios, inclusive los de izquierda. Porque los

mencheviques pretendían ser marxistas —de hecho, mejores marxistas que los bolcheviques, a los que acusaban de pervertir la doctrina marxista—, y muchos eran viejos camaradas de la lucha revolucionaria —por ejemplo, Martov trabajó en estrecho contacto con Lenin—. Además, aun en 1917 no había una línea de separación muy clara entre las facciones bolchevique y menchevique del Partido Socialdemócrata. Fuera de Rusia, había habido, hasta la Revolución, "conciliadores", que trataban de unificar a las facciones rivales —Trotsky por ejemplo— y dentro de Rusia existían, en algunos lugares, grupos socialdemócratas que nunca habían aceptado la división. Además, la cuestión de la guerra dividió a los mencheviques. Plekhanov y su grupo "patriótico" se habían separado de ellos, en la derecha; y, en la izquierda, los "internacionalistas" de Martov actuaban cada vez más como un partido independiente, en oposición al grupo que se había unido a Kerensky y los sucesivos gobiernos provisionales:

La opinión de que la atrasada Rusia no estaba aún madura para la revolución socialista ni lo estaría por algún tiempo era lo que unía a todos los mencheviques. Éstos tenían pocos partidarios entre los campesinos y pocas esperanzas en la capacidad revolucionaria del campesinado, salvo en un sentido destructivo. Los campesinos podían ayudar a derrocar el viejo orden; pero, en opinión de los mencheviques, podían hacer poco o nada por la creación del nuevo orden necesario —y tampoco por el establecimiento del socialismo o el desarrollo del capitalismo como instrumento del progreso económico—. El socialismo, pensaban, tendría que ser la creación del proletariado industrial; pero el proletariado industrial no podía fortalecerse lo bastante para esta tarea antes de desarrollarse mucho más ampliamente bajo condiciones capitalistas. En consecuencia, era indispensable que el derrocamiento de la autocracia zarista fuera seguido del establecimiento de una estructura política democrática bajo la cual el capitalismo pudiera desarrollarse libremente y llevar al proletariado al grado de madurez necesario para su surgimiento como clase dominante. Los mencheviques coincidían en desear que la Revolución se detuviera en la etapa burguesa y en sostener que un intento prematuro de pasar a la etapa socialista conduciría, necesariamente, a la traición desastrosa de la causa revolucionaria, a la guerra civil, al despotismo y al hambre y el desastre económico.

En febrero de 1917, esta necesidad de detenerse por el momento en la etapa burguesa de la Revolución era todavía la opinión oficial de bolcheviques y mencheviques. Su diferenciación consistía en que los mencheviques llegaban a la conclusión de que los socialistas, al ayudar a la revolución burguesa, debían abstenerse de cualquier forma de coalición con la burguesía y debían formar una oposición que presionara

en favor de las demandas de la clase obrera de mejores condiciones bajo el capitalismo, sin llevar estas demandas a tales extremos que hicieran imposible el funcionamiento del capitalismo; mientras que los bolcheviques, más conscientes de la debilidad de la burguesía rusa, estaban dispuestos, si era necesario para defender a la Revolución, a entrar en coalición temporal con ella contra la autocracia —aunque sólo, por supuesto, con la intención de volverse después contra ella, cuando hubieran madurado las condiciones para la revolución socialista—. Había también la diferencia de que la mayoría de los mencheviques concebían un periodo más largo de desarrollo económico bajo el gobierno burgués, como necesario para preparar el camino a la toma del poder por los socialistas; los bolcheviques, por su parte, concebían esta etapa de transición como relativamente corta. Hasta 1914, no obstante, sólo Trotsky —que no era ni bolchevique ni menchevique— había llegado a la conclusión de que las dos revoluciones podían ser etapas sucesivas y hasta inmediatas, en un solo y continuado proceso revolucionario.

Esta opinión trotskista descansaba, como vimos,[5] en una apreciación de la debilidad de la burguesía rusa y en la creencia de que el proletariado industrial, por una tal-debilidad, se vería obligado a asumir la dirección de la Revolución aun en su etapa "burguesa". También el sentido que tenía Lenin de la debilidad de la burguesía lo había llevado a opinar que los socialistas podrían tener que asumir una parte de la responsabilidad del gobierno para asegurar la victoria de la revolución burguesa sobre la autocracia. Lenin creía, sin embargo, hasta 1914, que tendrían que producirse dos revoluciones distintas —burguesa y socialista— separadas por un periodo de tiempo y rechazaba la idea de una sola revolución en la que se combinaran ambas. Pero, después de 1914, Lenin se convenció de que estaba abierto el camino para la revolución socialista mundial, independientemente de la madurez o inmadurez de cualquier país en particular. Esto lo llevó a un acuerdo *de facto* con Trotsky, aunque partían de bases diferentes. Pero los mencheviques, que de ninguna manera compartían la creencia de Lenin en la inminencia de la revolución socialista mundial, siguieron opinando que la tarea inmediata de Rusia era sustituir el gobierno autocrático por un gobierno burgués democrático y que sólo los países muy avanzados en el capitalismo podían estar maduros para la revolución socialista.

Los mencheviques eran, en efecto, occidentalistas, que aceptaban plenamente, como patrón de acción en Rusia y fuera de ella, la concepción socialdemócrata alemana del socialismo como destinado a ser alcanzado mediante la conquista democrática del poder político, posibi-

» **Véase vol. IV, p. 390.**

litada por el alto desarrollo del capitalismo industrial. No tomaban en cuenta, al aplicar esta doctrina a las condiciones rusas, la obvia incapacidad de la burguesía rusa para derrotar al zarismo o para gobernar el país si el zarismo era derrocado. La situación que surgió después de la Revolución de febrero demostró claramente qué equivocados habían estado al calcular la fuerza de la burguesía rusa, que ni desempeñó un papel real en la Revolución ni demostró capacidad alguna en capear la tormenta cuando la autocracia perdió el poder. También se hizo evidente que los mencheviques no sólo habían sobrestimado mucho la capacidad de la burguesía, sino que habían igualmente subestimado demasiado el papel de los campesinos; mientras que Lenin había visto con claridad la incapacidad de la burguesía y la participación vitalmente importante que los campesinos desempeñarían de modo inevitable. Así, después de febrero de 1917, los mencheviques tenían que escoger entre ponerse al lado de la burguesía en las coaliciones sucesivas o permanecer al margen de la lucha inmediata —a no ser que estuvieran dispuestos a prescindir de su convicción de que era prematuro hacer cualquier intento encaminado a dar a la Revolución un carácter socialista—. Como esta convicción era fundamental, para la mayoría de sus líderes, se vieron forzados a escoger entre apoyar primero a Milyukov y luego a Kerensky o no tener ninguna política clara. Algunos, encabezados por Tseretelli, escogieron la primera alternativa; los "internacionalistas", bajo la dirección de Martov, escogieron la segunda y, al hacerlo, perdieron toda posibilidad de ponerse a la cabeza de la Revolución.

En estas circunstancias, era inevitable que se produjera una afluencia de mencheviques descontentos hacia el campo bolchevique; y era también inevitable que los bolcheviques recibieran esperanzados, aunque con sospechas, a los antiguos mencheviques, cuando se hizo más evidente la disolución del régimen burgués democrático. Que no se unieran más mencheviques a los bolcheviques antes de la Revolución de Octubre se debió principalmente, me parece, a la suspicacia extremada con que Lenin y la mayoría de los viejos bolcheviques recibían a los posibles conversos y a la organización ya altamente disciplinada del Partido Bolchevique. Este sectarismo hizo que muchos mencheviques indecisos se quedaran revoloteando sin decidirse a entrar, e imposibilitó que se decidieran los líderes mencheviques de izquierda, por razones personales e ideológicas. Pero el ala de Martov, en todo caso, era profundamente socialista e internacionalista en demasía para abrigar la idea de pasarse a la contrarrevolución después de la toma del poder por los bolcheviques. Sus miembros, o bien seguían al líder en el intento de construir una oposición constitucional democrática a los bolcheviques, poniéndose de su parte en la guerra civil, o pasaban individualmente a

prestar servicios bajo las órdenes de los bolcheviques y eran absorbidos por la maquinaria administrativa bolchevique, aunque se las trataba siempre con hondas sospechas por los dirigentes bolcheviques y, en muchos casos, expulsados o liquidados por acusaciones de traición.

Hasta aquí, al analizar la actitud menchevique, he dejado a un lado el caso muy especial de los mencheviques de Transcaucasia, cuya historia siguió un camino distinto, principalmente porque quedaron aislados por un tiempo de la zona dominada por la nueva República Soviética Rusa y se convirtieron así en las víctimas de sus propias disensiones y de la política del poder de Alemania y Turquía y después de la Gran Bretaña. Cuando la Revolución de Octubre, los bolcheviques tenían pocos partidarios en Transcaucasia, excepto en Bakú —viejo centro tormentoso de la Revolución—. En Georgia, los mencheviques tenían numerosos partidarios, pero en Armenia y Azerbeiyán, con excepción de Bakú, el socialismo en todas sus manifestaciones era débil y poco desarrollado y los antagonismos nacionales eran fuertes. Había muchos pequeños grupos nacionales además de los georgianos, armenios y adserbeiyanos, y, además, profundas diferencias religiosas entre cristianos y musulmanes. Inmediatamente después de la Revolución de Octubre se estableció un Comisariado de Transcaucasia en Tiflis, bajo el control de los georgianos, que reconocía una vaga lealtad al nuevo Estado ruso que debería establecer la próxima Asamblea Constituyente. Este Comisariado no era socialista y funcionaba al lado de un Soviet regional de trabajadores, campesinos y soldados, dominado por los mencheviques georgianos. Firmó un armisticio con los turcos en diciembre de 1917; entonces se produjo el Tratado de Brest Litovsk, sobre el cual no se consultó a las autoridades transcaucásicas, aunque de acuerdo con él los rusos acordaban ceder ciertas regiones, Kars y Erzerum, a Georgia y el distrito de Abadán de Armenia a Turquía. Opuesto enérgicamente a esto, el Comisariado respondió proclamando una República Federal Transcaucásica, que se desintegró casi de inmediato y fue sustituida en mayo de 1918 por tres repúblicas distintas: Georgia, Armenia y Azerbaiján. Bakú, bajo el control bolchevique, proclamó una República soviética. Los ejércitos turcos invadieron rápidamente Armenia y Adserbeiyán y esas repúblicas desaparecieron. Georgia se salvó sólo firmando un tratado con los alemanes: mediante el control de sus recursos por el periodo de la guerra y concertando, con ayuda alemana, un tratado de paz con Turquía. Los alemanes forzaron entonces a Rusia a reconocer la independencia de Georgia en un tratado que complementaba al de Brest-Litovsk. En este momento los mencheviques georgianos se consideraron lo bastante fuertes como para desplazar al gobierno ante-

rior y tomar el poder, con Noah Jordania (1869-1953), hasta entonces presidente del Soviet georgiano, como primer ministro.

Entretanto, los ingleses hahían avanzado desde Persia hasta Azerbeiyán y habían acabado con la República Soviética de Bakú; y, cuando se desplomaron Alemania y Turquía en el otoño de 1918, fuerzas británicas ocuparon todas las principales ciudades transcaucásicas, pero mantuvieron al gobierno georgiano menchevique bajo su vigilancia. El gobierno británico se comprometió a apoyar las pretensiones de independencia de Georgia en la Conferencia de Paz de París; pero los rusos blancos —Kolcha y Denikin— se negaron a aceptarlo. Al finalizar el año siguiente, las fuerzas británicas habían evacuado Transcaucasia (con excepción de Batum, donde permanecieron hasta julio de 1920); y, solas, las repúblicas transcaucásicas tuvieron que hacer frente al creciente poder de los bolcheviques después de su victoria en la guerra civil. El gobierno de Azerbeiyán respetado por los ingleses fue derrocado en abril de 1920 por un levantamiento comunista en Bakú y se proclamó la República Socialista de Azerbeiyán. Pero los rusos, ocupados en la guerra de Polonia, no tenían fuerzas disponibles todavía para establecer su autoridad sobre el resto de Transcaucasia. En lugar de ello, firmaron un tratado con la República de Georgia confirmando el reconocimiento de su independencia. En Armenia, los comunistas trataron de tomar el poder, pero fueron derrotados. El Tratado de Sévres, de agosto de 1920, reconocía la independencia de Armenia; pero las fuerzas de Kemal invadieron el país y el gobierno armenio cayó. Sólo entonces, en noviembre de 1920, avanzaron los rusos sobre Armenia y proclamaron la República Socialista Soviética de Armenia, que se mostró incapaz de sostenerse sin la ayuda rusa. Hubo una revuelta, que fue sofocada por el Ejército Rojo y el gobierno soviético fue devuelto al poder.

Así, sólo Georgia conservó todavía su precaria independencia. Los mencheviques georgianos trataron de salvarse obteniendo el apoyo de los socialistas occidentales y una delegación socialista, que incluía a Ramsay MacDonald, Vandervelde y Kautsky, visitó Georgia en septiembre de 1920 y volvió con un informe muy favorable. El gobierno georgiano solicitó entonces su admisión en la Sociedad de Naciones. No fue aceptado, pero el Supremo Consejo Aliado reconoció la independencia de Georgia en enero de 1921. Entretanto, en septiembre de 1920, en el congreso de los pueblos orientales en Bakú, inspirado por los soviéticos, se acusó a los georgianos de violentos actos de represión contra las minorías nacionales en Georgia y se deterioraron rápidamente las relaciones con la República Soviética Rusa. Finalmente, en febrero de 1921, el Ejército Rojo, acompañado por una fuerza de bolcheviques georgianos, marcharon sobre Tiflis y la ocuparon. El go-

bierno menchevique fue derrotado y se proclamó la República Socialista Soviética de Georgia. Lenin dio instrucciones especiales de que se tratara benignamente a los mencheviques georgianos y se anunció una amnistía en su favor, pero ésta fue ignorada por Stalin, quien realizó una despiadada campaña de represión contra ellos. La mayoría de los dirigentes mencheviques, sin embargo, escaparon al extranjero y se establecieron en París. Algunos se quedaron y entraron en relaciones con el nuevo régimen bolchevique.

Los georgianos, los únicos —aparte de la mezcla de población de Bakú— que contaban realmente en esta confusa serie de acontecimientos, se convirtieron así, sucesivamente, en títeres de los alemanes, ingleses y rusos, sólo para caer bajo el dominio de los bolcheviques tan pronto como quedaron libres para ocuparse de ellos después de concluidas la guerra civil y la de Polonia. Sin pasar de dos millones, los georgianos eran evidentemente incapaces de mantenerse como Estado independiente sin ayuda exterior y debían ser víctimas de uno u otro de sus más poderosos vecinos. Es cierto que nacionalidades no más numerosas habían podido lograr que los rusos reconocieran su derecho de independencia bajo regímenes burgueses en Latvia y Estonia; pero estos pequeños estados debieron su éxito en parte al apoyo aliado y en parte a la necesidad rusa de "una ventana en el Occidente", a través de la cual pudieron abrirse relaciones comerciales. Georgia no tenía esas ventajas y sobrevivió sólo mientras los rusos estuvieron muy ocupados en otros lugares. LOS rusos, no obstante, estaban en dificultades porque no podían negar que los georgianos, lo mismo que los finlandeses, polacos, latvios y estonios, tenían derecho a la autodeterminación nacional si la deseaban. Sus escrúpulos a este respecto —y quizá también el origen georgiano de Stalin y otros dirigentes— ayudan a explicar la disposición de los rusos a reconocer la República de Georgia en 1918 y 1920 y la petición de benignidad en el tratamiento de los mencheviques georgianos que hizo Lenin en 1921.

Los mencheviques georgianos, durante el tiempo que detentaron el poder en medio de trastornos, siguieron la política menchevique aceptada generalmente. No trataron de convertir a Georgia en un país totalmente socialista. Por el contrario, hicieron lo posible por alentar el desarrollo capitalista y establecer un régimen burgués democrático, más que socialista. No podían hacer, en efecto, otra cosa, en vista del atraso económico del país y de su dependencia, mientras los mencheviques tuvieron el poder, del apoyo de países que de seguro no habrían tolerado un régimen plenamente socializado.

Estrechamente asociado con los mencheviques estaba el Bund judío, una organización socialdemócrata que pretendía ser reconocida como

representante de los trabajadores judíos de todo el antiguo imperio ruso, pero que tenía su principal fuerza en Polonia y Lituania. El Bund, como vimos,[6] había estado dentro y fuera del Partido Socialdemócrata ruso hasta 1914, principalmente por esta cuestión, en la que se le oponían Lenin y Rosa Luxemburgo. En doctrina social era, en general, menchevique; y algunos de sus dirigentes, incluyendo a Rafael Abramovich (1879-?), fueron miembros activos del Partido Menchevique en 1917. Mijail Lieber (1880-1937), violento opositor de los bolcheviques, ejecutado finalmente por ellos en 1937, fue su principal vocero en el Soviet de Petrogrado. Él Bund, siguió existiendo como organización independiente hasta 1921, cuando los miembros que le quedaban fueron absorbidos finalmente por el Partido Comunista como resultado de un laudo de arbitraje del Comintern. Un año antes, el Bund había acordado, por votación mayoritaria, unirse a los comunistas; pero sus dirigentes trataron de conservar un *status* de autonomía parcial, que iba directamente en contra del centralismo del Partido Comunista. Al no producirse un acuerdo, se remitió la cuestión al Comintern que,, por supuesto, la resolvió en favor de la completa disolución del Bund como organización independiente. Los bundistas en el exilio, que rechazaron esta unión con los comunistas, prosiguieron sus actividades como mencheviques, mientras existió algún resto de menchivismo.

Sólo hay que añadir, para completar la historia de los grupos de oposición en Rusia, algunas palabras sobre los anarquistas. El más grande de los anarquistas rusos fue, por supuesto, el príncipe Peter Kropotkin, a cuyas ideas y carrera me he referido en volúmenes anteriores de esta *Historia.*[7] Kropotkin, después de muchos años de exilio, principalmente en Suiza e Inglaterra, volvió a Rusia en 1917 y pasó allí los últimos años de su larga vida con creciente desilusión a medida que la Revolución tomaba un curso totalmente contrario a sus esperanzas. Murió en febrero de 1921, antes del levantamiento de Kronstadt y sus funerales constituyeron la última ocasión que tuvieron los anarquistas rusos de aparecer públicamente. Kropotkin, el gran libertario partidario de la "ayuda mutua" no fue molestado en Rusia, por su edad y su inmenso prestigio, aunque no ocultaba su oposición total a la teoría y la práctica bolcheviques. Demasiado viejo y enfermo para participar en los asuntos públicos, vivió hasta cumplir setenta y nueve años como un "gran viejo" perteneciente a una época pasada. No tenía partidarios directos en la nueva Rusia, aunque muchos socialrevolucionarios de izquierda y anarquistas debían demasiado a sus ideas. Sin contar a

« Véase vol. III, pp. 438 y 445-6.

[7] Véase vol. II, cap. XII y muchas referencias en el vol. III.

Kropotkin, el anarquismo ruso, en el sentido ideológico de la palabra, no fue en ningún momento de la Revolución una poderosa fuerza independiente. Había pequeños grupos anarquistas en Petrogrado y en otras ciudades en los meses críticos de 1917; pero eran demasiado débiles para contar como elemento importante en la Revolución. Sukhanov relata qué sucedió en el cuartel general anarquista, la villa Durnovo en Petrogrado, en junio de 1917, cuando fue enviado por el soviet para pedirles que no aparecieran armados en la manifestación del 18 de ese mes. Su vocero en el soviet —Bleichman— le dijo que no reconocían la autoridad del Soviet porque servía a los terratenientes y a la burguesía; que no admitían más autoridad que la de ellos mismos y que se proponían manifestar armados o desarmados, como se les viniera en gana. Sukhanov relata después la captura, sin derramamiento de sangre, de la villa Durnovo, que los anarquistas habían evacuado a tiempo, durante los "días de julio". Parece que en un principio los consideró un grupo formidable, pero que se sintió más seguro cuando los visitó en su propia casa y, después, los consideró inofensivos.

Pero, aunque los anarquistas confesos no contaban mucho como grupo organizado, las tendencias anarquistas y anarcosindicalistas tenían mayor importancia, especialmente dentro del Partido Socialrevolucionario de izquierda y los sindicatos. Los anarquistas no formaban, por supuesto, un partido: esto habría ido contra sus principios. Eran una secta y las ideas anarquistas se extendieron mucho más allá de sus filas, manifestándose en las demandas más extremistas de control obrero en las industrias y, en escala mucho mayor, en la extrema izquierda del movimiento campesino. La insatisfactoria y deshonesta *Historia del anarquismo en Rusia* de Yaroslavsky no dice nada de ellos, excepto en el último aspecto. Para él, el archianarquista fue el dirigente campesino ucraniano Néstor Makhno (1889-1834), cuyas fuerzas vagaron por los campos y llegaron a capturar ciudades importantes, durante la ocupación alemana y la guerra civil.

En la Revolución de 1917, dice Yaroslavsky, los anarquistas no desempeñaron un papel importante. Ganaron cierta importancia después de la Revolución de Octubre, cuando empezaron a penetrar algunos sindicatos —especialmente el de panaderos— y a agitar en pro de la independencia sindical frente al gobierno. Aun entonces contaron, excepto en Ucrania, sólo en tanto cuanto se aliaron a la Oposición de Trabajadores Bolcheviques y al sector urbano de los socialrevolucionarios de izquierda. Más tarde, en 1921, aparecieron como uno de los factores de los disturbios laborales que culminaron con el levantamiento de Kronstadt. Los anarcosindicalistas, dice, efectuaron su primera conferencia en agosto de 1918 y establecieron su Liga de Comunistas

Anarcosindicalistas en Moscú en 1920 —siendo rápidamente liquidada—. Durante la guerra civil algunos grupos anarquistas lograron obtener armas y establecer baluartes fortificados en Moscú, Petrogrado y otras ciudades, como base para ataques a las propiedades burguesas, de las que se apoderaban para dividirlas. Esto parece más bien bandidaje de elementos criminales que la obra de un movimiento ideológico anarquista.

Había, no obstante, grupos ideológicos anarquistas verdaderos en Rusia, a diferencia de esos otros a los que se da este nombre simplemente por conveniencia. Entre ellos, los más importantes eran el *Nabat (Alarma),* que incluía a Voline (Vselvolod Mikhailovich Eichenbaum, 1882-1945) y los ucranianos Fanis, Aaron Barón y P. Archinov (1887-?), quienes se agruparon en torno a Makhno en sus primeras acciones, cuando dirigía la rebelión antialemana de la Ucrania meridional. El mismo Makhno,[8] originalmente maestro de escuela, no tenía mucha importancia como teórico, aunque estaba imbuido- de ideas anarquistas y se le.había atribuido en algunos círculos anarquistas mucha más importancia teórica de la que tenía en realidad. Era, esencialmente, un dirigente de la rebeldía campesina y un "hombre de sangre" que dirigía bandas que merodeaban por el campo, y realizó una serie de repugnantes matanzas, incluyendo terribles *pogroms* antijudíos, sin lograr una organización estable en las regiones que controlaba. Con intermitencias, luchó contra los blancos después de que los alemanes se retiraron y, poi un tiempo, se le reconoció como comandante del Ejército Rojo hasta que, por negarse a que su banda pasara a formar parte *d*< él, fue excluido y tratado como enemigo. Finalmente, después de perder la mayoría de sus partidarios, cruzó la frontera con Rumania y desapareció de la historia. Pero hasta 1920 fue una fuerza que hubo que tomar en cuenta aunque, a pesar de la presión del grupo *Nabat,* no hizo ningún intento real de poner en práctica sus teorías anarquistas de una sociedad libre, sin gobierno.

Otros dos anarquistas merecen mención: Alexander Berkman (1870-1936) y Emma Goldman (1869-1940), aunque sus principales actividades tuvieron lugar fuera de Rusia, a la que no regresaron hasta 1920 y donde permanecieron menos de dos años. Berkman, nacido en Rusia, había vivido en los Estados Unidos durante treinta años antes de su regreso a Rusia donde de inmediato participó activamente en el movimiento anarquista. Fue prominente en relación con la revuelta de Kronstadt en 1921 y después escribió la historia de la misma, proclamándola como el inicio de la cuarta revolución (la anarquista). Emma Goldman había sido durante mucho tiempo la dirigente de los anarco-

[8] Sobre Makhno, véase más adelante, vol. VI, cap. xvm.

comunistas norteamericanos y una figura prominente de la Internacional Anarquista. Había sufrido repetidos encarcelamientos en los Estados Unidos. Pero pronto comprendió, al regresar a Rusia, que le gustaba tan poco el nuevo sistema soviético como los gobiernos capitalistas que había dejado atrás; y se unió a la agitación en pro de una "cuarta revolución" que debería basarse en soviets elegidos libremente que pondrían fin al Estado autoritario bolchevique-comunista. Tanto ella como Berkman, sobrevivientes de Kronstadt, abandonaron Rusia en 1922 y se convirtieron en figuras dirigentes del ala anarquista del movimiento antibolchevique. En Rusia ninguno de los dos tuvo un papel importante.

CAPÍTULO VII

LA REVOLUCIÓN EN AUSTRIA-HUNGRIA: AUSTRIA, HUNGRIA Y CHECOSLOVAQUIA

El imperio austro-húngaro, como vimos en el volumen anterior de este estudio,[1] estaba ya amenazado de disolución mucho antes de 1914. en 1910, de sus 51 millones de habitantes, ningún grupo nacional llegaba a constituir la cuarta parte. Los dos grupos lingüísticos más numerosos —alemanes y magiares sumaban respectivamente 12 y cerca de 10 millones— mucho menos que la mayoría, aunque se les contara en conjunto. Había cerca de 8 millones y medio de checos y eslovacos, divididos entre los sectores austríaco y húngaro de la Monarquía Dual —alrededor de 6 millones y medio en Austria y 2 millones en Hungría—. Servios, croatas y eslovenos en total sumaban 7 millones, también con una parte en Austria y otra en Hungría. Los 5 millones de polacos estaban casi todos bajo el dominio austríaco, así como la gran mayoría de los 4 millones de ucranianos y rutenos. Había más de 3 millones de rumanos, casi todos sometidos a Hungría y más de 750 mil italianos, sujetos a Austria. Finalmente, había cerca de 250 mil valacos y gitanos: dos grupos raciales y lingüísticos totalmente diferentes, dispersos sobre todo en la parte húngara del Reino Dual.

Estos grupos nacionales se encontraban en etapas muy diversas de desarrollo y de conciencia nacional. Los socialistas austríacos, como vimos,[2] habían tratado, durante mucho tiempo, de encontrar la forma de reconocer las peculiaridades culturales de las diversas nacionalidades sin desintegrar la unidad del imperio, no porque sintieran lealtad hacia éste en su forma existente, sino porque era necesario encontrar un camino para que los trabajadores pertenecientes a diferentes nacionalidades, muy mezcladas territorialmente, pudieran cooperar como miembros de un movimiento común, políticamente y, más aún, en las cuestiones sindicales. El Partido Socialdemócrata austríaco de antes de la guerra, cuando menos hasta la disputa checa de 1907, se enorgullecía inclusive de ser una "Pequeña Internacional" —precursora de una comunidad socialista internacional más amplia que se establecería por los esfuerzos de una clase obrera unida—. Era, en verdad, una federación de partidos, representando cada uno una nacionalidad particular y autónoma en

[1] Véase vol. IV, cap. XII, pp. 9 ss.

[2] Véase vol. IV, p. 10.

sus propios asuntos, pero unidos todos en un Reichspartei que sostenía conferencias periódicas de los partidos federados y actuaba como un solo partido en el Reichsrath austríaco.

El socialismo austríaco, no obstante, no tenía unidad de organización con el socialismo húngaro; y la "Pequeña Internacional" austríaca estaba constituida principalmente, de hecho, por alemanes, checos y polacos, desempeñando otras nacionalidades un papel menor. El Partido Socialista húngaro, relativamente débil, tenía su mayor fuerza en Budapest y estaba dominado principalmente por intelectuales judíos. Sus filas estaban mezcladas; estaban constituidas por magiares, eslovacos y otros muchos elementos, pero no participaron en la elaboración de ninguna teoría especial acerca del papel de la nacionalidad en la lucha obrera. Las teorías importantes sobre esta cuestión fueron elaboradas principalmente por austríacos alemanes, que tenían que hacer frente a la influencia creciente del nacionalismo checo y su amenaza de desintegrar la unidad de los movimientos socialista y sindical de la parte austríaca, a diferencia de la húngara, de la Monarquía Dual.

El Partido Socialdemócrata checo, en oposición al Partido Nacional Socialista checo, fundamentalmente de clase media, formaba parte del Reichspartei socialdemócrata austríaco; pero la mayoría de los sindicatos checos en Bohemia se habían separado de la Central Sindical Austríaca en 1907 y se habían asociado al movimiento nacional checo. Esta separación fue apoyada y patrocinada por el Partido Socialdemócrata checo bajo la dirección de Antonín Nemec (1858-1926), a pesar de que ese partido seguía perteneciendo al Partido Socialdemócrata federal austríaco. En Moravia, sin embargo, y en otros lugares de Austria, los trabajadores checos permanecieron afiliados a la Central Sindical Austríaca de Viena. La división sindical fue debatida en el Congreso Socialista Internacional de Austria de 1910, que decidió en contra de los separatistas checos; pero los disidentes se negaron a aceptar el veredicto de la Internacional e insistieron en mantener su organización sindical separada. Su argumento era que, aunque políticamente se reconocía la necesidad de partidos nacionales autónomos y de una estructura federal, los sindicatos austríacos eran muy centralizados y se negaban a aceptar cualquier sistema de autonomía regional. La Central Sindical respondió que, como con frecuencia eran empleados trabajadores checos, alemanes y de otras nacionalidades en el mismo establecimiento, era impracticable dividir los sindicatos por nacionalidades sin destruir su efectividad al servicio de los intereses comunes de la clase trabajadora.[3]

[3] **Para mayores referencias a esta disputa, véase vol. IV, p. 21-2.**

El problema polaco causó muchos menos trastornos porque, como vimos, los polacos austríacos de Galitzia se consideraban en mucha mejor posición bajo el gobierno austríaco que sus compatriotas de las Polonias rusa y alemana. En Galitzia, el principal problema al que debían hacer frente los socialistas austríacos era el de la gran minoría ucraniana que, oprimida por los polacos, compartían los sentimientos de los ucranianos sujetos a Rusia. Pero los ucranianos en Galitzia era fundamentalmente un pueblo campesino primitivo, entre los que la socialdemocracia tenía pocos simpatizadores. El movimiento socialrevolucionario ruso o, más bien, su sector ucraniano, les atraía más que la socialdemocracia marxista del partido austríaco.

Las relaciones entre alemanes y checos constituían, así, el corazón del problema para el Partido Socialdemócrata austríaco; y, como vimos, la presión del nacionalismo checo —que en sus orígenes era primordialmente un movimiento burgués— había sido lo bastante fuerte como para producir una división en las filas sindicales. El antiguo Partido Socialdemócrata checo, aunque afiliado al Reichspartei federal del socialismo austríaco, había insistido en establecer un movimiento sindical independiente; y aunque el Partido Socialdemócrata austríaco había tratado de resolver la situación constituyéndose como federación de numerosos partidos nacionales, que aceptaban una dirección común, y había logrado sobre esta base conservar la adhesión política de la mayoría de los trabajadores organizados en Bohemia y Morávia y de los grandes contingentes de trabajadores checos empleados en Viena y en otros lugares, no había podido evitar el desarrollo de una importante tendencia separatista en el movimiento socialdemócrata checo, fuera del Partido Nacional Socialista checo, que era sólo socialista a medias y actuaba en estrecha colaboración con los nacionalistas burgueses checos dirigidos por Masaryk. La fuerte preponderancia de elementos alemanes en la dirección del Partido Socialdemócrata austríaco hicieron inevitables estos conflictos —tanto más cuanto que los austríacos alemanes no podían evitar la gran influencia del poderoso Partido Socialdemócrata de Alemania, que tuvo una posición tan dominante en el socialismo europeo y en la Segunda Internacional hasta 1914—. Había muchos en las filas del socialismo austríaco, como Engelbert Pernerstorfer (1850-1918), que anticipaban la caída del Estado austríaco y pensaban en la absorción de la parte alemana de Austria dentro del imperio alemán. Este pan-germanismo suponía, sin embargo, un conflicto con el nacionalismo checo; porque en Bohemia y Moravia los checos y alemanes estaban tan entremezclados que era imposible unificar a los austroalemanes con Alemania sin sujetar a los checos a Alemania y perpetuar su separación de los eslovacos de Hungría —lo que no estaban dispuestos

8 aceptar los checos ni la mayoría de los alemanes que se contaban entre los socialistas austríacos estaba dispuesta a imponerles—. En consecuencia, la mayoría de los socialistas austríacos se apegaron a la idea de un Estado austríaco reformado, dentro del cual habría completa igualdad de los grupos nacionales y una gran autonomía cultural; pero, al mismo tiempo, estaban ansiosos de conservar **la** calidad intelectual esencialmente alemana del Partido Socialdemócrata austríaco y de sostener las mejores relaciones posibles con la socialdemocracia alemana cada vez más poderosa. Ésta era la actitud del líder indudable del Partido antes de 1914 —Víctor Adler (1851-1918)— quien había empezado su carrera con inclinaciones pan-germanistas, pero había modificado sus opiniones cuando llegó a ser el principal organizador e inspirador de la "Pequeña Internacional" austríaca. La estrechez del contacto entre la socialdemocracia alemana y la austríaca se hizo evidente también en las posiciones importantes ocupadas en el Partido Socialdemócrata por socialistas de origen austríaco. Kautsky y Rudolf Hilferding (1877-1942) eran austríacos y otros muchos, como Adolf Braun y Friedrich Stampfer ocupaban posiciones importantes en **la** prensa socialdemócrata alemana.

Hemos visto que, cuando estalló la guerra en 1914, el Partido Socialdemócrata austríaco —pero no su contrapartida en Hungría— se puso del lado patriótico. Protestó enérgicamente, es verdad, antes de que estallara la guerra, contra las condiciones del ultimátum del gobierno austríaco a Servia; y se habría mostrado satisfecho si los rusos y los alemanes hubieran permanecido al margen, para que el conflicto se localizara y la mediación pudiera tener más oportunidad de resolverlo sin la guerra. Pero Victor Adler informó a la Oficina Socialista Internacional en Bruselas que el sentimiento patriótico en Austria estaba demasiado excitado para que los socialistas austríacos pudieran manifestarse definidamente contra la guerra con Servia; y, cuando entraron los rusos y los alemanes, él y casi todos los demás se pusieron instintivamente del lado alemán. Algunos socialistas jóvenes, incluyendo al hijo de Adler, Friedrich (n. 1879), estuvieron en contra de la decisión del partido; pero, por el momento, estaban impotentes y desalentados.

La mayoría de los partidarios eslavos del socialismo dentro del imperio austro-húngaro no podían adoptar la misma actitud, en relación con la guerra contra los pueblos eslavos. Muchos eslavos meridionales tenían que simpatizar con Servia y considerar a Rusia como a una posible fuente de auxilio para sus causas nacionales; y muchos checos tenían que ver en la guerra una oportunidad para la liberación nacional. Los polacos, por su odio a Rusia y s_ temor a un levantamiento ucraniano, se pondrían del lado austríaco; pero nadie podía dejar de com-

prender que la guerra, si no terminaba en una rápida victoria, podía conducir a la desintegración del imperio multinacional. Ninguno de los grupos nacionales era lo bastante fuerte en 1914 para intentar una positiva rebelión, aunque hubiera deseado hacerlo. Los conscriptos obedecieron las órdenes de reclutamiento en las fuerzas armadas austrohúngaras y los trabajadores, en todo el país, permanecieron en sus trabajos para sostener al ejército y a la población. Pero muchos de los conscriptos no acudían gustosamente y, tan pronto como fue evidente que no habría rápida victoria para las potencias del Eje, los nacionalistas checos se dedicaron sistemáticamente en el extranjero a preparar el camino al reconocimiento aliado de la independencia checa y se pusieron definitivamente de parte de los aliados, llevando consigo al Partido Socialista checo, pero no, en un principio, al sector checo del Partido Socialdemócrata austríaco que, bajo la dirección de Bohumil Smeral (1880-1941), siguió al sector alemán en su política de apoyo a la guerra.

Al prolongarse la contienda, los pueblos de Austria-Hungría sufrieron privaciones severas y crecientes, que produjeron un deseo de paz cada vez más intenso. Pronto los checos empezaron a desertar de las fuerzas armadas en número cada vez mayor; y Masaryk y sus lugartenientes, que habían salido al extranjero al comenzar la guerra para presionar a los aliados en favor de las pretensiones checas de independencia, empezaron a integrar, con prisioneros de guerra, unidades checoslovacas armadas para servir en los ejércitos aliados. Los checos que se habían radicado en los Estados Unidos fueron llamados para financiar el movimiento nacionalista en el exilio y Masaryk logró obtener promesas de reconocimiento de un Estado checoslovaco independiente de todos los gobiernos aliados.

Hasta el otoño de 1916, no obstante, no había habido una seria amenaza interna para Austria-Hungría, excepto de los checos. Entonces, tres acontecimientos en rápida sucesión alteraron grandemente la situación. En octubre de 1916, Friedrich Adler dio muerte al conde Stürgkh, Primer Ministro austríaco, como manifestación contra la guerra y este acto fue aplaudido por el pueblo.* Al mes siguiente el viejo emperador, Francisco José, murió y fue sucedido por Karl, conocido como partidario de reformas que dieran a las nacionalidades sometidas mayores derechos dentro del imperio federado de los Habsburgos. Encima de todo esto se produjo, en febrero de 1917, la Revolución rusa, que fue aclamada por todos los socialistas y alimentó grandes esperanzas, naturalmente, entre los eslavos súbditos de Austria-Hungría. Friedrich Adler, en su juicio, pronunció en defensa de su acto un desafiante discurso que era una

* Véase p. 44.

fiera acusación al imperio y su política belicista e influyó mucho en debilitar el apoyo a la guerra, inclusive de los austro-alemanes. Karl pidió entretanto al gobierno húngaro que reformara el sufragio limitado extendiendo el derecho de voto a todas las personas con servicio militar. El gobierno de Tisza se negó a hacerlo y renunció y un nuevo gobierno, partidario de la reforma, lo sustituyó. El Reichsrath austríaco, que se había mantenido a la expectativa desde 1914, fue convocado para reunirse a fines de mayo de 1917 y demostró de inmediato la variación en su actitud, al demandar los polacos una Polonia unida e independiente; los checos un Estado checo autónomo, como parte de una nueva Austria-Hungría federal fundada en la libertad e igualdad de todos los grupos nacionales y los eslovenos la unión de todos los eslavos meridionales dentro del imperio en un Estado independiente, todavía bajo los Habsburgos, pero totalmente autónomo en sus asuntos.

Antes de esto, en marzo de 1917, el nuevo emperador había tratado de abrir secretamente negociaciones con los países aliados para una paz por separado. Las negociaciones fracasaron principalmente porque Italia se negó a hacer concesiones que lesionaran las pretensiones territoriales especificadas en los tratados secretos concertados para la entrada de Italia en la guerra y aceptados por los aliados. El gobierno austríaco se acercó entonces a Alemania y trató de persuadir a los alemanes de unírsele en un intento de negociar la paz; pero el gobierno alemán se negó y amenazó inclusive con atacar a Austria si los austríacos hacían una paz por separado. Mientras tanto, el nuevo gobierno húngaro no pudo inducir a su Parlamento, controlado por los magiares, a aceptar la reforma del sufragio; y se temía inclusive que, si el emperador trataba de imponerla, Hungría se separara del imperio y continuara la guerra con los alemanes como aliados.

Se produjo entonces la Revolución bolchevique en Rusia, seguida unos meses después por el Tratado de Brest-Litovsk, que incluía el reconocimiento de una Ucrania independiente. En Brest-Litovsk, la delegación ucraniana presionó para la inclusión, en su nuevo Estado, de las partes ucranianas de la Polonia austríaca; y los negociadores austríacos se vieron obligados a aceptar, no esto, pero sí la cesión de una pequeña región y el reconocimiento de un Estado austro-ucraniano autónomo en la Galitzia oriental y Bukovina. Esto enfureció a los polacos de Galitzia, que estaban decididos a mantener el control sobre la parte ucraniana de la Polonia austríaca y participar en la recién reconocida independencia de la Polonia rusa. Él gobierno austríaco se había visto obligado a aceptar la independencia de Ucrania en la esperanza de obtener suministros de Ucrania para remediar la desastrosa escasez de alimentos en Austria, que ya había producido grandes huelgas en las ciudades, en enero de

1918. Pero llegaron pocos suministros y, en efecto, los distritos ucranianos, lo mismo que la Galitzia polaca, se separaron casi totalmente del gobierno austríaco. Estos distritos se convertirían después en presa de Petlyura quien, después de aparecer en escena como líder ucraniano, procedió después, como veremos,[5] a hacer un convenio con los polacos.

Entretanto, en 1917, la entrada de los Estados Unidos en la guerra y los "Catorce Puntos" del presidente Wilson habían despertado nuevas esperanzas de paz en Austria. El gobierno, sin embargo, no podía pedir la paz sobre la base de los "Catorce Puntos" porque el Parlamento húngaro se negaba todavía a hacer concesión alguna a las demandas de las minorías nacionales húngaras. Austria-Hungría, por tanto, permaneció en la guerra bajo una creciente amenaza de desintegración y el gobierno se vio obligado a poner sus esperanzas en el éxito de la gran ofensiva alemana de principios de 1918. Cuando ésta fracasó, la desintegración del imperio austro-húngaro se hizo inevitable. Entonces, en septiembre, el frente búlgaro se rompió y el armisticio entre los aliados y Bulgaria dejó a Hungría a la merced de un ataque aliado directo. Las unidades magiares del ejército reclamaron que se las enviara a su país a defender la tierra natal. El gobierno austríaco, en una situación límite, anunció que Austria sería reconstituida como federación de estados libres y, dos días después, el 3 de octubre, se asoció a los alemanes para pedir el armisticio al presidente Wilson. Los polacos proclamaron pronto su independencia en Varsovia y los checos, que ya habían sido reconocidos como cobeligerantes del bando aliado, formaron un gobierno provisional checoslovaco en París, mientras que en Praga los checos de Bohemia-Moravia desplazaban por su parte a las autoridades austríacas y asumían el poder sin lucha. Los ucranianos convocaron un Consejo Nacional para resolver el futuro de su país. Se establecieron otros gobiernos provisionales en Sarajevo, Trieste, Laibach y otros lugares. El viejo imperio, a pesar de la continua insistencia magiar en la integridad de las tierras sometidas de Hungría, estaba definitivamente en sus fines. En la misma Austria, los alemanes establecieron su propio Estado nacional y Víctor Adler, en nombre del Partido Socialdemócrata, pidió que se le aceptara como Estado federal en el Reich alemán.

AUSTRIA

En la propia Austria, el proceso de desintegración había adelantado mucho antes del desastre final en octubre de 1918. Las dos revoluciones en Rusia habían producido un hondo efecto como estímulo del

[6] **Véase vol. VI, cap. xvin.**

sentimiento antibelicista y alentando esperanzas de independencia nacional. La defensa de Friedrich Adler en su juicio había influido mucho también en la actitud de los austro-alemanes que habían apoyado la guerra en sus primeras etapas. En enero de 1918, mientras se efectuaban las negociaciones de paz en Brest-Litovsk, una gran ola de huelgas, que empezaron en Wiener-Neustadt, se había extendido por toda Austria e inclusive en Hungría, paralizando las fábricas de municiones y dando lugar a grandes manifestaciones que pedían paz y pan y condiciones de empleo menos tiránicas. Estas grandes huelgas fueron en parte un movimiento por hambre, provocado por una reducción en la ración de pan, ya inadecuada; pero en todas partes tomaron un carácter político. No pudieron convertirse en insurrección, principalmente, porque los soldados que fueron llevados a los distritos industriales para reprimirlas eran casi todos campesinos de las regiones eslavas, con poca conciencia política, y muchos de los cuales no hablaban el idioma de los huelguistas. No podía haber una insurrección triunfante mientras la mayoría del ejército estuviera dispuesta a disparar sobre los trabajadores rebeldes; y, bajo severa represión militar, los huelguistas fueron obligados a volver al trabajo. Apenas habían vuelto cuando el movimiento de huelga se extendió a Alemania, para ser derrotado igualmente allí por la fuerza militar. Pero en ambos países, aunque las huelgas fueron derrotadas, su acción inició el proceso de desintegración interna que preparó el camino a las subsecuentes revoluciones. Además, en Austria las grandes huelgas fueron seguidas, el 1º de febrero de 1918, por la insurrección de 40 naves de la flota austríaca en la Bahía de Cattaro. Los amotinados arrestaron a sus oficiales e izaron banderas rojas, pero permanecieron en la bahía, expuestos a) fuego de poderosas baterías de costa y al peligro de ataque de una flota numerosa de submarinos alemanes en los alrededores. Amenazados con bombardeos y ataques submarinos y sin saber qué hacer, los amotinados fueron inducidos, finalmente, a rendirse. Sus dirigentes fueron entonces arrestados, cuatro de ellos fusilados y un número mucho mayor encarcelado en espera de juicio. El gobierno austríaco hizo todo lo posible por mantener el incidente en secreto; pero Julius Braunthal (n. 1891), entonces oficial de artillería estacionado en Cattaro, logró hacer llegar las noticias de lo sucedido a Víctor Adler, en Viena, y Adler, amenazando con una acción de masas si se ordenaban más ejecuciones, logró que las autoridades limitaran las sentencias a penas de prisión. Esta insurrección, aunque no tuvo éxito, desempeñó también un papel en la desintegración de Austria-Hungría y ayudó a preparar el camino para el fin próximo.

El nuevo Estado austríaco establecido por los miembros alemanes del Reichsrath austríaco el 21 de octubre de 1918 era todavía, formalmente,

parte del Kaiserreich austríaco, aunque ese Reich se había disuelto de hecho. Hasta el 12 de noviembre, al día siguiente de la abdicación del emperador, no se proclamó formalmente una República democrática austro-alemana, como consecuencia de un movimiento revolucionario en Viena. Al mismo tiempo que se establecía la República, la Asamblea la declaraba "parte componente de la República alemana", que acababa de ser proclamada por Scheidemann en Berlín. La nueva República austríaca reclamó jurisdicción, no sólo sobre los antiguos territorios de la Corona austríaca, excepto los que estaban habitados por grupos nacionales no alemanes, sino también sobre los distritos predominantemente alemanes de Bohemia y Moravia, que eran también reclamados por la nueva República checoslovaca. Los aliados, no obstante, prohibieron pronto la *Anschluss* con Alemania y reconocieron las pretensiones de Checoslovaquia a Bohemia y Moravia, y a Eslovaquia, la región ucraniana de Rutenia, y parte de Silesia. Decretaron también que el nuevo Estado austríaco debía denominarse Austria, en vez de República Democrática Austríaca. Para compensar la pérdida de las regiones alemanas de lo que pasó a ser Checoslovaquia, Austria fue extendida en el Este, a expensas de Hungría, con la adquisición de Burgenland; pero pasaron cerca de tres años antes de que las nuevas fronteras fueran finalmente definidas y ocupadas. Entonces, Austria se convirtió en un pequeño Estado de cerca de 6 millones y medio de personas, de las cuales cerca de 2 millones vivían en Viena y sus alrededores inmediatos. Viena, que había sido la capital de un imperio de más de 50 millones de habitantes, se vio convertida de pronto en el centro superpoblado de un pequeño Estado, principalmente agrícola, rodeado de otros estados que se dedicaron pronto a elevar los aranceles sobre sus exportaciones y a sustituir los servicios civil, bancario y comercial imperiales de la antigua capital con nuevos servicios nacionales bajo su control exclusivo. Económicamente, la nueva Austria era un centro casi incapaz de funcionar; y estaba sujeta también a serios inconvenientes políticos porque, mientras los socialistas controlaban Viena y algunas otras ciudades, el resto del país estaba dominado por el católico Partido Socialcristiano, el tradicional enemigo antisemita de la socialdemocracia, o por el Partido Nacionalista alemán. Las elecciones de una Asamblea Constituyente, efectuadas con representación proporcional y sufragio para todos los adultos, en febrero de 1919, dieron a los socialdemócratas 69 diputados, a los socialcristianos 63 y a los nacionalistas *26*. Estos tres partidos, a pesar de sus profundos antagonismos, formaron una coalición, con el socialista Karl Renner (1871-1950) como Canciller y el líder del ala izquierda del Partido Socialista, Otto Bauer (1881-1935), que acababa de regresar de Rusia donde había estado preso, como Ministro de Reía-

ciones Exteriores. Otro socialdemócrata, Karl Seitz (1870-1950) fue elegido presidente del nuevo Parlamento y, como tal, actuaba como Presidente de la República austríaca.

Los socialdemócratas austríacos, aunque sin una mayoría, eran la fuerza dominante en la República en sus primeros días y tenían el control indiscutido sobre Viena, su centro desproporcionadamente poblado. Habían sido llevados al poder en una ola de inquietud y rebeldía de las masas contra el viejo orden a través de todo el imperio austríaco y se habían visto dueños de lo que quedaba del disuelto imperio. De inmediato, su control del gobierno fue resultado de la Revolución en Viena; y, en Viena, estaba en sus manos establecer, por el momento, el régimen que se les antojara. Algunos dirigentes obreros querían el establecimiento de una República de trabajadores y soldados, siguiendo el ejemplo ruso, que descansara en la autoridad de los Consejos que habían surgido en todas partes, en las fábricas y en las fuerzas armadas. Los socialistas austríacos, sin embargo, no intentaron hacerlo, aunque sí se ocuparon de asegurar que el pequeño ejército que tenían a su disposición fuera leal a la República. Otorgaron a los soldados plenos derechos civiles, inclusive el derecho a sindicarse; escogieron cuidadosamente a los oficiales en cuya lealtad creían poder confiar, y trataron de asegurar un ejército educado políticamente. Se apresuraron también a proclamar la jornada de ocho horas para la industria y a dar los comités de las fábricas un *status* legal seguro. Pero, en vez de tratar de crear una República soviética, se dispusieron a construir el nuevo orden sobre las bases de una democracia parlamentaria; y, a pesar de la fuerza del sentimiento revolucionario entre los trabajadores, pudieron obtener el apoyo de la gran mayoría hacia esta política. Una pequeña ala izquierda se separó y estableció un Partido Comunista austríaco; pero éste logró escasos partidarios y nunca pudo lograr un solo asiento en el Parlamento austríaco. El momento más crítico de la nueva República, en sus primeros tiempos, se produjo cuando los comunistas húngaros, temporalmente unidos a los socialdemócratas, establecieron la República soviética en Budapest e instaron a los austríacos a seguir su ejemplo y acudir en su ayuda.[6] Pero el pequeño grupo que intentó entonces un levantamiento comunista en Viena no recibió apoyo de las masas y fue fácilmente sometido sin recurrir al empleo de fuerzas contrarrevolucionarias, como las que estaba utilizando Noske en Alemania, y sin dejar un rastro de odio entre los socialistas, como suponían los métodos de Noske.

Las razones de esta diferencia y también las que se oponían al esta-

[6] Véanse pp. 224 ss.

blecimiento de un régimen soviético en Austria son bastante claras. El Partido Socialdemócrata austríaco, tal como existía en 1918-19, era deci' didamente un partido de izquierda, en el mismo sentido que sus dirigentes más activos e influyentes, Otto Bauer y Friedrich Adler eran de izquierda e inclusive sus dirigentes moderados, después de la muerte de Víctor Adler en 1918, como Karl Renner, Karl Seitz y Friedrich Austerlitz (1862-1931), el formidable editor de la célebre *Arbeiter Zeitung,* eran mucho más de izquierda que los socialistas mayoritarios alemanes. En Viena especialmente, el control del Partido Socialdemócrata sobre los trabajadores era enormemente fuerte, no sólo políticamente, sino también culturalmente y en todos los aspectos de la vida social. El socialismo vienes, mucho más que el alemán, era una forma de vida completa: las actividades del partido penetraban todo —la música, el teatro, los viajes y las vacaciones, la educación y los deportes, no menos que las cuestiones políticas o sindicales—. Los conciertos para trabajadores organizados por David Bach eran famosos en todo el mundo y el gran diario vienes, *Arbeiter Zeitung,* editado por Austerlitz, era mucho menos un periódico que una revista diaria de opinión, donde se analizaban libremente toda clase de cuestiones culturales, políticas y económicas, en un nivel cultural y literario sorprendentemente alto. La cultura era en esencia, por supuesto, austro-alemana, y las raíces del partido estaban en el sector germano-austriaco de la población. Pero esto, después de la disolución del antiguo imperio, era más bien fuente de fuerza que de debilidad. Sobre todo, en Viena, como pronto descubrieron los comunistas, el control de la socialdemocracia sobre los trabajadores era demasiado fuerte para ser conmovido.

Había también razones muy fuertes de conveniencia contra cualquier intento de convertir a la nueva Austria en una República soviética. La trunca República austríaca no podía existir sin ayuda del exterior; y las únicas fuentes posibles de ayuda inmediata eran los Estados con los cuales habían estado en guerra los austríacos. Aun a largo plazo, la nueva República difícilmente podía esperar estar capacitada para alimentar adecuadamente a sus ciudadanos con sus propios productos; y no había recursos utilizables para pagar las importaciones, aunque los aliados permitieran su entrada. La República dependía, para su existencia misma, del reconocimiento y la ayuda de los aliados para la reconstrucción necesaria para levantar nuevamente al país. En consecuencia, como en Alemania, el temor de lo que pudieran hacer los gobiernos aliados actuaba como barrera poderosa de cualquier medida capaz de molestarlos. Además, había fuertes razones internas contra toda acción destinada a oponerse al sector no socialista de la nación. Había que alimentar a Viena y los campesinos de la Austria rural no estaban de nin-

guna manera dispuestos a consentir que se les arrastrara en la ola de una Revolución urbana proletaria. Los socialdemócratas tenían poco apoyo en el campo, donde la Iglesia católica romana y su aliado político, el Partido Socialcristiano, estaban fuertemente atrincherados. Los campesinos austríacos, además, habían estado acostumbrados a una explotación mucho menos opresora y tiránica que los campesinos de Hungría y no se habrían sometido, sin duda, a que sus productos fueran requisados por destacamentos socialistas o comunistas de las ciudades. Austria era, fundamentalmente, un país de pequeñas y medianas propiedades agrícolas, más que de grandes dominios y se ocupaba más de la industria lechera y la cría de ganado que del cultivo de cereales. Es verdad que, en 1918 y 1919, la fuerza de la Iglesia se redujo mucho por el momento y el Partido Socialcristiano, bajo la dirección del campesino Jodol Fink, recibía mucho menos las influencias clerical y reaccionaria que cuando la Iglesia y la pequeña burguesía se recuperaron de la situación de miedo en que las había sumido la Revolución. No obstante, aun en 1918-19, una República soviética vienesa habría significado la guerra civil y el hambre para los habitantes de las ciudades; y, aunque los productos de la agricultura austríaca hubieran podido obstante, aún en 1918-19, una República soviética vienesa habría signisin productos importados. La nueva República simplemente no era posible sin la ayuda aliada; y los dirigentes socialdemócratas estaban justamente convencidos de que los gobiernos aliados no tolerarían una República soviética, sino que la someterían por inanición.

En estas circunstancias, el sovietismo habría sido totalmente impracticable aunque la gran mayoría de socialistas vieneses lo hubieran deseado. Pero, profundamente leales al Partido Socialdemócrata austríaco, la mayoría de ellos no abrigaban tal deseo y estaban dispuestos a seguir a sus dirigentes en el intento de construir a la nueva Austria como República parlamentaria, aunque esto suponía —como pronto se vio— compartir el poder con sus antiguos enemigos, los socialcristianos y aun con los reaccionarios nacionalistas. Sin duda muchos socialdemócratas esperaban, en un principio, que su partido fuera lo bastante fuerte como para obtener una mayoría parlamentaria y asumir el gobierno de todo el país, con los demás partidos en oposición constitucional. Pero cuando las elecciones generales los dejaron en minoría en la nueva Asamblea, a pesar de constituir el partido más fuerte, la mayoría de ellos aceptaron aunque con reservas un gobierno de coalición como la única alternativa a una guerra civil en la que, aunque triunfaran, los frutos de la victoria les serían arrebatados por la intervención aliada.

Aun aparte de estas consideraciones, la mayoría de los líderes de la socialdemocracia austríaca y muchos de los miembros de fila creían en

la democracia parlamentaria, por la que habían estado luchando tanto tiempo en el antiguo orden y querían establecer una República parlamentaria, más que soviética. En efecto, deseaban esto porque la mayoría de ellos no creía que la República austríaca pudiera ser lo bastante fuerte como para sostenerse sola y querían su incorporación como Estado autónomo a la nueva República Federal Alemana. Pronto fue evidente, después de noviembre de 1918, que lo que se establecía en Alemania era, cuando menos formalmente, una República parlamentaria democrática y que Austria no podía unirse a Alemania excepto bajo un régimen semejante. Por el momento, la unión en cualquier condición estaba excluida por el veto de los aliados; pero se esperaba que este veto se levantara pronto.

En consecuencia, los socialistas austriacos preferían la coalición con los socialcristianos en un intento de salvar de la disolución el nuevo Estado, a correr los agudos peligros que habrían acechado a una Viena soviética, rodeada de enemigos, internos y externos. Esto no significa que les gustara la coalición ni que la consideraran muy practicable. Pero era un medio de asegurar cierta cooperación entre el campo y la ciudad y de lograr la ayuda aliada en las tareas inmediatas de alimentar al pueblo y reorganizar la vida económica del tristemente truncado Estado.

Esta transacción, que enajenaba sólo pequeños grupos de la extrema izquierda, dio una oportunidad a los antisocialistas, que habían permanecido dispersos después de la Revolución, para reafirmarse y recobrar gran parte de apoyo a expensas del Partido Socialdemócrata. Pronto el Partido Socialcristiano pudo insistir en el "gobierno proporcional" —es decir, en compartir los cargos ministeriales en proporción a la fuerza numérica de los tres partidos principales—; y, según este acuerdo, la nueva Constitución fue redactada y puesta en vigor, en octubre de 1920. En las elecciones siguientes, los socialdemócratas perdieron su mayoría parlamentaria, obteniendo sólo 66 diputados contra 82 de los socialcristianos, 20 nacionalistas alemanes y 6 del nuevo Partido Campesino. Los socialistas abandonaron entonces el gobierno, que se reconstruyó con mayoría de socialcristianos y se volvió cada vez más reaccionario a medida que la Iglesia y las clases medías le arrebataron el control a los dirigentes campesinos. Los socialistas conservaron, no obstante, su firme control en Viena, para la cual habían podido lograr el *status* de provincia y no sólo de ciudad, bajo la nueva Constitución federal; y así pudieron llevar a cabo en Viena la avanzada política social, especialmente en relación con la vivienda y los subsidios de desempleo, que no podían efectuar para todo el país. Pudieron, en efecto, a pesar de la extrema dificultad de la situación económica, realizar en Viena una política

constructiva que hizo de la Viena "roja" la admiración de los socialdemócratas en todo el mundo. Después que los socialistas se retiraron del gobierno de la República, Austria tuvo, en efecto, dos gobiernos: uno en Viena y otro en el resto del país. En el primero, para costear un programa realmente grande de viviendas, educación y otros servicios sociales, incluyendo el mantenimiento de gran número de trabajadores desempleados, se introdujo un sistema de impuestos locales, que cargaban con inusitada severidad a las clases ricas; se mantuvieron las rentas a un nivel muy bajo y los grandes bloques de apartamientos para trabajadores, que se convirtieron en una de las vistas más famosas de la nueva Viena, se construyeron con presupuesto público. La obra cultural del Partido Socialdemócrata también fue objeto de un gran desarrollo con el apoyo municipal; y la ciudad, a pesar de sus inmensas desventajas económicas, realizó una profunda transformación social, que merece todos los elogios que se le han hecho.

Al lograr estos resultados, los socialistas austriacos pudieron trabajar, en cierta medida, sobre las bases que habían sido echadas por sus opositores, los socialcristianos, bajo la dirección de Karl Lueger, en los días del imperio. Porque el régimen de Lueger, a pesar de su antisemitismo, había sido en algunos aspectos progresista en las cuestiones sociales. Los socialistas avanzaron, no obstante, gracias a su éxito en convertir a Viena en provincia autónoma con amplios poderes, mucho más de lo que se había intentado antes; y su capacidad para hacerlo afectó su actitud en relación con el gobierno austríaco en general. Originalmente, los socialdemócratas habían apoyado una República fuertemente centralizada, contra la opinión socialcristiana en favor de un sistema federal. Pero, habiendo asegurado el control sobre Viena, les importó menos esta cuestión y, en general, los socialcristianos se salieron con la suya.

Así Austria albergó, en muchos aspectos, un sistema dual de gobierno, controlando los socialdemócratas la fuerte capital v los socialcristianos casi todo el resto del país. Austria, en verdad, como quiera que hubiera sido gobernada difícilmente habría podido sobrevivir en los años de posguerra sin ayuda exterior, en vista del desempleo en masa de sus trabajadores industriales y de la falta de disposición de los campesinos de suministrarles productos alimenticios a cambio de los cuales podían dar muy poco. Las industrias austríacas, en el imperio, se habían ocupado principalmente de la producción de objetos de lujo y artísticos, cuyos mercados habían desaparecido ya; y la escasez de capital, así como de las técnicas y materiales necesarios, hacían difícil el paso a tipos de producción más adecuados al mercado interno limitado y empobrecido. En el imperio, Hungría había suministrado productos alimenticios a cambio de productos de fabricación austríaca; pero este comercio estaba

ahora interrumpido. La tarea de alimentar a las ciudades y mantener a los desempleados era muy onerosa; y, pronto, Austria tuvo que ser rescatada del desastre, primero por la ayuda alimenticia norteamericana y luego por préstamos para la reconstrucción hechos bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones. Aun así, el problema nunca fue resuelto y no podía serlo; porque Viena era una ciudad demasiado populosa para ser mantenida adecuadamente como capital para sólo unos cuantos millones de individuos y sus vecinos no estaban de ninguna manera dispuestos a permitirle que recobrara su posición como centro de servicios económicos y financieros para todos los Estados de la Sucesión. Cada cierto tiempo se plantearon proyectos ambiciosos de una Federación del Danubio, especialmente por parte de Aristíde Briand, pero nunca tuvieron oportunidad real de ser aceptados.

Las condiciones bajo las cuales los socialistas austriacos aceptaron, al iniciarse la República, compartir el poder con los demás partidos, en vez de tratar de establecer un Estado socialista, impidieron cualquier legislación drástica de tipo socialista y limitaron sus realizaciones a la jornada de ocho horas, el establecimiento de consejos de trabajadores, la otorgación de representación a los trabajadores en la dirección de las principales empresas industriales y la promulgación de un código bastante avanzado de legislación social. A partir de 1920, estuvieron fuera del gobierno, como oposición parlamentaria, primero frente al gabinete socialcristiano del doctor Mayr y después frente al gabinete apolítico de funcionarios encabezado por el doctor Schober, que duró hasta 1922 y fue sustituido entonces por otro gabinete, mucho más reaccionario, antisocialista, encabezado por el socialcristiano monseñor Ignatz Seipel, y, después de su retiro, por el doctor Ramek.

En los años que siguieron a la constitución de la República austríaca, las relaciones entre los socialistas y sus opositores políticos empeoraron continuamente. En un principio, como vimos, los socialistas tuvieron por un tiempo la ventaja, dentro de las limitaciones que les impuso su necesidad imperativa de reconocimiento y ayuda financiera de los aliados. Pero pronto, con el predominio socialista casi limitado a Viena, los antisocialistas pudieron reagrupar sus fuerzas y no sólo expulsar a los socialistas del gobierno central, sino también empezar a construir, principalmente en las regiones rurales, poderosos movimientos reaccionarios que estaban en posición, eventualmente, de recurrir a métodos de violencia contra los socialistas en connivencia y aun con el apoyo del gobierno socialcristiano. La más peligrosa de estas fuerzas era el Heimwehr inspirado por los terratenientes, dirigido por el príncipe Ernst Starhemberg, que se dedicó a construir formaciones militarizadas en oposición al "Schutzbund republicano socialista". Éste apenas existía fuera de las

principales ciudades y sólo podía ser utilizado para la defensa local; mientras que el Heimwehr, con grandes recursos monetarios detrás y con el apoyo de muchas personas que ocupaban altos puestos oficiales, era mucho más móvil y capaz de concentrar sus fuerzas en cualquier región donde hubiera decidido recurrir a medidas violentas. El Heimweher no coincidió siempre, en verdad, con el gobierno, que hizo algunas veces esfuerzos por mantener su violencia dentro de ciertos límites; tampoco los dirigentes del Heimwehr estuvieron siempre dispuestos a atender debidamente a los deseos de la Iglesia católica. Pero cuando Seipel fue Canciller y se dedicó definidamente a destruir el poder de los socialistas, el Heimwehr se convirtió en su auxiliar más importante en los conflictos cada vez más violentos entre socialistas y antisocialistas, tanto en el campo como en las pequeñas ciudades; mientras que en la misma Viena los socialistas fueron aún demasiado fuertes, por cierto tiempo, como para ser amenazados abiertamente por métodos violentos.

Fue con Siepel, en julio de 1927, que el socialismo austríaco sufrió lo que demostró ser una seria derrota. Ésta se produjo por las relaciones cada vez peores entre las fuerzas armadas irregulares que habían sido creadas por los reaccionarios en el campo —el Heimwehr dirigido por los terratenientes— y, en defensa propia, por los trabajadores urbanos —el "Schutzbund republicano socialista". La crisis surgió de un asalto en el cual numerosos obreros pertenecientes al Schutzbund fueron asesinados por bandas reaccionarias—. Los asesinos, arrestados y sometidos a juicio, fueron absueltos por un jurado reaccionario en pleno desafío de los hechos. A la mañana siguiente, los trabajadores vieneses abandonaron espontáneamente las fábricas y marcharon en procesión a una manifestación ante el Parlamento. Hubo un motín: el Palacio de Justicia fue asaltado y envuelto en llamas y la policía disparó sobre los manifestantes y mató a no menos de 94 de ellos.

Estos acontecimientos llevaron a Viena al borde de la revolución. Se había demostrado que la policía estaba dispuesta, a un llamado del gobierno, a disparar contra los trabajadores; y no pocos socialistas deseaban que el Partido Socialdemócrata llamara a las armas al Schutzbund y derrocara por la fuerza al gobierno reaccionario. Pero los dirigentes socialistas pensaban que, aunque pudieran hacerse dueños de Viena, como habrían podido hacerlo, serían incapaces de mantenerse en el poder en vista de su debilidad en el resto del país. En consecuencia, limitaron su acción a la convocatoria a una huelga general, que fue objeto de una respuesta casi total. El gobierno, no obstante, comprendiendo que la huelga no podía durar, se negó a hacer ninguna concesión y el Partido Socialista, todavía no en disposición de llamar a la insurrección, se vio obligado a poner fin al paro. Los socialistas, a pesar de

su control asegurado sobre la administración en Viena, tenían que aceptar la derrota si no estaban dispuestos a jugárselo todo en un levantamiento para el cual no parecía haber perspectivas de un éxito duradero. Sólo habrían podido levantarse en tanto que el proletariado afirmara sus derechos de clase contra una mayoría parlamentaria electa democráticamente; y algunos habrían rechazado ese camino aunque hubieran creído que la victoria estaba a su alcance. En todo caso, después de 1927 la violencia de los reaccionarios aumentó gradualmente y los socialistas, aunque se sostuvieron lo mejor posible, estaban definitivamente en retirada, ante el creciente poder de la reacción clerical, aun antes de que la crisis económica mundial de los años posteriores a 1929 les diera otro fuerte golpe. La República democrática, aunque duró algunos años más —hasta el golpe de Dollfuss en 1934— estaba, en efecto, destinada a la destrucción desde el momento en que los socialistas retrocedieron ante la rebelión abierta en julio de 1927. Hasta la destrucción de su poder por Dollfuss en 1934 y la invasión de Hider en 1937, los socialistas austriacos permanecieron en la oposición a través de las etapas sucesivas de inflación, dolorosa estabilización y crisis económica .epidémica después de 1929. Fuera de Viena no tuvieron oportunidad, después de 1920, de una acción socialista constructiva; porque nunca se acercaron a una mayoría parlamentaria. En Viena, por otra parte, pudieron hacer mucho' y mantener vivo el espíritu del socialismo y, al hacerlo, evitar que los comunistas lograran mucho apoyo de los trabajadores, a pesar de las condiciones económicas sumamente adversas. **En** oposición a los socialcristianos, hicieron lo posible por elaborar una política agraria como base para apelar al apoyo campesino. En 1925 Otto Bauer presentó en su nombre un proyecto para el establecimiento de comunidades locales basadas en el sistema de comunidad de la tierra (gerwein), que funcionarían con pequeños granjeros, propietarios de ganado y dedicados a la industria lechera, que dependerían principalmente del uso de la tierra común y el crédito y mercado cooperativos, pero con el comercio de granos como monopolio estatal. Nunca pudieron, sin embargo, poner en práctica este plan ni les hizo obtener un importante apoyo campesino. Siguieron siendo un partido urbano, estrechamente aliado a los sindicatos, que lograba agrupar a la mayoría de los trabajadores industriales y burócratas de las ciudades, pero no brindaba una base suficiente como para obtener una mayoría parlamentaria en todo el país.

El marxismo austriaco, cuyos aspectos teóricos fueron analizados en el volumen anterior,[7] experimentó sólo desarrollos secundarios como teoría

[7] **Véase el vol. IV, p. 33 ss.**

después de 1918. El problema de las nacionalidades, que había sido una preocupación principal de muchos de sus prominentes exponentes, como Karl Renner y Otto Bauer, no existía ya en su forma de preguerra después de la desintegración del imperio austro-húngaro; y en la nueva situación dominada por los estados independientes de la Sucesión, la concepción de la autonomía cultural de Bauer no tenía ya mucho sentido.

Bauer hizo, no obstante, contribuciones sustanciales al pensamiento socialista en su folleto sobre *Bolchevismo y democracia social* y en sus diversos trabajos para la revista socialista austríaca *Der Kampf* y en sus proyectos para el programa agrario del partido de 1925 y el programa general que adoptó en el Congreso de Linz al año siguiente. Su libro sobre *La Revolución austríaca* (1923) fue un penetrante estudio de la situación que los socialistas austriacos tuvieron que enfrentar en 1918 y después el Programa de Linz comprendía una de las mejores exposiciones de las ideas socialistas democráticas del proceso de transición del capitalismo a una economía socialista, con fuerte acento en la necesidad de una democracia industrial y de evitar la supercentralización burocrática.

De los otros teóricos principales del movimiento austríaco, Rudolf Hilferding había transferido sus actividades a Alemania y se había convertido en ciudadano de la República de Weimar; Max Adler —sin relación con Víctor o Friedrich Adler— había sido muy influido por las ideas rusas y se había convertido en el principal expositor teórico de ideas izquierdistas y Friedrich Adler dedicó sus energías, primero a tratar de reconstruir una Internacional Socialista unificada y después, cuando esto fracasó, a la nueva Segunda Internacional (o Internacional Laborista y Socialista).[8] Los socialistas austriacos, en la República, dieron una muestra notable de realizaciones prácticas en condiciones muy difíciles y concibieron también una política bien trazada e imaginativa que su posición minoritaria en el país no les permitió llevar a efecto.

En su posición de continua oposición a los sucesivos gobiernos antisocialistas y cada vez más reaccionarios pudieron permanecer más a la izquierda que los socialistas mayorítarios alemanes y, después, que el Partido Socialdemócrata reunificado. Hubo siempre dentro del partido austriaco un ala izquierda que criticó sus actitudes moderadas y trató algunas veces de cooperar con el pequeño Partido Comunista austriaco; pero esta izquierda nunca fue lo bastante fuerte, mientras duró la libertad política, como para desafiar eficazmente a los dirigentes ante las extremas dificultades económicas que sufrió continuamente el país en los años de entre-guerras y ante el notable historial de la

[8] Para las nuevas Internacionales de posguerra véase el cap. n, pp. 260 ss.

administración provincial de Viena con Karl Seitz. Hasta la subida al poder de Hider en Alemania los socialistas austriacos siguieron favoreciendo la *Anschluss,* pero no tenían poder para realizarla. Después que los nazis tomaron el poder en Alemania perdieron algunos partidarios que se acercaron a los nazis austriacos, pero no muchos. No obstante, su poder había ido disminuyendo gradualmente desde los primeros años de la década de los veintes por su aparente condenación al *status* permanente de partido minoritario; y los socialcristianos, que se habían iniciado en cuestiones sociales como un partido relativamente liberal se inclinaron cada vez más hacia la derecha bajo la presión eclesiástica y burguesa. La insistencia socialista en el laicismo, popular entre los trabajadores urbanos, los llevó a un creciente conflicto con la Iglesia católica que se hizo, espiritual y políticamente, cada vez más agresiva y reaccionaria en el terreno laboral, hasta que trató de reconstituir una especie de clase medieval que trascendiera a la estructura laboral, basada en las ideas de Karl von Vogelsang[9] e incluyendo un resucitado sistema de *Zünfte,* o gremios industriales que agruparían a los patronos y obreros, se dedicara a destruir los sindicatos. Seguir este proceso me llevaría, sin embargo, mucho más allá del periodo que debe examinar este capítulo.

CHECOSLOVAQUIA

La República de Checoslovaquia se proclamó en octubre de 1918, mientras el imperio austro-húngaro se disolvía definitivamente en ruinas. Se proclamó, de hecho, dos veces: una en París, por el Consejo Nacional que había funcionado en el extranjero durante la guerra, y otra en Praga, por el Comité Nacional encabezado por el joven dirigente checo Karel Kramarc, quien fue el primer Primer Ministro, con el apoyo del sector checo del Partido Socialdemócrata austriaco —dirigido entonces por Frantisek Soukup (1871-1940)—. Dos días después el Consejo Nacional eslovaco se pronunció en favor de la unidad checoslovaca. Al punto, los movimientos nacionales enviaron delegaciones para reunirse con las del Consejo Nacional de Masaryk en Ginebra; y unos y otros unieron sus fuerzas para el establecimiento de la nueva República. Los socialdemócratas tuvieron que enfrentarse al problema de si debían cooperar con los partidos burgueses en esta tarea o tratar de dar a la Revolución un carácter socialista. La situación se complicó con el hecho de que los alemanes constituían cerca de la tercera parte del total de población de Bohemia, cerca de una cuarta parte de la población de Moravia y Silesia y más de una quinta parte de la población

[9] Sobre Vogelsang, véase vol. II, p. 244-5.

total del país. Sólo alrededor de las dos terceras partes del total eran de nacionalidad checa o eslovaca. En 1918, los socialdemócratas alemanes en Bohemia y Moravia, en común con los demás partidos alemanes, se negaban a reconocer a la República checoslovaca y pedían la inclusión de los distritos alemanes en la nueva Austria y la admisión de la Austria alemana como Estado autónomo dentro de la nueva República Federal que ya estaba en camino. La situación se complicó más aún con la existencia, al lado de los sectores checo y alemán de los socialdemócratas austriacos, de un Partido Nacionalsocialista checo, estrechamente asociado a los nacionalistas burgueses y que obtenía su principal apoyo de las clases burocráticas y profesionales. Éste era el partido con el cual tenía relación el doctor Edward BeneS, principal colega de Masaryk en el Consejo Nacional Checoslovaco. J. F. Klovac lo había fundado en 1897, y todavía era su dirigente en Checoslovaquia en 1918. Unido al partido había un movimiento sindical nacional checo, independiente de la Comisión Sindical austríaca, que agrupaba a trabajadores de todas las nacionalidades.

Otro factor de complicación era la debilidad del socialismo en Eslovaquia, que estaba dominada por el Partido Populista Católico de Monseñor Andrej Hlinka y se habría negado a aceptar la absorción en un Estado checoslovaco decididamente socialista. Además, el sentimiento nacionalista era fuerte en 1918 aun entre los socialdemócratas checos, quienes se sentían impulsados, por ese sentimiento, a cooperar con el nacionalismo burgués para echar las bases del nuevo orden. En estas circunstancias, los socialdemócratas checos, que habían desempeñado un gran papel en la toma revolucionaria del poder en las regiones industriales no se sentían lo bastante fuertes como para tomar en sus manos toda la autoridad o como para intentar hacer directamente una revolución socialista. A pesar de una fuerte presión del ala izquierda, aceptaron entrar en el gobierno provisional del doctor Frantisek Kramarc, aunque sólo se les dio 3 puestos en el gabinete de un total de 17, contra 4 del Partido Agrarista, 3, aparte del doctor Benes, para los nacionalsocialistas checoslovacos, 3 para los nacionaldemócratas y 2 para partidos menores, más 2 que no pertenecían a ningún partido, incluyendo a Benes, que era contado entonces como representante, no de un partido, sino del Consejo Nacional de Masaryk. El mismo Masaryk fue elegido Presidente de la República. Los partidos alemanes, incluyendo a los socialdemócratas alemanes, persistieron en su negativa a cooperar o reconocer al nuevo Estado.

Se reconoció, no obstante, desde un principio que los socialdemócratas, que eran por el momento la mayor fuerza, estaban mal representados en el gabinete Kramarc y en la Asamblea Nacional Provisional

que se había creado. En las elecciones municipales de junio de 1919, el Partido Socialdemócrata checoslovaco logró la más alta votación —935 000 contra 637 000 de los agraristas, 485 000 de los nacional-socialistas y sólo 256 000 de los nacionaldemócratas, el principal partido de la burguesía urbana. El gobierno de Kramarc renunció entonces y lo sustituyó un nuevo gabinete de coalición presidido por el social-demócrata Vlastimil Tusar (?-1924). El nuevo gabinete estaba constituido por 4 socialdemócratas, 4 nacionalsocialistas, 4 agraristas y 2 eslovacos, con el doctor Benes como Secretario del Exterior, sin representar a ningún partido. Este gobierno, apoyado por las primeras elecciones generales efectuadas de acuerdo con la nueva Constitución, en abril de 1920, permaneció en el poder hasta septiembre de ese año, cuando renunció y fue sustituido por un gabinete provisional de funcionarios encabezados por Jan Cerny, por serias disensiones dentro del Partido Socialdemócrata que habían hecho imposible su permanencia. Los partidos alemanes, en esta etapa, mantuvieron su negativa a cooperar.

En los gobiernos de Kramarc y Tusar, el Estado checoslovaco fue dotado de una Constitución democrática parlamentaria; y se promulgó un cuerpo sustancial de legislación social. Incluía la jornada de ocho horas, el seguro de salud y desempleo, la protección de los arrendatarios y un impuesto sobre los capitales; y el gobierno de Tusar promulgó también una Ley Agraria, que disponía la distribución de las tierras expropiadas a los grandes propietarios: parte a los campesinos, individualmente, y parte a las cooperativas. El gobierno de Tusar aprobó también una ley estableciendo consejos de trabajadores en las minas y dando a los mineros participación en el control de la industria minera y otras leyes para la reglamentación de los salarios industriales y el empleo en las industrias domésticas. Fue obstaculizado, sin embargo, por la oposición de los partidos no socialistas representados en el gobierno y del Partido Católico eslovaco de Hlinka, que clamaba por la autonomía de Eslovaquia dentro de un Estado flexiblemente federal, y por la persistente falta de cooperación de los socialdemócratas alemanes y la insatisfacción creciente de su ala izquierda que era partidaria de que se intentara establecer una República Socialista Soviética al estilo ruso.

El Partido Agrarista checoslovaco, que ocupó un lugar importante en los gobiernos de Kramarc y de Tusar, era por esta época un verdadero partido de granjeros y campesinos, con muchos simpatizadores entre los trabajadores rurales. Promovía activamente la reforma agraria y la cooperación agrícola, así como los bancos de crédito. Sin embargo, era vigorosamente antisocialista; y pronto empezó, por una parte, a perder terreno entre los campesinos pobres y los trabajadores agrícolas, muchos de los cuales se convirtieron al socialismo y, por otra parte, empezaron

a infiltrarse miembros de las clases medias urbanas que lo consideraban un mejor baluarte contra el socialismo que el Partido Nacionaldemócrata conservador. Tendió, así, a inclinarse hacia la derecha y a entrar en conflicto con el ala izquierda socialdemócrata. Sus principales dirigentes eran su presidente, Rudolf Beran, Jan Malypetr (1873-?), líder cooperativista que fue presidente de la Asamblea Nacional en 1925 y Milán Hodza (1878-'?), profesor eslovaco que fue Primer Ministro en los últimos años de la década de los treintas.

La crisis del Partido Socialdemócrata llegó a su culminación en el verano de 1920, mientras estaba en receso el Parlamento recién electo. El ala izquierda, encabezada por Bohumil Smeral, quien acababa de regresar de una visita a Rusia, inició una campaña con el objeto de apoderarse de la Conferencia del partido, que debía reunirse en septiembre. De los 74 delegados socialdemócratas, 23, reforzados después por algunos más, se enfrentaron a la dirección del partido y solicitaron la afiliación a la Internacional Comunista. El gobierno de Tusar, privado de una tercera parte de sus partidarios parlamentarios socialdemócratas, renunció para dedicar sus energías a la lucha en el partido. Los dirigentes pospusieron la Conferencia del partido; pero el ala izquierda se negó a esperar y, en una Conferencia que organizaron, se separaron y bajo la dirección de Smeral, se integraron en Partido Comunista. Sus miembros se apoderaron por la fuerza de la Casa del Pueblo en Praga, sede socialdemócrata, y fomentaron numerosos disturbios en los distritos obreros. Estos disturbios fueron vigorosamente combatidos por el gobierno Cerny, aconsejado por una junta de los partidos, la Petka o Consejo de los Cinco, que representaba a los cinco principales partidos checoslovacos, incluyendo a la mayoría socialdemócrata. Los comunistas fueron expulsados de la Casa del Pueblo y convocaron entonces a una huelga general, que fue vencida con gran severidad —en algunos lugares sólo después de una lucha armada—. El nuevo Partido Comunista, entretanto, se afilió a la Tercera Internacional y los socialdemócratas se dispusieron a reorganizar su partido, preparándose para ocupar su lugar en un nuevo y más amplio gobierno de coalición. Los partidos alemanes, durante este periodo de condiciones anormales, intensificaron su oposición al Estado checoslovaco y, en 1921, anunciaron su secesión del Parlamento y se negaron, en lo sucesivo, a participar en sus asuntos.

En septiembre de 1921, Benes fue Primer Ministro a la cabeza de una amplia coalición de los cinco partidos checoslovacos no comunistas y con el apoyo de los católicos eslovacos de Hlinka. Los socialdemócratas v los nacionalsocialistas estaban representandos; pero la influencia del primero había disminuido mucho con la división y el poder efectivo descansaba ahora en los elementos burgueses y nacionalsocialistas che-

coslovacos. Los alemanes volvieron al Parlamento, pero permanecieron en la oposición. El gobierno de Benes hizo algunos intentos por conciliar a los alemanes mediante concesiones de una mayor tolerancia de sus derechos culturales; y el bloque alemán empezó a quebrarse, a medida que los diversos partidos alemanes empezaron a agruparse más bien sobre una base social. Pero no se llegó a una solución real del problema alemán. Sólo en 1925 el bloque alemán, excluyendo a los socialdemócratas, aceptó participar en la administración del Estado checoslovaco; los socialdemócratas alemanes persistieron tres años más en su política de no cooperación. Los sindicatos alemanes, no obstante, se afiliaron a la Central Sindical Checoslovaca en 1925. Los católicos eslovacos, quienes en un principio apoyaron el gabinete de BeneS, pasaron pronto a la oposición por la cuestión de la ayuda a los colegios católicos.

El gabinete de Benes duró hasta octubre de 1922, cuando fue sustituido por una nueva y amplia coalición encabezada por el agrarista Antonin Svehla como Primer Ministro, con una composición de partidos semejante. Este gobierno continuó hasta 1926, cuando definitivamente se desintegró como resultado de una disputa entre agraristas y socialdemócratas acerca de la protección arancelaria a los productos agrícolas. Por otra parte, se vio envuelto en una acida lucha con el Partido Comunista, especialmente en relación con su política económica de deflación en favor de la estabilización de la moneda y las reducciones de sueldos y salarios, en particular en el caso de los empleados públicos. En enero de 1923, el Ministro de Finanzas derechista, Alois Rasin, fue asesinado por un anarquista; y, en medio del alboroto que se produjo, el gobierno promulgó una ley especial para la protección de la República. Los comunistas prosiguieron con la agitación contra el gobierno y, al año siguiente, el gobierno promulgó una nueva ley que hacía más dura la pena por difamación. Había, no obstante, crecientes dificultades dentro de la coalición; finalmente, en 1925, fue disuelto el Parlamento.

En las siguientes elecciones generales —las primeras desde que los comunistas se separaron de los socialdemócratas— el Partido Cocialdemócrata checoslovaco fue reducido a 29 representantes, contra los 74 de 1920, mientras que los comunistas obtuvieron 41 asientos y los nacionalsocialistas checoslovacos 28. El Partido Socialdemócrata alemán obtuvo 17 asientos más. Después, sin embargo, la fuerza comunista decayó a 30 representantes en las elecciones generales de 1929, mientras que los socialdemócratas recuperaron parte del terreno perdido, aunque nunca lo suficiente para reinstalarlos en su posición de partido mayoritario. Los sucesivos gobiernos de coalición, donde participaron algunas

veces los socialdemócratas, estuvieron cada vez más dominados por el partido Agrarista; pero ningún partido tenía oportunidad de ganar por sí solo una mayoría independiente, aunque no se tomara en cuenta a la minoría alemana y a otras. Los socialdemócratas alemanes, encabezados por Ludwig Czech (1870-?) entraron en el gobierno en 1928, invirtiendo su política anterior de oposición. Los nacionalsocialistas checoslovacos, aunque no tenían nada en común con el partido alemán de Hitler del mismo nombre, no podían ser considerados socialistas. Eran radicales progresistas, con una actitud sensible y moderada en las cuestiones internacionales y tenían una prensa de amplia circulación; pero, aparte de Benes, que tenía ciertas relaciones con ellos, no produjeron dirigentes notables.

En los años que siguieron a 1918, la cercanía de Checoslovaquia a Rusia y su posición como Estado eslavo con una población industrial considerablemente desarrollada, en las regiones checa y alemana, la convirtieron en un centro tormentoso en la lucha entre el comunismo y la socialdemocracia. Los socialdemócratas checos, no obstante, estaban demasiado preocupados con sus problemas nacionales para poder concentrarse en el socialismo, de cualquier clase, como objetivo central. Los trabajadores alemanes, que incluían a una parte considerable del proletariado industrial, luchaban a la retaguardia contra la incorporación en un Estado predominantemente eslavo y no estaban en disposición de cooperar con los socialistas checos o eslovacos, divididos a su vez en tres partidos: comunista, socialdemócrata y nacionalsocialista. Los socialdemócratas checoslovacos, aunque permanecieron fuera del Frente Nacional de Masaryk durante la guerra, estaban dispuestos a cooperar con éste en el establecimiento de la República checoslovaca y fueron conducidos así a una política de coalición con los nacionalsocialistas y los agraristas y aun con partidos todavía más de derecha. Pudieron transigir con los agraristas en la cuestión de la tierra y apoyaban enérgicamente la política de laicismo que fue seguida por la izquierda y el centro burgueses en oposición a los católicos eslovacos. Eran, además, centralistas, ansiosos de evitar un sistema federal que favoreciera el separatismo eslovaco y pudiera fortalecer también las pretensiones alemanas de cierta autonomía. Siguieron apoyando, pues, a una serie de gobiernos de coalición aun cuando habían dejado de ser sus principales integrantes o habían dejado de participar en absoluto —porque después de 1925 los socialdemócratas no estuvieron representados en el gabinete.

Por otra parte, desde el momento de la separación en 1920, el Partido Comunista checoslovaco fue dirigido, esencialmente, en sus cambios de política por la influencia del Comintern. Su primer dirigente,

Bohumil Smeral, era en algunos aspectos un comunista muy peculiar. Durante la guerra había estado en el ala derecha del Partido Socialdemócrata austriaco y se había opuesto a la división de los territorios austriacos en estados nacionales independientes. Se vio, así, aislado del movimiento nacional checo por la independencia y, después de la guerra, permaneció en la oposición a la dirección del partido. Tras una visita a Moscú, regresó como converso de la Tercera Internacional y se convirtió en dirigente del movimiento secesionista en el Partido Socialdemócrata. Cuando se realizó la separación, se hizo la principal figura del Partido Comunista checoslovaco y siguió obedientemente la línea de Moscú. El ala izquierda del Partido Socialdemócrata alemán en Checoslovaquia también se separó y se unió a los comunistas, quienes se convirtieron en el único partido donde checos, eslovacos y alemanes estaban unidos en términos de igualdad. Se produjo entonces una división en los sindicatos, que se separaron en tres grupos rivales, comunista, socialdemócrata y nacionalsocialista, con los comunistas durante algún tiempo a la cabeza de los trabajadores industriales. Su influencia, no obstante, fue considerablemente afectada por la derrota de la huelga general que convocaron en diciembre de 1920, aunque pronto se recuperaron y, como vimos, obtuvieron grandes triunfos en las elecciones generales de 1925. En los últimos años de la década de los veintes volvieron a perder terreno, pero permanecieron fuertes en las regiones mineras y pudieron reunir partidarios entre los campesinos pobres y los trabajadores rurales, especialmente los pertenecientes a las minorías nacionales hostiles al nacionalismo checo. Antes de terminar la década de los veintes, no obstante, sus dirigentes habían caído en desgracia en Moscú por su incapacidad para realizar una política lo suficientemente revolucionaria. Smeral y otros fueron retirados de los puestos dirigentes y el partido quedó en manos de nuevos líderes, entre los cuales Klement Gottwald (1896-1953) se convirtió pronto en la figura más importante, para hacer frente a la depresión mundial de los primeros años de la década de los treintas.

En los años que siguieron a 1918, Checoslovaquia fue citada con frecuencia en Occidente como "democracia modelo". Tenía, en efecto, una Constitución parlamentaria altamente democrática, bajo la cual se extendió pleno derecho de voto a sus minorías nacionales; y su Parlamento promulgó un código de legislación social bastante avanzado. Los grandes dominios rurales fueron divididos y la tierra se distribuyó principalmente entre los campesinos que la cultivaban, que desarrollaron organizaciones cooperativas en escala considerable. Pero las condiciones mismas que hicieron posibles estos éxitos impedían también el establecimiento de un sistema socialista. Checoslovaquia era un país de indus-

trías avanzadas, que se desarrollaron mucho bajo la República, y de extenso cultivo agrícola, que requería protección para sostenerse en un mundo de precios bajos y fluctuantes de los productos alimenticios. El sector campesino era lo bastante grande como para evitar que los socialistas obtuvieran una clara mayoría en el sistema parlamentario, al menos, mientras estuvo vigente la representación proporcional. El Partido Agrarista estaba fuertemente atrincherado en las regiones rurales de Bohemia y Moravia, y el país no podía ser gobernado, con un sistema parlamentario, sin su participación. Además, aunque el derecho de voto era igualitario, el considerable elemento alemán de la población resentía profundamente la pérdida de su antigua superioridad y el predominio inevitable de los elementos checos en el nuevo Estado; también los eslovacos estaban descontentos y exigían una autonomía más completa que la que estaban dispuestos a conceder los centralistas checos. Había, además, considerables minorías nacionales —ucranianos en Rutenia, magiares en Eslovaquia y polacos en la región checoslovaca de Silesia— que abrigaban aspiraciones de reunirse con sus connacionales de la Unión Soviética, Hungría y Polonia. En los primeros años de la República, los partidos alemanes, con su negativa a reconocer su legitimidad o desempeñar un papel constructivo en su desarrollo, hicieron muy difícil la posición de los partidos checoslovacos predominantes y especialmente debilitaron el movimiento socialista porque incluían a un sector considerable de trabajadores industriales. Las relaciones entre alemanes y checos mejoraron al terminar los años veinte y se retiró el boicot; pero pronto empeorarían nuevamente después que los nazis tomaron el poder en Alemania y se dedicaron a fomentar el Partido Nazi del Sudetén, de Henlein, entre los alemanes de Checoslovaquia. Hubo también continuas dificultades con los magiares en Eslovaquia y los ucranianos en la región económicamente atrasada de Rutenia; y fue en estos distritos que el comunismo, único partido que trascendía las diferencias nacionales, pudo lograr un número importante de partidarios campesinos. Había, sin embargo, todavía menos posibilidades de una Revolución comunista en Checoslovaquia en la etapa de entreguerras, que de una victoria socialista parlamentaria. Los comunistas, aunque por cierto tiempo lograron el apoyo de una mayoría de trabajadores industriales, eran demasiado débiles para tener oportunidades reales de tomar el poder contra la oposición combinada de todos los demás grupos. En algunas ocasiones pudieron crear disturbios importantes, pero nunca se puso en duda la capacidad del gobierno para derrotarlos cuando se trataba de una prueba de fuerzas. Estas luchas, no obstante, envolvían inevitablemente a los socialistas en acción común con los partidos burgueses contra los comunistas y crearon, así, agudas

divisiones dentro del movimiento obrero —divisiones que retrocedieron a las antiguas disputas entre el Partido Socialista austriaco de preguerra y los grupos checos que se habían separado de él en los días de la Segunda Internacional—. Las viejas diferencias entre socialdemócratas y nacionalsocialistas checoslovacos no se resolvieron, dejando a los socialdemócratas como grupo intermedio entre los dos fuegos del nacionalsocialismo checoslovaco y el comunismo internacional. Esto explica la influencia decreciente del Partido Socialdemócrata después de los primeros años de la República y la creciente influencia del Partido Agrarista en los sucesivos gobiernos. Como democracia burguesa progresista Checoslovaquia hizo frente a sus numerosas dificultades con considerable éxito hasta que el auge del nazismo la minó y la abstención de los países occidentales de venir en su ayuda en 1938 la dejaron totalmente a merced de Hitler. Pero en la cuestión del socialismo, a diferencia de la moderada reforma social burguesa, sus partidos socialistas no estuvieron nunca en posición de triunfar.

HUNGRÍA

Llegamos ahora a la infortunada Revolución húngara de 1918, que terminó menos de un año después en el "terror blanco". Hasta 1918 no había habido país en Europa —ni siquiera Rusia— en el que las minorías nacionales estuvieran más oprimidas que en Hungría. Ni los magiares pobres de las regiones rurales corrían mejor suerte que los subditos eslavos. El parlamento húngaro era un reducto aristocrático y nacionalista, donde sólo habían podido penetrar un pequeño grupo de la burguesía urbana y uno o dos socialistas aislados —y ninguna de estas figuras aisladas había pertenecido al Partido Socialdemócrata, principal representante de los trabajadores de las ciudades—. La industria húngara no estaba muy desarrollada fuera de Budapest y algunos distritos mineros; y, en su mayoría, los que vivían de la industria —patronos u obreros— no eran de nacionalidad magiar. Los judíos y algunos alemanes predominaban entre los patronos y los obreros calificados; una proporción considerable de los trabajadores menos calificados eran inmigrantes de Eslovaquia u otras regiones eslavas. Los trabajadores calificados estaban fuertemente organizados en sindicatos, tolerados mientras no intentaran organizar a los trabajadores rurales; y estos sindicatos trabajaban estrechamente unidos al Partido Socialdemócrata. Entre la aristocracia había muchos pequeños y grandes terratenientes, con algunas grandes familias propietarias de enormes dominios; los miembros de las familias aristocráticas que no poseían tierras se concentraban en el ser-

vicio civil, considerando el comercio y la industria indignos de su atención. En algunas regiones, las tierras improductivas habían sido compradas en gran escala por especuladores, que las habían dispuesto para arrendarlas o venderlas de nuevo. La mayoría de los campesinos y agricultores sin tierras eran muy pobres y vivían en terribles condiciones de opresión, especialmente en las grandes propiedades rurales. Se había producido, no obstante, cierto desarrollo del cooperativismo agrícola y algunos aristócratas, especialmente los miembros de la gran familia Károlyi, habían participado activamente en el movimiento cooperativista. En varias regiones, el descontento rural había permanecido endémico por muchos años, pero había sido reprimido salvajemente. Los movimientos liberales eran muy débiles y el sentimiento nacionalista entre los magiares era excepcionalmente fuerte.

En el Parlamento húngaro los aristócratas magiares, o sea casi todos sus miembros, habían estado divididos tradiciónalmente en dos partidos: uno, satisfecho, en general con la "transacción de 1867" que había establecido la Monarquía Dual y dado a Hungría bastante autonomía, y otro, que descendía de los nacionalistas de Kossuth de 1848, que exigían la plena independencia sin desear necesariamente liberarse del todo del dominio de los Habsburgos. La unión con Austria tenía, en efecto, ventajas evidentes, porque abría mercados para los excedentes de productos alimenticios de Hungría y porque la "transacción de 1867" daba a los magiares la seguridad del apoyo austriaco para su dominio sobre los pueblos sometidos. Dentro del Partido de la "Independencia", no obstante, había crecido antes de 1914 un ala izquierda, encabezada por el conde Mikhail Károlyi (1887-1955), que mostraba simpatía por la condición de los campesinos magiares oprimidos y, en algunas ocasiones, se puso de parte de los radicales y socialdemócratas contra los grupos aristocráticos magiares dominantes.

Durante la guerra, la clase dominante húngara apoyó en general el esfuerzo bélico del gobierno imperial y los regimientos húngaros pelearon bien. Pero a medida que aumentaron las dificultades de Austria-Hungría, empezaron a surgir serios descontentos, especialmente en los distritos eslavos. Cuando, después de la muerte del viejo emperador Francisco José, en noviembre de 1916, su sucesor Karl empezó a presionar para que se hicieran concesiones a las nacionalidades sometidas, en la esperanza de salvar al imperio de la disolución, el gobierno húngaro del conde Stefan Tisza se negó tajantemente a aceptar ninguna interferencia a Ja supremacía magiar ni la ampliación del sufragio como había sido concedida en Austria mucho antes de 1914. Un gobierno más dócil subió al poder, pero fue incapaz de persuadir al Parlamento húngaro para que cediera. Aún durante las etapas finales de la guerra,

en el verano y el otoño de 1918, cuando el desastre militar estaba obviamente cercano y Karl hacía un intento desesperado por reconstruir su tambaleante imperio como federación de estados nacionales autónomos bajo la soberanía de los Habsburgos, el intento tuvo que limitarse a las provincias austríacas, porque aún entonces el Parlamento húngaro se negó a aceptar proyectos de reforma que afectarían el predominio de la aristocracia magiar. Cuando los vecinos de Hungría empezaron a avanzar sobre territorio húngaro, con el propósito declarado de liberar a sus connacionales del dominio magiar, a los aristócratas húngaros no se les ocurrió nada mejor que pedir que los ejércitos húngaros fueran enviados al país para luchar contra los invasores y defender las fronteras históricas contra el enemigo.

Por entonces, sin embargo, el descontento popular dentro de Hungría crecía rápidamente. Se habían producido grandes huelgas entre los trabajadores de las fábricas de municiones de Hungría y Austria en enero de 1918; y, a partir de marzo, después de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, los prisioneros de guerra empezaron a regresar de Rusia en número considerable, no poco afectados por sus experiencias de la Revolución rusa. Después de la caída de Bulgaria, en septiembre de 1918, la frontera húngara estaba abierta al ataque desde Rumania y el Sur; y, tan pronto se supo que Alemania y Austria-Hungría habían pedido al presidente Wilson un armisticio el 4 de octubre, el frente interior empezó a quebrarse. Consejos de Trabajadores y Soldados, principalmente dirigidos por los socialistas, empezaron a formarse en Budapest y algunas otras ciudades y comenzaron a escucharse amenazas de una acción revolucionaria. Mientras proseguían las negociaciones de un armisticio, el 25 de octubre se estableció en Budapest un Consejo Nacional bajo la presidencia del conde Károlyi y el gobierno anterior fue, en efecto, desplazado. La nueva autoridad proclamó una amnistía general para los presos políticos y libertó a muchos que habían estado en la cárcel, prometiendo, además, una nueva ley electoral y la distribución de los grandes dominios rurales. El 30 de octubre se amotinaron varios regimientos en la capital, se unieron a los manifestantes que llenaban las calles y tomaron los cuarteles generales del ejército, el correo y otros edificios públicos. Al día siguiente toda Budapest estaba en manos de la Revolución. El viejo gobierno renunció y Károlyi fue designado por el rey para formar un nuevo gobierno que él encabezaría como Primer Ministro. Lo hizo, apoyado por sus propios partidarios, con los radicales de Oscar Jaszy y los socialdemócratas, que fueron su principal apoyo. El hombre fuerte de la vieja Hungría, el conde Tisza, fue asesinado durante los disturbios. Károlyi, ante el eclipse del imperio austro-húngaro y con el país rodeado de ejércitos hostiles decididos a

desintegrarlo, tuvo que darse a la dificilísima tarea de hacer la paz y tratar de reconstruir el nuevo Estado húngaro sin saber en absoluto donde quedarían sus fronteras. En el norte, los eslovacos pedían su admisión al nuevo Estado checo; en el este, los rumanos avanzaban sobre Iransilvania; en el sur, los aliados amenazaban despojarlos de Croacia, Eslovenia y todas las regiones predominantemente eslavas. Tampoco podía asegurarse que los ejércitos hostiles se detendrían en las fronteras étnicas de la Hungría magiar. No sería una simple cuestión de negociar armisticios con tantos enemigos triunfantes; y de seguro iba a ser muy difícil convencer a los orgullosos magiares de que aceptaran la inmensidad de su derrota.

En efecto, en los meses siguientes, el gobierno húngaro y el Alto Mando tuvieron que hacer frente a una demanda tras otra de fijación de las líneas de armisticio cada vez más cerca de la meseta central húngara. Károlyi trató, por medio de apelaciones a través de los generales húngaros al Alto Mando Aliado del general Franchet d'Esperey y a los gobiernos aliados, de obtener un acuerdo general que detuviera de inmediato a todos sus enemigos; pero no lo logró. Él presidente Wilson había insistido desde un principio en la total liberación de los checoslovacos y los eslavos meridionales; pero no se definían aún las regiones que debería perder Hungría y cada avance de las líneas del armisticio era, en efecto, la definición de otra demanda territorial. Entretanto reinaba el caos en el país, con la antigua maquinaria del gobierno rota y sin nada que pudiera sustituirla, porque la vieja administración era inútil para las nuevas tareas y hostil a la Revolución. Inclusive la forma de gobierno se mantuvo indefinida hasta el 16 de noviembre, cuando Károlyi proclamó la República y el viejo Parlamento fue por fin disuelto, con la promesa de nuevas elecciones tan pronto como las condiciones las hicieran posible —lo que no podía ser, evidentemente, hasta que las fronteras fueran definidas con aproximación—. Por el momento el Consejo Nacional, autodesignado, tenía que actuar lo mejor posible, aunque no tenía un carácter generalmente representativo.

Así se mantuvieron las cosas hasta el Año Nuevo, cuando Károlyi asumió el cargo de presidente de la República húngara y se nombró Un nuevo gabinete encabezado por el socialista Desirer Berinkey (1871-1948), todavía con los socialdemócratas como sus más sólidos puntales. Por entonces se había introducido un nuevo factor en la situación por la llegada de Rusia de algunos revolucionarios especialmente entrenados, dirigidos por Béla Kun, con órdenes de hacer una Revolución proletaria, Béla Kun (1886-1936) había sido, antes de la guerra, periodista en diarios socialistas y funcionario de una sociedad amigable de trabajadores en Transilvania, donde había participado en el movimiento socialista. A su

regreso a Budapest reunió a un grupo de izquierdistas y organizó la agitación entre los trabajadores con el fin de conseguir mejores condiciones y salarios, denunciando vigorosamente la negligencia de los dirigentes sindicales y tratando de reunir partidarios entre los soldados descontentos y los desempleados, que sufrían serias dificultades. Había, en efecto, muchos agravios que explotar; pero el gobierno estaba incapacitado para remediar la mayoría de ellos, por la escasez de suministros para las ciudades y la dislocación de la industria" después del paro de las fábricas de municiones. Los mercados estaban igualmente desorganizados en todas partes y era difícil administrar con efectividad el racionamiento de alimentos mientras los servidores del Estado se mantuvieran hostiles, en general.

La propaganda de Kun tuvo considerable resonancia y restó mucho apoyo a los socialdemócratas, que estaban ligados al gobierno y se les hacía, en consecuencia, responsables de sus errores. Kun y sus partidarios no se abstuvieron de explotar los afrentados sentimientos nacionalistas que prevalecían entre las fuerzas armadas y entre los civiles. De este modo, Kun pudo obtener cierto apoyo de los oficiales y los Consejos de Trabajadores y Soldados y dificultar más aún la posición del gobierno. En este momento, 20 de marzo de 1919, la Comisión Aliada de Armisticio en Budapest, encabezada por el coronel Vix, entregó otro ultimátum al gobierno húngaro, exigiendo la evacuación de más territorio, incluyendo la segunda ciudad de Hungría, Debreczin, que correspondía a la región magiar. Esta demanda levantó una furiosa indignación. Károlyi consideró que era inútil resistir, pero también tenía conciencia de que, si cedía, se produciría inevitablemente un levantamiento contra el gobierno. Su gabinete estaba en un dilema parecido; pero el ultimátum de Vix no permitía demoras. El gabinete era entonces una coalición, donde los socialistas formaban el elemento más coherente. Sus miembros burgueses, incapaces de aceptar o rechazar el ultimátum, renunciaron. Károlyi, dependiendo entonces sólo del apoyo socialista, aconsejó a los socialistas, dirigidos por Kunfi, que trataran de pactar con los comunistas para integrar un gabinete socialista-comunista, capaz de recibir el apoyo unificado de toda la clase obrera; porque comprendía que los socialistas no eran lo bastante fuertes como para tomar el poder por sí solos aunque él, como Presidente, les diera su apoyo. Károlyi no renunció a su cargo, como se ha afirmado frecuentemente, para entregar el poder a los comunistas. Aclara en sus memorias que esperaba y tenía pensado permanecer a la cabeza del Estado, en unión del nuevo gabinete. No obstante, aconsejó a los socialistas que trataran de llegar a un acuerdo con los comunistas, aunque no tenía idea de cuáles serían las condiciones de ese acuerdo.

por entonces, como consecuencia de los disturbios en la capital, Kun y algunos de sus compañeros estaban en la cárcel. Un grupo de líderes socialistas, encabezados por el antiguo maestro de escuela Zaigmond Kunfi (1879-?), miembro del gobierno saliente y principal figura del movimiento socialdemócrata húngaro, los visitó en la prisión y, tras media hora de discusión, aceptó fusionar a los Partidos Socialdemócratas y Comunista en un solo partido y tomar el poder conjuntamente bajo los auspicios del Consejo de Trabajadores y Soldados. Al día siguiente los prisioneros fueron puestos en libertad. Un líder sindical, el cantero Alexander Garbai (1879-1947) fue designado Presidente del nuevo gobierno, con Kun como Comisario de Relaciones Exteriores, Josep Pogany presidente del Consejo de Soldados y Kunfi entre los miembros importantes. El socialista Vilmos Boehm (1880-?), quien había sido ministro bajo Károlyi, se convirtió en jefe del Ejército Rojo que el nuevo gobierno empezó a integrar de inmediato; y otro socialista, Josef Haubrich, dirigente de los metalúrgicos, fue designado comandante de Budapest. Otras figuras notables eran el economista Euden Varga (nació en 1879), comisario responsable de la nacionalización, el abogado Eugen Landler (1875-1928), Matyas Rakosi a cargo de la cartera de Comercio y Tibor Szamuely (1890-1919), periodista y colaborador cercano de Kun, como comisario del Interior.

En cuanto a Károlyi, no renunció, pero fue simplemente eliminado. Se le presentó un documento que contenía su renuncia, que se negó a firmar; pero aun antes de que le fuera mostrado, había sido enviado a la prensa, como si estuviera firmado, y se vio ante la disyuntiva de aceptar el hecho consumado o repudiar la falsificación con el probable resultado de una guerra civil en la que, contra sus convicciones, se vería del lado de los reaccionarios en contra de la República. Decidió, ante esta cruel alternativa, guardar silencio y renunciar al poder que ya no estaba en posición de ejercer como aliado de los socialistas. Sabía que no pocos de los dirigentes socialistas se opondrían decididamente a la fusión de los partidos socialista y comunista; pero comprendía que estaban tan indefensos como él, porque podían oponerse sólo a costa de hacer causa común con los reaccionarios. Lo que sucedió, de hecho, fue que los socialistas de derecha, como Erno Garami y Julius Peidl, quedaron por el momento aislados e incapacitados para actuar eficazmente contra los comunistas, pero permanecieron aferrados en la oposición o salieron del país para escapar de las calamidades que preveían.

El nuevo gobierno socialista procedió inmediatamente a tomar drásticas medidas en el país. Decretó la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, y llegó a posesionarse de todas las existencias de diversos bienes, ordenando la clausura temporal de todas las

tiendas, con excepción de las de víveres, tabaquerías y farmacias, hasta que se hicieran los arreglos necesarios para expropiarlas. Abolió también la propiedad privada de la tierra; pero, en vez de distribuir los grandes dominios entre los campesinos sin tierras y los trabajadores rurales, ordenó que se mantuvieran sin dividirlas, con administradores designados por el gobierno —que tenían que ser, en la mayoría de los casos, los que las habían administrado para los terratenientes desposeídos—. Tanto los comunistas como los socialistas eran fuertemente hostiles a los campesinos y consideraban la parcelación de las grandes propiedades como una medida esencialmente antisocialista que sólo serviría para fortalecer a la reacción. Por esto nada se había hecho durante el gobierno de Károlyi por distribuir la tierra a los campesinos, con excepción de las grandes propiedades de Károlyi, que había puesto libremente a disposición del pueblo. El hambre de tierras del campesino quedó, pues, insatisfecha y pronto el descontento campesino empeoró aún más con el envío de expediciones punitivas al campo para requisar alimentos para las ciudades.

En estas condiciones, más y más industrias cerraron y comenzó una gran inflación. Los viejos billetes "azules" de Austria-Hungría seguían circulando, pero no eran suficientes. El gobierno soviético se vio obligado a responder a sus gastos imprimiendo una nueva moneda "blanca", que se depreció en una tasa muy alta. Los campesinos, los asalariados —en verdad, todos los que podían— pedían que se les pagara con los antiguos billetes "azules" y estallaron serias huelgas por esta cuestión.

Simultáneamente, estaba el problema de la defensa nacional contra los rumanos, que amenazaban con marchar sobre la región en disputa. El general Smuts, en nombre de los aliados, fue a Budapest para negociar y ofreció hacer retroceder la línea "Vix", si los húngaros se abstenían de movilizar su ejército y se comprometían a abstenerse de hacer propaganda en el exterior. Béla Kun no aceptó la oferta: a pesar de la evidente debilidad de su situación decidió ir a la guerra. El ejército húngaro fue fácilmente derrotado y los rumanos empezaron a avanzar sobre Budapest. Ya los húngaros "blancos" habían establecido un gobierno contrarrevolucionario en Szeged, en el Sur, bajo la protección de fuerzas francesas. Parecía que la caída de la dictadura de Budapest era inminente. Entonces, sin embargo, el pueblo de Budapest se levantó e improvisó un nuevo ejército, al que se unieron muchos oficiales del antiguo, para una guerra de autopreservación nacional. Vilmos Boehm fue designado comandante en jefe, con un oficial regular, el coronel Aurel Stromfeld (1878-1927) como ayudante, quien se hizo miembro del Partido Comunista. Este nuevo ejercito derrotó a los rumanos y los

rechazó más allá del Theiss en el mes de mayo. Tan pronto como se logró esta sorprendente victoria los checos comenzaron a marchar a través de Eslovaquia hacia Budapest. Los húngaros contraatacaron y los denotaron, reconquistando casi toda Eslovaquia, que se había convertido nominalmente en parte del Estado checoslovaco. Pero, en este momento, una seria revuelta estalló en el Oeste de Hungría, iniciándose el 8 de junio con una gran huelga ferroviaria, solicitando mejores raciones y paga en dinero "azul". La huelga llegó a Budapest y hubo que conceder las condiciones de los ferroviarios y tomar fuertes medidas contra los campesinos, que se negaban a entregar suministros. Se enviaron expediciones punitivas, bajo la jefatura de Szamuely, a los distritos afectados, donde se condujeron con gran brutalidad, matando a numerosos campesinos y colgando a algunos que habían sido tomados como rehenes. La revuelta fue aplastada, pero afectó mucho la posición del gobierno, aun entre sus propios partidarios.

Los aliados ordenaron entonces perentoriamente a los húngaros que se retiraran de Eslovaquia, declarando que, en compensación, los rumanos se retirarían de las regiones magiares que conservaban todavía. El gobierno húngaro obedeció a su pesar, pero los rumanos no se retiraron. Había ya, entre los trabajadores húngaros, una insistente demanda de paz. A muchos socialistas les disgustaba la dictadura de Kun y este sector empezó a recobrar partidarios que había perdido en favor de los comunistas. En la Conferencia de junio del partido combinado —conocido como Partido Socialista de Hungría— se hizo un intento de prescindir de la dirección comunista y se habló inclusive de un levantamiento socialista contra Béla Kun y su grupo. El levantamiento no logró desarrollarse, principalmente porque el comandante socialista de Budapest —Josef Haubricht— se negó a apoyarlo, para disgusto del comandante en jefe socialista, Vilmos Boehm, que había tenido serias disputas con Kun.

Entretanto los partidarios de Kun, encabezados por Ernst Bettelheim (n. 1889) al que había enviado a Viena, trataban de patrocinar allí una Revolución comunista. En Austria, no obstante, tenían que enfrentarse con un Partido Socialista bien organizado, firmemente atrincherado en la capital y de ninguna manera dispuesto a soportar un *putsch* irresponsable. Antes del día fijado para el levantamiento —15 de junio— casi todos los líderes fueron arrestados, aunque Bettelheim logró escapar. Un grupo de manifestantes hizo un intento de tomar la prisión donde estaban encarcelados, pero fueron derrotados, con unos veinte muertos; el plan fracasó. Bettelheim fue capturado unas semanas después, pero quedó pronto en libertad, desaparecido totalmente el peligro comunista. Las esperanzas de Kun de encontrar ayuda en la Viena "roja" se habían

desvanecido y diez días después del fiasco de Viena tuvo que hacer frente a una rebelión en el país. Las unidades navales del Danubio se amotinaron y bombardearon la sede del gobierno y, en la ciudad, los cadetes de la escuela de oficiales se levantaron para unírseles. La revuelta fue sofocada en sangre; pero fue seguida de numerosos levantamientos en el campo, a donde se envió nuevamente a la policía armada de Szamuely para aplastarlos. Hubo más ejecuciones, cuando menos varios centenares y, en medio de todo esto, el ejército húngaro —o lo que quedaba del mismo— fue enviado una vez más contra los rumanos. El ejército era, sin embargo, sólo una sombra de sí mismo. Boehm y Stromfeld habían renunciado a sus jefaturas y la mayoría de los reclutas obreros del Ejército Rojo habían vuelto a sus hogares. Los regimientos que quedaban, o bien no tenían deseos de pelear o eran mandados por oficiales que sólo esperaban una oportunidad para pasarse a los "blancos". Cuando llegó la hora de la batalla, algunos regimientos desertaron pasándose al enemigo, mientras que otros se negaron a pelear o se dispersaron. Los rumanos atravesaron las líneas y avanzaron de nuevo sobre Budapest.

Esta vez nada podía detenerlos. El 1° de agosto, el gobierno de Béla Kun reconoció su derrota y renunció. Kun y algunos de sus colegas se apoderaron de un tren y escaparon a través de la frontera hacia Viena. Otros se quedaron, entre ellos Szamuely, quien se suicidó. Un gobierno de socialistas moderados, con Julius Peidl como Primer Ministro, asumió el poder, pero se vio desprovisto de autoridad. El 4 de agosto, las fuerzas rumanas entraron en Budapest sin resistencia y los "blancos" de la capital aprovecharon la oportunidad para derrocar al gobierno socialista. El archiduque José trató de asumir la autoridad, pero fue obligado a salir por los aliados. Se integró un gobierno "blanco", supuestamente de todos los partidos, con Charles Huszár a la cabeza, que se mantuvo durante la ocupación rumana. Cuando los rumanos se retiraron por fin, en noviembre, el almirante Horthy marchó sobre la capital a la cabeza del grueso de las fuerzas "blancas". Por entonces la Revolución húngara había sido totalmente liquidada: los socialistas de derecha que habían sido abiertamente hostiles a la dictadura no estuvieron más a salvo durante el "terror blanco" que siguió, que los mismos comunistas. El "terror rojo" de Szamuely fue vengado muchas veces: sólo algunos de los dirigentes, aun de derecha, como el respetado Erno Garami (1876-1935), lograron escapar al extranjero. El dirigente radical, Oscar Jaszi (1875-1957), bien conocido como historiador, escapó también, para escribir la historia de la Revolución y radicarse como profesor en Oberlin College, Estados Unidos. No sólo el movimiento obrero húngaro, sino también el liberalismo húngaro fueron arrancados

de raíz. Kun sobrevivió para continuar su carrera de revolucionario profesional, bajo la égida del Comintern —en un capítulo anterior lo hemos visto tratando de fomentar la Revolución comunista en Alemania en 1921—. En Hungría, tras de esta derrota definitiva, no quedó más que. un pequeño núcleo de revolucionarios clandestinos. La contrarrevolución se dedicó a deshacer toda la obra de la Revolución. Todas las leyes promulgadas por Károlyi y sus sucesores fueron declaradas sin vigor; la antigua Constitución fue restaurada y se eligió un nuevo Parlamento de derecha, en enero de 1920. Lo único que faltaba era un monarca para reinar sobre el empequeñecido Estado húngaro. Esto presentaba una dificultad; porque los aristócratas magiares eran fuertemente monárquicos, pero no eran devotos del emperador Habsburgo quien, en su opinión, había tratado de traicionarlos con los eslavos para salvar su trono. Recurrieron al expediente de una monarquía sin rey —escogiendo al almirante Horthy como regente para llenar el lugar vacante—. En junio de 1920, el gobierno húngaro, con muchas protestas, firmó el Tratado de Paz y el Parlamento, tras grandes debates, fue persuadido por fin a ratificarlo en noviembre. Hungría había perdido, finalmente, a todos los pueblos sometidos y se había visto obligada a aceptar la incorporación de minorías magiares importantes a Rumania y Checoslovaquia.

Pero esto no fue el final. En marzo de 1921 y nuevamente en octubre, el ex emperador Karl hizo un intento de restauración en el trono de Hungría. En la primera de estas ocasiones intentó tomar, sin armas, la capital, pero fue persuadido de retirarse. En la segunda ocasión, Karl logró reunir algunas tropas y marchar sobre Budapest, negándose a ceder cuando el gobierno le informó que cualquier intento de restaurar su autoridad sería ruinoso para el país. Las potencias aliadas manifestaron que se negarían a reconocer a cualquier Habsburgo en el trono; y Yugoslavia empezó a movilizarse. Karl siguió avanzando hasta que sus soldados, cuando se encontraron con las tropas enviadas contra ellos por el gobierno, se dispersaron sin pelear. Karl y su esposa fueron capturados y sacados del país en una nave de guerra británica. El Parlamento húngaro, ante la insistencia aliada, declaró su deposición por ley. Después de este episodio, el "terror blanco" empezó a ceder y, al año siguiente, un pequeño grupo de socialistas moderados logró la elección al Parlamento húngaro, pero no para ejercer un poder real. En ese mismo año, Hungría fue admitida en la Sociedad de Naciones. Se introdujeron medidas limitadas de reforma agraria entre 1921 y 1925, pero Hungría siguió siendo presa, por veinte años más, de las formas más extremas del latifundismo y el control aristocrático.

Si contemplamos retrospectivamente los acontecimientos de Hungría, de 1918 y 1919, es fácil ver que la Revolución comunista de Béla Kun

nunca tuvo posibilidades de éxito durable. Pero resulta mucho menos fácil descubrir cuál debió ser el curso de la Revolución. Károlyi, por excelentes que fueran sus intenciones, tenía a su disposición fuerzas muy inadecuadas para producir una revolución democrática, como la que tuvo lugar en Austria. Los socialistas húngaros, en los que tenía que confiar principalmente, no ejercían influencia en los distritos del campo ni comprendían los problemas rurales, ni simpatizaban con las demandas campesinas. Los intelectuales eran pocos, inestables y principalmente judíos y había sólo una pequeña clase media, también predominantemente judía y una burocracia magiar, pero que no simpatizaba en-absoluto con la Revolución. Las fuerzas de la contrarrevolución, aunque muy desorganizadas en un principio, fueron siempre fuertes y era inevitable que recobraran el control a no ser que se resolviera el problema de la tierra a satisfacción de los campesinos. Pero ¿cómo podía resolverse eficazmente, con la continua guerra y las ciudades y los ejércitos necesitados de alimentos, con poco que dar a cambio a no ser dinero devaluado? Károlyi tenía que intentar hacer la paz que el pueblo deseaba, pero que no soportaría al precio de las únicas condiciones en que podía hacerse. En consecuencia, la ira patriótica y el descontento económico surgidos de las privaciones se volvieron contra Károlyi y la izquierda se convirtió en una curiosa mezcla de estos elementos discrepantes, reunidos por la demagogia de los lugartenientes de Kun, que estaban dispuestos a hacer una Revolución comunista bajo cualquier condición. Presionados una y otra vez por los aliados para que hiciera mayores concesiones, que no podía hacer sin provocar la revolución en su contra, Károlyi terminó por ser derrocado por los comunistas con la aprobación de la mayoría de sus antiguos partidarios socialistas.

Los socialistas, con su influencia ya disminuida por la propaganda de los comunistas, sabían que eran demasiado débiles para detentar por sí solos el poder. Puesto que los radicales ya habían salido del gobierno, no podían recurrir a nadie en busca de ayuda con excepción de los comunistas, que sólo acudirían fijando ellos las condiciones. Éstas fueron las circunstancias en las que Zaigmond Kunfi pactó con Béla Kun e indujo a socialdemócratas y comunistas a unirse en un Partido Socialista Unificado, que aceptaba el evangelio de la dictadura proletaria puesto que no parecía haber otro camino abierto. Muchos socialdemócratas, no obstante, permanecieron hostiles a la fusión y la dictadura y se mantuvieron al margen, esperando que cayera rápidamente y que los socialistas que la apoyaban recobraran la lucidez. Como vimos, en junio ya se estaba produciendo esto, al surgir disputas entre los comunistas y los socialdemócratas. Pero la dictadura logró perdurar hasta que,

a principios de agosto, no sólo había perdido al Ejército Rojo y estaba a punto de perder la capital, sino que también tenía que hacer frente a fuerzas blancas cada vez más poderosas, organizadas con la ayuda aliada. Sólo entonces trató, a última hora, de dar el poder a los socialistas moderados para hacer frente a los "blancos" y, por entonces, el gobierno socialista encabezado por Peidl no tenía ni sombra de oportunidad de salvar algo del desastre.

Se ha criticado tanto la dictadura de Béla Kun que no me siento inclinado a añadir mis críticas. Sin embargo, es importante tratar de comprender por qué pasó lo que pasó. Cuando Kun y sus compañeros llegaron al poder tenían esperanzas de recibir ayuda de los rusos, que rechazaban a las fuerzas de Petlyura en la Ucrania occidental; pero esta esperanza desapareció pronto cuando fue evidente que los rusos estaban demasiado ocupados en otros lugares. Hay que tener en cuenta, no obstante, que en 1919 los dirigentes comunistas ya estaban convencidos del próximo estallido de la Revolución en la mayor parte de Europa y hacían lo posible por provocarla dondequiera que veían alguna oportunidad. Las condiciones profundamente trastornadas de Hungría y la severa represión practicada sobre su pueblo hizo que les pareciera que ese país estaba maduro para la revolución. Y no vacilaron en enviar a revolucionarios profesionales entrenados en Rusia para producirla. No apreciaban —o al menos no lo apreciaban Kun y sus colaboradores— que una condición indispensable de la revolución en Hungría era una alianza entre los campesinos y los trabajadores urbanos. Lenin había comprendido claramente que en Rusia era una condición del éxito decir a los campesinos que se posesionaran de la tierra y ayudarlos a hacerlo, aun al precio de imposibilitar por el momento el socialismo en las regiones rurales. Los revolucionarios húngaros no parecen haber comprendido jamás esta necesidad y se vieron obligados a tomar violentas medidas contra los campesinos, con el fin de obtener alimentos para las ciudades, sin darles como compensación la tierra. Su autoridad, por tanto, nunca salió de las ciudades, excepto a través del cortejo de actos de violencia que enajenaron totalmente a los campesinos y prepararon el camino a la contrarrevolución.

Sin embargo, aunque los comunistas hubieran demostrado más sagacidad en la resolución del problema campesino, su oportunidad de éxito durable habría sido casi nula. La clase obrera húngara, aunque hubiera estado unida, era demasiado débil y extraña.al resto del país para poder establecerse como clase dominante, especialmente ante la hostilidad de las grandes potencias aliadas y del cerco de vecinos hostiles de Hungría. Obtenida la paz, Károlyi habría podido lograr estabilizar el país bajo un gobierno democrático y destruir el poder de la

aristocracia dividiendo los grandes dominios rurales. Pero es improbable que hubiera podido realizar esto: al menos no tuvo oportunidad de hacerlo. Cuando se vio reducido a confiar principalmente en los socialistas y a aconsejarles que llegaran a un acuerdo con Kun, estaba echando todo por la borda; porque llevaba al poder a un gobierno que no tendría control sobre todo el país y que pronto tendría que ser destruido por sus enemigos internos y externos. Para Kun esa perspectiva no era suficientemente desalentadora: su misión profesional era hacer revoluciones, aunque estuvieran destinadas al fracaso. El hecho de que tantos socialistas y sindicalistas lo siguieran en su aventura fue un signo de la intensidad de los trastornos en el país y de la inmadurez de su movimiento obrero, que no había probado el poder ni las responsabilidades antes de 1918, ni se había integrado a la gran masa del pueblo. Después de 1919, el movimiento obrero húngaro fue derrotado completamente: en realidad no se recuperó hasta que los rusos entraron para establecer la "Democracia Popular" en 1945 y, como hoy sabemos, no fue ése el capítulo final en la trágica historia de Hungría.

CAPÍTULO VIII

LOS BALCANES: BULGARIA, RUMANIA, YUGOSLAVIA Y GRECIA

Para los fines de este capítulo, los "Balcanes" significan la región que se extiende desde Grecia, Albania, Croacia y Eslovenia en el Oeste hasta la frontera asiática y desde Transilvania y la Antigua Rumania en el Norte hasta el Mediterráneo. Incluyen, pues, a los estados —anteriorres de 1914— de Grecia, Albania, Servia, Montenegro, Bulgaria, Rumania y Turquía en Europa, con considerables extensiones del imperio austro-húngaro anterior a la guerra, pero excluyen a Hungría, los territorios que se asignaron a Polonia después de la guerra y, por supuesto, todo lo que se convirtió en Checoslovaquia cuando se desintegró la Monarquía Dual. Todos los países incluidos en esta región balcánica eran predominantemente agrícolas por su población y, en la mayoría de ellos, la mayor parte de la tierra estaba ya en manos de campesinos pequeños o medianos. La excepción era Rumania que, en 1914, era todavía, como Hungría y Polonia, un país de grandes propiedades rurales, con una gran población de agricultores sin tierras, muy oprimidos por la clase terrateniente. Había también grandes latifundios en otros lugares, especialmente en algunas regiones anteriormente bajo el dominio austriaco o húngaro; pero, en general, no había muchas posibilidades de repartir la tierra desposeyendo a grandes terratenientes. En Bulgaria especialmente, la estructura social era ya bastante igualitaria, con la mayor parte de la tierra poseída por pequeños agricultores y muy poco desarrollo industrial que sirviera de base a una clase media dedicada a los negocios. Pero aun allí donde los campesinos poseían la tierra, el poder político no estaba en sus manos. Había sólo algunas regiones, especialmente Bulgaria y Croacia, donde se habían abierto paso las organizaciones campesinas; y, aun en estas regiones, no habían alcanzado poder político ni influencia considerable, aunque los hermanos Radie en Croacia y Stambolisky en Bulgaria habían reunido ya muchos simpatizantes en las regiones rurales.

Los campesinos, aun donde poseían tierras, eran en su mayoría infinitamente pobres, porque sus métodos de cultivo eran primitivos y sus tierras demasiado pequeñas para mantenerlos en un nivel tolerable y porque las principales cargas de impuestos pesaban sobre sus hombros, por obra de las clases que monopolizaban el poder político. Además, al aumentar la población, las tierras tendían a reducirse dado el sistema

prevaleciente de división entre los hijos de la familia y a dividirse en porciones cada vez más chicas, lo que hacía casi imposible el buen cultivo. Esta atomización de las tierras continuó durante la etapa de entreguerras y fue acompañado, especialmente después de 1929, por una aguda caída en el valor de los productos agrícolas, en relación con los industriales —lo que reducía grandemente los niveles de vida de los campesinos y superaba cualquier beneficio derivado de la distribución de la tierra— aun en las regiones donde había muchas tierras disponibles para este propósito. La región balcánica sufría ya de superpoblación rural en 1914; y, después de 1918, esta superpoblación aumentó rápida y progresivamente, agravada por los obstáculos que se oponían a la emigración, que había aliviado la situación antes de la guerra. Aunque hubo cierto desarrollo de la industria, no era suficiente para brindar ayuda sustancial y las grandes reservas de mano de obra en el campo surtían continuamente a las ciudades con una oferta de trabajadores no calificados, cuya competencia mantenía bajos los salarios industriales a un nivel que sólo cubría la mera subsistencia, excepto para las pequeñas minorías de trabajadores calificados. Estos trabajadores calificados gozaban de una situación relativamente favorable y podían mantener sindicatos bastante fuertes en algunas regiones; pero eran demasiado pocos para servir de base a un movimiento obrero o socialista realmente poderoso y, en la mayoría de los casos, se les impedía por la fuerza tratar de extender su organización o su propaganda a los distritos rurales.

Cada país balcánico tenía sus "intelectuales", que desempeñaron un papel primordial en el crecimiento de los diversos movimientos y grupos socialistas. Pero la mayoría de los intelectuales estaban más cerca del nacionalismo que del socialismo y, aun donde se interesaban en principio por las ideas socialistas, tendieron a olvidar tales tendencias bajo la presión de las preocupaciones nacionalistas. Las universidades, que brindaban el principal camino de acceso a la educación superior, desempeñaron un gran papel en el desarrollo de las *élites* intelectuales; y, a falta de amplias posibilidades de obtener posiciones en la industria o el comercio, enviaba a una proporción de sus graduados a los servicios públicos, que se inflaban mucho en algunos casos para crear carreras propias para los profesionales. Había muy poca educación técnica y las escuelas de derecho ocupaban una posición desproporcionada en los estudios universitarios. Un número importante de los hijos de familias campesinas acomodadas se abrían paso en las universidades, donde se alejaban de la vida campesina y entraban en las filas de la clase media urbana. Algunos llegaban a ser dirigentes o patrocinadores de los partidos campesinos o agraristas; pero estos partidos, bajo su influencia, tendían a inclinarse rápidamente hacia la derecha y a convertirse en simples

agrupaciones de políticos que buscaban el apoyo campesino con frases altisonantes, pero mostraban cada vez menos celo en la defensa de los intereses campesinos que amenazaban al régimen establecido. Las grandes excepciones eran la Liga Agraria de Stambolisky en Bulgaria y, en menor medida, el Partido Campesino de los hermanos Radie en Croacia. Aún antes de 1914, el Partido Radical servio, que había sido en una época el exponente del radicalismo popular, se había despojado de sus caracteres radicales y se había convertido, en efecto, en el campeón conservador del nacionalismo burgués; y, después del establecimiento del nuevo Estado yugoslavo, se convirtió en el principal puntal del dominio servio y del gobierno centralizado, contra los partidarios de un Estado federal basado en la autonomía de las diversas ramas de la nueva sociedad yugoslava. Después de la derrota de los movimientos revolucionarios de los primeros años de la posguerra, los intelectuales balcánicos apoyaron cada vez más a las dictaduras que destruyeron el gobierno parlamentario en un país tras otro. En los años treinta, gran parte de ellos estaban influidos por ideas nazis, de tal manera que, en muchos casos, los estudiantes universitarios, organizados en bandas fascistas o cuasi-fascistas, se convirtieron en auxiliares importantes de los regímenes represivos para aplastar a los izquierdistas, sofocar los movimientos de huelga y, en no menor medida, organizar brutales agitaciones antisemitas en nombre del despertar nacionalista.

Los políticos de todos los partidos, excepto los que tuvieron que actuar clandestinamente, favorecían la industrialización y se pusieron de parte del capitalismo, contra los trabajadores industriales y a expensas de los campesinos; porque era principalmente el campesino quien costeaba el desarrollo industrial, mediante los impuestos y los altos precios de los productos industriales que tenía que comprar. La protección a las industrias nacionales elevó los precios de estos artículos, tanto más cuanto que las industrias escogidas para el desarrollo eran, en muchos casos, inadecuadas y suponían altísimos costos de producción. La protección dependía generalmente del favoritismo y, con frecuencia, del cohecho: no hubo ningún intento de planear el desarrollo de aquellos tipos de producción que sirvieran mejor a las necesidades de la gran masa de consumidores pobres. Había, sin duda, fuertes razones para la industrialización como medio de extraer el exceso de mano de obra del campo superpoblado; pero era impracticable un sólido desarrollo industrial si no iba acompañado de un verdadero mejoramiento en la productividad agrícola y semejante mejoramiento estaba fuera del alcance de todos, con excepción de una pequeña minoría de campesinos más acomodados. Algo habría podido hacerse si los gobiernos hubieran estado dispuestos a alentar realmente las formas correctas de cooperación

agrícola; pero, en la mayoría de los casos, las únicas formas que alentaban los gobiernos —cooperativas de mercados y algunas especies de uniones de crédito— eran útiles sólo a los campesinos más prósperos y no beneficiaban a los pequeños agricultores que vivían de lo que producían. Otras formas de cooperativismo, que habrían podido facilitar el uso común de implementos y maquinaria y aun la labranza en cooperativa, eran rechazadas y se prescindía de ellas porque tenían sabor bolchevique. Era el caso que muchas llamadas sociedades cooperativas no eran, de hecho, más que asociaciones políticas ligadas a los partidos campesinos y no hacían mucho por aplicar en la práctica los métodos cooperativos. Pero esto se debía fundamentalmente a que no se las alentaba en absoluto para que lo hicieran. Sólo en una o dos regiones de agricultura relativamente próspera —por ejemplo, en Eslovenia— se dieron más facilidades al cooperativismo, porque funcionaba bajo la influencia y el control clericales y no se le temía como una fuerza política potencialmente subversiva. Después del derrocamiento del gobierno agrario de Stambolisky en Bulgaria, en 1923, el movimiento campesino no gozó de oportunidad alguna. El sentimiento revolucionario era vigoroso en la masa de campesinos pobres de algunas regiones, pero no había una dirección unificada ni lazos entre los campesinos descontentos y oprimidos y los trabajadores urbanos. Éstos eran demasiado débiles para poder ejercer una acción efectiva sin el apoyo campesino y estaban divididos en una pequeña minoría de trabajadores calificados, bastante acomodados en el sentido económico, y un proletariado urbano mucho más amplio de trabajadores no calificados continuamente expuestos a la competencia de refugiados hambrientos que llegaban a las ciudades desde las regiones rurales superpobladas.

No obstante, en Rumania, el único país balcánico dominado todavía en 1918 por grandes latifundios, la mayoría de estos dominios fueron divididos y distribuidos entre los campesinos. Hubo una verdadera revolución agraria, aunque se realizó en condiciones de compensación muy onerosas para los campesinos y hubo mucho favoritismo y discriminación en la parcelación de la tierra. ¿Por qué la gran reforma agraria rumana hizo tan poco por mejorar la situación de los campesinos rumanos? En parte por sus condiciones, pero sobre todo porque se dejó a los campesinos sin medios de aumentar la productividad, mediante la adopción de mejores métodos de cultivo. Eran demasiado pobres y sus pedazos de tierra demasiado pequeños y dispersos para que pudieran avanzar más allá de los métodos más primitivos de cultivo; y no se hizo casi nada por parte del Estado para ayudarlos o capacitarlos para que se ayudaran a sí mismos. De cualquier manera, habrían sido víctimas de la gran baja de precios en los productos agrícolas que tuvo lugar

en 1929; pero habrían estado en mejor posición para resistir esta baja de precios si se les hubiera brindado más ayuda durante los años veinte. Es cuestión discutida si la parcelación de la tierra disminuyó realmente la producción agrícola en general; pero es indiscutible que la productividad era mucho mayor en las posesiones grandes y medianas que subsistieron, que en las exiguas de la gran mayoría, y que era imposible introducir métodos más avanzados sin crédito cooperativo y suministro a través de cooperativas de mejores implementos, no sin una gran campaña en favor de la educación técnica para acompañar al esfuerzo cooperativo. A falta de todo esto, los campesinos rumanos, después de la reforma agraria, siguieron en tan mala situación como sus vecinos, que se habían acostumbrado al cultivo de exiguos lotes de tierra durante mucho tiempo.

Los sufrimientos y el positivo deterioro de las condiciones de vida campesinas era común, en verdad, a todos los países balcánicos. La población crecía rápidamente, mientras que las salidas para la emigración se reducían cada vez más. Las oportunidades de empleo en la industria eran muy pequeñas, en relación con el tamaño del excedente rural y las tierras poseídas por los campesinos disminuían cada vez más a medida que se dividían a la muerte .de sus poseedores. Pero los campesinos estaban indefensos ante la represión policiaca y la negación de un mínimo siquiera de derechos civiles. En efecto, la clase dominante y el grueso de las clases medias estaban contra ellos y dispuestos a denunciar cualquier protesta como "bolchevismo" —tanto más cuanto que tenían conciencia de vivir junto a un volcán que podría entrar en erupción en cualquier momento y barrerlos si no era "tapado" con firmeza—. El proletariado urbano, preocupado con sus propios problemas, no hacía nada por ayudarlos: hasta los socialistas, que sólo eran tolerados —en el mejor de los casos—, consideraron prudente mantenerse alejados de las aldeas para evitar la provocación de una mayor represión policiaca. Los comunistas, que trataron de alentar el descontento campesino cuando ya era demasiado tarde, no apoyaron a Stambolisky en el momento crítico, sosteniendo que su movimiento campesino era esencialmente burgués y que no tenían interés por las luchas de facciones de la burguesía; y cuando trataron de variar esta política de avestruz, ya habían sido proscritos y confinados a la acción clandestina que limitaba severamente su efectividad. Eran de hecho, temperamcntalmente y por convicción, tan hostiles a la actitud campesina que eran incapaces de simpatizar con nada de los campesinos, excepto su descontento y revolucionarismo potencial; y esta simpatía no era una base suficiente para un movimiento concertado en las condiciones existentes.

No obstante había, cuando menos en Bulgaria y gran parte de

Yugoslavia, una honda corriente de sentimiento pro-ruso que impulsaba a los infelices campesinos a esperar ansiosamente en la Unión Soviética como fuente de liberación y los abría así a la propaganda comunista, no porque fueran comunistas sino porque eran también eslavos, que sufrían una opresión de la cual creían liberados a los campesinos rusos. En Bulgaria gran parte de los seguidores de Stambolisky se acercaron a los comunistas después de su muerte; y, también en Yugoslavia, el Partido Comunista se abrió mucho más camino que su rival Socialdemócrata en los distritos rurales, especialmente en la antigua Servia y en la parte yugoslava de Macedonia. El comunismo se convirtió en el punto de unión del sentimiento revolucionario, no como comunismo en un sentido teórico, sino porque no había una alternativa eficaz con los partidos campesinos manteniéndose, en la práctica, en una crítica a medias del orden existente. Las consecuencias se palparon sólo después de la segunda Guerra Mundial, cuando la disolución de ese orden abrió el camino a las "Democracias populares" bajo la dirección y el control comunistas. En los años veinte y treinta, después que fue sofocada la primera ola revolucionaria, el fascismo y la dictadura militar-monárquica actuaron libremente.

En los países balcánicos, cuando estalló la guerra europea en 1914, sólo Bulgaria tenía un movimiento socialista altamente desarrollado; y el socialismo búlgaro era notable por la ferocidad de sus controversias internas entre los partidos rivales de los "intolerantes" y los "elásticos". En Rumania, cuando la principal influencia intelectual era la del cristiano Rakovsky, el socialismo apenas había empezado a recuperarse de la drástica represión que siguió a la revuelta agraria de 1905 y era todavía, principalmente, un movimiento clandestino, con poca o ninguna simpatía fuera de las ciudades. En Servia, el Partido Socialista y el movimiento sindical asociado a él estaban en sus comienzos y tenían poca influencia y lo mismo puede decirse de Grecia y Turquía.[1]

Todos estos países eran, como hemos visto, predominantemente agrícolas: sólo Rumania poseía un desarrollo industrial importante, centrado principalmente en sus pozos petrolíferos. Pero las condiciones agrícolas, diferían profundamente. Bulgaria y Servia eran cultivados principalmente por pequeños agricultores y tenían pocos latifundios y muy pocos campesinos sin tierra, con excepción de los refugiados de las regiones todavía dominadas por Turquía; mientras que Rumania estaba aún dominada por grandes terratenientes y sus campesinos sufrían una opresión mucho mayor que los búlgaros o servios, pero habían sido tan reprimidos después de la rebelión de 1905 que podían ofrecer

1 Véase el vol. IV, pp. 83 y 84.

poca resistencia a los opresores. Las condiciones relativamente favorables del campesinado en Bulgaria y Servia se debían, en lo fundamental, al hecho de que la tierra había estado en manos de turcos, que habían sido expulsados cuando estos países alcanzaron la posición de estados independientes. La relativa inmunidad de los campesinos al latifundismo opresor no significaba que gozaran de un buen nivel de vida; porque los métodos de cultivo seguían siendo primitivos, especialmente en Servia, aunque en Bulgaria había habido un rápido desarrollo del cultivo del tabaco para el mercado, en los años anteriores a 1914.

Entre 1912 y 1914, las economías de estos países habían sufrido serios trastornos por las guerras balcánicas, que produjeron importantes cambios territoriales, especialmente a expensas de Bulgaria. Los socialistas, bajo la influencia de la Segunda Internacional, desempeñaron su papel en la lucha por la paz y compartieron la idea de una Federación Balcánica destinada a controlar la interferencia de las grandes potencias en los asuntos balcánicos; pero la atmósfera bélica había afectado adversamente su influencia, que en todo caso era pequeña. Cuando estalló la guerra europea, con Servia directamente envuelta en ella desde un principio, los socialistas servios, a pesar de la amenaza a la independencia de su país, se negaron a votar los créditos de guerra. Bulgaria y Rumania entraron en la guerra después; pero, desde el principio, los socialistas trabajaron por mantener a sus países fuera de la guerra y, cuando se hicieron beligerantes, adoptaron una actitud antibelicista. Los socialistas "intransigentes" de Bulgaria y los socialistas rumanos estuvieron representados en el Congreso de Zimmerwa'd de 1915; y la Federación Socialista Revolucionaria de los Balcanes fue uno de los organismos participantes en el Congreso inaugural de la Tercera Internacional en 1919.

BULGARIA

El socialismo balcánico fue muy influido siempre por el desarrollo del socialismo en Rusia. Dimiter Blagoev (1856-1924), líder de los socialistas "intransigentes" y el líder rumano Christian Rakovsky (1877-?), tenían íntimas relaciones con Rusia. Blagoev había vivido y trabajado allí antes de su regreso a Bulgaria en 1886 y había participado en el movimiento socialdemócrata ruso;[2] fue en gran parte responsable de la división de 1903, que separó al movimiento búlgaro en dos partidos hostiles. Hubo, en efecto, cierto parecido entre la división de los búlga-

2 Véase vol. III, p. 387.

ros y la disputa entre bolcheviques y mencheviques en el Partido Socialdemócrata ruso; pero, mientras las facciones rusas mantuvieron cierta unidad hasta 1917, los búlgaros se dividieron definitiva y decisivamente en 1903 y resistieron con firmeza los intentos de la Internacional de reunificarlos. Blagoev era mucho más fieramente sectario que Lenin. Por otra parte, el líder de los socialistas "elásticos", Ianko Sakosov (1860-1941) había estudiado y trabajado en Londres y poseía una fuerte influencia de las ideas socialistas occidentales. Estuvo en íntimas relaciones con los líderes occidentales de la Segunda Internacional y apoyó la política de paz de la Internacional durante las guerras de los Balcanes, convirtiéndose en el partidario más conocido de una política hacia la Federación Balcánica. Su influencia y la de su partido quedaron profundamente minadas después de la entrada de Bulgaria en la guerra europea; y los "intransigentes" surgieron, después de la guerra, como el partido más fuerte y se convirtieron en los campeones más notables del comunismo al estilo ruso. Ambas alas del movimiento socialista, sin embargo, fueron por entonces superadas por el desarrollo del Partido Agrarista de Stambolisky, que obtuvo un inmenso apoyo de los agricultores búlgaros y pareció, por un tiempo, capaz de convertirse en el centro de una Internacional "Verde" o campesina lo bastante fuerte como para dirigir el curso de la Revolución en la región balcánica.

Alexander Stambolisky (1879-1923) fue la figura más importante entre los dirigentes surgidos dentro del movimiento campesino en la Europa oriental. Hijo de un agricultor que poseía algunas tierras, fue educado primero en Bulgaria y después en Alemania, en la escuela agrícola de Halle. De regreso a Bulgaria, fue editor en 1902 del periódico de la recién formada Liga Agraria y se dedicó a organizar a los campesinos en una estructura nacional de asociaciones agrícolas. De vuelta al Sobranje en 1908, pronto se convirtió en líder del Partido Agrarista, que se desarrolló rápidamente bajo su impulso. Entró en conflicto con el rey Fernando en 1911 por el problema de la reforma constitucional. Durante las guerras de los Balcanes, y después, atacó enérgicamente la política de Fernando y, al estallar la guerra europea, se opuso vigorosamente al intento del rey de promover la entrada de Bulgaria en la guerra al lado de las potencias del Eje. Llamado a presentarse ante el rey, lo amenazó con la pérdida de la corona en caso de semejante intervención y Fernando ordenó inmediatamente su arresto. Fue juzgado por una corte marcial y sentenciado a prisión de por vida; y permaneció preso hasta el desastre militar de Bulgaria en septiembre de 1918.

Stambolisky, aunque radical, no era socialista. Creía en una sociedad campesina basada en la propiedad y el cultivo individuales, pero

reforzados por la organización cooperativa y dirigida por campesinos y no por políticos de las ciudades o intelectuales sin contacto con la vida campesina. Cuando fue libertado, en septiembre de 1918, fue enviado a apaciguar a los soldados, quienes regresaban a sus casas en actitud de rebeldía; pero, en vez de hacerlo, se puso a su cabeza y marchó sobre Sofía. El gobierno, sin embargo, envió contra ellos unidades macedonias de los distritos amenazados con la separación de Bulgaria y las fuerzas de Stambolisky sufrieron un revés. No obstante, la impopularidad del rey Fernando era tan grande que se vio obligado a abdicar y escapar de Sofía, dejando la corona a su hijo, Boris. Stambolisky llegó a un acuerdo entonces con el nuevo rey y, en enero de 1919, entró a formar parte del nuevo gobierno, al que tocó la desagradable tarea de hacer la paz en nombre de un país derrotado. Fue enviado a París para hacer las negociaciones de paz y se le presentó un ultimátum de los aliados que estipulaba la aceptación de fronteras que condenaban a grandes núcleos de búlgaros al dominio griego o yugoslavo y que serían objeto de resentimiento en las regiones afectadas y entre los numerosos refugiados que partirían de esas regiones a la propia Bulgaria. Comprendiendo que la resistencia era impracticable, Stambolisky favoreció la aceptación previa protesta e intentó sólo asegurar garantías de un trato justo y de autonomía cultural para las minorías afectadas. En octubre de 1919 se le nombró Primer Ministro y el Tratado de Neuilly fue firmado al mes siguiente. Procedió después, a principios de 1920, a disolver el Sobranje y realizar unas elecciones generales, que dieron al Partido Agrarista una clara mayoría en el nuevo Parlamento. De febrero de 1920 a junio de 1023, Stambolisky gobernó virtualmente a Bulgaria como gobernante absoluto, con el apoyo de la gran mayoría de campesinos, pero frente a una vigorosa oposición de la burguesía y de los elementos nacionalistas, poderosos entre los oficiales del ejército y los refugiados de la "gran Bulgaria", que se negaban a aceptar las duras condiciones del Tratado de Paz.

Cuando la Revolución de 1918, Stambolisky apeló al apoyo de los socialistas contra el rey Fernando y su camarilla reaccionaria e hizo insinuaciones a los socialistas "intransigentes", que representaban a la única otra fuerza de izquierda poderosa. Los "intransigentes", sin embargo, que pensaban en una revolución proletaria al estilo ruso, no quisieron escucharlo. En su opinión, la Revolución campesina que patrocinaba era, esencialmente, un movimiento pequeño burgués, con el cual no tenían nada en común, y denunciaron su intento de *coup* como una disputa entre facciones rivales de la burguesía. El mismo Stambolisky, cuando llegó al poder, no trató de atacar a la monarquía ahora que su viejo enemigo Fernando había desaparecido de la escena;

y los socialistas "intransigentes", que habían participado entretanto en la Tercera Internacional y cambiado su nombre por el de Partido Comunista, tomaron esto como una confirmación de la justeza de su negativa a darle apoyo. Gozaron, no obstante, bajo su régimen, de una libertad para organizarse y agitar abiertamente sin paralelo en otros países poco atrasados, que no estaban bajo el control soviético; y pudieron aumentar considerablemente sus miembros y su influencia.

Stambolisky, después de haber obtenido el poder en condiciones internacionales muy difíciles, tuvo mucho cuidado de no disgustar a los aliados que habían dictado las condiciones de paz y de no pelear con los vecinos que se habían aprovechado de ellas, a expensas de Bulgaria. Por esta política, moderada y conciliatoria, en las negociaciones internacionales se ganó la buena opinión de los estadistas de las grandes potencias aliadas y logró obtener numerosas concesiones, incluyendo una gran reducción de la suma reclamada como reparación con base en la desorganizada economía búlgara. Pero esta política de conciliación, que suponía el abandono de pretensiones territoriales basadas en la autodeterminación nacional, le valió también implacables enemigos, especialmente entre los macedonios, que constituían un elemento sustancial e influyente de la población. El Acuerdo de Nish, que concertó con Yugoslavia en 1922, fue denunciado abiertamente por estos grupos irredentistas y fue una de las principales causas de su derrocamiento al siguiente año.

Con su política internacional conciliatoria, basada en el reconocimiento de la debilidad de Bulgaria como Estado derrotado, Stambolisky combinó una política en modo alguno conciliatoria en los asuntos internos. Se dedicó, en especial, a administrar un merecido castigo a los responsables de que Bulgaria participara en la guerra del lado alemán, enviando a prisión a los principales políticos de la época de la guerra y sometiendo a juicio a muchas personas ricas e influyentes por delitos contra el Estado. Como dirigente campesino era violentamente hostil a abogados y financieros, a los que acusaba de explotar a los campesinos; y exigió la completa exclusión de estas personas del Sobranje y de todos los cargos oficiales. En un país ya casi en manos de agricultores dueños de su propia tierra, había pocos terratenientes que desposeer; pero Stambolisky introdujo una ley agraria que disponía la división de estas grandes propiedades y la expropiación de las tierras de la Iglesia, así como la distribución de éstas y de las tierras propiedad del Estado entre los campesinos sin tierras y los que tenían demasiado poca tierra para poder mantener a sus familias en un nivel tolerable. Reducido el ejército a estrechos límites por el Tratado de Paz, aprovechó la oportunidad para promulgar una ley que establecía un

año de trabajo obligatorio para todos los ciudadanos varones y trató también de resolver el problema de la vivienda con lo que equivalía a una confiscación de las grandes mansiones y de las viviendas propiedad de los capitalistas. Su política social fue, pues, muy avanzada y le ganó la sólida hostilidad de los elementos burgueses; pero, en su política agrícola se le acusó, injustamente, de favorecer a los campesinos acomodados consolidando la propiedad privada de la tierra. Éste fue, naturalmente, uno de los cargos que le hicieron los comunistas, quienes desconocieron los aspectos benéficos de su política social en su hostilidad a sus efectos de consolidación de la estructura de propiedad rural, que constituía un obstáculo a la Revolución proletaria.

Durante su etapa en el poder, Stambolisky hizo lo posible, dentro de los límites del Tratado de Neuilly y de las facultades de la Sociedad de Naciones, por sostener los derechos de los búlgaros sujetos a un gobierno extranjero. Había, sin embargo, estrechos límites a lo que podía hacerse en este sentido, frente a la actitud hostil de los gobiernos griego y yugoslavo, que no podían ser obligados a observar el espíritu de las cláusulas de la Carta de la Sociedad o del Tratado de Neuilly, destinado a salvaguardar los derechos de las minorías; tampoco los macedonios y demás elementos irredentistas estaban dispuestos en absoluto a aceptar las fronteras establecidas por este Tratado. En consecuencia, los enemigos de Stambolisky eran irreconciliables. En junio de 1923 una combinación de políticos burgueses e intereses financieros con oficiales del ejército nacionalistas inspirados en gran medida por los irredentistas macedonios pudo organizar en Sofía un golpe que derrocó al gobierno. La mayoría de los ministros fueron arrestados y enviados a prisión. Stambolisky estaba ausente en ese momento, en su pueblo natal de Slavovitsa, donde se intentó apresarlo. Escapó por el momento y se refugió en las montañas, intentando huir a través de la frontera; pero unos días después fue capturado, herido, torturado, mutilado y finalmente asesinado —en un intento de huida, según se dijo— por terroristas macedonios. Entretanto, en Sofía, un gobierno reaccionario encabezado por el profesor Z. Tsankov asumió el poder sin seria oposición, negándose una vez más los comunistas a ir en ayuda de Stambolisky. Hubo resistencia esporádica de grupos agraristas en algunas aldeas; pero no había una dirección concertada y fue rápidamente sofocada. Sólo en septiembre, tres meses después de la muerte de Stambolisky, los comunistas búlgaros, bajo presión del Comintern, trataron de convertir sus principios en acción, organizando su propia rebelión contra el gobierno Tsankov. El gobierno obtuvo información previa sobre sus planes y arrestó a cerca de mil comunistas. No evitaron el levantamiento, pero lo redujeron a

numerosos movimientos locales no coordinados, en cuya supresión murieron alrededor de 5 000 insurgentes.

A estos acontecimientos siguió un "terror blanco", en el curso del cual hubo arrestos en masa de personas sospechosas de tendencias comunistas, manteniendo en prisión a muchos inocentes, sin someterlos a juicio, por varios meses.

Al año siguiente, 1924, los disturbios continuaron, a pesar de las crueles medidas. Pero se complicaron con el estallido de serios disturbios en Macedonia. Todor Aleksandrov, el hábil dirigente de la Organización Interna Revolucionaria Macedonia, fue asesinado por sus opositores y a esto siguió una serie de represalias y contrarrepresalias, que hicieron escapar a muchos macedonios como refugiados a Bulgaria y agravaron los sentimientos nacionalistas de los elementos macedonios en Bulgaria. Así se añadió una tercera fuente de trastornos internos a los conflictos entre el gobierno y los comunistas y entre el gobierno y los agraristas partidarios de Stambolisky. Hubo numerosos asesinatos y otros actos de violencia, atribuidos diversamente a uno u otro de los grupos insatisfechos. En abril de 1924 los trastornos llegaron a su culminación con dos atentados simultáneos: un intento sin éxito de asesinar al rey Boris y un atentado, con éxito, consistente en la colocación de una bomba en la Catedral de Sofía, durante los funerales del general Gheorghiev, que había sido asesinado. La explosión mató a no menos de 123 personas e hirió a otras muchas y entre las víctimas figuraban personas notables que asistían a la ceremonia fúnebre. Nunca se aclaró plenamente quién estuvo detrás de este atentado, aunque en los círculos del gobierno se atribuyó en general a los agraristas. Esto sirvió de excusa para otro reinado del terror, en el curso del cual más de 5 000 personas fueron arrestadas y un gran número de ellas, acusadas de actividades contrarias al gobierno, fueron sometidas a juicio, siendo sentenciadas a muerte, exilio, pérdida de derechos civiles, prisión o multas, mientras que algunas eran absueltas por falta de pruebas que justificaran el arresto.

Después de este climax, los disturbios disminuyeron gradualmente, aunque prosiguieron en menor escala. Los partidos agrarista y comunista siguieron proscritos oficialmente y actuaban de modo clandestino. Algunos años después se permitió la creación de un nuevo Partido Laborista —en verdad, un disfraz del Partido Comunista—; y, antes que este organismo pudiera obtener un número importante de miembros, uno de sus dirigentes, M. Traikov, fue asesinado por los terroristas en 1933 y pronto tuvo que recurrir a la clandestinidad a su vez, tras el golpe militar de Zvenov en 1934, que fue seguido de un golpe fascista organizado por el rey Boris al año siguiente.

Mientras tanto, el dirigente de preguerra de los socialistas "elásticos",

Ianko Sakosov, permaneció a la cabeza del Partido Socialista no comunista hasta su disolución en 1933. Este partido pertenecía a la Internacional Laborista y Socialista y seguía postulando ideas socialdemócratas occidentales; pero tenía pocos miembros, reducidos casi exclusivamente a las ciudades. Algunos de ellos, sin sanción formal del partido, tuvieron cierta participación con el gobierno de Tsankov después del golpe de 1923 y fueron expulsados más tarde. En las elecciones generales de 1927 el partido, llamado entonces Partido Socialdemócrata Laborista, formó una coalición con los agraristas supervivientes, organizados en un partido de pequeños agricultores; y su llamado "bloque de hierro" obtuvo cerca de la tercera parte de la votación total y 62 asientos. De éstos, no obstante, los socialdemócratas obtuvieron sólo 10. El Partido Laborista (ex comunista), que actuaba bajo severa represión, logró sólo 4 asientos en estas elecciones, aunque indudablemente tenía, en realidad, el mayor número de miembros.

De este modo Bulgaria, después de la muerte de Stambolisky, pasó por una secuela de estallidos violentos y "terror blanco" tan feroces como los de Finlandia y Hungría unos años antes; y el resultado fue una dictadura fascista que, aunque pudo mantener su autoridad hasta que los rusos marcharon sobre el país en 1944, tuvo que enfrentarse siempre a poderosas fuerzas clandestinas que sólo esperaban su oportunidad.

El gobierno de Tsankov de 1923 y sus sucesores, a pesar de su integración reaccionaria, no pudieron deshacer la parte más importante de las realizaciones de Stambolisky —la reforma agraria— ni alterar la base fundamentalmente democrática de la sociedad búlgara. Tampoco pudieron deshacer el Tratado de Neuilly ni satisfacer las aspiraciones de los búlgaros macedonios que habían tenido gran participación en el establecimiento del nuevo régimen después de la caída de Stambolisky. Lo que podían hacer e hicieren fue destruir, por el momento, el movimiento obrero dominado por los comunistas y reinstalar a los elementos capitalistas que Stambolisky había tratado de someter, mientras subsistía un gran descontento social que siguió aflorando cada cierto tiempo en revueltas locales.

El derrocamiento de Stambolisky fue un duro golpe para la causa del radicalismo campesino no sólo en Bulgaria sino en gran parte de Europa. De todos los dirigentes campesinos era el más directo y efectivo, así como el más inteligente. Durante un tiempo, pareció destinado a convertirse en líder de un movimiento campesino más que nacional, que encontraría su expresión y su medio de influencia en la Internacional "Verde" que era su ambición crear. Stambolisky, aunque no era socialista, estaba dispuesto a aceptar la ayuda socialista o comunista en su lucha contra los detestables políticos burgueses y sus patrocinadores

capitalistas. Era un radical de buena fe, con una profunda creencia en las virtudes de un sistema de democracia~rampesina que liberaría al campo del dominio y explotación de los habitantes de las ciudades. Creía en una sociedad rural basada en la propiedad individual de la tierra po, los que realmente la trabajaban y en la capacidad de los campesinos libres, propietarios de su tierra, para hacer que el Estado sirviera a sus fines y mejorar su situación utilizando el cooperativismo como instrumento. Su espíritu no era sutil, pero fue un intelectual además de campesino y escribió convincentemente en apoyo de su política. Sus obras más conocidas son *Autoridad, anarquía y democracia* y *Lo que debería ser un folítico.* Aunque no puede ser considerado un teórico profundo, escribió con evidente sinceridad y convicción: originalmente se dio a conocer como periodista. En las relaciones personales causaba indudablemente gran impresión —la prueba es el impacto que causó sobre los experimentos políticos occidentales con los que tuvo que negociar—. Físicamente era alto y grueso, de cabello negro y de aspecto y hablar ásperos, pero capaz de actitudes conciliadoras y de hacerse simpático lo mismo que de hacerse temer. Quizá los comunistas tenían razón, al negarse a pactar con él; porque si lo hubieran hecho, al menos en 1918 o 1919, se los habría tragado —y no ellos a él— y el éxito de su política en Bulgaria habría estimulado los movimientos campesinos en otros países y habría puesto barreras formidables a los intentos comunistas de asumir la dirección en las rebeliones campesinas. La caída de Stambolisky fue el fin de la Internacional Verde como factor serio en los asuntos europeos y, con ello, del revolucionarismo campesino que, en su expresión rusa, los bolcheviques ya habían sujetado a su control centralizador e industrialista. Esta revolución campesina no tuvo nunca, me parece, mucha oportunidad de un éxito constructivo; pero, si hubiera tenido alguna oportunidad, Stambolisky habría sido el hombre para llevarla adelante.

YUGOSLAVIA

El establecimiento del nuevo Estado de Yugoslavia —el reino de servios, croatas y eslovenos— después de la guerra europea, supuso la unificación en un solo movimiento de los partidos socialistas de las regiones incorporadas al nuevo Estado. Ninguno de estos partidos había sido fuerte en 1914; pero el fermento de los años bélicos —sobre todo los acontecimientos de la Revolución rusa— habían traído un gran acceso de fuerza potencial. Los diversos partidos tenían, sin embargo, distintas tradiciones. El Partido Socialista servio era un partido marxista de izquierda, parecido al Partido Socialista "intransigente" de Bulgaria, pero menos

doctrinario. Como hemos visto, se negó a votar los créditos de guerra en 1914 y, como resultado, sufrió persecuciones y se desarrolló en una orientación revolucionaria. En oposición a éste, el Partido Socialista croata y el pequeño Partido de Bosnia-Herzegovina incluían importantes elementos más cercanos a la socialdemocracia occidental, especialmente austriaca. Estos elementos no ligaban con facilidad con los servios, quienes formaban parte de la Federación Socialista Balcánica y participaron en el Congreso inicial de la Internacional Comunista, en marzo de 1919. Al mes siguiente, el Partido Socialista servio se unió a los grupos de izquierda en Croacia, Bosnia y Dalmacia para formar el Partido Socialista Laborista de Yugoslavia, que cambió su nombre por el de Partido Comunista al año siguiente. Los grupos de derecha se negaron a afiliarse al nuevo Partido Socialista Laborista y establecieron un Partido Socialdemócrata rival. En las elecciones generales de diciembre de 1920, los comunistas obtuvieron 58 asientos y los socialdemócratas 10, en una Asamblea de 414 miembros. Los sindicatos siguieron principalmente al Partido Comunista, mientras que una Federación rival, bajo auspicios de los socialdemócratas, tenía pocos miembros.

El primer problema inmediato que se presentó a Yugoslavia después de 1918 fue la redacción de una Constitución para el nuevo Estado, ante las agudas diferencias de opinión no sólo en cuestiones sociales y económicas sino también en el problema del federalismo o la centralización. Los servios representaban, en general, una fuerza centralizadora, en favor de un Estado unitario donde esperaban que predominara su influencia; mientras que los croatas y los eslovenos insistían, en su mayoría, vigorosamente en la autonomía y en Macedonia se desarrollaba una fuerte lucha entre facciones nacionalistas rivales y entre los búlgaros macedonios, que se resentían ante la incorporación a Yugoslavia y los pro-servios, partidarios de la unidad yugoslava. El partido más fuerte en el Parlamento yugoslavo de posguerra era el Partido Radical, dirigido por Nicolas Pasic, quien consideraba al nuevo Estado simplemente como una ampliación de la Servia de preguerra e insistía enérgicamente en la centralización. Los radicales servios, en los primeros años del siglo, habían constituido un partido realmente radical, basado en el apoyo campesino y con una orientación fuertemente democrática. Pero aun antes de 1914 se habían transformado en un partido conservador, que apoyaba el desarrollo industrial y era controlado por dirigentes procedentes de la burguesía urbana. Después de 1918, su gran deseo era unificar al ampliado reino bajo un control predominantemente servio. Esto creaba resentimientos entre los croatas y otros pueblos que habían estado bajo el dominio húngaro o austriaco y se consideraban superiores a los servios en cultura y desarrollo económico.

Casi tan numerosos en el Parlamento como los radicales eran los miembros del Partido Demócrata, integrado por una mezcla de la oposición servia y numerosos grupos procedentes de otras regiones del ampliado reino. Los demócratas servios eran más avanzados en política social que los radicales, pero en su mayoría insistían igualmente en la supremacía servia; mientras que otros muchos elementos del Partido Demócrata estaban más dispuestos a preservar cierta autonomía regional, pero no estaban de acuerdo en la forma precisa que debería tomar, ni en las partes en que debería dividirse el país. Estos dos partidos —radicales y demócratas— eran casi iguales, poseyendo cada uno de 90 a 100 diputados. Los que les seguían en fuerza eran los comunistas, con 58 y el Partido Campesino croata de Stjepan Radie, con 53.

El Partido Campesino crota había sido fundado antes de 1914 por los hermanos Radie —Ante y Stjepan (1871-1928)—; pero Ante Radie, quien había sido su principal teórico e intelectual, murió durante la guerra y el otro hermano, aunque enormemente popular como orador, no tenía una política muy clara y prefería el papel de agitador al de negociador dispuesto a exponer sus condiciones y llegar a un acuerdo. En la situación de posguerra pedía no sólo una Constitución federal sino una República, que los principales partidos servios no estaban dispuestos a aceptar; y, después de su éxito en las elecciones, pidió a sus simpatizantes que boicotearan el nuevo Parlamento, negándose a participar en sus actividades. Abandonó, así, la redacción de la nueva Constitución a los radicales y demócratas, ninguno de los cuales podía hacerlo sin el apoyo de los otros. Estos dos partidos se vieron envueltos así en un difícil gobierno de coalición que impuso una Constitución centralista contra la fuerte oposición del núcleo principal de la opinión croata y eslovena. La nueva Constitución se puso en vigor formalmente en junio de 1921; pero durante la ceremonia, lanzaron una bomba en un intento de matar al Primer Ministro y al Príncipe regente. Este atentado fue atribuido a los comunistas y el gobierno procedió a aprobar algunos decretos de emergencia para sofocar una supuesta conspiración terrorista. El ministro del Interior, M. Draskovic, fue asesinado por un comunista de Bosnia y el Parlamento respondió con una serie de leyes de emergencia de gran severidad, incluyendo la anulación de sus mandatos a 58 diputados comunistas. El Partido Comunista pasó a la clandestinidad.

Mientras tanto, el Partido Campesino de Radie prosiguió con su politica de abstención y resistencia pasiva y, en el Parlamento, a falta de una oposición real, los dos partidos de coalición disputaron entre sí con creciente violencia. A fines de 1922, los demócratas renunciaron al gobierno y los radicales formaron un gobierno nada representativo, que decidió celebrar nuevas elecciones. El resultado de estas elecciones, en

marzo de 1923, fue que los radicales aumentaron ligeramente su fuerza, mientras que los demócratas decayeron mucho y los campesinos croatas de Radie se elevaron de 50 a 70, pero se negaron todavía a ocupar sus asientos. Fracasaron algunos intentos de los radicales de negociar con Radie y después de realizar una violenta campaña contra el gobierno, Radie escapó al extranjero y, primero en Londres y después en Viena, trató de inducir a las potencias occidentales a intervenir en favor de la autonomía croata. Por fin, a principios de 1925, llegó a un acuerdo con la oposición demócrata y, aunque él permaneció en el extranjero, instruyó a sus partidarios para que ocuparan sus asientos en la Shupskina, con el fin de derrocar al gobierno radical. Se produjo una prolongada crisis política, hasta que los demócratas asumieron el poder en julio con el apoyo, pero sin la participación, de los partidarios de Radie. Radie, después de visitar Moscú y discutir —no muy seriamente— la entrada de su grupo en una proyectada Internacional Campesina bajo la influencia rusa, regresó a Croacia y reanudó la campaña por la autonomía. Sus actividades provocaron que la Corona, el ejército y los centralistas pidieran su arresto y el gobierno demócrata cayó, para ser sustituido por un gabinete predominantemente demócrata, apoyado por disidentes demócratas que favorecían la centralización. Radie fue arrestado y su Partido Campesino fue declarado disuelto. El gobierno celebró nuevas elecciones, donde logró una pequeña mayoría; Radie reorganizó su partido con un nuevo nombre y, desde la prisión, llegó a un acuerdo con los demócratas y otros grupos de oposición. El gobierno, mientras tanto, anuló los mandatos de la mayoría de los diputados campesinos.

Se produjo, entonces, un súbito cambio de frente. El sobrino de Radie, Paul, en nombre del Partido Campesino croata, hizo una declaración aceptando la Constitución y el mismo Radie llegó a un acuerdo con los, radicales, abandonó su alianza con los demócratas y asumió el cargo de ministro de Educación en un gabinete de coalición de radicales y campesinos croatas. Pero esta peculiar alianza no duró mucho. Después de la muerte del viejo dirigente radical, Nicolás Pasic, en 1926 los partidos servios rivales llegaron a un acuerdo y los croatas se vieron obligados a volver a una aguda oposición. Entonces, en junio de 1928, un diputado radical montenegrino, en plena Cámara, mató a dos diputados croatas e hirió mortalmente a Radie, quien falleció unas semanas después. Esto produjo una aguda crisis. Los croatas, bajo el sucesor de Radie, Vladimir Macek, se retiraron del Parlamento y establecieron un Parlamento extralegal en Zagreb. Después de algunos meses, el rey Alejandro, en enero de 1929, declaró abolida la Constitución y asumió el poder en sus propias manos. Yugoslavia quedó, así, bajo un gobierno dictatorial, que duró hasta el asesinato de Alejandro por un agente

croata en Marsella, en 1934, cuando la autonomía croata fue reconocida, por fin, en vísperas de las segunda Guerra Mundial.

En las condiciones que prevalecían en Yugoslavia después de 1923 no había mucho campo para el éxito de la actividad socialista. El Partido Comunista disuelto reanudó la actividad legal con el título de Partido Independiente de los Trabajadores, pero fue sometido a una continua persecución y no pudo hacer mucho. Obtuvo sólo 13 000 votos en las elecciones de 1925 y 25 000 dos años después, sin ganar un solo asiento. El Partido Socialista rival, donde la principal figura era Zivko Topalovic, no tuvo mucha más suerte. En 1925 recibió 25 000 votos, pero no obtuvo ningún asiento; en 1927 ganó 23 000 votos y un solo asiento. Había podido ganarse a algunos sindicatos que habían seguido antes la orientación comunista; pero el movimiento sindical permaneció débil y dividido en facciones rivales, ligadas a Amsterdam o a Moscú. En las elecciones, especialmente en 1925, ambos partidos lucharon con desventajas muy severas: mucha violencia e intimidación —y no pocos socialistas y comunistas fueron seriamente lesionados y algunos asesinados—. El Partido Socialista se afilió a la Internacional Laborista y Socialista al integrarse, pero era demasiado pequeño para poder emitir más de un voto, mientras que los rumanos tenían 4 votos y los búlgaros 3. No tenía partidarios entre los campesinos quienes, en Croacia, seguían a Radie y sus sucesores, aunque su partido se volviera cada vez menos activo en los intereses de sus partidarios campesinos. Fuera de Croacia, después de 1923, los campesinos tuvieron poca participación en la política.

RUMANIA

En la "Antigua Rumania" —es decir, en la Rumania tal como existía antes de la guerra de 1914— el socialismo era débil y enérgicamente reprimido. El Partido Socialista había sido casi borrado en los disturbios de 1907 y sólo se había reconstituido, bajo severas condiciones policiacas, en 1911. El Partido se opuso a la intervención de Rumania en la guerra europea y estuvo representado en la Conferencia de Zimmerwald de 1915. Después que Rumania se convirtió en beligerante, en agosto de 1916, el Partido mantuvo su oposición y sufrió una intensa persecución después que los alemanes ocuparon la mayor parte del país. Su dirigente más conocido, Christian Rakovsky, estaba en Rusia y participó activamente en la Revolución rusa, especialmente en Ucrania, y en el establecimiento de la Internacional Comunista. Después del estallido de la Revolución en Rusia hubo una rápida extensión de descontento. Rumania, a diferencia de Bulgaria y Servia, era un país de grandes propie-

dades rurales, con pocos agricultores independientes y una policía represiva contra la población rural, empobrecida y carente de tierras. Bajo la tensión de las condiciones bélicas, el sufragio, hasta entonces limitado a una pequeña minoría, se extendió ampliamente en 1917. Se prometió, además, una importante redistribución de la tierra, con plena compensación para los propietarios de los latifundios que serían divididos. En este punto, no obstante, el desastre de los ejércitos rusos permitió a los alemanes completar la destrucción de las fuerzas rumanas y las potencias del Eje procedieron a imponer condiciones de paz que suponían pérdidas territoriales y la sujeción de la economía rumana al control alemán. Siguió una etapa de inflación forzosa, que impuso sacrificios muy severos al pueblo y el sentimiento revolucionario creció rápidamente cuando la derrota de Alemania pareció cercana.

El final de la guerra trajo consigo, no una disminución del territorio rumano sino una gran ampliación, a expensas de Hungría, principalmente, pero incluyendo también la incorporación de Besarabia —hasta entonces bajo el dominio ruso— y de regiones que antes habían sido objeto de disputas con Bulgaria. Un gobierno provisional presidido por el general Coanda fue integrado para dar los pasos necesarios para la consolidación del nuevo Estado y este gobierno introdujo el sufragio masculino, para dejar el paso después a un gabinete supuestamente liberal, presidido por Ionel Bratianu. En diciembre de 1918 la inquietud culminó con una huelga general, que fue derrotada después que el gobierno arrestó a los ejecutivos en pleno del Partido Socialista y de la Comisión Sindical Central y actuó con cruel severidad contra los huelguistas. Fue tal el reino del terror introducido para preservar el "orden" que, en las elecciones generales de 1919, celebradas bajo los auspicios de un "gabinete de generales" provisional, el Partido Socialista retiró, como protesta, sus candidatos. Las elecciones dieron como resultado la denota de los liberales por una coalición del Partido Campesino y los nacionaldemócratas y asumió el poder un gobierno relativamente dócil, encabezado por Alexander Vaida-Voevod, que se embarcó en un ambicioso proyecto de reforma agraria. Esto era demasiado, sin embargo, para los reaccionarios; Vaida-Voevod fue obligado a renunciar y, en marzo de 1920, el general Averescu, el "hombre fuerte" de Rumania en la posguerra y cuyo prestigio entre los soldados le brindaba una gran simpatía popular, lo sustituyó, con el apoyo de una llamada Liga Popular, con tendencias marcadamente fascistas. Se celebraron nuevas elecciones, en junio de 1920, que dieron a Averescu una gran mayoría, aunque los socialistas, variando su política de abstención, lograron elegir 20 diputados.

El Partido Socialista, que era más fuerte en los territorios recién incorporados a Rumania que en las viejas provincias, estaba por entonces

muy dividido en cuestiones de política. En febrero de 1921 su ejecutivo votó en favor de afiliarse a la Internacional Comunista; pero, contra 18 votos favorables, hubo 12 en favor de la participación en la Unión "Dos y Media" de Viena y 8 por la Segunda Internacional de Berna, procediendo principalmente de las nuevas provincias los opositores del comunismo. Se produjo una división: los disidentes formaron un Partido Socialdemócrata, que procedió a afiliarse a la Unión de Viena.

En mayo de 1921 la mayoría, en proceso de reorganizarse como Partido Comunista, celebró un congreso en Bucarest. El gobierno, declarando que se preparaba una insurrección, arrestó a todos los delegados y los sometió a juicio por traición, tras lo cual introdujo una nueva ley sometiendo a los sindicatos a un sistema estatal de mediación en las disputas laborales e impuso la medida frente a fuertes protestas socialistas y obreras. Sin embargo, mientras daba esos pasos contra el movimiento obrero, se veía obligado, por la presión popular, a cumplir las promesas de reforma agraria que se habían hecho durante la guerra; pero los terratenientes eran lo bastante poderosos como para asegurar que la distribución de la tierra se hiciera sólo sobre una base de compensación generosa a los propietarios desposeídos y para derrotar la proposición de hacer del subsuelo —es decir, principalmente de los recursos petroleros- propiedad del Estado. No obstante, a pesar de que la reforma agraria era en muchos aspectos defectuosa, cambió a Rumania de un país de grandes propiedades rurales en un país cultivado predominantemente por pequeños agricultores y produjo, así, una fundamental revolución social. La redistribución de la tierra fue particularmente efectiva en Besarabia y en otras regiones recién adquiridas donde podía hacerse a expensas de propietarios extranjeros (húngaros sobre todo).

Mientras tanto, en 1920, hubo una segunda huelga general, controlada esencialmente por los comunistas. Fue rota por el gobierno, quien llamó al servicio a los trabajadores ferroviarios y se entregó a una salvaje política de represión. Después de los disturbios de 1921, el Partido Comunista fue proscrito y no pudo presentar candidatos a las elecciones generales de 1922, donde los socialdemócratas lograron asegurar la elección de un diputado, Jacob Pistiner (?-1930), quien se convirtió en su representante en la Internacional Laborista y Socialista. Pistiner conservó su diputación hasta 1926, cuando fue expulsado, según las condiciones de una ley electoral que negaba la representación a cualquier partido que sumara menos del 2 % del total de votos emitidos en todo el país. Pero las elecciones en Rumania no significaban mucho: podían ser manipuladas por el gobierno en el poder para producir sorprendentes cambios en las opiniones aparentes de los electores. En las regiones rurales con frecuencia se impedía que los candidatos de oposición se postula-

jan a los electores; y, aun en las ciudades, había continua interferencia al derecho de reunión y discusión. Entonces, en 1926, el dirigente "liberal", Ionel Bratianu, impuso una nueva ley electoral según la cual el -artido que lograra la mayor votación reunida, suponiendo que contara -n el 40 % del total de votos, obtenía el 50 % del número total de dipuciones, por encima de los que no alcanzaba su fuerza de votación. Este sistema peculiar, junto con la intimidación practicada regularmente por el gobierno en el poder, hacía nula la democracia constitucional en que se suponía basado el Estado e imposibilitaba a todo partido socialista para competir en unas elecciones generales con esperanzas de ganar, en el mejor de los casos, más de unos pocos asientos.

Ionel Bratianu murió al año siguiente de introducido este sistema y, después de su muerte, subió al poder un gobierno del Partido Campesino, encabezado por Julius Maniu. El Partido Liberal de Bratianu, fundamentado esencialmente en las clases comerciantes, había tratado de desarrollar las industrias rumanas con una orientación nacionalista, sin introducir capitales extranjeros. El gobierno de Maniu invirtió esta política y, durante los años siguientes, hubo una afluencia de inversiones de capitalistas extranjeros que dio como resultado un periodo de auge que llegó a un abrupto fin, a principios de la década de los treintas, con la depresión mundial. El gobierno de Maniu, aunque algo más favorable a los campesinos que los liberales, no se mostró menos hostil a la clase obrera, cuyos intentos de obtener concesiones durante el periodo de auge fueron sofocados sin piedad.

En efecto, Rumania —en la etapa de entre-guerras— vivió en condiciones de dictadura política, fuera cual fuera el nombre de' partido o coalición en el poder. No importaba, para ios socialistas, que el liberal Bratianu, o el campesino Maniu, o el demócrata conservador Take Jonescu, o el dirigente de la Liga Popular general Averescu, estuviera a la cabeza del gobierno. Con todos ellos, casi por igual, fue proscrito el comunismo, y el socialismo moderado y el sindicalismo inclusive fueron perseguidos e inutilizados como fuerza política.

GRECIA

En ningún país de Europa eran más desfavorables las condiciones para el desarrollo de un movimiento socialista, durante y después de la primera Guerra Mundial, que en Grecia, donde las cuestiones sociales eran oscurecidas por el conflicto entre el rey Constantino y el movimiento nacionalista liberal encabezado por Eleftherios Venizelos y por los problemas" de ajuste y absorción territoriales de las poblaciones trasladadas

que surgió de la guerra. Las guerras de los Balcanes de 1912 y 1913 aumentó bastante el territorio griego, en el Continente —Epiro y Macedonia— y mediante la adquisición de Creta y la mayoría de las islas del Mar Egeo, doblándose casi la población de la "Antigua Grecia" con estas contribuciones. La Guerra Mundial produjo nuevas adquisiciones en Macedonia y Tracia y también, temporalmente, una entrada en Asia Menor por Esmirna y sus alrededores. Pero los griegos fueron expulsados del Asia Menor por las fuerzas de Kemal en 1921; y se añadió un enorme problema de refugiados al de los cambios de población en gran escala, en Macedonia y Tracia, destinados a restaurar estas regiones de población mixta para lograr una mayor homogeneidad. Estos cambios y el establecimiento de los refugiados griegos procedentes del Asia Menor habría sido impracticable sin la ayuda financiera internacional, brindada bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones. Tuvieron que efectuarse, además, en medio de condiciones de enorme inestabilidad política en Grecia, acompañadas de una serie de trastornos y cambios revolucionarios fundamentales en la estructura política.

Al estallar la guerra europea en 1914, Venizelos presidía el gobierno griego y favorecía la intervención del lado aliado, al menos para ir en ayuda de Servia, si ésta era atacada por Bulgaria. El rey, por otra parte, era germanófilo y estaba decidido a mantener a Grecia neutral en interés de Alemania. En abril de 1915, cuando la Gran Bretaña necesitaba la ayuda griega para atacar los Dardanelos, el rey depuso a Venizelos. Después de ganar las elecciones generales, Venizelos volvió al poder en agosto y autorizó el desembarco aliado en Salónica; pero, en octubre, fue depuesto nuevamente y se ordenaron nuevas elecciones. Esta vez los venizelistas boicotearon las elecciones y una serie de débiles gabinetes siguieron las órdenes del rey. En septiembre de 1916 Venizelos se trasladó a Salónica, donde estableció un gobierno provisional bajo la protección aliada y organizó un Estado rival, cuyos soldados pelearon con los aliados. Las potencias aliadas se negaron, no obstante, a reconocer a este gobierno; y Constantino conservó el control en Atenas hasta junio de 1917, cuando las potencias lo obligaron por fin a abdicar en favor de su hijo Alejandro. Venizelos regresó a Atenas como jefe del nuevo gobierno, convocó otra vez a la Cámara que el rey había disuelto inconstitucionalmente en 1915 y declaró la guerra a las potencias del Eje. En lo sucesivo, Grecia participó oficialmente en la guerra como potencia aliada y recibió la recompensa en la Conferencia de Paz, con los Tratados de Neuilly y de Sévres. Pero Venizelos, cuando volvió a Atenas en agosto de 1920, después de firmados estos tratados, se vio ante una fuerte oposición interna. En octubre de 1920 murió el rey Alejandro y se pidió que Constantino volviera al trono. En las elecciones generales del mes

siguiente Venizelos fue derrotado. Renunció y, con muchos de sus ministros, abandonó el país. Después de celebrado un plebiscito, Constantino fue restaurado como rey.

Vino entonces la desastrosa guerra en Asia Menor, donde las grandes potencias, hostiles a Constantino, no dieron apoyo alguno a los griegos. Los griegos fueron expulsados de Asia Menor y las fuerzas en retirada, reunidas en Quíos, proclamaron una Revolución. Constantino huyó de Atenas y murió en el extranjero unos meses después; los principales miembros del gabinete fueron juzgados por una corte marcial y fusilados. Siguió entonces una etapa confusa, durante la cual el gobierno revolucionario trató en vano de establecer un régimen constitucional mientras Venizelos, todavía en el extranjero, representaba a Grecia en las negociaciones que condujeron a la firma de la paz con Turquía en Lausana, en julio de 1923.

La cuestión de si debía establecerse la monarquía o la república no se resolvía. En octubre de 1923 el general Metaxas trató de hacer una contrarrevolución realista, pero fue fácilmente derrotado. En diciembre el rey, bajo presión, abandonó el país mientras una Asamblea Nacional debatía el futuro del régimen. Al mes siguiente, Venizelos volvió a Grecia y fue de nuevo Primer Ministro, pero renunció casi de inmediato cuando los republicanos objetaron su proyecto de plebiscito acerca de la monarquía. La Liga de Oficiales fue revivida y exigió el inmediato restablecimiento de la República. Venizelos abandonó nuevamente el país y la República fue proclamada, en marzo de 1924 y ratificada después con un plebiscito. Siguieron prolongados debates respecto a la nueva Constitución y se prolongaban aun cuando, en junio de 1915, el general Pángalos organizó un golpe de Estado y procedió a implantar una dictadura militar. Pero fue derrocado rápidamente y, iras un confuso intervalo, Venizelos regresó y presidió el gobierno de 1928 a 1932. Hubo entonces más confusiones, que culminaron con la vuelta del rey Jorge en 1935 y la dictadura del general Metaxas en 1936.

En todos estos acontecimientos, el movimiento socialista desempeñó un papel insignificante. Durante la guerra europea, el pequeño Partido Socialista griego —fundado en 1911 por un grupo que incluía a Nicolaos Yiannios (n. 1885), ahora decano del socialismo democrático griego- apoyó a Venizelos contra el rey Constantino y pagó la culpa compartiendo su derrota en 1920. Su antiguo dirigente, Platón Drakoulis (1860-1941), había sido expulsado en 1915 y no surgió un buen líder para sustituirlo. Había, sin embargo, como vimos, otro centro de actividad socialista en Salónica, que había sido anexada a Grecia como resultado de las guerras de los Balcanes; y la Federación Laborista de Salónica, que pertenecía a la Federación Socialista Balcánica, adoptó una actitud

antibelicista y, en 1915, fue la principal promotora de un nuevo Partido Socialista Laborista Panhelénico, que se afilió a la Internacional Comunista cuando ésta se formó en 1919. En 1918 se estableció una Confederación General del Trabajo, fundada en el incipiente movimiento sindical y se unió a la Internacional Roja de sindicatos obreros en 1920; pero quedó seriamente debilitada por el arresto y la deportación de sus principales dirigentes y no llegó a ser lo bastante fuerte como para desempeñar un papel importante. La presencia en Grecia de gran número de refugiados hambrientos, de Asia Menor y de otros lugares, ofrecía un número ilimitado de rompehuelgas y hacía casi imposible la acción sindical efectiva.

El antiguo Partido Socialista griego, dirigido por A. Sideris, se conservó, pero muy reducido. En las elecciones de 1923 pudo pelear sólo 3 asientos, ninguno de los cuales obtuvo. Pero un grupo de 6 diputados, electos como radicales, se pasaron después al partido y constituyeron una fracción socialista en la Cámara. El Partido Comunista rival tenía mucha mayor votación, pero tampoco logró elegir un solo diputado en 1923. En 1926, sin embargo, casi dobló su votación y obtuvo 10 asientos. Mientras tanto, el grupo socialista en la Cámara había desaparecido y, en 1928, se convocó un Congreso General Obrero para discutir la reorganización de las fuerzas socialistas. Este Congreso dio como resultado una división entre los elementos comunistas y socialistas, y los socialistas anticomunistas establecieron un nuevo Partido Laboralsocialista con un programa ortodoxo socialdemócrata.

Este intento de unificación, no obstante, no corrió mejor suerte que los anteriores. Un nuevo intento en 1931, cuando las organizaciones socialistas de Atenas (Píreo) y Salónica lanzaron un manifiesto conjunto y convocaron a un congreso de unificación, no logró tampoco establecer un partido efectivo, aunque en ese año la Confederación General del Trabajo, el principal organismo sindical, fue reorganizado. El socialista D. Stratis (n. 1889), quien había sido secretario general del Sindicato de Trabajadores Ferroviarios de 1919 a 1925 y más tarde de la Federación General Sindical, antes de su reorganización, permaneció en su cargo como secretario y N. Yiannios, quien había sido de los más activos en la causa de la unidad socialista, sirvió como corresponsal, para mantener las relaciones con la Internacional Laborista y Socialista. En general, la situación era que, mientras la cuestión interna fuera dominada por Venizelos, había poca oportunidad de desarrollo de un poderoso movimiento socialista, especialmente, porque siempre había tensiones entre los atenienses y los grupos centrados en Salónica, quienes tenían tradiciones de asociación con los demás países balcánicos más que con Occidente. Había además, aun en Atenas, profundas divisiones entre

la derecha y la izquierda. Desde 1929, cuando Venizelos estableció un Senado que representaba principalmente grupos vocacionales, la Confederación General del Trabajo aceptó estar representada en ese cuerpo, a pesar de la oposición del Partido Socialista y del ala izquierda de los sindicatos —y, por supuesto, de los comunistas, quienes, aunque por entonces estaban proscritos como partido, seguían teniendo alguna influencia—. El profesor Alexandros J. Svolos (1892-1957), que se convirtió después en dirigente de los socialistas griegos, era en los años veinte abogado y profesor de derecho, sin relaciones políticas, aunque ya de conocidas tendencias radicales. De 1917 a 1920 había sido director de problemas laborales en el Ministerio de Finanzas, pero volvió después a la práctica del derecho y al profesorado. En 1929 fue profesor de derecho constitucional en la Universidad de Atenas y, en lo sucesivo, se entregó profundamente a la lucha por la descentralización política y las libertades civiles. Sus actividades le costaron la expulsión de su cátedra en 1935 y, al año siguiente, fue arrestado y deportado a una isla, de donde fue liberado y reinstalado como profesor en 1940, al estallar la guerra italo-griega. En 1944 fue nuevamente expulsado de su puesto universitario y, por algún tiempo, presidente del gobierno de la resistencia, que trató de liberar a Grecia de las fuerzas de ocupación. Fue después ministro de Finanzas en el gobierno de Papandreou e hizo el primer intento por estabilizar el dracma. En diciembre de 1944, sin embargo, renunció al gobierno y unos meses después se convirtió en presidente de la Unión Democrática Popular (E.L.D.), abandonando nuevamente su posición universitaria en 1946. En 1950, Svolos fue electo al Parlamento en Atenas y Salónica, escogiendo esta última representación; desde entonces dirigió al grupo de la E.L.D. y. desde 1953, el nuevo Partido Socialista, que surgió de la fusión de la E.L.D. y la Liga Socialista de la que Stratis y Yiannios eran figuras principales. Además de su labor política escribió extensamente sobre cuestiones de derecho constitucional y práctica jurídica.

CAPÍTULO IX

LAS INTERNACIONALES RIVALES, 1919-1921

La proyectada Conferencia de Estocolmo de 1917 se originó, como vimos,[1] no con los rusos, sino con el Comité Escandinavo-Holandés establecido por los neutrales de la Europa occidental con la esperanza de apresurar el fin de la lucha y de hacer que la influencia socialista internacional fuera de peso sobre las condiciones de paz. Cuando los rusos entraron, después de la primera Revolución rusa de 1917, la iniciativa estaba en manos, no de los bolcheviques, sino del Soviet de Petrogrado todavía dominado por mencheviques y socialrevolucionarios y aún en una primera etapa de la lucha por el poder con el gobierno provisional: de modo que los rusos, al apelar por el apoyo mundial a la Conferencia, no hablaban como gobierno sino como representantes de una clase obrera que apenas se abría paso hacia el poder. Los delegados rusos, que fueron a Estocolmo para participar en el Comité Ruso-Escandinavo-Holandés y recorrieron los países aliados occidentales en busca de apoyo para la proyectada Conferencia, sufrían de una doble debilidad: nunca estuvieron a salvo de ser repudiados por el gobierno provisional ni del peligro de dejar de representar la actitud del soviet que les había encomendado esa misión. De hecho, el Soviet de Petrogrado era demasiado poderoso para que el gobierno provisional se atreviera a desautorizar a sus emisarios o a manifestarse abiertamente contra el proyecto de Estocolmo; pero su actitud era lo bastante ambigua como para ser aprovechada por los opositores de Estocolmo en los países aliados, incluyendo a sus gobiernos. Además, mientras más permanecieran los delegados rusos en Occidente, menos representaban al organismo que los había enviado y menos peso tenían sus opiniones para los socialistas occidentales.

Los bolcheviques, mientras no llegaron al poder, no se opusieron activamente al proyecto de Estocolmo; pero iba de todos modos contra sus ideas. En Zimmerwald, como vimos, había dos concepciones totalmente distintas acerca del fin de la guerra y el futuro de la organización socialista intemacianal. Lenin y su grupo, que había sido derrotado en Zimmerwald, pero había prevalecido en Kienthal, habían apoyado una nueva Internacional que se dedicara a la causa de la revolución mundial y excluyera definitivamente a todos los "patriotas" y "partidarios de la defensa" nacionalista, que habían apoyado los esfuerzos bélicos de sus respectivos países. Los leninistas habían denunciado a los "socialpacifis-

[1] **Véase** p. 49.

tas", que pensaban más en la paz entre los gobiernos beligerantes que en una "paz de los pueblos", que seguiría al derrocamiento de los gobiernos por la revolución proletaria; mientras que la mayoría de Zimmerwald había favorecido una paz negociada sin insistir en la revolución mundial como requisito previo. Era, pues, natural que la conquista del poder por los bolcheviques en Rusia condujera a un cambio fundamental en la política rusa internacional e interior y a un intento de tomar la iniciativa en la integración de una nueva Internacional revolucionaria, en vez de ayudar a reconstruir la antigua Internacional, sobre una base de unidad entre reformistas y revolucionarios o entre partidarios de la defensa y derrotistas. Era un axioma del pensamiento bolchevique que la guerra imperialista prepararía el camino a la revolución mundial, de la que la Revolución rusa era simplemente la fase inicial. La tarea esencial, por tanto, no era unir a todos los que se llamaban socialistas en una organización común, sino más bien movilizar a todos los verdaderos revolucionarios en cada país contra sus gobiernos reaccionarios y contra los falsos socialistas que habían hecho causa común con estos gobiernos durante la guerra y, al hacerlo, habían traicionado la causa socialista revolucionaria. El establecimiento de la Tercera Internacinal en Moscú, en marzo de 1919, fue una lógica consecuencia de esta política. Las consecuencias —en muchos aspectos infortunadas— se debieron a la falsedad de la suposición bolchevique de que los proletarios de los países occidentales avanzados estaban listos, si recibían las directivas, para seguir una política revolucionaria semejante a la que Lenin y Trotsky esperaban de ellos. En los países capitalistas más poderosos —en la Gran Bretaña, Francia y Alemania y, más aún, en los Estados Unidos— las condiciones necesarias para una Revolución socialista no existían simplemente; y los intentos de las minorías comunistas de actuar como si existieran produjeron el desastre y, aun donde ocurrieron revoluciones, abrieron el camino a la contrarrevolución —por ejemplo, en Alemania, Italia y, más rápidamente que en ninguna otra parte, en Hungría—. El desastre fue menor donde los comunistas eran demasiado débiles para intentar la revolución —en la Gran Bretaña, por ejemplo, y en los Estados Unidos— o, aunque relativamente fuertes, no siguieron de hecho una política revolucionaria —por ejemplo, en Francia y Noruega.

La idea de Estocolmo había incluido la de una conferencia socialista internacional, que representara a todos los sectores y tendencias; que se reuniera simultáneamente a la conferencia de paz entre los gobiernos e insistiera en que las demandas de los trabajadores del mundo se incorporaran a las condiciones oficiales de paz. Con esto en mente, el Comité de Estocolmo recibió a delegaciones de todos los partidos y grupos socialistas a los que pudo inducir a enviarlas a Estocolmo y trató de integrar,

con las declaraciones orales y escritas de estos organismos, un proyecto de Acuerdo de Paz que habría debido ratificar la Conferencia de Estocolmo, si hubiera llegado a reunirse. Como hemos visto, nunca pudo reunirse, en parte porque algunos de los partidos socialistas de los países aliados se negaron a participar en una conferencia con los alemanes y en parte porque los gobiernos aliados, conscientes de las disensiones en las filas socialistas, se sentían lo bastante fuertes, en algunos casos, para rechazar los pasaportes a los delegados de sus países. En verdad, los dirigentes de los socialistas mayoritarios belicistas en los países aliados preferían, en 1917, conferenciar entre sí en un intento por llegar a determinar los objetivos bélicos comunes a todos los socialistas aliados que entrar en discusiones más amplias mientras no hubieran llegado a un acuerdo entre sí, y se mostraban muy tibios respecto a Estocolmo, aun cuando no estaban definitivamente en contra de. la Conferencia.

En consecuencia, después de la segunda Revolución rusa, el proyecto de Estocolmo perdió impulso. Los rusos ya no deseaban la conferencia y el apoyo que había existido en los países aliados se desvaneció. La idea de una conferencia socialista que se reuniera simultáneamente 'con la conferencia de paz no fue rechazada; pero estaban divididas las opiniones entre los que querían que esta conferencia representara a todo el movimiento socialista y los que pensaban más bien en términos de una conferencia socialista aliada destinada a presionar sólo a los gobiernos aliados, como secuela de una victoria aliada. Después de la paz de Brest-Litovsk, semejante conferencia aliada habría excluido, por supuesto, a los rusos, así como a los neutrales y socialistas de las potencias del Eje. En 1918, aunque el Comité Escandinavo-Holandés se mantuvo y siguió abogando por una conferencia general, el proyecto de Estocolmo perdió interés y, especialmente en Francia, el centro de la atención fue ocupado por las luchas internas entre los partidarios de la guerra hasta el final y los que preferían una paz negociada, con pequeñas minorías que sostenían, en contra de los dos grupos, una política revolucionaria extremista basada en el ejemplo ruso.

En Francia, en el verano de 1918,[2] la minoría, encabezada por Jean Longuet, se había convertido en mayoría y este cambio alteró radicalmente el equilibrio de la opinión socialista en los países aliados. Porque Francia y Bélgica habían constituido, hasta entonces, los principales obstáculos a una conferencia socialista del tipo del proyecto de Estocolmo, incluyendo a representantes del socialismo alemán; mientras que Arthur Henderson, aunque con muchas dificultades, había logrado una mayoría inglesa para la reunión. Cuando, en el otoño de 1918, la resis-

[2] Véase vol. VI, cap. xm.

tencia de las potencias del Eje se quebró por fin y estalló la Revolución en Alemania y Austria-Hungría, no hubo ya, excepto en Bélgica, una oposición seria a reunirse con los alemanes, aunque se insistió mucho todavía en que los socialistas alemanes deberían asistir a la reunión internacional dispuestos a reconcer la responsabilidad bélica del gobierno que acababan de derrocar. Terminada la lucha Estocolmo se borró como lugar de reunión —tanto más cuanto que había desaparecido el apoyo de los rusos—; pero a los dirigentes de los países occidentales les pareció que era muy conveniente una rápida reunión en un país neutral, para discutir la actitud socialista hacia las negociaciones de paz en perspectiva y, cuando menos, para preparar el camino a la reconstitución de una Internacional Socialista.

La Conferencia Internacional de Berna, en febrero de 1919, no fue nominalmente una resurrección de la Internacional Socialista de preguerra ni un resultado del proyecto de Estocolmo de 1917. Las convocatorias fueron enviadas por un comité establecido en la Conferencia Laborista y Socialista interaliada de marzo de 1918, actuando de acuerdo con Camille Huysmans, el secretario belga de la Oficina Socialista Internacional. Los miembros de este comité eran Émile Vandervelde, también presidente de la Oficina Socialista Internacional, Arthur Henderson y Albert Thomas —un belga, un inglés y un francés— todos los cuales habían sido ministros en los gobiernos de coalición durante la guerra y habían participado activamente en la serie de discusiones socialistas aliadas referentes a los objetivos bélicos. El fin de la Conferencia de Berna era realizar la intención manifestada de que los representantes del socialismo mundial se reunieran a la vez que se reumía la conferencia oficial de paz y le presentara las demandas del movimiento socialista y obrero internacional, en relación con los acuerdos de paz y con la estructura futura de las relaciones internacionales. Como estas demandas eran laborales además de políticas, incluyendo la adopción de una Garta Internacional del Trabajo, que regulara los derechos de asociación obrera y las condiciones mínimas de trabajo, parecía esencial que la Conferencia de Berna incluyera a delegados de los movimientos sindicales de los diversos países y de los partidos laboristas y socialistas; y, en consecuencia, se extendió la invitación a unos y otros, en términos semejantes. Pero mientras que, en la Internacional de preguerra, la representación había estado abierta en algunos casos a diversos partidos rivales o a otros organismos de un mismo país, la invitación de Berna se dirigió en general a un solo partido en cada país y a una sola central sindical.

En el caso de la Gran Bretaña, el efecto fue excluir la representación por separado del Partido Laborista Independiente, del Partido Socialista

británico y de la Sociedad Fabiana, que habían sido miembros de la Segunda Internacional por derecho propio, dejando la posibilidad al Partido Laborista, al que todos estaban afiliados, de incluir a miembros de estos organismos en su propia delegación, si lo consideraban conveniente. Esta exclusión, que produjo considerable molestia a los organismos socialistas afectados, fue en parte resultado de la insistencia de la Conferencia del Partido Laborista británico en 1917 en que se les negara representación en la propuesta Conferencia de Estocolmo de ese año. La decisión de invitar sólo a la principal central sindical de cada país eliminó también a la Federación General de Sindicatos que, como vimos, había representado a la Gran Bretaña en la Internacional Sindical de preguerra y dio la representación sindical exclusivamente al Congreso Sindical que, paradójicamente, había estado relacionado con la Internacional Socialista de preguerra. De los Estados Unidos se invitó a la American Federation of Labor (Federación Norteamericana del Trabajo), que había participado activamente en la formulación de proposiciones para una Carta Internacional del Trabajo; pero la'Federación se negó a asistir, porque no deseaba reunirse con los delegados alemanes en términos amistosos. El Partido Laborista belga y su central sindical afiliada rechazó la invitación por las mismas razones.

Hubo también otras negativas, por razones diferentes. Los partidos socialistas italiano v suizo, que habían participado activamente en el movimiento de Zimmerwald, objetaron una conferencia convocada bajo los auspicios de los socialistas "patriotas" de los países aliados; y los partidos socialistas servio y rumano permanecieron al margen por las mismas razones. En Bulgaria los socialistas "elásticos" dirigidos por Ianko Sakosov aceptaron la invitación, mientras que los socialistas "intransigentes", en proceso de convertirse en el Partido Comunista búlgaro, la rechazaron. Los italianos, sin embargo, estuvieron representados por el Partido Socialista Reformista minoritario de Leonida Bissolati (1857-1919) e Ivanoe Bonomi (1873-1951), quienes habían sido expulsados del Partido principal en 1912 y habían apoyado la participación de Italia en la guerra de parte de los aliados. En total asistieron a la Conferencia de Berna delegaciones de 26 países, sin contar a 2 delegaciones —de Australia y Ucrania— que llegaron demasiado tarde para participar. Los países representados con delegaciones completas fueron Inglaterra, Francia, Finlandia, España y la Argentina; y hubo también delegaciones de Rusia, Polonia, Georgia, Armenia, Estonia, Latvia,. Bulgaria, Hungría, Grecia, Italia, los judíos de Palestina, Irlanda, el Canadá y Alsacia-Lorena —esta última en proceso de transferirse de la soberanía alemana a la francesa—. La delegación rusa representó a los mencheviques y socialrevolucionarios, pero no a los bolcheviques ni a la izquierda socialrevolu-

donaría; y las delegaciones de Georgia, Armenia, Latvia y Estonia eran de una integración semejante. Los polacos representaban al Partido Socialista polaco de Pilsudski y no a los socialdemócratas polacos. No había, en efecto, representación de los partidos comunistas ni de los partidos estrechamente aliados al comunismo, con excepción de los noruegos, cuya ala izquierda se había apoderado recientemente del control de la maquinaria del partido.

La Conferencia de Berna se reunió el 3 de febrero y eligió como presidente al dirigente sueco Hjalmar Branting (1860-1925), quien había sido presidente del Comité Escandinavo-Holandés de Estocolmo. Albert Thomas (1878-1932), del ala derecha francesa, que había perdido su posición mayoritaria en el partido francés unos meses antes, propuso inmediatamente que se diera prioridad al examen de la responsabilidad bélica de los partidos socialistas —es decir, principalmente a la cuestión de la "culpa de la guerra" de los socialistas alemanes mayoritarios, que estaban presentes por fuerza—. Thomas propuso además que la segunda cuestión en la agenda fuera el análisis del papel de la democracia en la lucha por el socialismo —es decir, la cuestión de la democracia parlamentaria contra la dictadura proletaria—. Estas proposiciones se aceptaron y el debate sobre las responsabilidades bélicas de los socialistas ocupó las discusiones de los dos primeros días. La cuestión era obviamente delicada; porque era claro que algunos delegados aliados se negarían a proceder con la Conferencia si no aseguraban los alemanes el reconocimiento de su responsabilidad bélica y, por otra parte, no se podía esperar que la mayoría alemana proclamara su culpa, independientemente de la responsabilidad que estuviera dispuesta a atribuir a', régimen imperial alemán que había contribuido a derrocar. Finalmente, se llegó a una transacción estableciendo una comisión especial que logró de los alemanes una declaración donde se separaba enérgicamente a la nueva Alemania revolucionaria del antiguo régimen que había sido responsable de la guerra. Sobre la fuerza de esta declaración se acordó dejar "a un futuro Congreso Internacional, convocado en condiciones normales, la tarea de formular el juicio de la Internacional en la cuestión histórica de la responsabilidad de la guerra". Esto dejaba a los socialistas mayoritarios alemantes libres de participar en el resto de la Conferencia en condiciones iguales; y, en la práctica, el problema quedó cancelado, como tenía que ser si había de establecerse una nueva Internacional con los socialistas mayoritarios alemanes entre sus miembros.

La Conferencia de Berna se dedicó entonces a la cuestión de "democracia contra dictadura". La Comisión a la cual se refirió esta cuestión presentó dos resoluciones rivales —la resolución "Branting" de la mayoría y la resolución minoritaria Adler-Longuet—. La primera, apoyada

por una gran mayoría de las delegaciones, fue una declaración enfática de la indivisibilidad de socialismo y "democracia" y una denuncia de la "dictadura" y, en consecuencia, de toda la política bolchevique. La "democracia" se definió explícitamente en términos de gobierno parlamentario en el pasaje siguiente: "Las instituciones que constituyen la democracia —libertad de palabra y de prensa, derecho de reunión, sufragio universal, un gobierno responsable ante el Parlamento, con disposiciones que garanticen la cooperación popular y el respeto a los deseos del pueblo, el derecho de asociación, etc.— brindan también a la clase trabajadora los medios de llevar a cabo la lucha de clases." Y, en otro pasaje: "Una sociedad reorganizada, cada vez más penetrada por el socialismo, no puede realizarse y mucho menos establecerse permanentemente, si no descansa en los triunfos de la democracia y no está arraigada en los principios de la libertad." La resolución empezaba, efectivamente, "saludando" a las revoluciones "que, en Rusia, Austria-Hungría y Alemania, han destruido los antiguos regímenes del imperialismo y el militarismo y han derrocado a sus gobiernos". Pero, después de hacerlo, declaraba de inmediato que "en pleno acuerdo con todos los anteriores congresos de la Internacional, la Conferencia de Berna se adhiere firmemente a los principios de la democracia" —que procedía entonces a definir—. Aclarada ya su actitud general, procedía a aceptar la proposición de los delegados rusos (es decir, de los mencheviques y socialrevolucionarios) de que una Comisión "representativa de todas las tendencias socialistas" fuera enviada a Rusia "para informar a la Internacional de la situación política y económica de aquel país". Proponía, además, que el problema del bolchevismo se incluyera en la agenda de la próxima conferencia donde se recibiría y discutiría el informe de esta comisión.

Contra esta condenación abierta del bolchevismo, la resolución Adler-Longuet era, antes que nada, una protesta y una advertencia contra "cualquier estigma que pudiera aplicarse a la República rusa soviética". No era una defensa del bolchevismo: declaraba que "nosotros (los socialistas de otros países) no tenemos suficiente material de juicio". "No queremos —continuaba la resolución—, al juzgar prematuramente los métodos políticos, ser víctimas de las maniobras y calumnias interesadas de los gobiernos burgueses." Sus redactores se declaraban incapaces de basarse sólo en lo que decían los delegados rusos, "que representan sólo a una minoría de la clase trabajadora rusa" —aunque la buena fe de esos delegados no se ponía en duda—. La resolución llamaba la atención entonces sobre el carácter no plenamente representativo de la Conferencia de Berna, en vista de la ausencia de los partidos italiano, suizo, servio y rumano y advertía a la Conferencia que no debía hacer nada que dificultara más una reunión de las clases trabajadoras de todos los países.

"Deseamos reservar la libre entrada a la Internacional para los partidos socialista y revolucionarios de todos los países conscientes de sus intereses de clase." En consecuencia, la minoría declaraba su negativa a limitarse a los términos de la resolución Branting en general.

Esta resolución minoritaria recibió el apoyo de la mayoría francesa —que hasta hacía poco había sido minoría— y de las delegaciones noruega, holandesa, española e irlandesa, así como de la mitad de la delegación austríaca, y de un delegado griego. Por otra parte, en apoyo de la resolución Branting estaban los ingleses, alemanes, suecos, daneses, finlandeses, húngaros, rusos, letones, estonios, georgianos, armenios, búlgaros "elásticos", canadienses, argentinos, delegados de Alsacia-Lorena, minoría francesa, reformistas italianos y la mitad de la delegación austríaca. La mayoría fue absorbida por los votos de las delegaciones de Rusia y los estados fronterizos antes bajo el dominio ruso; pero el núcleo central estaba integrado por los ingleses, alemanes, suecos y daneses, y la considerable minoría francesa. Los belgas, que habrían votado con la mayoría, estuvieron ausentes; pero también lo estuvo la mayoría italiana y la suiza, que habrían votado probablemente por la proposición Adler-Longuet. El efecto esencial de la resolución Branting fue un rompimiento con la izquierda comunista no menos decisivo que el rompimiento con la derecha que Lenin y sus partidarios habían estado pidiendo desde la Conferencia de Zimmerwald, en 1915. Esto dejaba a un grupo intermedio, que quería una Internacional reconstruida y amplia, sin compromiso por el momento en favor o en contra de la dictadura; y la pregunta importante era qué podía y qué no podía hacer este grupo en vista de la intransigencia de los dos extremos.

La Conferencia de Berna, no obstante, no se comprometió tan irrevocablemente, al menos de un modo formal, como sugiere este resumen; porque la cuestión en general debería abrirse a debate nuevamente cuando la propuesta Comisión de Investigación regresara de la visita a Rusia —si llegaba a poder ir—. Lo que se negó a hacer la mayoría de Berna fue posponer su condenación provisional a la dictadura y su declaración en favor de la democracia parlamentaria hasta después que la Comisión hubiera realizado su labor.

Después de tratar estas "cuestiones previas", lá Conferencia de Berna se dedicó a lo que se había designado como su tarea principal —la formulación de las demandas socialistas y sindicales para presentarlas a la conferencia de paz oficial—. Para tratar estas cuestiones estableció tres comisiones —sobre la propuesta Sociedad de Naciones, sobre problemas territoriales y acerca de la proyectada Carta Internacional del Trabajo—. En el segundo de estos problemas, la Conferencia se contentó con una resolución bastante general que afirmaba el principio de autodetermina-

ción nacional, pero dejaba su aplicación detallada para después, bien para una futura conferencia o una comisión permanente que la Conferencia de Berna estableciera para proseguir su labor. En la cuestión de la Sociedad de Naciones, la Conferencia se proclamó en favor del establecimiento de un organismo internacional permanente, basado en un tratado de paz que contuviera un acuerdo justo y que incluyera, en condiciones de igualdad, a todas las naciones organizadas, o que llegaran a organizarse, sobre una base de autodeterminación nacional y autonomía. La Sociedad planteada por la Conferencia difería mucho, sin embargo, en un aspecto esencial de la Sociedad que surgió realmente de la Conferencia de Paz de París; porque debía estar constituida por delegaciones nacionales, no de los gobiernos, sino de los Parlamentos de los países miembros y estas delegaciones parlamentarias debían ser representativas de todos los partidos en cada Parlamento, de acuerdo con su fuerza numérica. La Conferencia de Berna pedía, así, no una Sociedad de gobiernos o de estados soberanos, sino una Sociedad integrada por una asamblea internacional, representativa de la opinión popular de todos los países democráticos que poseyeran instituciones parlamentarias. Claramente, semejante asamblea, controlando la Sociedad de Naciones, habría minado la soberanía nacional de los estados y habría significado un paso real hacia el gobierno internacional. Fue, quizá, fantástico suponer que los gobiernos de los principales países podían aceptar, dadas las condiciones de 1919, una separación tan drástica de las tradiciones de independencia nacional; pero no es menos evidente que la Sociedad de gobiernos que se estableció realmente estaba lejos de realizar las aspiraciones siquiera de los socialistas de derecha de un organismo internacional capaz de mantener la paz de las naciones y de servir de instrumento para una transición a un orden socialista internacional.

La tercera de las Comisiones de la Conferencia de Berna, manejada por los delegados sindicales de los diversos países, logró trazar una Carta Internacional del Trabajo, que debería presentarse a la conferencia de paz para ser incluida en el tratado de paz. Incluía el establecimiento, como parte de la nueva maquinaria del gobierno internacional, de una comisión internacional permanente de legislación laboral, que debía constar de los representantes no sólo de los estados pertenecientes, a la Sociedad sino también, en número igual, de las centrales sindicales nacionales de estos países. El principio de un nivel de vida mínimo garantizado para todos los trabajadores, incluyendo el reconocimiento de" un derecho común al trabajo o al subsidio, debía incluirse en la propia Carta y debía ser reconocido como obligatorio para los gobiernos de todos los estados miembros. De esta proposición surgió, llegado el momento, la Organización Internacional del Trabajo, establecida por la

Conferencia de Washington de 1919; pero, también en este caso, lo que se logró estaba lejos de ser lo que había pedido la Conferencia de Berna —porque la OIT se estableció como un organismo tripartita—, con delegados de los trabajadores y los patrones en número igual —sumados—, que los delegados de los gobiernos y sin facultad de hacer otra cosa que recomendar convenios para ser adoptados por los gobiernos de los diversos estados miembros.

Finalmente, la Conferencia de Berna, que reconoció su incapacidad para proceder a establecer de inmediato una nueva Internacional socialista, trató de echar las bases para ese organismo eligiendo una comisión permanente, integrada por dos representantes de cada sector nacional, con la doble función de proseguir el trabajo de la Conferencia, elaborando sus conclusiones en detalle y de preparar el camino para otra conferencia donde se constituiría definitivamente una nueva Internacional. En esta Comisión Permanente se designó también un Ejecutivo de Acción de tres miembros —Branting, Henderson y Huysmans— que serían responsables de realizar los trabajos cotidianos entre las reuniones de la Comisión. A estos tres, se añadieron otros cuatro miembros en la primera reunión de la Comisión en Amsterdam, en abril de 1919. Dos de ellos —Ramsay MacDonald y G. H. Stuart-Bunning (1870-?) de la Federación de Carteros— eran ingleses y dos —Jean Longuet y Pierre Renaudel— franceses, representantes de las facciones mayoritaria y minoritaria del Partido Socialista francés. El Partido Laborista belga que, como vimos, se había negado a estar representado en Berna, envió delegados a la reunión de Amsterdam y entró en la nueva Internacional en embrión. Los partidos italiano y suizo, no obstante, permanecieron todavía al margen, lo mismo que los norteamericanos y los de la Europa oriental, que habían rechazado la invitación de Berna.

Mientras se daban estos pasos hacia el restablecimiento de una Internacional Socialista, bajo los auspicios de los socialistas parlamentarios, especialmente en la Europa occidental, pero con el apoyo de los socialistas antibolcheviques de Rusia y de los países sujetos antes al imperio ruso, los bolcheviques se apresuraban a llevar a efecto su proyecto de una Internacional que excluyera firmemente a todos los "social-patriotas" de la etapa de la guerra y a todos los partidos y grupos que favorecían una política reformista en lugar de una política revolucionaria o apoyaban el parlamentarismo contra la dictadura proletaria. Pero los bolcheviques rusos y sus simpatizadores en otros países estaban en mala situación, a principios de 1919, para una acción inmediata, para establecer una Internacional rival y hasta para reunir una conferencia internacional ampliamente representativa. Estaban, en gran medida, aislados de los países occidentales e incapacitados para comunicarse, aun con grandes

dificultades, con sus posibles simpatizadores en el extranjero. Existían partidos comunistas en forma algo más que en embrión sólo en algunos países fuera del antiguo imperio zarista y, donde existían como en Alemania, Austria y Hungría, eran todavía muy débiles: en la mayoría de los países —por ejemplo, en Francia, Italia, Suiza, España, Noruega y Holanda— las principales fuerzas de derecha e izquierda luchaban aún encarnizadamente dentro de un solo partido o, como en Suecia, los Balcanes y los Estados Unidos, aunque existían ya partidos rivales de izquierda y derecha, el ala izquierda no era todavía explícitamente comunista, al menos de nombre. Además de la Rusia Soviética, los únicos países con partidos comunistas importantes eran Polonia y, quizá, Ucrania y Alemania, aunque existían especies de partidos comunistas en Hungría, Finlandia, Latvia, Estonia y Lituania y también, en pequeña escala, en Austria y Armenia, mientras que en Bulgaria se podía confiar en que el Partido Socialista "intransigente", establecido desde hacía tiempo, estaba de parte de los soviéticos. En otros lugares sólo había grupos dispersos, aunque se daban ya pasos para el establecimiento de partidos comunistas en otros muchos países.

En estas circunstancias había muchos, aun entre los bolcheviques rusos, que consideraban prematuro cualquier intento inmediato de establecer una Internacional Comunista. Había, sin embargo, fuertes razones en contrario. Si, como los principales dirigentes bolcheviques seguían creyendo, la revolución mundial estaba en camino y los proletarios de los países adelantados sólo necesitaban una dirección revolucionaria bien organizada para precipitar la crisis, no había que perder tiempo para crear esta dirección ni debían escatimarse los esfuerzos para alejar a los trabajadores de los dirigentes reformistas que hacían lo posible por evitar las revoluciones. Parecía claro que los bolcheviques debían hacer lo posible por evitar el restablecimiento de la antigua Internacional bajo la dirección de los mismos hombres que habían jugado falsamente en 1914 y, después de combatirse por cuatro años, se dedicaban ahora a hacer las amistades, sobre la base de una hostilidad común al bolchevismo y la revolución. La Conferencia de Berna no podía quedar sin respuesta; y ¿cómo podía responderse sino procediendo de inmediato a reunir contra ella a las fuerzas internacionales del socialismo revolucionario bajo la dirección del único gran país que había llevado a efecto, realmente, la Revolución socialista?

Prevalecieron estos argumentos y, el 24 de enero de 1919, se envió desde Moscú un cable dirigido a los socialistas revolucionarios de todos los países, convocándolos para que enviaran delegados a un Congreso Internacional que debería realizarse allí en marzo con el objeto de formar una "Tercera" Internacional, o Internacional Comunista. La invitación

se hizo en nombre del Partido Comunista ruso, con el apoyo de los partidos comunistas de Polonia, Latvia, Finlandia, Austria y Hungría y de la Federación Socialista Revolucionaria de los Balcanes —y también se citaba en la invitación al Partido Laboral Socialista norteamericano, aunque éste no tenía manera de aprobarla, excepto a través de su representante, Reinstein, quien vivía en Rusia—. Se declaró después que la propuesta plataforma de la Tercera Internacional, enviada con la invitación, había sido redactada "de acuerdo con el programa del bund espartaquista de Alemania y del Partido Comunista (los bolcheviques) de Rusia". Esta plataforma incluía quince puntos, que cubrían los principios en que debía basarse la nueva Internacional y la forma de organización propuesta. El objeto debía ser el establecimiento inmediato y universal de la dictadura del proletariado con vista a la disolución efectiva o potencial del capitalismo en todo el mundo. Esto debía suponer: a) la toma del poder para sustituir en todas partes a los gobiernos existentes por el aparato del poder proletario; b) el desarme de la burguesía, al mismo tiempo que se armaría al proletariado para asegurar la Revolución; y c) el empleo de la dictadura con el fin de suprimir la propiedad privada de los medios de producción y de transferir estos medios "al Estado proletario, bajo la administración socialista de la clase trabajadora". El método propuesto era la "acción de masas del proletariado en términos de una lucha armada abierta contra el poder del capitalismo como gobierno". Venían entonces siete puntos referentes a la relación de la nueva Internacional con otros partidos socialistas. La proyectada "Internacional de Berna" fue condenada como una combinación oportunista de numerosos grupos y tendencias diversos, tres de los cuales se distinguían separadamente. Había, primero, los viejos "social-patriotas", a los que se debía combatir sin cuartel porque, en los momentos de crisis, siempre se oponían a la Revolución. En segundo lugar, el "centro" integrado principalmente por los grupos minoritarios durante la guerra, tales como los de Longuet y sus seguidores en Francia, Kautsky y el Partido Socialdemócrata Independiente en Alemania y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra: éstos eran caracterizados como elementos "indecisos" e incapaces de adoptar una actitud definida. Sus dirigentes debían ser criticados sin piedad y había que hacer todos los esfuerzos posibles por dividirlos y separarlos, para atraer hacia el comunismo a los elementos revolucionarios. En tercer lugar, había grupos revolucionarios, a los que se debía persuadir a unir su suerte con la del comunismo. Se sostenía que formaban el bando comunista no sólo los partidos y grupos comunistas embrionarios, sino también los sindicalistas y unionistas industriales revolucionarios —es decir, todos los grupos y organizaciones obreros que, sin unirse abiertamente al movimiento revolucionario de

izquierda, mostraban sin embargo en su desarrollo una clara tendencia hacia la izquierda—. Finalmente, la plataforma establecía que la nueva Internacional se llamaría "Internacional Comunista" y se fundaría como un organismo de lucha para dirigir el movimiento comunista internacional, sobre el principio fundamental de "subordinar los intereses del movimiento en cada país a los intereses generales de la Revolución internacional como un todo". Se proponía, así, el establecimiento de la Internacional Comunista, no como una federación flexible de partidos nacionales independientes, al estilo de la antigua Internacional, sino como una autoridad centralizada que controlaría el movimiento revolucionario mundial. La batalla entre las concepciones fundamentalmente antagónicas del socialismo y la actividad internacional se decidía, así, justamente.

En vista de las condiciones prevalecientes, no era factible que el Congreso que se reunió en Moscú, en marzo de 1919, fuera ampliamente representativo. No sólo la organización comunista estaba aún en un estado embrionario en la mayoría de los países: era muy difícil que los delegados de los organismos existentes pudieran ir a Moscú y, en muchos casos, estos organismos no pudieron efectuar conferencias para elegir a sus delegados, algunos de los cuales no pudieron siquiera iniciar su viaje, mientras que otros fueron detenidos en el camino. Diecinueve partidos o grupos recibieron el derecho a votar en el Congreso de Moscú; pero, en algunos casos, la situación de sus representantes no era de ninguna manera muy clara. Por ejemplo, el Partido Laboral Socialista norteamericano, al que se otorgó la máxima capacidad de votación (5 votos), no había dado autorización a su supuesto representante; y éste era también el caso del Partido Socialdemócrata suizo, al que se concedieron 3 votos. Había, en total, 11 partidos plenamente comunistas, con un total de 29 votos —5 de Rusia y de Alemania, 3 de Ucrania, Finlandia, Austria, Hungría y Polonia y 1 de Armenia, Estonia, Latvia y Lituania, respectivamente—. El Partido Laborista Socialdemócrata noruego, el Partido Socialdemócrata suizo, el Partido Socialista de izquierda sueco y la Federación Socialista Revolucionaria de los Balcanes, recibieron cadr uno 3 votos y el Partido Laboral Socialista norteamericano, como vimos, 5 votos. Finalmente, el Partido Comunista de las colonias alemanas en Rusia y del grupo de nacionalidades orientales de Rusia recibieron respectivamente el derecho a un voto, mientras que se asignaban 5 votos a la organización izquierdista de Zimmerwald, establecida en la Conferencia de Kienthal de 1916. Esta organización provisional de Zimmerwald fue suprimida en el Congreso de Moscú, transfiriéndose sus funciones a la nueva Internacional Comunista.

Además de estos delegados con derecho de voto, el Congreso de

Moscú incluía a un número considerable de personas admitidas como representantes consejeros, sin derecho de voto. Procedían éstos de gran número de países no formalmente representados, incluyendo la Gran Bretaña (J. Fineberg), Francia (Jacques Sadoul), Holanda, Checoslovaquia, Turquía, Persia, Corea y China y había también miembros de los distintos países balcánicos —Bulgaria y Yugoslavia— y de países que habían formado parte del imperio zarista —Adserbeiyán, Georgia, Turquestán— y algunos de Suiza y los Estados Unidos. Además, Angélica Balabanova asistió como secretaria de la Comisión Socialista Internacional de Zimmerwald.

Surgieron dudas entre los delegados en Moscú acerca de si era prudente anunciar en seguida la creación de una nueva Internacional en vista del carácter necesariamente no representativo del Congreso y de la confusa situación dentro de muchos partidos socialistas existentes —por ejemplo, en Francia, Italia, Suiza y los Estados Unidos—. Parecía posible que, en estos partidos, pudiera ganarse una mayoría para el comunismo y que la maquinaria de los partidos existentes cayera en manos comunistas —obviamente una enorme ventaja para el ala revolucionaria del movimiento—. Quedaba planteado, sin embargo, el problema de si el inmediato establecimiento de una Internacional Comunista perjudicaría la oportunidad de esas victorias o si las favorecería positivamente. Los alemanes fueron, en un principio, los principales partidarios de posponerlo, sobre todo porque el Partido Comunista alemán —el Spartakusbund con nuevo nombre— debía tomar en cuenta su posición en relación con el Partido Socialdemócrata Independiente, que era una mezcla de elementos revolucionarios y parlamentarios y poseía un gran número de miembros cuya ayuda era esencial para la creación de un movimiento comunista alemán efectivamente unificado. Los espartaquistas querían dividir el Partido Socialdemócrata Independiente para ganar a una mayoría de sus miembros para el comunismo, prescindiendo de los elementos parlamentarios, y apoderarse de su prensa y de su organiza-, ción central y local. Temían que, si se creaba la nueva Internacional en Alemania únicamente con miembros espartaquistas, el efecto podría ser enajenar a los miembros del Partido Socialdemócrata Independiente y ayudar así a los dirigentes parlamentarios, como Kautsky, a conservar el control. Los rusos, no obstante, estaban decididos a seguir adelante y, con el control del Congreso prácticamente en sus manos, prescindieron de las objeciones presentadas por Albrecht, el principal delegado alemán.

En el llamado emitido desde Moscú en enero, junto con la invitación al Congreso, se había incluido una lista de 39 partidos y grupos que, según se proponía, "participarían en la Tercera Internacional con

plenos derechos", dado que "aceptaban sus puntos de vista íntegramente". Esta lista incluía a 11 partidos comunistas debidamente constituidos (Rusia, Ucrania, Rusia Blanca, Latvia, Estonia, Lituania, Finlandia, Polonia, Hungría, Austria y Holanda), el Spartakusbund alemán, el Partido Socialista "intransigente" de Bulgaria, los partidos socialistas italiano, noruego y rumano, el Partido Socialista de izquierda sueco, el grupo "Pro Lucha de Clases" de Dinamarca, el Partido Laboral Socialista norteamericano, el Partido Socialista británico y el Partido Laboral Socialista en Inglaterra, los socialdemócratas de izquierda en Suiza (todavía no integrados en un partido independiente formalmente constituido), los "elementos revolucionarios" en la socialdemocracia checa, en el Partido Laborista belga, en los partidos socialistas español y portugués y en Irlanda, el ala izquierda del Partido Socialdemócrata servio, los "elementos de izquierda" del Partido Socialista norteamericano, especialmente los escabezados por Eugene Debs, los grupos socialistas del Japón dirigidos por Sen Katayama, los grupos socialistas y sindicalistas franceses "que están de acuerdo con Loriot en cuestiones fundamentales", y también el I.W.W. y el I.W.G.B., así como "los elementos revolucionarios del movimiento de delegados sindicales" en la Gran Bretaña y, finalmente, la Joven Internacional Socialista bajo la dirección de Willi Muenzenberg.

Era ésta una colección bastante heterogénea de grupos "revolucionarios", bastante amplia como para incluir a sindicalistas hostiles a la acción política parlamentaria (excluyendo a los anarquistas), pero al mismo tiempo lo bastante estrecha como para excluir toda referencia a grupos tan importantes como el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, la nueva mayoría de Longuet en Francia y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra. Las exclusiones no dejaban de lado negociaciones con esos grupos, con el objeto de ganar mayorías para el comunismo; pero la lista pretendía reconocer claramente el status comunista de los organismos incluidos, aunque en algunos casos —por ejemplo, en el del Partido Socialista italiano— se pensaba claramente que las mayorías izquierdistas tendrían que expulsar a los elementos de derecha para desempeñar su papel en la promoción de la revolución mundial—. Como veremos, este problema de las expulsiones jugaría un papel muy importante en el problema de la adhesión a la Tercera Internacional de numerosos partidos.

Aunque la decisión de Moscú favoreció el establecimiento inmediato de la nueva Internacional, no se consideró conveniente proceder en seguida a constituirla formalmente. En este aspecto, no se hizo más que dotar a la Internacional Comunista de un Comité Ejecutivo integrado por un representante del Partido Comunista de "cada uno de los países

más importantes", definidos para este fin, en primer lugar, como Rusia, Alemania, Austria, Hungría y Suiza, junto con los países escandinavos y la Federación Balcánica. Este Comité Ejecutivo debería elegir una Oficina integrada por cinco personas y, en espera de la llegada de los representantes de otros países, los comunistas "del país donde tiene su sede el Comité Ejecutivo" (es decir, Rusia) debían atender a los asuntos de la Internacional. Se dio a estos organismos, desde un principio, plenos poderes para actuar: el Ejecutivo redactaría un proyecto completo de Constitución, para someterlo al próximo congreso, para el cual no se fijaba fecha.

Aparte de estas cuestiones de participación y organización, la principal labor del Congreso de Moscú de 1919 era aprobar el texto de un nuevo Manifiesto comunista, que sucedería al de 1848, para ser publicado en el mundo entero como desafío del comunismo internacional al capitalismo y a las escuelas socialistas rivales, sobre todo a los partidos que se habían reunido poco antes en la Conferencia Socialista de Berna. Este Manifiesto fue pronto un documento histórico famoso en todo el mundo; pero, en un principio, hubo muchas dudas respecto a su texto exacto. Fue lanzado el 10 de marzo de 1919, cuatro días después de terminado el Congreso de Moscú y fue firmado por cinco personas —Lenin, Trotsky y Zinoviev, de Rusia; Christian Rakovsky de la Federación Balcánica y Fritz Platten, de Suiza— los mismos cinco que habían firmado la Declaración de participantes en la Conferencia de Zimmerwald presentada al Congreso de Moscú, donde se proclamaba la liquidación de la Unión de Zimmerwald. Los cinco fueron, pues, los primeros patrocinadores públicos de la Tercera Internacional.

Para cualquier estudioso del comunismo que lea hoy el Manifiesto comunista de 1919, lo más notable será la ausencia de toda referencia explícita al papel del Partido Comunista como factor de la revolución en cada país o en relación con la dictadura del proletariado a la que debía dar surgimiento la revolución. Esta omisión se debió principalmente, sin duda, al acento que se puso sobre el carácter esencialmente internacional de la revolución y el papel de la misma Internacional como organismo central de control del proletariado revolucionario. Los partidos comunistas nacionales debían quedar sometidos totalmente a la autoridad de control de la Internacional, que contrastaba en este aspecto con la Segunda Internacional, que había sido una agrupación simplemente federal de partidos nacionales independientes. Es notable, sin embargo, que al dar cuenta de las instituciones de la dictadura proletaria, se subrayara principalmente a los soviets como organismos de masas de los trabajadores revolucionarios y que no se dijera nada de los partidos comunistas, a pesar de las diferencias reales sobre esta cuestión entre

Lenin y Trotsky en el curso de la Revolución bolchevique en Rusia y de la insistencia de Lenin en asignar el primer lugar al partido en la organización del golpe revolucionario.[3] En las palabras del Manifiesto: "Dondequiera que las masas cobren conciencia, se formarán consejos (soviets) de trabajadores, campesinos y soldados" y "mediante estos soviets la clase obrera obtendrá el poder en todos los países, más pronto y más seguramente cuando estos soviets ganen el apoyo de la mayoría de la población trabajadora. A través de estos soviets, la clase trabajadora, una vez alcanzado el poder, controlará todos los campos de la vida económica y cultural, como en la Rusia soviética". No había ningún indicio de que, en algún país, el Partido Comunista, independientemente de los soviets, tuviera que desempeñar un papel especial. Se establecía que: "En el sistema soviético, las organizaciones de masas —y, a través de ellas, las masas mismas—, gobiernan, en la medida en que los consejos o soviets colocan a un número cada vez mayor de trabajadores en la administración del Estado; y, sólo mediante este proceso, la población entera formará gradualmente parte del gobierno. El sistema soviético, además, se construye de un modo directo, como la organización de masas del proletariado, sobre los mismos consejos, los sindicatos revolucionarios, las cooperativas, etcétera... De esta manera, el sistema soviético supone la verdadera democracia proletaria."

En verdad, el único pasaje donde se hacía referencia específica al papel del partido en la próxima revolución hablaba, no de los partidos comunistas en plural, sino del "Partido Comunista Internacional", cuya tarea era derrocar al sistema capitalista para "elevar en su lugar la estructura del orden mundial socialista". Los trabajadores de todos los países eran instados a "unirse bajo la bandera comunista de la Tercera Internacional, en la lucha revolucionaria por el poder y la dictadura del proletariado: ¡Proletarios de todos los países, unios!" Todo el acento recaía, por una parte, en los soviets, que deberían desarrollarse en todas partes como instrumentos directos del poder y la autonomía proletaria y, por otra parte, en la Internacional Comunista, como organismo directivo central y centralizado, primero en realizar la revolución y después en "transformar al mundo entero en una comunidad cooperativa y en crear la verdadera fraternidad humana y la libertad". Las palabras finales del Manifiesto eran: "Viva la República Internacional de los Soviets de Trabajadores."

Así, el Manifiesto estaba redactado en forma de un llamado a la revolución mundial, concebida como un solo gran movimiento que trascendiera las fronteras nacionales. Se sostenía que "el Estado nacional,

3 Véase p. 87.

que recibió un tremendo impulso de la evolución capitalista, se ha vuelto demasiado estrecho para el desarrollo de las fuerzas de producción". Las ilusiones de independencia de las pequeñas naciones bajo el sistema capitalista y. el "carácter hipócrita" del "programa de Wilson" de autodeterminación nacional eran cuestiones sobre las cuales se insistía; y se establecía que: "Sólo la revolución proletaria puede asegurar la existencia de las pequeñas naciones; una revolución que libere las fuerzas productivas de todos los países de las restricciones de los estados nacionales; que una a todos los pueblos en la más estrecha cooperación económica sobre la base de un plan económico universal y capacite a los pueblos pequeños y débiles a desarrollar libre e independientemente su cultura nacional sin detrimento de la economía unida y centralizada de Europa y del mundo entero."

A pesar de la insistencia persistente en la unidad de la revolución mundial y en la necesidad de trascender las limitaciones de la acción puramente nacional, el Manifiesto, cuando se trató de definir el programa concreto del comunismo, no pudo evitar recomendaciones ampliamente nacionales en su contenido o, al menos, directamente relacionadas con la acción que debía tomarse para el establecimiento del nuevo orden en los estados que pasaran al poder proletario. "El poder organizado de la burguesía —se decía—, está en el Estado civil, con su ejército capitalista controlado por oficiales burgueses, su policía y gendarmes, carceleros y jueces, sus sacerdotes, funcionarios de gobierno, etc." La conquista del poder político, se sostenía, "significa, no sólo un cambio en el personal de los ministerios, sino el aniquilamiento de la maquinaria de gobierno del enemigo; el desarme de la burguesía d^ los oficiales contrarrevolucionarios, de la Guardia Blanca; armar al proletariado, a los soldados revolucionarios, a la Guardia Roja de trabajadores; desplazamiento de todos los jueces burgueses y organización de tribunales proletarios; eliminación del control por funcionarios gubernamentales reaccionarios y sustitución de ellos por nuevos órganos de administración del proletariado. La victoria del proletariado consiste en destruir la organización del enemigo y organizar el poder proletario; en la destrucción de la maquinaría burguesa y la construcción de la maquinaria del Estado proletario". Ésta es, por supuesto, la doctrina que ya había expuesto Lenin en su famoso folleto, El Estado y la revolución, escrito poco antes de la Revolución bolchevique. Concibe claramente la sustitución de los estados capitalistas por nuevos estados proletarios, basados en el principio de la dictadura; y, probablemente, esos estados, aunque debieran unirse a su debido tiempo en una "República Internacional de los Trabajadores", tendrían que establecerse, primero, sobre las ruinas de los distintos estados capitalistas.

Del mismo modo, las medidas contempladas en el Manifiesto para 'la expropiación de la burguesía y la socialización de la producción" se planteaban en términos de lo que había que hacer, en primer lugar, país por país o Estado por Estado. Se declaraba que 'la dictadura del proletariado no requiere, de ninguna manera, la división de los medios de producción y cambio; más bien, por el contrario, su objeto es centralizar más las fuerzas de producción y sujetar toda la producción a un plan sistemático". El Manifiesto establecía, "como primeros pasos", la socialización de los grandes bancos, de todos los servicios económicos y empresas comunales controladas por los gobiernos y de 'las unidades de producción sindicadas y reunidas en trusts, así como de otras ramas de la producción donde el grado de concentración y centralización del capital lo haga factible técnicamente"; y, además, la conversión en cooperativas de las grandes propiedades rurales, la abolición de "la explotación del pueblo por terratenientes capitalistas, la transferencia de las grandes mansiones a los soviets locales y el traslado de las familias trabajadoras a las viviendas burguesas". Cuidaba, además, de advertir que no existía la intención de expropiar las pequeñas propiedades ni de desposeer "a los propietarios que no explotan mano de obra". En el terreno de la distribución era cauto y sólo decía que "deben considerarse los siguientes métodos: socialización de los establecimientos de venta al por mayor; ocupación de todo el aparato burgués, estatal y municipal, de distribución; control de las grandes sociedades cooperativas, que tendrán aún un papel importante" y "centralización gradual de todas estas organizaciones y su conversión en una unidad sistemática para la distribución nacional de los productos". Se añadía, como resumen, que "durante esta gran etapa de transición el poder de los soviets debe construir constantemente toda la organización administrativa en una estructura más centralizada, pero, por otra parte, debe colocar un número creciente de elementos obreros en el control inmediato del gobierno".

Así, el Manifiesto reafirmaba plenamente el acento que el Programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata alemán de la preguerra había hecho rehacer sobre la centralización económica y la planificación pública y la distribución centralizadas, afirmando la necesidad de democratizar el nuevo aparato estatal, incluyendo la organización en masa de los trabajadores en las tareas de control y facilitando una participación cada vez mayor en este control por personas pertenecientes a la clase trabajadora. "La tarea de la dictadura proletaria —establecía— puede realizarse sólo en la medida en que el proletariado pueda crear organismos de administración centralizados e instituir el control de los trabajadores." La frase "control de los trabajadores", en relación con esto, no se refiere, obviamente, a las proposiciones de autonomía laboral de los

trabajadores en industrias o establecimientos particulares: significa el control por los trabajadores como clase sobre todo el aparato de la producción. Una de las resoluciones adoptadas por la Conferencia de Berna había declarado que "la verdadera socialización supone el desarrollo metódico en las diversas ramas de la actividad económica bajo el control de la democracia: el apoderamiento arbitrario de algunas empresas por pequeños grupos de trabajadores no es el socialismo; es simplemente capitalismo con numerosos accionistas". Pero esto iba dirigido, no contra los comunistas sino contra los sindicalistas y otros grupos laborales a los que se acusaba de exigir "las minas para los mineros" o de plantear demandas semejantes sobre "todo el producto del trabajo" para grupos particulares de trabajadores. Para los comunistas, no el "pueblo" en general, sino la clase trabajadora era la unidad fundamentalmente importante y el problema era concebido en términos de poder del proletariado como clase.

La dictadura del proletariado, no obstante, se declaraba en el Manifiesto que sería "sólo una institución provisional". "Al acabar con la oposición de la burguesía, al ser expropiada y absorbida gradualmente dentro de los grupos trabajadores, la dictadura del proletariado desaparece, hasta que finalmente el Estado muere y no hay ya distinciones de clase." Y, de nuevo: "El proletariado como la gran mayoría del pueblo, ejerce abiertamente su poder de clase mediante su organización de masas y sus soviets, para borrar los privilegios de la burguesía y asegurar la transición o, más bien, la transformación, en una comunidad comunista sin clases."

En qué sentido, puede preguntarse justamente, es el proletariado "la gran mayoría del pueblo", como aquí se afirma. En verdad, esto no puede ser cierto respecto al proletariado industrial, salvo en poquísimos países, si es que es válido para alguno. En la mayoría de los países una gran proporción de la población está integrada por campesinos o por trabajadores y dependientes de grandes dominios rurales o plantaciones y hay también, generalmente, un núcleo considerable de artesanos independientes y de otros individuos que no son patronos y que ejercen diversos empleos "burocráticos". En los países más adelantados, en un sentido económico, las clases medias y los burócratas constituyen una importante minoría, en su mayoría desconectada del movimiento obrero organizado. En consecuencia, la palabra "proletariado" debe entenderse aquí en un sentido amplio, incluyendo a todos los grupos que están potcncialmente del lado de la clase trabajadora en la lucha de clases —campesinos o, cuando menos, campesinos pobres y trabajadores agrícolas asalariados, la mayoría de los empleados y trabajadores manuales, los artesanos independientes y los asalariados en la industria—. En otra parte

del Manifiesto el proletariado industrial se distingue, específicamente, del proletariado en este sentido amplio:

"El proletariado —se dice— creó una nueva institución que abarca a toda la clase trabajadora, sin distinción de vocación ni madurez política: una forma elástica de organización capaz de renovarse continuamente, extenderse y añadirse elementos siempre nuevos, dispuesta a abrir sus puertas a los grupos de trabajadores de la ciudad y el campo que están cerca del proletariado." La palabra "proletariado" .parece utilizarse aquí para designar, principalmente cuando menos, a los trabajadores industriales, en relación con los cuales se describe a los demás grupos como cercanos o parecidos. El soviet empieza como instrumento de los trabajadores industriales, pero se considera que tiene capacidad de adaptación para responder a las necesidades de toda la población trabajadora. El Manifiesto dice después que "el sistema soviético crea la verdadera democracia proletaria" y añade que "el proletariado industrial[4] es favorecido en este sistema porque es la clase más agresiva, mejor organizada y políticamente más madura, bajo cuya dirección se levantarían gradualmente los semiprolétarios y los pequeños campesinos. Estos privilegios temporales del proletariado industrial deben utilizarse para alejar a los pequeños agricultores del control de los grandes terratenientes y la burguesía, y entrenarlos como auxiliares en la construcción de la estructura comunista". Así, parece que el proletariado viene a ser "la gran mayoría" sólo cuando este proceso de entrenamiento se ha realizado bajo la tutela de los trabajadores industriales. Obsérvese que, en este pasaje, el proletariado industrial, más que el más amplio proletariado del futuro, es descrito como una "clase".

En todo esto hay un empleo algo ambiguo de las palabras; pero las ideas esenciales son bastante claras. Los asalariados industriales organizados forman la punta de lanza del movimiento revolucionario y el total de esos trabajadores constituyen el proletariado propiamente dicho y la base para la creación inicial de los soviets. Pero esta forma elástica de organización muestra pronto su capacidad para servir de vehículo a los agravios y demandas de otros grupos descontentos, en especial de los soldados, que proceden principalmente de la población rural y de los campesinos y trabajadores rurales sin tierras. Así se produce la alianza de los consejos o soviets de trabajadores, campesinos y soldados, que sirve de base al nuevo Estado de los trabajadores; y esta forma de Estado, una vez establecida, puede reunir a otros elementos demasiado atrasados o demasiado divididos para desempeñar un papel constructivo en la Revolución misma. Queda abierta la puerta para diversas opiniones res-

* **Las cursivas son mías.**

pecto a los papeles relativos en la revolución de los trabajadores industriales, los soldados y los campesinos (o de los campesinos "pobres", en oposición a los "ricos") —una cuestión sobre la cual Lenin y Trotsky, por ejemplo, sostenían opiniones divergentes—. No hay duda, sin embargo, de que el papel de los dirigentes ideológicos y de las tropas de choque en la Revolución se asigna principalmente al proletariado industrial. En cuanto a los artesanos y productores industriales en pequeña escala, junto con los pequeños agricultores y el resto de la pequeña burguesía urbana, "serán absorbidos gradualmente por la organización socialista por la fuerza del ejemplo, la demostración práctica de la superioridad del nuevo orden de cosas y las regulaciones por las cuales [ellos] serán liberados de la servidumbre económica al capitalismo usurero y al latifundismo y de las cargas fiscales —especialmente por la anulación de las deudas nacionales".

En qué punto del proceso de transición a la nueva sociedad desaparecerían las fronteras existentes de naciones y estados, no lo aclaraba el Manifiesto. Ni habría podido hacerlo sin más conocimiento profético del curso de la Revolución del que pretendían poseer sus autores. Pero una referencia de pasada a los "países donde las condiciones para una revolución de los trabajadores no están todavía maduras" pone en claro que no se esperaba que la revolución tuviera lugar simultáneamente en todas partes del mundo, aunque en todas funcionarían los mismos procesos para preparar el camino a la revolución. A pesar de las diferencias de tiempo serían esencialmente una sola revolución, porque era cuestión de sustituir un sistema mundial capitalista, que había sido fundamentalmente minado y no podía ser reconstruido para servir de base a un sistema futuro capaz de funcionar.

Esta suposición de que la guerra había minado al capitalismo más allá de toda posibilidad de restauración ocupó un lugar importante en la argumentación general del Manifiesto. Los primeros párrafos, después de recordar el Manifiesto comunista de setenta años atrás y de decir que "la época de la última batalla decisiva vino más tarde de lo que esperaron y desearon los apóstoles de la Revolución social", declaraba inequívocamente que había llegado ya y que la tarea inmediata de los comunistas era "resumir todas las experiencias revolucionarias prácticas de la clase trabajadora, limpiar al movimiento de sus elementos de oportunismo y socialpatriotismo y unir a las fuerzas de todos los partidos proletarios verdaderamente revolucionarios para hacer avanzar y apresurar la plena victoria de la revolución comunista". Venía entonces un párrafo que recordaba las predicciones de la Segunda Internacional respecto a que el capitalismo imperialista arrastraría al mundo a la guerra y, con ella, la amenaza de la Internacional de que la guerra llevaría a

la Revolución, "la venganza del proletariado por los crímenes del militarismo". El Manifiesto acusaba entonces a los "socialpatriotas" alemanes de que, después de hacerse cómplices del Kaiser, se habían unido a los socialistas de los países aliados como "vulgares sicofantes", "en la esperanza de borrar el recuerdo de su propia culpa y de ganarse la buena voluntad de los vencedores". Hacía después un ataque no menos vehemente a la "inolvidable vileza" de los gobernantes de Francia, Inglaterra, Italia y los Estados Unidos, manifestada por las relevaciones referentes a los antecedentes diplomáticos del estallido de la guerra en 1914. "Londres —se decía— quería la guerra", con esperanza de que, además de aplastar a Alemania dejaría a Francia y Rusia tan exhaustas que la Gran Bretaña quedaría con todas las ventajas de la situación; y cuando Alemania demostró ser demasiado poderosa para ser aplastada, "los Estados Unidos asumieron, respecto a Europa, el mismo papel que Inglaterra había desempeñado en guerras anteriores y había tratado de jugar en 1914." Se acusaba a los ingleses de hacer creer deliberadamente a los alemanes que permanecerían fuera de la guerra, esperando evitar que Alemania retrocediera en el momento de crisis.

El Manifiesto procedía después a hacer un vivido recuento de la devastación de Europa, sosteniendo que el efecto había sido reivindicar la discutida doctrina de la "miseria creciente" borrando todas las ganancias aparentes de los trabajadores en el capitalismo en desarrollo y revelando las contradicciones irreconciliables del orden capitalista. Señalaba las experiencias catastróficas que el propio capital financiero había sufrido con la inflación y la "completa deterioración del papel moneda", que "refleja ahora la crisis general del intercambio capitalista de productos". Seguía sosteniendo que el control ejercido previamente en medida cada vez mayor por trusts y monopolios capitalistas había sido sustituido, bajo las exigencias de la guerra, por el control militar de los suministros y la producción. "Todas estas cuestiones básicas de la vida económica mundial no están reguladas ya por la libre competencia, ni por combinaciones de trusts nacionales e internacionales, sino por la aplicación directa de ia fuerza militar. Así como la total subordinación del poder del Estado a los fines del capital financiero ha militarizado, con los asesinatos en masa, no sólo al Estado sino también al capital financiero mismo, éste no puede realizar ya sus funciones esencialmente económicas excepto por medio de la sangre y la ruina."

No obstante, decían los autores del Manifiesto, "los oportunistas que, antes de la guerra, exhortaban a los trabajadores, en nombre de una transición gradual al socialismo, a ser moderados; que, durante la guerra, pedían la sumisión -en nombre de la 'paz civil' y la defensa de la patria, exigen ahora nuevamente a los trabajadores abnegación para superar las

terribles consecuencias de la guerra. Si los trabajadores escucharan estas prédicas, el capitalismo construiría 'sobre los huesos de sucesivas generaciones una estructura nueva y todavía más formidable, que conduciría a una nueva e inevitable guerra mundial. Afortunadamente para la humanidad, esto no es ya posible'."

¿Por qué se consideraba imposible este resultado? La respuesta del Manifiesto no estaba muy clara. Equivalía a decir que "la única cuestión es determinar cuál ha de ser la forma futura de la producción del Estado, el Estado imperialista o el Estado del proletariado victorioso", y a sostener que sólo este último podía "en pocos años curar las heridas abiertas causadas por la guerra y elevar a la humanidad a alturas no soñadas". Venía entonces el pasaje sobre la inadecuación del Estado nacional como entidad económica, la falsedad de la concepción wilsoniana de la autodeterminación nacional y la revolución proletaria como "el único medio de asegurar la existencia de las pequeñas naciones" dentro de "la economía unida y centralizada de Europa y del mundo entero".

El Manifiesto se ocupaba después del problema colonial. Señalaba cómo las potencias imperialistas habían arrastrado forzosamente a sus colonias a la guerra, con la consecuencia de "una serie de rebeliones abiertas y fermentos revolucionarios en todas las colonias". Irlanda, Madagascar, Annam y la India eran citadas como ejemplos notables. El Manifiesto señalaba que "ya en las colonias más avanzadas se desarrolla la batalla, no sólo bajo la bandera de la liberación nacional, sino con un carácter social abierto". Proclamaba que "la liberación de las colonias sólo puede producirse a través de la liberación de las clases trabajadoras de las naciones opresoras" y que "la Europa socialista irá en ayuda de las colonias liberadas con su técnica, su organización, su influencia espiritual, para facilitar la transición al sistema ordenado de la economía socialista".

Todo esto, no obstante, no significa otra cosa que una afirmación no demostrada de la imposibilidad de la reconstrucción capitalista. Los comunistas, en efecto, no consideraban necesario demostrar esta afirmación. Sostenían que su evidencia era parte integrante de la teoría marxista del determinismo histórico y que el triunfo de la Revolución en Rusia era una demostración suficiente de que la "crisis final" del capitalismo había empezado ya. Tenían tanta confianza en que la revolución mundial había empezado ya y no podía ser detenida, que no veían la necesidad de mayor discusión, aparte de la razón definitiva de la insurrección proletaria.

De ahí procedía el Manifiesto a una exposición de la irrealidad de la libertad y la democracia política supuestamente existente en el Estado burgués. "Todo el mundo burgués acusa a los comunistas de destruir

las libertades y la democracia política"; pero, en verdad "el proletariado en el poder [en Rusia] sólo afirma la absoluta imposibilidad de aplicar los métodos de la democracia burguesa y crea las condiciones y formas de una democracia obrera más alta... En el reino de la destrucción, donde no sólo los medios de producción y transporte sino también las instituciones de la democracia política están rotos y sangrantes, el proletariado debe crear sus propias formas, que sirvan sobre todo como un lazo de unidad para la clase trabajadora y que la capaciten para realizar una intervención revolucionaria en el futuro desarrollo de la humanidad". Esta nueva forma es el soviet, un instrumento capaz de abrazar a toda la clase trabajadora.[5] Además, el desarrollo de la conciencia proletaria lleva consigo la desintegración de los grandes ejércitos que el imperialismo ha movilizado. "La guerra imperialista que lanzaba a una nación contra otra ha pasado y se está convirtiendo en la guerra civil que coloca a una clase contra otra." Esta guera civil "es impuesta a las clases trabajadoras por sus archienemigos... se ha convertido en una necesidad ineludible". La tarea de los comunistas no es "conjurarla" sino "disminuir su duración lo más posible, reducir al mínimo el número de víctimas y, sobre todo, asegurar la victoria del proletariado". Esto hace necesario "el desarme de la burguesía... y la formación de*un ejército comunista para proteger el gobierno del proletariado y la inviolabilidad de la estructura social. Tal como el Ejército Rojo de la Rusia soviética que... es inseparable del Estado soviético".

La guerra civil entonces, sostiene el *Manifiesto,* es una parte necesaria de la revolución; y se desprende de ello que se hace necesaria una lucha sin cuartel no sólo contra los "partidos laboristas que se han convertido en órganos serviles del Estado burgués", sino también contra el "confuso, voluble e irresoluto 'centro' socialista, que trata ahora de revivir la Segunda Internacional". Este "centro" incluye a los alemanes independientes (Partido Socialdemócrata Independiente), a la mayoría actual del Partido Socialista en Francia, al grupo menchevique en Rusia, al Partido Laborista Independiente en Inglaterra y a grupos semejantes, que "proponen transacciones y conciliaciones y paralizan, así, la energía del proletariado, prolongando la etapa de crisis y acrecentando, en consecuencia, la desgracia de Europa". "La guerra contra el centro socialista es una condición necesaria de una guerra triunfante contra el imperialismo." "La Tercera Internacional es la Internacional de la acción abierta de masas, de la realización revolucionaria, la *Internacional de los hechos*. La crítica socialista ha estigmatizado bastante el orden universal burgués. La tarea del Partido Comunista internacional es

6 Véase p. 79.

ahora derrocar ese orden y levantar en su lugar la estructura del orden socialista mundial... Proletarios de todos los países, **UNIOS."**

Hasta aquí el *Manifiesto;* como apéndice aparece el programa, la mayor parte del cual ya hemos analizado. Se refiere principalmente a la conquista del poder político, a los métodos de expropiación a la burguesía y de socializar la producción y, en sus últimos párrafos, al "camino de la victoria". Reitera la promesa "de apoyar a los saqueados pueblos coloniales en su lucha contra el imperialismo, para apresurar el colapso final del sistema mundial imperialista", en contraste con la actitud de 'la Internacional Amarilla de los socialpatriotas", y afirma que "la era revolucionaria obliga al proletariado a hacer uso de los medios de combate que concentren todas sus energías —es decir, la acción de masas, con su resultante lógica, el conflicto directo con la maquinaria gubernamental en combate abierto—". Añade que "todos los demás métodos, como el empleo revolucionario del parlamentarismo burgués, no tendrán sino una importancia secundaria".

Este desafío manifiesto, lanzado al mundo en el momento en que los estadistas de los países aliados se reunían en París para formular las condiciones de paz dictadas por ellos mismos y cuando los socialistas parlamentarios de Francia y la Gran Bretaña acababan de reunirse con los socialistas mayoritarios alemanes en una conferencia y habían dado el primer paso hacia el establecimiento de una Internacional definitivamente parlamentaria y reformista, iniciaba una tremenda lucha por el control del movimiento socialista y obrero mundial. Se basaba, como lo demostrarían pronto los acontecimientos, en una subestimación de las facultades de recuperación del capitalismo y en una sobrestimación no menos errónea del potencial revolucionario inmediato de las clases trabajadoras de los países capitalistas occidentales; y, pronto, la nueva Internacional Comunista se vio obligada a reconocer, en la práctica, que había calculado mal en ambos aspectos. El diganóstico fundamental, sin embargo, no se alteró; porque era mucho más fácil para los dirigentes del comunismo admitir que, como Marx y Engels, se habían equivocado al calcular el tiempo de la "crisis definitiva" del capitalismo mundial y, con ello, el de la revolución mundial, que aceptar la idea de que ninguno de estos grandes acontecimientos eran científicamente predecible como una seguridad, destinada a producirse necesariamente en un futuro próximo. En toda la etapa entre las dos guerras, la *enfermedad* del capitalismo mundial —la inestabilidad económica y monetaria de los años veinte, seguida por la depresión y el desempleo de los treintas en todos los países capitalistas— parecía garantizar la creencia de que era impracticable la reconstrucción estable del viejo orden y que el capitalismo había llegado a los límites de su desarrollo potencial y serían cada

vez menos capaces de recuperarse de cada crisis cíclica, especialmente ante el creciente descontento en las colonias y dependencias de los principales países, el nacionalismo en China y la India, así como en América Latina, y la creciente fuerza del sindicalismo y los movimientos obreros en general, en comparación con las condiciones anteriores a 1914. El surgimiento del fascismo, primero en Italia y después en Alemania, habría podido conmover esta confianza en la inevitabilidad del socialismo como sucesor del capitalismo en decadencia; pero los comunistas, para su propia satisfacción, explicaban simplemente el fascismo como el "ultimo golpe" del capitalismo en decadencia y advertían que carecía de medios para resolver cualquiera de las contradicciones fundamentales del sistema capitalista-imperialista. La creencia en el desplome necesario del capitalismo por sus crecientes contradicciones y en la necesidad de que el socialismo lo sucediera eran elementos demasiado fundamentales de la doctrina marxista para ponerlos en duda, aun cuando se había hecho claramente necesario admitir que la "crisis definitiva" podría tomar mucho tiempo en madurar y que, mientras tanto, los rusos no tenían más alternativa que tratar de construir el "socialismo en un solo país", a pesar de la seguridad que la mayoría de ellos había experimentado en un principio de que semejante tarea estaba por encima de sus fuerzas.

En 1919 los rusos, cuando menos, no abrigaban dudas de que el capitalismo estaba destinado a un rápido desplome y que la revolución mundial estaba en camino; y su confianza era compartida por muchos de sus partidarios en otros países —sobre todo en el sur y el este de Europa—. En Alemania, como vimos,[8] había más dudas, aun entre los mismos comunistas y más todavía entre los miembros izquierdistas del Partido Socialdemócrata Independiente; y, en Francia, y mucho más en Inglaterra y los Estados Unidos, pocos, aun entre los partidarios del comunismo, creían seriamente —en todo caso, por mucho tiempo— en su capacidad para realizar rápidamente una revolución comunista o siquiera para derrocar al régimen capitalista. En esos países, no obstante, los comunistas —que conocían perfectamente bien su impotencia, por el momento, para realizar la revolución y la inutilidad de tratar de actuar de acuerdo con los preceptos de la Tercera Internacional acerca de la insurrección armada— no abandonaban, por este conocimiento, su fe en el comunismo ni su creencia en que la revolución mundial debía producirse a su debido tiempo. Su conocimiento de las condiciones de sus respectivos países sólo los inducía a poner por encima de todo el deber de defender a la Revolución rusa contra sus enemigos, para esperar el

* **Véanse pp. 127-8.**

día en que fuera posible actuar de acuerdo con los preceptos de Moscú y, mientras tanto, hacer lo posible por trastornar y debilitar el orden capitalista y minar la confianza de los trabajadores en sus líderes reformistas y en los "indecisos" que trataban de sostener una posición centrista, reuniendo a reformistas y revolucionarios en una Internacional amplia.

Esta hostilidad comunista a los centristas fue en efecto, en la práctica, la clave del Congreso de Moscú de 1919. Los dirigentes comunistas tenían plena conciencia de que la revolución que planeaban no podía producirse sin apoyo en masa de la clase trabajadora y que era indispensable atraer a la mayoría de aquellos que, por entonces, seguían las directivas de "indecisos" como Longuet en Francia, Friedrich Ádler en Austria, Serrati en Italia, el Partido Laborista Independiente en Inglaterra y el Partido Socialista en los Estados Unidos. Pero también sabían que estos dirigentes centristas estaban en su mayoría separados de ellos por un insalvable abismo doctrinal. La mayoría eran definitivamente parlamentarios, hasta el punto de creer que la acción parlamentaria podía y debía ser utilizada para los fines de una reforma socialista constructiva y no simplemente como plataforma de propaganda revolucionaria. La mayoría dé ellos, aunque favorecieran los soviets y no excluyeran la posible necesidad de acción revolucionaria, rechazaban la idea de una guerra civil como camino necesario hacia el socialismo en países con instituciones de democracia parlamentaria y repudiaban la opinión de que la democracia burguesa podía eliminarse como una simple ficción —una fachada tras la cual los grandes capitalistas imperialistas estaban seguros de hacer lo que se les antojara—. Casi todos, aunque se consideraran a sí mismos buenos internacionalistas, creían en el Estado nacional como el instrumento necesario del gobierno popular y eran partidarios del desarrollo, a través de una Sociedad de Naciones, de medios pacíficos para resolver las disputas internacionales. En su mayoría compartían la concepción wilsoniana de la autodeterminación nacional y querían que se aplicara más ampliamente, en las regiones coloniales lo mismo que en Europa. Finalmente, casi todos retrocedían espantados ante el llamado a una guerra civil universal como el camino necesario hacia el socialismo y eran, si no pacifistas absolutos, al menos contrarios a la idea de la guerra en cualquiera de sus formas.

En consecuencia, los comunistas no esperaban poder convertir a la mayoría de los dirigentes centristas a la filosofía de la acción proclamada en el *Manifiesto* de Moscú y la tarea, tal como la concebían, era separar a la mayoría de los trabajadores que seguían a las directivas centristas de sus mal orientados o confusos dirigentes y atraerlos decisivamente al bando comunista. Por supuesto, los comunistas esperaban ganarse tam-

bien a muchos trabajadores que seguían, no la orientación centrista, sino la de derecha; pero los grupos centristas ofrecían por el momento el más susceptible blanco de ataque. Pareció conveniente, pues, hacer el ataque más violento, no contra los reformistas decididos, sino contra los "conciliadores" que trataban de sostener una posición intermedia; y éstos se vieron sometidos a una campaña de ataques violentos del Comintern y de los partidarios de los comunistas en sus propios partidos y grupos. Lo mismo que Lenin había atacado violentamente a los "conciliadores" que habían tratado, antes de la Revolución bolchevique, de salvar las diferencias entre las facciones bolchevique y menchevique de la socialdemocracia rusa, ahora el Comintern mostraba la más inveterada hostilidad por la "pretendida izquierda" que no seguía el camino trazado. El Comintern, no obstante, no dejó ver en seguida sus intenciones; porque uno de sus objetivos inmediatos importantes era asegurar la adhesión de los partidos socialistas que se habían negado a participar en la Conferencia de Berna o que, aunque hubieran participado en ella, contuvieran numerosos elementos hostiles a su condenación de la idea de dictadura y a su enfática adhesión a la causa de la democracia parlamentaria. Entre estos partidos descontentos los más importantes eran el francés, el italiano, el noruego, el suizo, el austríaco, el español y el norteamericano y también, en Inglaterra, el Partido Laborista Independiente. El Congreso de Moscú fue seguido, de inmediato, por una intensa campaña para asegurar el apoyo mayoritario de estos partidos y por esfuerzos destinados a constituir partidos comunistas en países donde no existían todavía. La primera respuesta favorable vino de los italianos, cuyo ejecutivo votó, en marzo de 1919, por 10 votos contra 3, en favor de participar en la Tercera Internacional. El primer obstáculo se produjo al año siguiente, cuando la Conferencia de Pascua del Partido Socialista francés siguió la orientación del grupo Longuet, votando en favor de permanecer dentro de la Internacional de Berna, pero de laborar por una sola Internacional unida, que incluyera a los comunistas lo mismo que a la derecha y centro. Los votos en favor de este camino fueron 894, mientras 757 votaron por una adhesión sin reservas a la Internacional de Berna y sólo 270 por la afiliación a la Tercera.

Entonces, en mayo, el Partido Laborista noruego votó en favor de participar en la Internacional de Moscú y los socialistas "intransigentes" de Bulgaria, que ya formaban parte de ella, cambiaron su nombre por el de Partido Comunista. En junio, el Partido Laboral Socialista griego abandonó la Internacional de Berna y decidió dar los pasos necesarios para adherirse a la Tercera Internacional; y, en el mismo mes, los socialdemócratas húngaros se unieron a los comunistas húngaros y se

afiliaron a la Tercera Internacional. Además, el Partido Socialista de izquierda sueco y la izquierda socialdemócrata holandesa adoptaron el nombre de Partido Comunista. En agosto, la Conferencia del Partido Socialdemócrata suizo votó por gran mayoría en favor de la Tercera Internacional, pero sometió su adhesión a un referéndum de todos los miembros. El resultado, declarado en septiembre, mostró una sustancial mayoría en contra de la participación en la Internacional Comunista. Mientras tanto, en agosto, a la caída del gobierno soviético de Béla Kun, los socialdemócratas húngaros se habían separado de los comunistas para afiliarse de nuevo al organismo de Berna. En octubre, el Partido Socialista norteamericano decidió hacer un referéndum sobre la afiliación a Moscú y, mientras tanto, permanecer fuera de la Internacional. En enero de 1920 se anunció que la votación del referéndum había sido favorable a la Tercera. Además, en octubre de 1919, los socialistas austríacos, insatisfechos con ambas Internacionales, decidieron enviar delegados al Congreso de Ginebra convocado por el Comité designado en Berna; y un referéndum del Partido Socialista británico resultó en una aplastante mayoría en favor de la Internacional de Moscú. La Unión Sindicalista Italiana también se afilió a Moscú en ese mes. En diciembre, la Confederación General del Trabajo española entró en la Tercera Internacional, mientras que el Partido Socialista español, por una pequeña mayoría, rechazó la afiliación a Moscú en favor de una resolución que pedía la purificación de la Internacional de Berna y la unión entre ésta y la Tercera Internacional. Ese mismo mes, los independientes alemanes (U.S.P.D.), tras un gran debate, rechazaron a la Internacional de Berna y decidieron cratar de ejercer acción común con otros partidos revolucionarios, con vista a la formación de una Internacional unificada, que incluyera a los comunistas.

Así, a fines de 1919, la Internacional Comunista pareció haber ganado la lealtad del Partido Socialista italiano, de los socialistas de izquierda suecos, del Partido Laborista noruego y del Partido Socialista británico, pero perdiendo a los suizos y a los socialdemócratas húngaros y sin poder ganarse a los socialistas franceses y austríacos. La posición del U.S.P. alemán, del Partido Socialista norteamericano y del Partido Socialista español, así como la de algunos otros, permanecía dudosa. Los checos, el Partido Laborista Independiente de Inglaterra y algunos otros partidos estaban muy divididos. El Partido Laborista británico, los socialistas mayoritarios alemanes, el Partido Laborista belga y los partidos mayoritarios sueco, danés y holandés formaban un sólido bloque de partidarios de la Internacional reformista, que el Comité de Berna se preparaba a dotar de una constitución formal en un Congreso que debía realizarse en Ginebra, en febrero de 1920. En diciembre, no obstante,

se decidió posponer el Congreso de Ginebra hasta junio de 1920, para dar más tiempo a los partidos indecisos para determinar su política.

Mientras tanto, la Comisión Permanente establecida en la Conferencia de Berna había sostenido cuatro reuniones, la primera en Berna, en febrero de 1919, inmediatamente después del pleno de la Conferencia, la segunda en Amsterdam en abril, la tercera en Lucerna en agosto, y la cuarta en Londres, en diciembre de 1919. La primera de estas reuniones designó una delegación para presentar las resoluciones de Berna a la Conferencia de Paz de París y estableció el Comité de Acción al que ya nos referimos.[7] La segunda, a la que asistieron delegados de 17 países, incluyendo a Bélgica, se ocupó principalmente de aprobar numerosas resoluciones referentes a las cuestiones territoriales y nacionales que la Conferencia de Berna no había podido analizar en detalle. Reiteró y amplió, además, las conclusiones de Berna respecto a la estructura de la propuesta Sociedad de Naciones y envió su Comité de Acción a París, para entrevistar a los "cuatro grandes" y protestar contra el curso tomado por la Conferencia de Paz en numerosas cuestiones; y decidió convocar al Congreso constituyente de la nueva Internacional Socialista en Ginebra, en febrero de 1920 e instruyó al Comité de Acción para que preparara proyectos de estatutos. Esto sucedió antes que las condiciones aliadas de paz fueran entregadas a los alemanes en mayo: cuando éstas se dieron a conocer, el Comité de Acción publicó un manifiesto de inmediato, criticándolas en detalle y declarando abiertamente que "esta paz no es nuestra paz".

En Lucerna, en agosto, la Comisión Permanente, representante de 19 países, siguió a este manifiesto con una crítica detallada de las condiciones de paz, en la que estuvieron de acuerdo, en general, los dos grupos principales —es decir, el grupo mayoritario germano-británico y la minoría que había seguido, en Berna, la actitud Adler-Longuet—. Estos dos grupos, no obstante, estaban más agudamente divididos que nunca en la cuestión de la nueva Internacional Socialista y acerca de la actitud que debían tomar respecto a la Rusia soviética y el movimiento comunista en general. La minoría quería aún, a pesar de los términos del *Manifiesto* del Congreso de Moscú, trabajar por la creación de una Internacional amplia y abstenerse de la condenación abierta al régimen comunista ruso. La mayoría, no menos que la minoría, estaba dispuesta a condenar la intervención aliada en Rusia; pero insistía en su oposición absoluta a todas las formas dictatoriales, mientras que la minoría quería que el próximo Congreso de Ginebra considerara, sin prejuicios, "las cuestiones generales de la táctica socialista, el valor respectivo

7 Véase p. 268.

de la democracia y la dictadura y las relaciones entre la organización política y económica de las clases trabajadoras", e insistía en que "sólo sobre la sólida base de los principios permanentes de la Internacional —es decir, la lucha de clases realizada sin transacciones con los partidos burgueses"— podía establecerse, entre todos los socialistas del mundo, un entendimiento capaz de dar verdaderos frutos.

La reunión de Lucerna aprobó también el proyecto de estatutos redactado por el Comité de Acción para ser sometido al Congreso de Ginebra y el proyecto de agenda para éste y decidió convocar simultáneamente una Conferencia Internacional de miembros laboristas y socialistas de los parlamentos, semejante a la que había existido cuando la Internacional de preguerra. La reunión de Londres en diciembre se ocupó principalmente de la cuestión de posponer el Congreso de Ginebra que, como vimos, fue cambiado de febrero a fines de julio de 1920.

Cuando el Congreso de Ginebra se reunió, la base de la nueva Internacional proyectada se había limitado mucho desde la reunión de Bema. El Partido Socialista francés había decidido, en febrero de 1920, por una votación enorme, abandonar el organismo de Berna-Ginebra y tratar de construir una Internacional revolucionaria con base amplia, rechazando la afiliación inmediata a Moscú por una mayoría de casi dos a uno. Los independientes alemanes se decidieron también en contra de Ginebra; y varios partidos que enviaron delegados, incluyendo a los austríacos y los españoles, habían anunciado su gran descontento con la base sobre la cual se había convocado el Congreso de Ginebra. En efecto, el Congreso de Ginebra era, en gran medida, cuestión de la mayoría germano-británica, apoyada por los belgas, suecos, daneses y algunos partidos y grupos menores, pero evidentemente lejos de servir de fundamento adecuado para una Internacional efectiva. Casi tanto como Moscú dominaba la Tercera Internacional, Inglaterra y la mayoría alemana dominaban a la rival. No obstante, los promotores prosiguieron con sus planes y, cuando el Congreso llegó a reunirse, aprobaron una serie de resoluciones que encerraban inequívocamente la filosofía reformista del ala derecha socialista, sin concesiones al comunismo ni a la dictadura, aunque no sin un intento de apelar a los grupos intermedios más cercanos a ellos en los puntos claves del parlamentarismo y una interpretación gradualista de la doctrina socialista.

La resolución de Ginebra sobre "el sistema político del socialismo" trata tan claramente este punto que merece ser citada en toda su extensión. Su punto de vista fundamental es la plena aceptación de la democracia parlamentaria como institución básica de una sociedad socialista, y el pleno rechazo de toda clase de dictadura. Aunque aprueba,

con ciertas condiciones, la idea de que una especie de Consejo Laboral Nacional, representativo de los diversos oficios y profesiones, "podría ser deseable", expresa que semejante organismo no debe ser más que consejero o, cuando más, dotado por el Parlamento de facultades subordinadas y delegadas. Insiste más de una vez —siguiendo la línea del manifiesto del Partido Laborista inglés sobre *Labour and the New Social Order*— en la participación esencial de los trabajadores "manuales e intelectuales", y define el término "trabajadores" en forma que incluya "no sólo a los asalariados que ejecutan trabajos manuales, sino también a los trabajadores intelectuales de todas clases, a los artesanos independientes y a los agricultores; en una palabra, a todos los que cooperan con sus esfuerzos a la producción de bienes de cualquier clase"; definición lo bastante amplia como para abarcar no sólo a los trabajadores profesionales sino inclusive a los patronos y administradores que participan activamente en la producción, en el sentido más amplio.

He aquí, pues, el texto de la resolución:

> La desintegración progresiva del sistema capitalista, que se ha ido produciendo en forma creciente en los años de la guerra, y en los años de paz que han seguido a la guerra, hace todavía más urgente que los trabajadores asuman el poder en la sociedad. En el término "trabajadores" incluimos no sólo a los asalariados que ejecutan trabajos manuales, sino también a los trabajadores intelectuales de todas clases, a los artesanos independientes y a los agricultores; en una palabra, a todos los que cooperan con sus esfuerzos a la producción de bienes de cualquier clase.
>
> 1) Es condición esencial para que los trabajadores tomen el poder que sus filas estén suficientemente unidas y que sepan cómo utilizar el poder en sus manos.
>
> *2)* Entretanto, el Congreso repudia los métodos de violencia y el terrorismo y reconoce que el objetivo no puede lograrse sin que los trabajadores utilicen su poder laboral y político; y la acción directa en algunos conflictos decisivos no puede abandonarse enteramente. Al mismo tiempo, el Congreso considera que cualquier tendencia a convertir automáticamente una huelga laboral en la revolución política debe ser vigorosamente condenada.
>
> 3) La comunidad socialista puede surgir sólo cuando los trabajadores conquisten el poder político. La labor principal de un gobierno de los trabajadores será adoptar, como base fundamental de su legislación y administración, la democracia y el socialismo.
>
> El socialismo no basará su organización política en la dictadura. No puede tratar de suprimir la democracia: su misión

histórica, por el contrario, es realizar la democracia. Todos los esfuerzos de los trabajadores, sus actividades sindicales y cooperativas, así como su acción en el terreno político, tienden constantemente hacia el establecimiento de instituciones democráticas más y más adaptadas a las necesidades de la sociedad industrial, perfeccionadas cada vez más y de mayor valor social.

Son hoy las fuerzas del trabajo las que, principalmente, aseguran el mantenimiento de la democracia. Los socialistas no permitirán minorías facciosas, que se aprovechen de sus posiciones privilegiadas para anular la libertad popular. Inspirados por las grandes tradiciones de pasadas revoluciones, los socialistas estarán dispuestos, sin debilidades, a resistir tales ataques.

4) El sufragio para un Parlamento socialista debe ser universal, aplicándose con absoluta igualdad a ambos sexos, sin exclusiones por razones de raza, religión, ocupación u opiniones políticas. La función suprema del Parlamento es representar todas las aspiraciones y deseos populares desde el punto de vista de la comunidad como un todo. Atenderá a la defensa contra la agresión, de fuera o de dentro. Se ocupará de la propiedad y de las finanzas de la comunidad.

Hará las leyes y administrará los negocios públicos. Los ministros encargados de los distintos departamentos serán escogidos entre sus miembros; y el gobierno de la nación será su Comité Ejecutivo.

Pero será libre para delegar facultades y deberes especiales a cualesquiera de los organismos de la comunidad mencionados más adelante, para asegurar la mayor participación posible de aquellos dedicados personalmente a cada rama de la vida social. Tocará al Parlamento salvaguardar no sólo los intereses del público general de consumidores, cuya representación en oficinas y consejos especiales establecerá, sino también los intereses de la comunidad en general, en futuras generaciones.

5) Tocará al Parlamento determinar las líneas generales de la política social y hacer las leyes; decidirá a qué industrias y servicios deberá aplicarse el principio de socialización y en qué condiciones; ejercerá el control financiero supremo y decidirá la colocación de nuevos capitales. En último término, ejercerá la facultad de fijar los precios.

6) En el desarrollo y expansión de la vida productiva de la comunidad, una gran participación corresponderá a las diversas organizaciones formadas de acuerdo con las ocupaciones productivas a las que se dediquen las personas en plenas facultades. Así

se establecerá de la manera después descrita la participación, en la administración de cada industria o servicio, de representantes de las diferentes clases de trabajadores, manuales o intelectuales, dedicados a esa industria o servicio en particular. Al mismo tiempo, cada vocación, de trabajadores manuales o intelectuales, desea reglamentar las condiciones de su vida vocacional, cualesquiera que sean las industrias o servicios en los que sus miembros se encuentren dispersos. Cada vocación podrá, pues, agruparse en una asociación profesional a la que el Parlamento podrá confiar funciones de reglamentación, investigación o educación profesional.

7) Las organizaciones en que se agruparán los trabajadores dedicados a las diversas industrias y servicios, ya sean sindicatos o asociaciones profesionales, podrán ser la base de otro organismo de la vida social y económica.

Además del Parlamento puede ser conveniente la existencia de un Consejo Laboral Nacional, integrado por representantes de las diversas organizaciones de oficios y profesiones en las que puedan agruparse voluntariamente las personas pertenecientes a cada ocupación. Este Consejo Laboral Nacional será libre de discutir y criticar, investigar y sugerir y presentar al Parlamento los informes que considere. El Parlamento podrá, cada cierto tiempo, delegar en el Consejo Laboral Nacional la decisión de medidas aplicables a la industria en general o de reglamentaciones que deban hacerse bajo la autoridad del Estado.

La otra resolución importante adoptada por el Congreso de Ginebra se refería a la socialización. Empezaba con una declaración general en favor de la "propiedad y control por la comunidad" de todas las industrias y servicios esenciales a la satisfacción de las necesidades populares y se declaraba después en favor de "la transformación de la servidumbre económica de las grandes masas de productores, bajo la propiedad privada, en una participación general en la administración a través de las personas dedicadas al trabajo". Esta socialización general, no obstante, no debía producirse de inmediato sino por etapas. "La socialización procederá, paso por paso, de una industria a otra, de acuerdo con lo que permitan las circunstancias en cada país. A pesar de que la empresa privada de lucro es objetable para los socialistas, se abstendrán de destruirla en una industria hasta que estén en posición de sustituirla por una forma de organización más eficiente. Este proceso gradual de socialización excluye, en general, la expropiación de la propiedad privada sin compensación; no sólo porque sería injusto hacer sufrir a

determinados individuos, sino también porque un proceso de confiscación afectaría a la empresa capitalista en industrias donde la socialización no sería inmediatamente factible. Los fondos necesarios para la compensación se derivarán de los impuestos a la propiedad privada, incluyendo los tributos sobre el capital, el impuesto sobre la renta y sobre la herencia y la limitación de la herencia en beneficio del Estado."

La socialización toma entonces tres formas principales: nacional, municipal y cooperativa. La tierra se nacionalizará, disponiendo la seguridad de los agricultores, en todas partes. Otras industrias de suprema importancia nacional, como el transporte, la energía eléctrica y las minas también deberán ser propiedad nacional; pero otras muchas industrias deberán pasar a manos de las autoridades oficiales locales, o de una federación de autoridades locales, mientras que la producción y distribución de suministros para el hogar deberá confiarse principalmente a las sociedades cooperativas de consumo. Las industrias que queden, momentáneamente, en manos privadas serán sujetas al control público, incluyendo la fijación de precios y de condiciones mínimas de trabajo.

La resolución declara después que la adopción del principio de socialización no debe excluir el cultivo individual ni las actividades independientes de artesanos o profesionales, "suponiendo que no exploten el trabajo de otras personas". "Por otra parte, el principio de socialización sí excluye que individuos o asociaciones de personas de cualquier clase detenten la propiedad de recursos naturales o de instrumentos de producción en las industrias primarias en gran escala, y excluye igualmente la dictadura de cualquier persona o grupo sobre la industria a la que se dediquen". Esto es, claramente, una referencia al sindicalismo. Se añade que "es función de la comunidad como un todo ejercer el control sobre los precios de las mercancías y suministrar el capital nuevo o adicional necesario, cada cierto tiempo, para las industrias socializadas".

La resolución se extiende luego acerca de la "administración de las industrias socializadas". Subraya la diferencia vital entre el "control" que "se ejercerá por la asamblea nacional de elección popular" y la "administración" que "debe ser totalmente separada y distinta de los órganos del gobierno político". Sujeta a variaciones de una industria a otra, sugiere como tipo general de administración para cada industria nacional un consejo compuesto por tres elementos: representantes de los trabajadores, de la administración —incluyendo a los técnicos— y de los consumidores y la comunidad como un todo, con consejos distritales semejantes cuando se necesiten y con comités funcionando en los distintos establecimientos. Afirma entonces que, para los fines del contrato colectivo, deberá funcionar un mecanismo especial de consejos

que representen a la administración por una parte y a los sindicatos o asociaciones profesionales por otra y que el derecho a la huelga debe mantenerse aunque, cuando la explotación capitalista haya sido eliminada, "es de esperarse que la opinión pública de la comunidad en general se aceptará como decisiva".

Finalmente, para el gran número de industrias y servicios que se colocarán bajo el control de autoridades locales, la administración ejercida por estas autoridades, "con participación en la administración de sus propios servicios de representantes de los trabajadores manuales e intelectuales y con disposiciones definidas sobre el contrato colectivo", se plantea como la solución correcta.

Esta resolución muy específica estaba destinada, al mismo tiempo que repudiaba el sindicalismo y mantenía plenamente el principio general de control democrático parlamentario y municipal, a hacer concesiones a los numerosos y activos partidarios de las diversas formas de "control ejercido por los trabajadores", desde los socialistas gremiales de Inglaterra a los partidarios franceses de *la nationalisation industrialisée* y a los partidarios alemanes del *Mitbestimmungsrecht,* así como a los reformistas laborales norteamericanos y a los autores del "Plan Plumb". La aceptación de estas disposiciones es una prueba de la medida en que inclusive los socialistas de derecha sentían la presión de los diversos partidarios de las distintas formas de autonomía laboral —una presión que fue en particular fuerte en la etapa inmediatamente posterior a la guerra—. Cuando la presión perdió casi toda su fuerza como consecuencia del derrumbe de la posguerra, la mayoría de los socialistas parlamentarios se mostraron pronto dispuestos a disminuir estas concesiones y hasta a rechazarlas del todo; pero en 1920 se mostraban muy ansiosos de contemporizar con los partidarios del socialismo gremial y otros movimientos similares no sospechosos de simpatías comunistas. Los comunistas, por su parte, no estaban dispuestos a hacer concesiones semejantes: cortejaban a los sindicalistas revolucionarios y a los miembros de la I.W.W. porque eran revolucionarios, pero insistían en que el "control legítimo de los trabajadores" era el control del proletariado *como clase,* y no mostraban simpatía por las pretensiones de autonomía laboral de los trabajadores en industrias o establecimientos particulares.

Sobre la base de estas resoluciones el Congreso de Ginebra estableció una Internacional decididamente reformista sobre la estrecha base de los partidos dispuestos no sólo a repudiar al comunismo sino también a renunciar a toda esperanza de un movimiento obrero unificado. De los 17 países representados en Ginebra, 5 habían enviado sólo observadores sin autoridad para comprometer a sus partidos; y, en la

mayoría de los casos, las delegaciones no podían pretender representar movimientos nacionales unidos. En efecto, la Internacional de Ginebra estaba constituida por el Partido Laborista británico, los socialistas mayoritarios alemanes, los belgas, la mayoría sueca, la mayoría holandesa, los daneses y otros grupos dispersos. La sede se situó en Londres y, en efecto, el Partido Laborista británico se encargó de sus asuntos.

Mucho antes de que el Congreso de Ginebra estableciera formalmente la Internacional Socialista, los sindicatos habían establecido una Federación propia para sustituir a la desorganizada Secretaría Sindical Internacional de la preguerra. Hubo muchos estira y afloja antes de lograr esto y se hicieron diversos intentos, existiendo la misma reserva por parte de algunos de los movimientos de los países aliados para reunirse con delegados alemanes en términos igualitarios. La Secretaría Internacional, de la que era secretario Karl Legien, con sede en Alemania, había dejado de funcionar prácticamente después del estallido de la guerra. A principios de julio de 1916, una Conferencia Sindical Aliada se celebró en Leeds, con delegados de Inglaterra, Francia, Bélgica e Italia. Esta Conferencia rechazó una proposición de Samuel Gompers, de la Federación Norteamericana del Trabajo, de que se realizara simultáneamente a la Conferencia de Paz una Conferencia Sindical Internacional, basando el rechazo en la falta de disposición para reunirse tan pronto con los alemanes en condiciones amistosas. En Leeds, los delegados adoptaron una resolución, promovida por Léon Jouhaux de la C.G.T. francesa, pidiendo la inclusión en el tratado de paz de cláusulas especiales que protegieran los derechos de los trabajadores y se refieran a cuestiones tales como los derechos de asociación y migración, seguro social y reglamentación de las horas y condiciones de trabajo y de higiene laboral.

La Conferencia de Leeds puso a Legien en acción y, en octubre de 1916, lanzó desde la Secretaría Internacional un llamado a una Conferencia Sindical General que debería sostenerse en Berna, en diciembre. Cuando los sindicatos escandinavos la objetaron como prematura, Legien canceló la propuesta reunión, pero acordó con los sindicatos suizos que éstos harían una invitación semejante para una Conferencia que se realizaría al año siguiente. Mientras proseguían las negociaciones respecto a este proyecto, se hizo la convocatoria para una Conferencia Socialista Internacional en Estocolmo y se propuso que la reunión sindical se trasladara de Berna a Estocolmo. Los suizos se negaron a aceptarlo y los sindicatos holandeses, como sección de la Secretaría de preguerra de la Internacional, lanzaron su propia convocatoria para una Conferencia que debería celebrarse en Estocolmo, en junio de 1917. Esta Conferencia se efectuó, pero asistieron sólo delegados de Holanda,

los países escandinavos, Finlandia, Alemania, Austria, Hungría y Bulgaria. Los sindicatos suizos y belgas se negaron a participar; los franceses e ingleses no respondieron y la Federación Norteamericana del Trabajo, aunque había sido la primera en proponer una reunión internacional, rechazó ahora la invitación por prematura. Reconociendo su integración inadecuada, la Conferencia de Estocolmo limitó sus actividades a invitar a los sindicatos suizos a hacer otro intento. Los suizos convocaron entonces a una Conferencia Sindical Internacional para efectuarse en Berna, en octubre de 1917.

También ésta fue un fracaso: los suizos y checos fueron los únicos nuevos miembros, al negarse el gobierno francés a dar los pasaportes a los enviados franceses, que habían intentado mandar representantes. Los ingleses, belgas y norteamericanos se negaron nuevamente a asistir. Jouhaux envió un mensaje desde Francia, solicitando que la sede de la Secretaría Sindical Internacional se trasladara de Alemania a un país neutral; pero Legien se opuso enérgicamente a ello, porque constituía en efecto "un voto de censura para Alemania". En vista de su oposición, la proposición no se llevó a efecto; pero se dio autoridad a los holandeses para que actuaran por el momento como intermediarios en las relaciones internacionales. Por lo demás, la Conferencia de Berna adoptó casi todas las demandas suscritas por la conferencia de los aliados en Leeds el año anterior y añadió demandas de que los representantes sindicales fueran admitidos a participar en la redacción de las cláusulas económicas y sociales del tratado de paz y que el movimiento sindical internacional fuera reconocido por los gobiernos como vocero de los trabajadores en cuestiones de legislación laboral internacional.

El siguiente paso hacia el restablecimiento de la Internacional sindical fue la participación de los sindicatos, junto con los partidos laboristas y socialistas, en la Conferencia Laborista y Socialista de Berna, de febrero de 1919, donde los delegados sindicales sostuvieron distintas sesiones y redactaron un proyecto de Carta Internacional del Trabajo para ser incorporada al tratado de paz. Pero la Federación Norteamericana del Trabajo, que promovía independientemente la misma idea, se negó a asistir a la reunión de Berna o a la Conferencia Sindical Internacional que los holandeses trataban de reunir nuevamente, esta vez en Amsterdam. En lugar de ello, Gompers pidió una conferencia puramente aliada, que de hecho no se realizó nunca porque sólo se presentaron el día fijado delegados franceses y norteamericanos. La Conferencia de Berna, sin embargo, rompió el hielo; y, en julio de 1919, se efectuó en Amsterdam una Conferencia Sindical General, precedida de una conferencia preliminar solicitada por los sindicatos belgas con el fin de "arreglar cuentas" con los alemanes. Esta conferencia dio

lugar a la Federación Internacional Sindical, conocida después como la "Internacional de Amsterdam". Estas reuniones, que representaban a la mayoría de los movimientos sindicales importantes de la Europa occidental y a la Federación Norteamericana del Trabajo, se abrieron con violentas recriminaciones contra los alemanes por parte de Camille Mertens de Bélgica y de Gompers, a las que se puso fin con la aceptación de la resolución "Sassenbach", en la que los alemanes admitían que Alemania había sido la agresora en la guerra y expresaban su pesar por los daños hechos a Bélgica, pero echaban la culpa de la decepción practicada sobre los trabajadores al gobierno imperial alemán. Los alemanes aceptaron esta resolución con grandes dificultades, mostrándose primero de acuerdo, retirando después su acuerdo y suscribiéndolo de nuevo finalmente, cuando comprendieron que sería imposible establecer la nueva Internacional sindical sin ello.

Resuelta esta cuestión, fue posible proceder a la constitución de la Federación Sindical Internacional. Pero hubo muchas agrias disputas entre Gompers y los delegados europeos respecto a las disposiciones de las cláusulas laborales del tratado de paz, que habían sido redactadas por un comité de la Conferencia de Paz, con Gompers como presidente y que eran consideradas seriamente defectuosas por los dirigentes europeos. Sólo los delegados ingleses se pusieron de parte de los norteamericanos en la cuestión; y los sindicatos acordaron participar en la próxima Conferencia de Washington, destinada a constituir la Organización Internacional del Trabajo, sólo a condición de que se enviaran invitaciones a Alemania y Austria y que la representación de los trabajadores se reservara exclusivamente a los organismos sindicales afiliados a la recién formada Federación Sindical Internacional. Hubo otros choques acerca de la propuesta constitución de la Sociedad de Naciones y en torno a cuestiones referentes a la organización de la Federación Sindical Internacional; pero la Conferencia no fracasó totalmente, aunque al final Gompers se negó a comprometer a los norteamericanos a participar en la nueva Internacional, antes de saber la decisión de la Convención de la Federación Norteamericana del Trabajo.

Vino después la Conferencia de Washington de la Organización Internacional del Trabajo —organismo tripartito, de gobiernos, sindicatos y representantes de los patronos, incluyendo delegaciones de 41 países, de los cuales 14 estuvieron representados sólo por delegados de los gobiernos—. Los alemanes y austríacos no estuvieron representados porque sus invitaciones fueron enviadas demasiado tarde para que pudieran vencerse los obstáculos para asistir; y también estuvieron ausentes los norteamericanos porque los Estados Unidos no habían ratificado el tratado de paz. No obstante, la Conferencia de Washington

formuló algunos convenios laborales, los más importantes de los cuales proponían la adopción general, en los países más avanzados, de la semana de cuarenta y ocho horas. Aunque se tropezó con muchas dificultades en los intentos de lograr que los principales países ratificaran este convenio su adopción en Washington fue ampliamente aclamada por los socialistas como un gran paso hacia la aceptación de la vieja demanda de los trabajadores de la jomada de ocho horas. Fue recibida de manera muy diferente por el Comintem, que denunció abiertamente a la Organización Internacional del Trabajo y a la Internacional del Trabajo como organismos contrarrevolucionarios.

Ésta era la situación cuando la Internacional Comunista realizó su segundo Congreso en Petrogrado y Moscú, en julio y agosto de 1920. Fue mucho mayor que la pequeña reunión, apresurada y carente de representación, de marzo de 1919. Había ahora varios cientos de delegados que pretendían representar a 37 países e incluían un importante contingente de los países asiáticos, de Egipto y Turquía, así como de los partidos europeos que habían solicitado, condicional o incondicionalmente, la admisión en la Tercera Internacional. Estos delegados no poseían todos derechos de voto: en algunos casos estaban presentes sólo como observadores, cuyos derechos tenían que ser restablecidos todavía por el Ejecutivo del Comintern, presidido por Zinoviev. Ésta era, por ejemplo, la situación de los franceses, representados por L. O. Frossard (1889-1958) y Marcel Cachirt (1869-1958), de los italianos y de los independientes alemanes. Sólo los rusos y algunas otras delegaciones de la Europa oriental representaban a partidos comunistas sólidamente organizados: el resto eran principalmente de partidos fragmentarios que se habían separado, o estaban en trance de hacerlo, de los partidos socialistas de sus países o representaban a movimientos sindicalistas o similares como el de la I.W.W.

Este segundo Congreso de Moscú se reunió en un momento en que, a pesar de la incapacidad de la revolución mundial para extenderse a la Europa occidental, los comunistas rusos estaban de buen humor por sus recientes victorias sobre las fuerzas contrarrevolucionarias de Kolchak y otros generales y por el éxito al rechazar la intervención militar aliada. Estos triunfos compensaban el eclipse de las revoluciones húngara y bávara y las derrotas comunistas en Alemania. Además, la guerra contra Polonia parecía marchar bien; y los rusos, aunque exhaustos por la guerra y el hambre, cobraban mayor confianza en su capacidad para mantener su Revolución aunque su extensión a los países occidentales se demorara y el próximo derrumbe del capitalismo se pospusiera desgraciadamente. Esto no los desalentaba a promover la revolución en el resto del mundo y, sobre todo, en Alema-

nia, ni a hacer lo posible por desorganizar los intentos de los estados capitalistas, con la ayuda de los dirigentes reformistas de los trabajadores, de recuperarse y estabilizarse. Por el contrario, los conducía a redoblar sus esfuerzos por crear en todas partes partidos comunistas dispuestos a aceptar todo el rigor de la doctrina proclamada en el *Manifiesto* de años atrás y a plegarse exactamente a los requisitos de la ortodoxia, establecidos por el Comintern dominado por los rusos.

Con este espíritu, el segundo Congreso de la Tercera Internacional formuló los "veintiún puntos", cuya plena aceptación sería condición para la admisión a la Internacional: una serie de condiciones mucho más estrictas y susceptibles de acobardar que los "quince puntos" de 19L9. "Vivimos —declaró el Congreso— en una época de guerra civil: la hora crítica ha sonado." El desastroso estado de cosas que había dejado detrás la guerra, proclamaban, estaba arrastrando a los trabajadores de todas partes a una "guerra revolucionaria que destruiría objetivamente las bases del Estado capitalista". Para realizar esta lucha, se llamaba a los trabajadores revolucionarios de todos los países para que se separaran de los partidos socialistas y formaran partidos comunistas definidos, que aceptaran la disciplina centralizada del Comintern. Estos partidos deberían estar listos para actuar ilegal o legalmente, incluyendo la propaganda activa entre las fuerzas armadas y hacer lo posible por "acelerar la Revolución", aunque sin promoverla artificialmente intentando golpes al estilo "blanquista". En particular, un nuevo requisito era que todos los partidos que desearan afiliarse a la Tercera Internacional eliminaran a los reformistas de las posiciones responsables y expulsaran a todas aquellas personas que el Comintern designara como enemigos abiertos u ocultos de la causa revolucionaria. Otro "punto" comprometía a todos los miembros de la Tercera Internacional a realizar "una tercera lucha contra la Internacional de Amsterdam de los sindicatos amarillos" y contra la Organización Internacional del Trabajo de la Sociedad de Naciones. Para proseguir esta lucha, algunos delegados sindicales de Inglaterra, Francia, Italia, Bulgaria y Yugoslavia se reunieron con Alexander Solomon Lozovsky (1878-194?) y Zinoviev y establecieron un Consejo Provisional de una nueva Internacional Roja de los sindicatos obreros, en competencia con la Federación Sindical Internacional. Este organismo no tenía, en verdad, gran apoyo de masas excepto en Rusia: en otros lugares sus miembros no representaban más que pequeñas facciones minoritarias. Estos grupos, sin embargo, trabajaron activamente en su tarea de minar la autoridad de los dirigentes sindicales establecidos, de la misma manera que los partidos y grupos comunistas trataban de desacreditar a los dirigentes políticos reformistas. La cuestión de si la Internacional Roja y sus afiliadas

locales debían o no alentar la formación de sindicatos rivales, al precio de la unidad económica de la clase trabajadora en relación con los contratos colectivos, se volvería pronto de gran importancia. Si la revolución mundial había de producirse casi de inmediato, la fuerza de los sindicatos para intervenir en los contratos colectivos no importaba mucho, ya que el poder de los capitalistas desaparecería rápidamente en todo caso. Por otra parte, si aquella debía demorarse considerablemente, importaría mucho para los trabajadores que se mantuviera su fuerza y aunque se acrecentara en los años que quedaran de supremacía capitalista, y la división en las filas sindicales podía empeorar positivamente las perspectivas de la Revolución de un pronto triunfo. En contra de esto, se consideraba que la tarea de los comunistas era claramente desarrollar el espíritu de lucha de clases en los sindicatos y, como sus esfuerzos en este sentido podían conducir fácilmente a la expulsión, tenían que estar preparados cuando menos para establecer sindicatos rivales allí donde no pudieran realizar su labor de agitación dentro de los ya existentes. La lucha en torno a esta cuestión, como vimos,[8] se produjo muy pronto en Alemania, especialmente en la región minera del Ruhr y en algunas regiones de Sajonia. En casi todas partes se produjo más tarde porque, en la mayoría de los países, la posición de los comunistas en los sindicatos era, en un principio, relativamente débil.

Así, la lucha entre los dos extremos —comunismo y socialismo reformista parlamentario— se produjo en el terreno laboral lo mismo que en el político. Había, sin embargo, una diferencia. En el terreno sindical los comunistas, al declarar la guerra a "Amsterdam", desafiaban a una Internacional que tenía el apoyo, no sólo de la derecha sino de movimientos sindicales relativamente militantes como la *Confédération Générale du Travail* francesa y la C.G.L. italiana; mientras que, en el terreno socialista, la única Internacional rival —el organismo de Berna-Ginebra— era esencialmente un instrumento de la derecha y el núcleo considerable de opinión centrista había impedido que los partidos donde tenía fuerza se comprometieran definitivamente con una u otra Internacional. Los franceses, italianos, suizos, austríacos y algunos otros partidos, así como los independientes alemanes y el Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña, estaba todavía en medio de sus propias luchas internas en torno a su filiación internacional. Algunos —por ejemplo, los italianos— habían votado en principio por el Comintern, pero se enfrentaban ahora a las consecuencias bien claras en los "veintiún puntos". Otros —por ejemplo los franceses— eran todavía predominantemente centristas, pero estaban envueltos en intensas batallas

8 Véase p. 129.

internas. Otros más —los austríacos, verbigracia— eran firme y casi unitariamente centristas, y no daban señales de dejarse dividir por la lucha entre la derecha y la izquierda; una lucha que, en su posición nacional e internacional sumamente precaria, no podían permitirse evidentemente. Los comunistas, ante esta situación, habían decidido tratar como enemigos a todos los organismos —o, cuando menos, a todos los dirigentes— que no estaban de su parte sin reservas; pero no podían declarar esta guerra simplemente personificando a la Internacional de Berna-Ginebra como el enemigo, de la misma manera que en el caso de la Internacional Sindical de Amsterdam. Tenían que hacer la guerra separadamente al ala derecha —el grupo de Berna-Ginebra— y a cada partido nacional donde la tendencia centrista fuera predominante o lo bastante poderosa como para obstruir la total sumisión a las exacciones de los "veintiún puntos".

Esta situación cambió cuando, en febrero de 1921, se reunió en Viena una Conferencia que representaba a los partidos y grupos socialistas de 13 países y estableció la Unión Internacional de Partidos Socialistas, que se conoció como la "Unión de Viena" o, más familiarmente, como la Internacional "Dos y media", por su posición intermedia entre Berna-Ginebra, como sucesora de la "Segunda", y Moscú, progenitora de la "Tercera". La propia Unión de Viena rechazó la condición de "Internacional", proclamando que su objeto era simplemente preparar el camino a una Internacional lo bastante amplia como para incluir a parlamentarios y sovietistas, restaurando así la unidad socialista. No podía evitar, sin embargo, ser un punto de reunión de los partidos y grupos insatisfechos con el reformismo extremo de los partidos de Berna-Ginebra y con el sovietismo intransigente del Comintern.

Los principales partidos representados en la Conferencia de Viena, además del austríaco, fueron el francés, el de los alemanes independientes, el Partido Laborista Independiente de Inglaterra, los checos, los húngaros, los suizos y los mencheviques y socialrevolucionarios rusos; y había también grupos de Latvia y Lituania, así como de Yugoslavia y Rumania. Los partidos socialistas finlandés y argentino, aunque no representados, enviaron mensajes de adhesión. En los casos de Francia y Alemania, no obstante, los partidos representados no eran los mismos en los que se había desarrollado previamente la lucha de tendencias rivales, sino fragmentos de ellos, resultantes de divisiones recientes. En Francia, el antiguo Partido Socialista había decidido por fin, en diciembre de 1920, afiliarse incondicionalmente a la Tercera Internacional y se había convertido en el Partido Comunista francés. La vieja derecha y el centro, encabezados respectivamente por Pierre Renaudel y Jean Longuet, se habían separado entonces para reconstituir el Partido

Socialista (S.F.I.O.) con el apoyo de una mayoría de los miembros del Parlamento socialistas. La batalla, aguda en un tiempo, entre mayoritarios y minoritarios había sido superada por el auge del comunismo; y la facción de Longuet, que gozaba de mucho mayor apoyo que la vieja mayoría de Renaudel, pudo introducir al nuevo partido dentro de la órbita de Viena. Del mismo modo, en Alemania, los independientes (U.S.P.D.) había votado en su Congreso de Halle, en octubre de 1920, en favor de la afiliación a la Tercera Internacional, sobre la base de los "veintiún puntos". El Congreso de Halle se había dividido entonces en dos congresos distintos, proclamándose cada uno como heredero del U.S.P.D. La facción mayoritaria, encabezada por Daumig y Helene Stócker, en diciembre de 1920, se unió al Partido Comunista alemán —antes Spartakusbund— en un Congreso de Unificación sostenido en Berlín, que estableció el Partido Comunista Unificado de Alemania. La minoría había decidido continuar como Partido Socialdemócrata Independiente, bajo la dirección de Ledebour, Crispien y Hilferding; y fue esta minoría la que se afilió a la Unión de Viena.

En Checoslovaquia también había habido una división, como resultado de la cual los comunistas habían sido expulsados del Partido Socialdemócrata, en medio de un violento conflicto.[9] Al tiempo de la Conferencia de Viena, el ala izquierda de los checos estaba aún en proceso de reorganizarse como Partido Comunista, con vistas a la adhesión a la Tercera Internacional. El grupo representado en Viena fue el Partido Socialdemócrata checoslovaco, excluidos sus elementos comunistas. En Hungría, como hemos visto,[10] los socialdemócratas, después de unirse a los comunistas para apoyar el régimen de Béla Kun, habían reformado su partido, al margen de los comunistas, a la caída del gobierno soviético de Kun; y fue este partido reformado, que sufría entonces bajo el "terror blanco", el que envió sus delegados a la reunión de Viena. En Suiza, como vimos,[11] la Conferencia del Partido Socialista había votado por mayoría, en agosto de 1919, en favor de la unión a la Tercera Internacional, pero esta decisión había sido derrotada por una votación de referéndum. Un segundo referéndum, en enero de 1921, confirmó este rechazo por una votación de casi tres a uno; y los comunistas en el partido se separaron entonces para agruparse dentro del pequeño Partido Comunista suizo. Los delegados suizos a Viena representaron al Partido Socialdemócrata, sin los comunistas. Finalmente, el Partido Laborista Independiente británico que, después de negociaciones con el Comintern se había negado a aceptar los "veintiún puntos", había sufrido una sece-

[9] Véase p. 215.
[10] Véase p. 226.
[11] Véase p. 289.

sión de su no muy importante fracción comunista. Siguió afiliado al Partido Laborista británico, puntal de la Internacional de Berna-Ginebra, pero mantuvo su derecho a seguir una política internacional independiente y envió sus delegados a la reunión de Viena.

La Unión de Viena se declaró "una Unión de los partidos socialistas que desean realizar el socialismo mediante la conquista del poder político y económico siguiendo la línea de la lucha de clases revolucionaria". Tiene "la tarea de unificar las actividades de los partidos afiliados, arreglando la acción común y promoviendo el establecimiento de una Internacional que abarque a toda la clase trabajadora del mundo". La participación estaba abierta a todos los partidos que aceptaran estos principios y no estuvieran afiliados ni a la Segunda ni a la Tercera Internacional. "Las resoluciones de la Unión son obligatorias para todos sus miembros: en especial, todos los partidos pertenecientes a la Unión se comprometen a no entrar en negociaciones separadas con otras organizaciones internacionales y, por lo demás, a determinar su política internacional por acuerdo mutuo."

De la Conferencia de Viena surgió una "Declaración de los métodos y organización de la lucha de clases" notablemente razonable y penetrante, donde se definía la posición de la Unión de Viena en relación con las Internacionales rivales ya creadas. En esta Declaración, se subrayó mucho el error de prescribir un solo camino para el advenimiento del socialismo en todos los países, sin tener en cuenta las condiciones económicas y políticas diferentes —por ejemplo, entre países predominantemente agrícolas y países industriales, entre países de grandes latifundios y otros de pequeñas propiedades rurales, entre países poseedores de las instituciones de la democracia parlamentaria y otros donde éstas no existían, así como entre aquellos dominados por influencias militaristas y los no dominados por ellas—. Era absurdo, sostenía la Unión, que el socialismo internacional se limitara al uso exclusivo de métodos parlamentarios democráticos, que en algunos países no había la menor oportunidad de utilizar, y que, en otros, podían volverse nugatorios por la posible supresión de las instituciones democráticas en manos de las clases reaccionarias y capitalistas. Pero no resultaba menos absurdo limitar a los trabajadores de todos los países prescribiendo "la imitación mecánica de la revolución de los campesinos y trabajadores rusos, como quisiera la Internacional Comunista". La lucha de los trabajadores por el poder político no tomaría, necesariamente, formas diferentes en varios países. "Sólo en aquellos países donde la clase capitalista no posee el poder necesario y, en particular, está despojada del poder militar y no puede aventurarse por tanto a sustituir la lucha por la democracia política por la guerra civil abierta; sólo en esos países podrá la clase traba-

jadora obtener el poder político mediante la democracia. Pero aun donde esto ocurra, la clase capitalista utilizará, por regla general, su poder económico para neutralizar los efectos del poder del Estado democrático ganado por la clase trabajadora. También en ese caso la clase trabajadora, después de lograr el poder político, tendrá que usar medios dictatoriales para romper la resistencia de la clase capitalista. La dictadura del proletariado tomará la forma del ejercicio dictatorial del poder estatal por la clase trabajadora." Éste era el curso previsto de los acontecimientos allí donde la revolución se realizara bajo las condiciones favorables de un sistema democrático parlamentario.

"Pero donde la clase capitalista sea lo bastante fuerte como para mantener por medios violentos su dominio sobre las masas rebeldes del pueblo trabajador, quebrantará la democracia, conservará el control de los medios de coerción y desafiará a la clase trabajadora a una lucha abierta. En esta lucha no serán los votos los que decidirán la batalla, sino el poderío económico y militar de las clases opositoras. En estas circunstancias, la clase trabajadora podrá convertirse en el poder gobernante sólo mediante la acción directa sobre las masas (huelgas de masas, rebeliones armadas, etc.) y tendrá que conservar el poder suprimiendo a la clase capitalista conquistada. La dictadura de la clase trabajadora deberá basarse, en este caso, en consejos de trabajadores, campesinos y soldados, en los sindicatos o en otras organizaciones de la clase trabajadora. Así, la primera "dictadura" tiene dos significados, diferentes en situaciones distintas. En una situación, puede tomar la forma de "ejercicio dictatorial del poder del Estado obtenido por la clase trabajadora"; en la otra requiere el ejercicio del poder dictatorial por organismos específicos de la clase trabajadora, tales como los "soviets o consejos de trabajadores, campesinos y soldados". Mientras que los comunistas proclamaban la necesidad universal de abatir al antiguo Estado y de construir un Estado proletariado totalmente nuevo en su lugar, la Unión de Viena, aunque reconociera que esto era necesario en algunos casos, sostenía que, en otros, el Estado existente, conquistado por los trabajadores por medios constitucionales, podía ser utilizado como instrumento de defensa del socialismo y de construcción revolucionaria.

La Declaración de la Unión de Viena reconocía después el carácter esencialmente internacional del poder capitalista y concluía que "la liberación definitiva de la clase trabajadora no puede lograrse, por tanto, dentro de fronteras nacionales, sino sólo como el resultado de la acción internacional. Organizar esta acción es la tarea propia de la Internacional de la clase trabajadora". Esto requiere, sin embargo, que la Internacional tome en cuenta la diversidad de condiciones objetivas de la lucha en los diversos países. No debe atar a todos los partidos a una

forma de acción rígidamente uniforme como trataban de hacerlo, por caminos opuestos, las dos Internacionales existentes. 'Tero con toda la variedad de métodos en los diversos países, la Internacional debe unir todos los recursos de la clase trabajadora internacional en acción concertada contra el capitalismo internacional." Esto es impracticable, sin embargo, a no ser que pueda producirse una amplia organización de clase de la clase trabajadora internacional —es decir, una Internacional realmente amplia—. "Porque, por importantes que sean la agitación y acción de los partidos sobre la base de su teoría, no es menos importante que, en última instancia, no la doctrina del partido sino la autodeterminación de la clase trabajadora sea el factor decisivo. Esta autodeterminación sólo puede ejercerse dentro de una organización donde estén unidos todos los trabajadores con conciencia de clase. Pero semejante organización internacional es una realidad sólo si sus decisiones son obligatorias en todas sus partes. Toda resolución, por tanto, de la organización internacional significa una limitación autoimpuesta a la autonomía de los partidos de todos los países." La Unión de Viena insiste aquí, por una parte, en la necesidad de diversos métodos y acción de un país a otro, contra los patronos uniformes prescritos por ambas Internacionales pero también, por otra parte, en la necesidad de disciplina común, contra la federación flexible favorecida por los partidos de la Internacional Berna-Ginebra.

Lo malo de la Declaración de la Unión de Viena, desde el punto de vista de su influencia práctica, era su carácter demasiado razonable. Aunque, en comparación con las declaraciones de Berna-Ginebra se inclinaba mucho hacia la izquierda, no logró atraer la imaginación de los izquierdistas por su incapacidad para recoger las fuertes emociones provocadas por la Revolución bolchevique. Se oponía a los reformistas, pero no lograba atraer a los revolucionarios: de tal modo que la Unión de Viena quedó aislada, hablando con buen sentido a una clase trabajadora que, en su mayoría, no quería escuchar al buen sentido sino que se apelara a sus simpatías emocionales. En un sentido lógico, la demanda de una Internacional unificada, de unidad de la acción obrera para el derrocamiento del capitalismo, era incuestionable. Pero la Internacional unificada, dadas las condiciones prevalecientes en el mundo posterior a 1918, era totalmente impracticable. El abismo entre comunistas y reformistas parlamentarios era demasiado amplio para poder salvarlo, no sólo porque las ideologías eran tan distintas sino también porque los dos extremos se odiaban demasiado apasionadamente para poder trabajar juntos en una organización común.

CAPÍTULO X

SOCIALISMO E INTERNACIONALISMO EN LOS AÑOS VEINTE: COLONIALISMO, PAZ Y DESARME

En el recuento anterior del conflicto entre las Internacionales rivales en 1919 y los años siguientes, he centrado la atención principalmente en la cuestión de "democracia contra dictadura" y, al hacerlo, puede parecer que no hice justicia a los competidores, al no tomar en cuenta otras cuestiones que los dividían no menos hondamente. De todas estas cuestiones, la más importante por sus efectos en la política general era el colonialismo o imperialismo; es decir, la política que debía seguirse al tratar los problemas de los territorios dependientes de las grandes potencias y de algunos países menores, como Bélgica y Holanda, y también de las regiones menos desarrolladas no sujetas directamente al domino colonial, por ejemplo, China y las repúblicas de América Latina. Se dijo algo en el volumen anterior[1] acerca de las discusiones sobre la política colonial que tuvieron lugar en los Congresos de la Segunda Internacional y respecto a las opiniones de los dirigentes socialistas en la relación entre las rivalidades imperialistas y el peligro de Guerra Mundial. Vimos que los dirigentes de la Segunda Internacional estaban de acuerdo en considerar que el peligro bélico surgía principalmente, si no de modo exclusivo, de factores económicos y que crecía cada vez más a medida que las grandes potencias entraban en mayor conflicto sobre las "esferas de influencia" y los campos de explotación imperialista. Observamos la división del Continente africano entre las potencias europeas, las rivalidades de Rusia, Alemania y Austria-Hungría en el sureste de Europa y el Cercano Oriente, el conflicto entre el expansionismo ruso y el japonés en el Lejano Oriente, el tortuoso camino de la política de las grandes potencias en relación con China, las primeras fases de la penetración norteamericana en Centro y Suramérica —especialmente en relación con México— y otras muchas manifestaciones de la acción del capital financiero como una fuerza perturbadora internacional. Observamos, también, las disputas sobre el colonialismo en los Congresos de la Segunda Internacional, donde una actitud general de hostilidad hacia el imperialismo se complicaba con diferencias de actitud entre los que adoptaron una posición firme contra la explotación colonial en todas sus formas y los que estaban dispuestos a defender algunas maneras de desarrollo colonial, sosteniendo que ayudaban al mejor uso de los recur-

i Véase vol. Lü, pp. 54 y 68.

sos naturales de los países subdesarrollados, insistiendo al mismo tiempo en que la obligación de proteger los intereses de los nativos y de mejorar los niveles de vida de esos países debía corresponder a los países adelantados que reclamaban el derecho de gobernarlos como campeones de la civilización y el progreso humano en general.

En efecto, hemos visto que un pensador socialista de fama mundial, Bernard Shaw, adoptó la posición extrema, en *Fabianism and the Empire,* de afirmar que, en el siglo XX, la suerte estaba echada en favor de las potencias imperialistas y que ningún pueblo atrasado tenía derecho a obstaculizar el camino del progreso económico, manteniendo sus recursos productivos potenciales fuera del empleo efectivo, con ayuda de las técnicas modernas y la inversión de capitales que sólo podían suministrar las regiones mas ricas.[2] Era ésta, por supuesto, una doctrina que pocos socialistas, inclusive en la Gran Bretaña, estaban dispuestos a suscribir. Pero no pocos, especialmente entre los socialistas alemanes, sostenían que las potencias que habían quedado atrás en la carrera de las anexiones coloniales tenían derecho a hacer lo que las demás y a crearse para sí los imperios coloniales que estuvieran a su alcance. Entre los socialistas holandeses había también señales de un deseo de justificar el funcionamiento del colonialismo en Java y en otras posesiones holandesas de ultramar. Los belgas tenían otra posición, porque la responsabilidad del gobierno del Estado del Congo se les impuso contra su voluntad, como el único camino para poner fin al régimen abominable del rey Leopoldo. No obstante, habiendo asumido esta responsabilidad por muy buenas razones, se encontraban en una posición en la que resultaba difícil no defender el colonialismo parcialmente reformado del que se habían convertido en exponentes. En general, sin embargo, el sentimiento de la Segunda Internacional era fuertemente antimperialista, porque sus dirigentes veían en el imperialismo la fuerza más poderosa tendiente hacia la guerra, que querían evitar si era posible para abrir el camino a los avances en la política social de sus propios países y la conquista pacífica del poder político por medios parlamentarios. Cualesquiera que fueran las reservas de los delegados de derecha alemanes, ingleses u holandeses, los antimperialistas estaban seguros de triunfar en un congreso socialista si la cuestión se ponía a votación —lo que no se produjo, en términos generales, excepto en relación con los grandes debates acerca de los medios de evitar la guerra.

Por supuesto, siempre que se debatía la política colonial, los socialistas estaban de acuerdo en insistir que toda potencia colonial tenía la obligación de gobernar a sus posesiones y dependencias en interés de sus

[2] Véase el **vol. III, p. 187.**

habitantes, de abstenerse de la explotación brutal y de la supresión de los pueblos nativos y de dirigir su atención hacia medidas de mejoramiento de los niveles de vida. También estaban de acuerdo en pedir que las inversiones extranjeras se reglamentaran de tal manera que se protegieran los intereses de los nativos; en protestar contra los abusos del trabajo forzado y en propugnar que se aceptara la autonomía como la meta a alcanzar y, por tanto, que se diera apoyo general a los movimientos de emancipación nacional donde existieran, como en la India y en Egipto. Pero en la etapa que duró hasta 1914, el nacionalismo en las colonias no era, en casi todas partes, sino embrionario y en la mayoría de las sociedades tribales apenas había comenzado a cobrar forma en una escala considerable: de modo que las demandas socialistas de autonomía de las colonias tenían, salvo en algunas regiones, mucho de sabor utópico; y, aun en relación con la India, la cuestión no ocupó mucho la atención de la Internacional ni asumió una forma muy práctica. En una o dos ocasiones, los congresos socialistas aplaudieron a visitantes hindúes nacionalistas a los que se invitó a dirigirse fraternalmente a la asamblea en favor de la causa del pueblo hindú; pero una vez terminados los aplausos no se producían más que resoluciones generales en apoyo de las demandas antimperialistas. En efecto, no podía suceder otra cosa antes de que las bases del imperialismo fueran conmovidas por la primera Guerra Mundial y por el impacto de la Revolución rusa sobre los sentimientos populares de gran parte del mundo colonial —sobre todo, en Asia y el Medio Oriente.

La guerra y la Revolución rusa transformaron profundamente la situación en el periodo de entreguerras. La Rusia anterior a la guerra había sido un vasto imperio que abarcaba a un gran número de pueblos sometidos en niveles muy diferentes de desarrollo social y económico, pero había diferido de otros imperios en que su territorio consistía en una sola masa territorial continua. Había sido parte integrante del programa de todos los partidos socialistas rusos exigir la autonomía y la igualdad para todos los pueblos del imperio zarista, incluyendo al menos para algunos de ellos —los que poseían fuertes tradiciones nacionales y desarrollaban culturas propias— el derecho, si lo deseaban, a separarse y establecerse como estados independientes. Lenin fue de los que sostuvieron con mayor firmeza este derecho y, como vimos, estuvo en desacuerdo en esta cuestión con Rosa Luxemburgo, quien había insistido en la necesidad de que los pueblos del imperio zarista trabajaran juntos para una Revolución que los llevaría a la constitución, no de estados nacionalistas, sino de una República internacional de trabajadores que trascendiera las fronteras nacionales y se había opuesto fieramente al nacionalismo separatista de Pilsudski y el Partido Socialista polaco. Esto

no significa, por supuesto, que Lenin deseara que el imperio ruso se desintegrara en numerosas soberanías nacionales independientes, sino que estaba dispuesto a admitir el derecho de algunos grupos nacionales a separarse si así lo deseaban sus pueblos. En relación con la mayor parte del imperio ruso el problema no se presentó realmente antes de 1917, cuando surgió en forma drástica con la separación de Ucrania bajo la ocupación alemana y la desintegración de la estructura militar y administrativa zarista. Después de la Revolución bolchevique, los bolcheviques fueron aislados de gran parte del antiguo imperio por la ocupación alemana y la guerra civil, y el Ejército. Rojo sólo pudo recobrar gradualmente el control sobre los territorios asiáticos y en el Sur. No sólo Finlandia y Polonia sino también Estonia, Latvia y Lituania en el norte se establecieron como estados independientes: las Repúblicas ucraniana y caucásica pasaron al dominio soviético sólo como resultado de una serie de guerras agresivas, donde las fuerzas soviéticas hicieron lo posible por aparecer como libertadoras de sus pueblos contra los gobiernos contrarrevolucionarios:[3] los japoneses y los "blancos" fueron empujados gradualmente hacia el Lejano Oriente. Lo que surgió fue una estructura federal, la U.R.S.S., constituida por numerosos estados igualmente soberanos, entre los cuales la R.F.S.S.R.* era el mayor y más populoso e incluía a una gran proporción de pequeñas nacionalidades y grupos nacionales o tribales. La gran masa, excepto las regiones que se separaron, fue mantenida estrechamente unida por los amplios poderes de la federación central —la U.R.S.S.— y por la autoridad fuertemente centralizada del Partido Comunista, que se extendió por todo el territorio. El poder económico en relación con las grandes industrias y servicios, incluyendo la agricultura, estaba fuertemente centralizado; mientras se hacían grandes esfuerzos por desarrollar la autonomía cultural, en las cuestiones ajenas a los grandes campos político y económico, en las pequeñas y en las grandes comunidades nacionales. Todos los habitantes, independientemente de su nacionalidad, nivel o tipo de cultura, se convirtieron en ciudadanos iguales —hombres y mujeres— de la Unión Soviética: de modo que, en lugar de un vasto imperio integrado por muchos pueblos sujetos al dominio ruso y a la presión rusificadora, aparecieron como una sola Unión, menos vasta, de Repúblicas Socialistas "Soviéticas descansando sobre las bases de la ciudadanía común en todo el territorio. Para los bolcheviques, Rusia dejó de ser un imperio y el problema del imperialismo se liquidó de una vez para siempre. Los occidentales podían acusar todavía a la Unión Soviética de ser el imperio

[8] Sobre la suerte de Georgia y otras Repúblicas caucásicas, véanse las pp. 189 ss.

* República Federal Socialista Soviética Rusa. [E.]

zarista con nueva forma: los bolcheviques rechazaban airadamente el cargo y señalaban con orgullo sus logros al reconciliar la unidad y solidaridad del nuevo orden con el generoso reconocimiento de los legítimos derechos culturales.

Espiritualmente, el establecimiento de la Unión Soviética ejerció una poderosa influencia sobre sus vecinos, sobre todo en Asia; y los bolcheviques, en su ardiente actividad en favor de la causa de la revolución mundial, se apresuraron por hacer todo lo posible por alentar los sentimientos revolucionarios en las colonias y dependencias de las potencias imperialistas y en los países sujetos a diversas formas de gobierno feudal o autocrático. El Congreso de Bakú de los Pueblos Orientales, realizado en septiembre de 1920, con Zinoviev como presidente y Radek y Béla Kun apoyándolo como delegados del Comintern, fue su primer intento en gran escala por unir bajo su dirección a los diversos movimientos de rebeldía de los pueblos de Asia y del Cercano Oriente. A la Conferencia de Bakú asistieron delegados o personas autodesignadas de gran número de regiones donde había inquietud, que sostenían una amplia variedad de opiniones, pero todas en rebeldía nacionalista o social contra el orden establecido. A partir de ese momento, fue parte de la tarea del Comintern y de la Unión Soviética brindar refugio y entrenamiento revolucionario a los rebeldes potenciales de todas partes del mundo y, especialmente, de los países asiáticos y devolver a los entrenados a sus respectivos países para actuar como misioneros del comunismo y desplazar algunas veces a los dirigentes comunistas locales que no respondían suficientemente a las directivas del Comintern. La alianza entre los dirigentes comunistas chinos y el Kuomintang fue parte de la misma política; y, como veremos, muchos chinos fueron entrenados en Moscú en el Instituto Sun Yat Sen, del que fue director, por algún tiempo, Radek.[4]

La actitud comunista hacia el imperialismo y el colonialismo era esencialmente simple: su propósito inspirador era causar los mayores trastornos posibles a las potencias imperialistas en sus territorios dependientes y apoyar todo movimiento de nacionalismo en las colonias, que pudiera utilizarse para servir a este fin. Era también, en regiones no sometidas directamente al dominio colonial, producir trastornos contra las clases dominantes, hacer lo posible por ligar los movimientos nacionales a movimientos de malestar social y persuadir a los nacionalistas locales de todas partes a considerar a la Unión Soviética como la gran potencia libertadora ansiosa de ir en su ayuda en la medida en que lo permitieran sus fuerzas. Como veremos, los partidos comunistas apare-

[4] Véase vol. VI, cap. XXV.

cieron en la India y en otros países asiáticos donde no existían aún partidos socialistas, aunque existían tendencias socialistas en las izquierdas de los diversos movimientos nacionales. Los mismos métodos fueron utilizados para extender el comunismo en América Latina, excepto que en las repúblicas americanas los comunistas aparecían no como los aliados sino como enemigos del nacionalismo que era entonces, en los años que siguieron a 1918, una fuerza predominantemente de derecha, porque el nacionalismo popular, asociado después al nombre de Domingo Perón, no hizo su aparición en escala importante hasta los años treinta.

No es sorprendente que en la India, con su movimiento ya considerable de nacionalismo popular y antimperialista, la propaganda comunista haya tenido, en los años posteriores a 1918, gran éxito entre los miembros más izquierdistas del movimiento nacionalista. Allí M. N. Roy[5] fue, durante un tiempo, el expositor más notable de la nueva doctrina y Roy fue enviado también por el Comintern a China y América Latina como emisario.[6] En la mayoría de los territorios coloniales, sin embargo, el nacionalismo político y las organizaciones obreras estaban todavía demasiado subdesarrollados para ofrecer un campo suficiente a una acción comunista con posibilidades de éxito, aunque en Java el grupo de propagandistas dirigido por Sneevliet pudiera infiltrarse con bastante éxito dentro del movimiento nacionalista.[7] Durante algún tiempo el ejemplo más notable de infiltración comunista pareció ser China, hasta que Chiang Kai-Shek abandonó a los que habían sido hasta entonces sus compañeros y arruinó el movimiento comunista chino, dejando a Mao Tse-Tung la larga y ardua tarea de reconstruirlo sobre bases totalmente distintas de revuelta campesina.[8]

Sería tedioso recitar la compleja historia de las actividades comunistas durante los años veinte en las regiones coloniales y en otros países que sufrían los efectos de la penetración imperialista. Lo único que debo subrayar aquí es que la política del Comintern y del gobierno soviético consistía esencialmente en dificultar lo más posible las cosas para las potencias imperialistas, primero en la esperanza de una rápida extensión de la revolución a todo el mundo y de la ruina inmediata del capitalismo imperialista en todas sus formas y después, cuando estas esperanzas tuvieron que ser pospuestas, de mantener demasiado ocupadas a las potencias imperialistas con los disturbios coloniales y de otra especie para poder dirigir todas sus fuerzas contra la Unión Soviética. Esta política, por supuesto, suponía incitar a los partidos comunistas de los

[5] Sobre Rov, véase el vol. VI, cap. xxvu.

[6] Véase el vol. VI, caps, xxiv v xxv.

[7] Vése el vol. VI, cap. xxvu, Indonesia.

[8] Véase vol. VI, cap. xxv.

países imperialistas a denunciar constantemente la explotación imperialista; y estos partidos exponían el argumento de que los países adelantados vivían de los resultados de la explotación colonialista y que los trabajadores —o al menos los que gozaban de mejor situación— debían sus niveles de vida a la explotación de la mano de obra colonial y se hacían partícipes así de los capitalistas explotadores, a no ser que se pusieran firmemente de parte de los pueblos coloniales. El capitalismo mundial, se sostenía, se salvaba de sus contradicciones inherentes sólo adueñándose de los mercados y materias primas de los países menos adelantados: de manera que la mejor forma de asegurar su derrumbe era atacar este punto, el más vulnerable. No siempre fue fácil plantear este argumento a los trabajadores de los países avanzados sin que les sugiriera que, si debían sus más altos niveles de vida a la explotación colonial, sería tonto renunciar a ella y resultaba mejor, en sus propios intereses, dejar que continuara. Pero los comunistas sostenían que la gran mayoría de trabajadores en los países adelantados no recibían los beneficios del colonialismo, que beneficiaban principalmente a los capitalistas, aunque una pequeña parte se filtraba a una minoría de trabajadores calificados y que los beneficios del socialismo a la clase trabajadora en general superarían cualquier perjuicio que pudieran sufrir algunos al perder su situación de privilegio semiburgués.

Los socialistas de derecha, que consideraban la democracia parlamentaria como el presupuesto necesario del socialismo y consideraban el advenimiento del socialismo como un proceso de desarrollo gradual a través de la reforma y el mejoramiento de las instituciones sociales y políticas existentes y no como el resultado de un súbito levantamiento revolucionario, encontraban mucha mayor dificultad que los comunistas para definir su política de posguerra en relación con el colonialismo y el imperialismo. Para evitar guerras futuras y estimular la cooperación internacional en la promoción del bienestar general, querían crear una autoridad internacional lo bastante poderosa como para controlar la agresión y las rivalidades entre las potencias y, sospechosos de las intenciones de los gobiernos de posguerra de las grandes potencias, querían que el organismo internacional estuviera constituido de tal forma que representara a los pueblos más que a los gobiernos y concebían las mejores esperanzas de ello en un organismo que representara a los Parlamentos de los países miembros más que los ejecutivos de sus gobiernos. En cuanto a las colonias y dependencias, querían que las que consideraban capaces de manejar sus propios asuntos avanzaran lo más rápidamente posible hacia la autonomía, pero pensaban que esto se produciría, no mediante revoluciones coloniales, sino a través de una autonomía cada vez mayor concedida por las potencias imperialistas,

bajo presión de la propuesta autoridad internacional. Con vista a hacer efectiva esta presión, querían que las potencias imperialistas consintieran en colocar sus administraciones coloniales en una especie de fideicomiso internacional que sería ejercido por la nueva autoridad supranacional, obligada a asegurar que serían administradas principalmente con vista al bienestar de los habitantes, más que en interés de las potencias imperialistas o de sus clases inversionistas. Mas generalmente, querían que todos los países se comprometieran a someter todas las disputas internacionales al arbitraje de una Corte Internacional de Justicia, apoyada por la nueva autoridad mundial o por esa misma autoridad. Finalmente, como vimos, pedían que el tratado de paz y la constitución de la autoridad internacional comprendiera una amplia carta de los derechos del trabajo, que cada país miembro se vería obligado a observar. Por estos medios esperaban establecer un código internacional de derechos económicos mínimos para todos los trabajadores y crear un instrumento para la elevación progresiva del mínimo así establecido.

La Sociedad de Naciones establecida en las condiciones del tratado de paz dejó mucho que desear, en todos aspectos, respecto a estas aspiraciones. En primer lugar, era esencialmente una Sociedad, no.de pueblos ni siquiera de parlamentos, sino de estados soberanos representados por los ejecutivos de los gobiernos. En segundo lugar, el Convenio de la Sociedad, aunque establecía una Corte Internacional de Justicia y dotaba al Consejo de la Sociedad de ciertas facultades limitadas para controlar la acción agresiva de los estados miembros, no comprendía una disposición general para el arbitraje de las disputas internacionales ni proscribía en general la guerra como medio de decidir las cuestiones en disputa. En tercer lugar, la Carta del Trabajo, de acuerdo con la cual se constituyó la Organización Internacional del Trabajo como organismo independiente de la Sociedad, no establecía un código obligatorio de derechos mínimos; y la misma Organización Internacional del Trabajo, con su constitución tripartita, concedía la mitad de sus asientos a los gobiernos miembros y dividía la otra mitad entre representantes del capital y del trabajo. Tampoco tenía la OIT autoridad para legislar: sólo podía proponer convenios internacionales, que cada Estado estaba en libertad de aceptar o rechazar a su antojo. En cuarto lugar, las potencias victoriosas que dominaban la Sociedad se negaron totalmente a someter a sus imperios a cualquier especie de autoridad internacional aunque, al privar a Alemania de su imperio colonial y distribuirse entre sí esos territorios, acordaron mantener los territorios transferidos bajo el mandato de la Sociedad, pero no colocarlos bajo ninguna forma de administración internacional. Esto significaba que, en la práctica, las regiones

colocadas bajo mandato se convirtieron, sujetas a algunas protecciones tales como las "puertas abiertas" al comercio, en partes virtuales de los imperios dependientes de las potencias que se posesionaron de ellos.

En todos estos puntos, y en algunos otros, los representantes designados bajo la autoridad de la Conferencia Socialista y Laborista de Berna de 1919 hicieron lo posible por presionar a los negociadores oficiales en París, pero tuvieron muy poco éxito. Los gobiernos de posguerra de los países victoriosos no querían delegar ninguna parte de su soberanía en manos de la Sociedad ni seguir una acción que pudiera minar el poder del capitalismo ni someter a sus imperios dependientes a una especie de conciliación que supondría otorgar a los países no imperialistas una voz en la decisión de su futuro; y los socialistas parlamentarios, cuando sus demandas fueron rechazadas, se encontraron incapaces de intentar acción alguna porque no controlaban ni a los gobiernos ni a los parlamentos de los países imperialistas y tenían que escoger, por tanto, entre aceptar la Sociedad, con todos sus defectos, y negarse a reconocerla —lo que habría significado renunciar a las ventajas que poseía y a la esperanza de transformarla gradualmente en un instrumento más efecivo—. Haciendo evidente su insatisfacción, los socialistas parlamentarios aceptaron la Sociedad como mejor que nada, mientras que los comunistas la denunciaron como una descarada conspiración capitalista. Los primeros siguieron presionando en favor de enmiendas a la Sociedad —especialmente en cuanto al fortalecimiento de sus facultades para evitar guerras futuras—, pero no podían hacer más que aprobar resoluciones mientras que no lograran convertirse en gobiernos de los principales países, adquiriendo así el poder de enmendar el Convenio de la Sociedad en sus manos. El gobierno laborista minoritario británico de 1924, bajo la presidencia de Ramsay MacDonald, hizo lo posible por asegurar el refuerzo del Convenio, fortaleciendo las disposiciones de arbitraje en disputas internacionales, pero cayó antes de tener la oportunidad de lograr resultados importantes.

Los partidos socialistas de los países imperialistas —inglés, francés, holandés, belga, etc.— tuvieron que trazar, pues, sus políticas de posguerra en las cuestiones imperialistas y coloniales dentro del marco de un sistema que en ningún aspecto era esencialmente diferente al de los años anteriores a 1914, excepto que por entonces Alemania había desaparecido como competidor en las posesiones territoriales. Esto significaba que, para lograr resultados inmediatos, tenían que trabajar por el mejoramiento de la política colonial e imperialista de sus países exigiendo mejor trato a los pueblos nativos y avances limitados hacia la autonomía donde ésta parecía factible dentro del marco general. Con este espíritu, los socialistas ingleses dieron su apovo a las demandas más mo-

deradas del nacionalismo hindú; presionaron un poco al gobierno británico hacia una política más liberal de autonomía colonial y desarrollo económico y social destinado a promover el bienestar de las colonias y siguieron aprobando resoluciones en favor de un fideicomiso internacional. Estas cuestiones, sin embargo, eran de poco interés para la gran masa de electores y no habrían podido convertirse en un factor importante de las contiendas electorales aunque los dirigentes hubieran querido —cosa que no ocurría, en general—. Además, no pocos socialistas moderados que sostenían que la desintegración del imperio británico sería una desgracia para el mundo así como para la Gran Bretaña y que la justa línea de avance era la de un desarollo gradual de las instituciones autónomas en las colonias, de tal modo que condujera por etapas hacia el *status* de dominios para las regiones coloniales más avanzadas y para los grandes países dependientes, como la India y Burma —una solución que dejaría a las regiones emancipadas en relación con la Gran Bretaña y convertiría al imperio por etapas en una comunidad de naciones con autonomía interna, que seguirían en lo esencial una política común en sus relaciones con el resto del mundo—. Desde este punto de vista, y aun desde el punto de vista de la gran mayoría de socialistas parlamentarios, los intentos de los comunistas de alentar rebeliones coloniales y de crear problemas a las potencias imperialistas en todas las oportunidades posibles, debían resistirse por todos los medios como una amenaza al desarrollo ordenado de las nuevas formas, liberalizadas, de relación imperialista; mientras que, para los comunistas, la política de los imperialistas gradualistas era un ejemplo más de la traición de los socialdemócratas a la causa revolucionaria. Así, la batalla entre las facciones socialistas rivales se desató, en relación con la India y otras dependencias v colonias, no menos fieramente que acerca de la cuestión general de "democracia contra dictadura", en los países más adelantados.

Fuera de la India, que se estudia en un capítulo posterior,[9] los trastornos en las colonias eran siempre más agudos donde existían núcleos importantes de colonizadores blancos establecidos en países habitados primordialmente por pueblos nativos —por ejemplo, en África oriental, a diferencia de Africa occidental—. Porque en estas regiones la pretensión de autonomía fué planteada por los colonizadores blancos en su propio nombre aun antes de que empezara a promoverse seriamente en nombre de las mayorías nativas. En relación con estas regiones los socialistas se vieron obligados a acudir en defensa del gobierno colonial de la Gran Bretaña como baluarte contra el gobierno de los colonizadores blancos —sobre todo en Kenya— no porque estuvieran satisfechos con la política

[9] **Véase vol. VI, cap. xxvm.**

del Ministerio de las Colonias ni de los gobernadores británicos de aquellos territorios, sino porque podían, en todo caso, ejercer cierta presión sobre estas autoridades, mientras que el gobierno de los colonizadores blancos dejaría a los habitantes nativos totalmente indefensos. Así los socialistas británicos elaboraron por etapas una política colonial moderada, evolucionista, que les permitía reconciliar sus principios progresistas con la continuación temporal del gobierno colonial y los excluía en gran medida del campo antimperialista.

En esta cuestión de la política colonial, los socialistas británicos tenían en general, dentro de esas limitaciones, un buen historial de protesta consistente contra el abuso del poder imperial y de revelación del maltrato a las poblaciones nativas por los colonizadores blancos en las regiones coloniales donde esos colonizadores alcanzaban un número considerable. E. D. Morel prosiguió su exitosa lucha contra el monstruoso régimen del rey Leopoldo en el Congo con otras campañas dirigidas contra la política imperialista practicada por la Gran Bretaña en África y en otros lugares; y el doctor Norman Leys, con sus largos estudios dedicados al dominio y la explotación blancos de los pueblos nativos de Kenya, precisó las conclusiones más generales que surgían del amplio estudio de L. S. Woolf, *Empire and Commerce in Africa* (1920), patrocinado originalmente por la Fabián Society. También H. N. Brailsford tuvo una participación importante en la lucha contra el imperialismo británico; y a él y a Morel, junto con Woolf, se les debe en gran medida la avanzada política establecida en el memorándum de objetivos bélicos británicos de 1917-18, que sirvió de base a la declaración de objetivos bélicos de los socialistas aliados y a la política aprobada en la Conferencia Socialista Internacional de Berna de 1919.[10] La proposición de colocar a los imperios dependientes bajo un sistema de fideicomiso internacional, en manos de la propuesta Sociedad de Naciones, como Sociedad de Pueblos más que de gobiernos, no resultó ante la negativa de los gobiernos a abandonar o modificar sus soberanías admitiendo un control internacional; pero el proyecto tenía serias intenciones y anulaba los alegatos comunistas de que los socialistas parlamentarios eran simples cómplices de las políticas imperialistas de sus respectivos países.

Otras potencias colonialistas tenían sus propios problemas, como los franceses, en esta etapa, principalmente en Marruecos y en menor medida en Túnez: ambas dependencias con considerable población de colonizadores europeos viviendo al lado de grandes mayorías de árabes y otros habitantes no europeos relegados a situaciones de inferioridad

io Véase p. 265.

económica, social y política. La política fiancesa oficial pata tratar a estas regiones era, en general, de asimilación selectiva. La barrera del color era mucho menos rígida que en los territorios bajo control británico y el objetivo oficial era situar a los miembros más ricos y educados de las comunidades nativas bajo la influencia de la cultura francesa, haciendo que aceptaran la hegemonía francesa, conservando el poder firmemente en manos de las minorías colonizadoras y rechazando todas las demandas de autonomía de las mayorías nativas. Argelia, a diferencia de Marruecos y Túnez, era legalmente parte de la República francesa y estaba en esta etapa relativamente libre de trastornos políticos, cuyo centro tormentoso era Marruecos. Hasta 1914 el Partido Socialista francés, con Jaurés como principal vocero, tenía buenos antecedentes en su apoyo de las demandas de los pueblos coloniales; pero después de la división, en el curso de la cual los comunistas obtuvieron una mayoría, se desarrolló una aguda oposición entre el Partido Comunista que, por supuesto, seguía la orientación del Comintern y el S.F.I.O. reformado que adoptó una actitud más equívoca en relación con las demandas de los colonizadores y, en general, apoyó el mantenimiento de la supremacía francesa, pidiendo una política más liberal y progresista respecto a las demandas sociales y económicas de los pueblos africanos. Estas cuestiones, sin embargo, no se agudizaron realmente, excepto en Marruecos, durante la etapa que estudia este volumen.

Entretanto en Indonesia el gobierno holandés —aunque no hacía funcionar la barrera del color y se producía realmente una mezcla de razas en partes de Java— mantenía un fuerte frente contra todas las demandas de autonomía de los nativos y hacía lo posible por suprimir el incipiente movimiento nacionalista y al pequeño, pero activo Partido Comunista que ejercía cierta influencia sobre su ala izquierda. En Holanda, los socialistas estaban claramente divididos en esta cuestión, así como en casi todas las demás. El Partido Comunista holandés era pequeño, pero lleno de vida; y, dentro del Partido Socialdemócrata, había fuertes disensiones entre el ala derecha y la izquierda, que conduciría pronto, como veremos, a una división real.[11]

Los belgas, después de rescatar al Congo de la corrompida y brutal administración de Leopoldo, introdujeron grandes mejoras en el trato de la población nativa, sin que esto fuera acompañado de algún adelanto en la dirección de la autonomía, en pro de la cual no parece haber existido una demanda organizada. Los socialistas belgas, en el poder o fuera de él, dieron su apoyo a la reforma de los antiguos abusos, pero no recibían la presión de ningún movimiento nacionalista en las colonias

n Véase vol. VI, cap. xv.

—porque no existía aún—. Por el tratado de paz, Bélgica adquirió un mandato sobre el populoso territorio vecino de Ruanda-Urundi, antes parte del África Oriental alemana e importante como fuente de trabajadores emigrantes hacia las minas de Katanga y otras regiones adyacentes. Desde 1925 Ruanda-Urundi fue administrada como provincia del Congo belga, permaneciendo bajo mandato de la Sociedad de Naciones. Como en el Congo, no se desarrolló un importante movimiento nacionalista; y la administración belga no fue molestada con demandas de autonomía de los pueblos Bantú de esta región.

Los demás imperios europeos eran los de España y Portugal; y de éstos no hay mucho que decir para los fines de este capítulo. Desde 1920 hubo una dura lucha en Marruecos, en las zonas francesa y española. La rebelión de Riff encabezada por Abd-el-Krim empezó en la zona española en 1920 y llegó a su culminación con la derrota de los españoles en Anual al año siguiente.[12] Franceses y españoles se unieron para aplastar a los nacionalistas en 1926; pero prosiguieron las fuertes rivalidades entre las dos potencias coloniales y la zona española sirvió de centro a la propaganda antifrancesa dirigida contra la política de colonización seguida por Lyautey y sus sucesores. Las promesas de autonomía por largo tiempo incumplidas del general Franco, formuladas cuando buscaba la ayuda de las tropas marroquíes en la guerra civil española, caen fuera de la etapa cubierta por este volumen. Mientras tanto, en Portugal, el periodo de total inestabilidad que siguió a la revolución republicana de octubre de 1910 duró hasta 1926, cuando los generales Gomes da Costa y Carmona establecieron una dictadura militar, de la cual Carmona asumió pronto la dirección única. Carmona designó entonces al profesor Salazar como Ministro de Finanzas y, en 1932, Salazar —Primer Ministro y dictador virtual— logró la aceptación, mediante un referéndum, de la nueva Constitución corporativa que todavía hoy rige en Portugal. La principal realización de Salazar fue el equilibrio del presupuesto portugués mediante rígidas economías r una mejor percepción de los impuestos; y aplicó la misma política a los presupuestos de las colonias portuguesas, donde reformó la administración, pero no hizo concesiones a las demandas de autonomía —demandas que, por supuesto, rechazó también en relación con las cuestiones internas de Portugal.

La única potencia colonial de importancia fuera de Europa eran los Estados Unidos, que se habían anexado Puerto Rico y Filipinas después de la guerra hispano-americana de 1898 y habían asumido facultades de intervención de gran alcance en Cuba. El imperialismo norte-

[12] Véase vol. VI, cap. XVI.

americano, no obstante, se manifestó principalmente, no en estas regiones, sino en relación con México y América Central y del Sur, en forma de invasión creciente de inversionistas y grandes empresas norteamericanos contra lo cual, como veremos,[13] los movimientos nacionalistas de izquierda de estas áreas se dirigieron con creciente vehemencia, haciendo los comunistas todo lo posible por ponerse a la cabeza de las agitaciones antinorteamericanas.

En relación con el colonialismo y los derechos de autodeterminación nacional y protección de los pueblos nativos contra las formas más extremas de explotación capitalista y con las ideas de gobierno mundial y de evitar la guerra mediante la aceptación del arbitraje en las disputas internacionales, los socialistas de la Internacional Laborista y Socialista de posguerra adoptaron nuevamente las políticas de la antigua Segunda Internacional y desplegaron gran actividad presionando en pro de **3** adopción de remedios que puedieran aplicarse pacificamente, sin guerra entre los estados ni entre las fuerzas en conflicto dentro de ellos. Empezaron, como vimos, con ambiciosos proyectos para el establecimiento de una Sociedad de Naciones con amplios poderes, constituida como sociedad, no de los gobiernos ni siquiera de los estados soberanos, sino de los pueblos libres que gozaran en la práctica de un gobierno democrático parlamentario. Con proyectos para la renuncia a la guerra como instrumento de la política de los estados trataron de combinar otros de desarrollo mundial cooperativo, que descansara sobre la colocación de los territorios dependientes bajo el control de la Sociedad y en el uso combinado de los recursos de los países más avanzados para la elevación de los niveles de vida de los menos adelantados. Se puso de manifiesto, no obstante, de inmediato que no había posibilidades de que se estableciera en un futuro próximo semejante Sociedad y que aún se consideraba que los principios liberales manifestados por el presidente Wilson en sus "Catorce Puntos" habían llenado su propósito al contribuir a precipitar el colapso de las potencias del Eje y tendrían poca influencia en las condiciones de paz y en la estructura de la Sociedad y sus organismos asociados. La decisión de los Estados Unidos de permanecer al margen de la Sociedad y de disociarse en lo posible de los asuntos europeos fue también un factor que hizo caer en desuso la profesión misma de los principios wilsonianos. Los socialistas parlamentarios tenían que adaptar, en consecuencia, su política a la situación real que se les presentaba. Y esto significaba que debían hacer a un lado sus aspiraciones idealistas y sacar el mayor provecho a una tarea desagradable. Quedaron en libertad para presionar en pro del

[13] **Véase vol. VI, cap. xxn.**

fortalecimiento del convenio de la Sociedad con vista a aumentar sus facultades para evitar la guerra, para favorecer el desarme, promover la modificación de las demandas inmediatas de reparaciones y la reincorporación de Alemania y los demás países derrotados a la comunidad de naciones; pero era imposible trabajar de inmediato para estos fines con los métodos de la democracia parlamentaria excepto dentro del marco general de un sistema capitalista restaurado y de una estructura de estados nacionales independientes dominada por las potencias victoriosas. En estas circunstancias, fueron evidentemente eliminados los proyectos de una cruzada universal contra la pobreza, que debía tomar la forma de un programa concertado de desarrollo de los países atrasados. Lo único que parecía factible era presionar en cada país avanzado para que se diera un mejor trato a los pueblos sometidos y alguna concesión gradual de autonomía dentro de la estructura general del dominio imperialista.

Semejante política suponía, al mismo tiempo, un gran sacrificio de idealismo y una aguda oposición a la política comunista de apoyo en todas partes a la rebeldía antimperialista y de estímulo a la guerra civil siempre que hubiera oportunidad o que pudiera provocarse artificialmente. Este programa comunista de acción sufrió, en efecto, modificaciones muy sustanciales cuando sus fracasos fueron obvios; y el acento general se trasladó entonces de la promoción de una revolución mundial inmediata al empleo de los partidos comunistas de otros países como instrumentos de defensa de la Unión Soviética. Así, la actitud comunista en relación con las colonias y dependencias de las grandes potencias siguió siendo esencialmente subversiva y supuso un conflicto cada vez mayor con los socialistas parlamentarios cuando éstos dedicaron después su atención a la enmienda gradual de las condiciones y regímenes coloniales y buscaron aliados en las colonias dispuestos a trabajar con ellos en favor de mejoras graduales en oposición a los partidarios militantes de la revuelta antimperialista. La lucha en las áreas coloniales entre los comunistas "subversivos" y los progresistas'."gradualistas" se reanudó en escala mucho mayor después de la segunda Guerra Mundial, especialmente en Malaya, Indochina y África del Norte; pero ya había surgido en los veintes como una fuerte barrera en el camino de la acción socialista unificada a través de una Internacional común, lo bastante amplia como para incluir a los comunistas y a los partidarios de los métodos democráticos parlamentarios.

En relación con el problema de la guerra y la paz, la Segunda Internacional había afirmado una y otra vez que las guerras se debían casi siempre, aunque no exclusivamente, al capitalismo —a las rivalidades de los grupos capitalistas nacionales, al impulso común de las potencias

capitalistas hacia la apertura y exportación de las áreas menos desarrolladas y las disputas consecuentes por esferas de influencia y monopolio económico, así como a las contradicciones internas de un sistema que sólo podía escapar de las crisis cada vez más severas ampliando los mercados abiertos a la explotación capitalista—. Considerando estas causas como las raíces de la guerra, se pensaba que las guerras dejarían de trastornar a los pueblos tan pronto como fuera derrocado el capitalismo y los pueblos tomaran el poder en sus propias manos. Sin duda se reconocía que, aun después de superado el capitalismo, podrían surgir todavía disputas entre los estados; pero se pensaba que los obstáculos para el ajuste de esas disputas mediante decisión legal y pacífica o mediante el arbitraje habrían desaparecido. La lucha contra el capitalismo imperialista se concebía, pues, incluyendo la lucha contra la guerra y se consideraba que la concialiación y el arbitraje internacional eran métodos que serían aceptados de inmediato tan pronto como el capitalismo desapareciera del mapa. Norman Angelí, en su obra *The Great Illusion* (1910) se había propuesto desacreditar la idea de que inclusive las naciones victoriosas podían esperar beneficiarse recurriendo a la guerra y había probado su idea en lo general, pero no había podido demostrar que el reconocimiento general de esto bastaría para hacer improbables las guerras. Porque aunque ninguna nación, como tal, pudiera esperar beneficiarse con la guerra moderna, no se desprendía de esto en absoluto que no pudieran beneficiarse los *intereses* dentro de una nación o que estos intereses no fueran lo suficientemente poderosos como para provocar las guerras, aun en detrimento general de los países afectados. Poderosos grupos capitalistas, con gran influencia sobre los gobiernos de sus países, podían llevar a sus estados a la guerra aun para su provecho personal; y estas influencias habían actuado en realidad tras la política de las grandes potencias en los años anteriores a 1914.

No se desprendía de esto, sin embargo, que aunque los intereses capitalistas fueran capaces de llevar a las naciones a la guerra, las causas de la guerra pudieran establecerse verdaderamente en términos económicos genuinos. La política expansionista de las grandes potencias imperialistas tenía, sin duda, un gran elemento de motivación económica; pero había también otras fuerzas en acción; especialmente un deseo de las clases dominantes por el poder, del cual el poder económico era sólo un aspecto, aunque muy importante. Este impulso de poder, simplemente como poder implicando prestigio era particularmente fuerte, según creo, en Alemania, donde descansaba en una afirmación de la superioridad "cultural" alemana sobre otros pueblos, en un sentimiento de celo hacia las naciones que se habían adelantado a Alemania en la conquista de posesiones coloniales y en la exaltación del valor militar

como la más alta manifestación de la superioridad nacional. Japón mostraba, en muchos aspectos, tendencias semejantes, con motivos económicos y otros motivos más generales de "poder" combinados intrincadamente en un patrón de agresividad de ninguna manera plenamente explicable en términos económicos genuinos. La Segunda Internacional, con sus fundamentos teóricos fundamentalmente marxista, subestimó la importancia de los factores no económicos en las tensiones internacionales y, en consecuencia, formuló una teoría según la cual el capitalismo era la única fuerza real que tendía hacia la guerra. Los bolcheviques, por supuesto, se mostraron tan firmes como los socialdemócratas al sostener esta teoría y mucho más firmes al desarrollarla hasta la conclusión de que la guerra, cuando estallara, debía ser utilizada como una oportunidad para la destrucción total del capitalismo por medio de la revolución mundial. Esta insistencia correspondía a lo que se había establecido en el conocido párrafo final de la resolución de Stuttgart adoptada en 1907 por la Segunda Internacional ante la insistencia de Lenin y Rosa Luxemburgo y contra la oposición inicial de los socialdemócratas alemanes, que sólo la habían aceptado bajo presión.[14] Pero la política aceptada allí nominalmente nunca, había formado parte, en realidad, de la política de los partidos constituyentes de la Internacional; y el desplome de la Internacional en 1914 le había puesto fin, efectivamente, por lo que se refería a las mayorías de los principales partidos de los países beligerantes. Los alemanes, en su Revolución de 1918, no intentaron destruir el capitalismo al mismo tiempo que' la autocracia militarista. Tampoco lo hicieron los austríacos, que dependían más aún, para la supervivencia de su nueva República, de la ayuda aliada que sabían podía retirárseles si iban tan lejos. En la Gran Bretaña y Francia, donde no se habían producido revoluciones, y ni siquiera" habían sido concebidas excepto por pequeñas minorías, la cuestión de la destrucción inmediata del capitalismo ni siquiera se planteó. Se acercó mucho más en Italia; pero, aun allí, la mayoría de los socialistas retrocedió después de desafiar al capitalismo ocupando las fábricas —y el resultado de la Revolución italiana no fue el socialismo sino el fascismo.

Así, si los socialistas habían tenido razón, antes de 1914, en considerar al capitalismo como la causa esencial de la guerra, esta causa era operante todavía después de 1918, ya que el capitalismo, excepto en Rusia, había logrado conservar su autoridad y, a pesar de la constitución de la Sociedad de Naciones, cada Estado capitalista estaba en libertad, en último caso, de seguir su propia línea, hasta el punto de la guerra. Además, aunque se hubieran equivocado al atribuir la guerra exclusivamente

i* Véase vol. III, p. 72.

a factores económicos, el peligro de guerra no quedaba suprimido, obviamente, con la autoridad limitada otorgada a la Sociedad, que cuando más sólo podía colocar algunos obstáculos en su camino. La nueva Internacional Laborista y Socialista, en sus declaraciones referentes a las causas de la guerra, repetía en lo fundamental lo que se había dicho en los días de la Segunda Internacional, pero, a pesar de su actitud crítica respecto a la Sociedad de las Naciones como sociedad, no de los pueblos sino de los gobiernos capitalistas, decidió trabajar dentro de ella para el mejoramiento de su maquinaria y métodos y especialmente para la aceptación del arbitraje como la alternativa a la guerra y la promoción del desarme o, cuando menos, la limitación progresiva de los armamentos. Surgieron disputas en torno a la participación de algunos socialistas en las cuestiones de la Sociedad, como representantes de gobiernos no socialistas, especialmente en relación con la posición de J. Paul Boncour de Francia quien, designado primero como delegado del gobierno Herriot en 1924, permaneció en ese cargo bajo el gobierno Briand, que lo sucedió y al que se oponían los socialistas franceses. Se reconocía que los gobiernos socialistas o los gobiernos de coalición que incluyeran socialistas, serian necesariamente libres de enviar delegados socialistas para participar en las actividades de la Sociedad, pero se ponía en duda si los socialistas debían estar en libertad de participar si eran seleccionados. No se tomó, sin embargo, acción alguna para evitar esa participación y, en una etapa posterior, Arthur Henderson siguió presidiendo la Conferencia de Desarme de la Sociedad después de la caída del gobierno laborista por el cual había sido designado delegado. En general, la política socialista fue utilizar a la Sociedad como instrumento para la ejecución de políticas de desarme y arbitraje internacional, subrayando sus defectos y pidiendo que se ampliara su autoridad.

Esta política suponía, inevitablemente, la concentración sobre asuntos que tenían poco que ver, de modo directo, con el socialismo y planteaban cuestiones acerca de las cuales los socialistas parlamentarios podían estar de acuerdo con radicales burgueses y pacifistas que no aceptaban la fe socialista ni veían en el capitalismo la principal causa del peligro de guerra. No era peculiarmente socialista laborar por la prescripción de la guerra, la aceptación del arbitraje como medio final de resolver todas las disputas internacionales y el desarme progresivo por acuerdo mutuo de las grandes potencias, para librar a los pueblos de los costos opresivos del armamento cada vez más intenso. Desde el punto de vista socialista, estas medidas eran plenamente deseables: la cuestión era si son o no una ilusión buscarlas a través de una Sociedad que era, esencialmente, una federación flexible de gobiernos capitalistas, que rechazaría seguramente cualquier proposición que intentara asestar un golpe

a las raíces del capitalismo y del imperialismo, considerado como inseparable de aquél en el mundo moderno. En su mayoría, los socialistas parlamentarios estaban dispuestos a utilizar la Sociedad, con esperanzas de enmendarla gradualmente, lo mismo que esperaban enmendar gradualmente las prácticas de sus propios países por el aumento de la influencia socialista mediante las victorias electorales, que llevarían a su debido tiempo a la conquista del poder político. La alternativa —rechazo de la Sociedad y de todas sus manifestaciones— habría llevado consigo la suposición de que el capitalismo debía ser derrocado por la revolución antes de que pudiera surgir una Sociedad de Naciones capaz de prestar servicios valiosos a la humanidad; y esta opinión no podía conciliarse con la idea del socialismo como algo que debía ganarse por etapas, pacíficamente y no por medios revolucionarios. En consecuencia, gran parte de la actividad de la Internacional Laborista y Socialista se refirió a los asuntos de la Sociedad, más que al socialismo; y las secciones más largas y detalladas de los informes secretariales a sus congresos eran las que se referían a sus esfuerzos por promover las causas del desarme y el arbitraje.

Los voceros del socialismo no comunista manifestaban un gran idealismo al favorecer la paz. El socialismo y el pacifismo eran causas claramente ligadas en el espíritu de muchos socialistas; y la tendencia de casi todos los socialistas parlamentarios, frente a la restauración del capitalismo sobre la mayor parte del mundo después de 1918- y la desaparición de las perspectivas de su supresión por la revolución mundial, fue variar del intento de eliminar las causas de la guerra destruyendo el capitalismo —lo que parecía impracticable por el momento— a tratar de mejorar las posibilidades de un avance hacia el socialismo reduciendo el peligro de guerra. Así, pacifismo y socialreformismo parecían ir juntos y eran promovidos conjuntamente por los partidos miembros de la Internacional Laborista y Socialista, con muy poca oposición —excepto la de los comunistas y algunos otros revolucionarios que no tenían interés en promover reformas que pudieran realizarse dentro del capitalismo y estaban dispuestos todavía a volver a la tarea semisuspendida temporalmente de realizar la revolución mundial.

Un efecto de este acento en la paz, el arbitraje y el desarme fue que los aspectos económicos de la actividad potencial de la Sociedad fueron descuidados, algunas veces inconscientemente, pero otras con propósito deliberado. Porque en la campaña por la paz era necesario buscar aliados dondequiera que pudiesen estar y, especialmente, entre los partidarios liberales de un orden internacional; pero la mayoría de estos aliados se habrían opuesto fuertemente a los proyectos de un orden económico internacional planificado que había figurado entre los principales obje-

tivos de los partidarios socialistas de una sociedad de pueblos contra una simple sociedad de gobiernos. Las grandes esperanzas de colocar a los imperios dependientes de los diversos estados bajo una autoridad internacional democráticamente organizada o de una cruzada mundial para elevar los niveles de vida de los pueblos más atrasados, se desvanecieron simplemente, quedando sólo la prolongación de la vieja campaña radical y pacifista para evitar la guerra y establecer una autoridad internacional casi limitada a este solo fin. No era fácil evitarlo, por el momento, para los socialistas que rechazaban la doctrina comunista de la revolución universal y tenían que enfrentarse al hecho de un capitalismo reconstruido que parecía capaz de mantenerse, cuando menos, por un tiempo considerable. Sólo cuando el capitalismo se hundió en la crisis y depresión de los años treinta, cambió la situación volviendo el problema de su derrumbe próximo más dramáticamente al primer plano de la conciencia; y, por entonces, el pacifismo se había convertido en un elemento tan asimilado a la política socialista moderada que los partidos socialistas occidentales encontraron gran dificultad para adaptar sus políticas a la nueva situación producida por el surgimiento del nazismo y el rápido desarrollo de la amenaza fascista a la paz y los métodos democráticos de enfrentarse a los problemas mundiales.

No había, en verdad, en los años veinte un término medio efectivo para el socialismo parlamentario, entre aceptar el orden capitalista existente, tratando de modificar su funcionamiento fortaleciendo la Sociedad de Naciones y presionando en todos los países parlamentarios en pro de avances graduales hacia el "Estado benefactor" —la política que los partidos socialistas occidentales seguían realmente— o Pegar a un acuerdo con los rusos para una acción concertada destinada a realizar el socialismo. El socialismo no podía ser lo bastante fuerte, sin la positiva colaboración rusa con la socialdemocracia occidental, para derrumbar al capitalismo o evitar que la mayor parte del mundo siguiera siendo gobernada según los patrones capitalistas. Por eso, a pesar de la intransigencia de la Unión Soviética y del Comintern, tanto socialistas de izquierda occidentales se negaban a renunciar a la esperanza, no sólo de una *detente* con la Unión Soviética, sino de una alianza positiva con ella en el terreno de los problemas internacionales. Estos socialistas esperaban que los comunistas, cuando comprendieran que sus esperanzas de revolución mundial debían posponerse, estarían dispuestos a renunciar a su aguda hostilidad hacia otros socialistas y a unirse a ellos en una lucha común para oponerse al capitalismo por medios reformistas y que la Unión Soviética participaría en la Sociedad de Naciones y dejaría de comportarse en una forma meramente subversiva. Es fácil decir ahora —e inclusive puede ser cierto— que nunca hubo verdaderas perspectivas

de que la Unión Soviética, bajo la sospechosa dirección de Stalin, siguiera ese camino. Esto era, en todo caso, mucho menos evidente en los últimos años de la década de los veintes, cuando los rusos, después de su gran revés en China, restauraban rápidamente sus industrias y se preparaban para lanzarse al primero de sus planes quinquenales; y no sólo izquierdistas como Harold Laski y H. N. Brailsford, sino también gradualistas reconocidos como Sidney y Beatrice Webb fundaban evidentemente su política en esperanzas de un *rapprochement* y una alianza entre el socialismo oriental y el occidental. Esta alianza puede haber sido impracticable por intransigencia de ambas partes y, de hecho, por la irreconciliabilidad de sus principios respectivos y dogmas básicos. Pero ¿qué otra cosa podía hacer un socialista sincero que no aceptaba ninguna de las doctrinas extremas? No podía escoger una de la opiniones extremistas si no creía en ella; y el único camino abierto era seguir afirmando que creía y aprovechar todas las oportunidades que se le presentaran "de trabajar con cualquiera de los grupos en la esperanza, aunque no pudiera unificarlos, de realizar por estos medios algunos objetivos valiosos. En los años veinte esto significaba con mayor frecuencia colaborar con los socialistas de derecha, porque eran los más dispuestos a recibir ayuda y los menos dispuestos a denunciar a los que trataran de ayudarlos como traidores. En los años treinta, después del surgimiento del fascismo en Alemania, el centro fue llevado con frecuencia.cada vez mayor a una acción conjunta con los comunistas, especialmente en relación con los movimientos en favor del establecimiento de un frente popular antifascista. Pero ninguna de estas orientaciones logró un triunfo durable. La división entre reformismo y revolucionarismo suponía diferencias demasiado profundas —no sólo en cuestiones de principio y de doctrina sino también en problemas de práctica cotidiana— para que la oposición pudiera ser superada o se pudiera prescindir de ella en silencio por consentimiento mutuo. La batalla de las Internacionales rivales era una batalla real de temperamentos opuestos y de convicciones opuestas. Era, en mi opinión, una batalla entre dos caminos desviados incapaces de reunir sus fuerzas para constituir un camino recto.

CAPÍTULO XI

ITALIA HASTA LA VICTORIA FASCISTA

Como hemos visto,[1] la mayoría de los socialistas italianos se opusieron a la entrada de Italia en la primera Guerra Mundial y mantuvieron su oposición en los años siguientes. Hubo, sin embargo, desde un principio, grupos disidentes, especialmente los socialistas reformistas, encabezados por Leonida Bissolati (1857-1919) e Ivanoe Bonomi (1873-1951), que habían sido expulsados del Partido Socialista en 1912, por moción presentada por Benito Mussolini (1883-1945) y habían establecido después Su propio partido. En el mismo Congreso, realizado en Reggio Emilia, en julio de 1912, el Partido Socialista en el Parlamento había sido sometido estrictamente a las órdenes de la "dirección" extraparlamentaria del Partido. Claudio Treves (1869-1933) había sido sustituido por Mussolini como editor del principal órgano del partido, *Avanti*. Eran los días de la guerra de Libia, a la que se opuso vigorosamente el Partido Socialista —sobre todo Mussolini—. Durante las guerras de los Balcanes, los socialistas apoyaron la estricta neutralidad; y, cuando la guerra europea estalló en 1914, el partido pareció unificado al principio en cuanto a oponerse a la participación de Italia. En octubre de 1914, no obstante, Mussolini había cambiado de opinión y se había vuelto partidario de la intervención italiana del lado de los aliados. Este cambio de frente fue seguido de su expulsión del Partido Socialista. Eliminado de la dirección de *Avanti,* inició su propio *Popólo d'Italia* y empezó a constituir los Fasci di Combattimento, de los que se desarrolló el movimiento fascista. En abril de 1915 el gobierno de derecha de Salandra firmó el tratado secreto de Londres de acuerdo con el cual Italia, a cambio de algunas concesiones territoriales, acordaba entrar en la guerra al lado de los aliados al mes siguiente. El viejo Primer Ministro, Giolitti, trató entonces de desplazar a Salandra y logró el apoyo de una mayoría de la Cámara de Diputados; pero el rey se negó a deponer a Salandra, quien permaneció en el poder y, en mayo, declaró' la guerra a Austria-Hungría, pero no a Alemania. Ante este hecho, el Partido Socialista envió, a través de su dirigente veterano, Costantino Lazzari (1857-1927), una circular instando a sus miembros "a no colaborar ni sabotear"; y ésta fue, por cierto tiempo, la línea oficial del partido. En agosto de 1916, el nuevo Primer Ministro, Paolo Boselli, declaró la guerra a Alemania, y su gabinete incluyó a Bissolati. Ya había un gran des-

1 Véase p. 37.

acuerdo en Italia acerca del tratado secreto de Londres, cuyas condiciones se habían descubierto, aunque no fue publicado hasta después que los rusos encontraron una copia en los archivos zaristas después de la Revolución. Bissolati se convirtió en uno de los principales partidarios de lo que se conoció como "renuncia", o sea, renunciar a todos los derechos a los territorios adjudicados a Italia en el tratado, excepto aquellos habitados principalmente por italianos. También Mussolini, en común con el Partido Socialista, estaba entre los partidarios de la renuncia.

En febrero de 1917 el Partido Socialista italiano adoptó un nuevo programa, que serviría de base a su acción de posguerra. Se declaró en favor del sufragio universal y en pro de una República y demandó un desarrollo extensivo de las obras públicas, especialmente la reclamación de las tierras baldías. En esta Conferencia, realizada en Roma, se desarrolló una aguda lucha entre el ala izquierda del partido, encabezada por Amadeo Bordiga (n. 1889) y el centro, que recibía también el apoyo del ala derecha, relativamente débil. Ambos grupos censuraron al partido parlamentario por su inactividad y lo instaron a que se acercara más al movimiento de masas y ofreciera una más fuerte oposición a la guerra. En efecto, la única diferencia real era que la izquierda era definitivamente revolucionaria y antiparlamentaria, mientras que el sector mayoritario, aunque proclamaba también intenciones revolucionarias, apoyaba la acción parlamentaria por el momento, sujeta a la condición de que el Partido Socialista parlamentario no entrara en alianzas con ningún sector de la burguesía ni participara ni diera su apoyo a ningún gobierno burgués.

Estos acontecimientos tuvieron lugar en un momento en que la guerra marchaba mal para los italianos. Al empezar a desintegrarse los ejércitos rusos después de la Revolución de febrero, los austríacos se vieron libres, por primera vez, para dirigir el grueso de sus fuerzas contra los italianos y los alemanes quedaron también en libertad para brindarles poderosa ayuda. A los dos meses de la conferencia socialista, Cadoma- había sido totalmente derrotado en Caporetto y el ejército italiano fue amenazado con una desintegración semejante a la que afectaba a los rusos. En esta situación desesperada, Orlando sustituyó a Boselli a la cabeza del gobierno, con Francesco Nitti como su principal colega y Diaz, asumiendo el puesto de Cadorna como comandante, logró restaurar la disciplina del ejército y evitar un desastre militar total. La crisis nacional agravó las diferencias entre los socialistas: el ala derecha del Partido Socialista, conducida por el veterano Filippo Turati (1857-1932) y fuerte entre los delegados, aunque débil de "apoyo popular, apoyó abiertamente el esfuerzo bélico, mientras que la izquierda, en la

cual surgió Nicola Bombacci (1879-1945) como poderoso líder demagógico, vio en la confusión general una oportunidad para intensificar la propaganda antibelicista como un paso bacia la revolución efectiva. Bombacci, quien había de convertirse después en un prominente fascista, y que sería condenado a morir con Mussolini en 1945, aparecía entonces en la extrema izquierda; pero, en general, tenía el apoyo de la mayoría en la organización del partido, encabezada por el veterano Constantino Lazzari. A principios de 1918 él y Lazzari fueron arrestados; pero la agitación prosiguió. La guerra era profundamente impopular entre el pueblo italiano, y los sindicatos y el Partido Socialista ganaron fuerza rápidamente. Los socialistas italianos, como vimos, habían sido los principales promotores de las Conferencias de Zimmerwald y de Kienthal de 1915 y 1916;[2] y sus dirigentes siguieron con profundo interés y simpatía el curso de los acontecimientos en Rusia, en 1917. La mayoría del partido dio su apoyo entusiasta a la Revolución bolchevique; y la izquierda y el centro por igual esperaban sólo la oportunidad de seguir el ejemplo de Rusia, aunque no lo interpretaban del mismo modo. Esta oportunidad, sin embargo, pensaban casi todos, no vendría hasta que terminara la guerra: pocos se sentían lo bastante fuertes como para intentar la acción antes de que el gobierno, una vez terminada la lucha en la frontera, tuviera que hacer frente a los inmensos problemas que surgirían de la desmovilización y de las promesas hechas por los políticos de dar tierras a los campesinos y legislación social a los trabajadores industriales —promesas que estaban seguros no tratarían siquiera de cumplir quienes las habían formulado.

Fortalecidos por contingentes franceses y británicos, los ejércitos italianos no se disolvieron después del desastre de Caporetto. Diaz, dispensando una prudente clemencia a desertores y rebeldes, logró mantenerlos unidos; pero grandes núcleos de desertores se encontraban en el extranjero, en las más remotas regiones. Fue, sin embargo, en Austria-Hungría y no en Italia donde ocurrió el colapso decisivo de 1918; y los italianos se encontraron al lado de los vencedores en una guerra que había sido impopular desde el principio y se había vuelto cada vez más impopular después de la humillación de Caporetto y el fortalecimiento del sentimiento revolucionario por los acontecimientos de Rusia.

El socialismo revolucionario, no obstante, era sólo una de las numerosas fuerzas que cobraban rápidamente influencia después de 1917. El nacionalismo romántico, bajo la influencia del poeta aviador Gabriele D'Annunzio (1863-1938), se convirtió, en los primeros meses de 1919, en una fuerza creciente en un sector de los jóvenes, que se oponían

[2] Véanse pp. 37-8.

fieramente a cualquier renuncia de las pretensiones italianas en los tratados secretos y a cualquier concesión a las reclamaciones eslavas a expensas de los italianos de Dalmacia o Trieste. Los fascistas de Mussolini eran también un grupo creciente, conducido por un hombre decidido, por encima de todo, a vengarse de los socialistas que lo habían expulsado por su apoyo a la intervención de Italia en la guerra. En los primeros meses de 1919, sin embargo, el fascismo era aún una fuerza política muy insegura. El propio Mussolini era todavía un "partidario de la renuncia" en relación con los tratados secretos. Su única idea clara era que los socialistas, a pesar de sus intenciones revolucionarias manifiestas, no actuarían efectivamente ni tenían la concepción de una política concreta que estuvieran dispuestos a llevar a efecto. Se preparaba a lanzar el peso de sus fascistas contra ellos llegado el momento; pero, por entonces, tenía conciencia de ser demasiado débil para adoptar una línea independiente. Mucho más importante, por el momento, parecía ser el surgimiento del catolicismo romano como movimiento político organizado en busca del poder parlamentario.

Hasta 1918, la jerarquía católica, aunque había abandonado su política de instar a los buenos católicos a negar el reconocimiento al Estado italiano secular, había permanecido hostil a la formación de un partido confesional dedicado a la protección de los intereses católicos. Católicos activos habían participado en la política parlamentaria principalmente como miembro de los partidos burgueses de derecha; y el núcleo más importante de campesinos católicos no había participado en absoluto. Pero, en 1919, la reforma electoral había creado un electorado de masas bajo un sistema de representación proporcional que obligaba a los dirigentes de los partidos políticos a buscar el apoyo de las masas; y, en estas circunstancias, el Papado modificó su política tradicional y permitió al sacerdote siciliano, Don Luigi Sturzo (n. 1870), establecer el Partido Popular, como exponente de un catolicismo democrático, armado de un amplio programa de reforma social como baluarte contra el anticlericalismo y la revolución. El Partido Popular, fundado a principios de 1919, estaba constituido por diversos elementos, desde los conservadores reaccionarios hasta los social-radicales avanzados; pero su apelativo popular acentuaba su aspecto radical, particulrmente en relación con la reforma agraria y la legislación social y en su demanda de descentralización y reducción de las facultades burocráticas de la maquinaria estatal. Pudo, así, aprovechar la impopularidad y descrédito de los viejos partidos y convertirse en centro de un gran núcleo de descontento campesino, especialmente en el sur, que los socialistas no habían podido sumar en su apoyo. En efecto, la gran debilidad de los socialistas era que, en un país predominantemente agrícola, no habían podido, salvo

en algunas regiones como Emilia, ganarse un núcleo considerable de apoyo rural y no habían demostrado capacidad alguna para entender los problemas o las actitudes del campesino. Entre los peones de algunas provincias se habían abierto paso; entre los agricultores católicos, a pesar de sus malísimas condiciones y creciente descontento, no lo habían logrado.

El nuevo Partido Popular tuvo un éxito sorprendente en su apelación a estos grupos atrasados y pudo establecerse rápidamente como una fuerza poderosa entre los católicos de las ciudades. En las elecciones generales de 1919 obtuvo 100 asientos —casi uno de cada cinco—. Si los socialistas y los católicos populares hubieran podido llegar a un acuerdo habrían logrado juntos una pequeña minoría y, con un mínimo de apoyo radical, habrían podido formar un gobierno viable. Los fascistas y los seguidores de D'Annunzio tenían por igual, escasa importancia electoral en 1919. Semejante coalición no era, sin embargo, ni remotamente posible. No sólo los socialistas eran de modo notable anticlericales: estaban comprometidos en una política, si no de revolución inmediata, cuando menos de preparación revolucionaria que eliminaba cualquier intento de utilizar al Parlamento como instrumento de amplias reformas sociales. En marzo de 1919 anunciaron su secesión definitiva de la Segunda Internacional, o más bien su negativa a participar en la decisión de la Conferencia de Berna de reconstituirla. Después, en el Congreso de Bolonia de octubre de 1919, realizado poco antes de las elecciones, se pronunciaron decisivamente en favor de la revolución violenta al estilo ruso, afirmando que "el proletariado debe recurrir al uso de la violencia para defenderse contra la violencia burguesa, para conquistar el poder y consolidar las conquistas revolucionarias". Esta declaración fue matizada por la decisión de participar en las próximas elecciones y utilizar 'los órganos del Estado burgués para realizar la más intensa propaganda de los principios comunistas y efectuar el derrocamiento de los órganos de la dominación burguesa". Sobre esta base, el Congreso de Bolonia procedió a revisar el viejo programa del Partido Socialista, redactado en 1892, y a incorporar en la versión revisada la afirmación de que "había comenzado una etapa revolucionaria en la que una profunda transformación de la sociedad conducirá en lo sucesivo al derrocamiento violento del dominio burgués capitalista". El programa declaraba después que 'los instrumentos de opresión y explotación del dominio burgués (estados, comunas y burocracia) no pueden transformarse de ninguna manera en órganos de liberación del proletariado" y que, "contra estos órganos deben crearse nuevos órganos proletarios (consejos de trabajadores y campesinos, consejos de economía pública, etc.) que funcionarán primero, durante la dominación burguesa, como instrumentos

de la lucha violenta por la liberación y después como órganos de transformación social y económica y de reconstrucción en el nuevo orden comunista". El programa anunciaba que su "conquista violenta del poder" instalaría "el régimen de transición de la dictadura del proletariado" y que, después de esta transición "con la desaparición de las clases desaparecerá todo dominio de clase y el libre desarrollo de cada una será la condición del libre desarrollo de todas". Finalmente, la resolución declaraba la adhesión del Partido Socialista a la Tercera Internacional, como "la organización proletaria internacional que expone y defiende estos principios" y decidía llegar a un entendimiento con los sindicatos que aceptaran la lucha de clases para que estos sindicatos pudieran "basar su acción en la más profunda realización de estos principios".

Lo que significaba todo esto, en efecto, era que la fracción dominante del Partido Socialista italiano, comprometiéndose a perseguir una política de revolución violenta, tenía conciencia de la falta de preparación para la inmediata conquista revolucionaria del poder y contemplaba una etapa durante la cual el gobierno parlamentario continuaría, con los diputados socialistas en implacable oposición al gabinete burgués, cualquiera que fuera su integración o su política, y que, fuera del Parlamento, los socialistas, ayudados por los sindicatos, harían lo posible por hacer impracticable este sistema de gobierno y por construir sus propias instituciones proletarias, dispuestos a reemplazarlos tan pronto como poseyeran la fuerza necesaria para tomar en sus manos el poder. Planeando, así, una revolución en dos etapas, estaban influidos, sin duda, no sólo por su sentimiento de no estar preparados para la revolución proletaria, sino también por el hecho de que la Revolución rusa se había realizado en dos etapas y que la estrategia bolchevique en Rusia había descansado en la teoría de dos revoluciones sucesivas, la primera burguesa y la segunda proletaria.[3] No había, por supuesto, una verdadera analogía entre las condiciones que se habían dado en Rusia hasta 1917 y las que existían en Italia en 1919; porque, en Italia, la revolución burguesa o, en todo caso, el sistema burgués de gobierno, por el que tuvieron que luchar los rusos en 1917, ya estaba establecido. No obstante, la sugestión de los acontecimientos de Rusia era tan fuerte que parecía necesario seguir el mismo curso amplio en Italia; y esta estrategia se ajustaba a la impreparación de los socialistas italianos para intentar de inmediato una completa revolución proletaria.

Esta declaración política de Bolonia se produjo por moción de los llamados "eleccionistas maximalistas", que constituían la principal fuerza

[3] Véase p. 77.

del partido. Recibió 48 411 votos contra 14 880 en favor de una moción de los "unitarios maximalistas", apoyados por el ala derecha, que no era lo bastante fuerte como para presentar una moción propia y contra sólo 3 417 votos por una moción de la extrema izquierda, que se oponía a participar en las elecciones parlamentarias y favorecía un intento revolucionario inmediato. El ala izquierda estaba dirigida por Amadeo Bordiga, cuyos seguidores se separaron de los socialistas y formaron un Partido Comunista italiano independiente. Turati y Treves, dirigentes del ala derecha parlamentaria, se abstuvieron de presionar en favor de su propio punto de vista porque se aferraban a la idea de la fundamental importancia de no dividir el partido, ni separándose de él ni por expulsión. Votaron, pues, con los "unitarios maximalistas", que compartían su hostilidad a una división, pero diferían de ellos en que admiraban a los bolcheviques y favorecían una política revolucionaria más que reformista. Como los partidarios maximalistas de la unidad no corrían riesgo, en esta etapa, de ser expulsados del partido, esta táctica salvó al ala derecha del peligro inmediato de expulsión a pesar de su aguda oposición a las consignas revolucionarias favorecidas por la inmensa mayoría.

La lucha dentro del Partido Socialista y los sindicatos, que culminó en octubre de 1919, había ido creciendo en intensidad desde el armisticio de noviembre anterior. La primera etapa importante había sido la del congreso de Bolonia de la Confederación General del Trabajo (C.G.L.), la principal organización sindical, en enero de 1919. La Confederación General del Trabajo había adoptado entonces un programa de posguerra, donde pedía el establecimiento de una República, la abolición del senado, la representación proporcional y la introducción de un sistema de iniciativa popular, referéndum y veto respecto a la legislación, así como la abolición de la policía política y el pleno control de la política exterior por la cámara de diputados. Además, el programa de la Confederación General del Trabajo incluía una demanda poco clara de la convocatoria de una Asamblea Constituyente (II *Costituente),* concebida, primordialmente, como un organismo autorizado a revisar las instituciones económicas básicas de Italia, a introducir una amplia reforma agraria y a ocuparse del problema del control de la industria y el *status* de la propiedad en la propuesta República. Nunca se estableció claramente cómo debería elegirse *II Costituente* ni cuáles habrían de ser sus poderes y funciones. Las palabras eran una consigna más que un proyecto claramente formulado; y la demanda dio origen, de inmediato, a una fiera controversia entre los que sostenían que sería un organismo puramente proletario, descansando en las cámaras de trabajo locales y los que tenían en mente una especie de asamblea general

electa para actuar al lado de la cámara de diputados regular. Los diputados socialistas en la cámara entonces existente, en su mayoría seguidores de Turati y partidarios del gobierno parlamentario, rechazaron en seguida el proyecto de la C.G.L. Fue rechazado con vehemencia aún mayor por el ala izquierda socialista, que era partidaria de la revolución violenta y la destrucción inmediata del Estado existente como institución esencialmente burguesa.

La C.G.L. estaba en efecto, en 1919, mucho más **a** la derecha que la mayoría de los socialistas. Descansando principalmente en el apoyo de las cámaras de trabajo locales que existían en la mayoría de las ciudades importantes, unían a la mayoría de los miembros de los sindicatos sobre una base de estrecha cohesión local más que de agrupaciones nacionales por oficio o industria. Incluía algunas federaciones indus-tríales nacionales fuertemente organizadas, como la Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos (F.I.O.M.), que sería la protagonista en la ocupación de las fábricas en el otoño de 1920; pero estos organismos eran excepcionales y el otro sindicato industrial importante, el de los trabajadores ferroviarios, no estaba afiliado a la C.G.L. En este sindicato la influencia sindicalista era fuerte y había, también, otra agrupación de sindicalistas, la Unión Sindicalista Italiana, mucho más pequeña y con menor influencia que la C.G.L. Los católicos tenían también su propio movimiento sindical, la Unión Italiana del Trabajo, formada antes de la guerra, pero de poca importancia hasta que se convirtió, en 1919, en uno de los instrumentos del nuevo Partido Popular. La misma C.G.L. era notablemente socialista en su dirección, pero destacaba antes que todo la acción huelguista para el mejoramiento de las condiciones laborales y las demandas de estabilización de los precios y legislación social, más que la revolución. Estaba, no obstante, como la C.G.T. francesa, muy interesada en el control a través de los trabajadores y en las demandas de participación en la administración de **la** industria; y algunas de sus cámaras locales estaban activamente asociadas al movimiento de cooperativismo entre los productores, lo mismo que a la promoción del cooperativismo entre los consumidores sobre una base decididamente obrera. En 1919 los sindicatos y las cooperativas de trabajadores crecían en gran proporción; y el Partido Socialista, con todo su revolucionarismo, estaba ansioso de conservar buenas relaciones con la C.G.L. y esperaba ganarla como un todo para la causa revolucionaria.

En Italia, como en otros muchos países, 1919 fue un año de escasez, de inflación y rápida subida de los precios. La lira, que se había mantenido a 6.34 en relación con el dólar a fines de 1918, había bajado de valor, un año después, en dos terceras partes y estaba en 18.47. Había serias dificultades con las impoitaciones de carbón y materias pri-

mas, de las cuales dependían la industria italiana y el transporte para su existencia misma. La producción tuvo que reducirse y se limitaron los servicios ferroviarios. Los soldados que regresaban sólo podían conseguir trabajo compartiendo, a medio tiempo, los de los ya empleados. Los precios de los alimentos subieron mucho y el gobierno se vio obligado a subsidiar el pan en una escala cada vez mayor. Las huelgas eran numerosas y se ganaban generalmente —al menos, en el sentido de que los salarios se elevaban constantemente en vista del creciente costo de la vida—. Por el momento los patronos tenían que ceder terreno; pero los grandes industriales se volvieron cada vez más obstinados ante las demandas sindicales, no sólo de aumento de salarios sino de una participación real en el control de la industria. En el verano de 1919 algunos grandes patronos habían empezado a financiar a los fascistas como la fuerza con más posibilidades de realizar una acción efectiva contra el movimiento obrero.

Los fascistas, en efecto, ya se habían lanzado a la campaña de violencia ilegal que habría de destruir, en pocos años, los movimientos socialista y sindical y que llevaría a Mussolini al poder supremo. Los grupos de Arditi de Mussolini ya realizaban actos esporádicos de violencia contra los socialistas y las cámaras de trabajo en los primeros meses de 1919; y, en abril, Mussolini escenificó su primer acto espectacular de venganza contra sus antiguos camaradas. Una fuerza de Arditi, bajo sus órdenes, saqueó y quemó las oficinas de *Avanti* en Milán y el atentado no fue castigado ni vengado. Los trabajadores de Milán respondieron, sí, con una huelga general y se reunieron fondos para reconstruir los edificios destruidos. Pero no se hizo nada para acabar con las hordas fascistas; y desde este momento, Mussolini se dirigió a los grandes patronos en busca de apoyo para su batalla antisocialista de violencia y destrucción.

En junio de 1919, el relativamente liberal Francesco Saverio Nitti sucedió a Orlando como Primer Ministro. Nitti, bien conocido como economista y teórico de la política, era un italiano meridional sin un gran partido detrás y sin un conocimiento cercano, excepto académicamente, de las fuerzas políticas y sociales con las que tenía que tratar. Le habría gustado asumir el poder en un gabinete reformista moderadamente liberal, fundado en un amplio apoyo parlamentario y habría aceptado con satisfacción una moderada ayuda socialista; pero no había base para semejante gabinete en las condiciones existentes de la política italiana y Nitti no era el hombre para atacar efectivamente los problemas terriblemente difíciles de la reforma agraria y la inflación. Se ocupaba más de las cuestiones de política exterior, en relación con la cual tuvo que hacerse cargo de la situación creada por la fraca-

sacia intransigencia de Orlando en la Conferencia de Paz de París y hacer lo posible porque los aliados suministraran más carbón y materias primas a precios no demasiado exorbitantes, así como reducir las tensiones entre Italia y sus vecinos del otro lado del Adriático. Sus dificultades aumentaron enormemente cuando, en septiembre de 1919, D'Annunzio condujo a sus legionarios a ocupar Fiume, donde había guarnición de fuerzas aliadas, desafiando así al gobierno y precipitando una crisis de las relaciones internacionales. La guarnición franco-británica, antes que luchar contra los legionarios, se retiró, dejando a D'Annunzio en posesión del lugar; procedió entonces a organizar un gobierno independiente y pudo conservar la ciudad por más de un año porque el gobierno italiano no se atrevía a ordenar a las fuerzas armadas del Estado que lo desalojaran.

En los meses siguientes, Nitti renunció a su cargo más de una vez, pero volvía al poder porque no parecía posible ningún otro gobierno, ante la fuerza combinada de los socialistas y el Partido Popular. Las huelgas y la inflación empeoraron y la situación de las finanzas públicas siguió deteriorándose rápidamente. En marzo de 1920 los industriales hicieron un llamado para una acción más vigorosa del gobierno destinada a sofocar el movimiento de huelga y a reducir los gastos públicos; y, en mayo, Nitti, bajo fuerte presión de la derecha, emitió un decreto real que imponía una reducción severa en el subsidio del pan. La consecuente subida en el costo de la vida produjo una enorme protesta de la izquierda y Nitti suprimió primero el decreto para después, perdido su precario apoyo parlamentario, renunciar. El "viejo zorro" Giolitti, que había esperado ansiosamente su oportunidad, volvió al poder a la cabeza de un gobierno que incluía al conde Sforza, al antiguo socialista Bonomi y al notable filósofo liberal, Benedetto Croce, cuyo periódico, *La Critica Sociale,* tenía gran reputación en toda Europa. Giolitti, en un intento por aminorar sus problemas, ordenó la evacuación de Albania por las fuerzas italianas, pero no se sintió todavía lo bastante fuerte como para actuar por la fuerza contra D'Annunzio. La acción de Giolitti en Albania provocó una gran protesta de la derecha nacionalista, pero ayudó a aliviar la tensión internacional. La situación interna, no obstante, se agudizó cada vez más al producirse una gran disputa entre los poderosos industriales y la Federación de Obreros Metalúrgicos, el sector más fuerte y vigoroso de la C.G.L. En vista de la negativa de los patronos a aceptar las demandas de los trabajadores, la F.I.O.M., en agosto de 1920, dio órdenes a sus miembros de no ir a la huelga, sino de trabajar despacio y estrictamente de acuerdo con los reglamentos. Esto exasperó a los patronos y, cerca de finales de agosto, la administración de las grandes plantas Alfa Romeo en Milán de-

claró un despido general y cerró la fábrica. Los trabajadores respondieron ocupando la fábrica y exigiendo que los patronos aceptaran otorgar a sus representantes una participación en el contrel de la empresa. La disputa se extendió rápidamente: bajo las órdenes de la F.I.O.M. una fábrica tras otra fue ocupada por los trabajadores, que o bien obligaron a gerentes y técnicos a aceptar sus órdenes o designaron sus propios gerentes y trataron de continuar la producción bajo el control sindical, demandando en todas partes un nuevo orden que supusiera la participación efectiva de los trabajadores en la gerencia y la dirección de la política industrial. Por estar concentradas las grandes plantas metalúrgicas en el norte, especialmente en Turín y Milán, el movimiento no tuvo, momentáneamente, un efecto sustancial directo en el resto del país; pero sus consecuencias inmediatas fueron inmensas, porque planteó claramente el problema de si los trabajadores intentaban convertir la ocupación en la revolución que habían amenazado realizar tan pronto como maduraran las condiciones. Para estar en posición de proseguir la producción bajo su propio control, los sindicatos tenían que obtener materias primas y combustible, así como dinero para pagar los salarios; y no podían hacerlo si no tenían posibilidades de vender lo que producían y obtener crédito para sacarlos adelante en el intervalo entre las ventas y el pago. Ni las clases patronales ni los bancos, ni el gobierno mismo, acudirían en ayuda de los trabajadores en estos aspectos; fue necesario, por tanto, casi de inmediato, decidir entre renunciar al intento de mantener la producción y convertir el movimiento en una revolución, apoderándose de los bancos y las empresas comerciales que controlaban el proceso mercantil. En estas circunstancias, Giolitti tenía que escoger también entre utilizar las fuerzas armadas para lanzar a los trabajadores de las fábricas y reinstalar a los gerentes capitalistas o permitir que continuara la ocupación, pero sin ayudar a los sindicatos para que resolvieran sus dificultades, esperando el momento de que se convirtiera en revolución o que se derrumbara, debiendo someterse los obreros por hambre. Confiado en que no se atreverían, de hecho, a realizar sus amenazas revolucionarias —o más bien las de los socialistas— Giolitti escogió la política de espera; y los acontecimientos demostraron que había calculado bien lo que sucedería. Porque la C.G.L., instada por los trabajadores metalúrgicos a definir su política, ni aceptó la derrota ni se declaró en favor de la revolución, sino que trató de prolongar el conflicto ordenando que la ocupación se extendiera de las industrias metalúrgicas a otras. Giolitti, entretanto, acudió personalmente a Turín, principal centro del movimiento de ocupación y gran baluarte del ala izquierda socialista y sindical, pronunciando allí una serie de discursos donde pareció responder a las demandas de los tra-

bajadores, inclusive a su pretensión de recibir participación en el control de la industria. Propuso que una comisión mixta, que representara igualmente a la Confederación General de la Industria —organización central patronal— y a la C.G.L., se estableciera para aconsejar al gobierno "formulando proposiciones para uso del gobierno, presentando un proyecto de ley que reorganizara a la industria sobre una base de participación de los trabajadores en el control técnico, financiero y administrativo de las empresas". A cambio de esto* los trabajadores evacuarían las fábricas y reanudarían el trabajo normal mientras se reuniera la comisión.

Giolitti, por supuesto, sabía perfectamente bien que la propuesta comisión no llegaría a un acuerdo y que, al final, el gobierno tendría que hacer sus propias proposiciones. Su propósito, como lo aclaró después en sus memorias, era romper el movimiento de ocupación sin utilizar la fuerza, "de modo que los trabajadores se convencieran de lo absurdo de sus proposiciones y que sus jefes (*caporioni*') no tuvieran excusa para echar la culpa a los demás". No tenía suficientes fuerzas a su disposición para lanzar a los trabajadores y conservar las fábricas contra ellos y, al mismo tiempo, mantener el orden en la calle, donde se reunieran en manifestaciones que habrían recurrido seguramente a la violencia. Si hubiera creído que había un peligro real de revolución, salvo como respuesta al uso de la fuerza por parte del gobierno, habría actuado sin duda de manera diferente; pero tenía conciencia de que la mayoría de los dirigentes de la C.G.L. se oponían a un intento revolucionario y que los dirigentes socialistas estaban también divididos. Confiaba, pues, en que el tiempo estaba de su parte, y que la ocupación fracasaría pronto, especialmente si, en todo caso, un sector de los participantes podía ser inducido a creer que el gobierno tenía intenciones de hacer algo por responder a sus demandas. Las cosas ocurrieron como había previsto. El Partido Socialista, al que acudió en busca de consejos la C.G.L., ofreció sustituir a los sindicatos en el control del movimiento, pero retrocedió ante la responsabilidad de convertirlo en revolución; mientras que los diputados socialistas pedían que el Parlamento, que estaba en receso, fuera convocado urgentemente para resolver la situación —que Giolitti consideraba que podía manejar mucho mejor en su ausencia—. En consecuencia, después de muchas maniobras de ambas partes, la comisión mixta se creó, pasó algún tiempo disputando acerca de la cuestión del pago del tiempo que duró la ocupación, estuvo en total desacuerdo respecto al control por los trabajadores, y se desintegró. Los trabajadores volvieron al trabajo sin haber obtenido nada y sufrieron una amarga desilusión cuando el gobierno no recomendó el control conjunto que Giolitti había parecido

prometer. Los socialistas se hicieron duras recriminaciones entre sí por su" incapacidad para hacer de la ocupación el punto de partida de la revolución. En toda Italia se sentía que la ola de sentimiento revolucionario entre los trabajadores había rebasado su cima y empezaba a retirarse; y los fascistas, con ayuda financiera cada vez mayor de los grandes negociantes, lanzaron una campaña de violencia de masas sistemática contra el movimiento obrero, confiados en que, por fin, tenían en sus manos a los odiados socialistas y comunistas. Pasarían aún dos años antes de la "marcha fascista" sobre Roma, que llevó a Mussolini al poder como jefe del gobierno. Pero, en septiembre de 1920, los socialistas no aprovecharon la única oportunidad real de intentar hacer la revolución y, después, su fuerza y sus esperanzas se desvanecieron rápidamente.

En el momento en que los socialistas y los sindicatos retrocedían ante la revolución, el Comintern entregaba al Partido Socialista la bomba de los "veintiún puntos" acordados en su segundo congreso. El ultimátum de Moscú, ya estudiado,[4] fue publicado en *Avanti* el 21 de septiembre de 1920, acompañado de un editorial donde se criticaban vigorosamente sus términos y se decía que quienquiera que los hubiera redactado sabía singularmente poco de Italia y sus socialistas. Lo que más contó al recibirse los "veintiún puntos" no fue la política que debía seguir el Partido Socialista, sino la demanda explícita de que expulsara a sus dirigentes del ala derecha, incluyendo al profundamente respetado Turati, su más notable figura internacional. Turáti, a pesar de su completo desacuerdo con la política revolucionaria a la que se comprometía oficialmente el Partido, había permanecido ligado a éste como firme creyente en la necesidad de unidad de la clase trabajadora, reencia que compartía con la mayoría de los dirigentes del centro y de la izquierda menos extrema. Expulsarlo, junto a sus colegas reformistas, habría significado una división que no se detendría con la supresión del ala reformista. Alcanzaría, cuando menos, a una proporción considerable de diputados socialistas y de los adherentes sindicales del" partido y dividiría al movimiento obrero en un momento en que, ante la creciente agresión de los fascistas, parecía más necesario que nunca estrechar filas. En consecuencia, muchos de los que habían sido partidarios entusiastas de la Tercera Internacional y su política consideraron que los "veintiún puntos" eran un bocado demasiado fuerte. No estaban dispuestos, por supuesto, a renunciar a su apoyo al comunismo ni a renunciar a su deseo de formar parte del Comintern; pero consi; deraban que este organismo se comportaba irrazonablemente respecto a

[4] Véase p. 301.

ellos y que debía hacerse un intento decidido para inducir a Moscú a alterar su política, cuando menos en la medida de permitir a los socialistas italianos que decidieran a quién expulsar y cuándo. G. M. Serrati (1872-1926), editor de *Avanti,* que había desempeñado un papel importante en las primeras negociaciones con el Comintern y había sido el más prominente partidario de la afiliación al mismo, era de esta opinión; y su opinión tenía mucho peso dentro del núcleo principal de la izquierda y del centro.

El Partido Socialista no se reunió en un congreso en pleno para resolver los términos de su respuesta, hasta enero de 1921. Pero inmediatamente después de recibidos los "veintiún puntos", el comité director del Partido se reunió y votó por 7 votos contra 5 en favor de su aceptación. Después se realizó el debate dentro del Partido acompañado de una serie de choques violentos con los camisas negras fascistas, quienes en una ciudad tiras otra se dedicaron a asaltar y destruir los edificios y los equipos socialistas, sindicales y cooperativos a golpear a los militantes obreros o a hacerlos ingerir dosis de aceite de ricino y a cometer todos estos atentados prácticamente sin interferencia de la policía y, con frecuencia, con su connivencia. El más espectacular de estos hechos fue el asalto de Bolonia, el 19 de noviembre de 1920. Ese día los camisas negras, después de exhibir avisos donde se ordenaba a todas las personas, con excepción de fascistas y comunistas, a permanecer dentro de sus casas, ocuparon la ciudad y se entregaron a una orgía de ataques y administración de aceite de ricino que los trabajadores organizados no estaban preparados para resistir. Hechos semejantes se produjeron en otros lugares: los trabajadores resistieron donde pudieron, pero los asesinos a sueldo de Mussolini tenían todas las ventajas de la disciplina y amplios recursos de su parte y la extrema brutalidad de la que hacían gala daba buenos resultados para desintegrar la solidaridad de la resistencia.

Entretanto, la ola de nacionalismo romántico que había llevado a D'Annunzio a Fiume en 1919 se había agotado y muchos partidarios de D'Annunzio habían trasladado su adhesión a los fascistas, quienes hablaban cada vez más como defensores de la nación contra la amenaza de la revolución internacional bolchevique. En cuestiones sociales, d'Annunzio nunca había sido hombre de derecha: sus ideas eran, en muchos aspectos, muy próximas al sindicalismo, con un toque de radicalismo, un mucho de autocracia personal y hasta cierta mezcla de influencia soviética. Al permitirle Giolitti conservar la posesión de Fiume, se había dedicado a trazar una Constitución para el Estado casi independiente que estaba tratando de establecer; y, como coincidencia, esta Constitución de la "regencia" italiana del Quarnero, con él como

regente, fue publicada el mismo día que empezó la ocupación de las fábricas en el norte de Italia. Incluía el con frecuencia citado Artículo 9 que decía lo siguiente:

> El Estado no reconoce la propiedad como un dominio absoluto del individuo sobre la materia, sino que ve en ella la más útil de las funciones sociales. No puede reservarse ninguna propiedad por una persona como si fuera parte de ella: es inadmisible que un propietario ocioso mantenga su propiedad inexplotada o malamente explotada, excluyendo a otros. El trabajo es el único título de poder sobre los medios de producción o de cambio. Sólo el trabajo es dueño de los bienes que ha hecho fructificar en su más alto grado y que ha hecho más beneficiosos para la economía general.

D'Annunzio, en efecto, trataba de convertirse en apóstol de una especie de sindicalismo nacionalista que apelaba, en las cuestiones internacionales, a los batalladores más intransigentes del movimiento nacionalista de derecha y, en las cuestiones internas, al sentimiento supremamente izquierdista de los sindicalistas y opositores de los políticos y el Estado burgués. En 1919 había un gran campo para apelar así a los elementos militantes del ejército desbandado y a los jóvenes; y D'Annunzio había parecido demasiado formidable para que el gobierno se atreviera a actuar enérgicamente en su contra. Pero a medida que el movimiento fascista creció y ofreció otra salida más espectacular para los amantes de la violencia, los partidarios de D'Annunzio desaparecieron y muchos de sus admiradores, como el conde Diño Grandi, se pasaron al movimiento fascista, donde su advenimiento produjo pronto una seria crisis interna. Porque, paradójicamente, Mussolini jugaba entonces con la idea de renunciar a su campaña de violencia y de entrar en negociaciones con el Partido Popular y el ala derecha de los sindicatos y aun del Partido Socialista, para formar un gobierno donde él mismo esperaba desempeñar el papel principal. El sector de Grandi, por otra parte, mientras proclamaba su adhesión al sindicalismo nacional de la Constitución d'annunziana de Quamero, estaba decidido a proseguir la campaña de violencia hasta que el Partido Socialista y los sindicatos socialistas fueran totalmente destruidos; y, al final, prevaleció esta facción, arrastrando tras de sí a Mussolini hacia un nacionalismo cada vez más agresivo, combinado con la guerra sin cuartel contra el movimiento obrero organizado en todas sus formas.

A pesar de este desarrollo del nacionalismo agresivo, la posición de D'Annunzio se debilitó progresivamente a medida que el principal cen-

tro **de** actividad se desplazó de Fiume y la "Irredenta" italiana del otro **lado** del Adriático hacia la lucha interna entre los fascistas y el movimiento obrero italiano. Al mes del asalto fascista a Bolonia, Giolitti se sintió lo bastante fuerte como para poner fin a la regencia de Quarnero, enviando fuerzas armadas para desalojar a D'Annunzio de Fiume; y, cuando se trató de hacerlo, unos cuantos disparos demostraron ser suficientes para inducir a los legionarios de D'Annunzio a rendirse. Su dirigente abandonó Fiume y dejó de contar como figura importante en las cuestiones italianas; la mayoría de sus partidarios se convirtieron al fascismo y nutrieron su ala más extremista.

Ésta era la situación cuando el congreso socialista se reunió en Leghorn, en enero de 1921, para decidir su respuesta al Comintern respecto a los discutidos "veintiún puntos". Había nuevamente tres facciones: los comunistas "puros", que eran partidarios de la aceptación total, incluyendo la exclusión del ala derecha; los comunistas "unitarios", que deseaban la adhesión al Comintern y aceptaban su política general, pero se negaban a recibir consignas para decidir a quiénes expulsar o cuándo debían hacerse las expulsiones; y los "concentracionistas", quienes eran contrarios a toda expulsión y hacían de la unidad del partido su objetivo principal manifestándose, por tanto, totalmente en contra de los "veintiún puntos". Este último grupo incluía, además de los socialistas reformistas encabezados por Turati, a un grupo considerable de dirigentes de la C.G.L., encabezados por Ludovico d'Aragona. Serrati, Lazzari y la mayoría de los antiguos dirigentes del ala izquierda socialista estaban en el grupo intermedio. Los comunistas "puros" estaban acaudillados por los jóvenes dirigentes de Turín, Antonio Gramsci (1891-1937) y Palmiro Togliatti (n. 1893), ambos intelectuales que habían reunido un gran número de partidarios entre los obreros metalúrgicos y en la cámara de trabajo de Turín.

En Leghorn, la victoria tocó al grupo intermedio, bajo la influencia predominante de Serrati. Obtuvo 92 028 votos, contra 54 783 de los comunistas "puros" y 14 695 del ala derecha concentracionista. La votación fue seguida inmediatamente por la secesión de los "puros", quienes se reunieron por separado y constituyeron el Partido Comunista italiano, como sección de la Internacional de Moscú. La división se extendió a los sindicatos. En el siguiente Congreso de la C.G.L., delegados representantes de 433 000 trabajadores se incorporaron al comunismo, mientras que la mayoría, representante de 1 436 000 permaneció en la C.G.L. Estas divisiones se facilitaban porque el sindicalismo italiano conservaba principalmente su base local, de modo que cada sección local podía decidir su adhesión.

El grupo victorioso en el Partido Socialista, aunque rechazó el ulti-

mátum de Moscú, no estaba dispuesto a prescindir de su deseo de participar en la Tercera Internacional. Envió al veterano Lazzari a Moscú para negociar con el Comintern, en la esperanza de persuadirlo a modificar sus condiciones; pero Lazzari regresó con las manos vacías, como le había pasado antes a Serrati. El Comintern no quería la adhesión de un Partido Socialista que contenía una minoría, aunque despojada de poder, de reformistas declarados: quería una división y prefería un Partido Comunista, con un apoyo minoritario, pero de indudable lealtad a Moscú, a un partido que incluyera a una gran mayoría, pero que insistiera en conservar su derecho a seguir su propia línea. En consecuencia, desde principios de 1921, el movimiento obrero italiano no sólo fue seriamente debilitado por el ataque fascista, sino que también se dividió mucho más en serio que por la secesión anterior del relativamente pequeño grupo antiparlamentario de Bordiga. En estas condiciones peleó las elecciones generales de mayo de 1921 experimentando una pérdida sorprendentemente pequeña. En 1919 había obtenido 156 asientos como Partido unificado; ganó ahora 128 y el nuevo Partido Comunista sólo 13. El Partido Popular subió de 100 a 106: los fascistas sólo llegaron a 33, mientras que el Bloque Nacional, una coalición de los partidos de derecha y burgueses, más algunos independientes, alcanzó un número de 220. Giolitti, colocado así en minoría, trató de mantenerse en el gobierno; pero cuando los populares y los fascistas le retiraron su apoyo cayó y el antiguo socialista, Ivanoe Bonomi, fue hecho Primer Ministro con el apoyo del Partido Popular. Fue entonces, justamente después de las elecciones, que se desarrolló la gran disputa entre Mussolini y Grandi dentro del movimiento fascista. Mussolini firmó un pacto con los socialistas prometiendo poner fin a su campaña de violencia; pero fue repudiado por sus propios seguidores y renunció entonces a todos sus cargos. Pero este curioso estado de cosas no duró mucho. Mussolini renunció rápidamente al pacto que la mayoría de sus partidarios se habían negado a obedecer, aceptó la política de Grandi de una guerra de exterminio contra los socialistas y reasumió la dirección del movimiento fascista.

El Partido Socialista se reunió de nuevo en un Congreso, en octubre de 1921, para recibir el informe de Lazzari sobre su fracasado viaje a Rusia. No estaba aún dispuesto a aceptar los "veintiún puntos", pero reafirmó su deseo de participar en el Comintern y aprobó una resolución intransigente que rechazaba todo compromiso y colaboración parlamentarios. La lucha dentro del partido continuó: el ala derecha, fuerte en el Parlamento, pero con muy poco apoyo popular, quería trabajar en favor de un gobierno relativamente liberal dispuesto a actuar contra la violencia sin ley de los fascistas, pero se le impedía hacer algo

efectivo por la actitud del partido en general. El débil gobierno de Bonomi permaneció en el poder hasta febrero de 1922, cuando fue derrocado por una complicada serie de intrigas. Giolitti, que había esperado volver al poder, fue evitado por la negativa del Partido Popular a apoyarlo y un desconocido, Luigi Facta, partidario de Giolitti que Don Sturzo estaba dispuesto a tolerar, asumió el cargo a la cabeza de un gabinete de tendencia definitivamente más derechista que el anterior. Con la entrada de Facta, el gobierno italiano casi dejó de gobernar y los fascistas actuaron más que nunca a su antojo. Los sindicatos, a propuesta de la Federación de Trabajadores Ferroviarios, que estaba fuera de la C.G.L., formaron una Alianza Laboral, que incluía a la C.G.L. y a la mayoría de los sindicatos independientes, con el fin de organizar la resistencia a la violencia fascista. Los trabajadores empezaron también por primera vez, aunque sólo en algunos lugares, a organizar su propia fuerza —los Arditi del Popólo— para responder a las hordas fascistas con una resistencia disciplinada; pero, a diferencia de los fascistas, los Arditi socialistas fueron reprimidos severamente por la policía y jamás pudieron lograr efectividad, salvo en unas cuantas regiones —especialmente en Parma—. No podían responder a los fascistas en iguales términos porque los comunistas se negaban a cooperar y ni siquiera el Partido Socialista les daba pleno apoyo. No obstante, la Alianza Laboral y el establecimiento de los Arditi del Popolo hicieron algo para ayudar al movimiento obrero a mantenerse en los meses siguientes. En agosto de 1922, la Alianza hizo un intento desesperado por derrotar a los fascistas convocando a una huelga nacional; pero los fascistas respondieron a la huelga con una campaña intensiva de violencia organizada y los huelguistas tuvieron que volver al trabajo, en medio de la derrota y casi por la violencia, aunque en Parma y en uno o dos lugares más donde los Arditi del Popólo estaban bien organizados en condiciones casi militares lograron contra-atacar a los fascistas. Después de agosto de 1922 era claro que la fuerza del sindicalismo y del socialismo había sido totalmente quebrada.

Después de esta derrota el Partido Socialista, rindiéndose a Moscú, expulsó por fin a Turati y a sus partidarios reformistas. La última culpa de Turati había sido que en junio, cuando renunció el gobierno de Facta, había aceptado una invitación del rey de acudir al Quirinal para una consulta sobre la formación del nuevo gobierno. La consulta no tuvo efecto y Facta reasumió su cargo; pero esto atrajo sobre Turati un furioso ataque de la dirección del Partido Socialista, que lo acusó de "colaboración con la monarquía y la burguesía" y anunció que sus actos habían puesto fin a su relación con el partido. Esíe veredicto fue suscrito, en octubre, por la Conferencia del Partido en Roma, aunque

sólo por la pequeña mayoría de 32 000 contra 29 000 votos; y Turati y sus partidarios formaron a su pesar un nuevo partido —el Partido Socialista de los Trabajadores Italianos— que tuvo cierta fuerza entre los diputados socialistas, pero no mucha fuera del Parlamento. De hecho, todo el movimiento socialista había sido reducido por entonces a una pálida sombra de lo que había sido sólo uno o dos años antes.

En este momento, la victoria decisiva del fascismo estaba muy cercana. El 28 de octubre de 1922, los fascistas organizaron la "marcha sobre Roma" que no encontró resistencia, seguida inmediatamente por la convocatoria a Mussolini para formar gobierno. Los cuatro años de lucha confusa habían terminado; la política de violencia que el Partido Socialista había predicado, pero no practicado, mientras que los fascistas la habían practicado además de predicarla, había producido magníficos resultados a sus exponentes prácticos. Por primera vez desde 1918, Italia tenía un gobierno que podía, en todo caso, hacer un intento de gobernar, en lugar de ser simplemente empujado por fuerzas extralegales. Los fascistas, no obstante, no estaban aún en posición de gobernar solos, ni siquiera con el apoyo exclusivo de los industriales y de los partidos de derecha. Dependían del apoyo parlamentario del todavía no desintegrado Partido Popular de Don Sturzo, que fue impulsado por el Papado a ayudarlos contra el contingente parlamentario todavía considerable del Partido Socialista. El Partido Popular profesaba aún ser sostenedor de principios liberales y democráticos, pero se había inclinado mucho hacia la derecha en 1922. Aceptó la representación en el gabinete de Mussolini y, ejerciendo cierta influencia moderada, ayudó a los fascistas a consolidar su poder después de la "marcha sobre Roma".

La "marcha sobre Roma" no fue, por supuesto, el fin de la historia. Tendrían que pasar todavía más de dos años antes de que quedara concluida la liquidación de la oposición y el régimen fascista poseyera un poder indiscutido. En 1923, el Partido Socialista, notablemente reducido en su fuerza, prosiguió sus intentos de asegurar su aceptación en el Comintern, ahora que Turati y el resto del ala derecha habían sido definitivamente excluidos. Serrati visitó de nuevo Moscú y volvió para proponer la fusión entre los Partidos Comunista y Socialista, pero fue derrotado, en gran parte por la oposición ofrecida por el dirigente socialista en ascenso Pietro Nenni (n. 1891). Después, ese mismo año, el Partido Popular se retiró por fin del gobierno y pasó a formar parte de la oposición. Su último acto en apoyo del gobierno fue ayudar a Mussolini a promulgar una nueva ley electoral, según la cual el partido o bloque que lograra el mayor número de votos debía obtener las dos terceras partes del número total de asientos, aunque estuviera en minoría —un sistema que permitió a los fascistas, con el apoyo nació-

nalista del ala derecha, obtener una segura mayoría parlamentaria en las elecciones generales de 1924—. Este cambio electoral, junto con la defección del Partido Popular, dio la señal para un ataque fascista intensivo a las reliquias de la democracia italiana. Las elecciones se realizaron en condiciones de intimidación de masas por los fascistas. La votación total de la oposición fue de cerca de 2 500 000 votos, de los cuales cerca de 1 000 000 correspondió a los comunistas y a los dos partidos socialistas combinados. Cuando se reunió la nueva Cámara, Giacomo Matteoti (1855-1924), secretario del Partido Socialista Reformista, trató de procesar a Mussolini por su conducta en las elecciones; pero fue derrotado y unos días después fue asesinado por cinco hombres en su automóvil, el que interceptaron en el camino de su casa a la Cámara. Su cuerpo fue abandonado en una zanja fuera de la ciudad y no fue encontrado sino dos meses después; pero hubo testigos oculares que podían dar fe del asesinato.

El asesinato de Matteoti dio origen a la última crisis seria con que tuvieron que enfrentarse los fascistas en su camino hacia el poder absoluto. Fue imposible evitar el arresto de los asesinos ni la realización de una investigación criminal que estuvo a punto de probar legalmente la complicidad personal de Mussolini. En los meses siguientes hubo intensa excitación política. Ciento cincuenta diputados de la oposición asistieron a un mitin donde Turati pronunció una oración fúnebre en memoria del socialista asesinado; y, en son de protesta, toda la oposición parlamentaria se separó de la Cámara en lo que se conoció, por un pasaje de la oración de Turati, como la "secesión aventina", bajo la dirección del liberal meridional Giovanni Amendola. Pero los diputados de la oposición, después de expresar así su repugnancia, no sabían qué hacer, más allá de seguir reuniéndose y atestiguar su fe en la democracia. Era legalmente posible, de acuerdo con la Constitución, que la Cámara de Diputados procesara a Mussolini; pero no había, por supuesto, posibilidad de que una Cámara controlada por los fascistas actuara de esta manera y Mussolini podía desafiarla a hacerlo. A principios de 1925 lanzó el desafío, negando que hubiera sido personalmente responsable del asesinato de Matteoti, pero aceptando plena "responsabilidad política, moral e histórica" del curso violento de la política y la acción fascistas. Mussolini propuso y realizó después la exclusión de la Cámara de toda la oposición "aventina", sosteniendo que habían perdido sus asientos al ausentarse por seis meses de sus actividades. Logró entonces una amnistía para todos los que habían sido sentenciados o acusados en relación con el crimen y siguió a esto con una ola de legislación represiva. Los partidos de oposición fueron suprimidos, la prensa fue sujeta a severa censura, se establecieron tribuna-

les especiales para juzgar los delitos políticos y los sindicatos libres fueron prácticamente destruidos por la otorgación, a los recién establecidos sindicatos fascistas, de derechos exclusivos de negociación con los patronos. Desde este momento, la resistencia activa al fascismo se hizo casi imposible; y los dirigentes que quedaban de los Partidos Comunista y Socialista escaparon al extranjero o fueron enviados a la cárcel o a los campos de concentración. Gramsci, el principal dirigente de los comunistas, fue a Moscú en 1924, pero regresó a Italia y trató de realizar propaganda clandestina. En 1928 fue arrestado y sentenciado a veintiocho años de prisión, de la que no salió nunca. Murió en la cárcel, en 1937, dejando numerosos escritos, extraídos de la prisión y publicados sólo después de la liberación, que le dieron la reputación del principal contribuyente italiano a la teoría marxista moderna. Su trabajo más conocido es *Il materialismo storico e la filosofía di Benedetto Croce* (1948), donde trata de integrar la filosofía de Croce dentro de una nueva interpretación del marxismo. Mucho antes, en 1919, había fundado en Turín su propio periódico, *Ordine Nuovo,* donde intentó un replanteamiento fundamental de la doctrina socialista en relación con los problemas actuales, desde el punto de vista del comunismo leninista. En este periódico estaba a su lado otro pensador muy original, Piero Gobetti (1901-1926), quien se convirtió en crítico dramático de *Ordine Nuovo* a los 20 años y, cuando sus talleres fueron destruidos por los fascistas al año siguiente, fundó su periódico, *Rivoluzione Libérale,* que duró hasta su supresión en 1925. Al año siguiente fue golpeado por órdenes de Mussolini, pero se le permitió escapar a París, donde murió de las lesiones unas semanas después, a la edad de 24 años. Gobetti se había lanzado apasionadamente al movimiento revolucionario de Turín. Culpaba de la victoria fascista a los errores del viejo Partido Socialista, con su insurreccionismo incoherente v desordenado y la consecuente inutilidad de su acción. Por el contrario, idealizaba al nuevo Partido Comunista, pero predicaba una doctrina de "comunismo liberal" que tenía poco en común con su práctica, basado como estaba en el repudio al dogma y en una fuerte insistencia en el sentido común creador del trabajador ordinario, cuando no permite que otros lo guíen erróneamente. Gobetti abogaba por un comunismo abierto siempre para recibir nuevas impresiones y para intentar nuevas formas de acción. Como Gramsci y Togliatti, Gobetti era un "intelectual" y no un obrero. Escribía muy bien y, aparte de su labor periodística, era un notable panfletista. Su muerte fue una seria pérdida para la corriente no demasiado pletórica del pensamiento socialista y comunista de posguerra.

Entre otras personalidades notables del ala izquierda, Togliatti buscó refugio en Moscú después del derrumbe. Serrati y sus partidarios del

ala izquierda del Partido Socialista llegaron por fin a un acuerdo con el Comintern, al que fueron admitidos a pesar de la fiera oposición de Bordiga y su grupo de extrema izquierda. Serrati murió en 1926 y Lazzari al año siguiente.

De los socialistas de derecha, Giuseppe Emanuele Modigliani (1872-1947), quien había sido de los delegados italianos en Zimmerwald, en 1915, y su esposa Vera se dirigieron a París, donde se les reunió primero Claudio Treves, en 1927 Turati y en 1929 Cario Rosselli (1899-1937). En 1927 los exiliados en los países occidentales fundaron una organización común de socialistas y republicanos, la "Concentrazione Antifascista", que publicó en París su periódico *Liberta,* editado por Claudio Treves. La "Concentrazione" fue un intento de borrar diferencias, por el momento, entre los partidos socialistas rivales y entre socialistas y otros progresistas que estaban dispuestos a proseguir la lucha contra el facismo desde el exterior. Esta colaboración ayudó a la reunión de los dos partidos socialistas —el Partido Socialista Unitario, encabezado por Turati y el Partido Socialista Maximalista en el cual, después de su reconstitución en el exilio, Pietro Nenni era la figura principal—. Nenni, como Treves, había escapado de Italia marchando a través de los Alpes y se había negado a acompañar a Serrati y su grupo al Partido Comunista. En 1930 los dos partidos socialistas, ambos reformados y con nuevos nombres en el exilio, se unificaron; y el Partido Unificado se convirtió en miembro de la Internacional Laborista y Socialista, a la que se habían afiliado los unitarios desde un principio.

Entretanto Cario Rosselli, descontento con los partidos exiliados, había tomado la iniciativa de formar, no un tercer partido, sino un grupo, "Giustizia e Liberta", que publicó un periódico con el mismo nombre y numerosos panfletos para introducirlos en Italia. Su programa, concebido principalmente por Cario Rosselli, era un socialismo "liberal" donde se destacaba primordialmente el aspecto ético más que el económico; y tenía relaciones mucho más estrechas que la "Concentrazione" con la resistencia dentro de Italia y especialmente con Ferruccio Parri (n. 1890) quien, después de ayudar, junto con Rosselli, a la huida de Turati, decidió permanecer en Italia y se convirtió en la figura más importante de la "clandestinidad" y después en dirigente del Partido de Acción que desarrolló las ideas de Rosselli. Fue por algún tiempo Primer Ministro después de la liberación, en 1946. En 1931, "Giustizia e Liberta" se afilió a la "Concentrazione Antifascista", que se hizo entonces notablemente socialista, de modo que los republicanos se retiraron al año siguiente. Después, en la década de los treintas, el grupo "Giustizia e Liberta" estuvo entre los que se reunieron a la causa antifascista en la guerra civil española: Cario Rosselli regre-

saba de España cuando, con su hermano Nello (n. 1900), fue asesinado por agentes fascistas en Normandía, en 1937. También Nenni estuvo entre los socialistas italianos que participaron en la guerra de España, donde se le acusó de actuar como partidario extremista de los comunistas en su campaña contra el P.O.U.M. Turati murió en el exilio en 1932, y Treves al año siguiente. Bruno Buozzi (1881-1944), que había sido secretario de los obreros metalúrgicos y después el último secretario de la C.G.L., fue a París en 1926 y trató allí, con ayuda de la C.G.T. francesa, de sostener un esqueleto de organización que se ocupaba principalmente de los italianos que trabajaban en Francia. Prosiguió hasta que en 1943, Buozzi volvió a Italia y se puso a trabajar secretamente para reorganizar a la C.G.L. Fue apresado y fusilado por los alemanes al año siguiente.

Si revisamos la historia del movimiento obrero italiano desde finales de la primera Guerra Mundial en 1918 hasta su completo eclipse de 1926, la primera tentación es afirmar que todos los que sostuvieron una posición de influencia o autoridad en relación con él se comportaron muy tontamente. Había, nos sentimos inclinados a decir, dos caminos abiertos a los socialistas italianos en 1919; y no siguieron ninguno de ellos. Un camino era tratar, mediante la revolución violenta, de destruir el Estado existente y establecer un Estado proletario sobre sus ruinas —es decir, seguir el "camino de Moscú", adaptando los métodos utilizados y el carácter de la nueva sociedad a las condiciones y el temperamento italianos—. El otro era, rechazando el camino anterior, colaborar con los grupos burgueses más radicales, incluyendo el ala socialmente radical de los Populares, estableciendo un gobierno bajo la dirección socialista y tratando, así, de resolver los problemas fundamentales de la reforma agraria y el desarrollo económico; adoptando una política del "buen vecino" en los asuntos exteriores, en la esperanza de superar el problema italiano de escasez de alimentos y materias primas, posibilitando el desarrollo gradual de un Estado benefactor. Pero tan pronto como se expresan claramente estas alternativas, se hace evidente que ninguna era, en efecto, más practicable que lo que los socialistas, o una mayoría de ellos, trataron realmente de hacer. Es bastante fácil demostrar que la ocupación de las fábricas no podía tener éxito sin ser seguida de una acción realmente revolucionaria; porque era imposible mantener funcionando a las fábricas sin los medios para pagar los salarios y asegurar los suministros de materias primas y las ventas y esto era inalcanzable sin el control del gobierno. Pero ¿tenía el socialismo la fuerza necesaria para convertir la ocupación en una revolución? Muchos revolucionarios por fe y por profesión pensaban que no; y los que compartían esta opinión incluían a la mayoría de los

dirigentes sindicales. La principal dificultad no era que el gobierno fuera demasiado fuerte para ser derrocado. Era, de hecho, sumamente débil y habría podido sucumbir con mucha probabilidad. Pero ¿qué habría sucedido entonces? El Partido Socialista y los sindicatos casi no tenían fuerza en el sur de Italia ni en Sicilia. Aunque hubieran podida tomar el poder en las ciudades industriales del norte y conservarlo, el sur habría permanecido como base para la reunión de las fuerzas anti-socialistas y se habría producido una guerra civil donde todo el peso de los gobiernos aliados, incluyendo al de los Estados Unidos, se habría colocado en la balanza contra los "bolcheviques" italianos y el norte no habría tenido hacia donde acudir en busca de ayuda y habría sucumbido por hambre. Además, aun en el norte la revolución habría tenido que vérselas, no sólo con el débil gobierno, sino también con las fuerzas crecientes del fascismo y del nacionalismo intransigente e inclusive el éxito inmediato no habría sido una conclusión previsible.

La otra política, la de abandonar el revolucionarismo y dedicarse a promover el socialismo gradualista y la reforma social sin ayuda socialista, no presentaba dificultades menos formidables. Significaba llegar a un acuerdo con los populares, cuyo apoyo era indispensable para establecer una mayoría parlamentaria; pero esto habría significado un rompimiento con la hondamente enraizada tradición anticlerical del socialismo italiano y jamás habría sido aceptado por más de una minoría del Partido Socialista, aunque los populares hubieran estado dispuestos a hacer el juego. Los populares, por su parte, difícilmente habrían podido entrar en esa liga con los socialistas sin ser desautorizados por el Papa y la jerarquía eclesiástica —lo que habría significado una división en sus filas, aunque la mayoría hubiera estado dispuesta a seguir esa dirección—. Habría sido, sin embargo, impracticable para los socialistas formar o participar en un gobierno de izquierda sin los populares. Aunque Turati hubiera estado dispuesto a intentarlo —y no lo estaba— un gobierno bajo su dirección habría sido derrocado si hubiera tratado de seguir una política tenuemente socialista; y un gobierno encabezado por Giolitti o Nitti, con el apoyo socialista, ni siquiera habría tratado de resolver ninguno de los grandes problemas. Simplemente habría proseguido las tradicionales políticas de no hacer nada que habían llevado al parlamentarismo italiano al descrédito antes de la guerra. Turati, aunque era moderado, siempre adoptó la posición de que los socialistas podían permitirse cooperar con los partidos burgueses sólo si, al hacerlo, pudieran hablar en nombre de un movimiento obrero realmente unido; y esto estaba, por supuesto, totalmente fuera de toda posibilidad. Aunque no se tome en cuenta a los comunistas extremos, Serrati y Lazzari, y no Turati, tenían el apoyo de la mayoría del Partido Socialista y de

una gran parte del movimiento obrero. Si Turati hubiera participado o formado un gobierno comprometido a cooperar con los populares o los demás partidos de la izquierda parlamentaria, simplemente habría precipitado su propia expulsión del Partido Socialista. Sabiendo esto y creyendo que una división del movimiento obrero en numerosas facciones contendientes haría segura su derrota, Turati se aferró al Partido, aunque hacerlo significaba aceptar una y otra vez políticas que le disgustaban y desaprobaba totalmente.

Siendo impracticables las dos alternativas principales —la revolución y el colaboracionismo reformista— ¿qué quedaba? En efecto, sólo un camino: la rápida construcción de una fuerza obrera capaz de responder a los fascistas en iguales términos. Tan pronto como los fascistas empezaron a establecer una fuerza disciplinada de asesinos camisas negras y a utilizarlos para asaltos organizados a los edificios obreros y para golpear sistemáticamente a los dirigentes obreros, y se les permitió hacerlo sin ser molestados por la policía regular —y algunas veces con su connivencia positiva—. Mientras sucesivos gobiernos permanecieron al margen y permitieron que el poder real se les escapara de las manos, los socialistas y los sindicatos tenían que ser derrotados, a no ser que hubieran podido organizarse y poner en acción una fuerza capaz no sólo de defender sus propiedades y las personas de sus dirigentes, sino también de someter y destruir a las tropas de choque fascistas. Ésta era, sin duda, una tarea muy difícil; porque los fascistas no sólo recibieron pronto suministros de dinero de los industriales, sino que también pudieron atraer a gran número de soldados desmovilizados y descontentos y de contrariados nacionalistas que podían entrar en la pelea contra el "comunismo internacional" y gozaban positivamente de la violencia a la que se les alentaba á recurrir. El movimiento obrero no podía permitirse el mentener grandes fuerzas de luchadores militarizados a sue Ido; tampoco podía, en ningún caso, hacer el mismo llamado sin reservas al sadismo y la acción violenta como estaban dispuestos a hacerlo los fascistas. Si hubiera respondido en forma organizada, lo habría hecho con severas desventajas y habría sufrido, sin duda, la peor parte de la batalla. Sin embargo, habría podido cuando menos obligar al gobierno a actuar de alguna manera contra los fascistas y contra él mismo y a intentar restaurar el orden; y esto habría beneficiado mucho a los socialistas contra sus opositores.

Desgraciadamente, nada de esto se intentó hasta que era ya demasiado tarde, cuando se había permitido a los fascistas cobrar mayor fuerza para atacarlos a su vez y cuando el movimiento obrero mismo ya había sido dividido por la separación de los comunistas. Cuando el ala izquierda se dedicó a organizar los Arditi del Popólo, la batalla en

las calles había sido perdida; y, aun entonces, la organización estaba demasiado localizada y se basaba en un apoyo muy estrecho para poder enfrentarse a los asesinos organizados nacionalmente de Mussolini en condiciones iguales. La C.G.L. y, después, la Alianza Laboral estaban demasiado divididas en opinión y eran demasiado locales para poder construir un movimiento efectivo de resistencia nacional. Su localización permitió a los fascistas, que movilizaban sus fuerzas en amplias regiones y las concentraban después en un lugar determinado, derrotar a los trabajadores en ciudad tras ciudad, trasladándose de Bolonia a Genova, de Genova a Milán y de Milán a Turín, con sus armas de provocar incendios, cachiporras de goma y aceite de ricino y dejando cada centro de fuerza obrera devastado, totalmente debilitado y deprimido.

Este localismo estaba muy hondamente arraigado en el movimiento obrero italiano, donde las cámaras locales del trabajo y no los sindicatos o federaciones nacionales, eran los principales núcleos de adhesión de los obreros. Nápoles nunca pudo concertar medidas con las ciudades del norte industrial; y, aun dentro del famoso "triángulo" basado en Turín, Milán y Genova, había diferencias y disputas constantemente repetidas. El sur, donde eran fuertes los populares, participó apenas en el gran conflicto fascista-socialista, excepto en algunos lugares aislados: los socialistas y los sindicatos estaban demasiado aislados de los campesinos para saber cómo apelar a ellos más allá de las barreras de la religión; mientras que los fascistas, que habían empezado como anticlericales y denunciaban a la Iglesia católica tan abiertamente como los socialistas, no encontraron dificultad en cambiar de tono e invocar el nombre de Dios cuando se hizo importante para ellos obtener el apoyo, o cuando menos la amistosa neutralidad, del ala derecha.

Hay, sin duda, cuando observamos retrospectivamente los acontecimientos de Italia después de 1918, cierta impresión de la casi inevitabilidad de la derrota obrera. Desde el principio, el movimiento socialista y sindical italiano había sido caótico en su organización y, aunque rico en apoyos intelectuales, deficiente en dirigentes obreros más allá del terreno local. En un país que había permanecido principalmente agrícola, había sido un movimiento en esencia urbano, descansando fundamentalmente en el apoyo de los trabajadores industriales del norte, que eran sólo una minoría de las clases explotadas. Anarquistas, más que socialistas, habían tratado de romper las barreras entre la ciudad y el campo y de alentar la revuelta campesina; los socialistas habían hecho poco, excepto entre los *braccianti* —peones— de los grandes dominios cercanos a las áreas industriales. Los católicos de izquierda, de los

cuales fue el gran iniciador Romolo Murri[5] en los primeros años del siglo xx, había hecho esfuerzos mayores y con más éxito por lograr partidarios entre los campesinos, pero se les habían opuesto encarnizadamente el Papado y la jerarquía católica hasta que, en 1919, se autorizó a Don Sturzo para formar un partido católico de masas —sólo para que su mayoría relativamente progresista y democrática fuera cada vez más reprimida por las influencias reaccionarias del Vaticano y los grupos católicos más conservadores.

Además, aun en las áreas industriales, se habían producido constantes guerras encarnizadas dentro del movimiento obrero. En los días de la Primera Internacional, los marxistas habían sido superados por los partidarios de Bakunin; y, aun después que Andrea Costa cambió de posición, numerosos grupos obreros siguieron abrigando muchas sospechas de los "intelectuales" e insistiendo en mantener al movimiento de masas bajo una dirección estrictamente obrera. En el Partido Socialista, este antagonismo había sido pronto superado y los intelectuales habían dominado al Partido Socialista en la Cámara de Diputados. Esto había contribuido, no obstante, a agrandar el abismo entre el partido y las cámaras de trabajo, que formaban la base principal de la organización sindical; y, al disminuir la influencia anarquista, su lugar fue ocupado cada vez más por el sindicalismo, que se desarrolló como una doctrina de "acción directa", grandemente influida por ideas francesas. Los sindicalistas italianos nunca fueron suficientemente fuertes como para separar del Partido Socialista a la mayoría de los miembros sindicales; pero se vieron envueltos —en los años anteriores a 1914, bajo la dirección de Arturo Labriola (1859-1904) y Enrico Leone (1875-1940)-, en un conflicto cada vez más agudo con la C.G.L. que condujo a la separación de la Unión Sindical Italiana en 1912. La U.S.I. no fue nunca muy grande y el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros, aunque bajo dirección sindicalista, permaneció alejado de ella y de la C.G.L. Pero ejercía influencia suficiente como para desempeñar un gran papel en el movimiento de huelga de 1913-14, que produjo feroces conflictos con la policía y fue desautorizado por la C.G.L. Cuando estalló la guerra europea y Mussolini fue expulsado del Partido Socialista, un sector de los sindicalistas, encabezado por Alceste de Ambris (1874-1934) apoyó su política intervencionista y se separó de la U.S.I. para formar un nuevo organismo, precursor del movimiento sindical constituido más tarde bajo auspicios fascistas. Después de la guerra, este grupo y algunos otros ex sindicalistas dieron su apoyo a DAnnunzio en la aventura de Fiume y la Constitución de Quarnero representó una mez-

[5] Véase vol. IV, pp. 189 y 194.

cía de ideas sindicalistas y de nacionalismo intransigente. Después de la retirada de D'Annunzio de Fiume, muchos de sus partidarios depositaron su adhesión en el fascismo y, como vimos, aportaron algunos de sus elementos más intransigentes en la campaña de violencia contra el Partido Socialista y los sindicatos más ortodoxos.[6] Pero estos elementos, aunque nacionalistas *à outrance* y furiosamente hostiles al comunismo internacional, conservaron gran parte de su izquierdismo social y desempeñaron un papel importante en el desarrollo de la teoría de una sociedad corporativa sobre la cual decía Mussolini que debía basarse la estructura fascista. El elemento corporativo no fue nunca, en la práctica, más que una fachada; pero siempre hubo sectores del fascismo que lo tomaron en serio y estos sectores procedían principalmente de los antiguos sindicalistas que se habían pasado al bando fascista. Después de su disidencia, el sindicalismo perdió el control del movimiento sindical; pero la demanda de control de los trabajadores sobre la industria, que se había extendido mucho más allá de las organizaciones sindicalistas, permaneció fuerte y encontró nueva expresión en las demandas planteadas cuando la ocupación de las fábricas en 1920. El movimiento sindical siguió incluyendo, además de los grupos interesados primordialmente en los contratos colectivos ordinarios y la reforma laboral dentro del orden capitalista, a muchos elementos que no creían en la acción parlamentaria como medio para el avance socialista y veían en el sindicalismo un instrumento potencial para el derrocamiento del capitalismo o, cuando menos, para la obtención de una participación real en el control de la industria. Estos grupos sostenían, dentro de la C.G.L. y las cámaras de trabajo, una difícil asociación con el ala derecha sindical que, bajo la dirección de Ludovico d'Aragona (1876-?), simpatizaba estrechamente con el ala parlamentaria, reformista, del Partido Socialista. En los sindicatos, como en el partido, había una lucha continua entre reformistas e izquierdistas, divididos éstos además en comunistas revolucionarios, o cuasi-comunistas, y partidarios del control laboral democrático.

En algunos aspectos, Italia debe haber parecido, en 1919 y 1920, una de las regiones de Europa más susceptibles de producir con éxito una revolución comunista, tanto por la evidente debilidad y tendencia a la desintegración del Estado existente y de la industria capitalista, como porque su movimiento obrero era mucho más de izquierda que los de otros países occidentales. Pero, mientras que en Rusia fue posible que el proletariado industrial tomara y conservara el poder con el apoyo de gran parte del ejército y aprovechando las condiciones generales de inquietud en las masas y sentimiento revolucionario entre los campesinos,

« Véase p. 341.

en Italia ninguno de estos elementos podía rescatar a la revolución de sus enemigos. Los soldados que regresaban eran mucho más susceptibles a los llamados nacionalistas que a los socialistas; y los campesinos eran mantenidos lejos de la revolución por el éxito de Don Sturzo al constituir el Partido Popular. Si las regiones industriales se hubieran levantado en revolución abierta, el sur habría servido de base para unificar a las fuerzas contrarrevolucionarias y, aun en el norte, los trabajadores habrían tenido que arreglar cuentas, no sólo con los fascistas de Mussolini, sino también con un gran núcleo de sentimiento nacionalista intransigente que pronto se asoció al movimiento fascista. En Rusia, como sabía bien Lenin, los bolcheviques no habrían podido triunfar sin dar a los soldados y a los campesinos lo que éstos querían —paz y tierras—. En Italia, también, soldados y campesinos deseaban estas cosas, pero la paz vino, excepto en las fronteras, antes de que la ola revolucionaria hubiera cobrado fuerza y no existía un equivalente del ala izquierda del Partido Socialrevolucionario para instar a los campesinos a que se apoderaran de las tierras. Se produjeron casos de apoderamiento de tierras, pero fueron esporádicos y carecían del apoyo de un movimiento de rebeldía organizado, de modo que fueron suprimidos sin gran dificultad y se evitó que se extendieran mucho y rápidamente. Italia, aunque poseía como Rusia un sector pequeño, pero altamente organizado, de movimiento laboral avanzado, carecía de un Estado francamente represivo y detestado como el zarismo; y no podía desarrollarse una revuelta de proporciones nacionales contra el Estado italiano parecida a la revuelta contra el zarismo. Además, los aliados, a la hora de la victoria, pudieron ejercer mucha mayor presión sobre Italia que la que habían podido utilizar contra los rusos en los años 1917 y 1918, porque Italia dependía mucho más de las importaciones y porque las clases medias italianas y los intelectuales estaban mucho más integrados espiritualmente al mundo occidental.

En la esfera del pensamiento socialista, también, Italia era en general poco creadora e imitativa, no por falta de un gran número de pensadores, sino porque sus principales teóricos eran, en su mayoría, imitadores más que creadores de ideas nuevas. Antonio Labriola había sido un importante pensador marxista, pero no había tenido sucesor de capacidad semejante. Croce, tras una breve asociación con los sindicalistas franceses, había vuelto la espalda al socialismo y se había convertido, en efecto, en un liberal conservador. Turati fue una influencia intelectual notable, pero totalmente dentro de la órbita de la socialdemocracia occidental que no respondía a las condiciones italianas ni atraía a la gran mayoría de los trabajadores italianos. Errico Malatesta (1853-1932), un gran nombre en el movimiento anarquista internacional, nunca logró

reunir a una masa importante de partidarios.[7] Los dirigentes sindicalistas, como Arturo Labriola y Leone, eran de segunda categoría. Los italianos tradujeron y publicaron a muchos autores del socialismo europeo; pero su propia contribución fue limitada y muchas veces confusa. Los años que siguieron a 1918 los sorprendieron en un caos ideológico, lo mismo que de organización. Tenían conciencia de su debilidad en ambos terrenos y no apareció ninguna personalidad capaz de llevarlos adelante hacia el socialismo frente a las dudas y las dificultades. Por tanto, en el periodo crítico inmediatamente posterior a la guerra, se mostraron irresolutos y divididos cuando su única oportunidad estaba en la acción unificada y decidida. El Comintern, por su parte, contribuyó mucho, en estos años de crisis, a asegurar su derrota porque sus dirigentes, dedicados a forzar el ritmo de la revolución en Europa, rechazaron al Partido Socialista cuando éste se mostró ansioso de jugar su suerte a la revolución y forzó así una serie de divisiones que debilitaron fatalmente el movimiento cuando necesitaba más ejercitar su fuerza unificada. La historia del socialismo italiano después de 1918 tiene sus aspectos cómicos; pero es en esencia una tragedia de frustración y navegación sin timón de mares terriblemente tormentosos.

No hay que olvidar tampoco que e! fascismo italiano, que destruyó el movimiento socialista en Italia, tenía a su cabeza y como principal teórico a un antiguo socialista de izquierda, capaz de arrastrar tras de sí un gran apoyo obrero y siguió preconizando, en algunos aspectos, una especie de tradición socialista pervertida o, en todo caso, sindicalista. La versión de Mussolini del "Estado corporativo" era sin duda, en lo esencial, sólo una fachada tras la cual el capitalismo podía mantener su autoridad y someter a los trabajadores. La esencia del fascismo estaba, no en la estructura corporativa que pretendía ligar a patronos y trabajadores en el servicio común de la nación, sino en la afirmación estridente de un nacionalismo militante y militarista y su expresión en una estructura autoritaria presidida y dominada por la figura de "II Duce" como encarnación del espíritu de la nación. En su afirmación del papel supremo del Partido Fascista y su consejo general que ejecutaban las inspiradas órdenes del líder, se parecía algo a la actitud del mismo comunismo del que se proclamaba el mayor enemigo. Es verdad que el comunismo no tenía, en teoría, un "Duce", un "culto a la personalidad" como lo que profesaba ostentosamente el fascismo; sin embargo, Lenin y mucho más Stalin se convirtieron en la práctica en 'líderes" apenas menos carismáticos que Mussolini. El fascismo, por su parte, no tenía una teoría de la democracia del partido, como el comunismo profesó, al menos, en un

[7] **Sobre Malatesta, véase vol. II, p. 332 y vol. IV, p. 191.**

principio; pero el fascismo italiano se distinguió del alemán al asignar un grado considerable de responsabilidad autónoma a la dirección colectiva fascista y a la estructura corporativa y fue mucho menos una autocracia puramente personal de un solo hombre. La diferencia fundamental entre el fascismo italiano y el comunismo era que allí donde el comunismo destacaba, al menos teóricamente, el predominio absoluto de las clases, el fascismo colocaba eri lugar de la lucha de clases la "idea nacional", que suponía el "sagrado egoísmo" de la nación en la lucha por el poder. El comunismo era agresivamente internacional, con la revolución mundial bajo la dirección rusa como su objetivo: el fascismo era agresivamente nacionalista, tratando de crear una nación unificada en la hostilidad agresiva al mundo fuera de sus fronteras.

En lo interno, lo mismo que en lo exterior, este nacionalismo militante requería que el pueblo, sin tomar en cuenta la clase, actuara unitariamente como campeón de la causa nacional. Todos los recursos de la nación tenían que movilizarse para hacerla formidable ante los demás, y esto significaba que su estructura interna tenía que basarse en una aguda subordinación de todos los intereses de los sectores a la voluntad nacional representada en el Partido Fascista. Esto, no obstante, sólo podía lograrse ligando los intereses de los diversos sectores, en lo posible, al fascismo, al mismo tiempo que se reprimía despiadamente a los grupos e intereses que no podían ser llevados a actuar de acuerdo con la voluntad fascista. Incapaz de asegurar la colaboración de los socialistas ni de los sindicatos asociados a ellos, Mussolini no se detuvo ante nada para destruir estos instrumentos antinacionalistas, en sus raíces y ramificaciones. Al hacerlo, no obstante, no olvidó su propio pasado socialista y proletario y trató de crear un Partido Fascista y una serie de nuevos sindicatos fascistas capaces de ejercer una atracción sobre los antiguos partidarios del socialismo militante y del movimiento obrero sindicalista o semisindicalista. Los sindicatos fascistas, aunque no ejercían un poder real sobre las condiciones de trabajo, se parecían mucho más a los sindicatos reales que el Frente Arbeiter de Hider, que estaba mucho más directa y totalmente subordinado al papel del partido. Había en el fascismo italiano, cuando menos en sus primeras fases, un elemento real de autorregulación semisindicalista que estaba totalmente ausente de su contrapartida alemana. Los ataques de Mussolini a la pluto-democracia parlamentaria y su afirmación de la doctrina corporativa eran, en gran medida, reminiscencias de Sorel y de las formas más extremas del sindicalismo y, de hecho, atrajeron a un número apreciable de sindicalista en su apoyo. Hombres como Guiseppe Bottai, su ministro de corporaciones, combinaban con un nacionalismo intransigente una hostilidad real hacia las viejas formas del capitalismo y trataron de investir a la

estructura corporativa de cierto grado de autoridad real y control, dentro de los límites impuestos por las supremas necesidades del nacionalismo fascista. El sistema corporativo nunca funcionó realmente, porque fue imposible inducir a los capitalistas, cuando sus antiguos opositores, los sindicatos, fueron destruidos, a compartir la autoridad con los nuevos sindicatos fascistas ni a los trabajadores a confiar en estos nuevos sindicatos ante su evidente subordinación al Partido Fascista. No obstante, había una diferencia real entre el fascismo italiano y el nazismo alemán en sus actitudes hacia las formas de organización laboral que consideraron necesario crear como auxiliares *gleichgeschaltet* de sus respectivos partidos. Es verdad que, entre los nazis, aparecieron figuras excepcionales, como los Strassers, que tenían algo en común con los elementos más sindicalistas del fascismo italiano; pero Hitler, a diferencia de Mussolini, no simpatizaba con ellos y pronto fueron liquidados o expulsados.

No sugiero que Mussolini siguiera siendo, en algún sentido, socialista después de haber asumido la dirección del movimiento fascista. Sólo quiero decir que su larga y estrecha asociación con el socialismo influyó en la forma de sus ideas antisocialistas y ayudó a moldear su concepción —nunca realizada en la práctica— del Estado corporativo, donde el nacionalismo de Estado hegeliano tropezaba con ideas de organización corporativa en el plano hegeliano de la "sociedad civil". Había, en uno de estos aspectos, mucho más en común entre Mussolini y los sindicalistas que entre Mussolini y Hider, así como en el otro aspecto había más en común entre Mussolini y Hitler y los comunistas que entre cualquiera de ellos y los exponentes del socialismo democrático parlamentario. El pasado socialista de Mussolini lo ayudó a liquidar el movimiento obrero italiano porque lo capacitó para convencer a un sector de la antigua izquierda italiana de la realidad de sus intenciones corporativas. También Hider atacó a los socialistas alemanes con manifestaciones demagógicas que le ganaron a muchos obreros. Pero la demagogia de Hitler era de un orden diferente, al mismo tiempo más carismática y mucho más totalitaria en su agresivo mensaje nacionalista y racista. Incidentalmente, había demasiado pocos judíos en Italia para que el antisemitismo se convirtiera en un aspecto importante del fascismo.

CAPÍTULO XII

LA GRAN BRETAÑA DESDE 1914 HASTA LA HUELGA GENERAL

En las actividades de la Segunda Internacional hasta 1914, el papel desempeñado por los ingleses no fue comparable, en ningún aspecto, al de los alemanes o los franceses, ni siquiera al de los belgas o al de los austríacos alemanes. Las grandes batallas de la Internacional se produjeron, fundamentalmente, entre una delegación alemana unida y parte de una delegación francesa agudamente dividida; y la delegación británica no ejerció una influencia decisiva en ninguna ocasión importante.

Sólo un delegado británico se hizo sentir en los congresos de la Internacional como una figura comparable en estatura a Bebel o Jaurés, o a Vandervelde o Víctor Adler. Nos referimos a Keir Hardie (1856-1915), quien labró su posición por la intensidad de sus convicciones antimilitaristas, por su determinación a hacer actuar a la Internacional contra la amenaza de guerra y por su preferencia por el uso del arma de la huelga para estos fines. Pero Hardie, a diferencia de los otros, no podía hablar en nombre de un partido Socialista de masas ni siquiera, como Jaurés, de un sector preponderante de un partido. El único organismo en la Gran Bretaña que era el comienzo, al menos, de un partido socialista de masas era el Partido Laborista, y el Partido Laborista británico de los años anteriores a 1914 no poseía una organización nacional propia ni estaba comprometido al socialismo como su objetivo. Era principalmente el partido de los sindicatos en asociación con algunos pequeños núcleos socialistas, de los cuales el Partido Laborista Independiente era el más importante y la Sociedad Fabiana la más notable contribuyente en el terreno de la teoría socialista. Ninguno de estos organismos socialistas era confesionalmcnte marxista, mientras que el marxismo era el credo básico, aceptado al menos, de todos los principales partidos de los demás países relacionados con la Internacional. También la Gran Bretaña tenía sus marxistas, representados en la Segunda Internacional por la Federación Social demócrata y, después de 1911, por su sucesor, el Partido Socialista británico. Pero la Federación Social-demócrata había abandonado el Comité de Representación Laboral casi inmediatamente después de su formación en 1900; y el Partido Socialista británico permaneció fuera del Partido Laborista hasta 1916, cuando fue admitido por fin a afiliarse, a pesar de su oposición a la guerra. Esta exclusión del Partido Laborista no impidió que la Federación So-

cialdemócrata, o el Partido Socialista británico después, formaran parte de la sección británica de la Internacional; pero estos organismos, a pesar de su marxismo, no podían ejercer ninguna influencia en la Internacional, debido a la fuerte actitud antigermana de su dirigente más conocido, H. M. Hyndman (1842-1921), quien en 1916 se separó de su propio partido por la actitud antibelicista de éste y formó un Partido Nacionalsocialista rival, fuertemente belicista, que logró sólo un número insignificante de miembros. En todo caso, la Federación Socialdemócrata y el Partido Socialista británico eran demasiado débiles para ejercer una influencia considerable sobre la sección británica en general —que de hecho, era incapaz de seguir una política común—. La petición de Keir Hardie de una huelga internacional contra la guerra no logró el asentimiento ni siquiera de la totalidad de su Partido Laborista Independiente —MacDonald y Snowden estaban en su contra en esta cuestión—. Menos aún podía hablar en nombre de la Sociedad Fabiana o del Partido Laborista en general o en el del comité parlamentario del congreso de sindicatos, que envió también sus delegados a los congresos de la Internacional Socialista.

Aparte de Keir Hardie, los delegados británicos desempeñaron un papel menor en los debates realmente críticos de la Internacional antes de la primera Guerra Mundial; y en la Internacional Sindical de preguerra, la participación británica fue aún menor, porque el congreso de sindicatos no pertenecía a ella y la representación británica estuvo en manos de la Federación General de Sindicatos, mucho más pequeña y menos importante, que no podía hablar en nombre del movimiento sindical británico en general. La Gran Bretaña era considerada de hecho, respecto al socialismo, como un área atrasada, que hasta el momento no había podido establecer un Partido Socialista comparable a los de los principales países del Continente. El Partido Laborista y el congreso de sindicatos habían sido admitidos en la Internacional porque, aunque no eran formalmente socialistas y ni siquiera se declaraban en favor de la lucha de clases participaban, sin embargo, en esa lucha sobre la base de una alianza sindical-socialista y representaban un movimiento obrero de masas que los partidos socialistas de otros países no podían permitirse ignorar. Fueron admitidos, pero porque no pudo evitarse; y su *status* ambiguo les impidió prácticamente desempeñar un papel importante. Además, en los congresos de la Internacional hasta 1914, la gran mayoría de los delegados británicos procedían de la Federación Socialdemócrata o del Partido Laborista Independiente. El Partido Laborista y el congreso de sindicatos enviaron pequeñas delegaciones y desempeñaron, por regla general, un papel menor en sus actividades.

Cuando vino la guerra, el Partido Laborista y los sindicatos ante una

pequeña oposición minoritaria, se adhirieron a la causa nacional, como lo hicieron las mayorías de los partidos socialistas de Alemania y Austria, Francia y Bélgica —pero no, como hemos visto, las de Italia y Rusia—. Contrariamente, el Partido Laborista Independiente y el Partido Socialista británico adoptaron una actitud antibelicista, aunque no sin disensiones internas. Pero, mientras en Alemania, en 1917, los socialistas antibelicistas habían sido expulsados del Partido Socialdemócrata y se habían visto obligados a formar un partido independiente (el U.S.P.D.), en la Gran Bretaña no se produjeron esas expulsiones, a pesar de los fuertes sentimientos que había contra los que disentían, en muchos sindicatos y entre los miembros del parlamento laborista partidarios de la guerra. De hecho, como vimos, el Partido Socialista británico, antibelicista, fue admitido dentro del Partido Laborista en 1916, mucho antes de que el sentimiento en favor de una paz negociada hubiera obtenido un apoyo considerable. El mantenimiento de esta actitud de tolerancia se debió en gran medida, primero, al profundo respeto que casi todo el movimiento abrigaba hacia Keir Hardie, con excepción de los más rabiosos "jingoístas", entre los cuales se encontraban algunos miembros del *Clarion* y grupos de la Federación Socialdemócrata; y después, a la influencia personal de Arthur Henderson (1863-1935), quien trató con perserverancia de mantener unido al partido pensando en la necesidad de una acción unificada después de la guerra. Henderson había sucedido a James Ramsay MacDonald (1866-1937) como dirigente del Partido Laborista al estallar la guerra. Aunque de 1915 a 1917 desempeñó diversos cargos, primero con Asquith y luego como miembro del gabinete de guerra de Lloyd George, nunca aflojó su control sobre la maquinaria del partido y, después de salir del gobierno como resultado de sus actividades en Rusia y su apoyo al proyecto de conferencia de Estocolmo de 1917, él fue quien tuvo el papel principal en convertir al partido en instrumento capaz de hacer un intento real por obtener el poder político. Otro factor contra una división fue la posición de MacDonald quien, después de la muerte de Hardie en 1915, ocupó la posición más importante dentro del Partido Laborista Independiente y el importante cargo de tesorero del Partido Laborista. Porque MacDonald, aunque denunciado como "germanófilo" y "traidor" a la causa nacional, adoptó de hecho, cuando menos en un principio, una actitud algo equívoca, criticando a la diplomacia que había llevado a la Gran Bretaña a la guerra, pero afirmando, al mismo tiempo, que una vez estallada la guerra había que ganarla y manteniéndose alejado de los más intransigentes antibelicistas del Partido Laborista Independiente y fuera de éste.

El Partido Laborista Independiente, durante la guerra, representaba diversos y divergentes puntos de vista. De la minoría que se negaba a

aceptar su línea antibelicísta, muchos, como J. R. Clynes j(1869-1949), continuaron como miembros, aunque dejaron por el momento de participar activamente en él, trasfiriendo sus actividades al Partido Laborista. De los principales dirigentes, Philip Snowden (1864-1937), F. W. Jowett (1864-1944), J. Bruce Glasier (1859-1920) y algunos otros estaban mucho más a la izquierda que MacDonald en la cuestión de la guerra, pero siguieron siendo, aun después de la Revolución bolchevique, principalmente parlamentarios y no partidarios de la revolución al estilo ruso. Otro grupo importante —encabezado por Clifford Alien (1889-1939), quien después se llamó Lord Alien of Hurtwood como premio a su apoyo a MacDonald en 1931, pero que en 1914 era todavía un joven intelectual de Cambridge administrador del poco afortunado *Daily Citizen*— se proclamaron pacifistas absolutos, opuestos por razones de conciencia a todas las formas de la guerra y la violencia; y fue este grupo el que atrajo a una fracción considerable de los nuevos miembros, especialmente de las clases medias, que entraron al Partido Laborista Independiente durante los años de la guerra. El Partido Laborista Independiente, como organismo, nunca fue totalmente pacifista en este sentido absoluto; pero el pacifismo se hizo muy fuerte e incluyó poderosamente su reacción ante la Revolución bolchevique y, después de la guerra, ante la demanda de una guerra civil universal que partieron del Comintern.[1] Otros miembros del Partido Laborista Independiente adoptaron una actitud más revolucionaria y pidieron, después de 1917, que uniera su suerte a la de los soviets y el Comintern; pero siempre estuvieron en minoría y, después de 1920, la mayoría pasó al recién fundado Partido Comunista, aunque muchos encontraron pronto razones para abandonarlo. El tono predominante del Partido Laborista Independiente, a pesar de los esfuerzos de su grupo de izquierda, nunca fue marxista. El Partido Laborista Independiente había sido, desde un principio, primordialmente una agrupación de socialistas éticos que denunciaban al capitalismo como una enormidad moral y predicaban una doctrina de camaradería socialista más que de determinismo económico, aunque no les repugnaba emplear también argumentos materialistas. La guerra, que inquietó las conciencias de muchos de estos socialistas éticos, los impulsó fuertemente a hacer de la paz, más que del socialismo, su objetivo primario inmediato; y estos socialistas sentían disgusto ante la insistencia de Lenin en que el camino de la paz estaba en la insurrección mundial y la guerra civil universal. No habiendo sufrido una opresión comparable a la del zarismo y ni siquiera a la de la Alemania imperial, no se habían visto obligados a ver en la revolución violenta la única

[1] Véase p. 277.

esperanza de un avance hacia el socialismo. Querían el fin de la guerra y unir a los trabajadores del mundo en una cruzada pacífica para la conquista del poder político. Algunos tenían la suficiente imaginación como para comprender que los socialistas rusos no habían podido escoger y tampoco, en realidad, los de Alemania o Austria-Hungría; pero esto no los disponía a aceptar el evangelio ruso como aplicable a países donde las instituciones democráticas, por defectuosas que fueran, parecían abrir el camino a un cambio pacífico. Al mismo tiempo, se sentían agudamente divididos de los socialistas que, a la hora de prueba, habían olvidado su internacionalismo y habían gritado en favor de la guerra a muerte contra sus "enemigos" nacionales. Con este espíritu el Partido Laborista Independiente, traspasando su extrema izquierda a los comunistas y, al mismo tiempo, perdiendo parte de su ala derecha que pasó al Partido Laborista reorganizado, se afilió en 1921 a la Unión de Viena, pero experimentó la necesidad de no solidarizarse con las partes de la "Declaración"[2] de Viena que concebían el uso de la fuerza como medio para realizarse el socialismo.

En estas cuestiones el Partido Socialista británico, despojado del ala de Hyndman, estaba situado mucho más a la izquierda que el núcleo principal del Partido Laborista Independiente y no tuvo dificultades en aceptar totalmente la doctrina comunista. El Partido Socialista británico, tal como estaba constituido, integró el mayor elemento del Partido Comunista de la Gran Bretaña establecido, después de varios tropiezos, en 1921. Los demás elementos eran el núcleo principal del Partido Laboral Socialista, que poseía casi toda su fuerza en el cinturón industrial de Escocia —especialmente en Clydeside—; la Federación Socialista de Trabajadores de Sylvia Pankhurst (1882-1958) —que había surgido de la Federación de Sufragistas del East End de Londres, una secesión obrera militante de la Unión Social y Política de Mujeres de Emmeline y Christabel Pankhurst, la madre y la hermana de Sylvia—; la pequeña, pero activa Sociedad Socialista de Gales del Sur y los elementos más extremistas del movimiento de delegados sindicales de los años de guerra. A estos grupos se unieron miembros procedentes del Partido Laborista Independiente, un sector de los socialistas gremiales y algunos individuos aislados; pero, en vista de la rápida desintegración del movimiento de delegados sindicales después de 1918 no tuvieron un apoyo de masas.

Como vimos, no hubo división en el Partido Laborista durante la guerra; y el Partido Laborista Independiente permaneció afiliado formalmente al Partido Laborista y sus miembros del Parlamento dentro del grupo laborista en la Cámara de los Comunes. En la práctica, no obs-

[2] Véase p. 305.

tante, dentro y fuera del Parlamento, el Partido Laborista Independiente actuó virtualmente, durante la guerra, como un Partido Independiente y el pequeño grupo de miembros del Parlamento que lo representaban siguieron su propia línea, aunque esto no ocurrió con algunos de sus miembros que babían llegado al Parlamento bajo los auspicios de sus sindicatos. Los miembros del Parlamento del Partido Laborista Independiente —MacDonald, Snowden, F. W. Jowett, W. C. Anderson (1878-1919), Tom Richardson (1868-1925) y, hasta su muerte, Keir Hardie— presionaron continuamente por la causa de la paz negociada y se opusieron a muchas medidas de guerra del gobierno que ponían en peligro las libertades obreras o las condiciones económicas. Siguieron trabajando, sin embargo, con sus colegas del Partido Laborista en muchas cuestiones que no planteaban esos problemas de principios socialistas; MacDonald en particular participó activamente en la reconstrucción del Partiddo Laborista que fue realizada antes que nadie por Henderson y Sidney Webb. El Partido Laborista Independiente, no obstante, no pudo mantener, en las condiciones de la guerra, su posición de preguerra como miembro activo independiente de la sección británica de la Internacional Socialista, no sólo porque la misma Internacional estaba virtualmente fuera de acción sino también porque, cuando surgió la cuestión de participación en la Conferencia de Estocolmo, la Federación de Mineros puso como condición para que el Partido Laborista aceptara la invitación: que la delegación británica representara sólo al Partido Laborista y al Congreso de Sindicatos, excluyendo a los organismos socialistas que- habían pertenecido a la sección británica de la Segunda Internacional en condiciones iguales. Henderson trató en vano de oponerse a esta exclusión, que era contraria a los términos de la invitación de Estocolmo: los sindicatos lo derrotaron. La exclusión, sin embargo, no impidió que el Partido Laborista escogiera a MacDonald como uno de sus representantes; y MacDonald participó en las conferencias socialistas interaliadas sostenidas durante la guerra y en la Conferencia de Berna, donde se hizo un intento inicial por restablecer la Internacional después de 1918.[3] Éste fue uno de los factores que inclinaron a MacDonald, després de la guerra, a identificarse menos con el Partido Laborista Independiente y más con el Partido Laborista reconstituido, del cual se convertiría en pocos años, otra vez, en el máximo dirigente.

Especialmente en su aspecto sindical, la guerra trajo mucha fuerza e influencia al movimiento laborista británico. .A falta de conscripción militar en 1914, se desintegró mucho menos el movimiento socialista y el sindical que en otros países beligerantes —aunque hubo, por supues-

3 Véase p. 263.

to, mucho enlistamiento voluntario, incluyendo a no pocos trabajadores calificados que habrían podido ser mejor empleados en el país. En 1914 no se anticiparon las consecuencias económicas de la guerra ni la escasez de mano de obra que produciría. En verdad, al principio hubo mucho desempleo y se temía que esto continuara. Se extendió la idea de que la lucha no duraría mucho y que la ofensiva alemana en Occidente sería rápidamente rechazada. En pocos meses, sin embargo, la situación había cambiado mucho: la escasez de municiones en el frente hicieron imperativa la movilización de los recursos disponibles para trabajo de guerra, la introducción de gran número de mujeres en las fábricas bélicas y el acuerdo con los sindicatos respecto a la flexibilización o suspensión de las reglas y prácticas de trabajo que obstaculizaban la producción en masa de armas y otros productos necesarios. Al mismo tiempo, la subida de precios hizo necesario aceptar adelantos en los salarios, que se dieron en general como "bonos de guerra" temporales, en la errónea suposición de que los precios volverían al nivel de preguerra después de terminado el conflicto. Hubo huelgas por cuestiones de salarios y también disputas surgidas por la "dilución" de la mano de obra, al promover a trabajadores no calificados a empleos desempeñados generalmente por obreros calificados. En marzo de 1915, el gobierno negoció un "Acuerdo del Tesoro" con los sindicatos, que convinieron en aceptar el relajamiento de las prácticas sindicales durante la guerra, a condición de que se restablecieran cuando ésta terminara y suscribieron también la suspensión temporal del derecho de huelga en las industrias de guerra. Un poco después, el 2 de julio de 1915, estas disposiciones recibieron fuerza legal por la Ley de Pertrechos de Guerra, que fue pronto desafiada por la huelga de mineros de Gales del Sur, en ese mismo mes. Fue ésta una disputa por salarios con los dueños de las minas de carbón: a pesar de la Ley, se decidió en favor de los mineros, porque el gobierno no podía hacer frente a las consecuencias de un paro prolongado en los campos carboníferos, la principal fuente de suministro de combustible para la marina.

Es sorprendente observar retrospectivamente en qué medida, por más de dos años, el gobierno de Asquith trató de hacer la guerra con un mínimo de interferencia al funcionamiento de la industria. Los ferrocarriles, ciertamente, fueron intervenidos de inmediato y colocados bajo la administración de un Comité Ejecutivo Ferroviario, integrado por los administradores generales de las principales compañías ferroviarias; y, bajo la Ley de Pertrechos de Guerra, las fábricas que los producían estuvieron sujetas a control del Estado desde mediados de 1915. Pero el resto de la industria, incluyendo las minas de carbón, quedó en manos privadas hasta que Lloyd George sacó a Asquith del gobierno a fines

de 1916. Después, a medida que los problemas de mano de obra y de suministros se hicieron más agudos —especialmente cuando los alemanes recurrieron a la guerra submarina ilimitada— el control estatal se extendió rápidamente; y la conscripción militar, que había sido introducida para los solteros sólo en marzo de 1916, se aplicó en general y se puso en vigor mucho más estrictamente sacando a un número cada vez mayor de obreros de las fábricas y sustituyéndolos por mujeres u hombres incapacitados o de mayor edad. El Partido Laborista, desde junio de 1915, tuvo una pequeña representación, encabezada por Arthur Henderson, en el gobierno de Asquith. En diciembre de 1916, como pago a las concesiones que incluían el establecimiento de un Ministerio del Trabajo, acordó apoyar a Lloyd George en la supresión de Asquith y obtuvo una representación mucho mayor, incluyendo un puesto para Arthur Henderson en el pequeño gabinete de guerra que asumió la responsabilidad de organizar el esfuerzo bélico. Henderson, sin embargo, no conservó mucho tiempo esta posición. Como vimos,[4] se vio obligado a renunciar cuando, tras visitar a Rusia como emisario del gobierno en la primavera de 1917, volvió para abogar por el apoyo británico a la proyectada Conferencia Socialista de Estocolmo. El Partido Laborista, no obstante, no abandonó el gobierno de Lloyd George: el maquinista G. N. Barnes (1859-1942) —que había participado activamente en el Partido Laborista Independiente con anterioridad— sustituyó a Henderson en el gabinete de guerra y el partido se retiró del gobierno sólo después de la firma del armisticio en noviembre de 1918. Abandonó entonces el gobierno para presentarse, como partido independiente, en las elecciones generales que Lloyd George, organizador de la victoria, había decidido celebrar de inmediato. Barnes y algunos de sus colegas, negándose a aceptar esta decisión, abandonaron el Partido Laborista y formaron un Partido Nacionaldemócrata de coalición, que siguió apoyando a Lloyd George y obtuvo un pequeño número de asientos en las elecciones, pero desapareció rápidamente después.

Aunque el Partido Laborista siguió participando en el gobierno de Lloyd George y los sindícatos siguieron cooperando con el gobierno en el esfuerzo bélico hasta el fin de la lucha, el sentimiento antibelicista creció rápidamente en las últimas etapas del conflicto, especialmente después de la Revolución rusa de principios de 1917. Esto se debió en parte a que, a fines de 1916, la gran mayoría de los que sentían deseos de servir en las fuerzas armadas ya habían sido llamados, de modo que los reclutamientos sucesivos de los que habían quedado en los empleos civiles tuvieron que aplicarse a reclutas cada vez menos dispuestos. Por

[4] Véanse pp. 52-3.

otra parte, como la guerra se prolongó inesperadamente, más y más personas llegaron a opinar que una paz negociada, sin denota ni victoria, era preferible a una lucha que parecía no tener fin, con tantas muertes y mutilaciones, y la creciente presión producida por la escasez de alimentos y otros productos. Además, había un creciente escepticismo acerca de los objetivos bélicos aliados y, después de la Revolución en Rusia, gran entusiasmo por el insistente llamado de paz de los exhaustos rusos. Tanto el Partido Laborista Independiente como la Unión de Control Democrático, apoyada por un contingente de intelectuales radicales y socialistas, ganaron fuerza rápidamente, aunque sin poseer en ningún momento arrastre entre las masas. El semanario *Herald* de George Lansbury (1859-1940) —el izquierdista *Daily Herald* se había visto obligado, por razones financieras, a convertirse en semanario después del estallido de la guerra— alcanzó gran circulación y se convirtió en órgano poderoso del movimiento antibelicista. Pero, más importante que todo esto, como influencia sobre las masas, fue el surgimiento del movimiento extraoficial de los delegados sindicales, especialmente en las fábricas de materiales de guerra.

Este movimiento empezó en Clyde, en relación con la huelga extraoficial de los trabajadores de las fábricas de municiones de Clyde, en febrero de 1915. Para dirigir el movimiento, los representantes de los trabajadores de Clyde de los principales centros formaron un comité central de control de la suspensión del trabajo, del que surgió el organismo más permanente, conocido como Comité de Trabajadores de Clyde. Delegados sindicales, designados por organizaciones sindicales locales, habían existido en muchos establecimientos, por supuesto, mucho antes de 1915 como delegados menores con la tarea principal de vigilar el mantenimiento y extensión de la participación sindical en sus talleres o departamentos y habían asumido, en algunos casos, funciones menores de negociación en los talleres, en nombre de los sindicatos. Lo novedoso del movimiento de Clyde y de los movimientos semejantes que pronto se desarrollaron en otras regiones, fue que los delegados sindicales asumieron funciones y facultades independientes y también la aparición de delegados extraoficiales, designados no por los sindicatos sino por grupos de trabajadores en determinadas plantas, para representar a esos trabajadores, en algunos casos sin tener en cuenta el sindicato al que pertenecían. Así se establecieron, en muchos casos, comités de delegados, compuestos por representantes de todos los tipos y clases de trabajadores en una fábrica y de comités locales de trabajadores, constituidos-por delegados de todas o casi todas las fábricas de una región determinada —seguido, después, por la federación de estos comités locales o regionales de trabajadores en un movimiento nacional, extraoficial, de co-

mités de trabajadores que desafió a la dirección oficial de los sindicatos—. Los protagonistas de este movimiento eran socialistas de izquierda, quienes sostenían que los sindicatos, al aceptar una "tregua laboral" y dejarse limitar por el Acuerdo del Tesoro y las Leyes de Pertrechos de Guerra, habían traicionado la causa de los trabajadores y abandonado la lucha de clases. En las primeras etapas el desarrollo de este movimiento extraoficial fue patrocinado por las continuas disputas surgidas por la "dilución" del trabajo y la suspensión de las prácticas sindicales; pero, después de introducida la conscripción, se ocupó cada vez más de la resistencia a la creciente severidad del reclutamiento de los trabajadores para el servicio militar y adoptó un matiz crecientemente político. Después de la Revolución rusa los comités de trabajadores demandaron soviets y desempeñaron un papel importante en la Conferencia de Leeds de junio de 1917, que hizo un llamado a la formación de consejos de trabajadores y soldados al estilo ruso. En esta conferencia extraoficial, sostenida algunos meses antes de la Revolución bolchevique, participaron muchos socialistas antibelicistas que no eran verdaderamente revolucionarios, sino sólo partidarios de una paz negociada; pero el espíritu que prevaleció fue, al menos superficialmente, revolucionario e indicó la influencia de la Revolución rusa en el fortalecimiento del ala izquierda antibelicista. El mes anterior se habían producido las "huelgas de mayo", extendiéndose de un centro de producción a otro y alarmando seriamente al gobierno. El movimiento extraoficial nunca fue lo bastante fuerte como para controlar a los sindicatos y separarlos de los dirigentes oficiales ni para obtener gran apoyo en el Partido Laborista, que muchos de los dirigentes extraoficiales consideraban perdidamente reaccionario." Se convirtió, sin embargo, en un factor cada vez más poderoso de creación de problemas; y su control pasó, más y más, a manos de la extrema izquierda. La terminación de la lucha y el cese consecuente de la producción en masa de pertrechos bélicos asestó un golpe a las raíces mismas de su poder; porque, en la situación de posguerra, fue fácil para los patronos que recortaban su personal prescindir de los principales "agitadores" y de los que escaparon a la batida muchos, por temor, se volvieron menos activos. El movimiento de delegados sindicales, después de 1918, se convirtió pronto en una simple sombra de lo que había sido. El núcleo militante que quedaba, en Clyde y en otros centros, constituyó uno de los grupos importantes que participaron en la integración del Partido Comunista de la Gran Bretaña. Los delegados sindicales revolucionarios —incluyendo, por supuesto, a los de Alemania, Francia y otros países, así como a la Gran Bretaña— eran designados específica-

mente en el llamado emitido, en febrero de 1919,[8] para el congreso inicial de la Internacional Comunista.

Por supuesto, de ninguna manera todos los dirigentes de secciones eran o se convirtieron en comunistas. El movimiento de delegados sindicales estuvo compuesto por diversos elementos, algunos de los cuales se opusieron a su creciente "politización" en 1917 y 1918, y se interesaron en él sobre todo como instrumento para la obtención del "control de los trabajadores" en la fábrica y el taller. Muchos de estos grupos apoyaban el socialismo gremial o una especie de sindicalismo y no de comunismo. Una pequeña fracción de los socialistas gremiales se pasaron al comunismo; pero la gran mayoría se oponía enérgicamente a la centralización y la dictadura y permaneció ligada al Partido Laborista o a uno de sus afiliados, como el Partido Laborista Independiente. Pero también este sector perdió casi todo su apoyo laboral con la decadencia general de la influencia y actividad del movimiento de delegados sindicales. El socialismo gremial encontró por un tiempo un nuevo centro de influencia en la industria de la construcción, donde pudo, con ayuda de los sindicatos de albañiles, establecer una amplia estructura de gremios de la construcción en relación con el proyecto de viviendas de la posguerra. Pero los gremios de la construcción desaparecieron en 1921, con el desplome da la posguerra, que hizo al gobierno variar su política de viviendas, de tal manera que se destruían sus bases financieras. Tratando de proseguir sin la ayuda del capital del gobierno, pronto se vieron imposibilitados para responder a sus obligaciones financieras y todo el movimiento desapareció. El desplome fue también fatal para los pequeños gremios establecidos en otras muchas industrias, como la mecánica, la de vestidos y las fábricas de muebles; y estos desastres fueron fatales para todo el movimiento del socialismo gremial, que había ganado por un tiempo gran apoyo sindical y había ejercido gran influencia sobre las ideas sindicales y socialistas de socialización, especialmente en la industria minera y en los ferrocarriles.

Un signo notable de su influencia fue la aparición, en los planes de socialización de la posguerra, presentados por los sindicatos, de las demandas de "control por los trabajadores". La principal presión en pro de la socialización provino entonces de dos industrias —la carbonera y la ferroviaria— que habían pasado al control unificado del Estado durante la guerra. La Federación de Mineros de la Gran Bretaña había autorizado, en 1912, un proyecto de ley de nacionalización de la industria, redactado por H. H. Schloeser (n. 1883, y después Lord Justice * Sles-

8 Véase p. 271.

* luez del Tribunal de Apelación. [E.]

ser) y publicado por la Sociedad Fabiana, de la cual Slesser era miembro activo. Este proyecto había previsto la intervención de las minas de carbón por el gobierno y su administración por un ministro, sujeto al control parlamentario. Pero, al terminar la guerra, la Federación presentó un plan muy distinto, según el cual la administración debía recaer en manos del Consejo Nacional Minero, que debería ser designado por los trabajadores de la industria y a la par por el gobierno. El Sindicato Nacional de Ferroviarios presentó, igualmente, una demanda de proyecto de nacionalización bajo el cual los trabajadores debían designar a la mitad de los miembros de la administración. Estos proyectos diferían de los presentados simultáneamente en Francia por la C.G.T., en que éstos pedían una forma tripartita de administración por representantes de los productores, los consumidores y el gobierno, mientras que los proyectos británicos consideraban al Estado como representante de los intereses del consumidor.

En febrero de 1919, la Federación de Mineros amenazaba con una huelga nacional en apoyo de sus demandas de aumento de salarios, turno de trabajo de seis horas y nacionalización de la industria, con una proporción importante de control de los trabajadores, mientras que el gobierno, aunque dispuesto a otorgar un pequeño aumento de salarios, ofrecía sólo referir las demás demandas a un comité de investigación. Tras apresuradas negociaciones, los mineros fueron inducidos a posponer la convocatoria a la huelga y a participar en una Comisión Real de Investigación con amplios términos de referencia, a condición de que la Federación de Mineros pudiera designar a la mitad de los miembros, con exclusión del presidente. Se acordó, por fin, que la mitad de los miembros fueran personas designadas por la Federación o convenidas entre ésta y el gobierno* consistiendo la otra mitad de tres personas designadas por los propietarios de la industria carbonera y otras tres designadas por el gobierno para representar otros intereses patronales, con un juez, Sir John Sankey (1886-1948) —después Lord Canciller Sankey, en el gobierno laborista de 1929— como presidente independiente. La Federación de Mineros insistió, así, con éxito en el principio de paridad de represen tación en la investigación; y el gobierno, ante la amenaza de huelga v con muchos problemas en sus manos en otras industrias v en relación con la desmovilización de las fuerzas armadas, cedió de mala gana en este punto.

En los meses siguientes, la Comisión Sankey del Carbón fue el centro de la atención pública. Los mineros y sus aliados de la Comisión —Sidney Webb, R. H. Tawney (n. 1880) y el antiguo publicista liberal, Sir Leo Chiozza Money (1870-1944)— pusieron en evidencia muy eficazmente a los dueños de las minas de carbón, por mala administra-

ción de los asuntos de la industria carbonera y pudieron convencer, no sólo a Sir John Sankey, sino también a los otros tres miembros patronales de que no debía restaurarse el control de preguerra en la industria. La Comisión Real trabajó en dos etapas: sus informes intermedios, de marzo de 1919, dieron a los mineros un aumento importante de sueldos y, lo que era aún más importante, redujeron el turno de trabajo para los trabajadores bajo tierra de ocho a siete horas, con la promesa de otra reducción a seis horas a fines de 1920, si las condiciones de la industria lo permitían. O, más bien, estas proposiciones estaban contenidas en el informe de Sir John Sankey y los tres miembros patronales no propietarios de minas, mientras que los propietarios de minas ofrecían sólo las siete horas y un aumento menor de los salarios, y en tanto que los mineros y sus tres aliados sostenían el turno de seis horas y un mayor aumento de salarios, así como la nacionalización inmediata. Lo más importante era que el informe firmado por el presidente y sus tres colegas se declaraba en favor de la "nacionalización o de una medida de unificación mediante la compra nacional y/o el control conjunto" y afirmaba, además, que "corresponde a los intereses del país que los trabajadores de las minas de carbón tengan en el futuro una voz efectiva en la dirección de las mismas".

Después que el gobierno, bajo fuerte presión de la Federación de Mineros, se declaró dispuesto a llevar a efecto el Informe de Sir John Sankey, "en espíritu y a la letra", los mineros retiraron los anuncios de huelga y la Comisión se entregó a la segunda etapa de su trabajo, donde debía ocuparse principalmente de formular planes definitivos para el destino futuro de la industria. Informó, por fin, en junio de 1919; y, en esta ocasión, no hubo menos de cuatro informes distintos, firmados respectivamente por los seis representantes del trabajo de la Comisión, los tres propietarios de minas y dos de los tres miembros patronales, el otro miembro patronal, Sir Arthur Duckham y el presidente. No hubo, pues, estrictamente, un informe mayoritario; pero Sir John Sankey estuvo de acuerdo con los seis representantes del trabajo en proponer la nacionalización de la industria y los cuatro informes abogaban por la propiedad pública del carbón —es decir, la nacionalización de los derechos al carbón liquidables a los propietarios del suelo—. El informe de Sir John Sankey también establecía la representación de los trabajadores en la dirección de la industria, en consejos de pozos y en niveles más altos, pero dejando a estos representantes siempre en minoría. El informe de los seis representantes de los obreros aceptaba la mayoría de las recomendaciones del presidente, pero pedía una mayor representación y control de los trabajadores. Los propietarios de minas y sus dos aliados rechazaron todo cambio importante en el control de la industria y no se

mostraron dispuestos a ir más allá de una estructura de comités conjuntos con carácter consultivo. Finalmente, Sir Arthur Duckham propuso un proyecto de compañías mineras regionalmente unificadas, en las que los representantes de los trabajadores deberían constituir la minoría y establecía una limitación de las ganancias.

En vista del hecho de que la mayoría se había pronunciado en favor de la nacionalización, la Federación de Mineros pidió en seguida que el gobierno cumpliera su promesa trasfiriendo las minas a propiedad pública. Pronto se hizo evidente, sin embargo, que el gobierno no tenía intenciones de hacerlo. En vez de ello, Lloyd George apareció con una proposición, basada en una aguada versión del informe de Sir Arthur Duckham, que pronto fue designada con el apodo de "Duckham y agua". Cuando los mineros la rechazaron, Lloyd George se opuso a alterar la estructura de la industria, que permanecía todavía bajo control temporal del Estado; y la Federación de Mineros apeló entonces al movimiento sindical para que apoyara sus medidas destinadas a presionar al gobierno. En primer lugar, los mineros pidieron, no la huelga, sino la concentración de todos los recursos del movimiento obrero en una campaña educativa destinada a convertir al público a la causa de la nacionalización; y el Congreso de Sindicatos de septiembre de 1919 dio su apoyo a los mineros y preparó un congreso especial que se reuniría en diciembre para determinar qué acción debería tomarse. Este congreso especial acordó apoyar la propuesta campaña y convocar otro congreso especial para considerar la acción futura, una vez realizada la campaña. En consecuencia, con el apoyo del Partido Laborista y la Unión de Cooperativas, así como del Congreso de Sindicatos, la campaña de "Las Minas para la Nación" fue realizada en los últimos meses de 1919; pero, en medio de otras causas de excitación, tuvo muy poca influencia sobre la opinión pública. Cuando el segundo congreso especial se reunió, en marzo de 1920, recibió una demanda de la Federación de Mineros pidiendo la huelga general para obligar a la nacionalización; pero el Congreso, sabiendo que los mismos mineros estaban divididos, rechazó esta demanda y decidió, en vez de ello, favorecer la "acción política", en forma de "intensa propaganda política como preparación para las elecciones generales". En efecto, éste fue el fin de la cuestión porque, antes de terminar el año, la prosperidad de posguerra también había terminado y estaba a la vista una depresión. Habría sido imposible, en todo caso, concentrar la atención política en el problema del carbón para convertirlo en la cuestión central en las elecciones generales; pero, aparte de esto, a finales de 1920 la gran inquietud laboral del año anterior desaparecía rápidamente. El gobierno había superado con éxito los peligros de la etapa de desmovilización y reajuste de la posguerra y no estaba

ya en actitud de hacer concesiones a ninguna demanda que fuera contra los intereses capitalistas; y los sindicatos se ocupaban más de pensar en Su propia defensa, en cada industria, ante la amenaza de depresión, que en apoyar a los mineros o a cualquier otro sector en demandas esencialmente socialistas. La gran ofensiva de la clase trabajadora había sido detenida con éxito y el capitalismo británico, aunque amenazado con la adversidad económica, se sintió seguro una vez más y capaz de responder, en el terreno laboral y en el político, a cualquier intento que pudiera hacer todavía el movimiento obrero por ponerlo en jaque.

Ha sido necesario llevar el recuento de los acontecimientos en la industria minera del carbón hasta 1920 porque todos los sucesos hasta aquí analizados surgieron directamente de la crisis minera que siguió al armisticio de noviembre de 1918. La crisis del carbón, sin embargo, fue al principio sólo una parte de una crisis general que afectó a la Gran Bretaña tan pronto como terminó la lucha. Mucho antes, todos los grandes sindicatos habían alistado sus programas de demandas de posguerra y los grupos de izquierda habían formulado sus más ambiciosos proyectos. Lloyd George, anticipando los problemas, se decidió a efectuar unas elecciones generales, donde podría aparecer como salvador de la nación a la cabeza de una coalición de todos los buenos "patriotas", para confusión de los liberales de Asquith a los que había depuesto de sus cargos dos años antes y del Partido Laborista, a no ser que estuviera dispuesto a permanecer como subordinado en un gobierno capitalista de "reconstrucción" nacional. El Partido Laborista, como vimos, decidió por una gran mayoría abandonar la coalición y poner a prueba la maquinaria electoral que Arthur Henderson había ido construyendo; y sólo una pequeña minoría de laboristas se separaron para aparecer como candidatos "laboristas de la coalición". Pero en las elecciones generales de diciembre de 1918 la coalición de Lloyd George, con sus candidatos "cupón" —principalmente *tories,* pero incluyendo a los partidarios liberales de Lloyd George— se salieron con la suya. Los gritos de "Cuelguen al Kaiser" y "Que pague Alemania" encontraron eco en el electorado y la coalición obtuvo 359 asientos para los *tories,* 127 para los liberales y 15 para los "laboristas", contra una oposición constituida sólo por 51 miembros oficiales y extraoficiales del Partido Laborista, 34 liberales de Asquith, 7 nacionalistas irlandeses y algunos independientes- —sin contar 73 irlandeses de Sinn Fciner, que se negaron a ocupar sus asientos—. Aun este pequeño grupo de laboristas era un avance en relación con la situación de preguerra del Partido Laborista, que había, logrado sólo 42 asientos en las últimas elecciones antes de la auerra. Fue., sin embargo, un desalentador resultado de la labor de reconstrucción' del Partido Laborista sobre una nueva base, con su nuevo programa

socialista, *Labour and the* New *Social Order,* y de su nueva situación en el Parlamento en vista de la disolución del gran partido liberal de antes de la guerra. Porque, con el Partido Liberal en ruinas y escindido por profundas divisiones internas, el Partido Laborista, sin importancia hasta 1914 como fuerza política, se había convertido en 1918 en la única amenaza posible a la coalición dominada por los *tories* como candidato al poder —a menos que la coalición se desintegrara y los liberales lograran establecer su unidad, de lo cual no había muchas señales—. En ninguna elección antes de 1918 había luchado el Partido Laborista por más de una pequeña minoría de los asientos en juego; mientras que, en 1918, tenía 368 candidatos patrocinados, sin contar otros 30 auspiciados extraoficialmente por laboristas o socialistas.

El nuevo Partido Laborista de "trabajadores manuales y cerebrales" había sostenido, en efecto, que era la oposición oficial en el Parlamento, con la esperanza de convertirse, con el curso del tiempo, en gobierno; y lo había hecho mediante cambios drásticos en su organización y su programa. Hasta 1918, el Partido Laborista había sido, esencialmente, un partido de los sindicatos y del Partido Laborista Independiente, que había servido como una especie de sección de miembros individuales, al mismo tiempo que, ayudado por la Sociedad Fabiana, había actuado como un fermento socialista en su interior. El propio Partido Laborista, salvo en uno o dos distritos muy especiales, no había poseído prácticamente ninguna organización local; había descansado, para su labor electoral, principalmente en los consejos industriales y laborales locales y en las ramas del Partido Laborista Independiente y la mayoría de sus miembros del Parlamento habían sido antes delegados sindicales. En teoría, había insistido en su independencia de todos los demás partidos; pero, en la práctica, había debido casi todos sus asientos al apoyo liberal y había sido hasta 1914, en casi todas las cuestiones, el satélite obediente del gobierno liberal. En 1918 había creado, cuando menos, el núcleo de una organización propia en la gran mayoría de los distritos y había iniciado la tarea de recabar miembros individuales en competencia con las sociedades socialistas, que vieron así profundamente alterada su situación en el partido. El Partido Laborista Independiente, en particular, después de haber actuado virtualmente como un partido distinto durante la guerra —aunque había mantenido su afiliación al Partido Laborista- no gustó del cambio en su situación debido a la aparición de aquél como un partido socialista que reclamaba el trabajo y la lealtad de todos los socialistas democráticos y amenzaba así con dejar detrás al relativamente pequeño Partido Laborista Independiente. Los dirigentes del Partido Laborista Independiente, sin embargo, no podían separarse del Partido Laborista, con el cual estaban de acuerdo en casi todos los pro-

blemas, una vez terminada la guerra. Estaban demasiado ligados a la suerte del Partido Laborista y lo consideraban, en efecto, como su criatura. Ramsay MacDonald, aunque había perdido su puesto dirigente en el Partido Laborista por la cuestión de la guerra, era todavía su teso-Tero, lo había representado en las conferencias socialistas aliadas durante la guerra y había participado, con Webb y Henderson, en la redacción de su nueva constitución y programa. Simpatizaba mucho más, en todo caso, con el nuevo Partido Laborista que con la izquierda o el centro inclusive de su propio Partido Laborista Independiente; y aunque Philip Snowden estaba menos cerca del laborista que del independiente tampoco simpatizaba con el ala izquierda del Partido Laborista Independiente, que coqueteaba con el sovietismo y manifestaba en voz alta su hostilidad al parlamentarismo de buena fe en el que cería devotamente. El Partido Laborista Independiente apoyó a medias el esfuerzo de Henderson por hacer la organización del Partido Laborista en los distritos sobre una base de adhesión individual; pero, fuera de Escocia, no se opuso ciertamente a ello, sino que trató de fortalecer su propio control sobre los nuevos partidos laboristas locales, que Henderson iba organizando.

En cuanto a programa, la adopción de *Labour and the New Social Order* como declaración máxima de los .principios del Partido Laborista significaba un rompimiento radical con el pasado del Partido Laborista; porque comprometía al partido a un objetivo definitivamente socialista y lo convertía, así, de una federación flexible de socialistas y sindicalistas en un partido socialista con apoyo sindical. El socialismo de *Labour and the New Social Order* era, por supuesto, gradualista y no revolucionario: era el fabianismo de Sidney Webb, con concesiones aquí y allá al nuevo espíritu de los tiempos —por ejemplo, en sus referencias al control democrático de la industria y la participación de los trabajadores—. Estas concesiones, como se vería después, no significaron mucho en la práctica: en lo esencial, lo que sucedió fue que el Partido Laborista se comprometió a los objetivos del socialismo fabiano y a realizarlos por medios democráticos y parlamentarios, como heredero y ejecutor de la tradición liberal progresista más que como iniciador de una nueva doctrina revolucionaria. Además, *Labour and the New Social Order* no era un programa electoral sino una declaración de principios y de objetivos a largo plazo: de modo que no obligaba al Partido Laborista a medidas particulares inmediatas, sino sólo a una actitud general. Se adoptó con muy poca oposición, en parte por esta razón, pero también porque, en los años de la guerra, la opinión sindical había variado mucho y la desintegración del Partido Liberal había destruido los fundamentos mismos de la vieja adhesión a la alianza no conformista liberal laborista.

El Partido Laborista, entonces, se presentó en 1918 como aspirante-ai poder político, todavía muy lejos del éxito, pero con enormes ambiciones y con mucho mayores perspectivas de apoyo popular. Antes de 1914, sus candidatos nunca habían alcanzado más de medio millón de votos; en 1918, con un electorado dos veces y media mayor que el de antes de la guerra e incluyendo por primera vez a las mujeres, logró cerca de 2 500 000 contra 5 millones y medio de los partidos de la coalición y menos de 1 millón y medio de los liberales independientes. Con muchos votantes lejos de sus hogares y muchos soldados que no podían votar, la votación general en 1918 fue muy baja; pero, a pesar de que la mayoría de los candidatos laboristas fueron derrotados ante el prestigio de Lloyd George, era claro que, en el futuro, el Partido Laborista tendría que ser tomado seriamente como fuerza política. Debía reconocerse, sin embargo, que hacía el juego parlamentario estrictamente de acuerdo con las reglas establecidas. En ningún país de Europa había menos señales que en la Gran Bretaña de que la forma de la política hubiera sido alterada por la Revolución rusa o por el holocausto de las dinastías e imperios de la Europa central y oriental.

Las elecciones generales británicas de 1918 se realizaron tan rápidamente después del armisticio, que todo había pasado antes de que los trabajadores tuvieran oportunidad de afirmarse en el terreno laboral o para que se crearan problemas acerca de la desmovilización de las fuerzas armadas o de los trabajadores dedicados a fabricar pertrechos de guerra. Así, estos trastornos, cuando se produjeron, aparecieron en medio de un régimen político ya decidido y de un gobierno antisocialista asentado firmemente en el poder. Este gobierno, consciente de las dificultades que surgirían, estaba decidido a ganar tiempo y a evitar que se acumularan de inmediato demasiados problemas. Se apresuró, pues, a estabilizar las tasas de salarios por el momento y a otorgar beneficios o "donaciones" de emergencia, no sólo a los soldados desmovilizados sino a los trabajadores de las fábricas de pertrechos hasta que pudieran ser absorbidos por empleos de paz; trató también de lograr un equilibrio entre el clamor de los soldados por una rápida desmovilización y la capacidad de la industria para reemplearlos —en general, con bastante éxito—. La otra tarea urgente en el país era diferir las demandas insistentes de les sindicatos de mejores condiciones y, en algunos casos, de nacionalización y control de los trabajadores e iniciar el suministro de nuevas viviendas en vista de la aguda escasez y del gran número de personas que deseaban nuevos hogares. Hemos visto ya cómo se evitó una huelga nacional de mineros con la designación de la Comisión Sankey y las concesiones hechas después de sus informes. Ahora estudiaremos lo que sucedió en otras industrias importantes.

Los primeros signos claros del creciente descontento laboral fueron las huelgas extraoficiales en Clyde y Belfast por menos horas de trabajo —en Clyde por la semana de 40 horas y en Belfast por la de 44, contra un nivel de preguerra que oscilaba en casi todas partes entre 50 y 54 horas—. Los ferroviarios habían recibido ya la promesa de una semana de 48 horas; y se habían iniciado negociaciones en torno a las 47 o 48 horas en numerosas industrias cuando los trabajadores de Clyde y Belfast, principalmente en empresas afectadas por el cese de la demanda creada por la guerra, prescindieron de sus dirigentes nacionales y, en enero de 1919, convocaron huelgas generales locales por su cuenta. Estos movimientos fueron derrotados —en Clyde tras algunas escenas de violencia— y los sindicatos de maquinistas y de la industria naviera negociaron entonces un acuerdo nacional de la semana estándar de 47 horas. Pero, en enero de 1919 parecía probable que el movimiento de huelga ganara en impulso si no se actuaba rápidamente para controlarlo; y el gobierno, en febrero, convocó a una Conferencia Industrial Nacional de representantes de todos los sindicatos, asociaciones patronales y organismos conjuntos, como los recién establecidos Consejos Whitley, para considerar los medios de mejorar las relaciones laborales y procurar la paz laboral. Algunos de los sindicatos más importantes —los mineros, ferroviarios y obreros del transporte, que se habían unido en una alianza laboral triple, así como los maquinistas— se negaron a asistir a esta reunión, sosteniendo que ya ellos estaban efectuando sus propias negociaciones. Pero la mayoría de los sindicatos y organismos patronales asistieron; y la Conferencia estableció un comité conjunto para redactar un informe sobre las cuestiones qpae se le remitieron, incluyendo las de horas de trabajo, salarios mínimos y un mecanismo conjunto para representar a "la industria" en sus tratos con los departamentos del gobierno y con el gobierno mismo. Este comité conjunto actuó por muchos meses —no se dispersó definitivamente hasta julio de 1921— preparando primero sus informes y discutiendo interminablemente con el gobierno acerca de su adopción. Su función real, cuando fue establecido, era mantener a los dirigentes sindicales en discusiones y negociaciones hasta que desapareciera el fermento de posguerra y el peligro de serios disturbios laborales. Para lograrlo, los representantes de los patronos estaban dispuestos a ceder en las primeras etapas y a conceder en principio lo que después muchos de ellos se opondrían a aplicar; pero, a medida que disminuyó la tensión en el país, cooperaron cada vez menos y, mucho antes de que los sindicatos decidieran poner fin a la farsa, se habían unido al gobierno, negándose a actuar según las recomendaciones que antes habían parecido aceptar.

Superada la amenaza inmediata de una huelga nacional de mineros,

el principal peligro en la industria era el de los ferrocarriles. Los sindicatos ferroviarios pedían el pleno reconocimiento de sus derechos de contratar y considerables aumentos de salarios, así como la nacionalización de los ferrocarriles bajo un sistema que diera a los sindicatos la mitad de la representación en la nueva administración. Los ferrocarriles, como vimos, habían sido colocados bajo control estatal durante la guerra y habían sido sometidos a una considerable coordinación: de modo que apenas era posible entregarlos nuevamente a las numerosas compañías que antes los operaban. Se acordó, en general, que tendría que producirse, al menos, la consolidación en un pequeño número de grandes empresas, si no la unificación total; pero había una gran oposición a la nacionalización y los trabajadores ferroviarios presionaban cada vez con mayor urgencia por concesiones inmediatas en cuanto a los salarios, incluyendo una regraduación nacional del trabajo, que por la nacionalización. Así, la cuestión de los salarios culminó primero cuando, en el verano de 1919, las negociaciones con el gobierno se rompieron y, el 26 de septiembre de 1919, los sindicatos ferroviarios declararon una huelga general. Como el Sindicato Nacional de Ferroviarios estaba asociado entonces con la Federación de Mineros y la Federación de Trabajadores del Transporte en una triple alianza laboral destinada a una acción unificada de los tres grupos, la huelga ferroviaria amenazaba con arrastrar a los otros dos sindicatos. El Sindicato Nacional de Ferroviarios, sin embargo, no los llamó a unirse a la huelga; y lo que sucedió fue que una conferencia especial de sindicatos, convocada por la Federación de Trabajadores del Transporte, estableció un comité de mediación para ayudar a reanudar las negociaciones entre los ferroviarios y el gobierno. Con la ayuda de este comité se llegó a la base de un acuerdo, favorable en general a los ferroviarios, el 5 de octubre de 1919; y la huelga terminó, aunque las subsecuentes negociaciones detalladas tardaron varios meses en concluirse. La cuestión de la nacionalización de los ferrocarriles no entró directamente en estas negociaciones, pero estuvo siempre planteada en el fondo, ya que el gobierno consideraba la manera de poner fin al control estatal de tiempos de guerra y de reorganizar el sistema ferroviario con alguna medida de unificación.

Al fin, en 1920, Sir Eric Geddes, Ministro de Transportes, presentó un plan, no muy distinto del plan Duckham sobre el carbón, según el cual las compañías de ferrocarriles debían amalgamarse en un pequeño número de grandes empresas y los trabajadores tendrían una mínima representación en los organismos directores de estas empresas. Este proyecto, sin lo concerniente a la representación de los trabajadores, tomó forma después en la Ley de Ferrocarriles de 1921^ que estableció cuatro grandes compañías asociadas bajo propiedad privada y puso fin

al control estatal. Los sindicatos ferroviarios, no deseosos de aceptar la pequeña participación en el "control" ofrecido a los trabajadores por el proyecto de Geddes, aceptaron en vez de ello un sistema de consejos consultivos y el mecanismo de negociación estatuido que, en todo caso, concedía el pleno reconocimiento sindical que las compañías se habían negado a otorgar por el momento. Los ferroviarios no renunciaron a la demanda de nacionalización; pero permitieron, bajo la dirección derechista de J. H. Thomas (1874-1949), que se hiciera a un lado una vez parcialmente resueltas las demás demandas, de mejoramiento de salarios y condiciones de trabajo.

Así, la cuestión de la nacionalización fue aplazada en los ferrocarriles y en la industria carbonera; y el gobierno pudo devolver ambas industrias a la propiedad y el control capitalistas. Había todavía una gran inquietud laboral; y se producirían aún grandes huelgas y despidos en masa después de la huelga ferroviaria de 1919. Pero en ninguno de estos casos se trataba directamente de nacionalización: surgieron por dispuestas en torno a los salarios y a las condiciones y no constituyeron una amenaza al sistema capitalista restablecido.

La primera gran disputa de 1920 surgió en los muelles y tuvo que ver con los salarios y las condiciones de empleo exclusivamente. Fue resuelta en favor de los trabajadores sin parar el trabajo después que Ernest Bevin (1881-1951), el nuevo dirigente de los trabajadores del transporte, persuadió a su Federación para que, en vez de declarar una huelga inmediata, solicitara que sus demandas se refirieran a un tribunal de investigación, según la recién promulgada Ley de Tribunales de Trabajo —el primero de esos tribunales que se establecería—. Ante ese tribunal, presidido por un juez de la Suprema Corte de Justicia, Bevin abogó por la causa de los estibadores con admirable habilidad y brillantez. Obtuvieron la semana de 44 horas y los 16 chelines diarios como salario mínimo que habían solicitado —todo, de hecho, con excepción del plan de prevención de accidentes por el que tuvieron que esperar otros veinte años; y Bevin, antes sólo una figura sindical menor, ascendió súbitamente a la cumbre del movimiento sindical, a la cabeza de lo que se convirtió pronto en el sindicato más grande del mundo— el Sindicato General de Transportes, basado en una amalgama de muchos sindicatos que habían formado la Federación de Trabajadores del Transporte. Bevin tuvo la suerte de que su caso fue peleado y ganado mientras los precios estaban aún en aumento, antes de que hiciera crisis la prosperidad de la posguerra. Pero se mereció el éxito y el apodo con que se le designó de "Dockers' K. C." .

Vino entonces, en el verano de 1920, la gran excitación provocada por la intervención británica en la guerra ruso-polaca. Los polacos ha-

bían lanzado una ofensiva contra los rusos en abril y habían capturado Kiev a principios de mayo. Entonces la situación varió. Kiev fue tomada nuevamente en junio y, al mes siguiente, los ejércitos rusos se acercaban a Varsovia y apelaban, en vano, a los trabajadores polacos para que se levantaran contra su gobierno, extendiendo así la Revolución rusa hasta las fronteras de Alemania. Los franceses enviaron al general Weygand en ayuda de los polacos; la Gran Bretaña envió sólo pertrechos, pero surgieron una serie de problemas cuando los obreros sindicados plantearon objeciones a la entrega de esos suministros. En particular, el episodio del *Jolly George,* un navio fletado para llevar armas a Polonia desde Harwich, adquirió celebridad mundial cuando los estibadores se negaron, con éxito, a cargarlo y fue evidente que cualquier intento de derrotar el boicot utilizando esquiroles daría como resultado una gran huelga de solidaridad. Se extendieron en el exterior los más descabellados rumores. En Rusia se informó inclusive, llegando a creerse durante un tiempo, que la Revolución había estallado en la Gran Bretaña. Se produjo, en efecto, una súbita ola de sentimiento entre los trabajadores ingleses para los que el asunto del *Jolly George,* por pequeño que fuera en sí mismo, encerraba un sentido simbólico porque significaba la solidaridad internacional en apoyo a la Revolución rusa contra sus enemigos capitalistas-imperialistas. Había, además, extendidos temores de que el gobierno, conjuntamente con los franceses, pensara en la intervención armada al lado de los polacos. Estos temores se agudizaron tanto que a principios de agosto se reunió una conferencia especial en representación de todo el movimiento obrero y estableció un consejo de acción, advirtiendo al mismo tiempo al gobierno, claramente, que cualquier intento de hacer la guerra a Rusia tendría que hacer frente a la resistencia unida del movimiento, que podría llegar a la huelga general. En este aspecto, el movimiento se sentía capaz de actuar vigorosamente, con conciencia de que tenía el poderoso apoyo de la clase trabajadora y de muchos sectores de opinión no obreros. Esta actitud decidida hizo que Lloyd George reflexionara y declarara que jamás había abrigado la idea de hacer la guerra a Rusia. En consecuencia, el consejo de acción y los consejos locales, establecidos en todo el país, no recibieron órdenes de llevar adelante la amenaza de huelga, pero no se disolvieron hasta que el tratado de paz entre Rusia y Polonia fue redactado y aceptado en octubre de 1920. No es fácil adivinar qué habría sucedido si el general Weygand no hubiera ayudado a los polacos a salvar a Varsovia y a rechazar a los rusos y si, ante la amenaza de derrota polaca, la Gran Bretaña hubiera intentado enviar fuerzas armadas para luchar en el bando polaco. Los hombres que apoyaron y ayudaron a formar el consejo de acción incluían a los dirigentes del ala derecha laborista británica, que de se-

guro sólo habrían aceptado utilizar el arma de la huelga como último recurso.

La crisis polaca acababa de terminar y no se había resuelto aún la crisis irlandesa que se había sumado a aquella cuando, en el otoño de 1920, culminaron los problemas en la industria minera, en relación con una nueva demanda de aumento de salarios planteada por la Federación de Mineros. Tras complejas negociaciones, en las que el gobierno ofreció sólo aumentos de salarios condicionales según el aumento en la producción, los mineros declararon, en octubre de 1920, una huelga general y pidieron a sus compañeros de la triple alianza laboral que les brindaron pleno apoyo. Los dirigentes de los obreros ferroviarios y del transporte, sin embargo, no estaban dispuestos a verse envueltos en una huelga general en favor de los mineros; y se decidieron a mediar entre la Federación de Mineros y el gobierno. El resultado fue un arreglo temporal, por el cual los mineros obtuvieron ciertas concesiones; pero los problemas fundamentales de la industria quedaron sin resolver y se hizo evidente, cuando el gobierno anunció su intención de poner fin al control de guerra y devolver las minas de carbón a sus propietarios el 1° de abril de 1921, que se estaba gestando una crisis mucho más seria que la de 1920. Los propietarios de las minas de carbón anunciaron que sería necesario reducir drásticamente los salarios y aumentar las horas de trabajo tan pronto como dejara de funcionar el control gubernamental; porque no sería posible ya subsidiar los pozos menos ricos a costa de los que rendían más ganancias. Los propietarios insistían en que, en el futuro, los salarios tendrían que fijarse por separado en cada centro carbonífero, de acuerdo con la capacidad local de pago; mientras que la Federación de Mineros sostenía que, si el gobierno se negaba a nacionalizar las minas, tendría que crearse un "fondo nacional" con el cual se pagaran los salarios necesarios para vivir los trabajadores de pozos y áreas que no pudieran hacerles frente con sus propios recursos.

El 1° de abril de 1921 empezó una huelga nacional del carbón, o más bien un paro general, cuando los mineros se negaron a trabajar en las condiciones ofrecidas por los propietarios de las minas. Una vez más la Federación de Mineros acudió a sus compañeros de la triple alianza laboral; y de nuevo los dirigentes de los sindicatos ferroviarios y del transporte no se mostraron muy dispuestos a convocar a una huelga en apoyo de los mineros. No obstante, ambos grupos se declararon dispuestos a actuar en apoyo de los mineros si no se reanudaban las negociaciones sobre bases satisfactorias para la Federación de Mineros; y cuando este organismo se negó a aceptar una proposición del gobierno que no resolvía en absoluto sus demandas, los sindicatos de ferroviarios y del trans-

poite, reforzados por otros sindicatos, reafirmaron su intención de ir a la huelga. En este punto, sin embargo, se hicieron numerosos intentos de reunir nuevamente a las partes y se sugirió que podría llegarse a un acuerdo temporal acerca de los salarios, dejando las cuestiones del Fondo Nacional y de la Oficina Nacional de Salarios para negociaciones posteriores. Se interpretó que Frank Hodges (1887-1947), secretario de los mineros, había dado cierto apoyo a esta sugestión al responder a una pregunta que se le hizo en una reunión de miembros del Parlamento ante la cual pronunció un discurso; pero cuando Lloyd George escribió a la Federación preguntando si estaba dispuesta a negociar un acuerdo temporal sobre esta base, el ejecutivo de los mineros se negó decididamente, reiterando su demanda de que se estableciera un Fondo Nacional y una Oficina Nacional de Salarios. Tomando como excusa esta negativa, los sindicatos de la triple alianza y los que se les habían unido, reunidos el 15 de abril de 1920, cancelaron las instrucciones de huelga y dejaron que los mineros continuaran solos la lucha. Ese día, el 15 de abril, se conoció en lo sucesivo como el "viernes negro", porque fue el día en que la gran triple alianza había fracasado ignominiosamente y se había puesto fin, en conclusión, a la etapa de militancia laboral de posguerra. En efecto, éstos fueron los resultados inmediatos: después del viernes negro el movimiento obrero se vio obligado a actuar a la defensiva. La Federación de Mineros, abandonada a sus propios recursos, continuó su lucha sin esperanzas hasta julio, cuando por fin tuvo que admitir su derrota. Por entonces, el retroceso laboral había cundido en todas partes; y un sindicato tras otro se vieron obligados a aceptar severas reducciones de salarios. El desempleo, que había alcanzado un promedio de sólo el 5 % entre los trabajadores asegurados en 1920, subió a un promedio del 17 % en 1921 y marcó el 14 % en 1922, subiendo a más de 2 millones durante el paro carbonero de 1921. Las tasas de salarios, que a fines de 1920 se habían mantenido en un 170 a 180 % por encima del nivel de julio de 1914, cayeron por etapas hasta el 65 o 70 % por encima de ese nivel en 1923. El total de miembros de los sindicatos bajó de 8 334 000 en 1920 a 4 328 000 en 1923. La lucha debía reanudarse y llegaría a su culminación con la huelga general de 1926; pero, por el momento, el desplome económico y la derrota de los mineros habían puesto fin a la etapa de lucha positiva.

La derrota no se limitó al terreno laboral. En el terreno político la depresión hizo surgir una gran campaña de "economía nacional", que encontró su principal expresión en las proposiciones "Geddes Axe" de febrero de 1922, presentadas por un comité designado para recomendar restricciones a los gastos públicos. Las proposiciones "Geddes Axe" fueron utilizadas para recortar no sólo los subsidios de desempleo, sino

también la educación y otros servicios sociales y para disminuir los gastos en obras públicas cuando eran más necesarios. En un intento por lograr la recuperación, los desempleados empezaron a organizarse en una escala considerable en las regiones industriales; y los sindicatos, incapacitados para tomar medidas efectivas, permitieron que dirigentes extraoficiales, muchos de los cuales eran comunistas, tomaran el mando del movimiento. El Partido Comunista, constituido definitivamente en 1920, sufrió una drástica reorganización en 1922, cuando aceptó las instrucciones del Comintern de reorganizarse como un partido disciplinado y centralizado. El movimiento nacional de desempleados empezó a organizar "marchas del hambre" sobre Londres desde las regiones industriales, haciendo manifestaciones y convergiendo sobre Londres en un intento de presionar más al gobierno y al Partido Laborista, al que acusaban de tibieza en el apoyo de sus demandas. En diciembre de 1922 hubo también muchas huelgas de arrendatarios en Clydeside y otras regiones. Entretanto, en octubre, los conservadores habían destituido a Lloyd George de su cargo de Primer Ministro, sustituyéndolo por su dirigente, Bonar Law, a la cabeza de un gobierno puramente conservador. Siguieron luego las elecciones generales y el Partido Laborista aumentó su votación de 2.2 a 4.2 millones y aumentó igualmente sus asientos de los 57 obtenidos en las elecciones de 1918 a 142. Los conservadores llevaban todavía la ventaja, con 5.4 millones de votos y 347 asientos; los liberales independientes obtuvieron 2.5 millones y los liberales nacionalistas, que apoyaban a los conservadores en la mayoría de los problemas, 1.7 millones; cada grupo liberal obtuvo 59 asientos. Los comunistas aspiraban sólo a 5 asientos, sin obtener ninguno. En la nueva Cámara de los Comunes, los miembros del Parlamento de Clydeside, cometiendo un error, lograron restituir a Ramsay MacDonald en la dirección del Partido Laborista, con J. R. Clynes, al que derrotó, como su ayudante.

El nuevo Parlamento duró sólo un año. Stanley Baldwin sucedió a . Bonar Law como Primer Ministro, en mayo de 1923, y decidió apelar al electorado para introducir un sistema general de protección arancelaria. Con problemas de desempleo y en medio del descontento creciente de la clase trabajadora, esta decisión favoreció al Partido Laborista; y, en las elecciones generales de diciembre de 1923, aunque logr6 una votación sólo ligeramente mayor que la del año anterior, elevó el número de sus diputados al Parlamento a 191, contra 258 conservadores y 158 liberales, unidos los dos grupos liberales, en esta ocasión, en un solo partido. Los comunistas perdieron su único asiento. Así, el Laborista no era siquiera el partido mayor; pero los conservadores perdieron su clara mayoría y los liberales decidieron llevar al poder al Partido

Laborista. Ramsay MacDonald formó su primer gobierno minoritario, sabiendo que los liberales podían echarlo abajo cuando se les antojara.

Se debatió mucho, dentro del movimiento laborista, si el Partido Laborista debía aceptar el poder en estos términos y también qué política debía seguir si aceptaba. La mayoría de los políticos laboristas favorecieron la aceptación; pero algunos querían que el partido, después de aceptar, procediera de inmediato a introducir un programa socialista drástico que llevaría consigo la derrota segura en la Cámara de los Comunes, para apelar entonces al electorado, sobre la base de este programa, culpando a los liberales de su caída, en la esperanza de ganarse a una parte apreciable de la izquierda liberal. MacDonald, sin embargo, no estaba en absoluto dispuesto a actuar así. Quería aceptar el poder y proseguir con un programa reformista moderado para que se les hiciera difícil a los liberales encontrar un pretexto para hacerlo caer. Aunque fue en este espíritu que el gobierno laborista de 1924 subió al poder, su advenimiento causó una profunda impresión en muchas personas, incluyendo a gran número de sus partidarios. Había pasado tan poco tiempo desde que el Partido Laborista era considerado apenas algo más que un apéndice subordinado del Partido Liberal, dependiente de los votantes liberales para lograr la mayoría de sus asientos —a pesar de la independencia que declaraba—, que su subida al poder parecía una clara señal de la nueva situación de la clase obrera en los terrenos político y social, y del fin de un orden en el cual el poder político había sido considerado como prerrogativa de las clases altas y medias. Que el hijo ilegítimo de una sirvienta, criado en la pobreza, se viera elevado a la posición de Primer Ministro y desempeñara tan, bien su papel pareció a muchos el portento de una nueva era aunque, por el momento, ningún resultado práctico de gran alcance podría surgir de ello en vista de la situación minoritaria del Partido Laborista en la Cámara de los Comunes, sin ser siquiera el partido más nutrido. No se esperaba que el gobierno laborista adoptara una actitud revolucionaria; pero había, sin embargo, expectación por ver qué sucedería, de hecho, en esta situación política totalmente nueva.

Ramsay MacDonald, al fomar el primer gobierno laborista, incluyó en él a la mayoría de las grandes personalidades del Partido Laborista, con excepción de George Lansbury, al que se ofreció sólo un puesto sin rango ministerial, que rechazó. El principal representante del ala izquierda fue John Wheadey (1869-1930), nombrado ministro de Salubridad y encargado así del urgente y difícil problema de la vivienda. Para llenar algunos cargos, MacDonald se salió de las filas de su partido, designando a Lord Chelmsford Primer Lord del Almirantazgo; al antiguo ministro liberal, Lord Haldane, Lord Canciller y a Lord Palmoor

Lord Presidente del Consejo, cubriendo también los cargos judiciales escoceses con personajes no laboristas. El gabinete se inclinaba a la derecha; y MacDonald mantuvo a Arthur Henderson fuera del Ministerio de Relaciones Exteriores tomando en sus manos esa Secretaría, además del cargo de Primer Ministro. Philip Snowden fue al Tesoro, Sidney Webb a Comercio y Henderson al Ministerio del Interior. En general, el gabinete parecía competente y moderado, pero no inclinado a tomar caminos aventurados, excepto en el terreno de la vivienda. El gobierno laborista de 1924 fue afortunado, hasta cierto punto, en tanto que su subida al poder coincidió con cierto mejoramiento en las condiciones económicas y con una inclinación a la izquierda en Francia, como reacción ante la ocupación del Ruhr por Poincaré el año anterior. Ayudado por estos acontecimientos, el gobierno laborista pudo promulgar alguna útil legislación social, especialmente la Ley de Viviendas de John Wheadey, que constituyó el primer intento serio de capacitar a las autoridades locales para suministrar nuevas casas para alquilar, con rentas que los trabajadores en general podían pagar. Wheadey negoció también con éxito, con los sindicatos de la construcción, un acuerdo según el cual aceptaron medidas efectivas para aumentar la oferta de trabajadores calificados, elevando a los trabajadores menos calificados a situaciones que requerían la especialización y medidas particulares para el entrenamiento de obreros adicionales. Ésta fue la más ambiciosa y afortunada de las medidas internas del gobierno, persistiendo sus efectos algunos años después de su caída. Otras medidas importantes mejoraron las condiciones de recepción de los subsidios de desempleo y restablecieron el sistema de reglamentación de los salarios agrícolas que, instituido durante la guerra, había sido suprimido durante la depresión que se produjo en la posguerra. El gobierno pudo contribuir a poner en vigor un nuevo acuerdo sobre salarios que ayudó algo a mejorar las condiciones de las minas de carbón —que se había- beneficiado con el cierre de las minas alemanas durante la ocupación del Ruhr—. Además, tras considerable presión sobre MacDonald del ala izquierda, reconoció a la Unión Soviética, envió un embajador a Moscú y procedió a negociar un tratado anglo-soviético y a entrar en discusiones acerca de un proyecto de préstamo a la Unión Soviética. Ayudó a segurar la adopción del Plan Dawes para tratar las reparaciones de Alemania e iniciar así una política más realista respecto a Alemania; y, en la Sociedad de Naciones, hizo lo posible por fortalecer el Convenio de la Sociedad y por patrocinar el desarme y el arbitraje general. Como vimos, a partir de junio de 1924 fue ayudado por la presencia en Francia del gobierno radical de izquierda presidido por Edouard Herriot.

Todos estos pasos fueron positivos. Pero, en agosto, el gobierno se

colocó en una delicada situación al arrestar y acusar de sedición al editor del periódico comunista Workers Weekly, J. R. Campbell (n. 1894), para retirar después la acusación ante las protestas que provocó ese acto. Este incidente condujo a una investigación y por los resultados de ésta el gobierno fue derrotado al terminar el mes, bajo duros ataques por haber retirado la acusación a Campbell y por el proyecto de préstamo a la Unión Soviética. MacDonald renunció y se realizaron nuevas elecciones generales sólo un año después de las últimas. Es imposible saber cómo se hubieran desarrollado las elecciones generales si no se hubiera producido un incidente que, inmediatamente antes de la votación, puso al Partido Laborista en una situación sin salida. Nos referimos al "affaire Zinoviev" o de la "carta roja", una supuesta comunicación del Comintern al Partido Comunista británico donde, en medio de los preceptos normales del Comintern a sus afiliados, aparecían pasajes que incitaban decididamente a los comunistas británicos a actos conspiratorios para alentar la deslealtad en las fuerzas armadas e incitar a la rebeldía. Nunca se llegó a establecer claramente si esta carta era, auténtica o falsa. Jamás se presentó el original: sólo una supuesta copia que había llegado a manos del Daily Mail. El Ministerio del Exterior se enteró de que el Mail pensaba publicar la "carta" en vísperas de las elecciones y avisó a MacDonald, que era Ministro de Relaciones además de Primer Ministro, para que redactara una respuesta -donde se solicitara al gobierno soviético que disciplinara al Comintern. MacDonald que estaba en una gira electoral, recibió el comunicado del Ministerio tras alguna demora y él mismo tardó en tomar una decisión. Entretanto, el Ministro del Exterior publicó el proyecto de respuesta que había enviado a MacDonald para su aprobación, explicando después que había considerado imposible permitir que el Daily Mail publicara la "carta" sin una respuesta oficial. Naturalmente, cuando se publicó con carácter oficial la respuesta todo el mundo pensó que MacDonald había autorizado su publicación, incluyendo la amenaza de no ratificar el tratado anglo-soviético si no se desautorizaba al Comintern. Pero cuando el propio MacDonald ofreció por fin lo que pretendía ser una explicación, la oscuridad en torno a lo que había ocurrido se hizo más profunda; porque no ponía en claro si consideraba la "carta" auténtica ni si había aprobado o autorizado la réplica del Ministerio del Exterior que, de hecho, parece haber incluido dos proyectos de redacción posibles, de modo que parecía casi contradecirse con una mezcla de suavidad y severidad.

El efecto de este extraordinario y desacreditado asunto fue colocar a los candidatos laboristas, en la campaña electoral, en una posición insostenible. Mi opinión, si tiene algún valor, es que la "carta roja"

fue probablemente una versión retocada de un original mucho menos peligroso, que no contenía la incitación decidida a la rebeldía; pero cualquier otra opinión puede tener la misma validez. Algunos afirman que nunca hubo tal original y que la supuesta carta fue compuesta con informes de lo que se había dicho en una reunión del Comintem. En todo caso, la "carta roja" y la manera imbécil con que manejó el asunto MacDonald, acabaron con todas las oportunidades del Partido Laborista de mantener siquiera sus ventajas electorales del año anterior. El Partido obtuvo 151 asientos en vez de 191 aunque, como la votación total fue mucho mayor, el número de votos obtenido subió en más de un millón. Los conservadores obtuvieron 2 millones de votos y 415 asientos, recuperando una mayoría grande y evidente. Los liberales perdieron un millón de votos y descendieron de 158 asientos a sólo 42. Baldwin volvió a ser Primer Ministro y procedió, con Winston Churchill en la Tesorería, a colocar de nuevo a la Gran Bretaña dentro del patrón oro en términos de paridad, lo que perjudicó severamente el comercio exterior de Inglaterra y produjo la crisis de 1925-26.

El primer gobierno laborista de la Gran Bretaña terminó así en un fiasco sin gloria, a pesar de las condiciones relativamente favorables bajo las cuales había asumido el poder y los méritos positivos de algunas de las medidas que puso en vigor; y la culpa de este fiasco correspondió absolutamente a MacDonald, quien se entregó en manos de sus contrarios. Es punto a discutir si el partido fue o no prudente al aceptar el poder en condiciones que lo hacían prisionero de los liberales; pero no hay que olvidar que una situación que hacía impracticable el intento de promulgar una legislación realmente socialista no era en absoluto mal acogida por MacDonald y muchos de sus colegas, quienes deseaban proceder con la mayor precaución y tenían fuertes argumentos para responder a los que demandaban una política socialista más directa. A MacDonald y muchos otros parecía muy bien, probablemente, que el primer gobierno laborista se dedicara a ganar la confianza de los "moderados" siguiendo una política esencialmente reformista que no suponía una amenaza a las instituciones básicas del capitalismo. Esperaban, sin duda, poder avanzar en una etapa posterior hacia medidas más socialistas, de carácter progresista, pero sólo cuando hubieran ganado a un sector mucho mayor del electorado y reducido a los liberales a una posición despreciable. Después de todo, eran parlamentarios absolutos y creían que al socialismo debía llegarse sólo por medios estrictamente parlamentarios —es decir, obteniendo una mayoría de los electores para el bando socialista—. Aunque, presionados por la opinión dentro del movimiento laborista, reconocieron a la Unión Soviética y estaban dispuestos a firmar con ella un tratado, detestaban profundamente al co-

munismo (y, a su vez, eran profundamente detestados por los comunistas británicos). Aparte de la "carta roja", MacDonald y otros muchos tenían reservas probablemente ante la posibilidad de entablar relaciones amistosas con la Unión Soviética y estos laboristas se sintieron muy inquietos cuando se vieron acusados de amistad con un país que, a través del Comintern, parecía estar dispuesto a apuñalar por la espalda a la Gran Bretaña y a su gobierno laborista.

Lenin murió en Rusia el día antes que el primer gobierno laborista asumiera el poder; y, mientras estuvo en él, la lucha dentro de la Unión Soviética entre los sucesores de Lenin iba hacia la culminación en la renuncia de Trotsky a todos sus cargos en enero de 1925. En la Gran Bretaña, el Partido Comunista atacaba abiertamente al gobierno laborista, mientras persistía en sus intentos de afiliarse al Partido Laborista —intentos que fueron rechazados por enormes mayorías en sucesivas conferencias del Partido Laborista—. En las elecciones generales de. 1922 los comunistas habían presentado 6 candidatos, de los cuales sólo uno se presentaba en oposición a un candidato laborista; y dos de ellos, J. T. Walton Newbold (1888-1943) y el hindú Shapurji Saklatvala (1874-1936), habían sido electos —el último como diputado laborista—. En 1923 habían perdido esos dos asientos; y, en 1924, sólo tuvieron un éxito electoral. Por el lado sindical, los comunistas tuvieron más éxito. En 1923, el consejo general del congreso sindical fue persuadido de establecer un comité conjunto con el movimiento nacional de desempleados, que duró hasta 1926. En 1924, Arthur Cook (1884-1931), su principal figura sindical, fue electo secretario de la Federación de Mineros; y ese mismo año lanzaron, con el socialista veterano Tom Mann (1856-1941) como dirigente, el movimiento minoritario, cuya función era actuar como miembro británico de la Internacional Roja de sindicatos, en oposición a la Federación Sindical Mundial de Amsterdam. Además, en noviembre de 1924, los sindicatos ingleses y rusos acordaron establecer un comité sindical anglo-ruso para entablar relaciones amistosas entre ambos movimientos; y esta decisión fue ratificada en abril de 1925 en una reunión conjunta de delegados en Londres, después de la caída del gobierno laborista. En cuanto a las relaciones con la Unión Soviética, la opinión sindical —si no la opinión política laborista— se inclinaba decididamente a la izquierda; y también en las cuestiones internas había señales de una creciente militancia en el frente laboral. Todo esto estaba lejos de significar que los trabajadores de la Gran Bretaña se estaban haciendo comunistas; pero sí quería decir que había una tendencia hacia la izquierda lejos de la política derechista extrema del gobierno laborista y hacia una actitud más combativa contra el capitalismo. En enero de 1925, George Lansbury

(1859-1940) renunció a su puesto de administrador del Daily Herald, que había pasado oficialmente al movimiento laborista en 1922, y procedió a iniciar su propio periódico, Lansbury's Labour Weekly, como partidario de una política socialista y laboral de izquierda. Las fuerzas de la izquierda tomaban posiciones para una nueva lucha. El Partido Laborista Independiente, separándose de la influencia de MacDonald, se dispuso —bajo la dirección de H. N. Brailsford (n. 1873) y Clifford Alien— a formular su nueva política de "socialismo en nuestra época"; y los sindicatos que habían permitido el rompimiento de la triple alianza en 1921 empezaron a hacer planes para una nueva alianza laboral.

Una nueva crisis minera se desarrolló durante el verano de 1925. Con la reapertura de las minas de carbón alemanas después de la crisis del Ruhr, la prosperidad temporal de la industria minera británica había llegado a su fin y los propietarios de minas de carbón plantearon demandas de grandes reducciones a los salarios y la sustitución de los acuerdos locales por acuerdos nacionales, así como la extensión de la jornada de trabajo. El costo de producción, sostenían, era demasiado alto en Inglaterra y el comercio exterior estaba seriamente amenazado, en especial después del restablecimiento del patrón oro con la paridad del dólar y la esterlina de antes de la guerra. La Federación de Mineros, recobrándose de los efectos de su derrota en 1921, había logrado en 1925 reconstruir su organización en la mayoría de los yacimientos carboníferos, aunque había aún puntos débiles, especialmente en los campos de Midland. La Federación rechazó las demandas de los patronos y apeló a todo el movimiento sindical en busca de apoyo. El 10 de julio de 1925, sus dirigentes se reunieron con el consejo general del congreso de sindicatos y ambos organismos hicieron un llamado conjunto a todos los sindicatos para que acudieran en ayuda de los mineros. El 14 de julio, el gobierno estableció un tribunal de investigación para dilucidar la disputa; pero ésta abortó y, con los avisos de paros generales que debían expirar a fines de julio, el Comité especial establecido por el consejo general se reunió con los sindicatos ferroviario y de transporte y acordaron imponer una detención general al movimiento de carbón, en ferrocarriles y puertos. El 30 de julio, en una reunión con los representantes de los mineros, el Primer Ministro, Stanley Baldwin, les advirtió que "todos los trabajadores del país tienen que aceptar reducciones en los salarios para ayudar a que la industria se recupere". Su argumento era que tales reducciones resultaban indispensables para el sostenimiento de las exportaciones y del recién restablecido patrón oro; pero, naturalmente, sus palabras produjeron una fuerte reacción en todo el movimiento sindical.

Hasta este momento, el gobierno había adoptado la actitud de que

los salarios y las horas de trabajo eran cuestiones que debían resolverse entre los mineros y los propietarios y que no correspondía a él la responsabilidad de intervenir. Baldwin había declarado imposible para el gobierno otorgar subsidio alguno para aliviar la situación; pero, en el último momento, ante el inminente despido general y el embargo decidido por los trabajadores del transporte, súbitamente cambió de opinión y manifestó la disposición del gobierno a otorgar un subsidio temporal para facilitar la transición a las condiciones mucho peores que los patronos declaraban inevitables. El subsidio debía durar sólo nueve meses y, mientras tanto, una Comisión Real informaría acerca del problema minero en general. Ante este anuncio, los propietarios de yacimientos carboníferos retiraron los avisos de paro y se pospuso toda acción mientras la Comisión Real no hiciera su informe.

Las razones del cambio súbito de actitud del gobierno son claras. Los había tomado de sorpresa la voluntad evidente del movimiento sindical de apoyar a los mineros y no estaban en condiciones de resolver la crisis que seguiría a un paro minero general, acompañado del embargo que podría conducir fácilmente a un paro general de los transportes. A pesar de que estaban plenamente decididos a apoyar a los propietarios de minas y a implantar una reducción general de los salarios, necesitaban tiempo para organizar la resistencia y poder mantener los suministros esenciales a pesar de un cese en gran escala del trabajo; y el subsidio temporal se otorgó con el solo propósito de ganar tiempo para organizar las medidas necesarias para derrotar a los sindicatos. La Comisión Real, bajo la presidencia de Sir Herbert Samuel (más tarde Lord Samuel), inició sus trabajos en septiembre y rindió su informe el 10 de marzo de 1926. Mientras tanto, utilizando los poderes que le fueron concedidos por la Ley de Facultades de 1920, el gobierno arregló el establecimiento de un organismo voluntario —la organización para el mantenimiento de los suministros— que se dedicó a reclutar a gran número de individuos, especialmente de las clases medias, dispuestos a servir como esquiroles en caso de un paro general del trabajo. El gobierno se dedicó también a movilizar una flota de camiones y a entrenar maquinistas para locomotoras y camiones, y operadores de emergencia para los telégrafos y teléfonos para el caso de un posible paro postal.

Por parte de los sindicatos no se hicieron preparativos semejantes para la próxima lucha, aunque era evidente que la crisis se volvería a presentar al terminar el subsidio. La Comisión Real no podía llegar a una solución que aceptaran los propietarios y los mineros o el gobierno y los mineros. Los mineros estaban contra la reducción en los salarios y contra un aumento en las horas de trabajo y estaban decididos a man-

tener el principio de los contratos de carácter nacional. Los propietarios insistían en los contratos locales y en su incapacidad para proseguir sin reducción de los salarios y más horas de trabajo. El gobierno estaba en contra de la nacionalización y de la renovación del subsidio después de los nueve meses y se había comprometido a una reducción general de los salarios como una necesidad. Esto significaba que el gobierno y los propietarios estaban sólidamente unidos en contra de los mineros, quienes tenían el apoyo del resto de la clase trabajadora porque se consideraba que su derrota abriría las puertas a un ataque general a los sindicatos. La Comisión Real tenía, pues, una tarea no envidiable; porque nada que pudiera proponer podía constituir una salida —a no ser que pudiera persuadir a los mineros a ceder o al gobierno, con o sin nacionalización, a asumir la responsabilidad de administrar la industria con pérdidas; y ninguna de estas soluciones tenía probabilidad de ser aceptada.

En noviembre de 1925, el gobierno había hecho los más importantes preparativos para la lucha. El país había sido dividido en diez regiones, cada una bajo un ministro o comisionado civil con amplios poderes. El congreso de sindicatos, por otra parte, aunque discursos combativos dominaron sus actividades en la reunión anual de septiembre, apenas hizo nada en materia de preparativos, quizá porque no sabía qué podía hacer sin ser acusado de organizar la rebelión abierta contra la autoridad del gobierno. Sus dirigentes, insistiendo en el derecho a apoyar a los mineros mediante la huelga, estaban decididos a no hacer nada que pudiera dar a su resistencia una apariencia de carácter revolucionario. O bien suponían que, llegado el momento, el gobiern j, a pesar de todos sus preparativos, cedería ante la amenaza de una acción general de la clase obrera sin que se declarara realmente la huelga o creían que una huelga general podía tener éxito contra el gobierno sin salirse de los límites de la estricta legalidad. O, quizá, estaban simplemente perdidos y paralizados por el curso de los acontecimientos y no hacían nada porque no podían decidirse a nada.

El Lansbury's Labour Weekly, lo mismo que los comunistas, atacó al congreso de sindicatos por su inactividad y exigió que todo el movimiento obrero se movilizara para estar preparado para asumir el control de los servicios esenciales llegado el momento. En octubre, el gobierno asaltó las oficinas del Partido Comunista y arrestó a varios dirigentes comunistas por incitación a actos ilegales y, al mes siguiente, publicó y comunicó a todas las autoridades públicas sus planes para hacer frente a la situación de emergencia en perspectiva.

En marzo de 1926 la Comisión Real publicó sus recomendaciones. En la cuestión inmediata de los salarios y las horas de trabajo, no veía

otra alternativa que amplias concesiones por parte de los mineros, pero argumentaba que correspondía a los mismos mineros escoger entre mantener la jornada de siete horas y aceptar grandes reducciones a los salarios o aceptar más horas para que las reducciones fueran menos severas. En el problema más amplio, reiteró la opinión de la Comisión Sankey en favor de la nacionalización de los derechos del carbón, pero rechazó la nacionalización de las minas y recomendó sólo que los propietarios de minas fueran instados a amalgamarse en sociedades más amplias, con la vaga sugestión de que quizá sería necesario acudir a medidas obligatorias si los propietarios no actuaban voluntariamente. Proponía además algunas medidas para desarrollar la investigación y aumentar la productividad, pero se manifestaba decididamente en contra de toda prolongación del subsidio. La Federación de Mineros declaró de inmediato que no podía aceptar el informe, reiterando su consigna, "Ni un centavo menos de salario; ni un segundo más de trabajo" y apelando a los demás sindicatos para que cumplieran sus promesas de ayuda. El consejo general del congreso de sindicatos se mostró más indeciso y, al mismo tiempo que reiteraba su declaración de "apoyo a todos los esfuerzos por obtener un acuerdo justo", añadía que "las cosas no habían llegado todavía a la etapa en que pudiera hacerse una declaración definitiva de la política del consejo general". Esto significaba que el consejo esperaba aún que la reapertura de las negociaciones conduciría a un arreglo que la Federación de Mineros podría aceptar. Indudablemente, algunos habían llegado a la conclusión de que no había ninguna alternativa factible a las reducciones de salarios y que la mayor esperanza estaba en negociar una transacción. No lo manifestaban abiertamente, debido a la actitud de los mineros; pero ésa era su opinión.

Los mineros, sin embargo, encabezados por su presidente, Herbert Smith (1863-1938), nativo de Yorkshire y de inflexible personalidad, aunque de ninguna manera izquierdista en su actitud general, y por su activo secretario, Arthur Cook, estaban decididos a no ceder una pulgada; y, en cuanto a esto, la gran mayoría de la opinión sindical los apoyaba decididamente. Los propietarios de minas estaban también en una actitud intransigente: ante la insistencia de la Federación de Mineros sobre un acuerdo nacional, trataron de iniciar negociaciones locales con las diferentes asociaciones de mineros. Esto contribuyó a fortalecer los sentimientos sindicales; y, ante el callejón sin salida, el consejo general del congreso de sindicatos convocó, para el 29 de abril de 1926, una conferencia especial de ejecutivos sindicales para decidir qué debía hacerse. Estableció también, con Ernest Bevin como presidente, un comité especial para redactar planes para la situación de emergencia ahora inminente. Cuando se reunió la conferencia, adoptó una resolu-

ción exigiendo que los avisos de cierre a los mineros fueran suspendidos mientras se reanudaban las negociaciones con la participación del consejo general y de la Federación de Mineros. Se entablaron entonces apresuradas negociaciones entre los mineros, el consejo general y el gobierno; pero los avisos de paro no fueron retirados y el 1° de mayo los negociadores informaron a la conferencia de ejecutivos que se había llegado a un completo estancamiento. En estas circunstancias, la conferencia decidió convocar a una huelga "general" en apoyo de los mineros, que ya habían sido sometidos al paro desde la mañana.

La "huelga general", que empezó el 3 de mayo después que el gobierno rompió las negociaciones, no fue de hecho general. En primer lugar se limitó a los trabajadores del transporte, a las industrias editoras y periodísticas, a las de hierro y acero y otras fabricantes de metales y productos químicos y a la industria de la construcción con excepción de los trabajos de construcción de viviendas y hospitales. Los servicios de electricidad y gas fueron llamados a cooperar negándose a suministrar energía a las empresas paralizadas. Se mantuvo en reserva una segunda línea, para utilizarla después si las condiciones hacían necesaria su ayuda. Los sindicatos recibieron órdenes de asumir la responsabilidad del funcionamiento de los servicios de salubridad pública y de alimentos; y los consejos industriales locales recibieron instrucciones de actuar, en el plano local, en apoyo de la huelga. Pero, aunque se convocó la huelga general, había una condición de la que dependía —que la Federación de Mineros entregara su dirección al consejo general del congreso de sindicatos—. Se dijo que la Federación había aceptado esto; pero fue, evidentemente, un malentendido que nunca llegó a aclararse plenamente. El consejo general interpretó que esta condición significaba que podía llegar a un acuerdo aun sin el consentimiento de los mineros; los mineros, por otra parte, insistían en que los sindicatos habían convocado a la huelga en apoyo de sus demandas y que éstas no podían ser alteradas sin su consentimiento. Por el momento, ante la negativa del gobierno a negociar, no se planteó prácticamente el problema; pero habría de plantearse a los pocos días.

La excusa empleada por el gobierno para romper definitivamente las negociaciones con el consejo general fue en chanza trivial y demostró plenamente que el gobierno se había decidido á la pelea. La excusa fue que los cajistas del Daily Mail se habían negado a formar un editorial donde se atacaba enérgicamente la propuesta huelga general como "un movimiento revolucionario destinado a perjudicar a la gran masa de personas inocentes dentro de la comunidad" y se declaraba que debía ser combatida por todos los recursos a disposición de la comunidad. Al recibir las noticias de esta negativa, los negociadores del

gabinete presentaron un ultimátum al consejo general rechazando toda discusión ulterior si no se ponía fin a la huelga, incondicionalmente. El consejo general estaba dispuesto a desautorizar la actitud de los cajistas; pero el gobierno se negó a reunirse de nuevo con ellos. La huelga fue convocada, pues, para el 3 de mayo de 1926 y duró nueve días.

La respuesta a la convocatoria de huelga fue notable: casi todos los que habían sido llamados a la huelga respondieron y se sostuvieron hasta el fin. Aún más notable fue la ausencia de violencia, a pesar de los numerosos arrestos hechos por la policía en los primeros días —hasta que las cárceles estuvieran saturadas— y a pesar de la organización en gran escala de esquiroles por el gobierno. Aunque los huelguistas desafiaban claramente al gobierno, nadie hizo un intento de convertir el movimiento en una revolución, ni siquiera pacífica. El consejo general insistió siempre en que se trataba de una "lucha puramente laboral", sin implicaciones políticas; y los huelguistas seguían sus directivas. Los huelguistas y la policía organizaron partidos de fútbol y no hubo interferencia organizada a los servicios de emergencia organizados por el gobierno. Los consejos industriales autorizaron los necesarios servicios de transporte y realizaron por su cuenta algunos servicios; todo se hizo, en general, dentro de una atmósfera de sorprendente buen humor. Este buen humor no se extendió al periódico de emergencia, The British Gazette, que el gobierno publicó bajo el control de Winston Churchill; pero sí, en general, a la publicación rival de los trabajadores, The British Worker. La B.B.C, situada bajo el control gubernamental durante la huelga, fue utilizada exclusivamente del lado oficial: los huelguistas se las arreglaron con periódicos locales improvisados, en esténcil, dedicados casi totalmente a dar noticias de la huelga.

Entretanto, aunque no se suponía que se estuvieran realizando negociaciones, el gobierno utilizó a Sir Herbert Samuel, presidente de la reciente comisión, y le hizo desempeñar el papel de intermediario extraoficial. Después de consultar a Baldwin y a otros ministros, Sir Herbert redactó un memorándum, basado en las propuestas de la comisión y lo presentó al consejo general del congreso de sindicatos, advirtiendo que no tenía autoridad para comprometer al gobierno, pero sugiriendo que el gobierno estaría dispuesto a aceptar un acuerdo en esos términos. Este memorándum hizo culminar ei malentendido latente entre la Federación de Mineros y el consejo general. Los mineros lo rechazaron de plano, mientras que el consejo general quería aconsejar su aceptación como base para reanudar las negociaciones. Cuando los mineros hicieron evidente su negativa, el consejo general, que acababa de decidirse a convocar a la "segunda línea" —los trabajadores mecánicos y de la industria naviera— no sólo canceló este llamado, sino que visitó al Pri-

mer Ministro para anunciarle su decisión de poner fin inmediato a la huelga general. Dispusieron entonces que los sindicatos afectados dieran órdenes de reanudar inmediatamente el trabajo, aunque se les había advertido con claridad que el memorándum de Samuel no comprometía al gobierno y que estaban efectuando, de hecho, una rendición inequívoca.

Así, el 12 de mayo terminó la gran huelga, excepto para los mineros, que siguieron luchando hasta noviembre, aunque sin esperanzas después del colapso de sus aliados. Se había demostrado claramente, por una parte, que una huelga general, dirigida por fuerza mayor contra el gobierno, no podía tener éxito si el gobierno no se atemorizaba y cedía o a no ser que se convirtiera en un movimiento revolucionario con los huelguistas dispuestos a asumir en sus manos el poder. Por otra parte, la huelga había mostrado, con la misma claridad, el fuerte sentimiento de solidaridad que unía a los trabajadores, pero, al mismo tiempo, el carácter absolutamente no revolucionario, no sólo de los dirigentes, sino de la gran masa que sentía esa solidaridad y estaba dispuesta a actuar en consecuencia llegado el momento. Esto no quería decir que los activistas eran parlamentarios absolutos, como Ramsay MacDonald, quien no ocultaba su intenso disgusto por la huelga general, aun durante su desarrollo. No pocos izquierdistas creían ardientemente en la "acción directa" y acogieron la huelga como un desafío proletario al gobierno y al sistema capitalista. Pero muy pocos, aun entre éstos, consideraron siquiera la posibilidad de convertir a la huelga en el gambito inicial de una revolución social ni esperaban que los mineros lograran algo más que resistir o un empeoramiento de su suerte. Muchos esperaron, hasta el final, que el gobierno se atemorizaría y cedería ante el despliegue de solidaridad obrera; pero pocos, muy pocos, pensaban que el gobierno se vería obligado a renunciar o preveían lo que sucedería si tal cosa ocurría. Los trabajadores estaban instintivamente de parte de los mineros, combatiendo al gobierno más porque consideraban que tenían que hacerlo, que porque tuvieran intención de derrocarlo.

La huelga general de 1926 no habría podido tener éxito a no ser que el gobierno se hubiera atemorizado; y esto no era probable. Desde el verano anterior se había estado preparando para una batalla decisiva; y no era fácil que retrocediera una vez planteada la crisis. Sin duda, algunos de sus miembros esperaban que el consejo general y el resto de los dirigentes sindicales tuvieran miedo y renunciaran a la huelga sin haberla siquiera convocado; y había, indudablemente, dirigentes sindicales a los que les habría gustado hacerlo. Pero también ellos fueron arrastrados por una corriente a la que eran incapaces de resistir y se vieron obligados a ir a la huelga contra su voluntad dada la actitud

de la conferencia decisiva de ejecutivos sindicales. Lo más que podían hacer era esperar la primera oportunidad de afirmar su derecho, ya que habían acudido en ayuda de los mineros, a tener la voz decisiva en la determinación de las condiciones de acuerdo; y la negativa de la Federación de Mineros a aceptar esto les dio la oportunidad de poner fin al movimiento. Estos dirigentes habían temido, desde un principio, que el control de la huelga, una vez declarada, se escapara de sus manos para caer en las de los dirigentes izquierdistas extraoficiales. De hecho, algunos de ellos argüyeron este peligro como justificación de la revocación de la huelga, aunque no había ninguna señal de quebrantamiento ni de que los huelguistas se indisciplinaran.

Con el colapso de la huelga general, recibido primero casi con incredulidad por muchos huelguistas, el movimiento de posguerra de militancia laboral llegó a su fin. Había estado a punto de terminar antes, después de la derrota de 1921: los acontecimientos de 1925 y 1926 fueron sólo una llamarada final, producida por el ataque deliberado a los niveles de salarios que acompañaron al restablecimiento del patrón oro. La inquietud de 1925-26 permitió al Partido Comunista doblar por cierto tiempo el número de sus miembros; pero el aumento, que perdió rápidamente, fue sólo de unos 5 a 10 mil miembros. El movimiento extraoficial minoritario en los sindicatos se abrió mucho más camino y, bajo la dirección de Tom Mann, pudo reunir una conferencia extraoficial representante de cerca de un millón de trabajadores organizados para llamar a la acción de parte de los mineros. Pero estos miembros desaparecieron rápidamente después de la derrota. En efecto, los comunistas, aunque muy activos en lo personal, sencillamente no contaban; no tenían influencia siquiera sobre el núcleo principal del ala izquierda sindical.

Esta ala izquierda había apoyado con entusiasmo al comité sindical conjunto anglo-ruso establecido en abril de 1925 y el intento de los sindicatos británicos de persuadir a la Federación Sindical Internacional de Amsterdam de aceptar una conferencia de "unificación" de la que se esperaba podría surgir una Internacional sindical unificada. Pero, en diciembre de 1925, la Federación Sindical Internacional rechazó las proposiciones británicas; y aunque los sindicatos soviéticos dieron a los mineros británicos ayuda financiera al año siguiente, el movimiento en favor de la unificación perdió terreno rápidamente después que el fracaso de la huelga general había hecho retroceder a los sindicatos británicos a una política de desconcertada defensa. Desde 1926, aunque el Congreso de sindicatos de ese año votó —sin efectos prácticos— en favor de una reforma del sindicalismo dentro de la línea del "sindicalismo industrial",

el movimiento sindical británico se entregó definitivamente a una política de paz laboral.

Esto se debió en parte a que los patronos ingleses, en vez de lanzar una ofensiva total contra los sindicatos en el momento de su derrota, se abstuvieron en su mayoría de llevar a extremos su ventaja y prefirieron domar al sindicalismo más que tratar de suprimirlo. El principal favorecedor de esta conducta fue Sir Alfred Mond (después Lord Melchett), presidente de las Imperial Chemical Industries, quien, en 1927, invitó al Congreso General de Sindicatos a conferenciar con un influyente gTupo de patronos con vista al mejoramiento de las relaciones laborales. El recuento de estas actividades pertenece, sin embargo, a una parte posterior de esta Historia.[6]

Aunque los patronos se abstuvieron de lanzar una ofensiva general, los salarios fueron reducidos en varias industrias, y los sindicatos, que habían perdido muchos miembros, aceptaron reducciones moderadas antes que recurrir a la huelga. Mientras tanto, en el terreno político, el gobierno no mostró semejante indulgencia, sino que hizo lo posible por minar al Partido Laborista y aplastar el poder de los sindicatos mediante la Ley de sindicatos y disputas laborales de 1927. Esta ley declaraba que las huelgas generales eran contrarias a la ley, limitaba el derecho a la huelga solidaria con diversas restricciones, limitaba severamente el derecho a organizar piquetes durante la huelga y prohibía a los sindicatos que incluyeran principalmente a trabajadores de los servicios públicos pertenecer al congreso de sindicatos o al Partido Laborista. Sobre todo, daba un golpe directo al Partido Laborista, alterando la ley relativa a las contribuciones sindicales a los fondos políticos. De acuerdo con la Ley de 1913, los sindicatos habían sido autorizados a levantar fondos para fines políticos, en tanto que permitieran a los que no estuvieran de acuerdo con el pago de esas cuotas a firmar declaraciones "excluyéndose del contrato". La Ley de 1927 alteró el sistema por uno de "contratación", de modo que las contribuciones políticas sólo podían cobrarse a los que firmaran documentos comprometiéndose a pagarlas. Estos cambios redujeron la participación sindical afiliada al Partido Laborista de 3 338 000 a 2077 000 en 1928 -aunque parte de esta disminución se debió a la baja general de la participación en los sindicatos, de 5 500 000 en 1925 a 4 804 000 tres años después.

El Partido Laborista Independiente, como vimos, había lanzado, después de la caída del gobierno laborista en 1924, una activa campaña en favor de una política socialista más decidida bajo la consigna de "socialismo en nuestro tiempo". Los principales puntos de esta política fueron

[6] Véase vol. VI, cap. m.

las demandas de salarios para cubrir las necesidades vitales y de medidas avanzadas de socialización industrial. Fueron expuestos en numerosos folletos y en un libro, Socialism for To-day (1925), escrito por H. N. Brailsford, editor del periódico del Partido Laborista Independiente, The New Leader. Esta campaña hizo ganar bastante fuerza, por el momento, al Partido Laborista Independiente y lo convirtió en el principal vocero del ala izquierda política dentro del Partido Laborista. Pero la derrota de 1926 reaccionó adversamente sobre el Partido Laborista Independiente y sobre los sindicatos; y el ímpetu del movimiento se desvaneció sin haber logrado nada. El principal punto inmediato en el programa del Partido Laborista Independiente había sido que un salario suficiente para vivir, para todos, debía ser la primera línea del ingreso nacional y que el Partido Laborista debía hacer de ello su primer y dominante objetivo. MacDonald y otros antiguos dirigentes del Partido Laborista Independiente habían atacado el programa de "socialismo en nuestro tiempo" como lleno de "aparatosas inutilidades"; pero cuando se presentó la resolución acerca de los salarios "vitales" ante la conferencia del Partido Laborista, en octubre de 1926, el ejecutivo del Partido, en vez de tratar de derrotarla directamente, logró su remisión a un comité conjunto del Partido Laborista y del congreso de sindicatos, en cuyo interminable procedimiento se enterró silenciosamente. Después, el Partido Laborista Independiente prosiguió con su actitud de izquierda, pero no revolucionaria, todavía dentro del Partido Laborista, pero cada vez. participando menos en él, hasta el rompimiento final que lo separó del mismo en 1932.

Era necesario hacer la historia del socialismo británico sin interrumpir la narración hasta 1926 porque la huelga general de ese año fue un punto decisivo y ningún momento anterior parecía conveniente como límite. He tratado de aclarar que nunca hubo posibilidad alguna de una revolución en Inglaterra. La Gran Bretaña surgió de la primera Guerra Mundial con su estructura social esencialmente invariable y el poder de sus clases gobernantes intacto. El laborismo, en efecto, estaba en 1918 en proceso de convertirse en una fuerza política considerable y el poder de los sindicatos había aumentado mucho; pero el Partido Laborista tenía que acostumbrarse aún a ser un partido realmente nacional y aspirante al poder político, después de haber servido hasta 1914 como simple auxiliar de los liberales, entonces unidos, y estaba demasiado interesado en sustituir a los liberales como el segundo partido parlamentario importante para criticar el sistema parlamentario. Además, algunos de sus dirigentes más notables —especialmente Arthur Henderson— eran antiguos liberales que no se habían desprendido de ninguna manera del liberalismo al mismo tiempo que de su filiación

partidista; y otros, como MacDonald y Sidney Webb, eran gradualistas convencidos que sostenían que el socialismo tendría que construirse sobre la base de la tradición liberal progresista y no rebelándose contra ésta. Hasta Philip Snowden, que pareció a veces más extremista, era un parlamentario completo y, sobre todo, no simpatizaba con ninguna forma de izquierdismo laboral. Sólo George Lansbury, entre las principales figuras, y F. W. Jowett y John Wheatley entre los de segunda importancia eran consistentemente de izquierda; y, de éstos, Lansbury combinaba su izquierdismo con el pacifismo cristiano y Jowett y Wheadey centraron sus principales intereses en el gobierno local y la legislación social más que en la militancia laboral o las cuestiones internacionales.

John Wheatley, cuya muerte en 1930 tras una prolongada enfermedad fue una seria pérdida para el movimiento británico, era la principal figura del gobierno laborista de 1924, siendo su Ley sobre la vivienda la medida constructiva de mayor éxito en esa etapa. Wheatley era un católico de Clydeside, el más inteligente del grupo de diputados de Clydeside asociado al Partido Laborista Independiente y, mientras vivió, el principal inspirador de James Maxton (1885-1946), el popularísimo orador que se convirtió en dirigente del Partido Laborista Independiente en su cruzada por el "socialismo en nuestro tiempo". Wheatley, editor de profesión, no era un gran orador: prefería actuar en los comités o detrás de bastidores. La reforma de la vivienda fue su pasión, lo que era natural dadas las terribles condiciones de la vivienda en Clydeside; y demostró gran habilidad para negociar con los sindicatos de la construcción un tratado por el cual se mostraban dispuestos a cooperar activamente en su impulso de construcción de viviendas. La Ley de la vivienda de Wheadey, cuyos efectos se apreciaron sólo después de la caída del gobierno laborista, logró estimular el suministro de casas propiedad de las autoridades locales para ser alquiladas y no vendidas. No se llevaba bien con Ramsay MacDonald, a quien disgustaba su izquierdismo y se alegró de dejarlo fuera del gobierno laborista de 1929.

Otras figuras prominentes del Partido Laborista Independiente de estos años fue E. F. Wise (1885-1933), Clifford Alien y H. N. Brailsford. Brailsford, que editó con mucha capacidad el The New Leader —sucesor del Labour Leader de Keir Hardie— de 1922 a 1926, era un veterano radical, que había hecho su nombre como escritor en cuestiones internacionales y vigoroso opositor del imperialismo, había participado activamente en la campaña por el sufragio femenino y había sido socialista desde su época de estudiante. Originalmente fabiano, había abandonado la Sociedad Fabiana por su actitud ante la guerra de los boers y se había afiliado al Partido Laborista Independiente en 1906. Había viajado mucho por Europa, incluyendo la Europa oriental durante los

inquietos años que siguieron a 1914, y había escrito extensamente sobre asuntos internacionales como fiero opositor del militarismo y el imperialismo en todas sus formas. Su libro, The War of Steel and Gold (1914) había sido el mejor testimonio de las fuerzas que provocaron la guerra y de los intentos de la Segunda Internacional por preservar la paz. Había estado en Rusia, después de la Revolución, y había escrito sobre esto con verdadera simpatía; era un hombre en el que podía confiarse que participaría, por los más altos principios, en toda causa buena y humanitaria. Wise, quien había desempeñado altos puestos administrativos durante la guerra en relación con el control estatal de la lana y de los alimentos, era un intelectual que había apoyado vigorosamente el movimiento del comercio anglo-ruso y se había convertido en el principal defensor del comercio por parte del Estado en tiempos de paz. Por instinto pertenecía más al centro que a la izquierda; pero las circunstancias y su amistad hacia los rusos lo habían empujado hacia la izquierda y lo habían convertido en el principal especialista del Partido Laborista Independiente en planificación económica. Finalmente, Clifford Alien era un joven graduado de Cambridge que, por objeciones de conciencia, había dirigido durante la guerra el grupo de "no conscripción". También él era, intuitivamente, centrista; pero su actitud ante la guerra lo había acercado al Partido Laborista Independiente y su gran iniciativa de organización lo había llevado a tratar de reafirmar las pretensiones de ese partido de constituir la fuerza impulsora del Partido Laborista. Siempre mal de salud tenía, sin embargo, gran energía; pero después de algunos años de actividad izquierdista se inclinó a la derecha y siguió finalmente a MacDonald en la crisis de 1931, convirtiéndose como recompensa en Lord Alien of Hurtwood y pasando del movimiento laborista a la bien merecida oscuridad de sus últimos años.

El mismo Partido Laborista, después de publicar Labour and the New Social Order en 1918, no produjo otra declaración general de fines y principios hasta que apareció Labour and the Nation en 1927. En el intervalo, sin embargo, editó una larga serie de folletos, explicando aspectos particulares de su política o refiriéndose a cuestiones inmediatas, como el desempleo. En todas estas cuestiones se mostraba un partido esencialmente reformista, en busca de mejoras parciales más que de un cambio social y económico catastrófico. Internacionalmente, participó en la Conferencia de Berna de febrero de 1919 y desempeñó un papel importante en la reconstrucción de la nueva Segunda Internacional, con los socialistas mayoritarios alemanes como sus colegas más activos. En vista del fuerte sentimiento antialemán que había existido durante la guerra —sobre todo, después que los alemanes recurrieron a la guerra submarina ilimitada— es notable con qué facilidad el Partido

Laborista británico se adaptó a la colaboración de posguerra, basada principalmente en una creencia común en la virtud superior de la democracia parlamentaria y una violenta hostilidad a toda forma de dictadura de partido. El Partido Laborista Independiente, por otra parte, participó en la Internacional "Dos y media" de Viena, hasta que ese organismo aceptó mezclarse con la Internacional Laborista y Socialista establecida en Hamburgo en 1923. Después, como parte del contingente británico en la Internacional Laborista y Socialista, el Partido Laborista Independiente dejó de desempeñar un papel independiente hasta que se separó del Partido Laborista en 1932 y quedó en un vacío entre la Internacional Laborista y Socialista y el Comintern.

El socialismo gremial, que había parecido capaz, por un tiempo, de surgir como fuerza económica importante y de ejercer una amplia influencia sobre la política sindical, había desaparecido prácticamente como movimiento organizado mucho antes de que el primer gobierno laborista subiera al poder. Empezando como doctrina social en las columnas del New Age de A. R. Orage y recibiendo su primera exposición plena en el libro National Guilds (1914), de S. G. Hobson (1864-1940) y A. R. Orage (1873-1934), se había desarrollado durante la guerra bajo los auspicios de la liga de gremios nacionales, donde William Mellor (1888-1942) y el autor de este libro (n. 1889) fueron figuras importantes. Había logrado apoyo sustancial en el movimiento de delegados sindicales y entre los mineros, ferroviarios y trabajadores de correos y había influido ampliamente la política de los sindicatos en estas industrias después de la guerra. Desde 1917, la Revolución bolchevique había producido importantes disensiones en sus filas, aunque no en la medida de una división, que sólo se produjo con la fundación del Partido Comunista y la secesión de una minoría de sus miembros a ese organismo. Surgieron otras disensiones cuando el mayor C. H. Douglas (1879-1952) presentó sus proyectos de reforma de los créditos come una panacea, y obtuvo el apoyo de Orage. El fin de la lucha y la dispersión de los trabajadores de las fábricas de pertrechos debilitó su control sobre los obreros mecánicos; pero cuando S. G. Hobson, con el apoyo de los sindicatos de la construcción, lanzó un gremio nacional de la construcción en 1920, el movimiento gremial surgió súbitamente como patrocinador, no sólo de una teoría de reorganización social, sino también de un intento práctico de hacer funcionar el control de los trabajadores en la industria, dentro del marco del sistema capitalista. Los gremios de la construcción, establecidos y controlados por los sindicatos, ofrecieron ayuda para resolver la aguda escasez de viviendas construyendo casas, según el proyecto de viviendas del gobierno, sobre la base de no percibir ganancias, ofreciendo empleo garantizado con los sala-

rios de los sindicatos. Entonces el financiamiento de la vivienda pública era responsabilidad del gobierno e hizo posible que las empresas de construcción recibieran el pago a medida que proseguía el trabajo, aunque siempre como pago atrasado de trabajo ya realizado. Esto hacía factible que funcionaran con capital relativamente pequeño; y, durante un tiempo, los gremios de la construcción pudieron tomar prestado el capital necesario del banco de la Sociedad Cooperativa Mayorista, con apoyo de los sindicatos. Todo marchó bien mientras duraron estas condiciones y los gremios hicieron una excelente labor de construcción a un costo relativamente bajo para el público. Pero vino entonces la depresión de posguerra: y, a mediados de 1921, el gobierno alteró de pronto su política de viviendas, cancelando todos los nuevos contratos de construcción y, cuando los reanudó, variando del sistema según el cual asumía los gastos residuales después de una contribución fija de la autoridad local en cuestión, a otro de acuerdo con el cual pagaba a las autoridades un subsidio fijo y éstas debían cubrir el resto. Con este nuevo sistema, los gremios no podían obtener ya la mayor parte de su capital activo del gobierno; y se vieron ante la necesidad de reunir grandes sumas, sin poder convencer al banco de la cooperativa ni a los sindicatos de que se las suministraran. Al tratar de seguir adelante dentro de las nuevas condiciones, pronto se volvieron insolventes y el movimiento fracasó, constituyendo esto un golpe mortal para los socialistas gremiales cuyos dirigentes, excepto S. G. Hobson, no habían tenido participación en la administración de los gremios de la construcción, pero quedaron igualmente desacreditados con el fracaso. La mayoría de los gremios relativamente pequeños que se habían establecido en otras industrias, tales como la mecánica, las de vestidos y muebles también naufragaron como consecuencia de la depresión; y los demás socialistas gremiales decidieron poner fin al movimiento antes que se disolviera gradualmente. Muchos de ellos, incluso el autor, conservaron sus convicciones social-gremiales; pero, después de 1923, no hubo ya un movimiento gremial organizado, aunque parte de su influencia se mantuvo en las demandas sindicales de participación de los trabajadores en el control.

El socialismo gremial, aunque predominantemente un movimiento de izquierda, nunca fue revolucionario en el sentido de preconizar el derrocamiento violento del orden social existente. Tenía su ala revolucionaria, que se pasó al comunismo e incluyó a figuras comunistas tan notables como Rajani Palme Dutt (n. 1896) y Robert Page Arnot (n. 1890) y, por un tiempo, a William Mellor. Pero tenía también un ala derecha, cuyos miembros se mostraron partidarios, en su mayoría, del plan de reforma de los créditos del mayor Douglas. El grupo mayor, sin embargo, era de socialistas de izquierda, no comunistas, que criti-

caban vigorosamente el parlamentarismo reformista y colocaban sus esperanzas en la acción sindical de tipo laboral, como medio para constituir organizaciones de trabajadores "manuales e intelectuales", capaces de asumir la administración de la industria nacionalizada. Los socialistas gremiales no eran sindicalistas: reconocían la necesidad de propiedad pública y control de la alta política económica en nombre de toda la comunidad y no sólo de los trabajadores de cada industria o servicio en particular. Pero sostenían que la comunidad debía confiar la administración a los trabajadores manuales e intelectuales de cada tipo de .empresa y que la democracia social sería una ficción si los trabajadores no eran autónomos en su trabajo diario lo mismo que en el goce de sus derechos políticos. Diferían entre sí en su actitud hacia el Estado político. Orage y Hobson querían que los gremios fueran corporaciones "privilegiadas", actuando con licencia del Estado; mientras que otros, entre los cuales me encontraba yo, éramos socialpluralistas, y creíamos en que el Estado soberano debía ser sustituido a su debido tiempo por una forma de autoridad federal, que descansara en una asociación de productores y consumidores y otros representantes "funcionales". Era un lema favorito de los socialistas gremiales que "el poder económico precede al poder político" —con lo cual se quería significar que los trabajadores podían lograr la verdadera libertad y democracia sólo mediante la autonomía económica.

Como otros centristas en muchos países, los socialistas gremiales se vieron sofocados, después de 1918, entre las facciones del comunismo y la socialdemocracia parlamentaria; y su influencia fue disminuida también por la depresión de posguerra, que hizo impracticable el avance hacia el "control en los talleres" como primer paso hacia la realización de sus objetivos más amplios. La misma suerte tocó al movimiento de la C.G.T. francesa por la naúonalisaüon industrialisée[7] y los gremios de la construcción que se desarrollaron en Alemania después de 1918. Sólo en Palestina un movimiento análogo, dirigido por el Hostadruth, la organización sindical judía, echó raíces firmes que han seguido creciendo hasta ahora.[8]

[7] Véase vol. VI, cap. xin.

[8] Para una historia más completa de las primeras etapas del movimiento socialista gremial, véase el vol. III, pp. 234 ss.

\

INDICE GENERAL

Historia del pensamiento socialista

V. Comunismo y socialdemocracia

PRIMERA PARTE

En esta Primera Parte de "Comunismo y socialdemocracia (1914-1931)", G. D. H. Cole aborda la historia de los partidos y grupos socialistas durante la Guerra europea, laRevolución rusa de 1917, las revoluciones alemana, húngara y de otros países en 1918-1919, el triunfo del facismo en Italia y la lucha entre las concepciones rivales del internacionalismo socialista. La batalla entre las dos principales Internacionales y la Internacional "Dos y media" de Viena en la tercera década del siglo se halla escrita con minuciosidad y, además, se analiza el desarrollo del socialismo en varios países: Austria, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Yugoslavia, Rumania y Grecia. El tomo VI trata los demás países así como el periodo que va, en Inglaterra, de la huelga general de 1926 al colapso del segundo gobierno laborista de 1931, y en la Unión Soviética, el que abarca de la "nueva política económica" de Lenin al primer Plan Quinquenal.

El lapso que cubre "Comunismo y socialdemocracia (1914-1931)" ofrece tantos acontecimientos notables, que ha sido dividido en dos partes. Ambas constituyen una unidad —por lo cual el índice analítico y la bibliografía final aparecen en el tomo VI—, incluso la aparición de las contribuciones de Lenin al pensamiento socialista y el juicio de la disputa entre Trotsky y Stalin después de la muerte de Lenin, así como la valoración de la socialdemocracia y del laborismo en la Gran Bretaña durante la primera posguerra.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA